PBRO. MANUEL CARRILLO DUEÑAS

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE TALPA

TERCERA EDICION
CORREGIDA Y AUMENTADA



TALPA DE ALLENDE, ✱✱✱ JALISCO, MEX.

El Por qué de esta Obra

*****

FRUTO natural y espontáneo del amor a la Madre de Dios y del sincero deseo que todos los cristianos conozcan y amen a la soberana Reina de los cielos, es la presente obra, que con generosa voluntad presentamos a los devotos y benévolos lectores.

No busca el mérito de la novedad, tampoco pretende aparecer como un trabajo de investigación profunda o de especialización, es tan sólo una obra de carácter sencillo y popular. Se propone como fin estudiar y dar a conocer un aspecto, una realización singular y concreta del amor que la Madre bondadosa ha tenido en favor de sus hijos.

Su más elevado ideal y sus más fervientes anhelos, se concretan y cristalizan en acrecentar el amor y la devoción a la Madre de Dios, mediante un conocimiento más amplio y profundo de la sublimidad y grandeza de aquella privilegiada creatura que ha sido creada especialmente por Dios para ser nuestra Madre.

Aun cuando falte a la obra todo mérito artístico y literario, creemos que no carece

PASA A LA SOLAPA SIGUIENTE

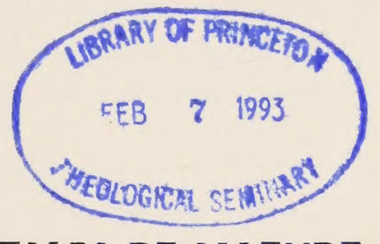
HISTORIA DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
DE TALPA



PBRO. MANUEL CARRILLO DUEÑAS

HISTORIA
DE
NUESTRA SEÑORA
DEL
ROSARIO DE TALPA

TERCERA EDICION
CORREGIDA Y AUMENTADA



TALPA DE ALLENDE,
JALISCO, MEX.
1962

TEPIC, NAY., MAYO 12 DE 1961

IMPRIMI POTEST.

† ANASTASIUS

EPISCOPUS TEPICENSIS.

NIHIL OBSTAT.

PBRO. LIC. LADISLAO RAMOS G.

TERCERA EDICION

IMPRESO EN MEXICO

INDICE

Página

ACLARACION 9

CAPITULO PRELIMINAR.—El pueblo y punto geográfico que han servido como escenario a la Madre de Dios, en la manifestación de su amor mediante la Imagen Bendita de Nuestra Señora de Talpa.

LAPSO PRIMERO.—El primitivo cacicazgo. Panorama Geográfico 19

El Primitivo Cacicazgo de Tlallipan 23

LAPSO SEGUNDO.—El Arcaico Pueblo de Santiago de Tlalpa. Penetración y Conquista 29

Alguna Noticia Acerca de la Evangelización y Cristianismo de estas gentes 33

LAPSO TERCERO.—La Moderna Villa de Talpa de Allende 39

CAPITULO PRIMERO.—Origen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa . . 45

Dónde fue Hecha la Sagrada Imagen 47

Cómo y de qué fue Hecha la Bendita Imagen 50

Cuándo y por quién fue Hecha la Taumaturga Imagen 53

Cómo vino a Talpa la Bendita Imagen 55

CAPITULO SEGUNDO.—La Virgen de Talpa en el Mineral de los Reyes . . 63

CAPITULO TERCERO.—Milagrosa Renovación de la Sagrada Imagen . . . 73

CAPITULO CUARTO.—Se Inicia el Culto a la Milagrosa Imagen 89

CAPITULO QUINTO.—Se Verifica una Extensa Información acerca de la Imagen. La Auténtica 97

Relación del Milagro 100

CAPITULO SEXTO.—Nuevos Milagros. Primera Visita Pastoral a Talpa . . 113

CAPITULO SEPTIMO.—Ultimo Tercio del Siglo XVII 123

CAPITULO OCTAVO.—Principios del Siglo XVIII 137

CAPITULO NOVENO.—Se inicia la Construcción del Santuario 157

Página

CAPITULO DECIMO.—Concluye la Construcción del Santuario 169

CAPITULO UNDECIMO.—Talpa en las Postrimerías del Siglo XVIII . . 187

CAPITULO DUODECIMO.—Primera Capellanía del Santuario 199

CAPITULO TRECE.—Talpa Durante la Consumación de la Independencia . . 215

CAPITULO CATORCE.—Importantes Mejoras al Santuario 223

CAPITULO QUINCE.—Nueva Visita Pastoral a Talpa 239

CAPITULO DIECISEIS.—Talpa Durante la Guerra Llamada de Reforma . . 253

CAPITULO DIECISIETE.—Dedicación del Templo Parroquial 269

CAPITULO DIECIOCHO.—Gran Florecimiento Minero de la Región 291

CAPITULO DIECINUEVE.—Continúa la Materia del Pasado 307

CAPITULO VEINTE.—Es Creado el Curato de Talpa 319

CAPITULO VEINTIUNO.—Primer Patronato de la Santísima Virgen . . . 331

CAPITULO VEINTIDOS.—Se Establece la Guardia de Honor de la Santísima Virgen de Talpa 335

CAPITULO VEINTITRES.—Coronación Pontificia de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa 365

CAPITULO VEINTICUATRO.—Talpa Durante el Conflicto Religioso 1926-1929 405

CAPITULO VEINTICINCO.—Tercer Centenario de la Renovación de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa 419

CAPITULO VEINTISEIS.—Se Concede al Santuario de la Santísima Virgen el Título de Basílica 429

CAPITULO VEINTISIETE.—Vigésimo Quinto Aniversario de la Coronación Pontificia de la Santísima Virgen 443

CAPITULO VEINTIOCHO.—Proclamación del Patronato de la Virgen de Talpa Sobre el Obispado de Tepic 453

CAPITULO FINAL.—Año Santo - Año Mariano. Sexta Década del Siglo XX 475

APENDICE I.—Cómo es vista de cerca, Nuestra Señora del Rosario de Talpa 491

APENDICE II.—Las Romerías 505

APENDICE III.—Culto Interno y Externo con que se Honra a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa 523

APENDICE IV.—Indulgencias que en el Transcurso de la Historia se han Venido Concediendo y Lucrando en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa 529

E N T R E G A 535

ACLARACION

HABLANDO de la Inmaculada María parece que tienen pleno sentido aquellas palabras de la divina Escritura: "Mis delicias son permanecer con los hijos de los hombres", por eso diríase que cada día la Madre de Dios está buscando formas nuevas de manifestarse y morar con sus hijos.

Apenas si podemos encontrar una época en la Historia de la humanidad, o un rincón de la tierra, en donde no aparezcan sus huellas o en donde las manos prodigiosas de su amor no hayan derramado el bálsamo divino que consuela y alivia.

Toda vez que María vuelve desde el cielo su mirada maternal hacia la tierra y toca con ella este diminuto planeta que la vió crecer y que recogió la inefable dulzura de su voz, es porque tiene un mensaje divino para los hombres, es porque quiere regalarnos con una nueva delicadeza o gracia, de ello nos da testimonio irrefutable la historia de la humanidad.

Este apartado rincón de México y del mundo, ha sido no sólo testigo sino escenario de una de esas manifestaciones de ternura y de amor del corazón generoso de María. Y no sólo fue un acto sublime que contemplaron las cálidas auroras del siglo XVI, sino que el prodigio se ha continuado por más de tres centurias, siendo hasta la generación presente no sólo testigo, sino también objeto de las predilecciones de la Reina del Cielo.

De aquel instante sublime, de aquella hora imperecedera del 19 de septiembre de 1644, así como también de su prolongación y trayectoria hasta el momento actual, quiere ocuparse este sencillo trabajo.

Mas, al tratar de hablar o de escribir acerca de la Madre de Dios y de sus obras, hay que tener presente que no es posible hablar con propiedad de las cosas divinas con palabras humanas, la razón es porque no pueden contener los estrechos moldes de lo terreno lo que sólo pueden abarcar los cielos. Sucede a estos temas, cuando son tratados por manos inexpertas, lo que a las cristalinas y transparentes gotas de rocío, que al ser tocadas por la mano tosca del hombre, pierden todo su encanto y su pureza.

Para poder hablar con propiedad sobre la Reina de los Cielos, que tan estrechas relaciones guarda con la Divinidad, sería preciso aprender el lenguaje de los ángeles y poseer una inteligencia muy superior a la de todos los humanos.

Un ciego no puede hablar con acierto de la luz ni describir la gama inmensa de los colores, tampoco es posible que el sordo perciba toda la dulzura y el encanto de la armonía. De la misma manera no es posible que, quienes somos ignorantes y ciegos en las cosas del cielo, podamos tratar con acierto y propiedad un tema que por lo elevado, sobrenatural y divino de su objeto, apenas sí resulta tangible a nuestras mentes.

A pesar de todo, si no nos es dado penetrar en todos y cada uno de los secretos y grandezas de la Madre de Dios, creemos que es posible a nuestra limitada inteligencia conocer algo, una sombra siquiera, de lo que es María y de lo que ha hecho en favor nuestro. Podemos percibir en Ella algo así como un perfume del cielo, que con amor ha esparcido en esta parte de México, que es para nosotros como una dulcísima añoranza, como un tierno y delicado consuelo.

Mejor sería quizá, en vez de hablar de temas tan sublimes, venerar en silencio la grandeza que no comprendemos y gozar la felici-

dad y el tesoro que poseemos. ¿Quién es capaz de penetrar los arcanos del Señor?

Hablar de María es lo mismo que tocar un tema no sólo extensísimo sino también inefable, su persona y su obra se hallan todas llenas de misterio, con razón se ha dicho de Ella que "es una creación aparte", muy distinta y superior a cuanto vemos y tocamos.

Su verdadera fisonomía aparece nítida en su historia íntima y personal con sus glorias, dolores y alegrías.

A pesar de lo elevado y sublime de este tema, se ha escrito mucho sobre él en el transcurso de los siglos, tanto que parece que apenas si queda algo nuevo que decir de lo poco que puede comprender la limitación humana.

Entre los rasgos del amor marial hay uno del que se ha dicho mucho, pero se ha escrito poco, es el que ha tenido por estos hijos suyos valiéndose de la milagrosa imagen que veneramos con el título de Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

Escribir la historia de la Madre de Dios y de la obra que ha desempeñado mediante esta venerable Imagen, parece más bien un trabajo que corresponde a seres del cielo y no a los de esta tierra; diríase mejor: es una obra más divina que humana, pues escribir dicha historia no significa tan sólo narrar el pasado de la Imagen Taumaturga, hablar de su origen en el tiempo y en el espacio así como también de su vida y de sus cambios en el transcurso de los siglos, esto sería dar primordial importancia a lo que sólo ocupa un lugar secundario.

Hacer la historia de Nuestra Madre Santísima en su advocación del Rosario de Talpa, significa conocer a fondo y describir toda esa labor maternal y divina que la Reina del Cielo ha ejecutado durante más de tres centurias en favor de sus hijos.

Significa describir con toda su belleza y colorido el conjunto de escenas prodigiosas del amor divino y humano, maternal y filial,

que se unen allí donde se hacen sentir de manera más dura las miserias humanas para que más resplandezca la obra divina. Significa hacer vivir todas aquellas horas en que se han dado cita ante la humilde Doncella de Nazaret todas las miserias y desgracias terrenas y la forma en que han desfilado en secular e imponente procesión, jamás interrumpida, todas las enfermedades, dolores y sufrimientos físicos y morales aún los más secretos.

Habría que hablar sobre todo de ese contacto espiritual de dos almas que se encuentran, se aman y comprenden con un lenguaje que la pluma del hombre no puede transcribir; del amor y del consuelo, de la fe y la esperanza, la paz y fortaleza que en Ella han encontrado tantos corazones, y de todo esto sólo han sido testigos los Angeles que rodean su trono.

Sería una obra sublime aquella que describiera ese idilio divino de amor entre la que es grande y los que somos pequeños, entre la que es toda bondad y grandeza y los que somos miseria y pequeñez; la que nos diera a conocer, siquiera en parte, el corazón transparente de nuestra Reina y abogada, con su vida encantadora, sus tiernas manifestaciones de amor, su obra celestial y sus divinos anhelos.

Divina sería la obra que nos descorriera los velos que esconden a la que es gloria y alegría de su pueblo, misionera, evangelizadora y apóstol de estos pueblos, Madre y pacificadora de las valientes y heroicas tribus que otrora ocuparan estos lares; a la que ha dado álito y vida a la palabra evangélica del misionero, a la que ha esforzado su pecho y llenado de unción y elocuencia sus palabras y ha velado por la conservación de la fe en sus devotos.

Más divino que humano es hablar de la que ha iluminado con sus luces de oro y de gracia a tantas generaciones, coloreando con matices y tintes de alborada a tantos corazones ennegrecidos por el pecado; de aquella que no cesa de desgranar sus ternuras y caricias entre los suyos, de la que ha sido Maestra e inspiradora de arquitectos, pin-

tores y escultores, de cantores, poetas y oradores, de sabios y de santos; en fin, de la que ha sido bálsamo, consuelo y fortaleza de los que sufren y lloran.

Pero esta obra, esta historia, en gran parte divina, tiene también un aspecto humano, tangible a los sentidos y de él queremos ocuparnos.

Un ardiente deseo de que la Madre buena sea mejor conocida y cada día más amada llena nuestra alma de valor y de confianza y nos obliga a tratar de descorrer, siquiera sea en una pequeña parte, el velo que oculta el glorioso pasado de la Virgencita que tanto queremos.

No es otro mi anhelo ni mi propósito que hacer siquiera una pequeña horadación, una grieta diminuta en esa superficie virgen y mostrar al mundo, a tantos devotos de María, siquiera sea una arenilla diminuta del inmenso tesoro con que nos ha enriquecido la paternal providencia del Señor.

Abrir un poco esa Arca Divina, de la cual podemos extraer tantas cosas nuevas y viejas, es la finalidad que nos proponemos.

Sería miope y parcial todo aquel que no viera en la milagrosa Imagen otra cosa que una escultura, insigne si se quiere, por su antigüedad y por el amor y la fe que le han prodigado tantas generaciones, aun cuando se le concediera el privilegio de haber sido tocada por las manos prodigiosas de la Reina del Cielo y convertida en instrumento dócil de sus misericordias; pues allí hay algo más profundo y vital, más trascendente y divino, esto es: el amor de una Madre y la manifestación clara del ardiente deseo que Ella tiene de permanecer y convivir con sus hijos. Allí aparece la revelación de un corazón amoroso y compasivo que desea y que busca la forma de compartir el dolor de sus hijos, enjugar sus lágrimas y prestarles auxilio.

Allí encontramos algo más que la pura intención, o el deseo de legarnos el recuerdo de una manifestación de su amor, o el deseo de

que tengamos un objeto, una imagen milagrosa, un medio si se quiere, de acudir a Ella en las horas tormentosas de la vida.

El gesto de la celestial Señora, la manifestación continuada de su amor y misericordia, en este rinconcito de la tierra, tiene una importancia y una trascendencia tan grandes que no podemos fácilmente ponderar.

María con su preclara inteligencia y con su ciencia divina, no hace las cosas a capricho ni al acaso, cada uno de sus actos y cada una de las circunstancias que los rodean y acompañan, son cuidadosa e intencionalmente escogidos por Ella. todos tienen una razón de ser, un fin concreto y determinado, por más que en muchas ocasiones nuestro corto entendimiento no acierte a conocerlos y entenderlos.

Esto se debe, en gran parte, a que estamos acostumbrados a ver y a juzgar las cosas divinas de una manera humana y también, con un criterio humano.

La renovación milagrosa de aquella humilde imagencita de caña de maíz toda destruida y apolillada fue, no sólo para el apartado pueblo de Talpa, sino también para una gran región de México, un acontecimiento extraordinario; fue, por decirlo así, la iniciación, la entrada a una vida nueva, el principio de un misterioso destino, quizá de una misión especial del cielo; la participación, o mejor dicho: la fusión de dos vidas: la de María que se comunica en una forma nueva y la de sus hijos que empiezan a recibir la savia divina de una gracia especial del cielo.

Todo aquel que deje de tener en cuenta todos estos aspectos peculiares en la historia de la taumaturga Imagen del Rosario de Talpa, no podrá entender, en forma completa, su razón de ser; o sea, su permanencia entre nosotros.

Quitándole todos estos matices que le son característicos y peculiares, su historia pierde en gran parte su importancia, la Imagen ben-

dita quedará entonces convertida en una de tantas reliquias u objetos sagrados, con un pasado y una tradición llena de grandeza y colorido, pero habrá dejado de significar esa manifestación peculiar del amor de María para sus hijos.

Desde hace tiempo venía haciéndose cada día más sensible la necesidad de que fuera escrita la historia de la Sagrada Imagen del Rosario de Talpa, son muchos los millares de amantes hijos y de fieles devotos de la Celestial Señora que desean ardientemente conocerla en este aspecto, o sea, en su relevante origen; parecía también un deber ineludible, sobre todo del clero, dar a conocer su glorioso pasado, ya que esto haría crecer la fe, el amor y la devoción hacia Ella.

Parece también muy conveniente, en estos tiempos en que tanto se lee y se investiga, aprovechar este centro de amor mariano, a donde convergen fieles de tan remotos lugares, como una fuente de cultura mariológica, como un foco de luz doctrinal que haga llegar los resplandores de su doctrina hasta muy apartadas regiones.

¿Por qué no ofrecer al devoto peregrino, a la vez que unos cuantos objetos piadosos, algo impreso, un bagaje siquiera de conocimientos que ilustren su mente y le hagan conocer mejor a la Madre que tanto ama?

El conocimiento y el amor a María es elevación e iluminación, es luz intocable y rutilante que da sentido a buena parte de nuestra vida, por lo mismo, darla a conocer es misión noble que ilumina y eleva a las almas.

Un conocimiento más amplio y completo de María Santísima del Rosario, es para el corazón humano explosión de luz y catarata portentosa de celestiales fulgores, por eso todos debemos tratar de contemplarla extasiados con la mirada intuitiva del corazón y la luz penetrante del intelecto, convivir con Ella en la tierra y en el cielo, compartir sus sentimientos, su amor a Dios y su caridad para el prójimo, dialogar con

Ella y dilatar así los estrechos límites de nuestra menguada existencia. descubrir y gozar las delicias con que el Señor la regala, contemplar con su mirada divina la belleza de las almas en gracia, el devenir imperturbable del tiempo, el dilatarse del espacio, ver como cumple con precisa fidelidad su ecuménico destino.

Hemos de dilatar el miraje más allá de la reducida periferia de nuestro estrecho horizonte y de los reducidos límites de nuestra corta existencia, y en esa forma, dar libertad a las ligeras alas del espíritu, que ansioso desea verse libre de las ataduras de la carne para perderse feliz en las delicias de la belleza del cielo.

La historia de la Santísima Señora, es luz purísima que ilumina el sendero por el que caminamos por los alcores de la vida mientras participamos del devenir de este mundo, por eso debemos buscarla a toda costa y seguir con fidelidad sus huellas.

Este sencillo trabajo está muy lejos de llenar tan importante cometido. No es posible una clara exposición y un total desarrollo de tan delicado tema en unas cuantas páginas, esto supone una obra monumental, escrita con verdadero lujo de documentación, a la luz de la sana crítica y con la más depurada técnica de investigación histórica.

Se satisface tan sólo con ser un reflejo, un eco suave y tierno del himno perenne y constante que nos entona la Inmaculada Doncella de Nazaret, desde los anales de su historia en este rinconcito del suelo mexicano.

Si con ellas logra el autor abrir la puerta que encierra un secreto glorioso pasado, y despierta el entusiasmo y el deseo de escribir la historia en personas mejor preparadas y más diestras y experimentadas en la lid de la pluma, quedará plenamente satisfecho.

Además, si estas cuantas líneas vienen a ser como un fondo oscuro que haga destacar la blancura inmaculada de María, si hacen las veces de un sencillo engaste o montaje a la inmensa riqueza de su di-


NTRA. SRA. DEL ROSARIO DE TALPA

vina hermosura, o sirven de humilde ropaje a su singular belleza, o vienen a ser como un árido suelo en el que crezca y germine la Blanca Azucena, el Lirio Fragante de los Valles, el gozo del autor será pleno.

Al pergeñar estas cuantas líneas he puesto todo empeño y cuidado en ajustarme a la verdad histórica y a la objetividad de los hechos, en todo lo que se refiere al origen, renovación milagrosa y al culto que se tributa a la Santísima Virgen.

A pesar de ello, reconozco que puede haber y habrá sin duda errores, inexactitudes e inevitables lagunas, por eso ruego a los benévolos lectores que sepan serenamente disculpar y aun corregir las fallas que en ellas encuentren. Recuerden que más que un sentimiento de capacidad y suficiencia al emprender una obra de tamaña embergadura, me ha movido el sincero deseo de que nuestra Reina y Señora sea mejor conocida y más amada.

Son mis deseos que esta obrilla sea como un guía que dirija y oriente a los lectores hacia las cristalinas fuentes de la historia, en donde puedan abrevar y sacien la sed que llevan en el alma de conocer la realidad de cuanto ha ocurrido en los siglos que ya pasaron y, en esta forma, se sientan movidos a entonar un himno de gloria y alabanza a la Madre del Cielo.

Con cierto temor deposito estas páginas en las manos generosas de mi Madre Santísima, y le ruego que las acepte como una humilde ofrenda. Que Ella las tome entre sus manos virginales y las llene de luz, como iluminó a la privilegiada vidente María Cantora.

Si María las llena de su gracia y las acerca al regazo de su corazón, llevarán siempre la luz, el calor y la inspiración, así como también el aliento vital que Ella les comunique, sólo así podrán despertar el entusiasmo y el amor en los corazones que las lean.

Yo, por mi parte, tan sólo ruego a la Celestial Señora, que cumpla en mí aquellas palabras del Espíritu Santo, que la Iglesia pone en sus virginales labios: "Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt". Los que me alaban poseerán la vida eterna.

En la festividad de Pentecostés, mayo 21 de 1961.

EL AUTOR



Primera portada del Santuario, año 1780.

CAPITULO PRELIMINAR

El pueblo y punto geográfico que han servido como escenario a la Madre de Dios, en la manifestación de su amor mediante la Imagen Bendita de Nuestra Señora de Talpa.

LAPSO PRIMERO

El primitivo cacicazgo de Tlallipan

I

El panorama geográfico

EL PUNTO geográfico que ha sido elegido por la Madre de Dios para servir de fondo y de marco a una de las escenas más tiernas y sublimes de la historia de su amor hacia los hombres, no carece del todo de natural belleza.

Situado sólo a unos cuantos kilómetros de la capital jalisciense, con una orientación de 20º, 21' de latitud y 104°, 47' de longitud con relación del meridiano de Grenwich y de 5° 37' de longitud oeste y de 20º, 21' de latitud norte con relación al meridiano de Tacubaya (México), con una altitud de 1,239 mt. sobre el nivel del mar, la tranquila villa de Talpa ofrece a sus moradores y visitantes un agradable clima templado.

Teniendo a un costado las regiones tropicales, las arenas movedizas y cálidas y las olas gigantescas del Oceano Pacífico, y al costado opuesto, la regia cadena de imponentes montañas que forman en esta parte la Sierra Madre Occidental, ocupando el corazón de la bella y pintoresca región de Los Declives Jaliscienses, aparece el risueño valle de oblonga figura y de contornos caprichosos sobre el cual un día se posaron las miradas amorosas de la Madre de Jesús de Nazaret.

Uno de los extremos del gracioso valle brinda hospedaje al silencioso pueblo que, con delicadeza y pudor, parece reclinarse suavemente en la anchurosa falda de una pequeña colina.

Quien haya contemplado desde una gran altura la región que custodia al simpático pueblo de María Santísima del Rosario, encontrará que no es exagerado compararla con un trozo de papel arrugado o con un mar embravecido.

Un desfile de montañas de blandos contornos, interrumpida de tarde en tarde por alguna diminuta llanura, es lo que aparece a la impacinte mirada del caminante.

La erguida Tetilla de Cuale con su delicada silueta impone durante largo rato, su juego arbitrario en esta geografía de catástrofe; poco más tarde se roban la mirada las caprichosas e inesperadas arboledas que cobijan dos altivas eminencias: El Torreón y El Don Pedro.

Un paraíso cogido en una trampa y hecho prisionero entre las aguas inmensas del Pacífico y las altivas montañas de la cordillera, se antoja esta región de María Santísima del Rosario.

El paisaje se desenvuelve majestuoso en toda la extensión, aunque todo aparece escarpadísimo con sus pendientes sumamente rigurosas; abundan los desfiladeros y las profundas barrancas, que a cada instante parecen jugar con la vida del piadoso peregrino.

Ahora queda tan sólo un despojo, una ruina, de la singular belleza natural que contemplaron sonrientes las miradas virginales de la Reina del Cielo en el siglo XVII y que dieron abrigo al indio azteca muchos siglos antes.

Los bosques, antaño pletóricos de una vegetación ubérrima y plena de vitalidad, así como también los ricos pastos que otrora dieran pródigo sustento a la fauna regional, han venido a menos.

De aquella rica y variada flora, que vestía de lujo y de riqueza la tierra labrantía evitando la erosión y haciéndola más feraz y productiva, sólo queda un despojo.

Después de ser, el terruño, explotado por la mano del hombre su aspecto ha cambiado por completo, además el ambiente campesino se ha vuelto hostil para quien lo disfruta.

La tala frecuente e irracional de los bosques, la actividad labrantía y las constantes quemas de cerros y llanos, han favorecido la erosión convirtiendo muchos lugares, que en otros tiempos semejaban vergeles, en páramos, yermos inservibles y pelones como un hueso.

Con esto la región y sus habitantes se han empobrecido; las extensas lagunas, que otrora formaban la delicia de propios y extraños, han desaparecido, los abundantes arroyos, que en mejores tiempos alegraban la vida con las notas de su musicalidad viviente, han pasado a la historia; los bellos y monumentales árboles que en un ayer lejano dieron vida y colorido al paisaje, árboles antañones que en un pretérito fugitivo conocieron los secretos de la tierra generosa y que dieron sombra y descanso a muchas generaciones, ahora se han desplomado roídos y deshechos por la vida. Sólo han escapado a este trágico destino unos cuantos rincones en los que todavía contemplamos la naturaleza con toda su vitalidad y pujanza.



Muela de un paquidermo monstruoso, encontrado en una excavación, mide 14 Cmts. de largo, 7 de ancho y 11 de alto (vista de perfil).

Diríase que la mano providente del Eterno ha borrado del terruño escogido por María todo aquel atractivo y aliciente, para que sea tan sólo el amor más puro y sacrificado el que lleve los corazones hasta el pie del altar de la que es bella y buena, grande y sublime sobre todas las bellezas de este mundo.

Ahora contemplamos al sufrido viandante, al ferviente devoto de la Madre del Cielo, que hace su largo recorrido hasta el pueblo de Talpa, viajando por un paisaje sobrio y adusto, marcando sus huellas en la tierra seca, de entraña pedregosa y agrietada por el sol, por caminos polvorientos y calurosos, pero con el alma y el corazón pujantes de ternura, de amor y de esperanza.



Idolo, de los varios encontrados en los contornos de Talpa.

II

El primitivo cacicazgo de Tlallipan

1o.—*El nombre.* Formando parte integrante de lo que en estas últimas décadas se ha venido designando con el nombre de "Confederación Chimalhuacana", oculto en lo más abrupto de lo que —formando parte del flanco externo de la Sierra Madre Occidental— se designa con el nombre de Los Declives Jaliscienses, se halla enclavado un pueblo de viejo y ameno historial, que en tiempos prehispánicos estuvo habitado por indios de raza nahoatl. Aquellos primitivos indígenas designaban a su pueblo con el nombre de *Tlallipan*. (Léase Tlalipan).

En la época de la conquista el toponímico nahoatl del arcaico cacicazgo, fue sustituído por otro hispanizado: *Tlalpa*, que —de acuerdo con cierta evolución fonética— dio como resultado el nombre moderno de *Talpa* con que actualmente se le designa y conoce.

Para mayor claridad acerca del nombre de esta villa, transcribimos una cita de la obra inédita del mismo autor y que lleva por título "Talpa".



La misma muela, pesa 1,150 Gms. (vista desde su parte inferior).

"Según la opinión autorizada de algunos filólogos, este vocablo se descompone en dos: Tlal, de Tlalli, tierra y Pan, o Pa, sobre; connotando superposición.

Teniendo en cuenta lo anterior, etimológicamente Talpa vendría a significar: Tierra alta, lugar alto, lugar situado o puesto en lo alto o en parte alta.

Tal nombre pudieron darlo los naturales a la región, que es alta y montañosa, o al lugar donde está el pueblo, sobre todo si se tiene en cuenta que el antiguo pueblo, a la llegada de los españoles, estaba situado en lo que hoy se llama "Barrio Alto", o barrio de los indios, que corresponde a la parte sur-este del pueblo actual.

Hay quienes opinan que en tiempos muy remotos, el pueblo estuvo en alguna de las colinas que se asientan en la parte oriental de esta villa, más aún, se han encontrado en esa comarca vestigios de antiguos moradores, objetos de uso doméstico, restos humanos encontrados en cuevas, etc., etc."

2o.—*Los orígenes.* La remota —quizá remotísima— fecha en que brilló para la hermosa y tranquila villa de Talpa, la primera aurora de su existencia, ha sido absorbida por la noche obscura e impenetrable de lejanas edades.

El continuo e inexorable rodar de los siglos, nos ha colocado tan lejos y nos ha desconectado de ella en tal forma, que nos ha arrebatado la posibilidad de poder conocerla y concretarla.

Otro tanto podemos afirmar de la infancia, esto es: de los primeros años de su vida, en igual forma se pierden para nosotros en la existencia tenebrosa de la prehistoria de México.

Para tener alguna noticia acerca del pasado de estos pueblos y de sus primitivos moradores, tenemos que escudriñar entre los pocos vestigios que han logrado vencer a la acción destructora y demoledora de los siglos; creo que se puede afirmar, sin incurrir en exageración, que el pasado de estos pueblos es muy semejante a una silenciosa tumba roída por el tiempo y el olvido.

Más aún, los pocos restos de aquellas edades, que han logrado llegar hasta nosotros, se han conocido y estudiado tan poco, que prácticamente podemos afirmar que nada concreto y preciso conocemos de sus remotos orígenes.

3o.—Primeros pobladores. La antiguedad prehistórica del hombre en estos pueblos parece hoy cuestión cierta, ya que, si no precisamente en estas tierras, sí en los lugares aledaños se han encontrado objetos arqueológicos de muy remotas edades.

Con todo, hasta el dia de hoy, nada se ha descubierto o estudiado que pueda proporcionarnos datos concretos y precisos acerca del discutido problema de aquellos aborígenes.

Parece cierto que los moradores más antiguos de estas tierras fueron gentes nómadas, que en un principio llevaron una vida oscura y llena de miseria. Hasta hoy día la Historia no ha logrado dilucidar el oscuro problema referente a la época en que el hombre hizo su aparición en estas tierras.

Los despojos humanos y los pocos objetos de arte o industria que nos legaron, son tan raros y difíciles de puntualizar en estas partes y además, han sido tan poco buscados y estudiados que apenas si nos dan alguna luz acerca de aquellos primitivos moradores.

En conclusión: el nombre, el pueblo o la raza a que pertenecieron y las circunstancias de la vida de aquellos aborígenes, permanecen para nosotros desconocidos; el velo que cubre sus principios aún no ha podido ser descorrido, el pasado se halla todavía en plena posesión de sus secretos; por lo tanto, nuestra historia del remoto ayer, en este punto adolece de una polisecular laguna.

No parece imposible, más aún aparece como verosímil y probable, que en el transcurso de los siglos y de las edades prehistóricas hayan sido diferentes las tribus y las razas, que haya hospedado esta porción de tierra mexicana.

En la época de la conquista, la actual villa de Talpa se hallaba ocupada por una tribu de origen nahoatl, así lo afirma una tradición constante en estas tierras y parecen confirmarlo la toponimia, los vestigios que conocemos de su lengua, así como también los usos y costumbres de que tenemos noticia.

Parece lo más probable que esta tribu fue una de tantos núcleos que se desprendieron de la gran familia nahoatl, a su paso por esta parte de México, cuando en su migración procedente del norte, trataba de internarse en la parte central del actual territorio mexicano.

Esta pequeña tribu se quedó en estas partes jaliscienses y se introdujo por esta región montañosa en busca de asilo, quedando luego perdida y olvidada en estos lugares de refugio.

Aún de este último pueblo, que se halla relativamente tan cerca de nosotros y del cual muchos talpenses llevan sangre en sus venas, poseemos escasas noticias.

Dada la naturaleza y dimensiones de esta obra no nos es posible detenernos a estudiar todos los aspectos de la vida y costumbres de aquellas gentes, esta razón y las dificultades mencionadas anteriormente, nos impiden presentar a los lectores un estudio profundo y exhaustivo, minucioso y detallado, que abarque totalmente el conjunto de lo que sabemos que fueron aquellas gentes, tanto en su persona como en su manera de vivir.

Difícil resultaría también presentar o resumir y conciliar las opiniones de los estudiosos cuando se ocupan de las gentes de aquellos siglos; muchos de ellos aparecen impresionados por un exhuberante optimismo, mientras que otros nos pintan cuadros a cual más pesimistas y oscuros.

Afirman algunos que estas tierras no pasaron de estar habitadas por tribus bárbaras y salvajes, de singular pobreza, carentes de edificios y con una rudimentaria organización social y política.

Atacan al indio por su apatía y proverbial pereza, por su tendencia al disimulo, a la embriaguez y a las pasiones carnales. Otros indigenistas ponderan sobremanera la docilidad, dulzura, sencillez y paciencia del sufrido indígena, así como también su habilidad para los trabajos manuales.

Porque así conviene a la materia de que se ocupa este trabajo, vamos a detenernos un poco en el estudio de la vida religiosa de aquellas gentes, para que así aparezca más claro el beneficio tan grande que trajo para ellos la protección particular, que luego les dispensó, la Santísima Virgen María mediante la renovación de su taumaturga Imagen del Rosario.

Dentro de la extensa gama de sentimientos que informaban y animaban aquellas gentes, el sentimiento religioso era uno de los más preponderantes y al que concedían una gran importancia. Esto se debe, sin duda alguna, a que en la religión encontraban la solución de mu-

chos problemas que son vitales en la vida del hombre, sobre todo para el primitivo cuya vida estaba llena de misterios y enigmas, casi del todo insolubles.

En la religión entreveía, aunque de una manera confusa y oscura, la explicación del origen y del fin de su existencia; hay que reconocer que estos problemas sólo los tocó de manera superficial y transitoria. En la religión encontró también la explicación de muchos fenómenos naturales, que luego convirtió en divinidades y adoró.

La misma religión les imprimía valor y les prestaba auxilio en muchos temores, y les infundía confianza en el porvenir, siendo también para ellos un poderoso auxiliar en el dominio de las fuerzas naturales, a las que respetaban y temían, pero que creían se hallaban bajo el dominio de la divinidad que procuraban tener siempre propicia.

Guiados quizá por el instinto religioso y por la ley natural, así como también por viejas tradiciones, reconocían la existencia de seres sobrenaturales, superiores al hombre a quien había que agradar y ofrecer culto.

En su búsqueda de un dios nunca pasaron de los seres y fenómenos naturales, no llegaron a conocer la existencia de un Dios único, perfecto, espiritual, principio y fin de todo cuanto existe; antes al contrario, profesaron siempre un politeísmo craso, adorando casi siempre las fuerzas naturales: el sol, la luna, el rayo, etc., que a su vez trataban de concretar y simbolizar en ídolos que labraban de piedra o arcilla, madera, etc., por lo que su religión se concretaba a la más burda idolatría.

A pesar de ello, parece que llegaron a entrever y conocer algo sobrenatural y espiritual, sobre todo en lo que atañe a la existencia de un ser (que nosotros llamamos alma) que no muere y que continúa viviendo más allá de la tumba.

Crasa y material fue la idea que tuvieron de una vida futura; para la generalidad de ellos todo se reducía a nacer y morir; sin que haya algo más que hacer o esperar; sin embargo, entre algunos predominó la idea de otra existencia, ello se desprende de la forma como sepultaban a sus muertos.

La forma como rendían culto a sus divinidades, era también muy práctica y sencilla; no parece que hayan tenido ministros destinados es-

pecialmente a ello, lo hacían más bien los jefes de familia o los individuos en particular.

Su culto consistía más bien en súplicas o deprecaciones y en obsequios consistentes más bien en frutas, animales, flores, etc., que ofrecían a sus ídolos, sobre todo cuando querían obtener favores o verse salvos de algún peligro.

En sus ritos gustaban de ofrecer también fiestas, en las que los naturales vestían sus mejores galas, bailaban y danzaban durante muchas horas alrededor del ídolo o del teocalli (templo) sin que faltara en algunas ocasiones las bebidas embriagantes.

Eran en su religión sobremanera supersticiosos, se dejaban sogestionar constantemente de agüeros fastos y nefastos, de vanas profesías anunciadas por los hechiceros que abundaban entre ellos. En igual forma se prodigaban los magos o adivinos que obtenían de los dioses bienes o males para los individuos y señalaban la suerte de cada uno, su buena o mala ventura, echando suertes con granos de frijol o mirando al agua en una escudilla.

Los lugares en que rendían culto a sus divinidades ("teocalis"), eran simples chozas pajizas, en ocasiones simples cuevas o lugares escogidos a cielo razo, sobre todo debajo de árboles cubiertos de espeso follaje, que en muchas ocasiones creyeron que era esa la morada de la divinidad.

Poseemos también algunas nociones acerca del idioma o lengua que hablaron, de su gobierno, organización familiar y social, guerras y demás usos y costumbres, así como también de su idiosincracia, pero no podemos ocuparnos de ellas por no extendernos demasiado y apartarnos del tema.

Cuando los primeros españoles visitaron estas tierras el cacicazgo de Tlallipan formaba parte, en calidad de tributario, del extenso y poderoso reino de Xalixco. La tribu tlallipense pagaba su tributo al gran Rey, éste en cambio, se comprometía a defenderla en caso de guerra o de cualquier otro peligro grave.

LAPSO SEGUNDO

El arcaico pueblo de Santiago de Tlalpa

I

Penetración y conquista

Si al hablar de los primeros pobladores de este apartado rincón de México, la historia nos presentó una incógnita, otro tanto sucede cuando tratamos de investigar acerca de los primeros blancos que penetraron a estos lares.

El nombre, así como también las referencias personales pertinentes al primer europeo que conoció estas tierras, ha sido hasta el presente día celosamente custodiado por el pasado, ya que ningún documento, por lo menos de los que hasta hoy día se conocen, nos proporciona noticia alguna; dígase lo mismo de la fecha y demás circunstancias de su venida.

Aun cuando en esta parte de la historia el material de información es más concreto y abundante, al tratar este punto tenemos que conformarnos con hipótesis y generalidades, veamos algunas:

Al principio de la segunda década del siglo XVI fue descubierto el Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, fue quizá a raíz de dicho descubrimiento que tuvo lugar un desembarco de "hombres blancos y barbados" los que arribaron, perdidos o náufragos, a las costas de Jalisco en lo que hoy corresponde a los municipios de Cabo Corrientes y Tomatlán.

Aquellos europeos, sin que sepamos quienes eran ni de donde venían, se quedaron a vivir entre los indios comarcanos; pero a raíz de que quisieron, los advenedizos, civilizar (catequizar) aquellos indios, pronto fueron victimados por ellos.

Murieron dejando algunos vestigios de su permanencia en estas tierras, mas no sabemos hasta dónde penetraron ni cuánto tiempo vivieron entre aquellos indígenas.

Por los años que van de 1523 a 1524 fue dominado y conquistado el cacicazgo de Amaxocotlán (hoy Mascota), se encargaron de llevar a

término esta empresa, conquistadores del belicoso reino de Colimán a las órdenes del esforzado capitán D. Gonzalo de Sandoval.

La dominación europea estuvo entonces a sólo unos ocho kilómetros del cacicazgo de Tlallipan (en lo que hoy conocemos como la Cruz de Romero); sin embargo, no fue entonces subyugado por los españoles.

Dos años más tarde, el valeroso Capitán D. Francisco Cortés de Sanbuenaventura recorrió, en una expedición de reconocimiento y conquista, gran parte de lo que ahora constituye la región costera de Jalisco.

Poco tiempo después 1529-1530 un virtuoso y abnegado religioso de la orden franciscana, Fray Martín de Jesús, movido por un ardiente y piadoso celo apostólico, recorrió lo que entonces era el extenso reino de Colimán; pasando por la región de Coronados se internó por las calurosas y tropicales costas, recorriendo a pie todo lo que es el actual municipio de Puerto Vallarta hasta el histórico pueblo de Valle de Banderas.

Dada la gran cantidad de población que había en el terruño que reseñamos, no parece improbable que haya sido visitado por el abnegado sacerdote, aun cuando no conservemos de ello noticia cierta.

Fue hacia 1532 cuando Nuño de Guzmán, ya establecido en la capital de su reino —Villa del Espíritu Santo de la Mayor España, hoy Tepic, Nayarit—, empezó a mandar exploradores para estos lugares "con el fin de reconocer y pacificar los pueblos" Fue entonces cuando los moradores de estas tierras prometieron obediencia al Rey español.

De este tiempo conservamos un importante documento, cuya materia no es otra que una orden de Nuño de Guzmán para que de inmediato saliera el Gobernador Alvaro de Bracamonte a los pueblos de "Paulín, Camotlán, Mascotes y Mascote con todos los demás que están en aquella comarca (entre ellos el cacicazgo de Tlallipan, Talpa), que son de la jurisdicción de la civdad de Compostela (Tepic) y están repartidos (los indios) entre sus vecinos (encomenderos) della; que se han revelado y alzado después de haber dado la obediencia a S. Magestad y a mí en su nombre, y haber venido muchas veces a la dicha civdad a servir (como esclavos) a sus amos"

Fue entonces cuando fueron declarados formalmente esclavos los indios de esta comarca, hechos prisioneros y "herrados con el fierro de su Magestad".

Al abandonar la Nueva Galicia el belicoso conquistador Nuño de Guzmán, repartió sus dominios entre sus más valerosos y esforzados capitanes: Juan y Cristobal de Oñate y Juan Fernández de Hijar. Dentro de la parte de herencia que tocó a este último, se hallaba incluido el pueblo que historiamos.

Este valeroso capitán, una de las figuras más destacadas de la infancia de Jalisco, cobró un grande amor por la tierra, a donde vino a vivir y en la que concluyó su larga existencia.

Con admirable paciencia y comprensión se dedicó a conocer y pacificar a los pueblos que le correspondieron, en el gajo que le heredara el muy magnífico Señor Nuño de Guzmán.

Si por conquista entendemos no una simple dominación por la fuerza, sino algo más racional y humano, tocó a este destacado personaje conquistar estos pueblos, (sus predecesores sólo habían subyugado y por la violencia esclavizado a los indios), e iniciar la incorporación de sus moradores al nuevo sistema de vida que les imponían los europeos.

Fue hacia 1540 cuando el encomendero Juan Fernández de Hijar, hizo su entrada más o menos pacífica al escondido pueblo de Tlallipan, recibió su obediencia y trató de probar a sus moradores que era posible la convivencia pacífica con los blancos. Fue entonces cuando se abrió una nueva página para la historia de este pueblo.

En las postrimerías del siglo XVI (1599), a raíz del descubrimiento de los ricos minerales de Aranjuez, vinieron a establecerse en estas tierras las primeras familias europeas.

La necesidad de contar con un centro de población bien organizado, obligó a aquellos buscadores de oro a fundar un pueblo, cosa que hicieron en lo que hasta entonces había tenido como lugar de asiento la tribu nahoatl que venimos historiando. Fue así como, por un decreto de la Real Audiencia de Guadalajara y con todas las formalidades que requerían las leyes y costumbres de la época, vio la luz primera el pueblo que recibió el título de Santiago de Tlalpa.

El reciente poblado fue elevado al rango de Alcaldía Menor, quedando desde entonces sujeto a la jurisdicción de la Alcaldía Mayor de Guachinango.

La feracidad de sus tierras labrantías y la riqueza y abundancia de sus pastos, atrajo luego buen número de agricultores y ganaderos, quienes luego fundaron la próspera y rica hacienda de San José de Talpa.

Así se hallaba el pueblo cuando en 1644 se convirtió en objeto de amor y de las miradas de la que es Reina del Cielo y de la tierra.



Exploradores de una de las cuevas de tiempos prehistóricos, encontrada en los aledaños de Talpa.

II

Alguna noticia acerca de la evangelización y cristianismo de estas gentes

El cristianismo y la fe vinieron a estos pueblos un poco más tarde que la conquista por las armas.

Es cierto que desde un principio los blancos que pasaron a este suelo, trajeron sacerdotes y misioneros que predicaran el evangelio a los conquistados, pero siempre se hizo en forma transitoria y sin que sus labores misioneras tuvieran arraigo y produjeran los frutos deseados: más aún, el mal trato que recibieron los indios de muchos conquistadores, hizo que crearan odio y desconfianza hacia todo lo que se relacionaba con los que ellos conceptuaban como advenedizos y usurpadores.

Esto vino, en muchas ocasiones, no sólo a retardar sino a ser un verdadero óbice a la obra de quienes luchaban por llevar la fe hasta el corazón de aquellos neófitos.

Cuando el siglo XVI mediaba su existencia (1550-1551), tuvo lugar el primer intento de evangelización para estos pueblos.



Croquis de Talpa del año 1600. Reconstrucción).

Para conseguir este fin la Providencia se valió de dos humildes religiosos de la orden seráfica, que a la sazón se hallaban evangelizando un pueblo indígena —Ahuacatlán, hoy Nayarit—, hombres de relevantes virtudes, de acrisolada caridad y de un extraordinario celo apostólico; respondían a los nombres de Fray Francisco Lorenzo, clérigo y Fray Juan de Estivales, hermano lego.

Siguiendo el consejo evangélico, salieron aquellos enviados de Dios dejando el bello y atractivo paisaje del Nayar, no llevaron consigo ni dinero, ni alforja, ni provisiones de ninguna especie y buen cuidado tenían de no pedir a los naturales oro, plata o cualquier clase de riquezas.

Durante varios días anduvieron por tupidos y pródigos bosques, sin encontrar en muchas ocasiones ni un sendero que los orientase hacia su destino. Pasando por mil peligros, torrenciales y caudalosos ríos, profundas e imponentes barrancas, llevando tan sólo como arma ofensiva y defensiva un viejo crucifijo, que de besarlo y estrecharlo contra su pecho, se había vuelto liso y había perdido ya la delicadeza de sus líneas.

En su larga peregrinación hacia estas tierras, aquellos benditos padres tocaron los cacicazgos de Amatlán (hoy de Cañas, Nay.), Guachinango, Atenquillitl, (Hoy Atenguillo) y Amaxocotlán, (hoy Mascota).

"Dejando en pos de sí altas y abruptas montañas llenas de frescos y aromáticos pinos, evangelizando a todas las tribus, gentes y pueblos que encontraban a su paso, a pie y descalzos, con las faldas del hábito sobre los hombros, con un rosario en la mano y un bordón, sin más provisiones que la mano providente del Altísimo", llegaron hasta estas tierras en donde los esperaba no sólo una prolongada serie de trabajos y sufrimientos, sino también la muerte que deseaba segar su fecunda existencia.

El cacicazgo de Tlallipan había sido ya conquistado y pacificado por el sucesor de Nuño de Guzmán.

Sus habitantes vieron acercarse a los frailes con bastante desconfianza y no menos recelo y temor.

Gran extrañeza les causó ver su figura humilde y su ademán sencillo, todo lleno de paz; alegría y bonded. El europeo que habían visto hasta entonces era el soldado feroz, montado en recio bridón, dispuesto a exigirles oro, servicios o a quitarles la vida.

Se hicieron necesarios verdaderos caudales de caridad, paciencia y comprensión, para poder ganarse para Dios y para el cielo aquellos medrosos y desconfiados corazones. Pero el carácter suave y atractivo de los religiosos fue atrayendo poco a poco a aquellas almas maleables y dóciles.

Había que instruir con inagotable paciencia a toda aquella tribu inculta y agreste, que ignoraba totalmente la lectura y la escritura, y que era del todo ajena a las ideas abstractas y a los conceptos espirituales.

Cambiar la idea de Dios que ellos tenían tan material y grosera, que no iba más allá de los burdos ídolos de arcilla o piedra, por la idea de un Dios espiritual, invisible a los ojos de la carne, infinito y eterno, parecía tarea un poco menos que imposible.

Suplir aqueella serie de ritos y ceremonias llenas de superstición, por unos sacramentos que son un símbolo material y visible de un efecto espiritual e invisible, parecía obra de romanos.

Si a todo esto añadimos el crecido número de pobladores, comparado con aquel par de hombres extranjeros, ignorantes en gran parte de la lengua, de la vida, religión y costumbres de sus catequizandos. Todo esto parecía suficiente para desalentar al corazón más esforzado.

"Con el alma en el cielo, la confianza en Dios y la intercesión de María Santísima, y con un corazón lleno de caridad y de amor hacia aquellos paganos, los benditos misioneros se dieron a su difícil tarea".

Fue entonces cuando estos lares contemplaron la primera capilla y el primer altar erigido para honra y gloria del Dios verdadero. Esta casa de oración no fue otra cosa que "un humilde jacal, con paredes de trozos de palos parados y recubiertos con lodo, sobre los que descansaba un techo de paja o zacate, muy usado por los lugareños para estos fines".



Primera capilla de Talpa, año 1600. En ella se renovó la Sma. Virgen del Rosario. (Reconstrucción).

Allí contemplaron, llenos de curiosidad y sorpresa, la celebración de la Santa Misa, recibieron el bautismo y escucharon repetidas ocasiones la doctrina del crucificado.

No sólo fue necesario combatir la idolatría, la superstición y la ignorancia, sino que, lo que en ocasiones resultaba más difícil y peligroso, hubo que luchar para poner término a costumbres y leyes que a veces resultaban totalmente opuestas al cristianismo, tales como la poligamia que entraba de lleno en las leyes y costumbres de aquella época.

Todos los principios de aquella nueva simiente, aunque muy arduos y difíciles, resultaron fecundos en conversiones.

Cada día aumentaba el número de neófitos y cada vez crecía el número de los que pedían el bautismo y demás sacramentos. Diríase que en pocos años la comarca habría de convertirse en un prolífico semillero de cristianos.

Si aquellos benditos padres se hubieran limitado tan sólo a desterrar aquello que era opuesto a la fe y costumbres cristianas. quizá habrían tropezado con menos dificultades; pero en algunos casos quisieron también innovar costumbres populares que estaban profundamente arraigadas en el alma de aquellos pueblos y de aquellas razas, algo de esto sucedió al apóstol de estas comarcas Fray Francisco Lorenzo.

"Usaban los indios —habla el P. Tello—, traer barbas postizas hechas de oro, plata o cobre, presas (fijas) con unos clavitos algo larguillos que tenían una cabezuela y poníanse ellos, dellos órdenes en los contornos de la boca; mandóles el santo Fray Francisco Lorenzo que se quitasen esas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilación y el oro, plata y cobre que de ellas salió hizo el bendito Padre 17 campanas de a quintal para 17 iglesias que el siervo de Dios fundó, y les hizo traer también todas las cosas que tenían sacrificadas y ofrecidas a los ídolos y en presencia dellos las quemó".

No parece que de momento haya hecho mala impresión a los indios el despojo de sus barbas, pero con los días tomaron pretexto de ello para armar un motín.

Hay quienes opinen que no fueron los indios regionales quienes atacaron a los misioneros, sino que fue una tribu que se hallaba remontada en las cercanías, desde que se dio el decreto de que fuesen hechos esclavos por rebeldes. Como quiera que sea, lo cierto es que una noche se amotinaron alrededor de la humilde casita de madera y paja en donde descansaban los siervos de Dios.

Fray Francisco Lorenzo, que se dio cuenta del grave peligro en que se hallaban, despertó a su compañero y le dijo: "Ea hermano, agora es tiempo de ganar el reino de los cielos". E hincados de rodillas frente al altar de su rústica capilla, en fervorosa oración esperaron el desenlace.

Los bárbaros rompieron las débiles puertas y en tropel penetraron al recinto donde se hallaban sus víctimas.

Ciegos de furor empezaron a descargar macanazos y a pasarlos con sus lanzas y flechas. En breves instantes expiraron aquellos humildes religiosos, entregando en esta forma sus almas al Señor. Así terminó la vida de los que con todo derecho pueden llamarse "los evangelizadores de estos pueblos".

Los bárbaros criminales "quemaron la iglesia y parte del pueblo y huyeron a las montañas; pero los vecinos pacíficos pidieron socorro a la Audiencia y el Oidor Contreras salió con cien españoles y cuatro mil indios a perseguirlos.

Consiguieron sitiar a los rebeldes en un cerro y extremando la circunvalación dieron muerte a más de quinientos, capturando tan sólo a ocho o nueve de los principales a quienes ahorcaron". (1)

Después de tan penoso incidente la región quedó casi abandonada, permaneciendo así casi todo el resto del siglo XVI, sólo de tarde en tarde era visitada por el jurisdicionario de Guachinango, quien procuraba que la sangre que aquellos benditos padres no resultara inútil.

Fue hasta el último cuarto del mismo siglo, cuando los exploradores mineros se internaron por la región y descubrieron la riqueza y bondad de este suelo y se establecieron en ella, en seguida se preocuparon por hacer venir a un sacerdote que atendiera sus necesidades, como después veremos.

---

(1) El P. Tello en su Crónica Miscelánea, al hablar de Fr. Francisco Lorenzo nos dice: "Con celo de la conversión de las almas padeció innúmeros trabajos, discurriendo a pie y descalzo, de día y de noche, por tierras nuevas (inexploradas) y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos muy penosos y nocivos y caminos fragosos espantosos de ver y difíciles de pasar y tierras de mucha espesura y aspereza y tan encumbradas que parece que sustentan (sostienen) los cielos...

Su vestido era un sólo hábito y manto, tenía de noche hora y media de oración mental, en la cual era muy ferviente y jamás la dejó por cuanto pudiese estar fatigado del camino... para dormir, el manto le servía de colchón y frasada y poniendo la mitad de él debajo y la mitad encima, un manojo de yerbas le servía de cabecera.

La mesa y manteles en que comía era un petate o estera puestos en el suelo y los manjares un poco de maíz tostado que los indios llamaban cacalote". Hasta aquí Tello.

LAPSO TERCERO

La moderna villa de Talpa de Allende

Talpa, palabra que por sí sola es para muchos cristianos evocadora de piedad y de recuerdos, de bondades del cielo y de milagros, de alegría, de consuelo y de esperanza.

Pintoresca Villa perdida entre montañas, con su hermosa Basílica, expresión viva de fe y de sensibilidad artística que semeja una oración, una plegaria viviente hecha de piedra que se eleva por sus muros, pilastras, arquerías, bóvedas y torres hasta alcanzar el cielo.

Lugar evocador donde han quedado plasmadas las más imponentes y entusiastas manifestaciones de fe y de amor mariales, que le han dado renombre, carácter y esplendor.

Rincón privilegiado del suelo mexicano, en donde se conserva fresca e imborrable la memoria de mil generaciones y en donde la obra de María Santísima aparece tangible y las manifestaciones de su amor son abundantes.

Para disfrutar y sentir el gozo espiritual que en Talpa se prodiga, se requieren ciertas cualidades no sólo de fe y amor sino también de sensibilidad y observación; tener también capacidad para empaparse en un cálido ambiente de confianza y bondad.

Su templo cruciforme se levanta imponente desafiando la altura, sus típicas torres cubiertas de azulejo, elevan el espíritu hacia el brillante y transparente cielo. Todo el edificio, a pesar de carecer de un estilo arquitectónico puro, definido y homogéneo, es bello en su conjunto y majestuoso.

Imponente y señorial le vemos elevarse entre los rojos tejados de las casas que le circudan y convierten en magestuosa su gentil silueta.

Nido de corazones angustiados, manantial de vida del alma, objeto predilecto de constantes recuerdos, centro de cita en donde tantas almas vienen a sumar sus lágrimas y sus plegarias, que luego suben al cielo y vuelven convertidas en gracia y redención.

Trono y lugar de reposo de la Reina de todo cuanto existe y lugar privilegiado en donde María ha colocado sus complacencias.

Epocas en que priva un sepulcral silencio, tiempos en que ensordecen los ruidos y horas en que priva la dulce musicalidad de sus campanas.

Su cielo es diáfano y transparente, saturado de un azul que invita siempre a la paz y al sosiego.

Su vida se desliza sobre el recio soporte de los años llena de encanto y variedad, como el pequeño río que a su vera pasa entonando una larga oración, murmurando siempre una plegaria, alabando a María.

Allá en su corazón, entre muros centenarios y bajo un techo generoso, como una preciosa gema perdida en la maleza, se posa la Imagen Taumaturga de María, como la humilde y divina Tórtola que hiciera su aparición entre nosotros.

El peregrino generoso que confiado se acerca hasta María, en muchas ocasiones no sabe hablar y cuántas veces se olvida de orar y de pedir, sólo sabe mirar y en seguida llorar.

Sus fiestas y romerías son algo digno de contemplarse, mejor diría: de vivirse. De millares de corazones brota un clamor ingente en donde se combinan de manera admirable el dolor y la esperanza, la suplica y la resignación.

Ese clamor salido de lo más profundo y entrañable del alma, ese gemido lastimero del corazón atormentado, capaz de conmover aun las más endurecidas rocas, encuentra eco en el corazón maternal de María Santísima del Rosario y la gracia se prodiga y se realiza el milagro y en las cóncavas naves del ámbito sagrado resuena el grito de acción de gracias.

Goza esta villa de características que son muy suyas y que le dan cierto aire de singularidad sobre otros pueblos; sus exclamaciones peculiares, su ruido especial es algo que forma un singular conjunto con las notas que proceden de sus plazas, iglesias y calles atestadas de vendimias, de sus vehículos polimorfos y de la miscelánea heterogénea de gentes venidas de todas latitudes.

Graciosa villa en la que se hermanan lo nuevo y lo viejo, lo propio y lo extraño, de marcado sabor y colorido provinciano, con su estructura y ambiente tan peculiares en cuya vida alientan sonidos y ruidos que son acá tan característicos.

Llena de luminosidad y de sombras, bullicio y silencio; monotonía y activa variedad vienen a ser la expresión y definición de su variada existencia.

Todos estos aspectos polimorfos, vienen a ser manifestaciones vitales que nos hablan de su historia, costumbres, gustos y ferias y de su distinguida personalidad.

Su monumental Basilica, que en su esctructura sintetiza el armonioso conjunto de las bellas artes y en su total integración un delicado sentido musical, no es posible concebirla sin el encanto de su bello campanario.

Las lenguas broncíneas de sus vetustas campanas, vienen a sumarse a la humilde plegaria del peregrino, en igual forma que las notas vibrantes de su órgano secular.



Como se encontraba el frente de la Basilica en 1900.

Diríase que en aquel añoso campanario se anida el alma del vetusto edificio. Su conjunto vocinglero convoca a los feligreses, proclamando en su sonido unas veces la alegría bulliciosa de una fiesta o el gozo de un fausto acontecimiento, o un celebrado triunfo, o en tantas otras veces, la muerte o el negro luto.

De clima templado y de gentes buenas y hospitalarias, Talpa es un pueblo pródigo en recuerdos, que tiene la magia de hacernos vivir épocas lejanas.

Luce romántico kiosko circundado de flores olorosas y de bellos árboles de ornato de graciosa y delicada figura, sus calles empedradas, sus típicos portales en anchas y tortuosas avenidas, le comunican un singular atractivo.

Con su especial variedad y su arrulladora quietud, ha logrado conservar con bastante integridad todo el sabor de las viejas ciudades de estructura hispana, sus templos, sus calles y construcciones le proporcionan un marcado sabor colonial.

Su historia y su pasado le dan peculiar importancia, su típico folklore, así como también su constante tradición, aparecen como uno de los más sobresalientes en la extensa región del occidente jalisciense.

La simpática villa se halla como engastada en la falda de una discreta colina de nombre "El Cerrito de Cristo Rey", desde cuya cima se pueden admirar sus pintorescos alrededores, un río de escaso caudal limita algunos de los contornos del pueblo, a lo lejos se dilata la mirada por los horizontes llenos de vegetación y tupidas selvas pletóricas de las más disímiles variedades de árboles de diferentes especies y condiciones.

La figura humilde del pueblo de Talpa se agiganta y aparece renovada en los anales de la historia; no escasean en sus alrededores las bellezas naturales con que en el orden natural lo ha enriquecido el cielo, haciendo brotar de su fecundo suelo gigantescas montañas, espesos y frondosos bosques, risueñas y perfumadas campiñas, graciosas y sonoras vertientes que en sus aguas cristalinas de apacibles remansos reflejan la variedad encantadora del firmamento.

En el orden moral y religioso aparece a nuestra vista como un lugar notable y privilegiado. Humilde lugarejo habitado en la prehis-

toria de México por indios salvajes de raza nahoatl, fue escogido por Dios en posteriores tiempos a la conquista como una especial morada para la venerable imagen de la Santísima Virgen del Rosario en donde, como en un huerto ameno, recogiera las flores del amor de sus hijos y aspirase, en el transcurso de los siglos, el delicado aroma de la siempre creciente devoción a María.

Así se presenta Talpa a los ojos generosos del piadoso romero.



Portal donde el peregrino se guarece de las inclemencias del tiempo.



Entre sierras y montañas . . . se esconde el Relicario que custodia la preciosa Imagen.



Una de las calles típicas de Talpa.

CAPITULO PRIMERO

Origen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa

SE ha dicho que amor significa posesión, y a medida que el amor es más grande, más intenso, la tendencia y el deseo que de él resultan de poseer el objeto amado, vienen a ser mayores.

Una de las formas de poseer el objeto que se ama es mediante el conocimiento y éste, cuando el amor es más puro y perfecto, tiende a ser más profundo y completo.

Esto explica por qué todos deseamos conocer la naturaleza, el origen y todas las circunstancias que rodean a los seres que amamos, por eso hacemos mil preguntas acerca de todo aquello que queremos o admiramos.

Esto sucede precisamente con la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa. Tiene Ella tantos devotos, tantas almas que le tienen un cariño y un amor entrañables, que anidan en su alma los más nobles y puros sentimientos de bondad, gratitud, fe y confianza para Ella y, por lo mismo, desean conocerla, y a medida que su conocimiento es más perfecto, resulta más tranquilizante y satisfactorio para sus generosos corazones.

Todo lo anterior viene a darnos la explicación de por qué tantas almas hacen un sinnúmero de preguntas acerca de la Sagrada Imagen que tanto aman y veneran. Todos desean conocerla en todos sus aspectos y detalles, tienen hambre de saber cuanto Ella encierra de divino y de humano, de natural y sobrenatural, así como también todo lo que atañe a los poderes que puede ejercer en favor de los hombres.

Satisfacer tan justos deseos; saciar siquiera en parte, esa sed de conocimiento, es la finalidad que pretende la presente obrita, que desde

luego está muy lejos de agotar la materia y de proporcionar a los lectores un conocimiento exhaustivo de un asunto que para su total desarrollo exigiría una obra extensa, bien documentada y debidamente tratada.

Tratemos de dar contestación en este capítulo a las preguntas que más repetidas veces se hacen acerca de la milagrosa Imagen:



Una de las pinturas más antiguas de la Santísima Virgen del Rosario. (Con una edad aproximada de 100 años).

I

Dónde fue hecha la Sagrada Imagen

Tratando de investigar el lugar de origen, o lo que llamaríamos la tierra natal de la santa Escultura, nos encontramos con la primera incógnita de su historia, concemos algunos datos generales, pero el lugar concreto y preciso en cuyo suelo vió la luz primera sigue siendo misterio para los devotos y estudiosos.

El documento más antiguo que nos da noticias acerca de la Santísima Señora, es el que conocemos con el nombre de "La Auténtica" (de la cual nos ocuparemos después), en dicho legajo claramente se establece su origen michoacano, o lo que es lo mismo, categóricamente afirma que fue hecha en Michoacán.

El mencionado documento dice a la letra: "y procurando inquirir (el párroco) por el origen, siendo como era antiquísima, de las que se hacen en Michoacán, de materia de caña liviana".

Si a esto añadimos que el único centro escultórico que hubo en todo el país en la época que fue hecha la milagrosa escultura, parece lógico concluir su origen tarasco.

Otro argumento que podríamos aducir en favor del origen michoacano de la milagrosa Imagen, es la marcada semejanza que tiene con otras esculturas de origen ciertamente michoacano, tales como la Virgen de San Juan de los Lagos, la de Zapopan, etc., etc.; su figura y forma exterior, el esmalte o laca que las cubre, los defectos anatómicos, etc., son tan comunes en ambas que claramente denuncian un origen común, una misma época y aún quizá unos mismos artífices.

No ha faltado quien se pronuncie por el origen europeo de la Imagen, por la semejanza que quieren encontrar en Ella con las imágenes de estilo gótico procedentes de la Península Hispana, creo que basta un somero examen de la forma como fue hecha para convencerse de lo contrario: hay en Ella detalles que no se encuentran en ninguna otra escultura; v. gr.: la forma de llevar el Niño, además, la fisonomía del rostro, tanto de la Sma. Madre como, principalmente del pequeño Jesús, su expresión, etc., nos están hablando claramente de su origen indígena y de un arte naciente y poco evolucionado.



Nuestra Señora del Rosario de Talpa, vista por la espalda.

Creo que tampoco se puede atribuir a D. Luis o a D. Matías de la Cerda —que fueron los primeros peninsulares que se establecieron en el nuevo continente y trajeron a él el arte escultórico europeo— es cierto que confeccionaron muchas imágenes de caña de maíz; pero, al hablar de la imagen que reseñamos, es tan marcada la desproporción entre el cuerpo y la cabeza (siendo aquél demasiado chico, como es tan frecuente notar en las esculturas precolombianas) que sólo pueden atribuirse a un artífice incipente, como lo fueron en esos días los indios michoacanos.

Por todo lo anterior, creo que podemos contestar a la cuestión que se refiere al origen de la bendita escultura diciendo: que es michoacana, dicho en otra forma: que fue hecha en Michoacán, en uno de los



Busto de la Taumaturga Imagen del Rosario de Talpa.

pueblos ribereños que yacen a la vera del apacible y risueño lago de Pátzcuaro.

Si tratásemos de concretar un poco más, podríamos decir quizá que procede de Quiroga, Uruapan o Peribán, pues las obras procedentes de estos lugares no aparecen estofadas, cosa que es más bien una especialidad de Pátzcuaro.

Como nota ilustrativa de todo lo anterior podemos añadir que en el siglo XVI, época en que fué hecha la Taumaturga Imagen, por Michoacán, no se entendía la entidad federativa, o Estado, que hoy conocemos como parte integrante de la República Mexicana, sino que con este vocablo sólo se designaban los pueblos que rodeaban el pintoresco lago de Pátzcuaro, más aún, eso signfica la palabra Michoacán, "Tierra de pescadores"; fue obra de las mentes hispanas y de los historiadores posteriores el haber dado unidad y señalado fronteras al reino que luego se llamó tarasco o michoacano y que, andando los tiempos, habría de dar origen al Estado que hoy conocemos con ese nombre.

II

Cómo y de qué fue hecha la Bendita Imagen

En esta parte trataremos de conocer y concretar las materias primas que se usaron, lo mismo que la técnica o forma con que fue confeccionada la santa escultura.

La solución adecuada a estos problemas exige la exposición de ciertos antecedentes o nociones previas que faciliten su mejor y más clara solución.

Consumada la conquista del extenso y belicoso reino tarasco, al establecerse y poblar los peninsulares su capital, que a la sazón era Tzintzuntzan, conocieron un arte escultórico muy original que poseían los naturales de aquellas tierras; de este arte y de su historia tenemos la siguiente noticia: Los indios tarascos, a semejanza de algunos pueblos asiáticos, cultivaban la costumbre de llevar sus dioses a la guerra con el fin de tener en ella mejor evento, pero estos belicosos indígenas tropezaron desde un principio, con la dificultad de que aquellos dioses que adoraban eran de piedra o de arcilla y por lo mismo resultaban demasiado pesados y difíciles de llevar rápidamente de un lugar a otro como lo requerían en muchos casos las luchas sangrientas que libraban con otras tribus comarcanas.

Para obviar esa dificultad y para no exponer al dios original a caer en manos enemigas, buscaron la forma de confeccionar imágenes que fuesen más livianas y fáciles de llevar con rapidez y comodidad en caso de avanzada o fuga.

En su búsqueda encontraron una materia prima de origen vegetal que les resultó muy a propósito: el tallo de tres plantas: una conocida con el nombre de "Acaute", o también "Tacote Amarillo"; otra fue la caña de la planta del maíz, o "Milpa", y la tercera fue la espiga o tallo floral del maguey, conocida vulgarmente con el nombre de "Quiote", ambas debían usarse estando perfectamente secas.

En dos formas usaban esta materia: 1o.— Extraían la médula, pulpa o corazón del tallo de dichas plantas y la molían perfectamente hasta formar con ella una especie de harina, que luego amasaban con cierto aglutinante, también de origen vegetal, hasta formar una pasta,

la cual usaban como si fuese arcilla, dando con ella forma a sus ídolos o imágenes.

2o.— O también reducían aquellas médulas a pequeños trozos que luego iban yuxtaponiendo unos a otros, uniéndolos entre sí, con alguna goma o recina vegetal, hasta llegar a formar con ellos un bloque de regulares dimensiones sobre el cual, con algún objeto cortante, como lo hace el artista con un bloque de mármol, madera o piedra, labraban la imagen o dios deseado.

Ya se hiciera en una forma, ya en otra, cuando la imagen estaba terminada, se pulía cuidadosamente y se aplicaba sobre ella un esmalte o laca preparado especialmente, servía éste, tanto para dar brillo y tes a la escultura, como para fijarle los colores naturales.

En esta forma y con esta técnica, lo mismo que con esta materia prima, resultaban imágenes o esculturas livianas. fáciles de transportar a cualquier parte, siendo, además, éste un arte fácil de aprender y de muy poco costo.

De acuerdo con el conocido Dr. D. Julián Bonavit —quien escribió un erudito tratado acerca de este tipo de imágenes— la pasta quese empleaba en la confección de dichas imágenes, era una mezcla de la pulpa o médula de la caña de maíz y la savia de una orquídea de nombre "Tatzingui", que luego llama "Catleya citrina", la cual fungía como aglutinante.

Otros opinan que para confeccionar dichas pastas empleaban la savia de cierto arbusto que se conoce como "Palo Blanco" en algunas comarcas y como "Palo Bobo" en otras, dicho vegetal secreta en látex con propiedades adhesivas que pueden emplearse para los ya mencionados fines.

Del maque, laca o esmalte con que se daba tes, color y brillo a dichas obras de arte nos ocuparemos en el apéndice de este capítulo.

Teniendo en cuenta la renovación de la sagrada imagen, es muy difícil dictaminar acerca de la materia concreta de que fue hecha ya que, como reza la "Auténtica" refiriéndose a la imagen antes del milagro: "era una de las carcomidas y desfiguradas por ser hecha de materia de caña de Michoacán, liviana y muy antigua"; y poco después añade: "y procurando inquirir por el origen de esta santa Imagen, la ma-

teria de que era antes... hallé que esta Santa Imagen, siendo como era antiquísma, de las que hacen en Michoacán de materia de caña liviana"; y más adelante repite: "la materia de que era formada esta Santa Imagen, antes de su renovación, ya está dicho que era de caña y la que se transformó es tan maciza y pesada como se ve".

El milagro de la renovación consistió, en parte, nada menos que en el cambio de la materia: antes, caña liviana; después, de una materia compacta, maciza y pesada semejante a una madera semipetrificada.

Como queda dicho, el cambio milagroso de la anterior sustancia nos impide precisar con todos sus detalles y circunstancias la materia que se usó en un principio, así como también la técnica y forma que se usó en su construcción

Examinando detalladamente la Santa Escultura creemos que fue hecha de pulpa o corazón de caña de maíz, perfectamente molida y preparada con algún aglutinante, sin que esta opinión pase de ser una simple hipótesis del autor.



Basílica de Talpa circundada de naranjos como podía verse a principios del siglo XX.

III

Cuándo y por quién fue hecha la Taumaturga Imagen

En el segundo cuarto del siglo XVI, consumada la conquista del poderoso imperio michoacano, se comenzaron a establecer en él las misiones que llevaron el cristianismo y la cultura europea a los sufridos y generosos indígenas.

Los misioneros, en su labor civilizadora, siempre trataron de conocer y aprovechar los elementos culturales que poseían los pueblos que iban evangelizando, tratando siempre de perfeccionarlos, así tenemos que al fundar los franciscanos el convento de Tzintzuntzán, capital del majestuoso reino que nos ocupa, conocieron el arte escultórico que cultivaban sus habitantes y lejos de tratar de acabarlo o destruirlo, trataron de cristianizarlo, pues lo emplearon en la construcción de imágenes de Dios, de la Santísima Virgen y de los Santos; más aún encontraron en él una verdadera bendición para su obra, pues los materiales en él usados resultaban abundantes, fáciles de manejar y muy baratos, la técnica sencilla y las imágenes muy livianas, propias para llevarse con facilidad a las regiones más abruptas y apartadas aun en medio de las grandes dificultades y peligros con que se caminaba en aquella época.

Pronto los misioneros enseñaron a los indios a fabricar imágenes cristianas, que al principio resultaron imperfectas debido a la ignorancia de los naturales, tanto en materia de arte como en anatomía y fisiología humanas, pero luego pasaron los primeros escultores peninsulares a tierras mexicanas, entre los que se contaron los hermanos Cerda, se establecieron a la orilla del lago de Pátzcuaro, y aprovechando la ya conocida técnica indígena, fundaron el primer centro escultórico que conocieron aquellos lares, de allí salieron imágenes para toda la América, entonces conquistada y aun para las Islas Filipinas, llegando dicho arte a gran florecimiento hacia el segundo tercio del siglo que nos ocupa, para luego declinar y caer en el olvido.

Allí fueron hechas también las esculturas, hoy tan famosas y veneradas, que datan de esa época, de ellas podemos citar la de Nuestra Señora de la Salud, de Pátscuaro, las virgencitas de Zapopan y San Juan de los Lagos, quizá también la de la Soledad, de Guadalajara, lo mismo que la de Talpa, que venimos historiando.

Por todo esto, creemos que la fecha más probable y aproximada en que fue confeccionada la Patrona de Talpa, puede fijarse dentro del segundo tercio, más aún quizá hacia la mitad del siglo XVI, sin que sea posible por ahora concretarla más.

Su autor permanece también desconocido para la Historia, pues ningún documento, por lo menos hasta ahora conocido, nos ha conservado su nombre. Pero si consultamos la obra en sí misma, encontramos en Ella dos cosas que nos dan alguna idea sobre su artífice: una es que procede de manos muy torpes y poco conocedoras de las leyes del arte y de la Anatomía y Fisiología humanas, por lo mismo, creemos que su autor fue un indígena poco adelantado en estas materias; la otra es que encontramos en dicho autor un gusto artístico, innato quizá, exquisito y delicado, pues a pesar de lo imperfecto de la mano de obra, campea en toda la escultura una gracia y un gusto bastante delicados, sin que falte ese dejo de amable devoción, esto nos hace pensar que aquel primitivo escultor fue uno de aquellos naturales que cultivaron el arte y que llevaron en su alma un sentido natural de lo bello y un profundo amor y devoción a la Santísima Virgen y a la nueva religión.



Majestuosamente se destaca nuevamente la Basílica.

IV

Cómo vino a Talpa la Bendita Imagen

Otro de los puntos oscuros en la Historia de la bendita escultura que ocupa nuestra atención, es el que atañe a la forma cómo vino a parar a esas abruptas regiones, o sea: cuándo y quién la trajo hasta acá.

No ha faltado quienes afirmen que fue Fray Antonio de Segovia quien adquirió y trajo hasta estos pueblos la bendita Imagen que reseñamos. Tal hipótesis parece históricamente insostenible pues, en primer lugar, no existe noticia alguna en el sentido de que dicho religioso haya misionado en estas tierras, las pocas noticias que sobre este punto poseemos afirman precisamente lo contrario.

El historiador erudito de la Sma. Virgen de Zapopan, Fray Luis de Palacio, dice al respecto: "...más consecuente con la historia sería atribuirla al bendito mártir Fray Francisco Lorenzo, uno de los que más iglesias edificaron y más imágenes dieron, como refiere Gonzaga con Torquemada, Tello y Vetancourt, y por los rumbos de Mascota Plantó la fe"; y añade poco después: "según la auténtica relación del milagro fue traída de Michoacán, con que positivamente es hecha en Pátzcuaro, y nuestra orden no tuvo más intervención que haber regido las doctrinas".

Este último inciso y las noticias que sobre el religioso misionero poseemos, echan por tierra la posibilidad que haya sido él quien dejó en estas tierras la primitiva escultura.

Si consultamos la Auténtica, que es el documento más antiguo que al respecto poseemos, hallamos la siguiente noticia: "y procurando inquirir por el origen de esta Santa Imagen... y quién la trajo y por qué orden vino a dicho pueblo, hallé que esta Santa Imagen... era de un indio llamado Diego Felipe, criado de Clemente de Torres, que fue descubridor de la veta de la Resurrección... el cual vivía en Los Reyes; y yéndole a ver un hermano suyo mayor, vecino del pueblo de Talpa y principal de él, y cuando se volvió a su pueblo, entre algunas cosas que le dió fue este precioso tesoro de esta Sacrosanta Imagen... el cual la trajo a este dicho pueblo (de Talpa) a su casa en donde la tuvo algunos años".

El Bachiller D. Pedro Rubio Félix, autor del citado documento, nos habla claramente del traslado de la Santa Imagen del mineral de Los Reyes a este pueblo de Talpa, pero queda por dilucidar cuándo, por quién y en qué forma fue trasladada a dicho mineral, siendo como es de origen michoacano.

Siguiendo los pasos a los españoles que en aquella remota época penetraron y se establecieron por primera vez en esta comarca, y basándonos en los datos que la historia nos ha conservado sobre esta materia, creemos sólidamente fundada la hipótesis que vamos a proponer a continuación.

Por lo general los conquistadores y colonizadores españoles que vinieron por estos rumbos poco después del descubrimiento de América, eran hombres que más que tierras y aventuras buscaban riquezas, sobre todo metales preciosos, ya fuera que los exigieran a los indios, ya que los extrajeran de los ricos minerales.

Una vez que terminó la conquista por las armas, o por lo menos, cuando vieron los soldados que vinieron en la expedición de Nuño de Guzmán, que ya los naturales, si no se habían pacificado del todo, por lo menos se habían hecho menos peligrosos, se dieron a la búsqueda de minas, explorando con ese fin todas las regiones montañosas.

De la Villa de Santa María de la Purificación, fundada por Juan Fernández de Híjar, salieron varias expediciones con el fin de explorar las montañas costeras del Pacífico, o comarca llamada entonces de Coronados.

Una de dichas expediciones, que salió allá por el año de 1580 llegó tan sólo hasta el entonces próspero pueblo de Pascua (hoy Tomatlán, Jalisco), y de allí cambió de dirección rumbo al sureste por las partes donde hoy se asientan los pueblos de Llano Grande y La Cuesta; a su paso por dichas regiones conquistaron una tribu semibárbara, tributaria del extinto reino de Colimán, la cual habitaba un pueblo denominado Eron; anduvieron por allí en busca de minas y, no habiéndolas encontrado, tomaron unos indígenas como guías que los condujeron hasta el pueblo de Tlallipan.

Como quedó dicho, descubrieron las minas y fundaron el pueblo que llamaron de Santiago de Tlalpa al que hicieron venir a un clérigo,

el P. D. Manuel de Sanmartín para que atendiera las necesidades espirituales de los colonos y catequizara a los naturales.

Este sacerdote, que con seguridad pertenecía al clero secular, era de origen español y se distinguía por el gran amor que profesaba a la Reina de los Angeles.

Después de permanecer unos días, el P. Sanmartín, en la Metrópoli Mexicana, fue invitado a misionar en los reinos de Nueva Galicia, cosa a la que accedió sin dificultad, emprendiendo el camino sin pérdida de tiempo por el conocido camino de Taximaroa y Michoacán.

A su paso por los históricos pueblos ribereños del lago de Pátzcuaro, a semejanza de los demás misioneros contemporáneos, adquirió una de aquellas imágenes de caña liviana y de estatura pequeña tan usadas por los evangelizadores, y la llevó consigo, primero quizá a Guadalajara, después a la Villa de Purificación, continuando con ella su viaje expedicionario hasta venir a establecerse en el recién fundado pueblo de Talpa que era el lugar de su destino.

La pequeña escultura representaba a la Santísima Virgen con el Niño en sus brazos, era la entonces clásica advocación de Santa María de Jesús, Nuestra Señora de la Rosa o del Rosario.

Fue así como llegó a Talpa la Sma. Virgen que con tanto amor veneramos. Veamos ahora cómo pasó de Talpa al mineral de Los Reyes

"El año 1599, sin que conozcamos el mes ni la fecha precisa, se llevó a cabo la ceremonia de fundación conforme a la usanza de la época, en ella se dió posesión a los naturales y colonos de las tierras repartidas en solares, astilleros, fundos y ejidos, se nombraron autoridades se prestaron los juramentos de ley. etc., etc.; en una palabra: se creó, al modo español, un pueblo que recibió el nombre de Santiago de Tlalpa. En la fundación le fueron asignados como patronos celestiales a la Limpia Concepción de María y el Apóstol Santiago.

Los primeros años de vida de aquel pueblo fueron prósperos y alegres, los hispanos que lo fundaron trajeron consigo un clérigo dinámico y piadoso, gran devoto de la Virgen María en su advocación del Smo. Rosario, como quedó dicho".

Durante los años que permaneció este sacerdote entre los indios que habitaban la comarca, se dedicó a la evangelización con una paciencia

y una caridad dignas de todo encomio, siendo uno de los más poderosos auxiliares en esta árdua y difícil labor, la devoción que profesaba a la Madre de Dios y que supo llevar hasta lo más profundo del alma de aquellos sufridos naturales.

Con la cooperación de los ricos mineros y el trabajo de los catecúmenos y neófitos indígenas, edificó una humilde capilla con paredes de adobe, techo pajizo y altar de piedras naturales; en esta rústica iglesia de reducidas dimensiones, celebraba los actos del culto divino y administraba los Santos Sacramentos. Allí fue colocada la pequeña imagen de María Santísima del Rosario traída de Michoacán.



Una de las Imágenes primitivas de la Santísima Virgen del Rosario, que nos muestra la forma como la vestían desde 1650 hasta 1700.

Los blancos por su parte, importaron cabezas de ganado de todas clases, trajeron semillas hasta entonces desconocidas para los indios, enseñaron a los naturales una técnica más perfecta para el cultivo de las tierras, etc.; en esta forma todo significaba prosperidad y bienestar para todos. Sin embargo, los españoles, sedientos de más y más oro, seguían explorando la región en busca de nuevos y más abundantes yacimientos de metales preciosos.

A principios del siglo XVII el descubrimiento de un nuevo mineral atrajo la atención de todos los exploradores y mineros comarcanos, era éste el llamado mineral de Los Reyes que,, por estar virgen todavía, presentaba mejores perspectivas que el ya explotado de Aranjuez, esto hizo que emigrara hacia él la casi totalidad de los aficionados tanto europeos como naturales, con ello quedó Talpa y sus minas casi totalmente abandonadas, sólo permanecieron aquí aquellos colonos que se habían dedicado a la agricultura o a la ganadería. Como era natural, con los emigrantes partió también el Padre Sanmartín llevando consigo su imagencita peregrina y misionera de Santa María de la Rosa. En esa forma tenemos ya, a la actual Virgencita de Talpa, en el Mineral de Los Reyes.

Si quisiéramos concretar un poco más la fecha en que el sacerdote Sanmartín llegó a estas tierras trayendo consigo la Virgencita Misionera, creemos que se puede afirmar que esto sucedió entre las décadas que van de 1570 a 1590 sin que sea posible hasta hoy concretar un poco más la fecha.

Quedan todavía muchos puntos oscuros acerca del origen e infancia, o primeros años de nuestra venerada Imagen; podemos preguntar: p.ej.: ¿dónde permaneció desde que fue hecha hasta que la adquirió el P. Sanmartín? ¿quiénes fueron sus dueños o poseedores? ¿en qué forma la adquirió el sacerdote?, etc., etc. Son cuestiones que hasta hoy y aún quizá para siempre, permanecerán en el misterio.

NOTA.—A manera de apéndice, o nota final de este capítulo, presentamos la fórmula y técnica referentes al esmalte o laca con que los indios purépechas, o tarascos, pulían sus imágenes y les daban el colorido que deseaban.

Una vez que habían terminado la pieza, con la técnica que ya describimos, la pulían perfectamente y enseguida le aplicaban una capa de sisa, dolomita o limarga que en su lengua llamaban nimácata, la que hacían en la forma siguiente:

Tomaban cierta cantidad de un polvo, o tierra natural, que llamaban en su idioma Tepútzuta (producto natural granuloso compuesto de carbonos de cal y magnesio, sílice y óxidos de hierro) al cual mezclaban otra cantidad de aceite de chía o de chicalote, mezclándolos perfectamente.

A este compuesto añadían otro que constaba de otro polvo (calizo, ferruginoso) que llamaban Igüétacua, el cual presentaba un color blanco amarillento, al cual revolvían una pasta formada de grasa de Axe.

(Axe es un insecto hemíptero que abunda en ciertos árboles como el Llora-Sangre, Palo Mulato, Amate, Ciruelo, Palo Bobo, etc., etc., allí es cogido por los naturales preferentemente en el temporal de lluvias. Lo cogen vivo —pues muerto resulta inútil— y lo ponen en agua hirviendo, allí lo baten hasta que segrega una substancia amarilla, la que recogen, todavía caliente, y la ciernen en un lienzo fino o cedazo, de allí lo pasan a otra vasija que contiene agua fría, en donde reposa durante algún tiempo —varios días— hasta que se asienta en el fondo, formando planchuelas similares a las de cera de abejas).

La pasta que así había resultado, era licuada, aplicándose al fuego, a una llama, haciéndola gotear sobre un recipiente que contenía aceite de chía o chicalote, resultando entonces un compuesto nuevo que denominaban Tzipiatz, el cual lavaban perfectamente para eliminar de él una substancia rojiza que producía manchas.

Una vez limpia, era mezclada con la Igüétacua y Teputzuta con lo que formaban la crema o papilla denominada nimácata.

Con esta pasta cubrían la superficie pulida de la imagen y la dejaban varios días en la sombra hasta que estaba perfectamente seca. Cuando se hallaba totalmente seca, la cubrían de nuevo con otra capa de la misma nimácata a la que le habían añadido previamente el color deseado que habría de servir de fondo general.

Cuando estaba, de nuevo, totalmente seca se pulía, aplicándole aceite de chía y frotándola repetidas veces como un muñón de algodón mexicano (pochote).

Cuando estaba ya terminado el fondo general, se procedía a resacar, con espinas de maguey, aquellas partes y figuras que habían de llevar colores distintos y eran rellenados de nuevo con la misma nimácata previamente coloreada con el color que se deseaba aplicar. Esta operación se repetía tantas veces cuantos eran los colores distintos con que se había de adornar o decorar la imagen.

A la llegada de los blancos peninsulares cambió un poco esta técnica, pues con ellos se empezó a emplear la pintura superpuesta aplicada con el pincel europeo.

Para obtener el color blanco, los naturales empleaban el color natural de la Igüétacua; para el color negro usaban una tierra que extraían del fondo de

un lago denominado Zuahuén, situado cerca de Uruapan, Mich.; para el amarillo empleaban una tierra llamada Tecoxtli, o la tintura de un parásito vegetal que medra en el guamúchil o el mezquite, y para el color rojo aprovechaban una tierra llamada texicotl o toctetl.

La venida de los blancos modificó también la gama de colores empleados y la materia colorante, pues se emplearon el yeso y el albayalde para el blanco, el carmín y púrpura para el rojo, el azul de cobalto de Prusia, los ocres europeos, etc.

De acuerdo con el distinguido morelense, Dr. D. Julián Bonavit, en su trabajo sobre las esculturas tarascas del siglo XVI, creemos que el aglutinante que empleaban los naturales del Reino de Caltzontzi para unir las materias primas que empleaban en la confección de sus imágenes, era la savia de una orquídea, abundante en aquella región, llamada Tatzingui.

Otros opinan que dicho aglutinante era extraído de un arbusto llamado comunmente Palo Bobo o también Palo Blanco; dicho arbusto secreta cierto látex que tiene cualidades adhesivas que podría aprovecharse para este fin.

Dejemos a estudios más profundos la última palabra.



Frente de la Basílica y Plaza Principal, 1956.



Otro de los típicos portales de Talpa, que ha dado abrigo a muchos millares de peregrinos y penitentes.

CAPITULO SEGUNDO

La Virgen de Talpa en el Mineral de Los Reyes

LA NARRACION del descubrimiento del mineral de Los Reyes (Ostotipac) la debemos al P. Tello, quien nos la ha conservado en el libro segundo de su crónica Miscelánea, Cap. XX, Pág. 148, en donde dice a la letra; "*En este año de 1605 se descubrieron las minas de Ostotipac que tanta suma de plata dieron al reino de La Galicia y se fundó un Real llamado de la Resurrección que es el principal de aquellas minas, llamado así por haberse descubierto y registrado su veta principal el domingo de Pascua de Resurrección, el año 1605, por Diego Felipe y Francisco Lázaro, su yerno, indios criados de Clemente Torres, vecino y minero que entonces era del Real de Los Reyes, distante éste cuatro leguas, los cuales viniendo del pueblo de Mascota cargados de carne para el gasto de la familia de dicho su amo, hicieron noche en el puesto (rancho) que llamaban Las Cruces, distante de éste Real como tres tiros de arcabús y habiéndoles faltado una bestia salieron en su busca y hallaron y descubrieron la veta principal de estas minas, y habiéndola tenido oculta mucho tiempo y sacado de ella algunos metales de mucha plata, se resolvieron a revelarle al dicho amo, el dicho descubrimiento, como en efecto lo hicieron, haciéndolo principal descubridor con tal que a cada uno de ellos les diese una estaca de la mina que hoy se llama descubridora.*

El dicho Clemente de Torres registró dicha veta el día arriba referido y dió a los dichos criados la estaca poniéndolos por nombre el suyo propio, de suerte que a una estaca se llamó Diego Felipe y la otra Lázaro y el resto de la dicha veta lo registraron los demás vecinos de dicho Real de Los Reyes poniendo a las minas los nombres que abajo por su orden irán expresados". Hasta aquí el P. T.

Vimos ya en capítulos anteriores cómo el florecimiento de las Minas de Ostipac atrajo gran cantidad de gente, sobre todo mineros, así

naturales como peninsulares, contándose entre ellos gran cantidad de los habitantes de Talpa y el mismo P. Sanmartín.

Como lo había hecho ya en ocasiones anteriores, este insigne sacerdote se dedicó desde su llegada a sus nuevas tierras, a la evangelización de los indígenas que poblaban aquella región, edificó también allí una capilla humilde y rústica, en cuyo altar colocó la pequeña imagen peregrina, ante ella celebraba los divinos oficios y enseñaba la doctrina cristiana; en ella conocieron aquellos catecúmenos el amor a la Madre de Dios y su devoción formó, desde un principio, parte integrante de sus creencias religiosas.

El descubrimiento de más ricos y abundantes yacimientos fue atrayendo cada día más buscadores de oro, viéndose por ello la región cada vez más poblada y floreciente.

Pronto se enteró el P. Sanmartín de que aquella capillita primitiva resultaba insuficiente para dar cabida a todos los habitantes de aquellos famosos reales, por lo que emprendió desde luego la construcción de una Iglesia más amplia, bella y sólida. Comenzó también a proveerse de ricos y hermosos paramentos y para su nuevo templo encargó de España una escultura de tamaño natural "de las más hermosas que se hicieran en aquellas tierras" y que representase a la Virgen María en su advocación del Santísimo Rosario.

El nuevo edificio se levantó a gran prisa y la imagen solicitada pronto llegó a México y fue trasladada, en partes a lomo de mula y en partes en hombros humanos, hasta el rincón montañoso de Ostotipac, hoy lamado El Real·Alto (en las cercanías del pueblo de San Sebastián, actual Estado de Jalisco), en donde fue recibida en medio de las más desbordantes manifestaciones de júbilo y donde se conserva hasta hoy.

Cuando estuvo concluída la nueva Iglesia, fue bendecida con toda solemnidad y pompa, así como también la nueva y hermosa imagen de Ntra. Señora del Rosario que fue desde luego colocada en su nuevo altar, empezando desde entonces a rendírsele culto.

Con esto quedó vacante aquella humilde virgencita traída de Michoacán, hecha de caña liviana, compañera de andanzas del P. Sanmartín; este Padre ordenó que fuese colocada en un altar lateral que se hallaba ubicado en un costado del templo; desde esa fecha permaneció allí

casi olvidada e inadvertida de todos. A esto debemos añadir que, debido a lo frágil y deleznable de la materia de que estaba hecha y más de medio siglo que llevaba de vida, por así decirlo, errante por pueblos y montañas, había empezado ya a envejecer y a perder su prístima hermosura.

Sólo un indígena, aquel afortunado que descubrió el mineral de la Resurrección, aquel Diego Felipe que por muchos años fue sirviente del rico minero Clemente de Torres, no se había olvidado de aquella Virgencita a cuyas plantas aprendió a ser cristiano, de quien había recibido grandes favores y a quien dirigió sus primeras plegarias al convertirse a la nueva religión.

Este cristiano y devoto indígena concibió la idea de hacer suya aquella escultura pequeña. con el fin de llevarla a su casa y honrarla en ella, conforme el dictamen de sus sentimientos.

No fue empresa difícil para Diego Felipe el ver satisfechos sus deseos; ignoramos la forma como adquirió la virgencita, ya sea que la haya comprado al sacerdote, ya sea que éste se la haya obsequiado, como quiera que haya sido, él recogió aquel objeto de su veneración y lo llevó a su casa, en donde le formó un altar y eran de verse aquellos cristianos que formaban la familia del afortunado, todos los días postrados a los pies de su querida madre implorando su auxilio y protección, él mismo nos dará testimonio más tarde de cómo la celestial Señora le concedió abundantes gracias por medio de aquella humilde imagen.

Parece lo más probable, y así lo indican todas las circunstancias. que Diego Felipe era natural del pueblo de Talpa, en él tenía varios de sus familiares que lo visitaban con frecuencia y a él hacía referencia constantemente, por lo que puede creerse que fue uno de tantos de aquellos que emigraron al descubrirse los yacimientos de Ostotipac.

Cuántos años haya permanecido la escultura en casa de Diego, es para nosotros totalmente ignorado, lo único que nos refiere la Auténtica es que, siendo ya viejo aquel indio, en una ocasión que recibió la visita de un hermano suyo, más joven que él, que vivía en Talpa, temeroso de que la muerte le sorprendiese de un momento a otro y de que su virgencita fuese a parar en manos de personas menos reverentes, decidió regalársela, recomendándole que le tuviese gran veneración,

pues Ella le había salvado de muchos peligros y le había concedido grandes favores.

El hermano de Diego, cuyo nombre ignoramos, recibió aquel obsequio con gran alegría, en parte porque también él era un hombre profundamente religioso y, en parte, porque le pareció de gran valor, pues las imágenes eran en aquellos lustros muy costosas y difíciles de adquirir en estas regiones.

Después de prometer a su hermano secundar en todo sus deseos, regresó a su tierra natal llevando consigo aquel precioso tesoro. En esta forma encontramos de nuevo en Talpa a la venerable imagen que historiamos.

El hermano de Diego hizo en su casa un pequeño altar, en donde colocó aquella reliquia y dispuso a los suyos que tuvieran con ella sumo cuidado, pues, además de ser un objeto sagrado, significaba para él una prueba del cariño de aquel hermano que, viejo y enfermo, se hallaba ya muy próximo al sepulcro.

Antes de dar por terminada esta materia, conviene, para evitar confusiones, aclarar el punto referente al lugar de donde vino a Talpa la Santa escultura, de acuerdo con las opiniones de otras personas.

El Pbro. D. J. Trinidad Laris en sus "Apuntes para la Historia de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa", publicados por la Editorial Jaime en Guadalajara, Jalisco, el año de 1923 y reeditada posteriormente, dice a la letra: "Es casi seguro que fue hecha (la Imagen) en el pueblo de Los Reyes, Edo. de Michoacán, donde a la sazón vivía su primer poseedor que no fue otro que el indio Diego Felipe, criado de un minero español de nombre Clemente de Torres, que descubrió las importantes vetas de la mina de la Resurrección en el rico partido de Guachinango"

El autor de estas líneas, en el Catecismo sobre la Santísima Virgen de Talpa, publicado en el año 1956, siguió en este punto el sentir del P. Laris.

Esta opinión parece que debe rechazarse como falsa, pues en el siglo XVI, en que se hizo la escultura, el pueblo que llevaba el nombre de Los Reyes en aquella entidad federativa, si es que ya existía, no formaba parte de lo que entonces era Michoacán; en otros términos,

cuando la imagen se hizo, no existía pueblo alguno con dicho nombre (Los Reyes, Michoacán). A esto, podemos añadir que el pueblo que hoy lleva ese nombre jamás fue centro escultórico, por lo menos del arte que historiamos y, finalmente, jamás ha sido centro minero, como puede verificarlo cualquier lector cuidadoso, por lo que legítimamente podemos concluir que, la Icono que nos ocupa, no pudo ni ser hecha, ni tampoco traída de Los Reyes, Michoacán, como piensa el P. Laris.

Basta leer con un poco de cuidado la relación del P. Tello acerca del mineral de Ostotipac y relacionarla con los datos que nos proporciona la Auténtica para convencerse de que se trata de Los Reyes del Estado de Jalisco y no de Michoacán como quiere el P. Laris.

Fue quizá dentro de la tercera década del siglo cuando Diego Felipe hizo aquella donación a su hermano y fue entonces también cuando la Virgencita vino de nuevo a Talpa.

Corrieron los años tranquilos y apacibles para aquella buena familia y para finalizar la cuarta década del mismo siglo XVII, la senectud y la enfermedad visitaron a aquel insigne indígena poseedor de la Santa Imagen. Sintiéndose por ello ya muy viejo y enfermo y conociendo que presto sería visitado por la parca, temeroso de que su amada y venerada Madrecita fuese a parar en poder de manos extrañas, llamó a su hijo mayor, llamado Francisco Miguel, indio de buenas costumbres que fungía como cantor de la Iglesia del lugar, y le entregó aquel tesoro recomendándole que lo llevase a su casa e hiciese con él lo que su tío y él habian obrado mientras la Virgencita permaneció en su poder; sólo en esta forma se sentía completamente dispuesto para pasar a la eternidad.

El nuevo dueño de aquella tradicional escultura la recogió y la llevó a su casa, la colocó en una pequeña ermita que hizo a propósito y recomendó a su esposa y familia, tuvieran con Ella gran cuidado, ya que ésta había sido una de las insistentes recomendaciones de su agonizante padre.

Poco tiempo después, no creyendo Francisco Miguel, suficientemente segura la querida Virgencita en su casa, decidió llevarla a la Iglesia; allí estaría expuesta también al culto y veneración públicos; tomó, pues, una tarde aquel tesoro familiar y sin consultar a nadie penetró en el sagrado recinto, se acercó hasta el altar mayor y en una de

sus gradas colocó la Santa Imagen, entre otras que allí se encontraban. En esta forma volvió la Virgencita a ocupar el altar que años antes había ocupado.

La iglesia de Talpa era entonces una humilde capilla con paredes de adobe y techo de paja o zacate, estaba orientada de norte a sur, poseía tan sólo un sencillo altar de piedras unidas con arcilla en un estilo rústico y primitivo, en él se hallaba una imagen de la Limpia Concepción de María, de bulto, en estatura mediana, traída quizá de Michoacán y, además, una pintura del Apóstol Santiago montado a caballo, ambos habían sido designados como patronos y protectores del pueblo.

Las necesidades espirituales de los talpenses eran atendidas por el párroco de Guachinango que solía visitar este pueblo sólo unas cuantas veces al año. A pesar de esto, tenía bien organizada una vicaría o ayuda de parroquia, como se le llamaba entonces; la cofradía de la Santísima Virgen, los encargados del templo, de manera especial los Priostes y la Tenanchi, cuidaban del aseo de la capilla y de que siempre estuviera decente y adornada, poseía también el templo un par de campanitas con las que todas las tardes llamaban al pueblo para el rezo del Santo Rosario y para el estudio de la doctrina cristiana.

El Sr. Cura había acostumbrado a los fieles a traer constantemente abundantes flores que adornasen el altar de la celestial Patrona, tanto para que se viese siempre alegre y hermoso como para que ellos mostraran en esta forma su amor y gratitud hacia Ella.

Esta piadosa costumbre originó que la pequeña escultura que colocó el cantor en las gradas del sencillo altar, empezara su nueva vida, unas veces sirviendo como adorno o figura decorativa y otras permaneciendo perdida entre los floreros pletóricos de rosas casi siempre silvestres.

A esto debemos añadir la costumbre, frecuente en aquellos lustros, que tenían las naturales de colocar sobre el altar de la Virgen toda clase de frutos del campo, en el temporal de las aguas no faltaban los elotes, las calabazas tiernas y sazonas, los ejotes, los pepinos y demás productos agrícolas, y en tiempos de cosechas, las pangües mazorcas, todo esto, como era natural, servía de vehículo a multitud de insectos que luego hicieron presa en aquellas esculturas de caña liviana que ocupaban las gradas del altar, y en esta forma empezó a ser ataca-

da y destruída la tradicional escultura de Santa María de Jesús o del Rosario, que por tantos años había sido objeto de gran veneración y culto, primero de parte de aquel insigne misionero y sus fieles, y después, de las familias de Diego Felipe y su hermano como quedó dicho.

En esta forma, sin que nadie se percatara, aquella multitud de animalejos fue ejerciendo su acción destructora en aquella escultura traída de Michoacán casi un siglo antes, en tal forma, que en unos cuantos años, refiere la Auténtica: *"quedó tan carcomida, quebrada y desfigurada, que causaba indevoción"*; en estas condiciones se hallaba para el año 1644.

NOTA.—Digamos, a guisa de nota final o apéndice a este capítulo, una palabra acerca de la forma anterior, o sea: cómo fue antes de la renovación la Santa Escultura que venimos historiando.

Ya dimos anteriormente, al tratar del origen de la milagrosa imagen, una idea acerca de la materia, así como también de la técnica con que fue confeccionada; nos resta únicamente, para tener una idea más completa acerca de la Imagen primitiva, decir una palabra referente a su prístina forma, o sea, contestar a las preguntas: ¿cómo fue en sus primeros años de vida Ntra. Sra. de Talpa? ¿Cómo estaba cuando visitó por primera vez estas tierras? ¿Cómo se hallaba en aquel memorable viernes 19 de septiembre de 1644?

Tales preguntas no parecen muy difíciles de contestarse, pues como quedó dicho antes, al obrarse en Ella el milagro, no perdió su primera forma, conservó, por lo mismo, su estatura, su color, expresión, etc., y cuanto tenía antes del milagro si exceptuamos las muchas picaduras, magulladuras, golpes y de más imperfecciones que los insectos, el uso y la pátina del tiempo le habían ocasionado.

Cuando la imagen salió de las hábiles manos del escultor michoacano, gozaba de la belleza e ingenuidad naturales que el indio precortesiano sabía imprimir a sus obras.

Abundaban en ella esa ingenuidad espontánea, infantil si se quiere, que llenaba el alma y la vida del indio del siglo XVI.

La pequeña escultura, que apenas contaba con un poco más de medio cuerpo, representaba a María Santísima en toda su plenitud juvenil, cuando la Celestial Señora disfrutaba de toda la delicia que trae a la mujer el ser madre, o sea cuando lleva en su regazo el fruto de sus entrañas.

La graciosa representación de María mide en su totalidad (sin el vaso que la sostiene), 38 centímetros; su delicada cabeza fue ejecutada con gran esmero, así lo demuestran el tamaño y la forma, la regularidad en todos sus rasgos, la pureza de sus líneas y la tranquilidad que aparece en su fisonomía.

Su cabellera original es toda de talla, de color oscuro, negro como el ébano y el azabache, sobremanera abundante, se mueve con gracia y naturalidad hacia los hombros y la espalda semejando una maravillosa cascada; en toda ella aparecen delicados bucles que le imprimen cierta majestad y elegancia; sencilla, sin peinado ni artificio, se extiende por los hombros y la espalda llegando casi hasta la cintura.

Ostenta majestuosa una elevada frente plana, amplia y ligeramente abombada, la serenidad y la calma se reflejan en ella; es ancha, igual y muy hermosa, reflejo vivo de una extraordinaria inteligencia.

Un entrecejo terso, pleno y apacible separa el par de cejas gráciles y delicadamente arqueadas; más bien largas y angostas, de color oscuro de alguna semejanza con el negro; ellas vienen a imprimir un aire de armonía entre las lucen y sombras, los claros y oscuros que adornan el rostro maternal de la Madre bendita.

Los ojos, hechos de pintura, son grandes y de forma más bien redonda que almendrada. De color oscuro acercándose al negro, muy semejantes aparecen a los que adornan a la casta paloma, apacibles, de mirar misterioso expresan una ternura infinita e inagotable.

Aparecen piadosamente llenos de mansedumbre, miran de frente, diríase que están pendientes de las plegarias de sus hijos.

Si se miran de cerca fijamente, parecen tener vida, cual si quisiesen acudir a consolar al triste.

Ojos dulces, castos, amantes y maternales, revelan siempre misericordia y compasión, paz inalterable, candor virginal, llenos de vida y comunicativos; ellos nos hablan en silencio el lenguaje misterioso del amor.

Su mirada es grave, alegre, serena y penetrante, parece dirigida hacia el horizonte infinito, saturada de amabilidad y cariño mira con fijeza maternal, como si deseara llegar hasta el fondo de la miseria humana.

Mira con inefable candor, con dulzura, mansedumbre y con inocente recato; con ejemplar piedad y delicado amor llega hasta el fondo del corazón para iluminarlo y vivificarlo.

Las mejillas de la Madre buena aparecen llenas, sonrosadas, de color uniforme y de una tersura y delicadeza cual si fuesen de perla.

Ocupa el centro del armonioso rostro una bien conformada nariz rectilínea, delicadamente redondeada en la punta, toda ella preciosamente perfilada en armonía con la belleza de su rostro.

Su boca es delicada, más bien pequeña, de ella parecen brotar consoladoras palabras que son bálsamo de ternura que despiertan un sentimiento de simpatía y de cariño.

De labios delicados como lirios perfumados que destilan fragancia, ligeramente carnosos, aparecen unidos con delicadeza y recato. Si se miran de hito en hito reflejan una tenue sonrisa que consuela y alivia.

Termina el rostro un mentón suave y delicado, terso, armonioso y bien proporcionado.

Un cutis fresco y juvenil todo lo cubre, su pigmentación es más bien morena cual si quisiera imitar a la raza mestiza.

El rostro, nada común, se mira hermoso, grave y noble, de forma más bien ovalada, de movimiento humilde y amoroso, todo lleno de un amor entrañable y fecundo, universal e imperecedero, que nunca disminuye ni se acaba.

La cabeza aparece descubierta; su vestido es talar de atractiva e imponente pelicromía, aparece cubierto, en parte, por el anchuroso manto que desciende con dignidad describiendo delicados y naturales pliegues.

La posesión erguida de la cabeza permite que aparezca el cuello en toda su plenitud, graciosamente curvilíneo, delicado y armonioso, cual si fuese de alabastro; despierta un sentimiento de elevación y grandeza.

Sonrosadas y apacibles aparecen sus virginales manos, en una lleva con amor maternal a su hijo divino. Son manos finas y juveniles, tersas y llenas de amor, siempre dispuestas a bendecir, a restañar una herida a enjugar una lágrima.

Manos que vivifican y llenan de santidad cuanto a ellas se acerca, porque han sido tocadas con la virtud del cielo. Tienen una misión sagrada y consoladora: llenas de pureza recogen el sudor y el llanto lo mismo que la plegaria y la alegría de sus hijos.

Se vuelven milagrosas cuando curan y convierten en fuente de méritos y gracias los más duros golpes de la vida.

Manos que custodian y manejan con especial cuidado la llave secreta del corazón divino y del humano, en igual forma que los tesoros de la infinita misericordia.

Manos caritativas que llevan cariñosas el pan para los pobres y olvidados, para los huérfanos y ancianos. Son manos que se elevan suplicantes y descienden pletóricas de dones.

Manos puras y angelicales, saturadas de ternura, semejan dos relicarios de la gracia y los dones del eterno. Arcanos de piedad y de caricias de la bondad del cielo, manos fuertes y poderosas para la lucha contra el demonio y el infierno.

Toda la Imagen presenta una actitud de grandeza y majestad, de contornos un tanto verticales y rectilíneos, se halla sumergida en la paz y serenidad del cielo azul.

Su grandeza es tranquila, su majestad sencilla, su belleza y su gracia son austeras.

De aspecto recogido, modesto y humilde que doblega el corazón, lo atrae y lo retiene. Toda Ella inspira gozo y júbilo espiritual, respeto profundo, reverencia sublime, inalterable paz; hace olvidar, a quien con fe la mira, toda la humana miseria y le produce elevación del alma.

Las notas dominantes y características que en Ella se descubren, son de sobrenatural y divino; los detalles de su rostro, el conjunto de las formas y el aspecto general, nos hablan de un mundo espiritual y superior.

Si queremos encontrar el ideal que realizó el artista, hallamos que es el de esposa y madre, con toda esa sublimidad y grandeza que le imprimió el Redentor.

Así se presentaba a las miradas de todos la Taumaturga Imagen en la primera infancia de su vida; así la contemplaron los ojos extasiados del fervoroso Padre Sanmartín, y así se presentó a las ingenuas miradas del sufrido indígena del siglo XVI.

Transcurrieron los años y el tiempo, el uso y una buena porción de insectos, ejercieron en ella su acción destructora.

Los materiales de que estaba formada, a la vez que ofrecían poca resistencia, eran un atractivo y, en ocasiones, pingüe sustento para muchos insectos y parásitos.

Poco a poco la belleza de aquella laca primitiva fue desapareciendo, abundantes y profundas picaduras pulularon por todo su cuerpo, semejando, en repetidas ocasiones, un verdadero panal; la resequedad y humedad del ambiente, en breve le produjeron profundas y dilatadas grietas, el agua que llevaban y destilaban las flores y el polvo que sobre ella se posaba, la cubrieron toda de manchas.

El rostro y el vestido lleno de lacras y oquedades, perdieron por completo su original colorido, la humedad que acarreaban los floreros que se colocaban en las gradas del altar y el poco cuidado que tuvieron los priostes, hicieron en poco tiempo, de aquella graciosa escultura, un despojo, una ruina, sin figura humana y sin perfiles, indigna de aparecer a las miradas piadosas de los fieles, útil tan sólo para descender a la tumba y volver a la nada.

Aquella frescura y lozanía de que estaba llena en años anteriores, se había convertido en superficie opaca, áspera como la corteza de una encina; como una flor marchita y seca, como una juventud envejecida, como una sombra de lo que antaño fuera.

De ello nos da testimonio el P. Rubio Félix cuando dice: "se hallaba ya tan vieja, carcomida y resquebrajada que causaba indevoción".

Así brilló para la histórica virgencita la blanca y delicada aurora del memorable viernes 19 de septiembre de 1644.

CAPITULO TERCERO

Milagrosa Renovación de la Sagrada Imagen

UNA de las costumbres más antiguas en el pueblo cristiano, ha sido la de elegir patronos o protectores en el cielo, a los cuales han invocado en sus necesidades y honrado con actos de culto, dedicándoles un día del año en el que se les ofrecen alegres fiestas.

Ya quedó asentado en capítulos anteriores que al fundarse el pueblo de Santiago de Tlalpa el año de 1599, eligieron sus fundadores, como patronos y protectores a la Santísima Virgen María en su advocación de la Limpia Concepción de María y al apóstol Santiago; a ambos fue consagrado y encomendado el nuevo pueblo y ante ellos se hizo el juramento de honrarlos e invocarlos siempre. Desde entonces empezó la costumbre de celebrarles cada año sus fiestas que se conocen con el nombre de "patronales".

Durante los primeros años de vida de Talpa, estas fiestas eran celebradas con regularidad el 8 de diciembre y el 25 de julio; no había en ello ninguna dificultad, pues el pueblo contaba con un clérigo que organizaba estas festividades en la mejor forma posible.

Cuando Talpa se vió sin sacerdote y empezó a ser atendido por el párroco de Guachinango, las cosas cambiaron un poco, pues no siempre podía el Sr. Cura, o su Teniente, estar en el pueblo en las fechas indicadas, sobre todo si se tiene en cuenta la dificultad con que se viajaba entonces.

Desde principios del segundo decenio del siglo XVII, las dos fiestas se fusionaron en una que tenía lugar entre los meses de julio y agosto.

Aquellos festivales, que se verificaban al estilo regional, eran dignos de verese; en medio de la sencillez y aun rusticidad de aquellas gen-

tes había entusiasmo, ingenio y fogosidad; abundaban las frescas y aromáticas flores, las palmas silvestres, el verde follaje de los árboles de ornato, todo lo cual, unido a buena cantidad de moños y rosas de papel, acompañados de unas cuantas telas de vivos colores, constituían el adorno del interior y exterior del templo, del atrio y de las casas.

La capilla se iluminaba interiormente con velas de sebo, o grasa, que se ponía en cacharros de arcilla, pues la cera de abejas, muy cara y sobre todo muy escasa en aquella época, se empleaba sólo para los actos de culto; la iluminación exterior se hacía por medio de esponjas impregnadas de resina, sobre todo de pino, y en las calles se usaban las ya entonces tradicionales luminarias que en esos años se prendían por todo el pueblo y aún fuera de él, con lo que le daban un atractivo especial, pues en las noches oscuras, con sus millares de luces simulaban un pedazo de cielo invernal, tapizado de centellantes estrellas.

Ignoramos la fecha precisa en que fueron celebradas las fiestas patronales el año 1644, todo parece indicar que fueron en el mes de agosto. No faltaron, en el novenario que las precedió, las movidas y pintorescas danzas, la típica "chirimía" y los demás juegos que nunca estaban ausentes en ocasiones semejantes.

Oportunamente llegó el párroco, que a la sazón era el Bachiller D. Pedro Rubio Félix, y dispuso todo con el fin de que los santos patronos resultaran debidamente honrados.



Plaza de Talpa, como la contemplaron generaciones pasadas.

El cantor Francisco Miguel, acompañado de otras personas de buena voluntad, preparó los cantos, entre los que no podían faltar las Vísperas y la Misa, así como también las alabanzas para el alba y demás ejercicios de piedad.

El día anterior a las grandes festividades las sonoras campanitas, suspendidas en retorcidos trozos de árbol, anunciaron el canto de las Vísperas que el señor Cura se dispuso a celebrar con la solemnidad y pompa que le permitían las circunstancias.

Mientras se escuchaba en el coro el alegre canto litúrgico de las antífonas y los salmos, lo mismo que los himnos, el Br. Pedro Rubio Félix se hallaba sentado en el presbiterio en rústico escaño.

De pronto empezó a dirigir su mirada inquisidora y penetrante al altar mayor, mirándolo todo y examinándolo en todos sus detalles; en esta actitud observadora fue descubriendo que entre las hermosas y perfumadas flores que adornaban el altar, se hallaban algunas imágenes pequeñas, muy viejas y destruídas que, conforme las leyes de la Iglesia en esta materia, no debían permanecer ya en el altar, sino que debían ser apartadas ya del culto público. En esos momentos el Sr. Cura permaneció en silencio, pero tuvo muy en cuenta aquel detalle para sus indicaciones posteriores.

Todo el día siguiente fue de alegría y felicidad en Talpa; desde el sonreír del alba se vió la Iglesia pletórica de fieles que venían a dar el saludo matinal a sus celestiales patronos. Durante todo el día no escasearon los juegos, las piñatas, las corridas de toros, las alegres danzas y todo cuanto sugería el ingenio en dichas ocasiones. En los rostros de aquellos sencillos naturales, que vestían entonces sus mejores galas, se dibujaba una sonrisa de gozo y plenitud.

Pasadas las fiestas patronales, el celoso pastor visitó cuidadosamente todo lo concerniente al culto divino. practicó los bautizos y matrimonios que se presentaron; y predicó la palabra de Dios exhortando a sus feligreses a llevar una vida cristiana.

Permaneció algunos días después de la fiesta y cuando vió que todo estaba en orden, se dispuso a volver a la cabecera de la parroquia, pero antes de separarse llamó al Alcalde Fiscal, al Mayordomo del Templo y a los Priostes que se encargaban del cuidado del culto y a los vecinos que se llamaban principales y que también se interesaban por el

buen orden del pueblo y de su Iglesia; cuando los hubo reunido, les dió las instrucciones sobre lo que tenían que hacer durante su ausencia.

Entre otras cosas les ordenó que, puesto que las imágenes que estaban en las gradas del altar mayor, no debían continuar allí, *"que hicieran un hoyo en la sacristía de la Iglesia y que en unos manteles viejos envolviesen aquellas hechuras quebradas, desfiguradas y carcomidas, para que no quitasen la devoción"* y que enseguida las sepultasen con todo respeto y devoción, como lo merecían por ser objetos sagrados.

Una vez que hubo terminado de todas sus labores el piadoso Bachiller, se alejó de Talpa rumbo a Mascota y de allí pasó al antiguo pueblo de Amaxocotlán, lugar que entonces se conocía con el nombre de "El Ataxo" (El Atajo), como se le conoce hoy día. Mientras tanto, Talpa volvía a su vida silenciosa y monótona.

Por su orden fueron cumpliéndose las disposiciones que dejó el párroco referentes a distintas materias; para el jueves 18 de septiembre, tocaba su turno al sepelio o inhumación de las imagencitas viejas que estaban en el altar mayor del templo.

Había en aquel entonces, en Talpa, una jovencita indígena, hija del cantor Francisco Miguel, muy piadosa, sencilla y buena, que de ordinario se encargaba del aseo de la casa de Dios y del cuidado de todos los objetos destinados al culto; cambiaba las flores del altar y aseaba las ropas de la sacristía, etc., etc.; esta buena jovencita llevaba por nombre María Tenanchi o también, por ser hija del cantor Francisco, le apodaban María Cantora.

Los indios del pueblo abrieron en la sacristía el deseado sepulcro conforme a las disposiciones recibidas, dejando todo listo para que María Tenanchi verificara la sepultura de las pequeñas imágenes.

Ningún mortal sospechaba lo que aquel día memorable, aquel imperecedero 19 de septiembre traería, no sólo para los moradores de aquel apartado pueblo, sino también para tantas generaciones posteriores.

Cuando las últimas estrellas de la noche se disolvieron en la claridad de nieve del alba tempranera, la aurora blanca con desteñidos pabellones de púrpura en el fondo del paisaje, vino a poner término al reposo de la noche y a dar principio a las árduas labores del día; los agrestes moradores de Santiago de Tlalpa pusieron en actividad todo el poblado.



Mirando las alturas del Templo de María Santísima del Rosario.

Aquella mañana radiante y pura, muy semejante a las almas en gracia, comunicaba todo su esplendor y su belleza al horizonte lejano. fue como una mañana de inocente y candorosa infancia otoñal.

Las hojas brillantes de los árboles chorrean hilos fugaces de perlas tornasoles, los nidos, suavemente mecidos por el viento, ostentan orgullosos las delicadas alas de sus moradores que dejaban escapar fugaces trinos en escalas cromáticas.

Un viento suave y perfumado viajaba por la vecina selva saturando el ambiente de aromas delicados y de una frescura encantadora.

Los pajarillos volaban alegres y retozones por el campo alfombrado de un verde polimorfo y de infinitas flores, permaneciendo, en ratos, taciturnos, como si quisieran escuchar la suave y delicada voz de la naturaleza; todos ambicionaban respirar el aire puro y sentir sobre sus alas una delicada caricia del sol.

El cielo aparecía claro y saturado de un azul majestuoso, sin una tenue mancha, sin hallarse huella de una nubecilla pasajera, saturado de un aire fresco y húmedo con transparencias de cristal y centelleo de piedras preciosas.

Las flores lucieron ese día más galanas y atractivas: el delicioso lirio con su blanca seda y su tocado bruñido de oro; la lisonjera camelia con su pomposa gola de encajes; la enardecida amapola que ostenta sobre el raso de sus pétalos un joyel de brillantes y el gallardo clavel con su ostentoso penacho, parecían estar de fiesta.

Una profunda y risueña alegría llena todo el ambiente; toda la naturaleza, cual doncella que es llevada a desposarse, se revistió de galas, de encanto irresistible y de profundo misterio.

No hay pluma capaz de describir y de comunicar toda la belleza y sensibilidad de aquel día de gloria, de aquella mañana que ofrendó generosa toda la pureza y el encanto de sus flores a la Madre de Dios, de aquel amanecer que cubrió los nidos de rocío e hizo despertar a los músicos que dormían bajo los árboles para que entonasen un sonoro aleluya, de aquel amanecer que destapó las urnas de las rosas y virtió su perfume en las praderas y echó al vuelo todas sus campanillas para que, con lenguaje silencioso, tocaran a gloria.

La Virgen poderosa contempló desde el cielo todo aquel armonioso conjunto, aquel paisaje lleno de maravilla; pero, sobre todo, miró con amor delicado y maternal a todos los moradores de aquel pueblo que le fue consagrado el día de su natalicio.

Las primeras horas de aquella hermosa mañana corrieron silenciosas haciendo adelantar en sus labores cotidianas a los pacíficos moradores de Talpa.

Aquella buena indita, María Tenanchi, emprendió presurosa sus labores caseras, había que preparar y servir el desayuno y, después, había que visitar la capilla en donde la esperaban sus entenderes de costumbre.

Sería la media mañana (entre las diez y las once aproximadamente) de aquel viernes 19 de septiembre; después de haber tomado la leche fresca y sustanciosa, así como también los demás alimentos que completaban el almuerzo de aquellos alegres y robustos campesinos; aquella indígena de gruesas trenzas asabachadas, de rostro alegre y de rolliza figura, se dirigió a la iglesia en compañía de otras indias llevando en la cabeza, en perfecto equilibrio, un rojo cántaro lleno de cristalinas aguas recogidas en la fuente playera, y portando en la mano la típica escoba de varas verdes de las que produce abundantes la región.

Las compañeras de María Cantora se dieron con entusiasmo juvenil y, con el respeto que se merece la casa del Señor, a regar el piso terregoso carente de toda clase de pavimento, y, en seguida, a barrerlo con esmero removiendo con gran cuidado los rústicos bancos de tosca madera que servían de asientos en la casa de Dios.

La virtuosa Tenanchi, con su rostro alegre y su mirada serena, pasó a la sacristía adyacente; se dedicó en primer lugar a ordenarla y asearla y, cuando todo estuvo conforme a sus deseos, se encaminó al altar mayor del que luego retiró las flores ya marchitas y secas, había que embellecerlo, pues en él se veneraban las imágenes de la Limpia Concepción de María y del Apóstol Santiago. Ante aquel altar, hecho de tosca piedra unida con arcilla de oscuros colores, se había postrado tantas veces para implorar las bendiciones del cielo, por eso lo cuidaba con particular esmero.

Dos o tres gradas se elevaban sobre la mesa en que se ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa, allí se colocaban los rústicos floreros y las rosas silvestres.

En el centro aparecía, sin trono alguno, una imagen de la Purísima, hecha también de caña de maíz en la región michoacana; un poco más arriba en un lienzo corriente, la ecuestre figura del apóstol Santiago, patrono del lugar.

La humilde Iglesia no era más que una egreste capilla de sólo unas cuantas varas de longitud y latitud, sus paredes eran de adobe cubiertas, en su interior, de arcilla, sin más decoración ni pintura; la techumbre, con armazón de madera, estaba cubierta con un zacate especial que los naturales empleaban para ese fin.

El mobiliario era también tosco y primitivo: unos rústicos bancos, sin pintura ni pulimento y el piso, como dije, carecía de toda clase de pavimento.

Todo allí era humilde y sencillo como lo fue en la cueva de Belén y también en el cerro del Tepeyac.

La privilegiada vidente carecía también de todo lo que el mundo llama grande y sobresaliente; de modales sencillos, carecía del más elemental conocimiento de las letras. Si era hermosa ello se debía tan sólo a su edad juvenil, a la belleza y bondad de su alma que siempre comunica al cuerpo un destello, un reflejo de su luz y bondad. De color

moreno era su piel, como los de su estirpe; además, se había quemado por el sol y el viento. En sus negros ojos había un remanso de paz, como si por allí se asomase la sombra de su alma. De corazón fuerte y magnánimo, como un símbolo de su raza, así aparecía María Cantora.

Fue éste el escenario que se presentó a las miradas bondadosas de la Madre de Dios; fue aquel pueblo, habitado por indios, quien robó el corazón y el amor de María y, por lo mismo, decidió mostrarse su madre aquella mañana.

Sudorosa y jadeante, María Cantora, se veía ir y venir de la sacristía al altar aseando los floreros y renovando las flores que serían los testigos de la gran maravilla.

Todo parecía estar en orden, faltaba tan sólo retirar las imágenes viejas que deberían sepultar.

Cogió la Tenanchi unos manteles viejos, de los que otrora cubrían el altar, y algunas otras ropas, que también estaban ya en desuso, y así se dirigió presurosa hacia el altar con el fin de envolver en ellos las antiguas esculturas y entregarse luego a la tarea de inhumarlas.

Se llegó la joven al altar de la Purísima, tomó primero entre sus manos una imagen del Señor Crucificado que también debía sepultar, la envolvió con cuidado y veneración; tendió en seguida el brazo para coger entre sus dedos la Virgencita del Rosario, que también debía bajar a la tumba, trató de hacerla prisionera entre sus manos, pero en el preciso momento en que María trataba de tocar la Imagen vieja y apolillada, ésta se revistió de una luz vivísima y de un resplandor tan intenso y deslumbrante que semejaba un relámpago; en ese mismo instante la escultura de la Santísima Señora se revistió de un poder y de una majestad sobrehumanos cual si hubiese sido tocada por el poder divino. Todo esto causó una impresión tan fuerte y profunda en la vidente María que, sintiéndose sin fuerzas para sostenerse en pie, cayó con su cuerpo hasta el suelo.

El ruido sordo que produjo la juvenil figura de la Tenanchi al caer por tierra, llamó la atención de sus compañeras, que afanosas y laborantes continuaban agachadas tratando de dejar lo más limpia y agradable que fuese posible la casa de Dios.

Al enterarse de que su compañera yacía en el suelo, pensaron que algo malo le había sucedido y presurosas acudieron en su auxilio.



Las elevadas torres anuncian al peregrino que muy cerca de ellas está su tesoro.

¿Qué te pasa, Maria, por qué te has caído? —preguntaron angustiadas las naturales.

—¿No veis esa Virgen desbaratada que está de otra manera, echando resplandores, rodeada de fuego que me hizo así? ¿Qué será esto? —respondió la temerosa vidente.

La sorpresa que despertó en aquellas jóvenes la respuesta de María, avivó su curiosidad, por lo que volvieron sus miradas a la imagen que se hallaba en el altar mayor, contemplaron admiradas el prodigio y, sintiendo lo mismo que su compañera, fueron también derribadas por el suelo.

Con una sencillez evangélica nos ha conservado la Auténtica toda la grandeza de aquella escena memorable: dice a la letra: "*y llegando dicha Maria Tenanchi a coger dicha imagen, súbitamente fue tan grande el resplandor que salió de dicha imagen, que deslumbró y derribó a dicha Tenanchi Maria Cantora, que cayó como muerta en dicha peana; las demás de las naturales que estaban barriendo la iglesia y la*

fueron a alzar, y preguntáronle qué se había hecho les dijo ¿no veis esa Virgen desbaratada que está de otra manera, echando resplandores de fuego, rodeada de nubes que me hizo así.; ¿qué será esto?"

Como una feliz coincidencia, se hallaba cerca de la puerta principal del templo un joven indígena, de unos 15 años de edad aproximadamente, pariente quizá de alguna de las doncellas videntes; al contemplar el chico aquellas escenas para él inusitadas, lleno de temor salió corriendo, se dirigió a las autoridades lugareñas y les notificó lo ocurrido.

Sea por la curiosidad natural que despierta esa clase de noticias, sea por la impresión que el relato del atemorizado indio haya causado en aquellos señores regentes, sea por cualquier otra causa, lo cierto es que acudieron rápidamente al templo y encontraron a las jóvenes sentadas en el supedáneo del altar, mirándose furtivamente unas a otras, sin atreverse a intercambiar palabra y dirigiendo, por largos intervalos de tiempo, sus miradas a la Virgencita que aparecía ante sus ojos ya no con los resplandores de fuego ni rodeada de nubes, pero todavía llena de bondad y de celestial hermosura.

La noticia corrió por todas partes como reguero de pólvora en el pequeño poblado y aún por sus inmediatos contornos, era digno de verse cómo todos sus moradores abandonaban sus hogares y aún sus labores y se dirigían presurosos al templo, cual si hubiesen oído la voz de alarma, todos querían enterarse los primeros de cuanto había ocurrido.

En unas cuantas horas fue insuficiente la peqeueña iglesia para contener la cantidad de personas que pugnaban tratando de acercarse cuanto fuera posible al presbiterio, y ver así de cerca la Imagen renovada.

Llantos a viva voz, cantos, oraciones, expresiones de admiración sin que faltara uno que otro comentario de la gente curiosa, todo se dejaba oír en el sagrado recinto, sin que se echaran de menos los instantes de silencio y de suspensiva espectación. Tampoco hubo quien se atreviera a tocar la santa Imagen; las flores abundaron y, en un lapso corto de tiempo, el altar se vió transformado, pues aquellas buenas gentes trajeron presurosas cuanto podía embellecer el templo y el altar de María.

El prodigio se verificó en unos cuantos segundos, pero esos breves instantes vinieron a poner punto final a la historia de aquel pueblo

olvidado, desconocido para todo aquel que no hubiera visitado estas montañas.

La Madre de Dios había manifestado su amor y compasión por un pueblo a quien llamarán feliz todas las generaciones. En aquella mañana venturosa quedó escrita la primera página de la historia de una nueva fase del amor marial para los mexicanos.

Dos cosas habrá que tener en cuenta en el estudio de la cuestión que nos ocupa:

A).—La Historicidad del hecho; esto es: que en realidad haya existido una imagen vieja de caña de maíz, y que un día, en unos cuantos instantes, sin intervención humana, se haya transformado en otra, de materia y forma diferentes.

B).— Que dicha transformación haya sido obra sobrenatural, o sea, mediante una intervención divina.

En favor de la historicidad del hecho tenemos, por lo menos, un extenso documento auténtico, contemporáneo y veraz al que viene a sumarse una tradición constante y no interrumpida que confirma la verdad de los hechos.

Ahora bien, si el hecho es histórico, y cierto; no se explica satisfactoriamente en otra forma sino mediante una intervención del cielo, pues una transformación de esa naturaleza no tiene explicación razonable por los solos medios naturales y humanos.

No han faltado quienes se empeñen en negar el hecho histórico y su explicación sobrenatural, negando en igual forma la legitimidad del culto que tributamos a la milagrosa Imagen.

Olvidan estas personas que no es a la escultura, considerada en sí misma, a quien primariamente se venera y rinde culto, es la Madre de Dios el objeto principal de nuestro amor y devoción; y el fundamento de nuestro cariño y ternura hacia Ella no es precisa y exclusivamente la renovación milagrosa de su Imagen, esta ha sido sólo un motivo nuevo; amamos y veneramos a María porque es la Madre de Dios, porque El la dotó de sus singularísimos dones, y porque ha sido siempre una Madre buena y generosa para todos los mortales.

Tributamos a la Taumaturga Imagen del Rosario un culto relativo, muy especial si se quiere, esto lo hacemos porque representa a la Madre

del cielo y, a la vez, porque la Madre de Dios la ha escogido como instrumento para ejercer y manifestar su poder y su amor a los hombres.

Si se llegara a probar satisfactoriamente que no existió el milagro de la renovación, todavía queda en favor de la Sagrada Escultura, además de ser una Imagen de María, la serie no interrumpida de favores y prodigios que por su mediación ha obrado Ella en favor de sus hijos, y esto nos basta para que nuestro amor, la veneración y el culto que le tributamos sean legítimos y tengan un fundamento razonable.

Digamos, finalmente, una palabra acerca de la naturaleza y circonstancias del portento.

Si quisiéramos concretar un poco más la naturaleza del milagro podríamos reducirla a dos cosas:

Primera.— Al cambio que se obró en la materia de aquella escultura que, de haber sido de una sustancia blanda, frágil y deleznable, se convirtió en sólida, maciza, compacta, resistente y pesada, como podemos verlo hoy después de tres centurias.

Segunda cosa: a la renovación, entendiendo por esto el que de haber estado la escultura toda llena de picaduras y quebraduras "toda desfigurada y carcomida" (dice la Auténtica) quedó como nueva, apareciendo su cuerpecito y su rostro sin aquellas imperfecciones que los insectos, los malos tratos y la pátina del tiempo le habían causado.

El mismo documento nos dice que en el momento de la renovación apareció a María Tenanchi "echando resplandores de fuego y rodeada de nubes"; en mi concepto, fue esta la manifestación exterior del milagro que se obraba en la misma imagen, y fueron también las apariencias exteriores que Dios obró para que las personas allí presentes se percataran del portento.

No cambió la imagen ni su forma exterior ni el tamaño de su estatura, ni el color de su rostro, ni su antigua fisonomía, ni siquiera la materia del esmalte, o laca de Michoacán, que todavía conserva, sino que se transformó de vieja en nueva y de débil en fuerte, diríase que quiso seguir siendo Ella tal como un siglo antes saliera de las toscas manos del indio michoacano, de tal manera que nos fuera posible identificarla y reconcerla aun después de varios siglos.

Antes de terminar este capítulo referente a la milagrosa renovación de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, creo que debo hacer una aclaración acerca de lo que la Iglesia Católica ha dicho y enseñando respecto a la veracidad y credibilidad del milagro, sobre todo para evitar errores y malas interpretaciones.

Por lo que se refiere al hecho milagroso de la renovación de la Imagen, la Iglesia nunca lo ha sancionado como verdadero en una forma directa con su magisterio doctrinal, más aún, parece que ha querido prescindir de esta cuestión, ha querido dejar a los historiadores que se ocupen de su investigación y que presenten los hechos juzgados a la luz de la Crítica Histórica.

Es cierto que tanto la Santa Sede como una larga serie de altos jerarcas han concedido innumerables gracias tanto a la Sagrada Imagen como a su alcázar, que la han reconocido como milagrosa y han recomendado y engrandecido su culto, pero con esto no han hecho más que aprobar y engrandecer el culto que debemos a la Madre de Dios y que le rendimos en esta su milagrosa Imagen.

De todo esto hemos de concluir que tanto al hecho histórico como al hecho milagroso no se puede dar más fe que la puramente humana, aquella que prestamos a los hechos históricos cuando se nos presentan basados en sólidos argumentos.

NOTA.—Alguna noticia sobre las personas que actuaron en la venida y milagrosa renovación de la Virgen Santísima de Talpa.

Tanto la fe v devoción como la curiosidad histórica, nos inclinan y excitan a investigar un poco más acerca de las personas que intervinieron en una forma directa en los primeros años y milagrosa renovación de la bendita Imagen que reseñamos.

Una vez más se hace sensible la carencia de documentos contemporáneos y la pobreza de otras fuentes de información.

Acerca del Pbro. Manuel de Sanmartín, que fue el primer clérigo que hizo llegar a estas tierras la santa escultura, sólo sabemos que era natural de España, que formaba parte del clero secular o diocesano v que era un ferviente devoto de la Madre de Dios. Misionó en estas partes de la Nueva Galicia en el último cuarto del siglo XVI y primeros lustros del XVII. A él tocó en suerte consolidar la obra evangelizadora de estas gentes, iniciada por otros abnegados misioneros.

Vivió en Talpa durante unos 10 ó 15 años, edificó la primera iglesia, organizó en el pueblo la vida cristiana, importó las primeras imágenes, paramentos y demás objetos destinados al culto, estableció la primera cofradía de la Santísimatísima Virgen y el primer hospital, y laboró sin descanso por mejorar la vida material y espiritual de la porción de la grey que le fue encomendada.

Vino a Talpa como misionero y capellán de los mineros españoles que se establecieron en estas tierras. De Talpa pasó al vecino Real de Minas denominado Los Reyes, allí ejerció con celo y abnegación el ministerio sacerdotal durante algunos años, a él debe dicho lugar la imagen de la Santísima Virgen del Rosario que hizo venir de la Península. Ignoramos todo lo referente a sus últimos días.

Pocos datos poseemos también acerca de la familia de Diego Felipe, que fue la que intervino de una manera directa en el drama de la milagrosa renovación.

Tanto la Auténtica como la tradición afirman que era una de las principales familias de Talpa. Hay que notar que en esa época se llamaban "principales" a todos los que tenían alguna preponderancia por su situación social, económica, política o religiosa.

Todos nos indican, también, que era una familia indígena de raza pura, dicha circunstncia parece haber sido seleccionada especialmente por la Madre del cielo, que en esos días trataba de mostrarse amparo y consuelo del pobre y desamparado indio mexicano; parece haber cierta analogía entre esos indígenas y el privilegiado vidente del Tepeyac.

Refieren los documentos que Diego Felipe, que en esa época vivía en Los Reyes, mantuvo en su poder y bajo su custodia la tradicional Virgencita durante varios años y que, acercándose su fin, la donó a un hermano suyo que vivía en Talpa cuyo nombre ignoramos.

Aquel buen cristiano, hermano de Diego Felipe, fue padre de Francisco Miguel, éste se dedicó desde su infancia al servicio y cuidado de la pequeña iglesia de su terruño, sirviendo primero como acólito y después como cantor en los actos de culto, sobre todo cuando el párroco visitaba el pueblo.

Francisco Miguel tuvo como hija a María Tenanchi, que por ser hija del cantor y por dedicarse ella a entonar en el templo alabanzas al Señor, la llamaban María Cantora.

Fue esta indita la privilegiada vidente y testigo principal del milagro de la renovación.

Muy poco sabemos también acerca de la privilegiada Tenanchi; como todos sus familiares y antepasados, era india de raza pura, poseedora, además, de un sentimiento religioso y de una piedad nada comunes; pasaba la mayor parte de su vida entregada al servicio de Dios y de la Santísima Virgen de quien era

especial devota. Su vida cristiana era de todos conocida, lo mismo que su sencillez y pureza de costumbres.

Una acrisolada caridad llenaba su alma, esta virtud se hacía tangible en obras de apostolado; era, por lo mismo, uno de los mejores elementos y valiosos auxiliares de que podía disponer el párroco para su obra evangelizadora y cristianizante.

El año 1644, cuando se verificó el milagro, aquella virtuosa jovencita se hallaba en toda su plenitud, no conocemos su edad con toda exactitud, todo parece indicar que contaría entonces de los 15 a 18 años de vida.

De los demás miembros de su familia no poseemos datos concretos, sólo conocemos el nombre de su padre y de su tío Diego Felipe.

Una tradición constante asegura que María Tenanchi guardó castidad toda su vida, y que desde el día que fue testigo del milagro, se consagró de lleno al servicio de la Reina del Cielo; no tenemos datos concretos ni del resto de su vida ni del día de su muerte.

Del primero y principal historiador contemporáneo y primer testigo oficial del portento, el Bachiller Pedro Rubio Félix, conservamos también muy pocos datos.

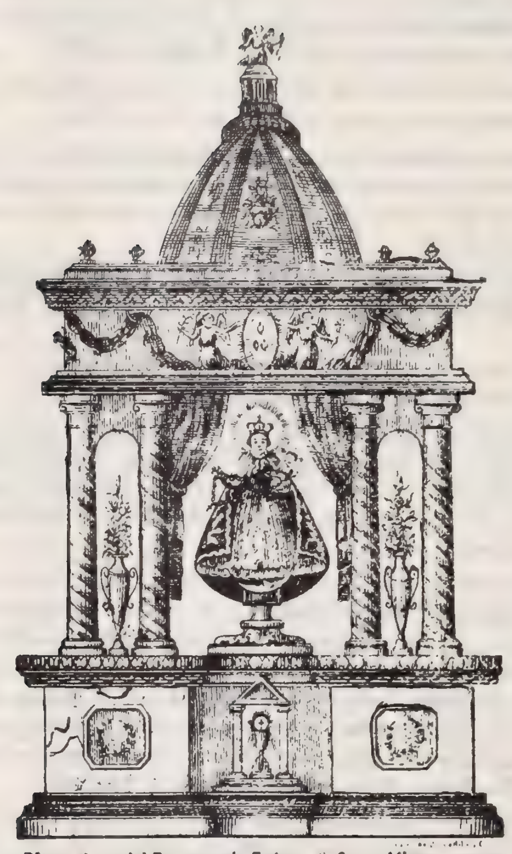
De origen español, integraba las filas del clero secular o diocesano en la extensa diócesis de Guadalajara, Reino de Nueva Galicia.

Se contó entre los primeros párrocos que rigieron los destinos del extenso curato —o doctrina— de Guachinango. Su dilatada jurisdicción abarcaba, además de la cabecera, todo lo que hoy comprenden las parroquias de Atenguillo, Mascota y Talpa, así como también algunas regiones de Amatlán de Cañas, Nayarit y de San Sebastián.

En el testamento de uno de los mineros más ricos y conocidos en la comarca, D. Francisco Rodríguez Ponce, fundador de una de las familias de rancio abolengo y progenitor del Br. Ambrosio Rodríguez Ponce, sacerdote que misionó en estas partes, leemos: "Declaro que con el Br. Pedro Rubio Félix, mi compadre, como beneficiado de dicho Real y cura del, le tengo asentado salario por la administración de los sacramentos, trescientos cincuenta pesos por cada año"; poco después afirma: "Declaro por mis albaceas: a mí mismo mientras viva . . . a mi compadre el Br. Pedro Rubio Félix, mi cura y confesor".

El documento más importante que de él poseemos es la "Auténtica Relación del Milagro de la Renovación de Nuestra Señora del Rosario de Talpa", en todo él campean la sinceridad y la sencillez y se hace palpable el deseo que llenaba su alma de conocer a fondo los hechos y transmitir a las generaciones posteriores la verdad de los acontecimientos.

Ocurrió su deceso entre los años que van de 1675 a 1680 siendo ya de avanzada edad, tuvo como sucesor en el curato al que había sido su vicario, o teniente de cura, el Br. D. Nicolás Ramos Ximenes. El archivo parroquial de Guachinango conserva su valioso autógrafo.



*Ntra Sra del Rosario de Talpa S Sria Illma conce-
dio 80 dias de indulgencias a quien rezare una
salve*

Portada finamente dibujada e impresa en Litografía, que apareció en Triduos y Novenas, en las postrimerías del siglo anterior.

CAPITULO CUARTO

Se Inicia el Culto a la Milagrosa Imagen

TAN LUEGO como aquellos naturales de Talpa se restablecieron de la sorpresa que les causó el milagro, empezaron a buscar la forma de honrar a la Madre del Cielo que tan propicia se había mostrado con ellos. No se atrevieron a tocar la Imagen recién renovada, allí mismo donde se verificó el milagro, en las gradas del altar mayor, permaneció hasta que volvió el párroco· allí le llevaron flores, frutas y le encendieron dos velas de cera, los únicos cabos que fue posible encontrar en todo el pueblo y que a lo sumo pesarían unos ciento cincuenta gramos cada uno de ellos, pues ni siquiera fueron velas completas y nuevas.

Ya no se apartaron, los talpenses, del templo durante todo el resto del dia, se estuvieron alternando, haciendo compañía a su celestial Señora, diríase que pensaban o esperaban que algo más extraño o inusitado sucediese.

Como el hecho les pareció tan extraño, pensaron que lo más oportuno sería dar cuenta de él al Sr. Cura, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba algo que tocaba tan directamente a él, por ser cosa de la Iglesia y de la Imagen que él les había ordenado que enterrasen.

Se designó al cantor Francisco Miguel para que saliera ese mismo día rumbo a Mascota en donde se creía estaría el párroco, pero éste se había pasado hasta la población de "El Ataxo"; allí fue encontradc por el cantor de Talpa, quien desde luego narró todo lo ocurrido en su pueblo.

El Br. Pedro Rubio Félix lo escuchó con atención, le hizo diferentes preguntas hasta cerciorarse de que su interlocutor decía la verdad y no había sufrido una alucinación.

Tan luego como supo el párroco toda la verdad y vio que no era necesario hacer más preguntas, le ordenó se volviera a Talpa, que tuviese mucho cuidado con la Imagen y que esperase allí su llegada. Mientras tanto, la noticia del milagro se había extendido no sólo por todo el pueblo de Talpa, sino por todos los alrededores, siendo muy comentada y discutida, sobre todo en el vecino pueblo de Mascota.

El Sr. Cura creyó prudente ir preparado para hacer las investigaciones pertinentes al caso, para lo cual se vino a Mascota con el fin de solicitar que le acompañasen las autoridades civiles, así como también algunos de los vecinos principales tanto españoles como indígenas y un notario.

Creyó también prudente irse preparado para que, si el caso resultaba cierto y milagroso, celebrar una fiesta a la Santísima Virgen en acción de gracias por aquel favor tan singular. Con este fin, mandó al Real de La Resurrección, que a la sazón se hallaba floreciente y con un clérigo, a conseguir velas de cera para los actos litúrgicos, y se proveyó en Mascota de todo lo demás que hiciese necesario para una gran solemnidad.

Pasó el domingo, el Bachiller, en Mascota preparando todo lo necesario para su salida a Talpa y el lunes por la mañana, después de decir la Santa Misa e implorar la luz divina para discernir prudentemente sobre tan delicado asunto, acompañado de las autoridades, el notario y demás testigos, así como también de un buen número de curiosos y devotos, emprendió la marcha rumbo al lugar de los hechos, a donde llegó hacia mediodía. Diríase que ésta era la primera peregrinación o romería que visitaba aquella Iglesia pajiza que, al rodar de los lustros, tendría que erigirse en grandiosa Basílica.

Venía el pastor de esta comarca inquieto por conocer la verdad de lo que tanto había oído comentar, por eso tan luego como llegó frente a la Iglesia, abandonó su cabalgadura y lo primero que hizo fue dirigirse al templo, en donde encontró varios fieles así del pueblo como de fuera, se llegó hasta el altar y miró fijamente la pequeña escultura; inmediatamente se vino a su memoria el recuerdo de la imagen vieja y destrozada que él había mandado sepultar, sus ojos contemplaron extasiados largo rato la nueva figura que luego tomó en sus manos para verificar con el tacto lo que le decían sus miradas, tocó la escultura y con gran sorpresa suya se enteró que era nueva, maciza y pesada.

Volvió a dejarla sobre el altar y con cierta impresión y respeto se postró ante el milagro y por largo rato se quedó en oración.

Salió enseguida del templo, reunió a los principales del pueblo y dispuso todo lo necesario para celebrar aquella tarde solemnes vísperas y, al día siguiente, una fiesta en acción de gracias. Así dió principio el culto solemne a la Milagrosa Patrona de Talpa.

Rápidamente se improvisaron composturas, se trajeron abundantes ramas de árboles para el ornato exterior del templo y, a la hora del ocaso del día, se hicieron oír las tradicionales campanitas que llamaban al pueblo que acudió presuroso y, pocos instantes después, llegaban a los oídos de todos las notas litúrgicas de los salmos y antífonas de vísperas. Profundamente impresionado predicó, el párroco, aquella noche a sus fieles; ignoramos el tema y el desarrollo de su predicación, pero fácilmente se adivina atendiendo a las circunstancias del momento.

Al día siguiente, desde muy de mañana, al despertar del alba, se reunieron los fieles para entonar alabanzas a la Madre de Dios, siguió la Misa solemne y todo aquel día se declaró de fiesta.

Durante la primera solemnidad celebrada en su honor quiso la Santísima Señora hacer patente su poder, obrando un segundo milagro.

Hemos de recordar cómo los habitantes de Talpa habían encendido los dos únicos cabos de vela de cera que encontraron en todo el pueblo y que éstos eran tan pequeños que apenas pesarían unos ciento cincuenta gramos cada uno, como quedó dicho; recordemos también que el Br Pedro Rubio desde El Ataxo mandó al Real de La Resurrección a conseguir cera para la fiesta en Talpa; él mismo afirma que "tan sólo me trajeron seis libras de cera, cuatro (libras) en dos cirios de a dos libras cada uno y (dos libras) en cuatro cirios de a media libra cada uno".

Ahora oigamos cómo nos narra el mismo Bachiller el milagro: *"y dispuse celebrar sus vísperas con toda solemnidad a sus horas, encendiendo la cera que llevaba para su efecto; y hallé que las dos candelas referidas que los naturales habían encendido desde el viernes 19 no se habían gastado ni consumido cosa hasta el 22 que llegué y le encendí las que llevaba, y cantamos sus vísperas con toda solemnidad y su Misa al día siguiente, en donde se consumieron y acabaron las seis libras que yo llevaba, y las dos de los naturales siempre ardiendo sin*

gastarse cosa ni derretirse, por (como) testigos de tan (gran) prodigio y ser éste el segundo milagro después del primero de su renovación" Hasta aquí el párroco.

Como puede verse, este milagro fue constatado por el mismo Bachiller, quien lo narra en forma tan clara y precisa, en tal forma que no puede atribuirse a mentira o alucinación de los indios que por la sorpresa de la renovación podrían estarse ilusionando o engañando.

Otra noticia que nos ha conservado el Sr. Cura es la que se refiere a los primeros devotos peregrinos que vinieron a visitar a la Santísima Señora, dice textualmente: *"y como la voz había ya corrido, habían venido muchos vecinos de Mascota, hombres y mujeres, así españoles como naturales, los cuales estaban en dicho pueblo espantados y admirados de ver tan milagroso caso"*. Y en otro lugar dice: *"y otro (cabo de vela, de los que ardieron milagrosamente sin consumirse) quedó para los enfermos que llegaban a novenas y de continuo hay gente de todos los estados y enfermedades"*.

Desde el día 22 de septiembre fue colocada la Imagen Renovada en el lugar principal del altar mayor, tomando el lugar de la Patrona que, como ya vimos, era la Limpia Concepción de María, aunque no se pensó por entonces todavía que en adelante fuese la patrona la Virgen Santísima del Rosario, esto fue obra más bien de los años y de las generaciones posteriores.

Permaneció el Bachiller, durante varios días en el pueblo de Talpa, diariamente celebraba el Santo Sacrificio a los pies de la Madre querida, encendiendo de nuevo aquellos cabos de vela en los que Ella había hecho palpable su misericordia y poder y, por las tardes, se rezaba con la mayor solemnidad posible el santo rosario.

Uno de los primeros cuidados del celoso clérigo fue el *"procurar un tabernáculo, aunque muy humilde, para la Santísima Señora"*, pues deseaba que ya no permaneciera a la intemperie, y durante los días de su estancia en el pueblo exhortó tanto a los peregrinos como a los luga-

reños a que cooperasen para fabricar, a la mayor brevedad posible, otro más digno y hermoso. (1)

Después de una corta estancia del Bachiller en el lugar, se alejó, pues tenía que atender las necesidades de los feligreses de otros lugares de su jurisdicción, pero antes de partir, les recomendó tuviesen cuidado especial con la Imagen y les dió instrucciones acerca del culto y la devoción que se le debía tributar

Así cambió la historia para aquella pequeña escultura de Michoacán.

---

(1) Para estas fechas aquella naciente cofradía fundada por el P. M. de Sanmartín en el primer lustro del mismo siglo XVII, se hallaba ya bastante bien organizada y contaba con un número regular de miembros. Estaba regenteada por un Mayordomo, que se encargaba del buen orden de la misma y que en sus labores era auxiliado por el Diputado; para entonces contaba también la hermandad, con algunos bienes materiales como puede verse por el siguiente documento:

"En el pueblo de Santiago de Talpa, feligresía de Mascota, en 24 días de septiembre de mil seiscientos cuarenta i cuatro años, habiendo juntado i congregado los cofrades de la cofradía de Nuestra Sra. de la Limpia Concepción, sita en la iglesia de este dicho pueblo de Talpa, presidiendo dicha junta el Br. i Juez Eclesiástico interino della i estando todos juntos según dicho es i habiendo tocado tres bezes la campana según derecho, se pasó a reconozer todas las bestias y bueyes mansos de arada i bacas chichiguas de ordeño con sus crios al pie, i todos los demás bienes i aperos anexos pertenecientes a la dicha cofradía i habiéndolos reconocido, el Br. i Juez Eclesiástico, dispuso la forma como en adelante se había de honrar a la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario".

Hasta aquí el documento.

NOTA.—Como un complemento y a manera de nota preliminar a esta materia que volveremos a tratar después, digamos una palabra acerca del origen de la Cofradía de la Santísima Virgen en la primera mitad del Siglo XVII, pues fue ella un medio muy eficaz de que se valió la Madre de Dios para transmitir su mensaje de salvación a los pobres y sufridos habitantes de estas tierras.

Desde los tiempos evangélicos aparece muy clara no sólo la idea sino también la práctica de la participación de los seglares en la obra cristianizadora y salvadora de la Iglesia.

El mismo Cristo eligió setenta y dos de sus discípulos y los envió a preparar los pueblos que habían de escuchar más tarde el mensaje evangélico.

La misma práctica encontramos en el Apóstol San Pablo, y en todos los que en su tiempo difundieron la Buena Nueva.

Los misioneros y evangelizadores de América en el siglo XVI sintieron también la necesidad del apostolado seglar, esto originó que los más abnegados y celosos predicadores, como Fray Pedro de Gante, se dedicaran con gran esmero a la formación de algunos indios naturales con el fin de que los auxiliasen en su labor apostólica.

Esta misma necesidad sintió aquel devoto sacerdote que laboró incansablemente en la evangelización de los indios del pueblo de la comarca de Santiago de Talpa, allá por los años de 1590 a 1606.

El trabajo que debía desempeñar el misionero parecía inmenso, había que edificar iglesias y dotarlas de todo lo necesario para el culto divino, se hacía necesario cristianizar a los indios redimiéndolos de la idolatría y de la ignorancia, tenía a su cargo la administración de los sacramentos, el cuidado de los pobres y enfermos y a todo ésto hay que añadir la imperiosa necesidad que había entonces de impartir a los naturales un poco de cultura con el fin de mejorar aquella vida rudimentaria y semisalvaje en que vivían.

Un sistema mejor de alimentación y vestido así como también de habitación, parecían imprescindibles.

En igual forma parecía indispensable enseñarles a mejorar la forma de cultivar las tierras.

Los europeos trajeron las primeras cabezas de ganado de todas clases, animales de tiro y carga, nuevas plantas y semillas, así como también una técnica mucho más adelantada. Todo había que enseñar al indio con incansable paciencia y fue ésta una tarea que desde un principio se echaron a cuestas los evangelizadores.

El piadoso y abnegado P. Sanmartín conocía perfectamente la eficacia de las cofradías o hermandades que desde antaño se han organizado en la iglesia con fines apostólicos, sabía que podían ser un instrumento utilísimo en la obra santificadora de la Esposa de Cristo. Por esta razón se decidió a crear una de esas hermandades en el recién fundado pueblo de Talpa.

Desde un principio empezó a reunir y a atraerse a todos aquellos que veía mejor dotados y con más buena voluntad de trabajar por la causa de Cristo.

No fue tarea fácil imbuir en aquellas mentes primitivas la idea y aun el deber de apostolado, de organización y disciplina, así como también acostumbrarlos a practicar la caridad con generosidad y desinterés.

En poco tiempo logró reunir, el clérigo, un pequeño grupo de almas abnegadas, que puso desde un principio bajo la protección y amparo de la Reina del Cielo, venerada entonces en estos lares bajo la advocación de la Limpia Concepción de María.

Fue así como en el primer lustro del mismo siglo XVII vio la luz primera la hermandad que habrá de ser benemérita en el transcurso de los siglos y que habrá de llegar hasta nosotros con el nombre de "Asociación de Esclavos de Nuestra Señora del Rosario de Talpa". Su fundador le dio por nombre o título "Cofradía de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de María".

Acerca de los primeros años de la naciente cofradía poseemos la siguiente noticia:

"Durante los primeros años de su existencia sólo pudo contar con unos cuantos socios, que fueron para el abnegado misionero un poderoso auxiliar no sólo en sus obras de orden puramente espiritual y religioso, sino también cultural y aun material, en aquella época difícil en que todo estaba por hacer".

Fueron los primeros cofrades a quienes primero enseñaba el sacerdote a construir casas más cómodas, amplias e higiénicas, a cultivar nuevas plantas importadas de la península hispana, a crear debidamente nuevas especies de animales y a aprovechar mejor sus productos para que, en esta forma, fueran los mismos indígenas quienes invitaran a sus congéneres a participar de los adelantos culturales que les habían traído los blancos y que en un principio no aceptaban por el odio y la desconfianza que les tenían.

Fue ardua tarea para el sacerdote ganarse la confianza de unos cuantos autóctonos y formarlos debidamente para que ellos fueran en seguida a ganar a los que no querían acercársele, en esta forma fue ganándose la unidad y la Iglesia fue adquiriendo nuevos adeptos.

Quizá para estimular a los primeros cofrades y quizá también como un descanso propio, el capellán, una vez que hubo terminado la pequeña iglesia y la hubo bendecido, la encomendó para su cuidado al puñado de cofrades que para entonces tenía, con el fin de que ellos se encargasen tanto del cuidado y del aseo como del adorno del altar.

Encomendó también a la naciente asociación la compra de una imagen de la Limpia Concepción de María, que era su patrona; en esa forma fueron los primeros cofrades indígenas quienes hicieron llegar hasta estas tierras vírgenes la primera imagen de la Purísima que se conoció en estos lares . . .

Otra de las cosas que procuró el buen misionero llevar hasta el corazón de sus hijos, fue la práctica de la caridad para con los pobres, enfermos y necesitados; esta verdad fue muy difícil para que la aceptaran los naturales debido especialmente al mal ejemplo y a las crueldades de muchos de los conquistadores, sobre todo de Nuño de Guzmán que tan mala fama dejó en todo el reino de la Nueva Galicia, así como también de tantos colonos mineros que veían al

indio como un instrumento de trabajo y lo explotaban sin misericordia; en estas circunstancias era muy difícil que creyeran al scerdote que les predicaba la igualdad ante Dios, la caridad para con el más necesitado, etc., cuando no sólo veían sino también experimentaban todo lo contrario en algunos cristianos españoles.

A pesar de todo esto, la caridad y el buen trato que recibían del clérigo, así como también los actos de piedad y paciencia que con ellos practicaba, llegaron a producir sus frutos y aquellos rudos entendimientos empezaron a aprender y a practicar tan hermosas virtudes.

Pronto logró el padre que una de las actividades propias de la hermandad fuera el socorro y la protección de tantos pobres, enfermos, huérfanos y ancianos que abundaban en sus dominios, sobre todo a causa de las frecuentes epidemias que atacaban casi exclusivamente a los indios, lo mismo que también como una consecuencia de las frecuentes levas que practicaban los españoles con el fin de reclutar gente para llevarla a las minas y, en algunos casos, para venderlos como esclavos.

A todo esto debemos añadir las frecuentes guerras en que moría mucha gente sobre todo de la mas jóven y fuerte.

Nada fácil fue para los primeros evangelizadores despertar el amor en aquellos naturales que, como consecuencia de haber perdido sus tierras y su libertad, así como también los malos tratos que recibían, pronto perdieron el entusiasmo y el cariño por todo, aún por la propia vida; los casos de suicidio no eran insólitos, sobre todo cuando se veían perseguidos por los españoles, que en muchas ocasiones los perseguían por los cerros, los herraban con hierros candentes y los declaraban esclavos, como sucedió con los indios de toda esta comarca el año 1535.

Todo esto creó en el indio un estoicismo, una especie de insensibilidad y un esceptisismo por todo, cosa que mucho dificultó y entorpeció para que pronto llegaran a florecer las virtudes cristianas.

Así fue el natalicio de la histórica hermandad o "Asociación de Esclavos de Nuestra Señora del Rosario de Talpa".

CAPITULO QUINTO

Se Verifica una Extensa Información acerca de la Imagen. La Auténtica

HASTA el 19 de septiembre de 1644 no había llamado la atención del Br. Pedro Rubio Félix aquella imagencita de caña liviana que se veía ya a un lado, ya a otro del altar mayor del templo dedicado a la Limpia Concepción de María; si en ocasiones anteriores la vio, no le dio nunca ninguna importancia; la primera vez que fijó largamente su mirada sobre ella, fue la noche anterior al día de la fiesta patronal del año 1644, fue entonces cuando notó que era ya una ruina, un andrajo, toda rota y carcomida por los insectos y por ello no era digna de permanecer en lugar visible, pues en vez de favorecer la devoción de los fieles, como dice el mismo párroco, "causaba indevoción"

Tampoco en esta ocasión atrajo la atención del jurisdiccionario si no fue para que emitiera la orden de que, envuelta en unos géneros viejos, fuese sepultada sin tener en cuenta, acerca de ella, más detalles ni circunstancias.

Pero una vez que se verificó el milagro de la renovación, la pequeña escultura con todas sus imperfecciones y deficiencias artísticas, atrajo grandemente el interés del Sr. Cura, por lo que, con todo el personal que había traído exprofeso de Mascota, promovió una extensa investigación acerca de ella.

Dos cosas interesaban principalmente al Bachiller; la primera se refería al milagro con todas sus circunstancias y detalles y la segunda tenía por objeto conocer todo lo referente a la imagen considerada en sí misma; cuál era su origen, quién había sido su primer dueño, cuántos habían sido sus poseedores, la materia de que estaba hecha, el lugar donde la hicieron, cómo vino a parar a estos lugares, cuándo, y cómo fue a parar a la iglesia, etc., etc., todas éstas cuestiones interesaban grandemente al Bachiller, que deseaba conocerlas detalladamente por boca de testigos fidedignos.

Lo primero que investigó fue lo referente al milagro; llamó a la Tenanchi María, a cada una de sus compañeras y a cuantos habían sido testigos, mediatos o inmediatos del hecho; les hizo jurar ante un Santo Cristo que tan sólo dirían la verdad; en seguida los hizo narrar, a cada uno por separado, la historia desde un principio con todos sus antecedentes y circunstancias, les pidió que le explicaran todo lo que habían visto y sentido en el momento del milagro, todo esto ante testigos y notario, quien iba tomando nota de cada cosa que se decía para concordarlas después y, si todo salía bien, redactar un escrito a modo de memorial.

Después, hizo comparecer ante su presencia al cantor Francisco Miguel, a sus familiares, especialmente de la línea paterna, y a cuantos conocieron anteriormente la imagen o tuvieron noticia de ella. Por su orden les fue preguntando cuanto sabían acerca de la escultura, sus antecedentes y su historia.

Cuando hubo terminado aquel prolongado interrogatorio, separadamente se confrontaron los testimonios y como se encontraran de acuerdo y no se hallase dolo en ellos, se procedió a redactar un documento a modo de memoria, el cual fue escribiendo el notario sobre un pedazo de papel con una pluma de ave, pues carecían entonces en absoluto de libros y archivos donde se pudiera conservar todo como se hace hoy día.

Una vez que estuvo terminado aquel documento, fueron llamados de nuevo todos aquellos testigos que previamente habían sido interrogados y ante ellos se dio lectura al escrito, advirtiéndoles que libremente podían objetar en caso que alguna cosa no estuviese de acuerdo con lo que ellos conocían o sabían.

Terminada la lectura, se les preguntó una vez más que si todos estaban conformes y que si todo lo encontraban de acuerdo con la verdad, a lo que contestaron unánime y afirmativamente.

Viendo el Bachiller que aquello había terminado y que tanto las autoridades como el notario estaban satisfechos de la interrogación e inquisición, ordenó que aquel trozo de papel fuese adherido a una tabla y conservado en la sacristía de la Iglesia de Talpa para perpetua memoria de los hechos y para que, habiendo un testimonio escrito, hecho por personas fidedignas, en los mismos días que se verificó el milagro, se evitase el peligro de que todo fuese a parar al olvido o fuesen altera-

dos los hechos por la fantasía o imaginación humanas que tan fácilmente forman una leyenda alrededor de esta clase de acontecimientos.

El documento a que hemos venido refiriéndonos es el que se conoce con el nombre de "La Auténtica"; este nombre no es más que la abreviatura de su título completo, que es como sigue: "Auténtica relación del milagro de la renovación de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa".

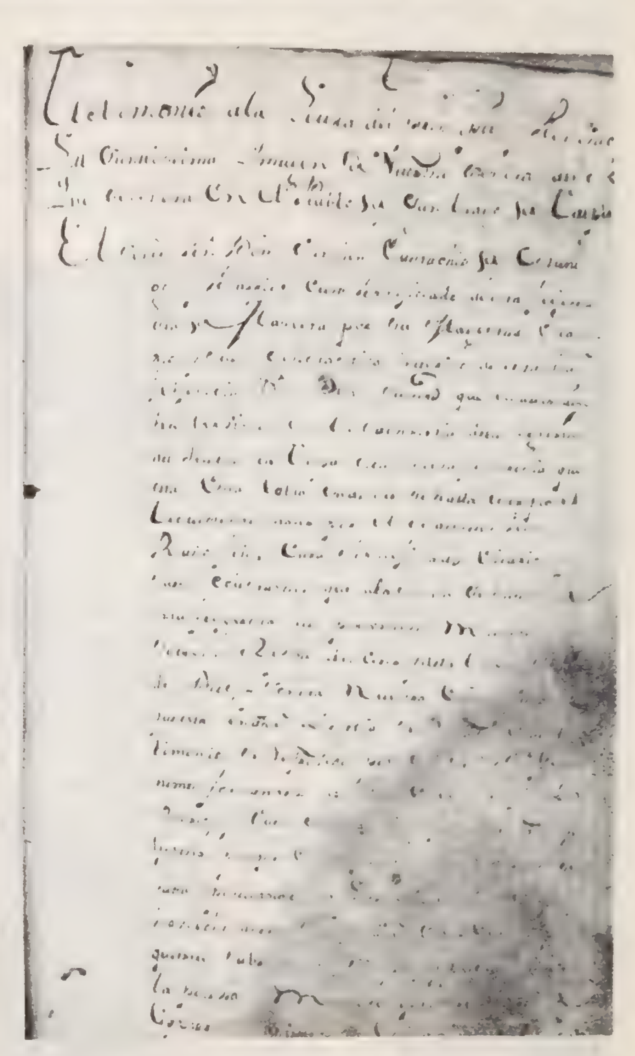
Gracias a Dios, dicho escrito ha llegado hasta nosotros, es el más antiguo y completo que poseemos; la Basílica de Talpa conserva una copia de él, que fue sacada el 24 de diciembre de 1732 y es la más antigua que se conoce, de ella hemos tomado la copia que transcribimos a la letra que dice así:



Otra estampa litográfica que apareció en los primeros decenios del presente siglo.

Relación del Milagro

"El año de mil seiscientos cuarenta y cuatro habiendo sido llamado de los naturales de dicho pueblo (de Talpa) como su Cura propietario para la celebración de su fiesta de Santiago y Limpia Concepción de Nuestra Señora, llendo a insensariar en las Vísperas, hallé que en dicho altar de Nuestra Señora había algunas imágenes pequeñas así de Cristo Señor Nuestro, como de Nuestra Señora y otros Santos, tan carcomidas, quebradas y desfiguradas, que causaban indevoción y así, después de celebradas las dichas fiestas, dejé ordenado a los naturales principales, mayordomos y priostes, que hicieran un hoyo en la sacristía y en unos manteles viejos envolviesen ***aquellas*** *hechuras quebradas, desfiguradas y carcomidas, porque no quitasen la devoción; y queriéndolo hacer en viernes diez y nueve de septiembre de dicho año, llegó la Tenanchi María, hi-*



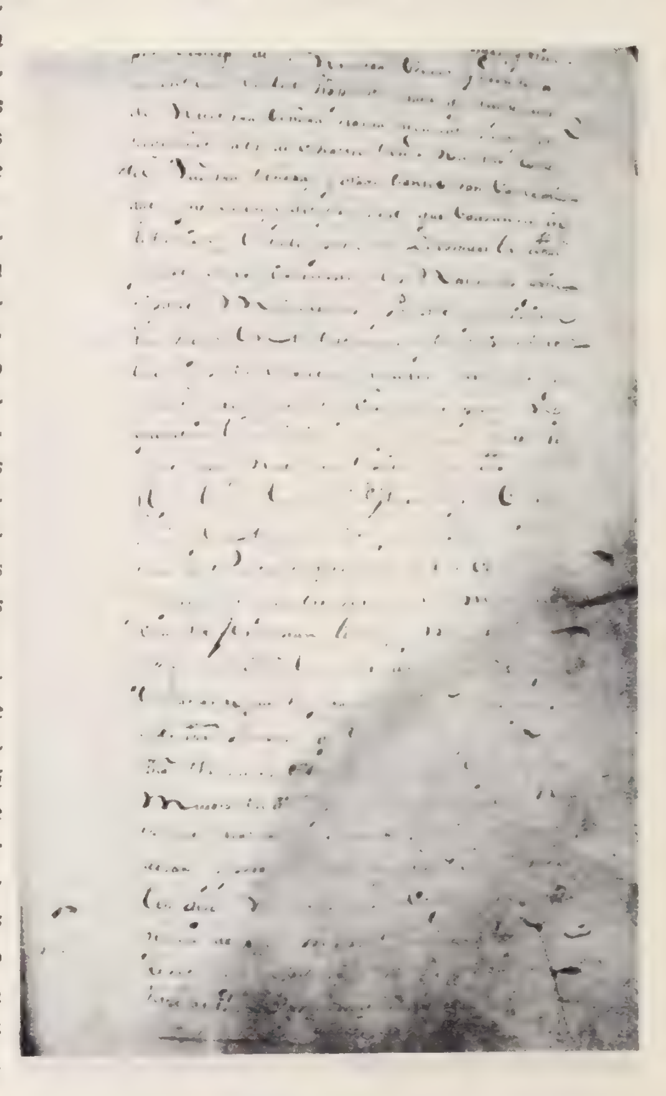
Fotocopia de la Auténtica, escrita en 1732. (Primera página).

ja del cantor Francisco y llegando a coger la imagen santísima del Rosario, que era una de las carcomidas y desfiguradas, por ser hecha de materia de caña de Michoacán liviana y muy antigua y llegando dicha Tenanchi a recoger dicha imagen, súbitamente fue tan grande el resplandor que salió de dicha Imagen que deslumbró y derribó a dicha Tenanchi María Cantora, que cayó como muerta en dicha peaña; las demás de las naturales que estaban barriendo la Iglesia y la fueron a alzar y preguntándole que qué se había hecho les dijo: ¿no veis esa Virgen desbaratada que está de esta manera echando resplandores de fuego y rodeada de nubes que que hizo así? ¿Qué será esto?

Y las demás indias que la levantaron se fueron al altar a verla y les sucedió lo propio y cayeron todas al suelo; y un muchacho fue a dar aviso al Alcalde fiscal y demás naturales los cuales vinieron corriendo espantados

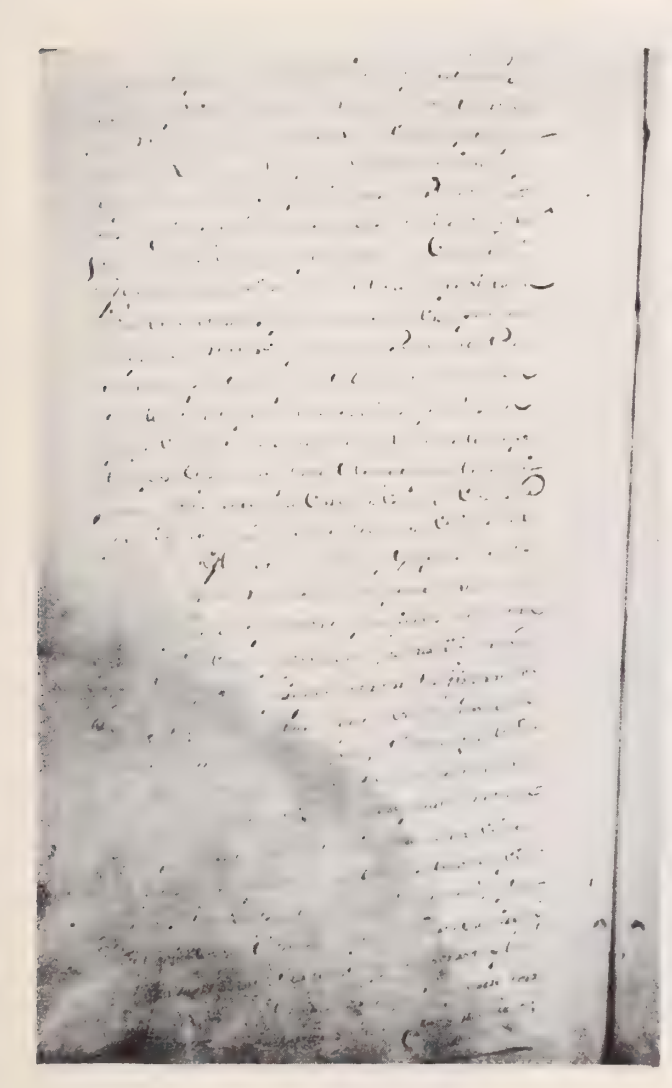
(Segunda página).

de tal prodigio, hincados de rodillas llenos de lágrimas le encendieron dos medias candelas de las de a tres en libra y enviaron al cantor Francisco Miguel a darme aviso, como a su cura que a la sazón me hallaba en El Ataxo y yo enterado del caso, para más verificación, me partí y envié al Real de La Resurrección por cera y tan solamente me trajeron seis libras, dos cirios de a dos libras cada uno y cuatro de a media libra y llevando conmigo testigos españoles y a mi notario para averiguación de la verdad del caso y como la voz había ya corrido, habían ya venido muchos vecinos del pueblo de Mascota, hombres y mujeres así españoles como naturales, los cuales estaban en dicho pueblo espantados y admirados de ver tan milagroso caso y apeándome fui luego a la Iglesia e hice después celebrar sus vísperas con toda solemnidad a sus horas, e n c endiendo la cera que llevaba para su efecto y hallé que las dos candelas referidas que los na-



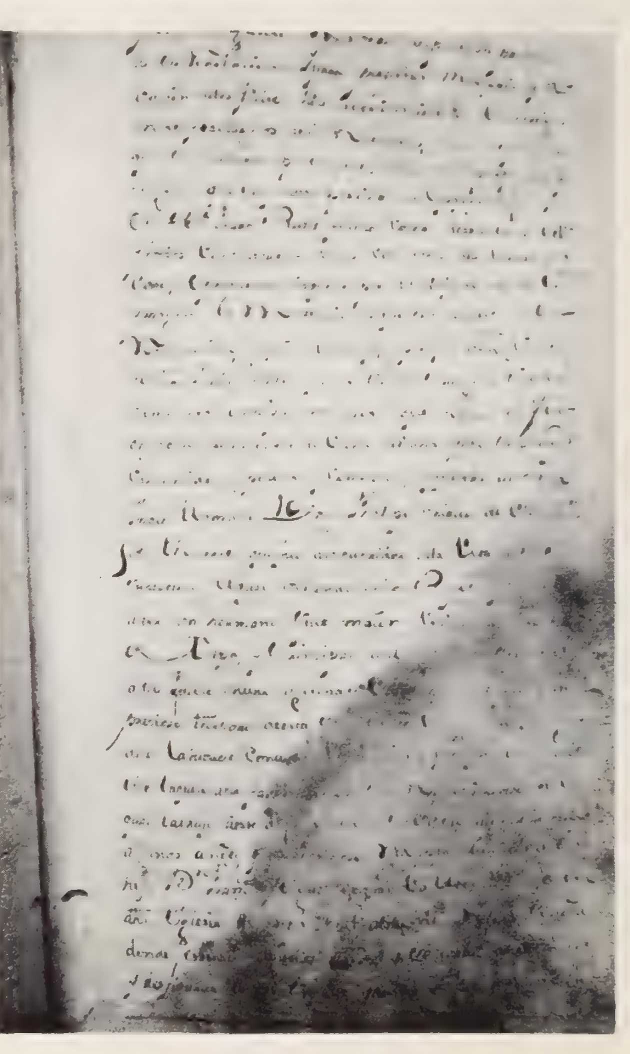
(Tercera página).

turales habian encendido desde el viernes diez y nueve, no se habian gastado ni consumido cosa, hasta el veintidós que llegué y le encendi la que yo llevaba y cantamos sus vísperas con toda solemnidad y su Misa al dia siguiente donde se consumieron y se acabaron las seis libras que yo llevaba y las de los naturales siempre ardiendo sin gastarse cosa ni derretirse, por testigos de tan gran prodigio y ser el segundo milagro después del primero de su renovación; y para perpetua memoria y devoción de los fieles hice averiguaciones con los testigos más fidedignos así naturales como españoles, que se hallaron presentes como Cura propietario indigno que soy de este partido de Guachinango, yo el Br. Pedro Rubio Félix, como Vicario y Juez eclesiástico, y todos contestaron unos con otros a la verdad del caso; y procurando inquirir por el origen de esta Santa Imagen, la materia de que era antes, y quién la trajo y por qué orden vino a dicho pueblo, hallé que



(Cuarta página).

esta santa imagen siendo como era antiquísima, de las que hacen en Michoacán de materia de caña liviana y así se había carcomido de polilla y comegén y que era de un indio llamado Diego Felipe, criado de Clemente de Torres que fue descubridor de la veta de la Resurrección, el cual vivía en Los Reyes; lléndole a ver un hermano suyo mayor que vivía en Talpa y principal del y cuando se volvió a su pueblo entre algunas cosas que le dió fue este precioso tesoro de esta sacrosanta imagen, encargándole la tuviera con toda veneración porque Ella había sido la que lo había favorecido en sus necesidades, el cual la trajo a este dicho pueblo a su casa en donde la tuvo algunos años; y queriéndose morir la dejó a su hijo Francisco Miguel el cual la llevó y entró a la iglesia dicha de dicho pueblo en el altar de Nuestra Señora, donde estuvo algunos años y se acabó de carcomer y desfigurar de tal suerte que me abligó a mandar se enterrase con las otras des-



(Quinta página).

figuradas, y sucedió lo ya referido de todo lo cual hice información y de otros milagros que dicha Santísima Imagen ha hecho con enfermos" Hasta aquí el primer escrito.

Esta primera copia original que fue redactada unos dos o tres días después del milagro de la renovación, se conservó en la sacristía de la Iglesia hasta que vino el primer mitrado a practicar su visita, que no fue otro que el Ilmo. Sr. Obispo D. Juan Ruiz Colmenero; quien llegó a este pueblo el año 1649, siendo todavío párroco de toda esta feligresía el Br. Pedro Rubio Félix.

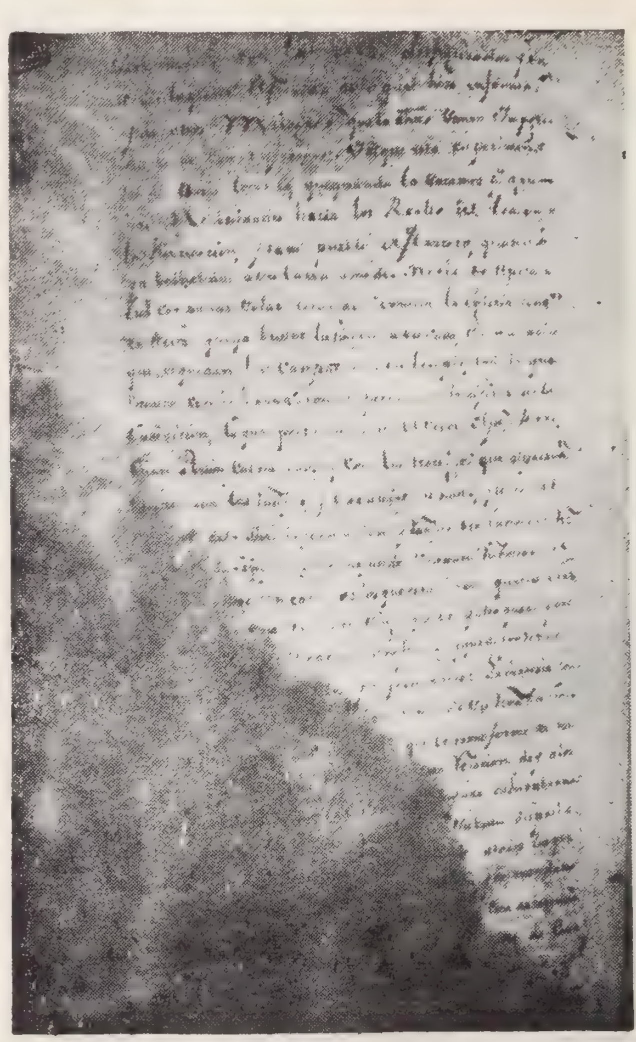
(Sexta página).

Entre otras cosas, el Sr. Cura mostró al Prelado aquella copia original que había escrito y que el Mitrado examinó con toda calma y cuidado y verificó con testigos oculares de los hechos, pues hay que tener en cuenta que cuando el Señor Obispo vino, sólo habían trascurrido cinco años desde el hecho milagroso.

Después de un maduro examen, or-

denó su Ilma. a su Secretario que le sacase una copia fiel de dicho documento y cuando lo hubo hecho y fueron ambas confrontadas, firmó el Prelado la segunda copia y ordenó se fijase de nuevo en una tabla y se conservase en la sacristía de la Iglesia, dejando el original para llevarlo consigo a la Ciudad Episcopal.

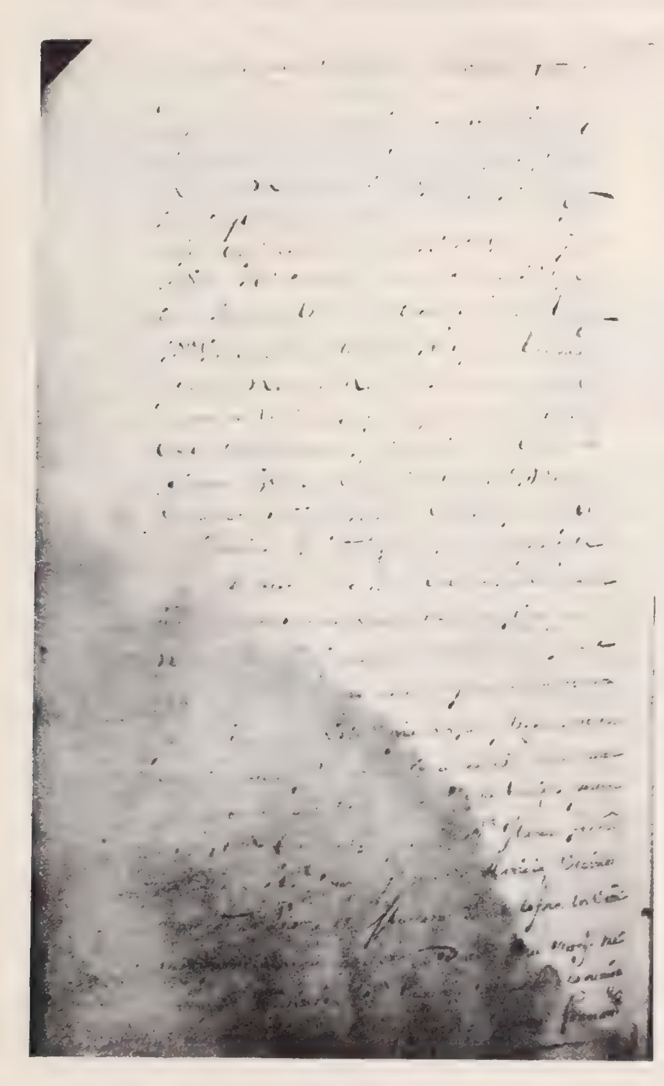
Aquella copia que dejó el Ordinario se conservó fija en la tabla por más de veinte años, pero sin duda no se tuvo el suficiente cuidado de fijarla en una tabla que fuese de madera fina e incorruptible, pues en este lapso de tiempo la madera empezó a podrirse y apolillarse de tal manera, que el documento amenazaba perecer.



(Séptima página).

Enterado de esto el Br. Pedro Rubio Félix por boca de su teniente de Cura, el Br. Nicolás Ramos Ximenes hizo trasladar dicho documento al pueblo de Mascota y allí ante su mismo teniente, que también tenía el grado de Licenciado, el *Pbro. D. Nicolás Ramos Ximenes, ayudante de Cura y*

Juez Eclesiástico de este partido ante el alférez D. Antonio Bravo, el Predicador D. Francisco de Quijas de la Orden de San Agustín y administrador de las Haciendas de Mascota, en presencia de José Colmenares, Diego Ruiz de Contreras, Pedro Rubio de Langarica y otros muchos vecinos estantes y habitantes de este pueblo de Moscota", hizo sacar por mano de un notario público de nombre Antonio Rubio de la Cruz, una copia que luego calzó con su autógrafo e hizo que los demás hicieran otro tanto y después, ante ellos, añadió al documento las siguientes noticias:

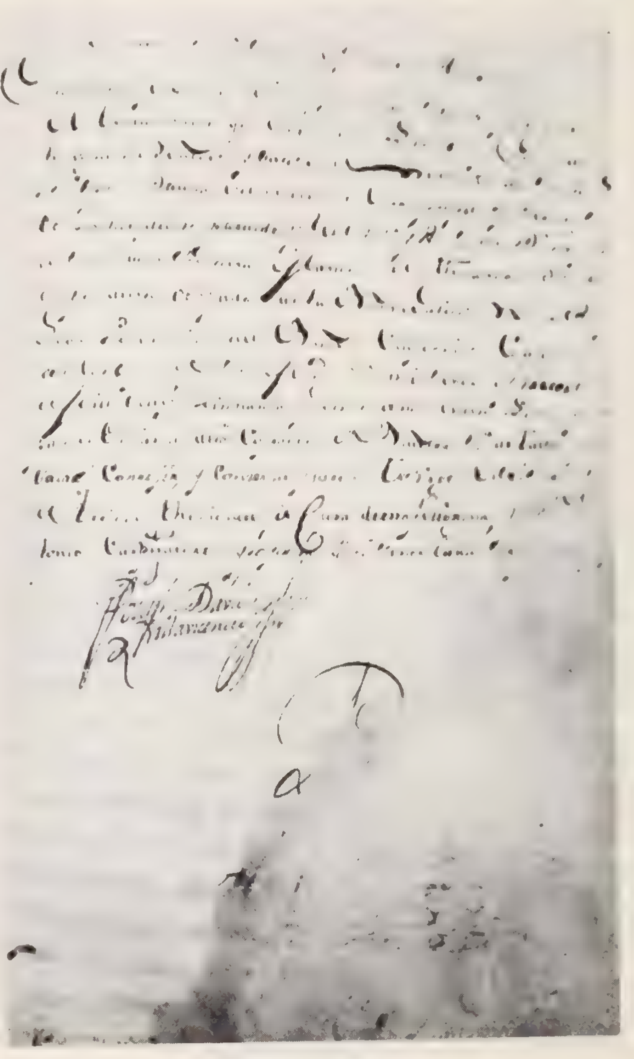


(Octava página).

"E hice información del milagro que está experimentado varias veces, es que cuando la sacamos (a la Santísima Virgen del Rosario) para algunas necesidades hacia los Reales del Ataxo y la Resurrección y este pueblo de Mascota, cuando ya volviendo a su casa y a media noche, se repican las campanas solas estando cerrada la Iglesia con que es señal que ya

vuelve la Virgen a su casa sin más aviso que el que dan las campanas de su templo.

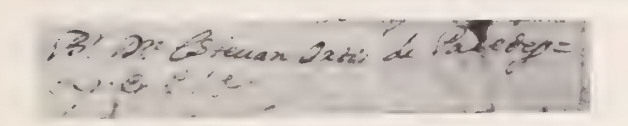
Todo lo cual consta con informaciones (de) personas verídicas de la jurisdicción lo cual presenté ante el Señor Obispo D. Juan Ruiz Colmenero y con los testigos que al presente se hallaron, lo (cual) ratificó y examinó de nuevo y llevó el original de dicha información y ratificó ser la misma en dicha información dejando un tanto rubricado de ella, llevándose un cabo de los que estuvieron ardiendo cuatro días con sus noches sin consumirse y sin gastarse, y otro quedó para los enfermos que llegaban a novenas y que de continuo hay de todos estados y enfermedades. La materia de que era formada esta santa Imagen, antes de su renovación ya está dicho que era de caña y la que se transformó es tan maciza y tan pesada como se ve. Toda esta relación doy a los fieles que con devoción la sirvieron para ayuda de un tabernáculo y pidieron



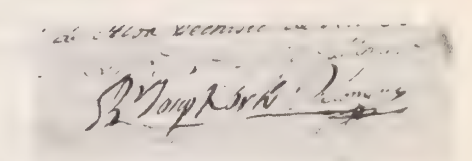
(Página final)

su socorro que aseguró su buen despacho de su misericordia. Es cierto este testimonio a todos los que la presente vieren que al ver sacar, corregir y enmendar, presente fui como Juez y Vicario Eclesiástico". Hasta aquí la segunda parte del documento.

Esta parte fue de nuevo autorizada con las firmas de todos los anteriores y se hizo el 17 de noviembre de 1670, fue de nuevo fijada en una tabla y conducida a la sacristía de la Iglesia de Talpa.



Autógrafo del Bachiller Dn. Esteban Ortiz de Paredes. Uno de los que firmaron la Auténtica.



Autógrafo del Bachiller Dn. Joseph Ortiz Palomera. Uno de los que firmaron la Auténtica y primer Párroco interino de Mascota el año 1722.

En esta ocasión corrió con mejor suerte dicho documento, pues logró conservarse por espacio de media centuria sin sufrir daño de importancia, sin embargo, la pátina del tiempo y el que continuara permaneciendo a la intemperie fueron haciendo que cada día fuese menos legible.

Percatándose de ello el párroco de la feligresía que a la sazón era el Br. Gerónimo Fernández de Lara y con el deseo de evitar que fuese a perecer, repitió la misma operación que su antecesor; trasladó a Mascota la copia y ante los Pbros. Esteban Ortiz de Paredes y José Ortiz Palomera, *"clerigos domiciliarios de este Obispado (de Gualalajara) y vecinos de esta feligresia de Mascota"*, el Capellán D. Jorge Wois, "justicia mayor de esta jurisdicción" y los Capitanes D. Tomás y Pedro de Aréchiga quienes ante notario nombrado especialmente para el caso (era este) D. José Amezqueta y Sabalza, sacó una nueva copia que todos declararon auténtica y autorizaron con sus autógrafos.

En esta ocasión unieron los dos párrafos de dicho documento dando con esto origen a una sola narración que es la que ha llegado hasta nosotros y que se ha publicado desde el año 1854, pero que en realidad fue escrita en dos tiempos, en dos partes y en dos lugares distintos.

Una vez más fue adherida la nueva copia a una tabla y conducida a su lugar de origen; este traslado tuvo lugar el 19 de septiembre de 1721.

En la primera decena del mes de agosto de 1722 se creó el curato de Mascota, siendo su primer párroco interino el Br. D. José Ortiz Palomera, oriundo de Talpa, y su primer cura propio el Pbro. don Miguel de la Vega, a quien sucedió el Br. D. Joachín Eustaquio de Estúñiga y Barrios. Este párroco hizo copiar la "Auténtica" en los libros del archivo parroquial con el fin de que no anduviera más en pedazos de tabla con grave peligro de perecer.

Abrió también un libro de la Cofradía de Ntra. Señora, existente en Talpa, y en él hizo pasar el mencionado documento dándole con ésto una mayor seguridad y, también fin a la serie de copias conservadas en tablas.

Por una verdadera desgracia, el archivo parroquial de Mascota fue totalmente incinerado el año 1860, pereciendo, entre otros, este valioso documento. La copia que se hizo en el libro de La Cofradía de Nuestra Señora, es la que ha llegado hasta nosotros y la que ahora empleamos.



Plaza de Talpa, como la contemplaron pasadas generaciones.

Por más de dos centurias permaneció desconocido al público este valioso documento, siendo conocido tan sólo por las personas que manejaban los archivos parroquiales.

Fue uno de los capellanes más insignes que ha tenido el santuario de la Santísima Virgen, el Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra, quien, conociendo la gran importancia y el bien que podría hacer a los devotos de la Santísima Virgen, decidió darlo a la estampa y para ello solicitó la superior licencia en el mes de septiembre de 1854; la autorización le fue dada en noviembre del mismo año.

Inmediatamente tramitó la impresión y para las siguientes romerías apareció por vez primera, siendo luego difundido por todas partes.

Mucho se ha trabajado por encontrar, o conocer siquiera el paradero del original que Su Ilma. el Señor Colmenero llevó a Guadalajara, sin que hasta hoy se haya podido encontrar ni aclarar nada; lo más probable es que haya perecido, como tantos otros documentos importantes de la época, o permanezca ignorado y un día con otro llegue a descubrirse.

Como puede ver el lector, no se puede dudar de la autenticidad de dicha relación, pues conocemos paso a paso su historia, sin que jamás se haya perdido ni caído en manos ajenas que hubieran podido alterarlo. Es cierto que lo conocemos a través de una serie de copias, pero éstas han sido siempre auténticas, hechas ante testigos autorizados, más aún, la que ha llegado hasta nosotros dista de los hechos y de la original menos de un siglo, todo lo cual parece indicarnos que no ha sufrido alteración ni en la materia ni en la forma de tratarla.

Su autor es también bastante conocido, rigió los destinos de la extensa parroquia de Guachinango, a la cual pertenecía Talpa en esa época, hasta al año 1675 (o 1678) en que tuvo lugar su deceso (1).

Le sucedió en el cargo el Pbro. D. Nicolás Ramos Ximenes, uno de los que mejor conocían los hechos y que fungió como testigo en una de las copias que se sacaron en Mascota y de quien poseemos su valioso autógrafo.

---

(1) Se halla fuera de la naturaleza y aun de las dimensiones de este capítulo y de toda esta obra el detenernos a verificar un estudio exhaustivo y completo de este importante documento.

Su autencidad, historicidad, la veracidad de su autor, así como también de las fuentes que lo nutrieron para su composición y otras cuestiones similares, son de gran trascendencia e importancia para el historiador erudito y científico, pero todo esto exigiría un trabajo especializado.

El estudio crítico de su contenido, su estilo literario, la forma en que fue redactado, las fuentes de que echó mano su autor y demás circunstancias, parecen estar en favor de su autenticidad y veracidad.

Para entender mejor la naturaleza de este escrito debemos recordar, en favor y como aclaración de lo dicho anteriormente, que el autor no tuvo como fin único y principal, cuando escribió su crónica, hacer historia de los acontecimientos —sobre todo en el sentido moderno de la palabra— él se propuso más bien un fin piadoso: despertar y hacer crecer en los fieles el amor y la devoción a la Santísima Virgen por medio de la relación de aquellos hechos extraordinarios y milagrosos.

Esto explica que el documento en su conjunto no forme unidad orgánica, sino al contrario, se componga de diferentes partes o piezas literarias de carácter eminentemente popular y sencillo.



La milagrosa Imagen, en uno de los altares portátilos, mientras su trono se hallaba en reparación.

CAPITULO SEXTO

Nuevos Milagros. Primera Visita Pastoral a Talpa

POR el hecho milagroso de la renovación de la Sagrada Imagen, el Bachiller Pedro Rubio se sintió más estrechamente ligado al pequeño pueblo de Talpa y como con cierto deber de tener un cuidado especial de su templo.

Después que hubo terminado la fiesta y la información, como queda dicho en capítulos anteriores, llamó al Mayordomo de la Cofradía, a los priostes y vecinos principales y les dio las instrucciones pertinentes acerca del cuidado especial que debían tener con la Sagrada Imagen y también sobre el culto particular que le debían tributar.

Antes de alejarse dio también principio a los trámites trascendentales para adquirir un tabernáculo lo más digno posible, para colocar a la Gran Señora y exhortó tanto a peregrinos como a los naturales de Talpa para que cooperasen a la compra de ricas telas y joyas, para engalanar tanto a la Taumaturga Imagen como a su altar. Concluído todo esto, se alejó, pues otros pueblos lo esperaban.

La fama de los primeros milagros obrados por la celestial Señora, seguía extendiéndose por todos los alrededores, las peticiones y súplicas de los necesitados seguían creciendo también en número y los beneficios alcanzados por su mediación no eran menos. Acerca de esto, nos dice el piadoso Párroco que *"los enfermos llegaban a novenas y que de continuo hay gente* (tanto en el pueblo como en la pequeña Iglesia), *de todos estados y enfermedades".*

Tanto en los casos de miserias y enfermedades, así como también en las calamidades públicas, se buscaba en una forma colectiva su poderoso auxilio, se organizaban peregrinaciones de penitencia, en las que con toda solemnidad era llevada la Sagrada Imagen, ya a los campos, ya a los pueblos azotados por la desgracia.

La Auténtica nos narra que: *"hizo* (su autor), *información de otros milagros que dicha Santísima Imagen ha hecho con los enfermos y el que está experimentado varias veces es que cuando sacamos a dicha Santísima Señora para algunas necesidades hacia los reales del Ataxo y de La Resurrección, cuando ya volvimos a su casa a medianoche, se repican las campanas solas estando cerrada la Iglesia, con que es señal de que ya vuelve la Virgen a su casa sin más aviso que el que dan las campanas de su templo".*



Históricas campanitas que repicaban solas cuando la Sagrada Imagen volvía a su Templo.

Todo esto hacía que la fama y devoción hacia Ella fuesen cada día en aumento.

Las tradicionales campanitas del milagro antes referido, las que solas repicaban cada vez que volvía su dueña de sus correrías apostólicas y misionales, se han conservado hasta hoy, si bien rotas y deterioradas por el uso y la acción destructora del tiempo; en la actualidad se guardan en hornacinas hechas especialmente en el presbiterio del Santuario y sólo se tocan en las grandes solemnidades, dentro de las Misas Pontificales.

En dimensiones son pequeñas, pues la mayor apenas alcanza un peso de siete kilos y cuatrocientos gramos y la más pequeña tiene un peso de seis kilos con seiscientos gramos; con esto el atento lector puede apreciar sus dimensiones.

Hacia el año 1660 fue azotada esta región por una terrible peste que causaba cada día innumerables víctimas; uno de los más afectados fue el vecino de Mascota, por lo que se organizó una gran peregrinación de desagravio que vino a postrarse a los pies de la Santísima Señora y a implorar su misericordia; el Párroco dispuso entonces que fuese llevada con toda solemnidad hasta aquella Villa y que, estando allí, le fuese ofrecida una fiesta.

La mano bienhechora de la Buena Madre se hizo palpable en seguida; desde el día que llegó la magna peregrinación, las defunciones decrecieron y al tercer día no se sepultó ya ningún cadáver que fuese víctima del terrible mal.

Los habitantes de Mascota quedaron tan agradecidos, que le obsequiaron una lámpara votiva de plata maciza, ricamente adornada, hecha toda a mano, obra de joyeros que en esos años no escaseaban en la región.

Solicitaron en esa ocasión que la Santísima Virgen permaneciese entre ellos unos cuantos días más, pero como el Párroco no lo permitiese, volvió a Talpa, en donde fue recibida en medio de grandes manifestaciones de júbilo. De esto, nos da noticias el Ilmo. Sr. Obispo D. Juan de Santiago y de León Garabito, que visitó a Talpa poco tiempo después.

Así transcurrieron los primeros años después del portentoso acontecimiento; la Taumaturga Imagen iba ganando cada día más y más popularidad, siendo conocida en lugares cada día más lejanos; sus peregrinos y devotos iban también en aumento, siendo varios los que, deseosos de conocerla y postrarse a sus plantas, venían de lugares lejanos; fue en esta forma como se iniciaron las primeras romerías.

Durante los años de 1641 a 1646, la Sede Episcopal de Guadalajara permaneció vacante. A principios de 1646, S. M. Felipe IV presentó como posible candidato para la Sede Novogalaica al Dr. y Maestro D. Juan Ruiz Colmenero y S. S. Inocencio X lo preconizó en consistorio del 25 de julio del mismo año; en diciembre recibió la consagración episcopal y pasó luego a hacerse cargo del gobierno de su diócesis.

Una vez que tomó posesión de su Sede, el Ilmo. Mitrado anunció su próxima visita pastoral por todo su extenso obispado.



Ilmo. Sr. Dr. y Mtro. D. Juan Ruiz Colmenero, infatigable misionero de la fe, que visitó la capillita donde se veneraba nuestra Señora del Rosario y se llevó como reliquia uno de los dos medios sirios que sirvieron de alumbrado a la renovación de tan milagrosa imagen.

A mediados del año 1649 emprendió su viaje rumbo a estas tierras, era el primer Obispo que se internaba en estas regiones, pues hasta esa fecha ningún otro las había visitado.

Desconocemos la fecha precisa de la llegada de su Ilma. a Talpa, sólo sabemos que tuvo lugar entre los meses de junio y julio: fue recibido en medio de la alegría y admiración de los naturales de estas comarcas, que jamás habían conocido a un alto jerarca de la Iglesia de Dios.

El Bachiller Rubio Félix llevó al Prelado a la capilla donde se verificó el milagro de la renovación de la Santa Imagen, le mostró la escultura, le narró uno por uno los acontecimientos que S. Excia. escuchó con atención y le habló de las informaciones que había hecho mostrándole el manuscrito que se conservaba en la sacristía de la Iglesia.



Primer Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, años 1650-1671. (Reconstrucción).

Después de oírlo todo, empezó el Pastor de la grey tapatía a examinar desde la Santa Imagen hasta a los testigos, a quienes interrogó de nuevo, separadamente, como si quisiese convencerse por sí mismo de la verdad de lo que tanto oía comentar.

Después de esto, narró el Párroco los milagros que hasta entonces había obrado la Santísima Señora y cómo era ya conocida en una zona considerable, desde donde se le visitaba y se le encomendaban las necesidades de sus devotos.

El Ilmo. Sr. Colmenero era un ferviente devoto de la Sma. Virgen; jamás había perdido oportunidad de engrandecerla y honrarla, fue entusiasta y gran partidario de la idea o proyecto de que se declarase Dogma de fe el privilegio de la Santísima Virgen, su Inmaculada Concepción; fue gran bienhechor de todos aquellos lugares que eran centros de devoción mariana, por eso, ahora no perderá la ocasión de hacer palpable su amor a la Madre de Dios.

En compañía del Sr. Cura examinó la capilla del milagro que desde luego le pareció muy humilde y pequeña para la grandeza de la Reina de los Cielos que tan palpablemente habia hecho sentir allí su poder, por lo que desde luego decretó que se le hiciese una Iglesia nueva, más grande y hermosa; él mismo escogió el lugar más a propósito, pues no le pa-

recía oportuno aquél donde estaba fincada la primitiva ermita *"por correr un río al poniente a menos de seiscientas varas de distancia y un abundante arroyo también muy cerca rumbo al sur"*, el lugar escogido para el nuevo edificio quedaba unos trescientos metros al oriente del anterior. Su Ilma. bendijo el lugar, colocó la primera piedra y dio por iniciada la obra.

Antes de alejarse de Talpa, el Prelado, predicó a los naturales repetidas veces sobre la devoción a la Madre de Dios, los exhortó a prestar su cooperación y ayuda para la construcción del nuevo templo, administró el Sacramento de la Confirmación a gran número de naturales de todas edades y con gran paciencia y caridad, les explicó las verdades eternas; todo esto hizo que fuese sumamente querido en este lugar por todos sus habitantes.

A su salida quiso llevar consigo uno de los cabos de vela que habían estado ardiendo durante los tres días siguientes a la renovación, así como también el original de la información que hizo el Br. Pedro Rubio Félix en los días subsiguientes, dejando dicho documento en copia autorizada con su firma, como en otro lugar quedó dicho.

Tan luego como se alejó de este pueblo el celoso Pastor, el Párroco del lugar dio principio a la construcción del nuevo templo. No debemos olvidar que en aquellas décadas, tanto los materiales como la técnica de construcción estaban todavía en pañales en toda la región. Si bien es cierto que para esos años ya había técnicos competentes y peritos en la materia, éstos se encontraban casi tan sólo en el centro de la nación, donde todo les era más favorable y fácil para la construcción de grandes edificios, mientras por acá eran los blancos los que dirigían y enseñaban a los indios a mejorar sus casas.

Los únicos materiales de construcción que se conocían en la provincia, eran el adobe, la piedra, la madera y, para los techos, el zacate o la paja, con esto había que edificar todas las fincas, pues ni siquiera se había generalizado por acá el uso de la teja.

En muchas ocasiones eran los mismos sacerdotes quienes tenían que fungir como maestros de albañilería, enseñando a los indios con una paciencia y caridad dignas de elogio, a fabricar adobe, a levantar las paredes y a construir sus casas.

Tocó esta vez al Br. Pedro Rubio, fungir, o hacer las veces de arquitecto; personalmente hizo el plano para su nueva Iglesia y dirigió su construcción; tanto los indios como los españoles que residían en el lugar, prestaron su cooperación para llevarla a feliz término.

Pronto surgieron airosas las gruesas paredes de adobe, mientras de los cerros vecinos era traída la madera y paja que serviría para la techumbre, todos trabajaban alegres y entusiastas, pues sabían que aquella casa sería para su querida Madre, que tanto buena se había mostrado con ellos.

En unos cuantos meses apareció ya terminado aquel edificio, el más grande que se conocía en toda la región, era bastante amplio, su techo de dos aguas estaba cubierto de paja (pajizo, dicen las crónicas), en el interior se le colocó una especie de cielo de abundante madera, que lo protegiera mejor de las inclemencias del tiempo, se le dotó de tres grandes puertas y ventanas y sus paredes fueron cubiertas de arcilla roja y blanca, de acuerdo con el gusto de los regionales, su piso fue recubierto de madera tosca y mal labrada y para la construcción del altar mayor se trajeron dos maestros carpinteros que vivían en Mascota, hombres competentes en las labores de esta naturaleza.

El Bachiller diseñó el altar conforme algún modelo que conocería en España y los laboriosos lo ejecutaron con bastante fidelidad, resultando todo de maderas finas, de regulares dimensiones, en cuya parte central se colocó el trono donde había de permanecer la milagrosa Patrona de Talpa.

Se hizo también un altar lateral para la Imagen de la Limpia Concepción de María que, aunque todavía se reconocía su patronato, no ocupaba ya el centro del altar mayor.

Cuando todo estuvo terminado, se procedió a la bendición solemne de aquella nueva casa de Dios; verificó la ceremonia el mismo párroco, en medio de una gran concurrencia y para el 19 de septiembre de 1651 se hizo el traslado de la portentosa Virgencita con todos los demás objetos de la Iglesia y del culto, celebrándose ya en el nuevo recinto el séptimo aniversario del glorioso 19 de septiembre.

La antigua ermita donde tuvo lugar el portento no fue destruida ni despojada del todo, ni menos abandonada, pues todos trataban de conservarla como un centro de devoción para propios y ajenos, pues los

peregrinos gustaban mucho de visitar aquel lugar y oír de labios de los mismos testigos oculares la narración de los hechos, y los habitantes de Talpa veían en él un lugar santificado por Dios y por su Madre Santísima.

Ni siquiera el hoyo que se abrió para enterrar a la imagen vieja fue cegado, pues permaneció abierto hasta que fue destruida la primitiva ermita para edificar el templo parroquial que hoy conocemos.

Aquel hoyo primitivo fue creciendo al correr de los años, a causa de que muchos peregrinos gustaban mucho de llevar consigo alguna porción de tierra que cogían de él, con el fin de regarla en sus labores y sementeras, para implorar con ello la protección de la Reina de Talpa sobre ellas.

Cuando la Patrona apareció en su nuevo trono, cobró mayor belleza y hermosura a los ojos de sus devotos que cada día iban en aumento y cuyas manifestaciones de amor y gratitud hacia Ella se hacían también cada vez más palpables y patentes.

A pesar de que la escultura de la Santísima Señora era toda de talla, con sus ropas propias y originales, figuradas de la misma materia de que fue hecha y, por lo mismo, no necesitaba ser vestida de nuevo con trajes de telas, los devotos cristianos desde un principio empezaron a engalanarla con las mejores y más elegantes ropas que se conocían primero en la región y después en el País, adornándola con ricas joyas, de acuerdo con los sentimientos de su corazón.

Durante la segunda mitad del siglo VXII, la vestían a la usanza de las ricas damas de su tiempo; los amplios y majestuosos vestidos talares y amplias tocas eran prendas de primera importancia; la capa magna de forma triangular que hoy ostenta, es de época posterior como a su tiempo se verá.

Como el cuidado de la vestimenta, así como también de cambiarle trajes estaba encomendado a las inditas tenanchis y no había nada establecido acerca de la forma y los colores que se debían usar, todo resultaba conforme al gusto y devoción de aquellas piadosas naturales que preferían siempre los colores fuertes y vivos; ya los documentos de la época nos dan razón de vestidos y mantos en color verde, rojo, azul, blanco, etc., etc. Así pasó la Madre querida los primeros años, convertida, por decirlo así, en una indita sencilla, como las que cuidaban de su templo y de su culto.

Otra cosa que también le obsequiaron enseguida, fueron sus insignias de Reina; el cetro y la corona, tanto para Ella como para su pequeño Hijo; también le obsequiaron un hermoso rosario, por ser éste su título o advocación particular.

Todo esto nos habla muy claro del amor que había conquistado en el corazón de sus hijos.

NOTA: Pocas noticias nos ha conservado la historia acerca de la persona, la obra y sobre todo, de la histórica visita del Ilmo. Sr. Ruiz Colmenero, oigamos algunas:

Fue oriundo de Budia, obispado de Sigüenza (España), en donde vio la luz primera el año de 1596.

Una vez que tomó posesión del extenso territorio que comprendía su jurisdicción, quiso conocerlo y visitarlo en su totalidad, magna empresa que hasta entonces no había realizado ninguno de los prelados anteriores. La misericordia divina le concedió llevar a feliz término tan laudables y benéficos deseos.

El libro de visitas de ese año, desgraciadamente incompleto, nos ha conservado la siguiente nota de tan prolongada correría:

"Visita general secreta y pública de este obispado de Guadalajara reyno de Galicia y León por el Ilmo. Señor D. Joan Ruiz Colmenero por la gracia de Dios y de la Santa Sede, obispo de Guadalajara del consejo de Su Magestad &. - Año de 1648.

Domingo siete de junio del mismo año de mil seiscientos cuarenta y ocho, a las seis de la mañana salió S. Señoría de la ciudad de Guadalajara y llegó al pueblo de Tonalá a las nueve . . ." (faltan varias hojas al libro).

Parece más probable que el Ilmo. prelado arribó a estos pueblos en los meses de julio o agosto, así parecen indicarlo todas las circunstancias. Tan importante visita tocó su fin en septiembre de 1649.

En esta ocasión recorrió el pastor tapatío, en mula, 2284 leguas sin detenerse en lugar alguno más que el tiempo indispensable para desempeñar las funciones de su elevado ministerio; "visitó cuantas ciudades, villas, pueblos, aldeas, haciendas, estancias y ranchos había entonces en tan dilatado territorio, internándose en parajes donde jamás había penetrado español alguno; confirmó a más de cuarenta mil personas; redujo a la fe a muchos infieles; catequizó e hizo bautizar a muchos indios negritos . . . llevado de su ardiente celo apostólico y de su entrañable amor a los indios, bajó por medio de calabrotes hasta el fondo de muy profundas barrancas . . ."

En esta memorable romería contrajo la enfermedad que lo llevó a la tumba.

Fervorosísimo devoto de la Santísima Virgen María, con edificante piedad la invocaba y se encomendaba constantemente a Ella causando edificación a cuantos rodeaban su lecho de enfermo.

Víctima de agudas dolencias y acosado por una sed insaciable dio, durante su gravedad, muestras de gran fortaleza para sufrir con ejemplar resignación su larga y dolorosa enfermedad.

El 28 de septiembre de 1663, al cabo de cuarenta y cuatro días de cama, sin movimiento y víctima de atroces dolores, entregó su alma al Creador en la ciudad episcopal.

Cuando se están redactando estas líneas, se halla muy cerca el tercer centenario del penoso deceso de tan distinguido pastor.

Quiera la Madre bendita del cielo, a quien él tanto amó, disipar la densa y oscura nube con que el olvido ha venido cubriendo la figura de un prelado que tanto laboró por su gloria y por su causa.

Talpa debe conocerlo y contarlo en el número de sus insignes bienhechores.



Una de las más antiguas panorámicas del pueblo de la Sma. Virgen del Rosario.

CAPITULO SEPTIMO

Ultimo tercio del Siglo XVII

DURANTE los primeros años de la colonia resultaron de gran importancia y llegaron a gran florecimiento las llamadas cofradías asociaciones o hermandades con fines piadosos.

Eran éstas, reuniones de fieles cristianos que se unían y organizaban con algún fin piadoso o caritativo.

De ordinario estaban formadas por una mesa directiva que se encargaba de su organización y sus bienes y de un número más o menos grande de socios que cooperaban en distintas formas a la consecución del fin de dicho organismo.

La mesa directiva estaba presidida por un mayordomo, que poco más o menos era lo que hoy es un presidente en organizaciones similares, al que seguían en jerarquía un diputado, que fungía como lo que hoy llamaríamos un secretario, y un tesorero y varios priostes que colaboraban con ellos.

Desde los primeros años del siglo XVII se estableció en Talpa una cofradía en honor de la Limpia Concepción de María, la Patrona del pueblo; dicha hermandad estuvo muy floreciente durante toda esa centuria, ella tuvo a su cargo, en el aspecto económico y de trabajo, la construcción del primer templo que se hizo a la Virgencita del Rosario en el año 1550, siendo además un poderoso auxiliar de los clérigos en la magna obra de la evangelización, pues sus miembros más caritativos y mejor preparados se dedicaban a la enseñanza de la doctrina cristiana y a preparar a los niños y adultos para la recepción digna de los Santos Sacramentos, sobre todo la Penitencia y la Sagrada Eucaristía.

Además de las obras de enseñanza, tenían a su cargo algunas obras de caridad en favor de los pobres y enfermos, especialmente entre los indígenas, que con frecuencia morían sin que se les prodigase ninguna atención.

A medida que la Virgen del Rosario fue ganando en popularidad, fue absorbiendo la devoción que antaño se tenía a la imagen de La Limpia Concepción, de tal suerte que para fines del siglo, o sea, sólo unos cincuenta años después del milagro de la renovación, era ya el centro así del culto como de la devoción de los fieles.

La primitiva cofradía también fue tomando la misma orientación, de tal manera que para el año de 1700 era ya de la Virgen del Rosario. Este dato resulta importante, pues esta hermandad, con muy ligeras variantes, es la misma que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *"Esclavitud de la Santísima Virgen de Talpa"*, o también: *"Asociación de Esclavos de Nuestra Señora del Rosario de Talpa". (1)*

El primer Obispo que visitó estas tierras montañosas dejó este mundo el 28 de septiembre de 1663, ocupando su puesto el Ilmo. Sr. D. Francisio Verdín y Mendiola, quien permaneció en la sede episcopal hasta el año 1674.

---

(1) Como un dato ilustrativo referente a las cofradías en las décadas que venimos historiando, transcribimos la siguiente nota:

"Las rentas de la cofradía y hospitales son las limosnas que recogen cada año sus priostes y mayordomos, y las sementeras de maíses y frijoles que todos los cofrades indios en sus pueblos hacen cada año para dichos hospitales, algunos chinchorrillos de ovejas que tienen los dichos hospitales, y algunas gallinas que crían las tomancinas, mujeres de los priostes y mayordomos, cuyos frutos, esquilmos y limosnas gastan en la cura de sus enfermos y cama para ellos y en instrumentos para su cura y medicinas; y en las fiestas de sus cofradías y aniversario de sus fieles difuntos cofrades cada año, y por la misa especial que se celebra por cada cofrade que muere, cantada con sus vigilias y responsos según las constituciones y decretos de sus fundaciones por los dichos señores obispos"

"...y cada mes escribe el ministro lo que ha recogido y gastado, en los libros de su cofradía; y cada año se mudan priostes y mayordomos y dan cuenta con pago a los que les suceden y entregan con cuenta y razón, por inventario que está en dichos libros, de todos los bienes de dichas cofradías, así de la iglesia como de la hospitalidad, con asistencia de su ministro, y se reconoce el aumento o disminución que haya habido en todo o en parte, según ordenan y mandan los nuevos decretos del dicho Ilmo. y Smo. Sr. Obispo".

Este ilustre Ordinario visitó estos pueblos en 1672; por una de tantas desgracias, ha perecido, o se ha perdido, el libro de visitas en donde dejó, sin duda alguna, asentado todo lo que hizo y ordenó en su trayectoria, por lo que desconocemos su obra en este pueblo de María y su actitud para con su Imagencita.

La vacante que dejó a su sentida muerte fue cubierta por el Dgmo Sr. D. Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún el cual tuvo por sucesor al Emmo. Sr. D. Juan Santiago de León Garabito; dió principio, éste a su regencia el 7 de enero de 1 78; ese mismo año emprendió su primera visita por todo su extenso Obispado siendo el tercero en la Historia que visitó a Talpa.



Ilmo Dr. D. Joan de Santiago de León Garabito, Obispo que visitó estos lugares, recomendando la devoción a la virgen, por medio del Rosario y Comunión.

El auto de visita de este insigne Prelado es uno de los documentos contemporáneos más importantes que poseemos para la Historia de Talpa y de su Patrona. Para que sea conocido de los lectores en forma directa, voy a ceder la pluma al Secretario de S. Ilma. para que con su estilo de marcado sabor arcaico nos narre lo que aconteció entonces:

"En dicho día 28 de febrero de mil seiscientos setenta y nueve años, después de haber comido S. Sría. Ilma. salió (de Mascota), en prosecución de su visita y llegó a la Hacienda de San José de Talpa (hoy la Estancia Grande) que dista de Mascota cinco leguas y después de haber visitado la capilla de la advocación de S. Joseph sita en dicha Hacienda... y luego pasó en prosecución de su visita y mandó que las licencias de dicha capilla se llevaran al pueblo de Talpa.

Llegó Su Sría. Ilma. al pueplo de Talpa que dista de dicha Hacienda como tres cuartos de legua a donde fue recibido por el Br. Ramos Ximenes y de los demás vecinos y naturales de dicho pueblo y habiendo hecho S. Sría. Ilma. oración dió la bendición al pueblo y se retiró a la casa que le tenían prevenida para que se hospedaxe. . .

En dicho día hizo aparecer S. Sría. Ilma. a los mayordomos de la Cofradía de Ntra. Sra. de la Concepción sita en la iglesia parroquial de dicho pueblo de Talpa y habiendo reconocido todas sus cuentas, dadas por los mayordomos ante el vicario y Juez Eclesiástico de esta feligresía, los aprobó y confirmó y mandó a Andrés Blas que de los cincuenta y un pesos y seis tomines que están en su poder haga luego una caja de tres llaves y que una (llave) tenga el vicario, otra el mayordomo y otra el prioste y para ello le dió término quince días y si no lo cumple que lo obligue el Vicario y Juez Eclesiástico y que dé cuenta todos los años y haga inventario según está mandado en todos los autos (de visita pastoral) y los amonestó (a todos los miembros de la Cofradía) S. Sría. Ilma. a la devoción al Rosario y a la confesión y comunión de todas las fiestas del año.



Figura de fierro que sirvió para herrar el ganado perteneciente a la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario.

Y les mandó su Sria. Ilma. que avisen al vicario al tiempo de hacer herraderos, que den (tiempo) para que asista a ver herrar el ganado y a la caballada y lo cuente y por este trabajo personal le señaló cuatro pesos en reales y una res de las estériles a escoger dicho vicario. (Se entiende que este ganado era de la Cofradía).

Despachóseles licencia para pedir (limosna) por todo el Obispado en forma ordinaria.

Pareció tener por bienes la dicha cofradía y hospital lo siguiente: primeramente un tabernáculo con sus puertas y llave en que se encierra la Imágen Milagrosa de Nuestra Señora del Rosario guarnecido por cuentas de plata y diez y seis papelotes y el cerraje, llave y chapa es de plata.

Un vestido de tela verde nuevo, una corona y cetro de plata, una perla natural en el vestido verde más un ahogadero de perlas finas, más una sarta de alhajas, más una diadema de perlas que tiene el Niño Jesús, un agnus de plata y otro de bronce y otro de asar aguarnecido de plata, una cruz pequeñita de plata sobredorada, cuatro cuaretitas de plata, un arito de plata, un rosario de coral con los paternoster de perlas, más un rosario de cristal, dos paños de manos nuevos, un velito con que se adornan las andas, un escritorito en que se guardan todas estas alhajas de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario. . . (continúa la lista de objetos de la sacristía y el templo). . . más una lámpara de plata que dieron los vecinos de Mascota al tiempo de la peste a la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario y unos sarcillos de oro.

Y tiene esta cofradía trascencias y cuarenta y cinco reses de chico arriba, ciento cuarenta y cuatro bestias caballares, siete machos y muchas de todas edades.

En veinte y nueve días del mes de febrero de mil seiscientos sesenta y nueve años dixo S. Sría. Ilma. Misa en la Iglesia parroquial de este pueblo de Talpa y luego reconoció lo material del edificio que es de adobe y techo de bigas y cubierto de paja y tiene la capilla armazón (retablo) de ensamplaje y en medio un nicho con su cortina de razo de flores en que está colocada la imagen milagrosa de Nuestra Señora del Rosario y encima una pintura de Santiayo Apóstol, advocación de la parroquia...

En otro sí les mandó S. Sría. Ilma. a los mayordomos y cofrades de la cofradía de dicho pueblo que por cuanto estaban unánimes y conformes en que querían que la Iglesia parroquial que sostiene dicho pueblo la quieren para Iglesia del Hospital, que S. Sría. Ilma. les concedió y mandó que hagan otra Iglesia nueva y que para ello saquen de la cofradía dos cientos pesos que esto (la construcción de una nueva Iglesia) es para cuando se junte mucha gente en la fiesta de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario y así dió permiso para que de novillos se saquen los dichos doscientos pesos y de los demás efectos que la dicha cofradía tiene y no más otra cantidad que los doscientos pesos que en recompensa de la donación que hace a los cofrades de la Iglesia al presente tiene". Hasta aquí el secretario de visita. (1).

---

(1) Fue el Ilmo. Sr. Garabito uno de los Prelados que se distinguieron por su amor y fervorosa devoción a la Sma. Virgen María.

En su libro de cuentas fue encontrado, poco antes de su muerte, un manuscrito que a la letra reza:

"María Reyna del cielo y de la tierra: vuestro hijo indigno.

María Santísmia, Madre y Señora mía, Vos, Señora, conocéis si el riesgo que ha entendido de mi vida, es cierto o no lo es. A vuestro preciosísimo Hijo por vuestra mano y amparo, desde ahora para el tiempo, cualquiera que sea el de mi muerte, ofrezco mi vida y mi muerte, mi fin y mi salida de este mundo y mi entrada en la eternidad.

Espero por vuestra intercesión, que invoco desde ahora para entonces, me ha de valer vuestro amparo, pues sois madre de misericordia. Alcanzadme, Señora, que todo el tiempo que dure mi vida según la eterna disposición de vuestro hijo y Señor mío, viva yo como quien ha de morir y como quisiera haver vivido, y cada día tenga más devoción vuestra, y más confianza en vuestra intercesión de que así lo espero alcanzar".

Vuestro hijo esclavo.
Joan
Obispo de Guadalajara.



Peregrino que se acerca a la venerable imagen, para el cumplimiento de una penitencia.

Como puede verse por el anterior documento, la cofradía de la Santísima Virgen estaba entonces muy floreciente y bien organizada, tenía sus bienes y sus obras tanto de apostolado como de caridad, eran tantos los miembros con que contaba, que juzgaron oportuno solicitar de S. Sría. Ilma. que les fuese cedida la Iglesia para su servicio y el del Hospital, cosa que concedió el Prelado sin dificultad, poniéndoles como única condición el que edificaran otra más amplia y espaciosa que tuviera cupo para los muchos fieles y devotos que venían a visitar a la milagrosa Imagen en los días de sus fiestas.

Para estos años, las fiestas celebradas en honor de la querida Madre habían aumentado en número y calidad y las tradicionales festividades que en años anteriores se ofrecían a la Limpia Concepción y al Apóstol Santiago, habían perdido mucho de su primitivo esplendor; en cambio, las que se celebraban el 19 de septiembre y primer domingo de Octubre eran famosas, tanto por la solemnidad con que se hacían, den-

tro y fuera del templo, como también por el crecido número de peregrinos que a éllas acudían.

La fiesta principal era aquella en que se conmemoraba la milagrosa renovación; en ella, propios y ajenos daban la máxima prueba de su amor y gratitud a la Celestial Señora.

Para estas décadas, el párroco de Guachinango se había establecido casi por completo en Mascota, dejando un Teniente de Cura en Guachinango, que era la cabecera de la parroquia; en esta forma, podía atender mejor la región y sobre todo la vicaría de Talpa.

Con el fin de que la Santísima Virgen fuese más ampliamente conocida, de obtener limosnas para la construcción del nuevo templo y de que la cofradía contara con un número cada día mayor de socios, se mandó hacer una imagen de las mismas dimensiones y que fuese lo más semejante posible a la original de Ntra. Sra. del Rosario y con Ella salía un comisionado especial (el demandante) a recorrer una parte del Obispado, la mayor que fuera posible; en esa ocasión muchos fieles se inscribían como cofrades y mandaban sus limosnas.

Durante los primeros años, esta imagencita peregrina recorría tan sólo la región circunvecina, pero en breve fueron tantas y tan constantes las peticiones de los fieles que solicitaban ser visitados por ella, que fue necesario mandar hacer otra y en poco tiempo una tercera; ambas salían por diferentes rumbos, algunas de ellas recorrían extensiones tan grandes del suelo patrio, que llegaron a internarse en lo que hoy es el territorio del vecino País del Norte como más adelante se verá.

Todo esto y los muchos favores que cada día concedía a sus devotos, dio origen a que cada día fuese más conocida la Milagrosa Virgencita y a que fuese despertando en el corazón de muchos de ellos el deseo de venir a conocerla, pese a las grandes distancias que había que recorrer y a lo incómodo, solo y, en ocasiones, peligroso de los caminos.

Como las fiestas de septiembre y octubre resultaban inoportunas a los peregrinos que venían de lejos, por coincidir con el temporal de las aguas y por lo caudaloso de los ríos que casi siempre en estos meses vienen de avenida, se pensó en establecer una tercera fiesta que tuviese lugar en el temporal de secas y en una fecha que resultare cómoda para todos.

Fue así como, en el último tercio del siglo XVII, se originó la fiesta del dos de febrero. Esta nueva festividad se fue haciendo tradicional y famosa por todas partes; a ella empezaron a acudir no sólo devotos peregrinos sino gran número de comerciantes. acróbatas, músicos. cantores, pirotécnicos, etc., de tal manera que en unos cuantos años tomó tanto auge, que se vió convertida en una verdadera feria. (1).

Con el aumento de peregrinos se incrementó también en ese tiempo el movimiento comercial; desde entonces, algunos comerciantes decidieron quedarse en el pueblo y establecer en él su negocio; esto dió origen, en parte, a que poco a poco se fuera desarrollando este tipo de negocio que, con los años, llegará a constituir la fuente principal de entradas para la población.

(1) De las romerías de esa época nos dicen las crónicas:

"Acuden al santuario miles de cristianos y es muy de notar cómo vienen hora a pedir un beneficio, hora a agradecer el ya recibido.

Son (dignos) de oir como cuentan haber sido salvados hora de la muerte, hora de la enfermedad grave, hora de algún otro peligro grave; todos cuentan gran diversidad de aflicciones y maravillas.

Todos los que, tristes y afligidos, vienen a pedir, siempre se hallan luego consolados; y los que vienen a agradecer el beneficio ya recibido, siempre se hallan llenos de contento. Y es de ver la gran cantidad de milagros hechos en tan diferentes lugares y personas. Y también es muy de alegrarse ver como todos cuantos vienen a este santuario, ponen gran diligencia en confesar y arrepentirse de sus culpas pasadas, lo que ocasiona gran trabajo a los confesores y gran provecho a las gentes que a él (santuario) acuden.

Y es de notar como vienen tantas gentes a lugar (pueblo) tan incómodo, que ni muchos hospedajes puede tener y sí mucha falta de bastimentos (alimentos), y de todo lo necesario, y así se ven venir de todas partes lejanas de los reynos de Nueva España y Nueva Galicia, sin que sean movidos por otro motivo alguno que por la devoción que tienen dentro a esta Santísima Señora del cielo, y así no reparan en las incomodidades del lugar ni en que vienen a pie muchas leguas, y muchos descalzos, muchos porque así son sus mandas y muchos porque así son pobres, y es de ver como vienen en tropas por los cerros y caminos, y como también se ordenan y visitan este santuario y santo templo y esta milagrosa Imagen en tan grande cantidad que parecen haberse vaciado aquí todos los moradores de la tierra".



El numeroso contingente de peregrinos hizo florecer el comercio sin organización alguna, principalmente donde hoy es la calle de Independencia

Conforme a los deseos de los miembros de la cofradía del Rosario y a la concesión del Ilmo. Sr. Obispo, el año 1670 fue edificado un nuevo templo; era más amplio que el que se había construido en 1650, el tipo de construcción resultó ser casi el mismo, si bien sus líneas arquitectónicas resultaron un tanto más suaves y delicadas, esto se debió, posiblemente, a las muchas sugerencias que para ello les dio el Dgmo. mitrado. Se procuró mejorarlo todo lo posible, toda la madera que se ocupó en el interior fue cuidadosamente seleccionada, sus altares resultaron más amplios y adornados y su mano de obra de mejor calidad, su techo siempre pajizo y su piso de buena madera artísticamente tallada.

Para las fiestas patronales de 1672, se hizo la bendición solemne, que verificó esta vez el Br. y Juez Eclesiástico. D. Nicolás Ramos Ximenes. se colocó a la Patrona en su nuevo trono y en su nuevo altar; este año las fiestas revistieron mayor solemnidad y estuvieron a cargo de todos los cofrades de la Gran Señora.

La Iglesia anterior quedó desde entonces como propiedad de la hermandad, destinada casi exclusivamente al servicio del Hospital, era empleada además para celebrar en ella los cabildos o reuniones de los miembros de dicha sociedad. El templo nuevo quedó ubicado hacia el oriente, a corta distancia (unos cincuenta metros) del anterior.

Con esto, Talpa contaba con tres edificios destinados al culto: la primitiva ermita, que se seguía conservando cuidadosamente, la iglesia llamada de la Cofradía y el nuevo templo de la Santísima Virgen; en esta forma estaba mejor capacitada para recibir un mayor número de peregrinos y romeros.

NOTA: Nos ha parecido interesante e ilustrativa la siguiente nota referente a las postrimerías del siglo XVII, por eso la transcribimos íntegra::

"Para fines del siglo XVII el Gobierno Civil de Nueva Galicia se hallaba en manos de la Audiencia, que a su vez estaba presidida por un Gobernador o Presidente de la misma; para estas fechas fungía como tal el Sr. Lic. D. Antonio Abarca Vidal y Vargas, que tuvo en sus manos las varas de la justicia hasta el 26 de noviembre de 1703 en que murió.

Para el gobierno y organización civil el territorio estaba dividido en corregimientos y alcaldías mayores y menores; Talpa gozaba del título de Alcaldía Menor sujeto y dependiente del corregimiento de Guachinango.

Para la administración eclesiástica el territorio se dividió en parroquias o doctrinas, y ayudas de parroquias a cargo le curas y tenientes de cura.

El gobierno local, en lo civil, se hallaba en Talpa, en manos un alcalde fiscal o Teniente de Alcalde, al que auxiliaban otros miembros que formaban el ayuntamiento; estos cargos se adquirían no por elección popular, ni por designación superior sino por compra, y tenían en quienes los adquirían, duración vitalicia; esto daba origen a innumerables abusos y fomentaba el caciquismo.

Para entonces la población indígena de estas partes, había entrado ya bastante en contacto con la civilización europea que habían importado los colonos, a pesar de ello su grado de cultura era bastante atrazado, eran sólo unos cuantos privilegiados los que sabían leer y escribir, más aún, su aprendizaje era con-

siderado como una profesión o arte, siendo por lo mismo un oficio el de lector o escribiente, el resto de la población permanecía analfabeta e inculta.

Lo difícil de las comunicaciones y la escasez de personal docente, así como también lo alejado de estos pueblos de los grandes centros urbanos, hacía difícil el establecimiento de centros culturales en favor de los naturales. A todo ésto debemos añadir que para entonces no era ni conveniente ni deseable la cultura del indio por parte del europeo.

El incremento cada día mayor en las romerías y el crecido número de visitantes que atraía la milagrosa Imagen, había favorecido el desarrollo del comercio, lo mismo que un relativo intercambio de ideas y conocimientos.

Talpa no tenía entonces sacerdote estable, a pesar de ello vivía una vida religiosa bastante intensa y fervorosa, el párroco y el teniente de cura lo visitaban con frecuencia, y cuando se hallaban ausentes, era la Cofradía de la Sma. Virgen quien se hacía cargo del templo y del culto.

Se tributaba a la Excelsa Patrona un culto que, si no era muy solemne y lleno de magestad y pompa, sí era muy espontáneo y fervoroso, las fiestas eran para todo el pueblo un verdadero acontecimiento. Eran dignas de verse las ofrendas que llevaban los pueblerinos hasta el altar de su Reina y Señora. Como en los buenos tiempos de María Tenanchi, toda clase de flores y de frutos del campo formaban la ofrenda más natural y ordinaria durante todo el año.

El arreglo del templo, del altar y aun de la Sma. Señora, eran casi siempre a gusto y conforme a los deseos de los talpenses de la época, por esta razón casi siempre venían a ser un reflejo de su alma sencilla, rústica e inculta, pero llena de amor y devoción hacia la que veían como su verdadera Madre.

Las preseas de la Santa Patrona eran ya abundantes y de buena calidad, un inventario que carece de fecha, pero que parece fue redactado a principios del siglo XVIII, nos da razón de las siguientes prendas:

"Una cajita de madera argentada con vidriera y chapa en que se guardan algunas joyas del Niño Jesús, que la Smma. Reyna lleva en sus brazos.

En otro cofre se guardan los vasos sagrados, custodias, ajuares, alfombras, espejos que se emplean en la iglesia.

Un ornamento con casulla, dalmáticas y frontal de brocado con cenefas de terciopelo verde, dos de brocado carmesí con cenefas bordadas, este tiene costo (valor) de seiscientos pesos y nueve reales tres cuartos.

Otro cofre de dos varas en donde guardan los frontales de brocado real, de terciopelo, de raso de todos colores, los frontales, dellos algunos muy hermosos y bordados de oro y buen número de casullas, albas y palias.

El cofre que custodia estas joyas es de fina madera forrado de terciopelo verde.

La Smma. Señora y el Niño Jesús tienen siete bestidos completos de telas de gran precio y fina hechura de varios colores y telas de brocado, algunos con valiosa pedrería.

Una joya con un topacio guarnecido de oro que le ponen en su bestido en las fiestas que a Ella se celebran. Una sortija de oro con cuatro diamantes, un bejuquillo muy lindo de ver, todo de oro, una cruz de oro y dos calabazas con cuatro perlas, una joya a manera de losa que se pone en el pecho, tiene varios diamantes con dos rubíes y un zafiro azul; un cetro de plata dorada y uno de oro finamente trabajado; una corona imperial de plata dorada y una de oro fino con perlas; un diamante y tres calabazas que se suspenden en la misma; dos bestidos de ámbar bordados de aljofar y con perlas". Hasta aquí el inventario.

En esa forma el reinado de María Santísima del Rosario se iba extendiendo por todas partes y se iba enseñoreando de todos los corazones.



El contingente de peregrinos y el comercio de artículos de primera necesidad, poblaron pronto estos lugares.



Las peregrinaciones que de diferentes lugares visitan el Santuario de la celestial patrona, llegan jubilosas y contentas.

Típicas danzas han alegrado cada vez con mayor esplendor, las fiestas de la celestial Patrona de Talpa.

CAPITULO OCTAVO

Principios del Siglo XVIII

A PRINCIPIOS del siglo XVIII Talpa continuaba perteneciendo al rico partido de Guachinango, tanto en lo civil, como Alcaldía Menor, como en lo eclesiástico. siendo como era una vicaría, o ayuda de parroquia, como se le llamaba entonces. El párroco, como ya vimos, vivía poco en la cabecera, pues pasaba lo más del año en Mascota con el fin de atender mejor esta parte que también estaba bastante poblada.

Este pueblo continuaba sin saceredote estable, sin embargo. vivía una vida religiosa bastante intensa, los clérigos lo visitaban con alguna frecuencia sobre todo en tiempos de fiestas y romerías.

El 24 de mayo de 1707 tomó las riendas del Obispado tapatío el Ilmo. Sr. D. Diego Camacho y Avila; poco tiempo después anunciaba ya su primera visita pastoral que haría a toda su extensa jurisdicción.

A principios del año 1712 tocó a Talpa recibirlo; como hacía tiempo que no venía algún prelado, fue esta vez ampliamente celebrado por todos los vecinos.

Durante su permanencia en el lugar, visitó S. Ecia. los libros y tomó información sobre los bienes de la cofradía, así como también del Hospital que estaba a su cargo; como todo se encontró en orden, felicitó a sus miembros por lo bien organizado que estaban y por la buena cooperación que prestaban al párroco tanto en sus obras de caridad como de apostolado.

Para estas fechas, la cofradía de la Limpia Concepción se habia convertido en Cofradía de Nuestra Señora del Rosario de Talpa; queriendo los socios contar con la aprobación superior en dicho cambio. aprovecharon la visita del Prelado y solicitaron el cambio de advocación o título para su hermandad, cosa que obtuvieron sin dificultad.

Esta vez el Mitrado reorganizó la asociación, le dió algunas normas para su régimen interior, concedió algunas indulgencias a sus socios y les impartió su paternal bendición.

Concedió también algunas gracias e indulgencias en favor de todos los devotos y peregrinos que visitaran a la Taumaturga Imagen o su templo, ya en fiestas o fuera de ellas.

Durante esta visita pastoral, se hizo notar al Ordinario la conveniencia y aun necesidad que había de dividir el extenso curato de Guachinango, creando el nuevo beneficio curato de Mascota; con esto se podría prestar mejor atención a todos los feligreses.

Su Ilma. tomó nota de aquellas peticiones y sugerencias y parece que llevaba la intención de verificarlo; pero se lo impidió la muerte que lo separó de este mundo andando todavía en su visita pastoral el 19 de Octubre del mismo año, en la ciudad de Zacatecas.

El 19 de Noviembre de 1714 se vio de nuevo plena la sede neogallega, siendo su Pastor el Ilmo. Sr. D. Manuel Mimbela y Morlans, miembro que había sido de la seráfica orden.

Este nuevo Pastor mandó al año siguiente un visitador para que en su nombre se enterara del estado de cosas y de las necesidades espirituales de los fieles de esta comarca montañosa; una vez más, las quejas y sugerencias referentes a la creación del nuevo curato se repitieron ante el representante de S. Ecia.

En esta ocasión parece que el asunto caminó con mejor suerte; pues para fines del año 1720 se iniciaron los trámites para la creación del nuevo curato; pero una vez más la parca vino a impedir que se llevaran a feliz término, pues el 4 de mayo de 1721 pasaba S. Ecia. a mejor vida, quedando por el momento las cosas en suspenso.

Gobernaba en estos años el extenso curato de Guachinango el Sr. Cura Fernández de Lara, uno de los grandes entusiastas de la idea de la mencionada división.

Fue hasta el 13 de agosto de 1722 cuando se expidió el decreto de separación, creándose con esto el nuevo beneficio del curato de Mascota: en ese día "*se despachó título de Cura interino del Curato de Mascota y de Vicario y Juez Eclesiástico al Bachiller D. José Otiz Palomera sin intervención alguna en el curato de Guachinango, también se despachó título de Cura interino de la parroquia de Guachinango al Bachi-*



El Ilmo. Sr. Obispo D. Diego Camacho y Avila hizo patente su amor y devoción a la Sma. Virgen del Rosario en su visita pastoral verificada el año de 1712.

ller D. Mateo Castillón con la misma cláusula: sin intervención ninguna en el curato de Mascota del que ya se había separado".

El párroco anterior, Pbro. D. Jerónimo Fernández de Lara, que había regido la jurisdicción desde el año 1714, adquirió un título real y con ese motivo se retiró a disfrutar de un beneficio más pingüe.

El primer párroco que tuvo Mascota, el Br. D. Joseph Ortiz Palomera, era oriundo del pueblo de Talpa, descendiente de la familia Ortiz Palomera, una de las más antiguas de Talpa, propietaria de la rica y floreciente hacienda de San José (conocida hoy como La Estancia).

El interinato de Mascota se prolongó hasta el año siguiente en que *"en tres de dicho mes (de noviembre de 1723) se le despachó al Bachiller D. Miguel de la Vega título de cura beneficiado del Partido de Mascota en declaración de haberse dividido de él lo que toca a Guachinango como en dicho título se expresa, en forma ordinaria".* (Libro de Gobierno No. 8 de la Curia de Guadalajara, fojas 40 y vuelta).

Desde esta feceha, Talpa dejó de pertenecer al antiguo curato de Guachinango, quedando adscrita al nuevo Partido de Mascota. En lo civil, continuó como antes

El señor Cura De la Vega se distinguió como celoso y ferviente devoto de la Santísima Virgen, con grande entusiasmo se dedicó a or-

ganizar su nuevo curato; inició desde luego la construcción del templo parroquial que fuese ya de materia sólida, para sustituir al pajizo que tenia entonces el pueblo, el cual dedicó desde un principio a la Limpia Concepción de María; dio también mucho realce e importancia al culto y fiestas de la Santísima Virgen de Talpa.

El año 1730 dejó vacante el beneficio, siendo su sucesor el Sr. Cura D. Joachín Eustaquio de Estúniga y Barrios, hombre culto, amante y entusiasta de las bellas letras y del bien decir, de mucho don de gentes y con un amplio sentido de organización.

Tocó a este párroco recibir al quinto Prelado que visitó estas montañas, el Ilmo. Sr. D. Carlos Gómez de Cervantes, quien, caminando a caballo por difíciles y fragosos caminos llegó hasta el humilde santuario de la Virgen del Rosario, en donde fue recibido por los naturales en medio de grandes muestras de adhesión y cariño.

En la visita que practicó a la parte material del templo, notó que, a causa de un sismo que se había registrado a fines del siglo anterior (no conocemos con precisión la fecha en que tuvo lugar) el edificio mostraba algunas cuarteaduras que, si bien no presentaban ningún peligro serio, sí convenía que se hiciesen las reparaciones necesarias.

En el reconocimiento que hizo de la cofradía de la Sma. Virgen y de sus bienes, lo mismo que de sus obras, encontró muy conveniente que se les diera una nueva organización a todo, para lo cual dio amplias facultades e instrucciones al párroco.

Esto fue posible tan sólo hasta el año 1733, en el mes de enero, en que visitó el Sr. Cura la vicaria de Talpa; en esta visita, después de celebrar con toda solemnidad la Epifania del Señor, se dio de lleno a la reorganización de la mencionada hermandad. Para esto, redactó con todo cuidado las constituciones o normas que en adelante la habían de regir y el dia 7 del mismo mes celebró una junta solemne, o plenaria, en la que dio a conocer sus proyectos y puso a libre discusión las dichas reglas.

Ambas fueron examinadas detenidamente y aprobadas por unanimidad por aquella asamblea; su texto es como sigue: (1)

---

(1) Respetamos, hasta donde es posible la ortografía del texto original.

"Constituciones de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario de Tlapa.

El Bachiller D. Juachín Eustaquio de Estúniga y Barrios, Cura por S. Magestad del pueblo y feligresía de Mascota; Vicario, Juez Eclesiástico interino del, por el Ilmo. Sr. D. Carlos Gómez de Cervantes, Catedrático jubilado de decreto de la Real Universidad de México, Dignísimo Obispo de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, Nuevo Reino de Galicia y de León, Provincias de Nayarit, Californias y Coagüila del Consexo de S. Magestad Ima. mi Señor.

Por la autoridad que dió S. Sria. Ilma. pasó al dicho pueblo de Talpa de dicha feligresía, mandó tocar las campanas a cabildo, y hizo juntar en la iglesia a los yndios naturales de dicho pueblo y a los vecinos españoles y de otras calidades que vivían en el valle, a cuia presencia y con uniforme voto y parecer se hicieron las constituciones siguientes:

Constituciones que se han de guardar y observar por los cofrades de la cofradía de Nuestra Señora de Talpa, feligresía de Mascota, que con autoridad de S. Sria. Ilma. de nuevo se erige en siete de enero de mil setecientos treinta y tres años con el uniforme voto y parecer de los yndios naturales de este pueblo y de los vecinos españoles y de otras calidades que están avecindados en el valle de dicho pueblo que al berlas hazer se hayan presentes.

Primeramente ade obcervar que el día ocho de diciembre todos los años se junten todos los cofrades del cabildo que para la elección de mayordomo, diputados y demás oficiales que la dicha cofradía ade hazer con la asistencia del Vicario Juez Eclesiástico y en su defecto, del cura beneficiado de Mascota.

Y es de advertir que esta elección de maiordomo y oficiales y vecinos del pueblo de Talpa como siempre se a hecho sin inobar cosa alguna; a cuio cuidado esté y se encargue de la Iglesia con sus alhajas; la cosa del hospital con la curación de los pobres enfermos, el ganado, la caballada, maízes y demás cosas que pertenecen a dicha cofradía.

2o-Yten, que en dicha ospedería u ospital, haya dos cuartos separados, con sus camas, y uno sea para la curación de los pobres enfermos y otro para las mugeres enfermas a quienes se les da aiuda puntualmente con mantenimientos y regalo necesario, con las medicinas que cómodamente se pueden ayar; para cuia curación y asistencia personal se deve elegir en el cabildo que se ordena en la primera constitución, una yndia o muger agena a toda sospecha.

3o- Yten que en el mismo cabildo de los yndios naturales con la asistencia de los cofrades españoles y demás calidades se elija un vecino español de toda confianza con el título de Diputado a quien se le encomiende el libro que para este fin se hará en que se aciente de su mano, con cuenta y razón, de los cofrades que por su año se fueren asentando y la limosna de los asientos para dar cuenta de ella todos los años por diziembre, cuando la diere el maiordomo.

4o.- Yten. Que para el mantenimiento regalo y curación de los enfermos se haya de echar mano con el parecer del Vicario y Juez Eclesiástico, o del cura beneficiado, del ganado y gallinas para que este efecto se crían y demás bienes de dicha cofradía.

5o.- Yten. Que cada persona de los españoles y demás calidades, esentos los yndios vecinos de Talpa, que quieren asentarse por cofrades de dicha cofradía. an de dar limosna de doze reales en plata, o en cosa que lo balga. Y los Yndios de Talpa concurrirán sólo con cuatro reales de limosna para dicho asiento por cuidar personalmente los ganados y demás bienes de dicha çofradía.

6o.- Yten. Que sea y esté obligada dicha cofradía a mandar decir todos los años doce misas cantadas por los cofrades vivos y difuntos las cuales misas se an de cantar por el Señor Cura beneficiado de Mascota o su lugarteniente por la limosna de cinco pesos cada una en el altar de Nuestra Señora por este orden:

1) Una misa el día dos de febrero, día de la Purificación de Nuestra Señora.

2) Otra el día de la Visitación de Nuestra Señora, cuatro de julio.

3) Otra Misa el día 15 de agosto, día de la Ascención de Nuestra Señora.

4) Otra el día de San Mateo Apostol, 21 de septiembre. en memoria de la renovación de la Ymagen, cuio milagro se verificó en diez y nueve de dicho.

5) Otra la primera dominica de octubre, en que se celebra el Rosario de Nuestra Señora.

6) Otra el día de los desposorios de Señor San José, veintinueve de noviembre.

7) Otra el día de la Concepción de Nuestra Señora, ocho de

diziembre. Y el dia nueve la Misa por todos los Cofrades difuntos con vigilia y responso cantando como siempre se ha acostumbrado.

Las Misas que restan no piden día fijo pero deben decirse cada una de ellas en domingo o día de fiesta de guarda y en cada uno de los meses que no se asignaron a fin de que oigan misa cada mes los vecinos de Talpa y es de advertir que las misas señaladas y no las otras, han de ser con Vísperas, y con procesión.

9- Yten. Que para ayudar a costear las misas de los meses, sea de la obligación del diputado español salir a pedir limosna cada mes por el pueblo y valle de Talpa y dar cuenta deste renglón cada año.

10- Yten. Que en el mismo cabildo de los Yndios se nombre uno dellos fidedigo a quien, con licencia de S. Ilma. se le encomiende que salga con la Ymagen peregrina de Nuestra Señora a demandar por este obispado, llevando consigo un tanto de estas constituciones, sacado a la letra por el Juez Eclesiástico o el Cura beneficiado, para que con este aliento se asienten y lleve un cuadernito en que se asienten las personas que entraren en esta cofradía el cual esté obligado a poner la limosna que recogiere, con la de los asientos, en poder del diputado español, para que con sus recibos satisfaga a la cuenta que a de dar al cabildo cada año.

Las cuales (constituciones) leídas y entendidas que les fueron por su Merced, respondieron todos a una voz estar echas a su gusto y parecer: en cuia virtud mandó dicho Señor Cura que las dichas constituciones se remitiesen a la ciudad de Guadalajara, para que S. Sría: Ilma. siendo servido y no teniendo que objetar las aprobase.

Y para que conste las firmó S. Merced con algunos cofrades españoles y yndios, ante mí notario nombrado.

Br. Juachín Eustaquio de Estúniga y Barrios; Pedro Ruiz de Contreras, notario nombrado; Alcalde, Bentura García. Regidor, Juan Manuel; Maiordomo, Juan Diego. Escribano, Domingo Pascual. Pedro Angel, Juan Arellano, Antonio Calletano de Ortega, Antonio José Celedonio". Hasta aquí el texto.

Después de haber sido discutidas, aprobadas y firmadas las anteriores reglas por los que presentes se hallaron, fueron remitidas a la Sagrada Mitra de Guadalajara, en donde fueron revisadas y encontrándose en regla, se les dio la aprobación, bendición y se les concedieron al-

gunas indulgencias para aquellos que las guardasen con fidelidad, como consta con el siguiente rescripto:

"En la Ciudad de Guadalajara a veinte y ocho días del mes de febrero de mil setesientos treinta y tres años, el Señor don Pedro Padilla y Cordoba, abogado de la Real Audiencia de México, Examinador sinodal, Cura y Rector de la del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, Juez Provisor, Vicario General de este Obispado de la Nueva Galicia y las Provincias de Nayarit, California, Coagüila y Texas y Subgobernador por enfermedad de S. Sría. Ilma. el Obispo de este Obispado mi Señor:

Habiendo visto estas ocho constituciones que remite hechas a S. Sría Ilma. el Cura beneficiado del pueblo y feligresía de Mascota Vicario y Juez Interino con ella, para el gobierno de la Cofradía que nuevamente se erige con título y advocación de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, en la Iglesia de Talpa, de dicha feligresía de Mascota, hechas ante dicho Cura y Juez Eclesiástico interino, por los yndios naturales de dicho pueblo y los vecinos españoles y otras calidades que viven en el valle de dicho pueblo y que se aprueben por S. Sría. Ilma.

No teniendo que quitar enmendar o corregir y lo que sobre ellas ver convino dixo: que erigía y que S. Sría. Ilma. erigió la mensionada cofradía con título y adovación de Nuestra Señora del Rosario de Talpa en la dicha Iglesia de Nuestra Señora de Talpa, feligresía de Mascota y los bienes que al presente tiene y en adelante tuviere en espirituales sujetándolos a la jurisdicción eclesiástica, y admitía y admitió, para su gobierno, a las dichas constituciones y aprobada y aprobó y mandaba y mandó se gobierne con ellas la dicha cofradía y para ello se ponga con este auto original al principio del libro que ha de tener a su cargo el Diputado que en conformidad con la cuarta de dichas constituciones se ha de elegir para los efectos que en ellas se expresan, quedando razón en el gobierno de este Obispado, reservando, como S. Sría. Ilma. reservó al Señor Obispo de este Obispado y a sus Sucesores al añadir o quitar de dichas constituciones lo que se le pareciere conveniente y con declaración de que para los gastos extraordinarios que se ofrecieren de dicha cofradía, que pasan de veinte pesos, ade proceder licencia inscripta de S. Sría. Ilma. el Obispo mi Señor, su Provisor o Vicario General, con informe del Cura o Vicario que fuere de dicha feligresía y el actual haga saber a dichos cofrades, así hombres como mugeres, se les concede

por S. Sría. Ilma. el Obispo mi Señor, cuarenta días de yndulgencias para cada vez que exercitaren cualquier cosa de las contenidas en dichas constituciones o hicieren cualquier acto de piedad con los enfermos del Hospital de la Cofradía.

Así lo probelló, mandó y firmó.
Dr. Pedro Padilla.

Ante mí. Pedro Angel Martínez.
Notario Nombrado.

Desde esta fecha, la hermandad se consideró canónicamente erigida, pues si desde muchos años antes contaba con la aprobación de los Ilmos. Señores Obispos, nunca se había hecho la redacción y aprobación de sus constituciones y reglas en una forma tan explícita como ahora

El celo ardiente de aquel párroco la llevó a un gran florecimiento material y espiritual, con lo que pronto estará capacitada para llevar a cabo obras tan difíciles como la construcción de un nuevo santuario.

El año 1731 fue, este insigne párroco, testigo presencial de una de tantas pruebas que Nuestra Señora del Rosario ha dado para testificar su poder y el amor que tienen a sus hijos.

Se hallaba el Sr. Cura en Talpa con motivo de las fiestas de septiembre del año 1731, (no hemos podido concretar la fecha de este fenómeno, pero ciertamente fue en los días del novenario que precedió a la festividad conmemorativa de la renovación).

El recuerdo de aquel siniestro quedó grabado de manera indeleble en la memoria de cuantos lo presenciaron. Según las noticias que tenemos de él y expuesto por su cronista en forma un tanto literaria, tuvo lugar en la siguiente forma:

"El día había transcurrido bajo un cielo azul, tan limpio y despejado, que el encontrar una tenue nubecilla habría resultado una tarea harto difícil.

El ambiente presentaba un rico colorido, diríase que había llegado a su máxima expresión de esplendor y de belleza; una policromía singular parecía diluirse en matices y graduaciones cromáticas, capaces de superar la paleta más rica y privilegiada del artista.

Aquel amanecer fue de maravilla: las sombras se alejaron fugitivas y una claridad difusa se extendió por todas partes, todo empezó a lucir con brillos nuevos; el ambiente tomó un aspecto corpóreo bajo el influjo de la variedad de colores que reflejaba la riqueza infinita de flores campiranas.

Voló con ansiedad el sol hacia el zénit, durante muchas horas el calor fue sofocante, a pocó sucedió un tiempo de clima confortable debido, sobre todo, a un viento suave que acariciaba blandamente el rostro de los talpenses.

Cuando el día llegaba a su fin y el sol con sus postreros rayos hacía visibles los más pequeños detalles en el horizonte lejano, el atardecer emprendía la fuga para dar lugar a que la noche silenciosa lo envolviera todo con su oscura presencia, el silencio y la tranquilidad del crepúsculo fueron llenándolo todo.

El viento de la tarde, embalsamado por un hálito delicioso que viene del campo, invitaba a gozar de aquel delicioso espectáculo. Todos hubieran querido contemplar maravillados al sol, que envuelto en su ropaje de oro y púrpura, se iba hundiendo tras la colina, que dibujaba su gentil silueta bañada en un mar de luz en el horizonte lejano.

La luna apareció en el firmamento y emprendió su marcha por los espacios infinitos señalando a su paso un camino de plata, gustaba contemplarla llena de magestad entre un coro de estrellas lanzar sus rayos de plata que, cual veloces saetas, atravesaban el follaje de los bosques.

De pronto, en forma inesperada, apareció a lo lejos, cual si fuese un aborto de las azules montañas, una densa y oscura nubecilla.

De manera imperiosa aquella nube de color plomizo, de figura fusiforme y de marcados perfiles dorados todavía por los postreros rayos de un sol agonizante, fue poco a poco elevándose, a la vez que abarcaba el anchuroso horizonte, cual si fuese una hueste poderosa que tratara de apoderarse de la tierra y de los vientos.

Mientras tanto, el apacible y silencioso pueblo de la Virgen del Rosario, entre silvidos y alegres cantares, volvía tranquilo de sus campestres labores a disfrutar la paz confortable del descanso nocturno.

No tardó aquella nube en devorar la luna; las tinieblas avanzaron presurosas envolviéndolo todo, la noche se presentó en seguida negra

y tenebrosa cual oscura caverna. Las densas sombras convirtieron la comarca en un lugar imponente y silencioso como un camposanto.

Como en esos días el pueblo celebraba el novenario de la fiesta ofrecida a su Excelsa Patrona, el santuario no cerró sus puertas a temprana hora, como acostumbraba hacerlo de ordinario.

Ese día, como todos los que procedieron o la gran festividad, los talpenses gozaron al iluminar el interior y el exterior de sus habitaciones "con trozos de ocote, con teas impregnadas de resinas, o, finalmente, con cacharros provistos de grasas de origen animal"; a todo esto acompañaba el desfile de tradicionales luminarias que nunca faltaban en esos alegres días.

Cuando creyó el Sr. Cura que ya sus feligreses habían saboreado el postrer bocado de su apetitosa cena, ordenó que aquellas históricas campanas llenas de recuerdos y testigos silenciosos de grandes maravillas, con sus lenguas de bronce y sus bellas gargantas ladinas y sonoras, convocaran al pueblo, a fin de que todos los lugareños acudieran al templo a rezar el rosario y la novena, y a escuchar el sermón.

Pronto aquella nave acogedora de la casa materna se vió llena de cristianos, que con gran alegría y devoción rodeaban el trono de la Madre Común.

Ya empezaban a desgranarse las negras y redondas cuentas del rosario en las manos blancas y corpulentas del sacerdote, cuando, instantáneamente, el cielo sacudió bruscamente los vientos con un trueno ensordecesor. Para esta hora aquella nubecilla, poco ha insignificante, había invadido el cielo que aparecía cubierto por densos nubarrones.

Aquel terrible trueno se repitió varias veces y, a pocos instantes, una ráfaga de viento silvó entre los largueros que sostenían la pajiza techumbre de la iglesia.

En forma casi simultánea se hicieron sentir en el pavimento de la calle gruesas gotas de agua, que bajaban elásticas del cielo.

Aquella noche sin luna, enlutada y llorosa como viuda inconsolable, había sembrado el pavor en todos los corazones.

De lejos, entre la oscuridad, aquel poco visible caserío, semejaba bloques de pesados y gigantescos monumentos sepulcrales, y sus palpitantes luces, temerosas lamparillas de tumba.

Fuera de la iglesia se había quedado mucha gente, de ella casi toda regresó corriendo a sus hogares, siendo unos cuantos los que pugnaron por entrar a protegerse en el recinto sagrado; mientras tanto, la oración colectiva de aquel pueblo, seguía subiendo hasta el trono del Señor.

Todo fue cuestión de minutos, mejor sería decir, de segundos; el viento se convirtió pronto en huracán y emepezó a soplar cada vez con mayor furia, aquellas cuantas gotas de agua se convirtieron en tempestad intensa de agua y granizo; los furiosos rayos lo estremecían a cada instante, y el vívido relámpago, con su luz amarillenta, sólo hacía más pavoroso el momento.

Las gentes asustadas llevaban sus manos hacia el rostro, para que las limpias niñas de sus ojos no se atemorizaran contemplando aquel cuadro aterrador.

El peligro crecía a cada instante; el terrible huracán, corriendo a velocidades vertiginosas, arrancaba de cuajo añosos y corpulentos árboles y, a su paso por los indefensos edificios, bramaba como una fiera enfurecida; diríase que rabioso deseaba destruirlo todo; la tempestad arreciaba por momentos en tal forma que el cielo semejaba un mar que se volcara sobre el mundo en impetuosas y torrenciales cataratas como un segundo diluvio, y los constantes rayos que bajaban del cielo, creaban un ensordecesor ambiente, saturándolo todo de un olor acre y penetrante.

El histórico santuario, como una madre que tratara de ocultar y defender a sus pequeños que peligran gravemente, cerró sus puertas, ya que en otra forma se hacía imposible mantener viva la vacilante luz que, ardiendo en los cacharros, iluminaba tenuemente la casa del Señor.

Mientras tanto, el huracán seguía soplando cada vez con mayor intensidad, y el aguacero fuertemente impregnado de granizo, se hacía a cada instante más intenso.

Las amplias calles del pueblo pronto se convirtieron en verdaderos ríos, y el cementerio, que rodeaba la iglesia, comenzó a inundarse; la fugitiva luz de los relámpagos permitía ver de cuando en cuando, las silenciosas tumbas como flotando en un inmenso lago.

Las lúgubres campanas, colgadas en lo alto, dejaban oír de cuando en cuando sus débiles llamadas al ser bruscamente sacudidas por el viento.

De pronto la paz y la serenidad empezaron a perderse en el interior del templo; algunas de las personas que allí estaban, pugnaban por salir; mas el sacerdote, con voz amable pero enérgica, ordenó que a nadie se abriese las puertas, pues quien se aventurase a salir a la calle, se encontraría con una muerte casi segura.

Mas, como viera el presbítero que el temor, la desconfianza, el terror y el pánico empezaban a apoderarse de aquellas gentes campiranas, suspendió unos instantes el rezo del rosario para dirigirles unas cuantas palabras de confianza con el fin de tranquilizarlos y llenarlos de esperanza; pero apenas se empezó a oír la voz entrecortada por la emoción de aquel ministro, varios de los presentes rompieron a llorar y, en breve, aquel recinto quedó convertido en un lugar de llanto.

De allá, del fondo de la iglesia, surgió una voz que clamaba la más fuerte y dolorosa; era la voz de una madre que, abriéndose paso por la fuerza con los hombros y los codos por entre aquella apiñada muchedumbre, pugnaba por llegar hasta el Ministro del Señor.

Por fin logró acercarse al párroco, se llegó hasta sus plantas, y postrándose de hinojos, clamaba con voz desgarradora:

—Padre, padre, en mi casa está mi madre, que es ya muy viejecita, y están también mis hijitas; se van a ahogar, se van a morir; padre, padre, por el amor de Dios, ya no las voy a ver, por el amor de Dios!—

Y en medio de un llanto desgarrador, repetía a cada instante, con voz que penetraba el alma como cortante espada de dos filos, aquella frase taladrante.

La figura de aquella madre dolorosa aparecía como la de una pueblerina: sus pies descalzos, ásperos y sucios por el lodo de las calles; su ropa pobre, sencilla pero limpia; la piel de su rostro aparecía tostada por los vientos y los rayos del sol, y en su semblante se dibujaba el inmenso dolor que torturaba su alma; por toca llevaba un humilde rebozo ya raído por el uso, con él enjugaba sus abundantes lágrimas.

Mientras tanto, allá fuera de aquel recinto de dolor y de temor, el espectáculo que presentaba la naturaleza era verdaderamente indescriptible, tenía matices marcadamente dantescos. El cielo continuaba cargado con densos nubarrones y aparecía cubierto de un color negro plomizo, y la atmósfera presentaba un aspecto irresistible.

El viento continuaba huracanado y sus constantes ráfagas se arremolinaban en torno a las casas humildes e indefensas, como si quisiera arrancarlas de cimiento y lanzarlas furioso al espacio infinito; de cuando en cuando se dejaba oír el doloroso lamento de los árboles, a los que desgajaba ramas para estrellarlas a distancia y convertirlas en añicos; el aguacero continuaba tan intenso que se antojaba potente catarata venida del cielo, el fragor de las aguas enlodadas, que corrían espumosas por las calles devastadas, hacía a cada instante más peligrosos los edificios que empezaban a desplomarse.

Los ensordecedores rayos, cada vez más frecuentes, estremecían la tierra, y la luz deslumbrante del relámpago perfilaba la angustia en los rostros de los pobres moradores de esta tierra; un poco más lejano, el río semejaba un mar embravecido.

Fuera de la iglesia, en todas las calles que la rodeaban, era imposible encontrar una pequeña porción de tierra, todo se hallaba inundado por las aguas, el templo y las casas semejaban barcos flotantes en el agua, y el pueblo parecía fincado sobre una extensa laguna.

Las calles ondulantes y tortuosas, llenas de escombros y de agua sucia, se habían convertido en senderos resbaladizos y traicioneros.

Los minutos parecían siglos, el corazón del sacerdote se estrechaba en el pecho, y padecía congoja al pensar en las personas que se habían quedado en sus hogares, perecerían ahogadas, morirían de frío, acabarían con sus vidas las paredes de las casas que caían por tierra; ¡Cuántas cosas pasaron en ese instante por la mente de aquel virtuoso sacerdote! Mientras tanto, los que le rodeaban seguían viviendo momentos de angustia e incertidumbre.

—¡Padre, moriremos esta noche, confiésenos padre, queremos ir al cielo!—

Otros clamaban pidiendo misericordia, y las mejillas de todos aparecían surcadas por las lágrimas. La angustia y el temor aumentaban a medida que el peligro parecía más inminente.

Llegó un momento en que no fue posible más, las aguas que rodeaban las paredes de la iglesia habían subido ya casi una vara y empezaban a inundar el interior, no había ya manera de contenerlas.

El pecho del afligido cura se había inflamado y en su garganta se había hecho un nudo, no podía hablar, sólo lloraba de rodillas; diría-

se que todo el dolor de sus hijos se había acumulado en su corazón de padre.

De pronto pareció reanimarlo un pensamiento; se incorporó rápidamente, subió presuroso hasta el trono de la Santísima Señora, la tomó entre sus manos, la estrechó contra su corazón, la llevó consigo hasta la mesa del altar y, colocándola allí, le imprimió un beso en la frente a la vez que le decía con voz entrecortada por el llanto:

—¡Madre, madre, somos tu hijos, Tú sabes lo que haces con nosotros!—

Y ordenó que abrieran luego de par en par las puertas de la iglesia.

Cayó en seguida de hinojos ante la taumaturga imagen, juntó sus manos sobre el pecho, inclinó su frente y dió libertad al llanto que lo ahogaba. Todos los demás cayeron silenciosos de rodillas.

Desde ese instante apareció la calma, el viento empezó a tranquilizarse y la tormenta a disminuir. Minutos después la calma se había restablecido. Todo había terminado.

Como las calles inundadas y llenas de escombros presentaban serios peligros, hubo de esperar que calmaran un poco las fuertes corrientes. Una vez que desapareció el peligro empezaron todos los ocupantes del templo a retornar a sus hogares; era ya el alba del nuevo día.

El señor cura salió también para enterarse de lo que había ocurrido en el pueblo; para ver si había víctimas que necesitaran el auxilio.

Con gran consuelo de su alma vió que no se había registrado des gracia alguna personal; varias habitaciones habían quedado en ruinas, pero sus moradores se habían salvado. Una de esas casas fue la de aquella madre que clamaba en la iglesia; la catástrofe arrancó las paredes donde se hallaba pendiente la cuna de su hijita pequeña, su anciana madre fue encontrada ilesa, sentada entre los escombros de la casa destruida, con la niña pequeña entre sus brazos y la más grandecita sentada a su lado, tenían las ropas unidas a sus cuerpos que tiritaban de frío. ¡Nadie había muerto!

Así salvó la Santísima Virgen a su pueblo de tan grave peligro".

La tarde del día siguiente fue dedicada exclusivamente por los lugareños a tributar un homenaje de acción de gracias a su celestial Patrona, por haberlos salvado de tan grave peligro.

Años más tarde, en 1735, se hizo sentir de nuevo de una manera notable la protección maternal de la Santísima Virgen sobre sus hijos y devotos; este año azotó una vez más a la Nueva Galicia la terrible peste que años atrás había diezmado a la población.

La mortal enfermedad se manifestaba con "un calosfrío, un fuerte dolor de cabeza y de estómago, ardiente calentura y hemorragia nasal" —los naturales le llamaban "Matlazahuatl"—.

Los infelices atacados por la fatal epidemia se veían luego víctimas de la muerte; era notable que dicha peste azotaba casi exclusivamente a los indios, haciendo muy pocas víctimas entre los europeos.

Los pueblos de Talpa y Mascota, en compañía de todos los circunvecinos, se reunieron alrededor de la Milagrosa Virgencita, se organizó en seguida una solemne peregrinación de rogativa y penitencia por todas las calles de la población, saliendo en seguida para Mascota, en donde fue (la Patrona) objeto de pomposa recepción y una solemne fiesta.

El resultado de tantas oraciones y penitencias no se hizo esperar, pues si es cierto que la peste azotó esta comarca, estuvo muy lejos de causar entre sus habitantes los terribles estragos que originó en otras partes; además, cesaron las víctimas tan luego como se hizo la rogativa.

Con todos estos milagros y otros muchos que hacía en distintas partes, la Celestial Señora iba ganando más y más adeptos, siendo también cada día más y más conocida.

Siendo muy sentido de toda esta jurisdiccion, dejó de existir el Insigne Párroco Estúniga y Barrios. Llenó la vacante, en calidad de interino, el Pbro. Joseph de la Garza y Falcón; todos estos años fue vicario, o Teniente de Cura, el Pbro. D. Joseph Caro y Galindo. Al año siguiente recibió el beneficio, como Cura Propio, le Br. D. Javier Venites Coronel.

Durante la regencia de este pastor, se hicieron algunas mejoras al templo de la Santísima Virgen del Rosario y se renovaron las pinturas de las paredes, a la vez que se hicieron algunas compras de objetos para la Santa Imagen y para el culto divino.

Parece que este celoso clérigo abrigaba ya el proyecto de una reforma general del templo, sobre todo, previendo que ya se acercaba el primer centenario de la milagrosa renovación de la Patrona del pueblo;

La parca vino a segar tan loables propósitos, pues el deceso del Sr. Cura tuvo lugar el año de 1742, siendo nombrado para sucederle el Pbro. D. Juan Bautista Farías, quien tomó posesión del beneficio a fines del mismo año.

El año de 1745 emprendió este celoso sacerdote una información amplia acerca de los milagros obrados por mediación de la Santísima Señora, en su advocación del Rosario de Talpa. La Auténtica, así como algunos otros documentos escritos y el testimonio jurado de personas prudentes y fidedignas, fueron sus fuentes principales.

Se logró reunir un buen número de narraciones de milagros, de las cuales algunas fueron utilizadas por Fray Francisco Solano de León, de la Seráfica Orden, que las empleó como ejemplos en la novena que ese año escribió en honor de la querida Virgencita. Es esta la novena más antigua que se conoce.



El amor y la devoción a la Sma. Virgen en su advocación del Smo. Rosario, fue uno de los más caros anhelos del Ilmo. Sr. D. Juan Leandro Gómez de Parada y M.

A la sazón, gobernaba la Sede Tapatía el Ilmo. Sr. D. Juan Leandro Gómez de Parada y Mendoza, que había iniciado su regencia el 26 de octubre de 1736.

Parece lo más probable que este insigne Prelado visitó el pueblo de Talpa en 1740, pues algunos documentos así parecen demostrarlo, pero no he podido encontrar ningún dato concreto sobre este punto.

Ciertamente, practicó su visita en el mes de febrero de 1744, siendo recibido en Talpa el día 12, como a las seis de la tarde, por el Cura beneficiado de esta feligresía y la casi totalidad de sus habitantes, quienes dieron a su Pastor las más palpables muestras de amor y generosidad.

Como todos sus antecesores, visitó este Prelado todo lo referente a la administración parroquial, pidió amplios informes acerca de la milagrosa Imagen, su culto y sus milagros, lo mismo que también de la cofradía erigida en su honor (1)

En el reconocimiento que hizo a la parte material del templo, encontró que el techo pajizo no prestaba la suficiente seguridad, por lo que dejó asentado en el auto de visita: "*También mando que dicho cura beneficiado y Vicario, con la expresada cantidad que le sobra de esta cofradía, procure cuanto antes reparar la Iglesia de Talpa y techarla toda de Texa (teja) para la mayor permanencia y seguridad de goteras*".

Como ya estaba tan cerca la fecha en que habría de celebrarse el primer centenario de la renovación milagrosa de la Imagen, S. Sría. se dignó consagrar una campana que los miembros de la Cofradía de Ntra. Sra. del Rosario habían adquirido (no poseemos ningún dato sobre el peso y las dimensiones de dicha campana); bendijo además un juego completo de ropa que la Patrona habría de estrenar el próximo 19 de septiembre, y, por último, concedió 40 días de indulgencia a quienes rezasen un padrenuestro, un avemaría y una salve ante la Imagen de la Virgen del Rosario.

(1) Fue esta la primera oportunidad, por lo menos que nosotros sepamos, en que se pidió en forma oficial un clérigo estable en Talpa, de ello tenemos la siguiente noticia:

"Los miembros de la hermandad (de la Santísima Virgen del Rosario), aprovecharon esta circunstancia para solicitar de S. Ilma. la concesión de un clérigo para el pueblo, que tanto lo necesitaba, sobre todo para que atendiera el culto de la Santísima Virgen, que para entonces contaba ya con muchos millares de peregrinos que venían a visitarla todos los años.

El Prelado los escuchó amablemente, los consoló, les hizo notar la pobreza del clero en el obispado y les prometió tenerlos en cuenta, en su muy justa petición, para cuando la situación mejorase un poco".

Después de todo esto. *"visitó S. Ilma. el cementerio, que era entonces el atrio del templo y encontró que algunas de las paredes que lo circundan amenazan ruina"*, todo lo demás lo halló aseado y en debida forma.

Tocó también al Ordinario en esta ocasión, conceder la debida aprobación a una novena que en honor de Nuestra Señora de Talpa había escrito el año anterior un sacerdote Religioso de la Orden de San Francisco. El párroco solicitó dicha aprobación *"para que con ella (con la novena) más se extienda el culto y venr ·ación de esta gran Señora y para mayor consuelo y fe de sus devotos"*. La aprobación se concedió en seguida sin dificultad.

Confirió, por último, el Mitrado, el Sacramento de la Confirmación a gran número de personas y salió en prosecución de su pastoral visita.

En cumplimiento a la orden superior, el párroco aprovechó el resto del temporal de las secas para sustituir el techo pajizo del templo por otro nuevo, de rojas tejas, que viniera a prestar mayor seguridad al edificio.

En el mes de septiembre tuvieron lugar las solemnes fiestas con que se conmemoraba el primer centenario de la renovación milagrosa. Tanto las abundantes lluvias, como los torrenciales ríos y arroyos, así como también la falta de vías de comunicación, impidieron que estuvieran muy concurridas, pero no que fuesen menos solemnes; sabemos que estuvieron precedidas de un solemne novenario y que se prolongaron hasta el día 23, en que se recordó la primera festividad celebrada en loor de la Taumaturga Imagen, por el Bachiller Pedro Rubio Félix.

Los cronistas de la época no nos legaron una extensa relación de dichas fiestas, por eso no las conocemos detalladamente.

Muy poco tiempo duraron las reformas que se hicieron a la Iglesia en 1744, pues un lustro después, o sea para fines de 1749 un nuevo sismo conmovió la tierra. Aunque los daños que sufrió el edificio no fueron tan graves que lo pusieran en serio peligro, sí fueron de alguna consideración, pues algunas paredes resultaron cuarteadas, por lo que se les consideró desde entonces un tanto peligrosas.

El año 1750 fue verdaderamente notable por el crecido número de peregrinos que visitó a la virgencita de Talpa; creo que esto se debió, en parte, al fervor que despertó en toda la cristiandad el año jubilar que para entonces declaró Su Santidad Benedicto XIV.

Al año siguiente quedaron acéfalas, tanto la Sede Episcopal de Guadalajara como toda esta feligresía, por muerte de sus respectivos pastores.

Así transcurrió la primera mitad del siglo que historiamos.



Una de las calles típicas del pueblo de la Sma. Virgen del Rosario.

CAPITULO NOVENO

Se inicia la Construcción de un Nuevo Santuario

LA GREY novogalaica careció de pastor hasta el 23 de junio de 1752 en que fue nombrado para regirla un hijo de la orden del pobrecillo de Asís: Fray Francisco de Buenaventura Martínez de Tejeda Díaz de Velasco.

Al año siguiente cubrió este Prelado la vacante de Mascota, otorgando el nombramiento de Cura beneficiado al Pbro. D. José Dávila Villavicencio.

A este párroco tocó terminar el templo parroquial de Mascota, iniciado desde el año 1723 por el Sr. Cura De la Vega.

Desde su llegada a dicho curato se dedicó plenamente a su obra, logrando que en unos pocos meses estuviera en condiciones de ser bendecido y puesto en uso.

Cuando vio que ya la obra tocaba a su fin, tuvo la idea de invitar al Prelado para que hiciera la bendición con toda solemnidad y pompa, para lo cual se dirigió con este asunto a la Sagrada Mitra, quien le contestó que, como S. Ecia. tenía proyectada su visita pastoral a esas parroquias y que, por tal motivo, en breve estaría en Mascota, se podría esperar y que entonces se daría satisfacción a sus deseos.

Así fue en realidad, pues para los primeros días del mes de octubre de 1755, el pueblo de Mascota recibía, lleno de júbilo, a su amado Pastor.

Con el fin de dar mayor realce a las fiestas llamadas de la Dedicación del Templo parroquial, el Sr. Cura organizó una solemnísima peregrinación en la que fue conducida lo Patrona de Talpa al vecino

pueblo de Mascota; iba en calidad de Madrina de las fiestas y del templo nuevo (1)

Las fiestas resultaron llenas de esplendor y lucidez, siendo varios los millares de peregrinos que vinieron de todos los alrededores a visitar la nueva casa del Señor y a la Virgen Santísima. Toda la primera decena del mes de octubre fue de fiestas; no he podido concretar la fecha en que tuvo lugar la bendición solemne del edificio, pero fue durante esos días.

Fue en Mascota donde se enteró S. Ilma. del amor y la devoción tan grandes que le tenían en toda la región a la Virgencita de Talpa, y fue allí también donde oyó narrar muchas de sus grandezas y maravillas.

Por espacio de tres días permaneció la Taumaturga Señora en el nuevo templo, después de los cuales fue de nuevo traída a su pueblo en medio de grandes pruebas de amor que resultaron una verdadera apoteosis. Que nosotros sepamos, fue esta la última vez que la Virgen de Talpa salió fuera de su pueblo, pues entonces dio la orden el Prelado de que, en adelante, no se sacaría sino con permiso expreso de la Sagrada Mitra, pedido para cada caso.

Al ver la fe y la devoción tan grandes que tantos fieles profesaban a aquella Virgencita, pensó S. Ilma. que debía ser grande y hermoso su templo y que habría de recibir un culto digno de Ella; pero, al visitar su santuario, se enteró de todo lo contrario, como a su tiempo se verá.

El día doce del mismo mes dejó el Mitrado el pueblo de Mascota para dirigirse a Talpa; como es tan importante este auto de visita, prefiero transcribirlo. A la letra, dice:

"En doce de octubre de 1755 como a las tres y media de la tarde S. S. Ilma. en prosecución de su visita salió del pueblo de Mascota con toda su familia y acompañado de dicho Cura Vicario y Juez Eclesiástico y demás vecinos y como a las seis treinta de la misma tarde llegó al pueblo de Nuestra Señora de Talpa, que dista del de Mascota cin-

(1) Sobre esto conservamos la siguiente nota:

"Oportunamente los priostes prepararon unas andas, en las que se forjó un altar lo más hermoso y elegante que fue posible; se procuró proteger a la Santísima Señora, tanto del sol como del polvo y demás inclemencias del tiempo".

co leguas y en la puerta de la Iglesia fue recibido con la solemnidad que previene el Ritual Romano, por dicho Cura y Vicario y habiendo entrado adelante y hecho oración dió la bendición al pueblo y se retiró a la casa que le tenían preparada para que se hospedase.

Y al siguiente día como a las 6 de la mañana, pasó S. S. Ilma. a la dicha Iglesia y después de haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, visitó el altar mayor en donde está colocada en su vidriera la Santísima Virgen Nuestra Señora del Rosario con el título de Talpa y así mismo los demás altares que hay en dicha iglesia y habiéndolos hallado con la debida decencia y conveniente (estado) concedió cuarenta días de indulgencia a las personas que devotamente rezaren una salve delante de la Santa Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

Visitó así mismo la sacristía de dicha iglesia, con toda su plata labrada, lámparas, ornamentos y demás alhajas que ai en ella para el adorno de la Santisima Señora y halló tener todo lo necesario para su culto en conveniente forma y mandó S. S. Ilma. que dicho cura y vicario queme y consuma todos los ornamentos que hubiere viejos e inservibles y que se haga un ornamento blanco entero para que sirva en las festividades de la Santísima Señora, lo más decente que se pueda y que así mismo se compre un libro de a folio, forrado de badana o pergamino y en él se ponga un inventario formal de todos los bienes pertenecientes a Nuestra Señora, asentando alhajas de plata, con expresión de peso de cada una de ellas, los ornamentos por el orden de sus colores, aparte la ropa blanca, así de los demás bienes, con la separación, claridad y distinción que corresponde para evitar confusiones y que en todo tiempo conste. Y en las misma conformidad ordena S. S. Ilma. que dicho cura y vicario mande hacer y ponga un cepo de madera bien condicionado inmediato a la primera grada del altar maior, con dos llaves y guardas distintos de las cuales se servirá una en su poder y la otra entregará al diputado español que tiene nombrado este pueblo, para que en dicho cepo se junten y recojan las limosnas que ofrece la común devoción de los fieles a Nuestra Señora y que cada uno o dos meses se reconozca y saque lo que hubiere juntado, con cuenta y razón para distribuirlo y gastarlo con la misma en hacer algo que queda mandado y demás que fuere conducente al culto de Nuestra Señora, con la declaración de que si ofreciere algún bienhechor alguna limosna considerable de reales, plata u oro, no se haya de gastar en cosa de mayor o menor entidad y aunque sea para

el mismo servicio de Nuestra Señora, sin noticia y expresa licencia de S. S. Ilma. sopena de que no se pasará lo que así se hiciere e irremisiblemente exivieren la importancia.

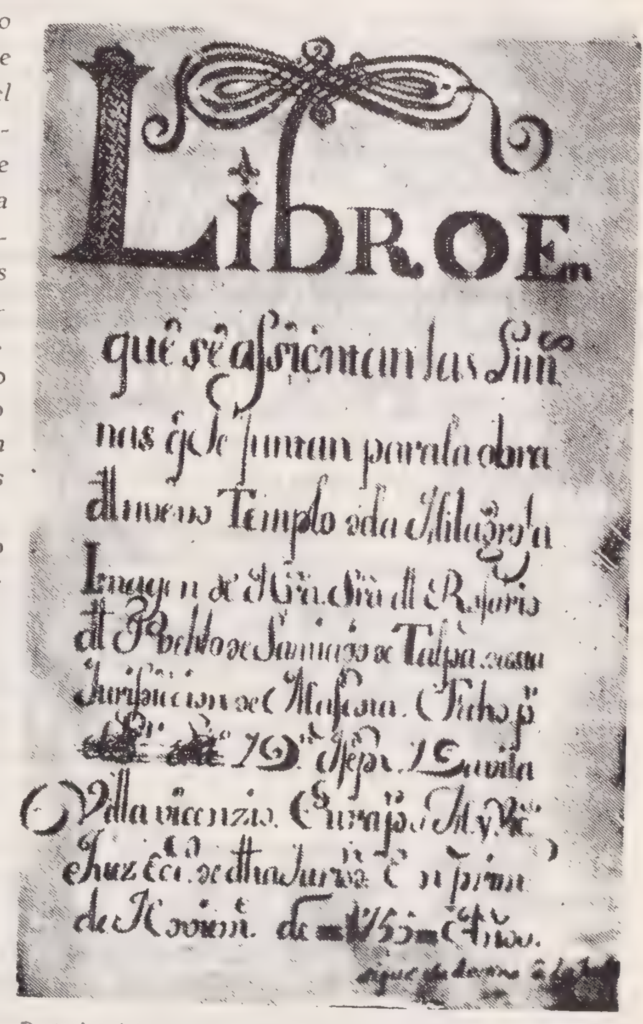
Por cuanto ha considerado S. Sría. Ilma. ser de servicio congruo y conveniente el que en este pueblo recida con permanencia de estancia un ministro eclesiástico para mayor cuidado y culto de Nuestra Señora y la mejor y más pronta administración de los Sacramentos y habiendo propuesto a los vecinos vinieron muy gustosos en ello por el beneficio espiritual que resultaba y ofrecieron contribuir anualmente con la cantidad de dos cientos pesos en cada año para la manutención de dicho ministro, ofreciendo así mismo el dicho cura beneficiado que por su parte contribuiría con cincuenta pesos en cada año para la manutención de dicho ministro por que le cuide el templo de Nuestra Señora y le ayude a la administración en lo perteneciente a este pueblo y lugares vecinos a él, por tanto aprobando, como desde luego aprueba S. Sría. Ilma. la referida obligación.

Declaraba mandar y mandó que dicho Cura y Vicario y Juez Eclesiástico, sin demora ni dilación alguna solicite dicho ministro eclesiástico para que como su teniente asista en este pueblo, cuide de la Iglesia y del culto de la Santísima Señora y ayude a la administración de los Santos Sacramentos, por cuio trabajo y asistencia le asignaba y S. S. Ilma. le asignó los dichos doscientos cincuenta pesos en cada año para su congrua sustentación y así mismo las demás misas rezadas que le ocurrieren. Y mandó S. Ilma. que de haberse executado lo referido dé cuenta dicho cura y vicario para que se tenga presente.

Y habiendo reconocido S. Ilma. que la Iglesia en donde está colocada la Santísima Imagen de Nuestra Señora no se haya con la decencia correspondiente por ser de terrado y texa y de poca duración por su dévil materia de que se compone, sin embargo, de no haber efectos algunos existentes como donde quiera la Divina Providencia ha de ministrar todo lo que fuere necesario para las casas y templos de la Santísima Señora, debía mandar y su Ilma. mandó que luego, in continenti, dicho cura y vicario ponga en execución la fábrica y construcción de un nuevo templo de bóveda y cal y piedra en estilo en que a la presente se ha estimado por mejor y más oportuno a que desde luego concurrirá S. S. Ilma. y los demás vecinos de este pueblo, como tienen prometido y así mismo los naturales con su trabajo personal, conforme a la obligación que tienen, como que es iglesia suya propia a quienes se les aiudará

semanariamente con su ración y carne para que se mantengan y esto es a los que asi trabajaren, matando para ello los toros y vacas infructíferas de la cofradía que fueren necesarias sin notable quebranto o deterioro de ella, dándole cuenta dicho vicario a E. S. Ilma. de todo lo que en este asumpto fuere necesario promover para dar la providencia que convenga.

Visitó S.S. el libro de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario sita fundada en la Iglesia de dicho pueblo de la jurisdicción de Mascota y reconoció los ajustes y liquidaciones hechas por el Br. Dávila Villavicencio cura propio y vicario de esta feligresía, con las últimas cuentas dadas por Joseph Dionicio maiordomo que fue de esta cofradía hasta el 20 de enero pmo. pasado en este año en que parece haber recibido y ser de su cargo 1274 reales y haber gastado en lo preciso y necesario para el culto de Nuestra Señora 198 y tres cuartos y medio real con que aparece que resulta contra dicha cuenta.


Libro en
que se assientan las limos-
nas q. se juntan para la obra
del nuevo Templo de la Milagrosa
Imagen de N. Sra. del Rosario
del Pueblo de Santiago de Talpa
Jurisdicción de Mascota.
Villavicenzio
de 1755 años.

Portada del libro que se abrió el año que se inició la construcción de la Basílica, en 1755.

Y así mismo manda S. Sría. que de las 600 reses que hay existentes se venda el número de doscientas de las infructíferas y no necesarias para el procreo, por mano de dicho cura y vicario y juez eclesiástico quien procurará que su venta sea al mejor y más cómodo precio que se pudiere para que toda su importancia se convierta y gaste en la fábrica material de la Iglesia de este pueblo y que comenzada la dicha obra se vayan matando los demás toros y vacas infructíferas para dar raciones a los naturales que trabajaren en ella semanariamente con la intervención de dicho cura y vicario a quien se le encarga que en esto proceda con la economía correspondiente de manera que no se deteriore y consuma el ganado y que en todo lo demás se guarden y observen las constituciones de esta cofradía y los autos de vista de los Ilmos. Obispos sus predecesores". Hasta aquí el auto.

Muy pobre, chico e indigno pareció el santuario de tan insigne Señora al Emo. Señor Obispo, pobre y raquítico también su culto, mas como él amaba con todo su corazón a la Reina de los Angeles, no perdería la oportunidad de honrarla y engrandecerla.

Dos decretos fueron de trascental importancia; el establecimiento de clérigo en el pueblo para que se encargase de su templo y del culto y la construcción del nuevo edificio que sería esta vez de materia sólida y maciza.

Como una donación especial e inicial obsequió en esa ocasión el Prelado cien pesos de plata, el párroco de Villa de Purificación, que se hallaba presente, donó $ 20.00, el de Tomatlán, que a la sazón era el Br. D. Marcos Montes de Oca, obsequió otros veinte, cantidad igual aportó el beneficiado de Mascota y otros que se vieron obligados por el buen ejemplo completaron los cien que, con los del Mitrado, sumaron doscientos; fue este el capital inicial con que dio principio el templo que hoy contemplamos.

Antes de abandonar el pueblo, el Prelado, en compañía del párroco, buscó el lugar más apropiado para el nuevo edificio, formuló el plano o planta que se habría de sujetar su construcción y en presencia de un gran número de fieles, la memorable tarde del 15 de octubre, cuando el astro rey doraba los campos pletóricos de flores y las mieses saturadas de frutos, se alzó la mano de aquel insigne Pontífice para bendecir la primera piedra y verter sobre ella el agua lustral; aquella piedra que

sería el fundamento de lo que es hoy la insigne Basílica de la Madre querida, quedó colocada en el lugar donde habrá de permanecer por varios siglos (1)

Esa misma fecha extendió el Prelado el decreto por el que segregaba la hacienda de Santa Bárbara o El Pie de la Cuesta, de la jurisdicción de Tomatlán, al que permanecía adscrito y lo adhería a Talpa.

Al día siguiente, 16, como a las cinco de la mañana salió el Pontífice rumbo a Tomatlán, tocándole pernoctar en la dicha hacienda de La Cuesta.

Los decretos del superior se fueron cumpliendo al pie de la letra. Incontinenti (inmediatamente) se iniciaron los trabajos de construcción, dando así principio a la nueva Iglesia. Se vendieron las doscientas reses en el mínimo precio de $ 600.00 (seiscientos pesos), o sea, a razón de tres pesos por cabeza; a esto hay que añadir que conforme a la orden superior, se buscó el mejor precio; se organizaron los trabajos en tal forma, que para la primera quincena de noviembre se trabajaba ya en los cimientos.

Como los gastos eran fuertes y constantes, S. Ilma. concedió licencia para que se hiciera un recorrido por todo el Obispado con las

(1) Aquella ceremonia resultó sencilla y a la vez, imponente y llena de magestad; aquellos generosos y sencillos lugareños vieron llenos de admiración todas las acciones litúrgicas impregnadas de simbolismo, escucharon en suspenso las palabras del ritual que para ellos resultaron ininteligibles; las letanías mayores, las fervientes oraciones y plegarias de la iglesia, el uso del agua lustral, del vino, de la sal y la ceniza; el ir y venir del Mitrado alrededor de lo que había de ser el alcázar sagrado de María; en fin, todo resultó lleno de solemnidad y de grandeza.

"La piedra que bendijo y colocó Su Ilma. era de forma cuadrada por todos lados, en una de sus caras tenía un hueco que luego cubría otra piedra más pequeña.

En aquel hueco colocó el Prelado algunas monedas y medallas de oro y plata previamente bendecidas; allí se guardó también un pequeño trozo de badana en el que fue grabada la memoria de aquel hecho y en el que estamparon sus firmas el Prelado y algunos de los principales asistentes".

Terminada la ceremonia el mitrado dirigió palabras elocuentes a todos los presentes, les habló de la grandeza del amor a María y del deber particular que todos tenían de laborar con entusiasmo y cariño en la construcción de aquella iglesia, que habría de ser un día la sede del trono de la Reina del Cielo.

imágenes peregrinas, solicitando de los devotos de la Buena Señora su cooperación pecuniaria para su nuevo alcázar.

Durante estos años, estas peregrinitas recorrieron todo el territorio que formaba los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, llegando, según algunos datos, hasta los Estados de California, Arizona y Nuevo México, en lo que hoy forma el territorio de los Estados Unidos de Norteamérica.

Con los fondos que con ese motivo se colectaban, con la ayuda de la Cofradía del Rosario y con las limosnas que daban todos los años los peregrinos en tiempos de romerías, fue posible sostener los trabajos que se procuraba intensificar más y más cada día.

De los principios y organizaciones de las primeras labores de edificación o construcción del templo, tenemos la siguiente noticia:

"Desde luego se organizaron (los miembros de la Cofradía de la Sma. Virgen), para dar principio a las obras; todos se comprometieron a prestar sus servicios periódicamente durante una semana sin más retribución que "su ración"; o sea, lo necesario para el sustento peresonal y, cuando eran casados, el de su familia.

Para dar las raciones la cofradía empleaba las semillas que reunía todos los años, así como también la carne del ganado que para ese fin se mataba con relativa frecuencia".

El párroco del lugar abrió un libro de cuentas en "que se asentaban las limosnas que para este fin (la fábrica material), se colectaban"; este importante documento ha llegado hasta nuestros días.

Cuando se enteró el Bachiller de que el Ordinario había concluído su visita pastoral, de acuerdo con las instrucciones recibidas, elevó las preces, solicitando de la Curia un clérigo para Talpa. Esta solicitud fue luego atendida, recayendo el nombramiento en el Pbro. D. Ramón de Herrera y Cordero.

Al recibir este clérigo su nuevo destino, se trasladó inmediatamente a Mascota, en donde permaneció algunos días recibiendo instrucciones del Sr. Cura. Cuando éste lo creyó suficientemente preparado, vino personalmente a traerlo a Talpa con el fin de hacer directamente la entrega del templo y cuanto a él pertenecía, así como también para ente-

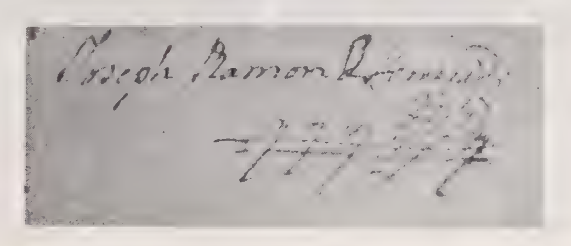
rarse de que el pueblo lo hospedaría y ayudaría debidamente a su sostenimiento.

El nuevo sacerdote fue objeto de una cálida y entusiasta recepción por parte de sus nuevos hijos, quienes veían en él a un padre y a un guía; oportunamente le prepararon habitación y lo necesario para que conviviera entre ellos. Tiempo hacía que los buenos talpenses venían solicitando un sacerdote para su pueblo y no lo habían obtenido, pidiéndolo especialmente en la visita pastoral de 1744, con resultados negativos; por eso ahora se sentían felices.

Desde aquella fecha la vida cambió notablemente para el pueblo. El nuevo vicario, entusiasta y relativamente joven, tomó con todo empeño la construcción del edificio, él personalmente, con buena cantidad de gente, especialmente de mujeres y niños, salía todas las tardes al acarreo de materiales; se le veía continuamente inspeccionando las obras y orientando a todos, llevando a todas partes una poca de aquella alegría, de aquel entusiasmo que llenaba su alma.

"Con la entrega del pueblo y del templo hizo también, el celoso párroco, la entrega de los ornamentos, vasos sagrados y alhajas pertenecientes a él, así como también de las alhajas, vestidos y joyas pertenecientes a Nuestra Señora, todo bajo inventario; todo se vió estar muy decente y limpio".

Hay que hacer notar que el P. Herrera pronto se ganó la voluntad de todos aquellos que estaban bajo su cuidado y tutela; con su caridad y don de gentes supo luego adquirir un gran ascendiente sobre los que le veían y trataban, pues pronto se identificó con su obra y nada ni nadie podía sustraerlo de ella.



Autógrafo del Pbro. D. J. Ramón de Herrera y Cordero, primer clérigo que se estableció en Talpa. Año 1755.

De la playa del río y de los cerros vecinos se acarreó una cantidad exhorbitante de piedra que se empleó en los cimientos que, debido a la mole y peso del edificio, debían ser muy anchos y profundos, así como también para los fuertes y robustos muros. En las bóvedas se empleó una piedra liviana conocida con el nombre de "tezontle"; ésta fue acarreada de la parte norte del valle de Talpa.

La nueva construcción atrajo una gran afluencia de forasteros, unos que venían en demanda de trabajo y otros tan sólo con fines puramente comerciales.



Primera torre del Santuario año de 1783. (Reconstrucción).



Segunda torre del Santuario año de 1835. (Reconstrucción).

Con el fin de tener una idea y un conocimiento más amplio de la Milagrosa Virgencita y darla a conocer mejor a sus feligreses, el nuevo vicario emprendió una extensa información de los milagros más sobresaliente obrados por Ella; con este fin interrogó, previo juramen-

to de decir verdad, a los vecinos más caracterizados sobre lo que ellos conocieron, ya por ciencia propia, ya porque lo hubieren oído de sus ascendientes.

Por desgracia, no conocemos el resultado de dicha encuesta que debió resultar en gran manera interesante; si es que el buen sacerdote consignó los hechos por escrito, el documento pereció quizá cuando fue incendiado el archivo parroquial de Mascota, a donde iban a parar todos los escritos de importancia, por ser entonces la cabezera de la parroquia.

Teniendo en cuenta la gran semejanza que hay entre ambos templos y la continuidad que existe entre la construcción de uno y otro, parece la más probable que se haya encargado de la construcción del Santuario de Nuestra Señora, el mismo arquitecto que dirigió el de Mascota, o por lo menos, quien dirigió éste, tuvo muy en cuenta las líneas arquitectónicas de aquel.



Panorámica de Talpa, en ella puede apreciarse el perfil de la insigne Basílica.



Una de las calles de Talpa con su marcado sabor provinciano.

CAPITULO DECIMO

Concluye la Construcción del Santuario

MIENTRAS en Talpa se trabajaba asiduamente en la construcción del nuevo templo, se mantuvo en servicio la Iglesia que ya existía que, como vimos antes, se hacía ya meritoria de considerables reparaciones.

Con un cuidado particular se había venido conservando la antigua ermita, o primitiva capilla, donde se verificara, el siglo anterior, la milagrosa renovación; en ellas se celebraban con frecuencia actos de culto y continuaba siendo muy visitada por los peregrinos que cada año aumentaban en número.

Después de varios meses de asiduo y constante trabajo, se vieron aparecer los muros, que empezaron a levantarse como testigos mudos de la fe y el amor que aquella generación profesaba a su Celestial Patrona.

Con todo el movimiento que trajo consigo la nueva construcción, Talpa se convirtió en un pueblo alegre y bullanguero; el sonoro rechinar de las múltiples carretas que, tiradas por mansos y cornudos bueyes, cargaban sobre sus recipientes enormes cantidades de piedra desde los cerros vecinos, así como también la madera y el liviano tezontle; el alegre repiquetear del martillo y demás instrumentos manejados por hábiles manos de los canteros; el sonoro canto y agudo silbar de los alegres albañiles; el constante ir y venir de las mozas coquetas y rechonchas que, con sus rojos cántaros sobre la cabeza y su paso rítmico, acarreaban cada día cantidades considerables de agua que luego se utilizaba para preparar la mezcla; el continuo charlar de las corpulentas comadres que, sobre todo por las tardes, en compañía del P. Herrera, salían a la playa del río para volver jadeantes y sudorosas con una piedra o con un balde de arena sobre los jugosos hombros;

el jugar constante de los chicos que, en medio de la sencillez propia de su edad, aportaban también su ayuda a las obras materiales; en una palabra: toda aquella constante actividad vino a romper el secular silencio y la monótona rutina en que se hallaba sumida hasta entonces la existencia de los talpenses.

Para que no faltara la carne a los operarios, así como también otros alimentos, periódicamente la cofradía mandaba matar una res de las estériles y ordenaba que su carne fuese repartida en su totalidad entre los trabajadores; se les proporcionaba también, maíz, frijol y otras provisiones que completaban su vitualla.

Por turno, iban prestando sus servicios personales, por si o por otro, todos los vecinos residentes en el pueblo, en forma gratuita, con el solo derecho de recibir "su ración" o sea los alimentos necesarios para el trabajador y su familia durante toda la semana que estaba en servicio. Con todos estos auxilios, el trabajo no se entorpecía y podía caminar a un ritmo bastante acelerado.

El año 1757, dejando la obra relativamente adelantada, dejó esta feligresía el Sr. Cura Bautista Farías, siendo nombrado para sucederle al Br. D. Jospeh Domínguez. Este nuevo pastor se distinguió, como casi todos los anteriores, en el cuidado de las almas que le fueron encomendadas, lo mismo que en el esfuerzo que hizo por el adelanto de las obras materiales que recibió ya iniciadas.

Así transcurriaron los primeros años de duras y árduas labores; a medida que se sucedían los meses y las estaciones, iban surgiendo y elevándose aquellos muros de dura roca, símbolo de la fe inquebrantable de aquella raza, que habrían de sustentar el edificio que a su vez, habría de custodiar en su seno la preciada Reliquia y habría de prestar abrigo a innumerables romeros que desde tierras lejanas, acudirían a la Madre en busca del deseado consuelo.

Los peregrinos veían con cariño y entusiasmo aquella obra, y con generosidad ayudaban a ella con sus donativos.

Durante este año, 1757, se verificaron en todo el Reino de la Nueva Galicia las primeras levas que registrara la Historia de nuestra patria. Consistían éstas en la captura de una buena cantidad de hombres capacitados para servir como soldados a la patria, ya fuera voluntariamente o por la fuerza.



Implorando la "caridad", se acercan muchos romeros hasta el altar de la Celestial Señora.

En una leva verificada en la región, quedó capturado un número considerable de aquellos robustos mozos que trabajaban en la construcción del templo, igual suerte cupo a otros que laboraban como agricultores en el campo. Esto trajo consigo un considerable entorpecimiento en las obras, aunque de hecho no se suspendieron del todo.

Corta resultó la regencia del Señor Cura Domínguez, pues a principios de 1770 bajaba a la tumba, dejando a sus fieles sumidos en el dolor y en el luto.

Estos años marcaron también el ocaso a la permanencia, en Talpa, del P. Herrera y Cordero, primer clérigo que se estableció en

estas tierras; no he podido concretar si murió en estos años o fue removido a otro destino; vino a llenar su vacante el Br. D. Vicente Ramírez.

Como sucesor del Sr. Cura Domínguez fue electo el Pbro. D. Antonio de Rueda, que tampoco prolongó mucho su regencia, pues a los dos años entregó el curato al Br. D. Ignacio García.

Es notable el movimiento de clérigos durante esta época en todo el Reino de la Nueva Galicia. Parece lo más probable que este fenómeno haya obedecido a la expulsión de todos los miembros de la Compañía de Jesús, llevavada a cabo estos años en toda España y sus dominios de ultramar.

El lapso de tiempo que tuvo en sus manos esta jurisdicción el Sr. Cura García fue también muy corto, pues el año 1775 le sucedió en el beneficio el Pbro. D. Francisco Esteban Morales Ruiz, quien recibió entonces el nombramiento de cura propio.

Cuando este párroco recibió la jurisdicción, el santuario de Talpa iba ya bastante adelantado, pues se habían concluído ya los muros y se iniciaba la techumbre.

El P. Ramírez, sucesor en Talpa del P. Herrera, emprendió la obra con mucho entusiasmo; con su vigor juvenil y su celo apostólico, deseaba verla terminada en unos cuantos días.

La Taumaturga Virgencita de Talpa no qúiso dejar de hacer sentir su poder en la construcción de su grandioso alcázar, pues estando éste ya para terminarse, se registró un hecho que, por lo extraordinario, todos lo juzgaron como milagroso y quisieron conservar su recuerdo como un testimonio del bien que la Madre del Cielo quiso dispensar esta ocasión en favor de sos hijos. La narración del milagro es como sigue:

"En diez y siete días del mes de abril de 17 y ochenta y un años, en el pueblo de Mascota, el Br. D. Nicolás Vallejo. Cura beneficiado y Vicario y Juez Eclesiástico de este dicho pueblo, por el Ilmo. y RVMO. Sñr. y Maestro D. Antonio Alcalde del Sagrado Orden de Predicadores Digmo. Obispo de Guadalajara, etc., etc. Mi Señor:

Sabiendo su Merced que el año de setenta y siete, estándose concluyendo una de las bóvedas del templo de Nuestra Señora del Rosario de Talpa y hallándose Hermenegildo Amaral maestro de la obra, en su

máxima altura por la parte cóncava, encalando la bóveda, fijando su consistencia sobre un tapestle de otate que estaba sobre las simbrias llamó a José Contreras para que le ayudase a bruñir la enunciada bóveda, el cual le respondió que amenazaba peligro porque rechinaban las tramas del artificio de la simbria, a lo que replicó que no tuviera recelo, porque estando Nuestra Señora con ellos tenía entera confianza de que no padecería ruina alguna, y con esto al tiempo que pasaba el dicho Contreras a darle ayuda al maestro Amaral rebentó un adicional de donde se hayaba fijado el tapestle y cayó desde la altura de la bóveda hasta el pavimento, que dista quince varas, y aunque esperimentó en la misma caída un desmayo, desde cosa de las tres de la tarde hasta cerca de la oración de la noche, pero habiendo vuelto a sus sentidos reconoció no hallarse con lesión de quebradura u otro daño alguno, más que la muñeca de la mano siniestra medio desconcertada que a poco tiempo volvió a su entera sanidad y prosiguió en la construcción del templo, haciéndole muchas gracias a Nuestra Señora por el ostentoso milagro que había executado a beneficio suyo de que fueron testigos mismos José Contreras, a quien despidió arrojándolo a una ventana que estaba sobre la corniza, donde quedó estrechado, sin saber como, sin haber padecido éste daño alguno.

Así mismo Tomás García, oficial ayudante de dicho maestro en el mismo estrépito que hizo al haberse desmembrado la biga aunque estaba manteniéndose junto a la bóveda, cayó y al mismo tiempo quedó colgado de un pie hasta que habiéndole acudido con el socorro de una reata y agarrándose de ella salió libre sin la más leve lesión, lo que pasó a la vista del maesto Miguel Andalón, D. Manuel Ramírez, el Maestro Miguel Navarro, Rafael Andalón y el Maestro mayor de la obra Juachín de Amaral y Ignacio Pérez.

Y por tan portentoso caso se diere entera noticia mandó S. Merced dicho Sr. Cura y Vicario que esta declaración se leyere, a capite ad calcem, al dicho Hermenegildo Amaral y habiéndolo así executado en ella se afirmó y ratificó por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz, so cuyo cargo y bien entendido de la religión lo demás del presente dixo que ésta es la verdad, y declaró ser de edad de más de cuarenta años.

Por lo cual S. Merced debia mandar y mandó que dicho caso quedase euténtico y con las formalidades en dicho requisitas, fueron testigos

al pie de esta diligencia el Rd. P. Fray Bernabé de Calderón, administrador de la Hacienda de San Nicolás, perteneciente al convento de S. Agustín de Guadalajara, el Bachiller D. José María Villaseñor y D. José María Nicolás Vallejo." Hasta aquí la narración.

Tan importante documento nos da razón, además del milagro, de la fecha en que se terminaron las bóvedas (1778) y nos ha concervado los nombres de algunos de los que laboraron en la construcción del edificio. noticias que no se hobían podido localizar en otros documentos.

Tampoco tocó al Sr. Cura Morales Ruiz ver terminado el templo que fuera el objeto de la ilusión de tantos clérigos devotos de la Madre de Dios, pues cuando ya se laboraba en la decoración interior, entregó el beneficio al que había sido su teniente, o vicario, el P. Nicolás Vallejo; éste recibiría en breve el nombramiento de Cura propio.

Después de una larga serie de párrocos propios y curas beneficiados que habían regido esta comprensión y habían cooperado con mayor o menor empeño en la culminación del Santuario, tocaría a éste llegar al fin, pues cuando se hizo cargo del gobierno de la parroquia estaban ya por concluirse la decoración, el piso y las puertas.

Los rostros marchitos y surcados por la acción destructora de los años, de aquellos venerables ancianos. que siendo pequeñines, contemplaron admirados cómo la madre tierra abrió generosa sus entrañas para recibir bondadosa las duras y resistentes piedras que habían de soportar con titánica fuerza e incansable paciencia. la pesada mole que al correr de los años, se lanzaría a las alturas como un grito de amor de aquella raza amante de María: aquellos rostros enjutos y gastados, se humedecieron con las lágrimas y se llenaron de gozo al ver concluído el templo que fue, durante tantos años, como un supremo ideal y un objeto de esperanza.

Sobre los arcos de medio punto de opulenta figura, apoyados en pilastras de majestad hierática, descansaron las bóvedas que imponentes invitaban a una devoción contemplativa. Las curvas de sus arcos parecían conjugarse en una serie de efectos apacibles.

La majestuosa cúpula, a la vez que casi aérea, mostraba una musculatura y una robustez impresionantes.

La puerta principal del edificio, quedó dando su cara al sol poniente.

En medio de toda su majestad y grandeza, la austeridad era la nota dominante de aquella construcción, sobre todo en su exterior, que mostraba una sobria ornamentación, casi desnudo de todo decorado, veíase elevar al cielo su abrumadora mole de una sencillez casi bíblica.

Todo lo que de una manera natural y sencilla adornaba aquella iglesia, contribuía a crear en su recinto un ambiente, que enseguida convidaba a la contemplación y a la paz del espíritu.

Con el transcurso de los años, ha venido tomando, la casa de María Santísima, una pátina que lo llena en todo su exterior y que lo hace aparecer más insigne y venerable a las miradas del devoto peregrino, para quien aparece como un bello relicario.

Como una buena fortuna ha llegado hasta nosotros el camarín de la Santísima Virgen, con el mismo tipo de pintura y decoración que que se le dio en aquellas décadas a todo el templo; todavía conserva, dicha dependencia, su pintura al temple, su decoración en estilo churrigueresco, muy primitivo e imperfecto, con sus ángeles regordetes y sus líneas retorcidas tan características de aquello época.

Los altares y el piso, tanto de la nave como de los cruceros. se hicieron de madera; en el altar mayor, dedicado a la Santísima Virgen del Rosario, se colocó un extenso retablo de madera de cedro, todo tallado y lleno de alto-relieves y figuras humanas, sobre todo de ángeles, todo conforme al estilo churrigueresco del que fueron tan amantes los clérigos de esas edades.

En el centro tenía, el altar, un riquísimo dosel que servía como trono a la Patrona del lugar.

Para la confección de todas estas obras de arte fueron traídos maestros expertos de Guadalajara; se escogieron maderas de las mejores que produce la región, sobre todo de cedro, que fue traído con gran cuidado desde la costa; estas obras duraron más de un año para poder llegar a su término.

Tanto el retablo como el trono del altar principal, estaban profusamente dorados y pulidos, de tal suerte que cuando eran bañados por la luz natural que entraba a raudales, sobre todo por las mañanas, daba la impresión de ser un relicario todo de oro, en cuyo centro destacaba la airosa figura de la celestial Patrona.

En estilo también churrigueresco, fueron decorados la cúpula y los altares laterales, así como también el interior de las bóvedas.

Para el presbiterio se mandó labrar un piso de cantera de varios colores y luego se le colocó en forma artística e ingeniosa.

De acuerdo con las leyes y costumbres de la época, se circundó todo el edificio para que sus alrededores sirvieran como cementerio; debemos recordar también que en esas décadas era lícito inhumar cadáveres dentro de los templos. Por esta razón, se solicitó y obtuvo la licencia necesaria para trasladar al santuario los restos mortales de varias personas que fueron binhechores insignes del templo y que habían manifestado tal deseo en su testamento, o última voluntad.

El año 1782 apareció terminada la parte interior del templo y como ya se deseaba ponerlo en servicio, se procedió luego a la bendición y al traslado de la Milagrosa Imagen.

Con bastante anticipación se estuvo anunciando a los fieles, así del lugar como peregrinos, la fiesta de la dedicación o bendición de la nueva casa del Señor.

No me ha sido posible concretar la fecha en que se verificaron dichas festividades; parece lo más probable que hayan sido en el mes de febrero, ya que en ese mes concurría un mayor número de fieles así clérigos como seglares, cosa que era muy difícil en los meses de septiembre y octubre en que tenían lugar las otras fiestas de la Santísima Virgen. Lo único que sabemos es que fue el año 1782 cuando se dedicó el templo nuevo a la Madre de Dios.

Cuando se hizo la dedicación del templo, carecía, éste, de torres, por lo que se procedió en seguida a construir siquiera una, pues se juzgaba de primera importancia tanto para tener dónde colocar las campanas como también por estética. En unos cuantos meses surgió la torrecita que uno de los documentos contemporáneos nos describe en los siguientes términos: " *es de un cuerpo, toda de mamposteria, está colocada al costado sur del templo, con cuatro ventanas una por cada punto cardinal, con un simborrio (cupulita) mediano y una cruz por remate*".

En esa torrecita se colocaron las tres únicas campanas que para entonces poseía Talpa; en esas décadas se carecía por completo del reloj público.



Parte superior de la portada del templo. Fue construida en la primera década del Siglo XIX.

Cuando ya estuvo en servicio la iglesia nueva, más amplia y cómoda, fue posible desarrollar un culto más grandioso y digno de la Madre de Dios, así como también prestar mayor atención a los peregrinos que cada día aumentaban en número.

El antiguo templo de adobe y teja pareció junto al nuevo, muy pobre y pequeño, de pronto fue abandonado, pero como estaba en malas condiciones y presentaba algún peligro, tuvo que ser derribado por orden superior, haciéndose en su lugar una plaza que por media centuria se conoció con el nombre de la Iglesia Vieja (quedaba ésta como a unos cincuenta metros al costado sur del actual santuario); en el segundo tercio del siglo pasado, adquirió en propiedad dicha plaza el que entonces era capellán mayor del templo, el Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra, y en el lugar de la antigua Iglesia edificó un mesón que luego llamó "de la Virgen".

El camarín se ha considerado siempre como parte principal de los grandes santuarios dedicados al culto de la Reina del Cielo, conceptuándose como una recámara especial donde la gran Señora se engalana para presentarse en público. Efectivamente, en el camarín se conservaban las artísticas cómodas, donde se guardaban las joyas y hermosos vestidos de la Madre buena y además era el lugar donde se le aseaba y cambiaba, sobre todo con motivo de las grandes festividades que se hacían en su honor.

El camarín del santuario de este pueblo fue también objeto de especial cuidado de parte de quienes lo construyeron, pues se tuvo en cuenta desde que se hicieron los planos para el edificio; como todos los de la época, debía llevar su cúpula y linternilla, escogiéndose como remate una escultura de cantera que representase al Arcángel San Gabriel.

Cuando estuvo terminado, al mismo tiempo que el templo, se le decoró en forma semejante al presbiterio; en las cuatro pechinas se pintaron al óleo sendos medallones en donde aparece la Madre de Dios en cuatro de sus misterios, se le puso piso nuevo de madera y, para completar la decoración, se importaron trece cuadros de tamaño mediano que fueron colocados en las paredes. Dichas pinturas al óleo, de mucho mérito, representan el martirio de los doce apóstoles y la crucifixión de Jesús.

La bendición de dicha dependencia tuvo lugar un poco después de la del templo, haciéndose con ese motivo grandes fiestas; se llevó a él y se colocó en un altar la Imagen bendita de Nuestra Señora y se celebró el Santo Sacrificio de la Misa.

A la entrada, por la puerta principal del santuario, se colocó la pila bautismal, pues como no había otro templo, el santuario tenía que hacer también las veces de templo parroquial.

Para que tengamos una idea de cómo quedó el santuario poco tiempo después de que estuvo concluído, voy a copiar siquiera sean los rasgos principales de una descripción que ha llegado hasta nosotros:

"Un templo con cinco tramos, cruzeros, simborrio (cúpula), dos capillas con rexilla de cedro, chapas y llaves. dos antecoros, torre de un cuerpo, camarín con simborrio, sacristía y antesacristía, todo de bóveda y piedra, cal y sin lacra alguna.

La iglesia tiene un entarimado de ocote y los altares siguientes:



Fachada del Santuario. Así se presentó a las miradas de los peregrinos durante la 2a. mitad del siglo XIX.

El primero, el mayor, todo de cedro dorado, con banco (mesa) de cantera, sagrario con escudito y llave de plata, cortina de raso blanco con galón de oro fino.

La Imagen original de Nuestra Señora está colocada en un nicho grande con cristales finos por el frente, costados y espalda, que mira al camarín, con una cortina de raso morado de doble orla de galón fino de plata y dos campanillas de plata en las puntas. Ocho estatuas; Nuestra Señora de Guadalupe, San Francisco de Asís, San Pedro Nolasco, San Juan Nepomuceno, San Nicolás Obispo, San Juan y San Pablo.

Dos campanas (las del milagro) fixas en las portañuelas del colateral, tarima de piedra (en el presbiterio) y un barandal de cedro dorado y además la estatua de Santiago.

El segundo (altar). El de Señor San José (hoy de la Purísima, crucero derecho), de cedro todo, pintado y dorado de esmalte, banco (mesa) de piedra, sagrario con su cortina color de rosa, la estatua del Santo patriarca colocada, con el Niño en su nicho, con cristales finos por el frente y costados, más ocho nichos medianos, cuatro de los cuales están ocupados con las estatuas de San Juachín y Santa Ana, San Juan Bautista y Santa Isabel, los otros cuatro están vacíos.

Fuera y además de las estatuas dichas hay (en el mismo altar) las siguientes: El Divino Pastor, los doce apóstoles, La Purísima, San Miguel, San Antonio de Padua, pequeño, y un lienzo del Divino Rostro con vidriera fina y ocho cantoneras (esquineras) de plata fina en marco de cedro; todo lo dicho está nuevo.

Tercer altar, El de Señora Santa Ana, (hoy de Nuestra Señora del Refugio, crucero izquierdo) todo de cedro enyesado, banco de piedra cantera, ahora sin ara y sin mànteles, un lienzo de la Santa con marco de madera sobredorado, tres estatuas: la de San Nicolás mártir, San Nicolás Tolentino y la Purísima, cada una de ellas con palia (peaña) al pie.

Cuarto altar. El de Nuestra Señora de la Purísima, en el primer tramo de la nave, lado derecho, viene a ser una armazón de cedro dorado sin estatuas, banco de piedra cantera, la estatua de Nuestro Señor con vestiduras y cortina de lino.

Quinto altar. El del Señor Crucificado, lado opuesto, está colocado en un baldaquino de cedro pintado y dorado, con cortina, banco de cantera, la estatua de Santiago montado". Hasta aquí la crónica.

La sacristía quedó entonces ubicada en lo que hoy forma la capilla del Santísimo Sacramento, o del Sagrario, y en lo que es ahora sacristía se hizo otra capilla que de pronto fue dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, patrona que era entonces de la Villa de Mascota, cabecera de la jurisdicción, para ser después dedicada a Nuestra Señora de los Dolores, como a su tiempo se verá.

Un poco posterior es la noticia que transcribimos a continuación·

"La Iglesia, flanqueada por dos espaciosas calles y teniendo al frente la plaza principal, se eleva soberbia y majestuosa.

Lo que podríamos considerar como el cuerpo principal del edificio data de la segunda mitad del siglo XVIII; la terminación de la fachada, torres (antiguas), balaustrada, atrio y demás accesorios, son posteriores, su construcción data del segundo tercio del siglo XIX.

En todo el edificio campean, en forma predominante, los estilos barroco y neoclásico, (sin que falten algunos detalles del churriguresco).



Portada de la insigne Basílica, en esta forma la contemplaron millares de romeros el año mariano 1954.

Tanto en la construcción como en el ornato, predomina la pilastra, quedando reservada la columna para los altares, esto le da un peculiar y extraordinario efecto de esbeltez y libertad de trazo.

Se hace sensible también cierto predominio de la verticalidad en el diseño general, cosa que le imprime cierto aire de personalidad al edificio.

La fachada, en su conjunto, es más bien sencilla que complicada, su estilo se haya caracterizado por las líneas y figuras del churrigueresco (parte superior) y del barroco (parte baja o inferior); las pétreas figuras emergen silenciosas de la superficie lisa, que en ambos costados ostenta gemelos tragaluces.

La iglesia. como todos las de su época, es de planta cruciforme, el crucero de la nave principal aparece coronado por una cúpula octagonal que, sustentada por pechinas, emerge de las bóvedas de cañón, (las bóvedas tienen una simulada crucería, como un remedo del gótico); la arquería de éstas, en igual forma que las pilastras interiores, están sobriamente ornamentadas contrastando con la agradable textura del piso de pulida duela.

Sobre las pechinas de la cúpula aparecen los cuatro clásicos evangelistas, pintura de un autor desconocido.

En la ornamentación de la cúpula, el estilo churrigueresco un tanto morisco, ha impreso su huella dando origen a una bella sinfonía de contrastes delicados con la armoniosa y delicada verticalidad.

En el testero, coronado por la expresiva pintura en que aparecen las tres Divinas Personas, la ornamentación se contempla llena de vitalidad, abundante y, a pesar de ello, serena y bien proporcionada.

Allí abundan las hojas y las flores, angelitos y angelotes regordetes, todo estilizado y como engastado en una superficie irregular, aparecen bordando filigranas, orlando nichos y desbordándose por las entrecalles de columnas y hornacinas imitando festones, borlas y cortinajes en desmedida profusión; dominan los colores rojo, verde y azul y sobre todo el dorado, hay en el retablo ángeles que hacen las veces de cariátides, que tienen como fondo blancas nubes en donde flotan delicadas figuras.

El efecto que produce aquel majestuoso retablo en su conjunto, es grandioso, de una ligereza sutil y vaporosa y de gran elevación espiritual.

La luz que penetra por los vitrales semeja un celestial resplandor, que en haces luminosos se dirige a la bendita imagen acrecentando con ello el místico ambiente del Sagrado Recinto.

El edificio no aparenta en su exterior lo que guarda en su interior, carece de una extraordinaria esplendidez y opulencia. Al franquear las puertas silensiosas, aparece el testero en cuyo centro la graciosa Imagen destaca y sobresale entre todos los objetos que adornan y embellecen el altar.



Como dos brazos elevados al cielo en actitud orante, aparecen las torres gemelas de la insigne Basílica de Talpa.

DISTRIBUCION MATERIAL DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE TALPA EN EL AÑO 1790.

1o.—Pieza.

2o.—Camarín y Cúpula.

3o.—Sacristía.

4o.—Presbiterio.

5o.—Altar Mayor.

6o.—Trono de la Santísima Virgen.

7o.—Pieza.

8o.—Capilla de Nuestra Señora de los Dolores.

9o.—Altar del Santísmio y de Señor San José, (después de la Sagrada Familia y finalmente de la Purísima).

10o.—Altar de Ntra. Sra. Santa Ana. (Después de Ntra. Sra. del Refugio).

11o.—Cúpula Mayor.

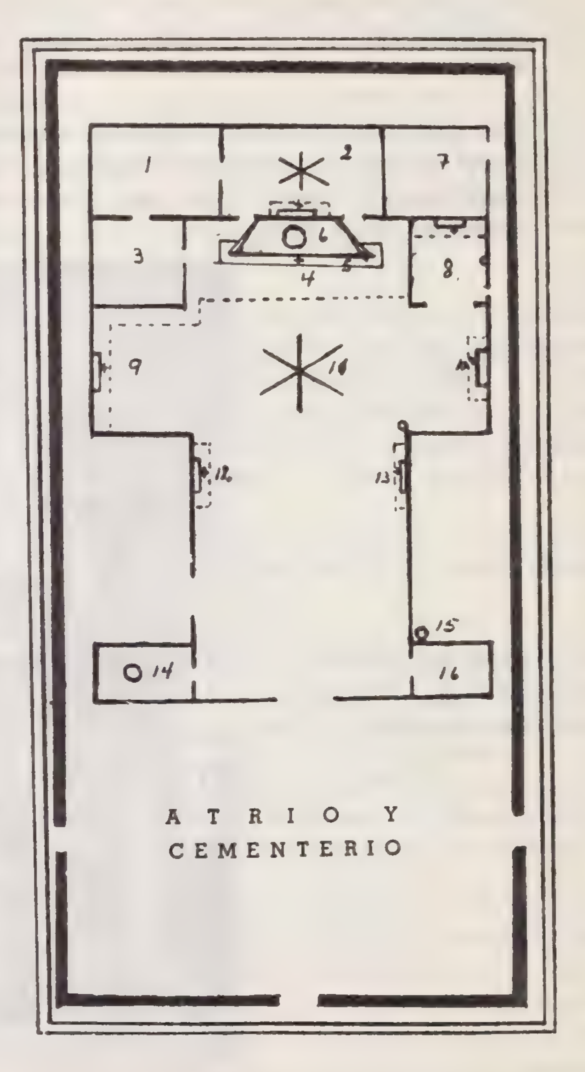
12o.—Altar del Perdón. (Después de San Juan Nepomuceno).

13o.—Altar de Jesús Nazareno. (Después de Sr. San José).

14o.—Bautisterio.

15o.—Caracol.

16o.—Torre.



Planta del Santuario de Talpa como estaba el año 1782.

DISTRIBUCION DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE TALPA EN EL AÑO 1957.

1o.—Pieza.

2o.—Pieza.

3o.—Sacristía.

4o.—Pieza.

5o.—Camarín.

6o.—Capilla del Santísimo.

7o.—Trono de la Santísima Virgen.

8o.—Altar Mayor.

9o.—Despacho de Reliquias.

10o.—Crucero Derecho.

11o.—Altar de la Purísima.

12o.—Cúpula.

13o.—Crucero Izquierdo.

14o.—Atlar de Ntra. Sra. del Refugio.

15o.—Altar de Señor San José.

16o.—Altar de San Juan Nepomuceno.

17o.—Pieza.

18o.—Salida del Costado.

19o.—Notaría Parroquial.

20o.—Nave Central.

21o.—Salones para juntas.

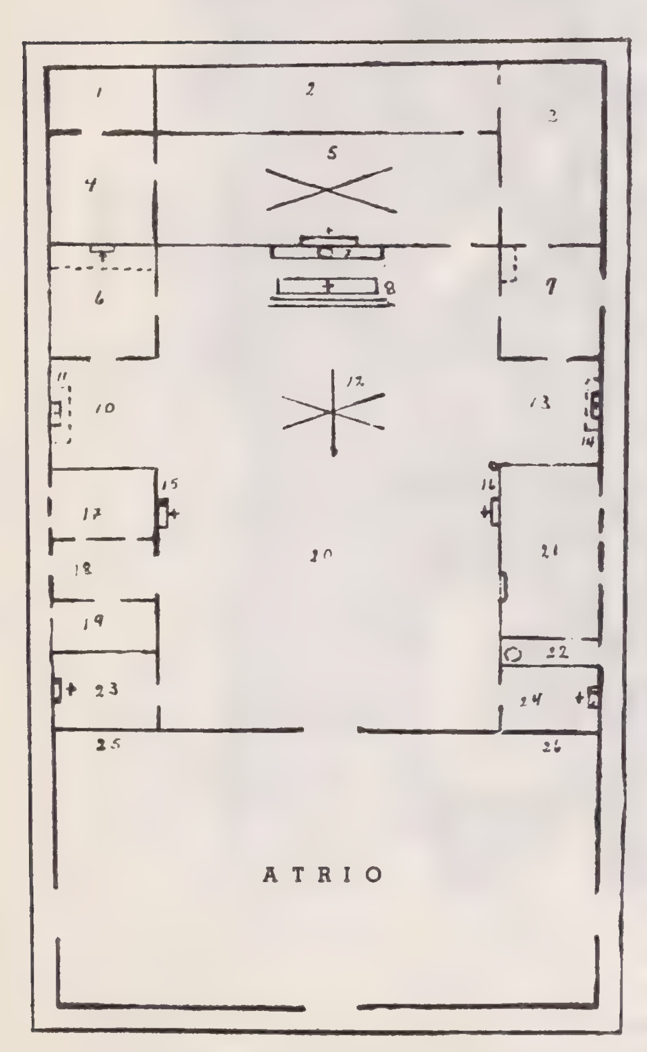
22o.—Caracol para el Campanario.

23o.—Capilla y altar del perdón.

24o.—Capilla y altar de la Sagrada Familia.

25o.—Torre del costado Norte.

26o.—Torre del costado Sur.



Planta de la Basílica de Talpa el año 1950.



Parte arquitectónica del frontispicio de nuestra magna Basílica.

CAPITULO UNDECIMO

Talpa en las Postrimerías del Siglo XVIII

POR muerte o por ausencia del Sr. Cura Morales Ruiz, empuñó el timón de la parroquia el Bachiller D. Nicolás Vallejo, en noviembre de 1778.

A este nuevo jurisdiccionario tocó concluir algunas obras emprendidas por su antecesor en favor del santuario de Talpa; se compró entonces un órgano tubular de regular tamaño, que fue colocado en el coro y bendecido con toda solemnidad el día de Santa Cecilia, del año 1779.

Mandó labrar también, este párroco, un juego de cómodas para la sacristía, para lo cual se trajo un maestro de Guadalajara y dos de Mascota.

Hasta este mismo año fue posible adquirir el fierro y los accesorios para el enrejado de las ventanas y claraboyas del templo, así como también los cristales, desde el año anterior se había mandado un enviado especial a México, única parte donde se podía adquirir estos artículos que eran importados directamente de España y por lo mismo difíciles de obtener. Este año fueron traídos con todo cuidado, a lomo de mula, desde la capital novogalaica, para ser luego colocados en sus respectivos lugares.

En parte traído de Guadalajara y parte reunido en la región, el párroco logró para estas fechas el material para fundir una campana de regulares dimensiones y considerable peso, como dijimos anteriormente, pero esta obra no fue posible que por entonces llegase a feliz término; otra de las obras que quedaron por entonces iniciadas, fue la colecta y trámites para la adquisición de un reloj público "de molinillo", que deseaban fuese colocado en la torre del santuario.

El año 1784 fue característico por la escasez de lluvias en todo el Reino de la Nueva Galicia, pues hubo regiones en donde sólo cayó un aguacero durante todo el temporal de aguas y como si esto fuese poco, el 27 de agosto se hizo sentir una fuerte helada en todo el país, que acabó por completo con las pocas cosechas que se esperaba segar.

El siguiente año, 1785, fue conocido como el año del hambre por la gran escasez y carestía de víveres que hubo en él; el precio del maíz se elevó cinco veces sobre su valor ordinario, lo mismo el frijol, la manteca, el trigo y otros artículos de primera necesidad.

Como los precios tan elevados no estaban de acuerdo con los salarios de los trabajadores, que se conservaron como antes, vino el desequilibrio que agravó más la situación.

Por doquier pululaban hambrientos que en vano imploraban la caridad de sus prójimos, quedando algunos de ellos muertos de hambre en las calles o en sus casas; a cada paso se prsentaban casos verdaderamente desoladores.

En este pueblo entraron en acuerdo las autoridades civiles y eclesiásticas, tratando de ejercer un control sobre los víveres, así como también un racionamiento con el fin de hacer frente a las más duras necesidades, pero al fin las existencias llegaron a agotarse. Inútilmente se buscaba la forma de abastecerse del exterior, pues no sólo los pueblos circunvecinos sino todo el Reino, o mejor dicho el país, estaba en condiciones similares.

Quien poseía algunos víveres o alimentos, era casi siempre objeto de robos y violencias. Al maíz se le mezclaba olote, plátano y cuanto se podía, con el fin de aumentar su rendimiento; los hambrientos comían en los campos, nopales y aún órganos asados, llegando en ocasiones hasta aprovecharse de los huesos de los animeles.

En el santuario se suspendieron todos los trabajos y sus fondos fueron destinados, hasta el último céntimo, a socorrer y aliviar tanta miseria; pero era el caso que en muchas ocasiones ni con el dinero se podían conseguir las cosas por la sencilla razón de que no las había.

Los rostros mustios y macilentos de personas, sobre todo de la clase humilde, se veían por los campos alimentándose con yerbas y raíces que devoraban para calmar siquiera el hambre que los consumía.

Una pésima alimentación que a todas luces resultó insuficiente para cubrir las necesidades más elementales del ser humano, predispuso a la población a toda clase de enfermedades.

Durante los primeros meses del año siguiente soplaron vientos huracanados muy fuertes y secos, levantando grandes tolvaneras, provocando verdaderas tempestades de tierra, todo lo cual trajo como consecuencia inmediata, enfermedades epidémicas que luego se extendieron por todo el país. La peste se presentó enseguida.

Se hizo luego general una enfermedad que se presentaba con los síntomas de un catarro detenido, o costipado, calenturas intermitentes fuerte dolor de cabeza, copiosos sudores y hemorragia nasal; hacia el séptimo día, aparecían patequias o pequeñas manchas rojas o moradas en la piel, luego seguía sordera y ruidos, los ojos se ponían rojos, se dilataba el vientre, se perdía el conocimiento y venía el delirio, se contraía el pulmón y la víctima sucumbía entre el undécimo y vigésimo día, si no es que antes.

Como la epidemia resultó sumamente contagiosa, se tomaban las precauciones necesarias para evitar su propagación; esto hacía en muchas ocasiones más dura la suerte de los pobres enfermos; se aislaron los pueblos en forma tal, que nadie podía entrar ni salir de ellos, se cerraron los establecimientos públicos y se prohibió toda clase de juntas y aglomeraciones. Todo esto vino a agravar más el hambre, la necesidad y la miseria.

A pesar de que en Talpa no llovió durante toda la temporada de aguas, ni el río ni los principales arroyos carecieron durante todo aquel año del precioso elemento líquido, por lo que los animales no resintieron mucho y fueron posibles algunos pequeños cultivos a la orilla del río. Fue hasta el mes de marzo del siguiente año cuando dejaron de correr tanto los arroyos como el río y los manantiales empezaron a secarse, lo cual vino a aumentar el pánico entre los talpenses.

A causa de tanta desgracia, las romerías se suspendieron del todo durante esos años, las limosnas se agotaron y el culto decreció grandemente; sin embargo, de todas partes se aclamaba a la milagrosa Virgencita, esto lo prueba el notable aumento de peregrinos que hubo poco después y los múltiples votos que venían a cumplir a la Madre del Cielo por haberlos librado de tantas calamidades y desgracias.

En el mes de marzo se organizaron en este pueblo ayunos y penitencias públicas, sobre todo de inocentes niños; se hicieron rogativas públicas y se organizó una magna peregrinación con la milagrosa Imagen que recorrió primero todas las calles, en seguida se llevó al río que carecía por completo de agua, por lo que había una gran mortandad de animales de todas clases; de allí fue llevada por algunos campos que, por lo secos y polvorientos, similaban tristes yermos.

Los lágrimas y oraciones de aquel pueblo movieron el corazón de la Buena Madre, pues refieren las crónicas que a la semana siguiente se registraron en una amplia zona fuertes tormentas seguidas de días lluviosos, con lo que remedió un tanto la necesidad.

Entre las muchas víctimas que causó la peste en esta región, se contaron nada menos que el párroco de la feligresía y su abnegado vicario o teniente de Talpa; estos piadosos clérigos, llenos de caridad y compasión para con sus hijos, corrían a la cabecera de los enfermos sin tener en cuenta el peligro de contagio, ayudaban a los más necesitados no sólo en lo espiritual, sino en lo material, prestando su auxilio personal en ocasiones aun para sepultar cadáveres. Del P. Ramírez, dice la tradición que se llegó a despojarse de su sotana para cubrir a algún pobrecillo que moría de frío en la calle.

Los restos mortales de este insigne sacerdote fueron inhumados en el Santuario, con gran duelo y luto de parte de los talpenses que perdían no sólo a su pastor, sino a un padre todo lleno de caridad y bondad que esto había sido para ellos el extinto sacerdote. (1)

A la muerte del párroco, cubrió la vacante en calidad de interino el Br. D. José María Villaseñor, éste tuvo el timón de la parroquia

---

(1) Acerca de tan benemérito sacerdote conocemos la siguiente nota:

"Los talpenses lloraron amargamente su deceso, pues había sido para ellos un verdadero padre; su caridad era excepcional para con los pobres; durante la época del hambre, era frecuente el caso de que él pasara las 24 horas habiendo tomado alimento una sola vez, para regalar el resto a algún pobre que tenía ya un día o dos sin tomar alimento.

Narran las crónicas que el día que murió lo amortajaron con el único vestido que tenía, el que traía puesto, pues todo lo había dado a los pobres; todo ésto hizo que al morir se virtieran abundantes lágrimas sobre sus restos mortales. Era el hombre que siempre tenía el corazón abierto a la miseria ajena, para todos tenía una sonrisa, una palabra de consuelo y hasta una lágrima, cuando era necesario compartir una pena".

sólo unos meses, pues luego lo entregó al párroco propio, Pbro. D. Vicente Ramos.

Para sustituir el P. Ramírez que como vimos fue una de las víctimas de la peste, recibió nombramiento el Pbro. D. J. Lorenzo de Arriola, quien había venido ocupando el cargo de Teniente de Cura de Mascota. Inmediatamente pasó a Talpa y se entregó de lleno a buscar la forma de mejorar el nivel de vida de sus feligreses tan seriamente dañados por las pasadas calamidades.

El 14 de octubre de 1786 se sintieron fuertes temblores de tierra, acompañados algunos de ellos, de ruidos subterráneos; esto vino de nuevo a causar gran temor entre los habitantes del Reino.

Ni el templo, ni los edificios sufrieron en Talpa daños de consideración a raíz del sismo, tan sólo la cúpula de la torre sufrió una pequeña cuarteadura; esto lo registra una cuenta que dice a la letra: "veinte reales que se gastaron en reparar una cuarteadura del simborrio de la torre a causa del pasado temblor".

Tan sólo dos años tuvo en sus manos las riendas de esta feligresía el Sr. Cura Ramos, pues para mediados de 1787 dejó vacante el curato, haciéndose cargo de él en calidad de interino, el Pbro. D. Lino Castellanos y Pacheco, hasta la llegada del beneficiado, que fue esta vez el Br. D. Juan José Aguirre.

Durante estos años aumentaron en forma notable las romerías suspendidas hacía tiempo a causa de la serie de calamidades que se habían venido presentando; el santuario volvió a recibir limosnas y tuvo con qué hacer frente a nuevos gastos que se le presentaron, sobre todo en materia de culto, que también había decrecido bastante.

A partir de estos años las romerías y fiestas mejoraron en tal forma, que para fines del siglo el santuario de Talpa era uno de los más conocidos y visitados en el extenso Reino de la Nueva Galicia.

Desde el segundo tercio del siglo que historiamos, se había variado la forma de vestir a la Sagrada Imagen; hemos de recordar cómo desde muy recién renovada, se le empezaron a adaptar ropas de acuerdo con la forma de vestir de las principales damas de la época, procurando siempre que sus trajes fuesen de las más ricas telas que se importaban del viejo mundo.

Durante el primer tercio del siglo se introdujo una nueva costumbre importada de Italia y España, del vestido suelto y talar; complemento del mismo era la capa magna, muy propia de las cortes de los Emperadores de esas décadas.

La moda fue aceptada por la sociedad y pareciéndole majestuosa, se fue introduciendo la costumbre de vestir en esa forma las imágenes; no tenemos sobre esta materia datos precisos, pero parece muy probable que para el año 1744 (año del primer centenario) de la Virgencita de Talpa ya ostentaba su traje conforme a la nueva usanza.

Con el fin de preparar las grandes solemnidades que se proyectaban para el año 1800, término del siglo, el P. Arriola encargó de México telas de la mejor calidad que allí se encontrasen, con el propósito de que, al iniciar el siglo, la Patrona de Talpa luciese ricamente sus mejores joyas, pues él las consideraba como un testimonio del amor y gratitud de tantos hijos y devotos suyos que se habían visto favorecidos por su amor maternal.

No tocó al Sr. Cura Aguirre celebrar las fiestas centenarias, pues el año 1798 dejó el curato en manos del Pbro, D. Antonio González.

A falta de una crónica detallada de los hechos verificados en las fiestas de fin de siglo, los libros de cuentas, tanto de la cofradía como del santuario, nos dejan traslucir la solemnidad con que fueron celebradas dichas fiestas.

El año 1800 fue declarado jubilar, siendo muy notable la cantidad de peregrinos que visitaron a la Santísima Virgen, siendo sobre todo notables las penitencias que se practicaron con el fin de alcanzar la completa remisión de las faltas y penas.

En el santuario estuvieron predicando la misericordia del Señor y de su Madre Santísima varios misioneros durante casi toda la temporada de secas que duró la afluencia de peregrinos, siendo copiosos también los frutos de penitencia que se recogieron en aquel año.

Durante la fiesta de febrero se colocó un altar en el atrio y todos los días se sacaba a la Taumaturga Imagen para celebrar ante Ella la Misa solemne y facilitar la asistencia a un número mayor de fieles, pues el recinto del templo resultaba pequeño e insuficiente para contener el crecido número de peregrinos.

Antes de dar por terminado este capitulo, conviene que recordemos un hecho que, si bien se verificó en una fecha que no se ha podido concretar, ciertamente se encuentra dentro del último cuarto del siglo que venimos historiando, esto es el siglo XVIII.

Oriundo de Mascota, pero avecindado en Talpa, era el señor D. José Romero, vástago de una familia acaudalada y de rancio abolengo; poseía varias propiedades, así rústicas como urbanas, dentro de la jurisdicción de esta Villa, entre las que se contaba el mesón llamado entonces de "Romero", que era el mejor de la localidad.

Relativamente joven, contrajo matrimonio con una buena cristiana que luego le dio varios hijos, uno de los cuales, creyéndose con vocación sacerdotal, solicitó de sus cristianos padres el permiso para ingresar en el seminario de Guadalajara, con el fin de hacer en él su carrera y ordenarse de sacerdote.

No parece que en un principio haya creído mucho D. José en la vocación de aquel joven, pero como buen cristiano que era, tenía muy presente aquello de "no dar a los hijos estado contrario a su voluntad", más bien por no contrariarlo, le concedió el permiso deseado y lo dotó de todo lo necesario para que iniciara sus estudios.

Era tan poca la esperanza que alimentaba aquel padre de que su hijo llegase a la meta, que en cierta ocasión, hallándose en una reunión pública, en medio de muchos invitados se tocó el punto, a lo que contestó D. José que si aquel vástago llegaba al sacerdocio, se comprometía a traerlo en carroza hasta Talpa a los pies de la Santísima Virgen, para que a sus plantas cantase su primera Misa.

Hay que tener en cuenta que en esos años eran desconocidos completamente en este pueblo esos vehiculos y que el cumplimiento de dicha promesa significaría nada menos que el arreglo del camino desde la capital del Reino.

Pasaron los años y aquel joven levita consumó su carrera, llegando a recibir el sagrado Orden del Presbiterado.

La promesa permaneció imborrable en quienes la escucharon y como D. José era de aquellos caballeros que se gloriaban de cumplir su palabra, se vio en la necesidad de cumplir aquel voto.

Cuando su hijo estaba ya para recibir el sacerdocio, se trasladó a Guadalajara y adquirió una de aquellas flamantes carrozas movi-

das por briosos corceles, y con gente que llevó de Talpa, inició el camino por donde tenía que pasar el desconocido vehículo. A pesar de que no se trataba de abrir un camino en forma, sino tan sólo de ir dando paso al carruaje, el viaje duró algunas semanas, dado lo abrupto y montañoso de la región.

Cuando aquella comitiva escaló la última de las montañas que circundan el pueblo de Talpa y cuando sus miradas se extendieron por el valle irregular donde se asienta este pueblo, sintió en su corazón la emoción del triunfo; fue entonces cuando don José concibió la idea de de plantar en aquel lugar una cruz como un recuerdo de tan atrevida empresa.



En la parte más alta de la montaña llegó la comitiva, donde al transcurso de los años debía de levantarse un monumento histórico.

Para ejecutarla, mandó luego cortar dos trozos de madera de cuate y con ellos fue forjada la cruz que fue colocada en sólida base dejando en sus brazos grabada la siguiente inscripción: "Un padrenuestro y un avemaría por el alma de D. José Romero, en gratitud por haber abierto este camino".

Dicha cruz fue colocada entonces al lado norte del camino y se conoce desde esa fecha con el nombre de "Cruz de Romero'.

Con el transcurso de los años, la pátina del tiempo y el continuo frotar de los múltiples romeros que llegaban a tocarla, besarla y colocarle sudarios, aquella cruz, a pesar de haber sido de madera muy maciza y compacta, empezó a perecer.

Casi un siglo después de que fue colocada dicha insignia por el señor Romero, acertó a pasar por cerca de allí el licenciado D. Hila-



Un lugar de descanso y un centro de devoción es la colina que aparece coronada con el instrumento y símbolo de nuestra redención

rión Romero Gil, nieto de D. José, y como a su paso advirtiera que aquella cruz que colocó su abuelo estaba ya en malas condiciones y amenazaba ruina, pensó en hacerle algunas reformas con el fin de que se conservase por más tiempo, pues la consideraba como un recuerdo de familia.

A su llegada a Talpa, se puso en contacto con el que entonces fungía como capellán mayor del santuario, el Pbro. D. Juan Castillo, y le propuso su plan que desde luego fue bien recibido por el clérigo, buscando ambos la mejor forma de realizarlo.

Pensaron en una cruz nueva, toda de cantera, con una base sólida, de tal manera que estuviera mejor capacitada para resistir las inclemencias de la vida. Entre ambos hicieron un diseño que entregaron para su ejecución al maestro cantero D. Santiago Sánchez Vega.

La nueva cruz resultó de un marcado sabor gótico, se colocó sobre una base de un metro 75 cms. de altura que, con dos metros que ella mide, suman los tres metros y setentaicinco centímetros, altura suficiente para ser vista de regulares distancias, sobre todo por el lugar en que fue colocada.

En la base cuadrangular se grabaron las siguientes inscripciones: por el costado norte: *"Un padrenuestro y un avemaría por el alma de D. José Romero en gratitud por haber abierto este camino, murió el año 1805"*. Al lado sur se lee: *"La limosna que aquí se dé pertenece al santuario de Nuestra Señora de Talpa"*. Al lado oriente se halla escrito:



La venerada "Cruz de Romero" como aparecía el año 1888 en que fue restaurada y solemnemente bendecida.

"Esta cruz fue construida por el Pbro. D. Juan Castillo, capellán del Santuario, por D. Hilarión Romero Gil, nieto del finado D. José Romero, el 29 de abril de 1888". En esta fecha tuvo lugar la bendición de la nueva cruz). En el costado norte, reza:*"El Ilmo. Sr. Obispo D. Ignacio Díaz. a su paso por aquí el 8 de octubre de 1901, concedió cuarenta días de indulgencia por una salutación a esta Santa Cruz"*.

En estos últimos años se le han hecho unos sencillos descansos, para que los peregrinos tengan acceso más fácil y puedan disfrutar de una poca de sombra.

A la vera del camino, a la misma altura de la cruz, fueron colocadas dos placas graníticas, una en que se saluda al peregrino con la inscripción siguiente:

"Peregrino, caminante; estás ante la Santa Cruz de Romero, pisas ya la tierra de María Santísima de Talpa; descúbrete, saluda a la Santa Cruz diciendo: Adorásmoste Cristo y bendecímoste que por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mí pecador. Amén. Reza un Padrenuestro.

Ahora dirige tu vista hacia el templo de la Madre Santísima y salúdale cantando: Buenos días Paloma Blanca... y prosigue tu camino rezando el Santo Rosario".

Otra lápida, ubicada al lado opuesto, despide al transeúnte diciendo:

"Peregrino, caminante; dejas ya la tierra de María Santísima de Talpa, vuelve tu vista desde este lugar y con lágrimas en tus ojos des-



Los devotos peregrinos gustan de cubrir la "Bendita Insignia" con artísticos "sudarios"

pídete de Ella diciendo: "Adiós Reina del Cielo. . . sigue tu camino. Ella te acompañará hasta tu casa y, si no la olvidas, te acompañará hasta el cielo.

Adiós peregrino dichoso que llevas la bendición de tu bendita Madre de Talpa. Adiós".

Desde tiempos muy remotos ha existido la piadosa costumbre de que los cristianos romeros coloquen sobre la Santa Cruz, blancos sudarios, ya sea por devoción, ya en cumplimiento de votos o mandas.

Todos los años, en tiempos de romerías, esta Santa insignia es visitada por muchos millares de peregrinos.



"Calles tortuosas y rojos tejados hacen más majestuosa la figura del simbólico templo que, como un relicario, custodia el precioso tesoro . . ."

CAPITULO DUODECIMO

Primera Capellanía del Santuario

EL TRES de diciembre de 1796 se hizo cargo de la grey novogalaica, el Ilmo. Sr. Obispo D. Juan de Cabañas y Crespo.

Después de un período de cuarenta y cinco años en que se dejó de practicar la visita pastoral a este pueblo, el 27 de mayo de 1802 fue recibido en Talpa con toda solemnidad, el Ilmo. Sr. Cabañas.

Esta visita resultó de gran importancia para el pueblo, pues en ella S. Ilma. expidió importantes documentos referentes tanto al culto como a mejoras materiales y, sobre todo, creó la primera capellanía del santuario, con lo cual, el templo de la Santísima Virgen adquirió personalidad propia, pues dejó de ser una simple ayuda de parroquia y cesó también de depender de la jurisdicción parroquial para depender directamente de la Sagrada Mitra, así el templo como sus capellanes.

Para esta fecha, el insigne santuario dedicado a Nuestra Señora de San Juan de los Lagos era uno de los principales del Reino de Nueva Galicia, para entonces, contaba ya con cinco capellanías, o sea, cinco clérigos independientes de la parroquia, que se dedicaban exclusivamente al servicio y alabanza de la Santísima Señora y a prestar atención y consuelo a los peregrinos que venían a visitarla. Esta capellanía contaba también con sus normas y reglamentos propios.

Al conocer S. Sría. Ilma. la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, su templo, la fe y devoción que le profesaban tantos millares de cristianos y lo considerable de las romerías, creyó oportuno y prudente crear una capellanía en Talpa que fuese en todo lo más semejante posible a la de San Juan de los Lagos; de ello nos da testimonio el documento siguiente:



La Sma. Virgen del Rosario y su insigne Basílica cuentan al Ilmo. Sr. Obispo D. Juan de Cabañas y Crespo entre sus más insignes benefactores.

"Y dixo (S. Sría. Ilma.) que deseando, como Su Sría. Ilma. desea proveer el culto y adoración de la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Talpa; queriendo que los fieles que de todas partes van en romería a su santuario tengan todo el consuelo que pueden apetecer y procurando que la Iglesia, tanto en lo material como en lo formal esté atendida con esmero, aseo y buen orden que demanda un santuario tan célebre y tan recomendable, resolvía como resolvió S. Ilma. nombrar por capellán del relacionado santuario al Dr. D. Juan Antonio Montenegro a quien en calidad de tal aplicaba y S. S. Ilma. aplicó por ahora el rédito de $ 200.00 doscientos pesos, pero correspondiente al capital de cuatro mil del cual ha de disfrutar en la forma que más abajo se dirá.

Y mandaba y S. Sría. Ilma. mandó que se despachen sus licencias al refrido Doctor con la correspondiente adscripción y que además se le prevenga cuál ha de ser su ocupación y exercicio en aquel destino, comunicándole para el efecto una copia o instrucción de lo prevenido por S. Sría. Ilma. en orden a los capellanes de nueva creación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos para que con arreglo a lo establecido respecto de aquellos sepa, entienda y execute Montenegro, cuanto sea adaptable en su persona en honor y obsequio de Nuestra Señora de Talpa y para el beneficio y devoción de los fieles que concurren a dicho santuario; en la inteligencia que ahora y en lo sucesivo, cuando se nombren dos o más capellanes, según convenga, se han de observar las mismas reglas.

Y por cuanto nada era más importante que purificar las cantidades, ya de limosnas, ya de cualquiera otros caudales pertenecientes a Nuestra Señora; estimaba y S. S. Ilma. estimó muy oportuno el dar su especial comisión y facultad al mismo Dr. Montenegro para que con arreglo a las noticias de que se ha hecho relación en el principio de este auto y conforme a lo que aparece en las cuentas corrientes en este libro . . . liquide las mencionadas cantidades.

Y añadió que el establecimiento de este capellán se entiende sin perjuicio de los derechos parroquiales, y que el Cura del Partido (de Mascota) no habrá tampoco en manera alguna embarazar las funciones propias de este capellán, ni mezclarse ni intervenir en ellas sin expresa orden de S. Sría. Ilma".

"Que si en lo sucesivo se fundaren otras capellanías, la presente ha de ser la capellanía primera i maior i todas han de depender de la voluntad y arbitrio del Prelado para que éste las aplique según le parezca y estime conveniente, de tal manera que si por el discurso del

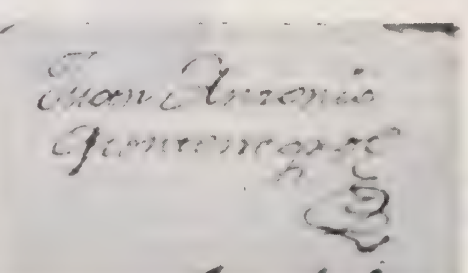


Desde lejanas tierras millares de romeros, con el corazón pletórico de fe y confianza llegan a postrarse a los pies de su Excelsa Patrona.

tiempo se erigiese en el pueblo de Talpa algún curato o el Santuario de Nuestra Señora llegase a parar en poder de los Regulares (Religiosos) pueda el Prelado, como se ha dicho adjudicar las referidas capellanías a quien le pareciere".

Así lo proveyó, mandó y firmó.
El Obispo de Guadalajara.
Lic. Toribio González, Notario.

Como puede enterarse el lector, por el decreto anterior quedaba constituído el Santuario en uno de esos templos privilegiados que permaneciendo independientes de la jurisdicción parroquial, poseen su clero propio para el servicio exclusivo de la Santísima Virgen y de sus peregrinos.



El Pbro. Dr. D. Juan Antonio Montenegro fue el primer Capellán propio que se concedió al Santuario de Ntra. Señora de Talpa, el año de 1802.

En cumplimiento a las órdenes superiores, se mandó luego desde Talpa el nombramiento de primer capellán al Dr. Montenegro, quien desde luego se trasladó a este pueblo para hacerse cargo de su nuevo oficio; con esto contaba ya esta población con dos sacerdotes el Capellán y el Teniente de Cura o Vicario.

El hospedaje para los muchos millares de romeros que todos los años visitan a la Santísima Virgen, ha sido uno de los graves problemas que ha tenido el pueblo casi desde que se inició el culto a la Portentosa Imagen.

Si es cierto que muchos de ellos se hospedaban en las casas particulares que los dueños rentaban a muy buen precio, otros se veían en la obligación de permanecer en las calles, a la intemperie.

Quizá esta necesidad fue la que dió origen a la gran cantidad de portales o corredores que se han construído en el pueblo y que en ocasiones ocupaban cuadras enteras; en ellos, encontraba el forastero libremente alguna protección contra las inclemencias del tiempo, pero esto estaba muy lejos de solucionar el problema.

A principios del siglo XIX había en el pueblo varias hospederías que les llamaban mesones; la más amplia y de mayor consideración era una propiedad de D. José Romero, aquel buen cristiano de quien ya nos hemos ocupado antes. Estaba, la finca, ubicada en el lugar que ocupa la actual Presidencia Municipal.

Durante la estancia del Ilmo. Sr. Obispo no faltó quien tratara con él el problema de una nueva casa de huéspedes, a la vez que lanzaba el proyecto de que fuese construída con fondos del Santuario y que fuese propiedad de la Santísima Virgen.

La idea no desagradó al Mitrado, quien la comentó precisamente con D. José Ramero. Este generoso caballero, en un acto de bondad ofreció espontáneamente a Su Ilma. obsequiar su mesón a la Patrona del pueblo, comprometiéndose a que dentro de algunos años construiría otro nuevo, para que así hubiese donde hospedar algunos peregrinos más. Para hacer más efectiva su promesa, otorgó luego las escrituras de la finca, siendo muy satisfecho de que las recibiese personalmente el mismo Prelado.



Antigua hospedería conocida primero con el nombre de "Mesón de Romero", y después como "El Mesón de la Virgen". Fue expropiada en 1861 y convertida en Palacio Municipal.

Como se vió en capítulos anteriores, este señor, cuando trajo a su hijo a cantar su primera Misa, obsequió a la Santísima Virgen, tres esculturas que forman la Sagrada Familia.



"La sagrada familia" grupo escultórico de gran valor artístico. Fue obsequiado al Santuario de Talpa por D. José Romero en el último cuarto del siglo XVIII. Posteriormente le fue dedicada una capilla en el costado izquierdo de la Basílica.

Estando el Ordinario todavia en Talpa, dedicó el altar del crucero derecho del templo, dedicado antes tan sólo a Señor San José, a la Sagrada familia. En esta ocasión verificó con toda solemnidad la bendición de dichas esculturas, concediendo a la vez cuarenta días de indulgencia, a quienes rezaren ante ellas un paternoster, avemaría y gloria.

Ordenó también el Emmo. Señor que en este altar se hiciece la reserva del Santísimo Sacramento en los días de grandes aglomeraciones y romerías, y renovó las indulgencias que sus predecesores habían venido concediendo desde muchos años antes a la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Estableció también que se completara la decoración del pórtico principal del Santuario, pues daba la impresión de haber quedado trunco. Después de todo esto, visitó los libros y bienes de la Cofradía de la Santísima Señora y habiendo encontrado todo en debida for-

ma y muy ordenado, renovó las indulgencias que de tiempo atrás se venían concediendo en favor de sus miembros, impartiéndoles su paternal bendición.

Como hacía cuarenta y cinco años que el pueblo no recibía visita pastoral, el número de candidatos al Sacramento de la Confirmación fue muy crecido, así de niños como de adultos; muchas familias enteras recibieron entonces el sacramento de la fortaleza.

Después de una permanencia regular en el pueblo y cuando S. Ilma. lo hubo revisado y ordenado todo, en medio de una multitud que le seguía, salió rumbo a Tomatlán en prosecución de su general visita. (1).

---

(1) Durante la permanencia en Talpa del Ilmo. Sr. Cabañas, se le pidió también que aprobara un ceremonial que fuera más solemne, para la recepción de socios en la hermandad.

Hasta entonces bastaba al candidato dar su nombre al diputado que se encargaba del archivo y del registro de socios, pagar su cuota de inscripción y empezar a cumplir los deberes que le imponían las reglas; con eso pasaba automáticamente a formar parte de la hermandad y a disfrutar de los derechos y gracias que le correspndían.

El ceremonial que se aprobó entonces prescribía que el candidato debía presentarse para su recepción, de preferencia en estado de gracia (era esto sólo un consejo), que debía llevar una vela, el escapulario que se le debía imponer y un rosario.

Puesto de rodillas ante el sacerdote, rezaba el acto de consagración a la Santísima Virgen y solicitaba ser admitido como miembro de la hermandad. El sacerdote bendecía luego los objetos, le imponía el escapulario y le entregaba el rosario, a la vez que le decía:

"El rosario que hoy recibes, es el símbolo de la devoción que debes tener toda tu vida a la que hoy elegiste por Madre, Señora y Reina, y la candela es la señal de la caridad de que debe estar llena siempre tu alma".

El cofrade besaba entonces aquellas insignias y al terminar daba su nombre a los libros y recibía su patente.

El acto de consagración que pronunciaban los candidatos en el momento de su recepción dice a la letra:

Entre las cosas que debía practicar el primer capellán, de acuerdo con las órdenes del superior, se hallaba la referente al culto que en adelante debía recibir la Santísima Virgen. Aprobó entonces el Mitrado la ya añosa costumbre de celebrar la Misa Sabatina con carácter de votiva solemne.

Era ésta una Misa que solía celebrarse con alguna solemnidad todos los sábados con ornamento blanco y que en la Liturgia se conoce con el nombre de "Misa de Santa María en Sábado", cuyo introito comienza con la palabra "Salve". Completaba el ejercicio matutino el canto de algunas alabanzas en honor de la Celestial Señora.

Otra de las cosas que estableció el Ordinario, fue el rezo cotidiano del Santo Rosario, con Salve y Letanías cantadas todos los sábados y demás días del año dedicados a honrar a la Madre de Dios. Elogió la

"Madre querida del Santísimo Rosario; yo... N. N. .... humildemente postrado a vuestras soberanas plantas, aunque soy el más grande e indigno pecador y el más ingrato de vuestros hijos, conociendo tu gran misericordia y poder, vengo a suplicarte humildemente que me aceptes generosa por indigno siervo tuyo, a consagrarme totalmente a ti, a entregarme completamente a ti, a entregarte mi cuerpo, mi alma y todo mi ser, mis pensamientos, palabras y obras, mis anhelos y todos mis deseos; mi vida y todos mis bienes así materiales como espirituales, desde hoy en adelante quiero ser tuyo de una manera total y absoluta.

Sé tú, Señora, Reina y Madre mía, el consuelo y la esperanza en mis penas, dolores y sufrimientos; desde hoy en adelante quiero que seas la estrella que ilumine mi sendero y dirija los pasos de mi vida, el sostén y la fortaleza en mis luchas y tentaciones; quiero tenerte desde hoy como un perfecto modelo de santidad, que me anime y aliente en la lucha constante por adquirir las virtudes que me han de hacer cada día más grato a Dios.

Finalmente, quiero suplicarte, Madre y Señora mía, que recojas todo cuanto bueno hiciere en esta vida, que lo pongas en las manos misericordiosas de tu Hijo Divino, y me alcances de El la gracia de vivir y morir santamente en su gracia. Amén".

El Ilmo. Sr. Obispo concedió 40 días de indulgencia a cuantas personas rezaren devotamente esta consagración

costumbre, ya entonces añosa, de hacer las procesiones con la mayor solemnidad posible todos los domingos primeros de cada mes; este acto piadoso estaba a cargo de la cofradía del Santo Rosario. (1)

El primer capellán ejecutó desde su llegada a Talpa las órdenes establecidas por el superior; mandó luego decorar la parte superior del pórtico principal del templo, aunque al hacerlo no tuvo en cuenta el estilo en que estaba decorada la parte baja, que es de un gusto marcada-

(1) Con el fin de acrecentar la fe y la confianza que los miembros de la confraternidad tenían a su excelsa Patrona se obtuvo en estos años el privilegio, que luego se conoció con el nombre de "la visita domiciliaria".

Esta gracia consistía en una visita especial que una imagen de la Patrona de Talpa, hacía una vez por semana a todos los hogares donde había miembros de la cofradía.

Para este fin la confraternidad mandó hacer una imagen de la santísima Señora "que fuera lo más semejante posible a la original"; fue bendecida con toda solemnidad por el Señor Cura de la feligresía y tocada a la milagrosa original, desde entonces empezó su peregrinación por el pueblo.

Generalmente era llevada por uno o varios cofrades y uno o varios acólitos, que acostumbraban llevar velas encendidas y una campanilla o tintinábulo, con la que anunciaban su llegada a los hogares.

Al llegar la visitante, salían a la puerta todos los miembros de la familia que allí moraban, se arrodillaban rezando la Salve Regina y, a continuación, les era colocada sobre la cabeza aquella representante de la bendita Señora. El demandante saludaba siempre con la conocida fórmula: "La paz de Dios y la bendición de Nuestra Madre Santísima estén siempre con nosotros", a lo que los visitados contestaban: "Amén".

La visita permanecía en cada casa sólo unos cuantos minutos, para continuar luego su camino, pues debía hacer el recorrido por todo el pueblo.

Esta piadosa costumbre hizo que muchos vinieran a sumarse a las filas de la confraternidad, ya que no se quedaban muy tranquilos cuando veían que la Sma. Sra. pasaba por cerca de sus casas y no llegaba a visitarlos; con esto, en una corta temporada, la visita se extendió a la casi totalidad de los hogares talpenses.

Tan laudable costumbre se conservó vigente por más de cien años, hasta que, en la segunda mitad del siglo XIX las autoridades civiles de mentalidad liberal y anticatólica que gobernaron entonces el pueblo, acabaron con ella.

mente barroco, ya que la decoración nueva resultó del todo churrigueresca, con lo que el conjunto perdió la unidad estilística, como puede comprobarlo quien conozca las leyes más elementales del arte,

El año 1803 volvió de nuevo el temporal de las aguas a amenazar como muy estéril en lluvias. El pueblo y todos los alrededores, que recordaban con verdadero pánico los tormentosos años del hambre y la peste se reunieron y solicitaron de la autoridad competente que se hiciese una rogativa pública ante la Santísima Virgen. La autorización les fue concedida, se verificó dicha petición y las aguas bienhechoras del cielo regaron los fecundos campos que produjeron una abundante cosecha.

Durante estos años, por una orden expresa que asentó el Prelado se comenzó a llevar en Talpa el archivo parroquial en debida forma. Primeramente se abrió el libro de defunciones, o como se le llamaba entonces "de enterramientos", le siguió el "de bautizos" y por último el"de casamientos".

En esta época, los ministros que administraban el bautismo tenían buen cuidado de investigar la casta o raza a que pertenecía la creatura, anotándola en seguida en el acta respectiva, esto servía después para los casos en que se deseaba inquirir sobre la pureza de la sangre.

Es de notarse que el sistema que empleaban entonces en la redacción de sus actas resultaba imperfecto, pues los datos que se asentaban eran insuficientes para identificar a la persona en cuestión. Fue el Ilmo. Sr. Cabañas quien, para evitar este inconveniente, ordenó por vez primera que se asentasen en las partidas de bautismos los nombres de los abuelos del bautizado y fue entonces también cuando se empezaron a anotar en las actas de defunción la clase de enfermedad que originó la muerte; con esto dio origen a una larga serie de cosas curiosas, pues casi nunca los dolientes sabían diagnosticar los males.

El año 1805 tuvo lugar la muerte del señor D. José Romero, con lo que vino a la nada el proyecto de edificar una nueva hospedería. Su deceso fue muy sentido por los talpenses que veían en él no sólo un hombre de bien, sino un gran amigo y bienhechor insigne; se aplicaron en el Santuario de la Santísima Virgen solemnes honras fúnebres por el eterno descanso de su alma.

El P. Arriola, que había ocupado los cargos de vicario y cura interino en Mascota, y de Teniente de Cura en Talpa, pasó estos años a Guachinango con el nombramiento de Cura Beneficiado, sucediéndole, en este pueblo (Talpa) el Br. D. Nicolás M. Contreras.

En el mes de junio del año siguiente entregó el curato con toda su feligresía el Sr. Cura D. Antonio González al recién llegado Br. D. Francisco Severo Maldonado.

Era este clérigo uno de los más cultos de su época y de los amantes más fervientes del adelanto cultural. Venía este clérigo, virtuoso de las letras, del pueblo de Ixtlán, hoy Nayarit, en donde había fundado la primera escuela para niños; en medio de un ambiente más bien de incomprensión inició, en su nuevo destino, su labor educativa. Trabajó por establecer un centro cultural en Mascota, en donde pudiesen todos, especialmente los niños, cosechar los primeros elementos de civilización, como son el saber leer, escribir y nociones de matemáticas, ambas cosas totalmente ignoradas por el pueblo en aquellas edades.

En la primera visita que hizo a Talpa emprendió la misma obra, ordenando que en los centros donde se enseñaba todos los domingos la doctrina cristiana, se enseñase a los niños las primeras letras.

La obra fue en un principio acogida con entusiasmo, pero luego fue abandonada, sin que llegase a producir los efectos tan deseados por su iniciador.

Hay que tener en cuenta, que en materia de educación, las autoridades civiles de la provincia no se preocupaban lo más mínimo por la cultura del pueblo, sobre todo indígena; el saber leer y poseer algunos conocimientos científicos era privilegio de los blancos, especialmente de las familias acaudaladas.

Para el año 1806 se hallaba España invadida por los franceses y su gobierno en manos extranjeras. Con ese motivo hubo también sus dificultades en la Nueva España, no faltando entonces quien madurara la idea de realizar la independencia de México, sobre todo con el temor de que Francia extendiera sus dominios hasta estas tierras.

Con este motivo, el Ilmo. Sr. Cabañas pidió se hiciesen oraciones y súplicas en todo el Obispado, pidiendo la paz para la península.

En cumplimiento de esta disposición, el Dr. Montenegro organizó en Talpa una serie de actos piadosos ante la imagen de la Santísima Virgen, resultando muy del agrado del Mitrado de Guadalajara.

Uno de los grandes simpatizadores de la idea de la independencia de México fue, desde un principio, el Sr. Cura Maldonado, pues cuando supo que el Sr. Cura Hidalgo se había levantado en armas en favor de la causa y caminaba sobre Guadalajara, se llenó de entusiasmo y decidió unírsele.

Más sabía el valiente Cura Maldonado de libros y teorías que de soldados y armas; a pesar de esto y de las duras prohibiciones de la Sagrada Mitra de Guadalajara, salió el buen Cura en gira por los principales lugares de su jurisdicción y con su lógica llena de entusiasmo logró reunir un número regular de voluntarios con los que improvisó un ejército y marchó con rumbo a Guadalajara con la intención de unirse con Hidalgo.



El Sr. Cura D. Francisco Severo Maldonado, una de las figuras más sobresalientes en la historia de toda esta región montañosa.

Mala fue su estrella como guerrillero, pues cuando apenas se acercaba a Guadalajara, fue atacado por fuerzas contrarias y totalmente derrotado, perdiendo entre muertos, heridos y fugitivos, la casi totalidad de su gente.

A pesar de su derrota, no se dio por vencido, se disfrazó de campesino y con sólo dos compañeros entró en Guadalajara, donde a la sazón se hallaba Hidalgo.

Parece probable que de antaño haya conocido el Padre de la Patria el talento y la vasta cultura del Sr. Cura Maldonado, pues apenas se entrevistaron, le dio nombramiento como director del primer periódico que tuvo la causa de independencia; esta publicación se redactaba e imprimía en Guadalajara, llevando por nombre "El despertador americano". (1)

---

(1) A guisa de curiosidad presentamos a los lectores estos datos del doctor Maldonado: Fue originario de Tepic, Nay. en donde nació el 7 de noviembre de 1775, hizo sus estudios en el seminario de Guadalajara hasta ordenarse de presbítero, y obtuvo en la Universidad la borla de Doctor en Teología.

Después de haber desempeñado diversas cátedras en el erferido plantel, y tomado parte en no pocas funciones literarias, sirvió interinamente en el curato de Ixtlán, Nay. donde fundó una escuela para niños, cosa inusitada en aquellos tiempos, y en 1806 fue designado cura propio de Mascota y su jurisdicción.

Después de haber desempeñado diversas cátedras en el referido plantel, y indultado por el Gobierno.

La Audiencia lo nombró su abogado, después fue nombrado cura de Jalostotitlán. En 1821 resultó electo por las Cortes Españoles, esto lo hizo trasladarse a la metrópoli mexicana en donde fue investido con los cargos de miembro de la Soberana Junta Provisional Gubernativa y del primer Congreso General, y condecorado con la cruz de caballero supernumerario de la Orden de Guadalupe.

Formó también parte de la comisión encargada de redactar el proyecto de la constitución del imperio, mas a la caída de Iturbide, de quien era gran amigo, se regresó a Guadalajara en donde pasó sus postreros años, abandonado de todos a causa de las excentricidades de su carácter, soportando no pocos padecimientos físicos y morales y decepcionado de no haber logrado realizar sus ideales; así pasó sus postreros días, hasta que la parca vino a borrar su nombre del número de los vivos el 8 de marzo de 1832.

La maledicencia humana, incapaz de perdonar a nadie, así se expresó del padre que reseñamos:

Este año, 1810, puso término a la regencia del primer capellán del Santuario de Talpa, quien llevaba ya unos ocho años en su cargo; salió rumbo a la capital del Reino dizque a dar o rendir cuentas de los bienes del templo de la Santísima Virgen, pero como, a raíz de la guerra el Ilmo. Sr. Obispo había salido y los Gobernadores de la Curia se negaron a recibirlo, se vio obligado a permanecer en la ciudad casi dos años, los mismos que dejó abandonado el templo en manos tan sólo del teniente de Cura. Después de este tiempo, recibió nombramiento como Vicario de la parroquia de Sayula, a donde pasó sin haber hecho entrega de los bienes del santuario.

Fran.co Severo Maldonado

Facsímil del Sr. Cura D. Francisco Severo Maldonado.

"El cura de Mascota D. Francisco Maldonado que siempre será el oprobio del sacerdocio y el ejemplar de la perversidad del corazón humano, como se verá por los papeles de la Gazeta pública de esta ciudad, como se puede examinar por su conducta, desde pequeño que siempre ha sido perversísima; aunque se ha huído, tiene una capellanía que debe ser secuestrada, y el Gobernador publicar que queda privado de licencias de confesar, predicar y decir misa inmediatamente nombrar interino para el curato de Mascota; igualmente hacer las mayores diligencias para ver si pueden recoger las obras que tenía de Bolter Rosón y Dorot, Reynal y de otros impíos que era su biblioteca, para dar un testimonio al público cual era el órgano del gobierno y de la impiedad de este perversísimo sacerdote".

Tan vil y mordaz ataque vio la luz pública en el tiempo que se procesaba al párroco de esta jurisdicción, su servil y fanático autor denunció al cura ante el Gobernador de la Nueva Galicia, Brigadier D. José de la Cruz, su proceso duró del 28 de enero al 22 de abril de 1811, del que salió absuelto.

Esto ocasionó también que fuese saqueado el curato de Mascota y fuese enviado un visitador por todos estos lugares que se creían influenciados por las ideas del párroco.

Este insigne prebendado dejó este destino sin haberse distinguido ni como fervoroso amante de la Santísima Virgen, ni como hombre de orden y organización, pues al dejar la prebenda, ésta se halló en el más completo desorden en sus cuentas y bienes, lo que acarreó una larga serie de dificultades a su sucesor, dando lugar a que un enviado especial de la Curia fuese a seguirlo hasta su nuevo destino con el fin de que diera noticias de algunas cosas, a lo cual se negó, diciendo que había permanecido casi, dos años en Guadalajara pidiendo que se le tomara cuenta y que no lo había conseguido, por lo que hoy no lo haría.

Fuera de algunas obras materiales que ejecutó el primer capellán en el santuario, no dejó en Talpa cosa digna de engrandecer su memoria. Para sustituirle, fue nombrado el Br. D. Antonio Lorenzana.

A raíz de la salida del Señor Cura Maldonado, fue electo para sucederle, a principios de 1811, el Pbro. D. Juan Nepemuceno Romero en calidad de interino; éste mantuvo el puesto hasta el año siguiente, en que entregó el curato al Br. D. Patricio Castillón.

Una de las cosas laudables que hicieron los párrocos de esta década, fue la introducción de la devoción a la Santísima Virgen Dolorosa, en toda la jurisdicción, pero sobre todo en la cabecera echó esta devoción tan hondas raíces, que la Santísima Virgen, en esta advocación, llegó a imponerse a la de Nuestra Señora de Guadalupe que hasta entonces había venido siendo la patrona de Mascota, comenzando desde esa época a honrársele como patrona de aquel lugar.

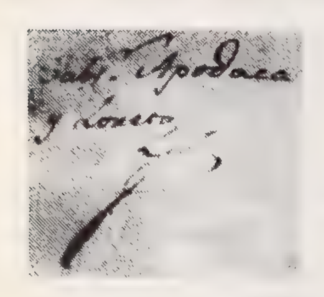
En Talpa se le hizo una capilla especial en lo que ahora es la sacristía y sus fiestas se celebran con vastante esplendor.

Viendo el párroco de la jurisdicción que el capellán Montenegro había dejado el santuario en pleno desorden, solicitó de la Sagrada Mitra que fuese enviado un visitador especial para que practicara una investigación a fondo y diese cuenta al Prelado del estado de cosas, a fin de que dictaminase lo más conveniente. Esto sólo se pudo conseguir hasta el año 1814 en que vino el Pbro. D. Jesús García. Después de un ma-

duro examen de todas las cosas, formuló el enviado, un memorandum que ha llegado hasta nosotros; en él aparece cómo quedaron las cosas a la salida del primer capellán.

Para arreglar todo esto, la Sagrada Mitra fue dando órdenes hasta que todo volvió a la normalidad.

En este año, 1813, llegó a Talpa en calidad de Teniente de Cura el Pbro. D. J. de Jesús Villaseñor.



Autógrafo del Sr. Cura D. Salvador de Apodaca y Loreto

NOTA.—El Illmo. Sr. D. Salvador de Apodaca y Loreto nació en Guadalajara el 25 de diciembre de 1769. Hizo su carrera literaria en su ciudad natal, se ordenó de sacerdote en Durango en 1794 y recibió poco después la borla de doctor en Teología.

Después de haber desempeñado importantes cargos fue nombrado Cura propio de Mascota y su jurisdicción.

"Hizo el bien siempre y sin ostentación de ninguna especie, vivía como el más pobre de su parroquia, comía frugalmente y cuanto reunía de limosna lo repartía entre los pobres".

El 24 de septiembre de 1843 fue consagrado obispo en la Catedral de Guadalajara, había sido electo pastor de la grey neolonesa. Su deceso ocurrió el 14 de julio de 1844.

Durante su regencia como párroco de toda esta comarca, adquirió en el Viejo Mundo la devota y bella imagen de la Madre Dolorosa que se venera en la parroquia de Mascota, la misma que fue solemnemente y con autoridad pontificia, coronada el 15 de mayo de 1961. El amor y la devoción que este insigne clérigo supo llevar hasta el corazón de sus feligreses, ha llegado hasta nuestros días.

Talpa lo recuerda con generosa gratitud, pues no sólo se distinguió como ferviente devoto de la Soberana Emperatriz, sino también laboró activamente en favor de su templo y de su pueblo.

CAPITULO TRECE

Talpa Durante la Consumación de la Independencia

CON motivo de la prolongada guerra de independencia, se sintieron graves trastornos en toda esta región, sobre todo en el aspecto económico, pues la minería, hasta entonces rica y floreciente, se vio en estos años casi reducida a la nada; muchas labores fueron suspendidas, en parte por falta de trabajadores, pues muchos de ellos dejaron los instrumentos de trabajo para empuñar las armas y engrosar las filas ya de un partido, ya de otro, y en parte por la inseguridad de los caminos, pues debido a la gran cantidad de ladrones y forajidos que merodeaban por todas partes, resultaba difícil y a veces imposible exportar los productos e importar víveres y moneda para el sostenimiento de los trabajadores.

Otro tanto puede decirse de la agricultura, que carecía de campesinos, animales de trabajo y, sobre todo, de seguridad, pues en muchas ocasiones, estando ya para levantar las cosechas, llegaban los soldados o los ladrones y acababan con los frutos, dejando en la miseria tanto al agricultor como a su familia.

Todo esto trajo como consecuencia un desequilibrio en la vida comercial y económica, llegando en muchas ocasiones a faltar hasta los artículos de primera necesidad, como el maíz, el frijol, el arroz, etc., todo lo cual hizo sentir el hambre y aun la miseria en toda la comarca.

Consecuencia de todo lo anterior fue una disminución muy notable en las romerías del santuario de la Santísima Virgen, que si bien no llegaron a extinguirse, se vieron reducidas a una mínima parte de lo que habían sido en años anteriores; consiguientemente, disminuyeron también las limosnas, por lo que el culto fue en esa época muy pobre y raquítico y el templo apenas podía hacer frente a sus gastos principales.

Con motivo de todas estas calamidades, emanó el año 1814 un decreto de la Sagrada Mitra en que se pedía que en todas las parroquias del obispado se hiciesen rogativas públicas, pidiendo la deseada paz; los libros de ese año nos dicen que en Talpa se llevaron a cabo las deseadas preces con toda solemnidad, aunque no nos dan detalles de ellas.

La penuria de dinero, trabajo, víveres y demás cosas necesarias para la vida, trajo consigo la miseria y desnutrición del pueblo, con lo quedó dispuesto a ser presa fácil de nuevas enfermedades.

Durante los años de 1814 a 1816 sobrevino una epidemia de fiebre, quizá el tifus, que vulgarmente se conocía con el nombre de "Peste de Cuautla", por haber aparecido por vez primera en dicha población; de allí se extendió, recorriendo el Reino en diferentes direcciones.

Carecemos de datos estadísticos concretos y seguros acerca de las víctimas que causó en Talpa esta enfermedad. Ciertamente las actas de defunción no registran un aumento digno de tenerse en consideración, además las actas son poco fidedignas en la causa de la muerte, pues los dolientes de las víctimas, que eran quienes proporcionaban los datos, carecían de los suficientes conocimientos para un diagóstico acertado y veraz.

En esta ocasión, como en todas las anteriores, los votos y las peticiones a la Patrona de Talpa se multiplicaron en gran manera, siendo por este motivo más visitado su santuario.

La madrugada del 31 de mayo de 1818 se sintió un fuerte temblor de tierra que dañó seriamente algunos edificios del pueblo, el templo de la Madre querida no sufrió cosa digna de consideración, sólo la torre resultó muy averiada, gracias a que era relativamente baja, no cayó al suelo causando mayores males, pues quedó toda llena de peligrosas cuarteaduras.

Inmediatamente se procedió a destruirla, aunque de momento no fue posible su reconstrucción por las difíciles circunstancias que afrontaba el santuario, sin embargo fue una constante preocupación de los capellanes que esperaban tan sólo la primera oportunidad para rehacerla.

El año 1819 dejó de regir la feligresía el Sr. Cura D. Salvador de Apodaca y Loreto. Le sucedió en el puesto el Br. D. Aniceto Gil, oriundo de Talpa y vástago de la familia Gil, una de las más antiguas y numerosas del pueblo.

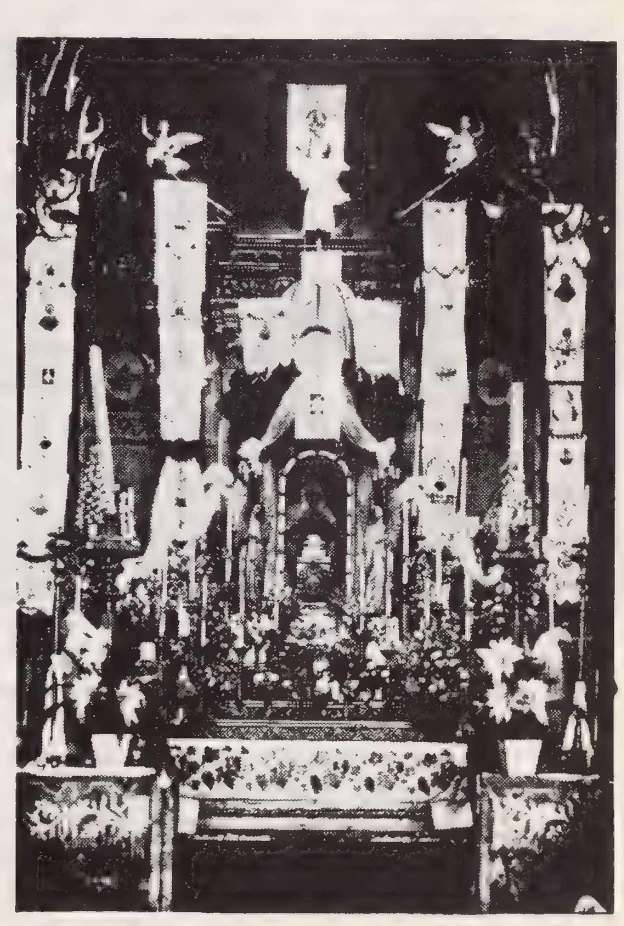
Después de un corto interinato, pasó el beneficio al Sr. Cura D. Juan Nepomuceno Romero que hasta entonces había laborado como Vicario Cooperador de la parroquia.

En ese mismo tiempo dejó de ser capellán del Santuario el P. Lorenzana. La vacante fue ocupada por el Pbro. D. Aniceto Gil, quien vino en compañía del Br. D. Ignacio Gudiño y Monroy, éste último en calidad de ministro a la vicaría de Talpa.

Por fin la guerra terminó. El año 1821 se firmaron en Córdoba los tratados por los que se reconocía la independencia de México. La noticia fue recibida en Talpa con las manifestaciones más entusiastas y llenas de alegría, en el santuario fue celebrada una misa solemne con tedéum en acción de gracias y en el pueblo hubo toda una serie de festejos.

A la consumación de la independencia siguió el primer Imperio Mexicano, que tuvo como epílogo la caída de D. Agustín de Iturbide.

Durante muchos años, los fervientes devotos de la Reina de Talpa gozaron intensamente contemplando el magestuoso espectáculo que presentaba el santuario ricamente adornado con una gran variedad de estandartes procedentes de muy remotos tiempos y lugares.



Vino después la proclamación de la República y a continuación la de "El Estado Libre y Soberano de Jalisco".

Pasada toda esta efervecencia, los ánimos empezaron a serenarse y a rehacerse la paz y seguridad en los pueblos. Se restableció la seguridad en los caminos; la agricultura, minería y el comercio volvieron a trabajar con regularidad y los devotos de la Virgencita de Talpa pudieron libremente volver a los pies de la Madre Buena, las romerías y fiestas recobraron su prístino esplendor; las limosnas vinieron en aumento y el culto cobró la lucidez de años anteriores.

En este tiempo era ya muy sensible la tendencia de los peregrinos de llevar consigo a su regreso de Talpa, algún objeto relacionado con la Sagrada Imagen, al que llamaban impropiamente "reliquia de la Virgen". En esta época eran muy solicitados los cabos de velas que habían ardido en el altar de Nuestra Señora, las flores que lo habían adornado, los listones que tenían la misma longitud que la Taumaturga Señora y que desde entonces se han venida llamando por ello "medidas": era también muy solicitada la tierra llamada "del pocito", como en otro lugar quedó dicho. También de esta época datan las primeras medallas de la Santa Imagen de que hemos podido tener noticia: tenían a un lado a la Santísima Virgen y al opuesto una inscripción alusiva, siendo de cuño muy imperfecto.

Durante estos años vino un gran florecimiento en la cofradía de la Patrona del pueblo, contando con varios millares de miembros diseminados en una extensa zona del país, además con una cantidad considerable de bienes materiales, sobre todo animales de distintas clases. Estos bienes habían sido diezmados durante la guerra de Independencia, ya porque fueran perseguidos por las tropas o los ladrones, ya porque el santuario tuviera que disponer de algunos de ellos para satisfacer sus necesidades más elementales.

En estos años se reanudaron las visitas que hacían a todo el Obispado las imagencitas llamadas peregrinas, pues desde años antes permanecían en completo reposo esperando su día.

Con todo este resurgir económico, el P. Gil se vio en condiciones de emprender la reconstrucción de la torre dañada por el sismo. La obra se llevó a cabo con alguna lentitud, pero al fin le tocó su término; la nueva torre resultó más alta que la anterior, pues era ya de dos cuerpos adaptada para un reloj público y un número mayor de campanas.

Desde hacía muchos años se venía usando el distintivo o escapulario que llevaban consigo los miembros de la Cofradía de la Madre querida de Talpa; se había hecho éste en forma sencilla y convencional, llevaba grabada la Imagen de la Patrona y el monograma de María con la siguiente inscripción: *"Cofradía de Nuestra Señora del Rosario de Talpa"*.

Aprovechando la visita pastoral del Ilmo. Sr. Cabañas el año 1802, el capellán y los mayordomos de la hermandad, en una junta celebrada exprofeso, solicitaron del Ordinario la aprobación de dicho distintivo. El Prelado ordenó que le fuese mandado un ejemplar a la Curia de Guadalajara para hacer allí el trámite correspondiente y conceder en debida forma la deseada concesión.



Escapulario que usaron los cofrades de la Sma. Virgen del Rosario por más de una centuria. Fue aprobado e indulgenciado en el 1er. cuarto del siglo XIX.

Los difíciles tiempos que siguieron a la visita obligaron a retrasar este asunto hasta fines del año 1820, en que se expidió el decreto de aprobación, concediendo Indulgencias especiales a quienes, después de haberlo recibido de manos del director de la hermandad, lo llevasen puesto durante las funciones propias de la Cofradía.

El domingo de septuagésima, 15 de febrero de 1824, en el santuario de Nuestra Señora de Zapopan, recibía la unción sacerdotal de

manos del Ilmo. Obispo Cabañas, el diácono D. Juan Nepomuceno Ibarra, neosacerdote que habría de distinguirse luego por su gran amor a la Patrona de Talpa, amor que luego traduciría en obras, sobre todo materiales, en una forma tan intensa como no lo había hecho antes otro clérigo y como tampoco se ha repetido el caso en los años posteriores.

Había visto la luz primera en la Hacienda de San Nicolás de los Ibarra, Jurisdicción de Chapala, el año 1798 siendo sus progenitores el Sr. D. José María Ibarra y la señora Dña. Josefa Valencia de Ibarra.

Era, por decirlo así, un muchacho al iniciarse la guerra de independencia. Cuando tuvo conocimiento de ella, aquel jovencito se fugó de su casa y se unió a las filas de D. Miguel Hidalgo, a quien acompañó durante todos los días que éste permaneció en lo que hoy es el Estado de Jalisco..

Cuando tuvo noticia de la muerte del caudillo de la libertad, decidió abrazar la carrera sacerdotal, para lo cual ingresó desde luego al Seminario Diocesano de Guadalajara.

Ordenado sacerdote, fue luego adscrito al curato de Mascota; se trasladó enseguida a su nuevo destino y después de permanecer algunas semanas al lado del Sr. Cura Romero, pasó a Talpa en calidad de teniente de Cura en compañía del P. Gil que fungía entonces como primer capellán del santuario.

El nuevo sacerdote sintió desde un principio un amor y una devoción muy grande a la Madre Milagrosa de Talpa, a cuyas plantas iniciaba su ministerio sacerdotal.

Trabajó con entusiasmo en compañía del capellán, sacerdote ya casi octogenario y muy enfermo, dando gran impulso a la construcción de la nueva torre que para esas fechas se veía algo adelantada.

A mediados de 1825 una nueva epidemia azotó al Estado; la enfermedad llamada Sarampión se extendió rápidamente, causando algunas víctimas; los temerosos devotos de la Santísima Virgen se rodearon de Ella para implorar su ayuda. Esta ocasión fue el H. Ayuntamiento quien costeó una fiesta que se ofreció a la Soberana Señora, con lo que se vio libre el pueblo del temido accidente.

Quizá a raíz de la nueva epidemia y para precaver el contagio, se expidió este año la orden de que en adelante no se permitiría seguir sepultando dentro de los templos; hasta esa fecha, esta costumbre se había generalizado mucho. El Ilmo. Sr. Cabañas había legislado

concretamente en esta materia en lo referente al santuario de este pueblo, sin embargo, el uso continuaba casi como antes. Para entonces, continuaba siendo empleado como mausoleo el atrio del templo.

Estando ya casi terminada la nueva torre, salió el P. Ibarra con destino al rico y floreciente mineral de Cuale; para sucederle en su anterior ampolleta, recibió nombramiento el P. D. José de Jesús Villaseñor. Corta fue la duración de este clérigo, pues en diciembre del mismo año entregaba el destino al Pbro. D. Vicente Moreno.

Los primeros años de la vida independiente resultaron una dura experiencia para la naciente patria mexicana. Los años que historiamos fueron de plena anarquía y desorden en el gobierno, los levantamientos y partidos políticos se sucedían unos a otros y se multiplicaban cada día; el Gobierno hacía grandes esfuerzos para mantener el orden y la paz, pero todo resultaba inútil.

Aprovechando este estado de anarquía que reinaba en todas partes, multitud de cabecillas se habían remontado a los cerros, desde donde asaltaban pueblos, viajeros, etc., causando la inseguridad en todas partes.

Consecuencia natural de esta anomalía fue la suspensión casi total de las fiestas y romerías de Talpa, pues los peregrinos tenían que hacer largas jornadas a pie o a caballo, por lugares despoblados, careciendo de las garantías necesarias, por lo que se veían obligados a no viajar.

En vista de tan grandes dificultades y peligros que tenían que afrontar los peregrinos para visitar el santuario y a la Madre querida, el P. Gil solicitó a la Sagrada Mitra algunas gracias espirituales en favor de tan abnegados creyentes; el Dgmo. Prelado tomó muy en consideración la solicitud y en el mes de noviembre de 1831 firmó el decreto por el que concedía las deseadas gracias, haciéndolas extensivas después a quienes visitaran el Templo de la Santísima Virgen durante todo el año.

Las continuas enfermedades y viejos achaques hicieron al P. Villaseñor abandonar este pueblo. La vacante que dejó se vio luego cubierta por el Pbro. D. Pablo Aguayo, cuya estancia resultó también muy breve, pues después de unos meses dejó solo al anciano y achacoso P. Gil.

Terrorífico para todo el Estado de Jalisco y para una extensa zona del país resultó el año 1833, pues en él hizo su aparición la terrible peste llamada cólera-morbus.

El mal se presentaba en forma de calambres, evacuaciones constantes, etc., que en pocas horas producían inevitablemente la muerte siendo verdaderamente raros los que lograban sobrevivir a ella.

En Talpa comenzó a sentirse en el mes de junio. Ese mes se registraron 17 defunciones de dicho mal, gradualmente fue ascendiendo hasta el mes de agosto en que empezó a decrecer. En este corto lapso de tiempo causó en el pueblo unas 70 víctimas, contándose entre ellas el venerable P. Gil; el mal le ataco repentinamente, llevándoselo en sólo unas cuantas horas; al andar en el cumplimiento de su deber, auxiliando enfermos, contrajo la enfermedad que lo llevó a la tumba cuando frisaba los 94 años de edad.

Los vecinos de Talpa, viéndose solos y sin quien les impartiera los últimos auxilios espirituales en momentos tan difíciles y peligrosos, acudieron rápidamente a la Sagrada Mitra, quien ordenó desde luego que pasara de nuevo a Talpa el Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra que a la sazón se hallaba en Cuale.

A su llegada, lo primero que hizo fue organizar una gran peregrinación de rogativa ante la Milagrosa Imagen, con el fin de que cesara le terrible peste. Aquella oración pública fue atendida, pues en esos días se restringieron notablemente las defunciones, tendiendo luego a desaparecer el temido mal.

Así volvió a Talpa el P. Ibarra.



Parte del atrio y costado norte de la Santa Basílica, lo primero que se presenta a las miradas del cansado romero . . .

CAPITULO CATORCE

Importantes Mejoras al Santuario

PRINCIPIO el P. Ibarra su regencia en medio de una serie de problemas y dificultades de toda clase.

Debido a la anarquía e inseguridad que reinaba en todas partes, los seminarios, en gran parte, habían cerrado sus puertas, por lo que luego se hizo sensible una gran escasez de clero. Con tal motivo, la Sagrada Mitra expidió un decreto en el que disponía que en Talpa sólo habría un sacerdote que se encargaría del santuario y de la vicaría, y que por el momento la capellanía pasaba, en calidad de beneficio, al párroco de la jurisdicción, mientras se ordenaba otra cosa.

Otro de los problemas que se le presentaron al recién llegado padre, fue la ley que expidió el Gobierno en esos meses, por la que desamortizaba los bienes de la Iglesia y los convertía en bienes de la Nación.

El santuario de la Santísima Virgen poseía entonces cuatro fincas urbanas: El llamado Mesón de la Virgen, la casa de la Virgen (actual Curato, empleado entonces como habitación del P. Ibarra); una tercera finca denominada El Molino y por último, una casa que habían cedido los herederos del P. Gil como pago de una deuda que dejó pendiente al morir el anciano sacerdote.

La Cofradía de Nuestra Señora poseía también una finca que empleaba como hospital.

Gracias a la buena armonía que reinaba entonces entre el clero y las autoridades civiles del lugar, no se molestó en lo más mínimo ni al santuario ni a la Cofradía, quienes continuaron en pacífica posesión de sus bienes.

La peana en que descansaba la Sagrada Imagen del Rosario pareció al Padre muy pobre y anticuada; era de plata pura, pero tanto su arquitectura como su mano de obra eran de mala calidad, además el dorado se había destruído casi del todo, por lo que decidió mejorarla, cambiándola por otra más nueva y de mejor calidad. Para esto, mandó hacer a un experto carpintero la parte central *"que fuese de madera muy maciza e incorruptible"* y contrató al más hábil orfebre del lugar, el maestro D. Francisco Núñez, quien con ciento veinticinco marcos de plata dio forma a la peana que contemplamos hoy día. Cuando la hubo terminado le aplicó un grueso dorado de oro puro de la mejor calidad. Su costo total fue de mil doscientos cincuenta pesos.

Se procedió en seguida a colocar la bendita imagen sobre esta nueva peana, que fue bendecida con toda solemnidad la Nochebuena del año 1833.

Para esta fecha se colocó también, en la torre del santuario, un reloj público de molinillo que había adquirido meses antes de morir el extinto P. Gil.

Estos años fueron de gran fervor y devoción a la Gran Señora; su templo se vio pletórico de peregrinos que acudían a Ella en busca de consuelo en medio de un mundo tan lleno de miserias y problemas. Las romerías fueron tan abundantes como pocos años se habían visto, con lo cual la vida del pueblo y el movimiento comercial cobraron un nivel considerable.

Para entonces, el santuario se hallaba ya muy deteriorado, el decorado estaba en muy malas condiciones, las pinturas muy sucias y borrosas debido a la mala calidad de los materiales que se emplearon en ellas y a la inevitable acción de los años. El activo sacerdote emprendió desde luego su reforma.

El año 1834 fueron retirados los altares de madera para sustituírlos por otros que fuesen de cantera; el arcaico retablo churrigueresco del altar mayor, todo lleno de imágenes y de ángeles, con un dorado muy fino y abundante, fue quitado, y en su lugar se colocó otro de estilo neoclásico, todo de cantera y de líneas muy sencillas.

Es una verdadera lástima que aquella pieza de tan gran valor artístico se haya convertido en chatarra, para luego destruirse del todo.

También los retablos de los altares corrieron la misma suerte, fueron removidos y en su lugar se edificaron los que hoy contemplamos.

El 24 de julio de 1835 se comenzó a labrar el balaustrado interior del templo que corona la corniza a lo largo de la nave y los cruceros, encargándose de su manufactura el maestro D. Ignacio Dueñas; esta obra quedó concluida en el mes de abril del año siguiente, constando de 360 balaustres de muy buena madera. (1)

En el presbiterio se colocó un piso nuevo de cantera labrada y combinada en artística policromía, además un barandal todo de metal, en estilo churrigueresco, en lugar del antiguo que era todo de madera, se colocaron en el mismo presbiterio dos ambones también de cantera, con sus atriles fijos de metal con incrustaciones de plata, todo de muy buena clase y, por fin, se removió el trono de la Santísima Virgen para dar lugar al nuevo que se hizo con columnas de cantera y fue coronado por un cupulino de marcadas líneas góticas.

El antiguo altar de Señora Santa Ana fue dedicado a Nuestra Señora del Refugio, advocación que ha conservado hasta el presente; el altar que antaño fuera de Jesús Nazareno, se dedicó en esa ocasión a San Juan Nepomuceno, todos los demás se conservaron como hasta entonces.

Cuando estuvieron terminadas todas estas reformas, se procedió a la pintura, que se hizo conforme al proyecto que aprobó la Sagrada Mitra: *"el interior será de color azul bajo, el exterior plúmbago con los salientes de blanco. El sócalo interior al óleo a la altura de vara dos tercias y el exterior a la altura de vara y media en rojo o café"*.

Se encargó de la ejecución de esta obra, el maestro D. Germán B. Ponce.

Terminada la pintura, se procedió a la renovación del pavimento de la Iglesia que, como el anterior, se hizo de madera de muy buena calidad.

Para el año 1837 estaba terminada la obra del interior con un costo de $ 11,129 y nueve reales. Con esto, el santuario ganó mucho.

---

(1) Para el año 1923, en que se renovó la decoración y pintura del santuario, se pensó en renovar también el balaustrado; pero por falta de tiempo tan sólo se recubrió con tela; en esta forma ha llegado hasta nuestros días.

pues desde que se finalizó, en el siglo anterior, no se le había hecho reforma digna de consideración.

También en el exterior había obras muy importantes y necesarias que emprender; la torre nueva, edificada por el extinto P. Gil, había sido seriamente dañada por un sismo que no hemos podido concretar la fecha en que tuvo lugar; el documento que nos da noticias de él, data en 1840. En él nos dice el P. Ibarra que para entonces la torre estaba muy dañada a consecuencia de dicho temblor, pero no nos da razón de la fecha precisa.

Aunque se había dedicado de lleno el capellán, a las obras materiales, no por eso descuidaba el aspecto espiritual de su ministerio. En el mes de octubre de 1836 organizó un censo o empadronamiento de los habitantes de su jurisdicción, el primero que se conoce y se conserva en toda la Historia de esta feligresía. Según dicho censo, la jurisdicción de Talpa contaba con un total de 3.282 habitantes repartidos entre 602 familias de las cuales 356 vivían en la cabecera y el resto en los poblados circunvecinos.

El pueblo estaba dividido en cuatro barrios: el de Santiago, el de San Juan, el de La Asunción y el del Carmen.

En este tiempo se dio a la estampa la novena de la Santísima Virgen, cosa que hacía tiempo no se hacía; se imprimieron también varios millares de imágenes de Ntra. Sra. del Rosario que el Padre puso a la disposición de los peregrinos y, por último, se emprendió una nueva información de los milagros obrados por la Santísima Virgen, quizá con el fin de darlos a conocer a los fieles; por desgracia, no se ha conservado el documento que nos diera razón del resultado de dicha encuesta.

Otra de las consignas del primer capellán, fue reorganizar e inyectar la mayor vitalidad posible a la Cofradía de Nuestra Señora, ya que con la ayuda que ella le prestaba podía hacer frente a los múltiples gastos que constantemente le originaban las mejoras materiales del santuario.

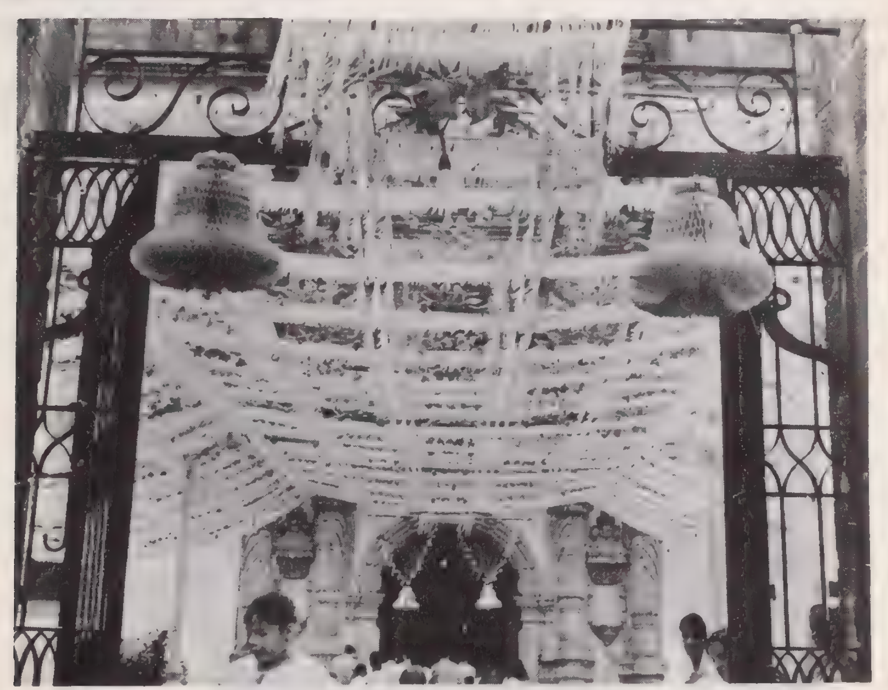
Todo esto trajo un aumento en la devoción y piedad de los fieles, que luego se tradujo en un incremento de las romerías, en una forma tan extraordinaria como no se había visto desde que se inició la guerra de Independencia.

Con todo esto creció el caudal de las limosnas, con lo que el santuario se vio muy pronto capacitado para emprender nuevas obras.

En el año 1837 tuvo lugar una extraordinaria fiesta con motivo de la bendición de las obras que se habían llevado a cabo en el interior del templo y de la colocación de la bendita Imagen en su nuevo trono. Dichas festividades resultaron realmente memorables, se adornaron las calles del pueblo al estilo provinciano con verdadero primor, y en una especie de gran altar que se confeccionó sobre una carreta, se colocó la Taumaturga Escultura que luego recorrió las arterias principales de la población.

Por las calles, a conveniente distancia, se edificaron altares donde fue colocada la Patrona, allí le fueron ofrecidos cantos, poesías, danzas, flores y toda una serie de festejos conforme a la usanza de la época.

En medio de una alegría y felicidad delirantes, volvió la Celestial Señora a su templo. Se le colocó en el altar mayor, a continuación



Motivo de gozo y satisfacción, es para los devotos de la Sma. Virgen el arreglo del atrio, todos los años para las fiestas Septembrinas.

se rezó el Santo Rosario y entre vivas y aplausos de una multitud que la aclamaba, fue colocada por el P. Vicario en su nuevo trono; a continuación, hicieron todos los presentes la formal promesa de que seguirían luchando y trabajando para que su casa fuese cada día más hermosa.

Para el año 1837, según reza un documento de la época, Talpa sólo contaba con tres campanas colocadas en la torre: "*una grande con un peso total de 170 arrobas, una mediana con 142 arrobas, y una esquila montada con 57 arrobas, además una pequeña de tres arrobas llamada de gobierno y, finalmente, el relox tiene dos campanas medianitas, la de los cuartos y la de las horas, el cual (relox) está en la torre nueva*". Hasta aquí la noticia del P. Ibarra.

El celoso capellán inició luego la búsqueda de los materiales necesarios para fundir otras nuevas campanas, que con sus lenguas de bronce vinieran a cantar las glorias de la Celestial Señora.

Buena parte del metal necesario fue traído de Guadalajara, otra parte se pudo comprar en Mascota y un poco se pudo reunir también en esta población.

Cuando se contaba ya con todo lo necesario, el Padre se convino con el maestro fundidor D. Francisco Núñez para que le hiciera la



Recrea el espíritu contemplar desde lejos la casa mater . . .

obra deseada; se habría de principiar según sus proyectos, por una pieza grande, que deseaba fuese de gran tamaño y buen sonido. Se escogió como lugar mejor para fundirla el conocido con el nombre de "*Plaza de la Iglesia Vieja*", o sea el sitio donde había estado edificado el segundo santuario de la Buena Madre.

Todo el pueblo cooperó con el combustible necesario y, en esta forma el 29 de abril de 1837, en medio de la curiosidad y admiración de los lugareños, se vació la primera campana que, con el nombre de "*La Mayor*", ha llegado hasta nosotros.

Oigamos lo que sobre ella nos dice el mismo P. Vicario: "*Su artífice convino con el síndico a vaciar esta obra a doce pesos arroba, entendido que si pasaba de 300 arrobas el peso que ella sacara, se le darían diez pesos en clase de gratificación*". "*La lengua (badajo), la hizo el herrero D. Gregorio Parra por cien pesos*".

Dicha obra resultó al fin con un peso total de 380 arrobas, por lo que hubo que pagar a su artífice la propina convenida de diez pesos, según consta por recibo que se extendió al síndico y que ha sobrevivido hasta nuestra época.



Alegría, consuelo y esperanza, produce en el corazón del fatigado peregrino el contemplar desde lejos el blanco edificio donde habita su celestial patrona.

Fue en aquellos lustros una verdadera proeza el colocar en su lugar una pieza tan pesada y voluminosa; para ello se hicieron muchos y complicados andamios de madera, o mejor diríamos, una especie de rampa que, principiando al costado sur de la plaza principal, iba en ascenso lentamente hasta llegar a lo que sería el primer cuerpo de la torre, en donde habría de permanecer definitivamente.

En el día y a la hora señalados se reunieron todas las fuerzas vivas del pueblo para prestar su ayuda, se emplearon bueyes, remuda y el mayor número de hombres que fue posible reunir.

Mientras se verificaba la difícil y lenta ascención, el P. Ibarra con todo el devoto femíneo sexo, hacía una rogativa dentro de la Iglesia, pidiendo el feliz éxito de la empresa.

Una vez que lograron colocarla en su lugar definitivo, se procedió a su bendición y a tocarla por primera vez; en medio de un silencio sepulcral se escucharon los doce primeros toques, siendo sus magestuosos tañidos muy celebrados por los fieles.

Su costo real fue de $ 2,137.00 y siete rales y medio, descontando 81 arrobas de una campana vieja que se fundió y cuyo precio no se tomó en cuenta.

A continuación se fundieron otras dos campanas, una con un peso de 173 arrobas y otra con sólo 57, con lo que fue enriquecido el santuario en esta ocasión.

Como se acercaban ya las fiestas conmemorativas de la milagrosa renovación que iba a cumplir ya su segundo centenario, el P. Capellán apresuró las obras con el fin de que se pudiera mejorar el santuario todo lo más posible para esta fecha.

El 10 de octubre de 1842 iniciaron nuevas obras, de las que el Capellán nos da la siguiente relación: "*En el nombre de Dios Todopoderoso y de la Santísima Virgen de Talpa y con la licencia respectiva del superior Gobierno Eclesiástico se van a dar principio hoy día de esta fecha con las obras del atrio, comenzando a tumbar la torre vieja que, por lo falso y cuarteado de ella, amenaza ruina a las bóvedas del templo y a las casas circunvecinas, el blanqueo exterior, una balaustrada en la corniza de la azotea y, si hay con que seguir trabajando y sobra tiempo, se comenzará a construir dicha torre*".

Para que se encargara de la dirección del trabajo, se contrató al arquitecto tapatío D. Claro Barajas, al que luego se le entregó la

cantidad de cinco pesos en plata para que cubriera los gastos de su viaje a Talpa.

Cuando arribó el Maestro a estas tierras, se había eliminado ya la torre anterior y se había preparado el material para la nueva, por lo que fue posible inicir las labores de construcción en seguida. Sobre esta materia, poseemos la siguiente nota del P. Capellán: "*Diré brevemente que, para comenzar la obra se calculó su costo, por el Dr. Barajas, en seis mil pesos lo más, pero viendo que ya a la mitad de ella iban gastados los seis mil pesos se me hizo duro dejarla así inconclusa, por lo mismo tomé todos los arbitrios posibles para llevarla a cabo, como se verificó, la que no encarezco en su hermosura y solidez por dejarla al tiempo y a los inteligentes en el arte*"

"*Sí haré presente que para mí se llama la obra del milagro atendiendo a la cantidad de numerario con que se comenzó y los muchos disgustos y molestias que tuve con los operarios y mayor con el Dr. (D. Claro) hasta que por fortuna se retiró dejándola inconclusa*"' Parte del informe que el P. rinde a la Sagrada Mitra sobre estas obras.

El día que terminó la torre, escribió el Vicario la siguiente nota: "*22 de julio de 1843. Aquí terminó con el favor de Dios y de la Santísima Virgen de Talpa, sin novedad ni contingencia alguna, la obra costosa y mortificante de la torre bajo la dirección del albañil D. Manuel Zabala. La torre se construyó en nueve meses y doce días que media entre diez de octubre de 1842 y 22 de julio de 1843*". En la mencionada obra se trabajaron 230 días con los siguientes números: sumando los días que trabajaron los barreteros resultan 1058 y los albañiles 1409, se les pagó la suma de $ 4.799.00. Los canteros trabajaron en conjunto 774



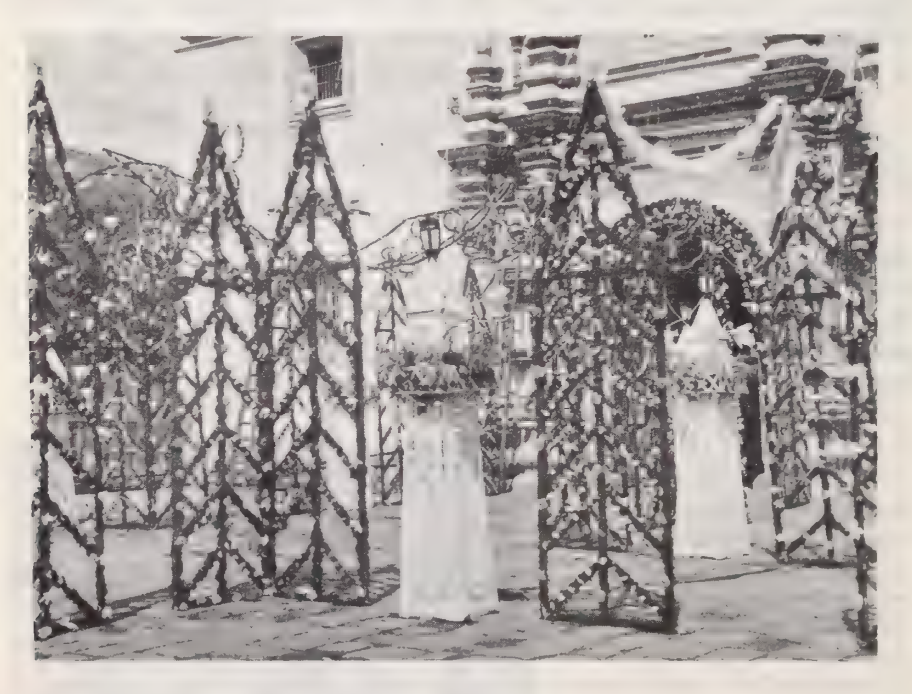
Banderas que ondean gloriosamente en erguidos mástiles, a impulso de primaverales vientos, en torno a la Insigne Basílica de Talpa, como un testimonio vivo del reinado de María sobre sus hijos.

días y se les pagó un total de $ 4.225.00 y cuatro reales. Se acarrearon 643 carretas de piedra que costaron $ 1.131.00 y dos reales, otros materiales dieron un costo de $ 1.616.00 y dos reales. Toda la obra arrojó un costo de $ 11.782.00 y nueve reales.

Terminada la torre, se colocaron las campanas en sus respectivos sitios; hay que tener en cuenta que la campana mayor se colocó primero y, dejándola ya ubicada, se construyó la torre, pues dadas sus dimensiones no era posible introducirla por ninguna ventana.

Apenas vio el clérigo terminado ese trabajo, volvió su atención al balaustrado exterior; era una cosa que cautivaba la mente del buen sacerdote, deseaba ver coronado el santuario con aquel enrejado de sólida cantera; por esta razón, con el dinamismo que le caracterizaba dio principio en el mes de agosto a labrar la piedra necesaria mientras pasaba lo fuerte del temporal de lluvias.

En la segunda quincena de octubre se comenzó a colocar dicho barandal, se laboró en él con toda la rapidez y actividad posible, de



Otra de las formas como los talpenses decoraron el atrio anchuroso de la imponente Basílica.

tal suerte que para la llegada de las romerías del siguiente febrero (1844), estaba ya terminado. Los peregrinos que visitaron en aquel año a Talpa pudieron contemplar estas obras ya concluídas.

Las nuevas mejoras materiales contrastaban demasiado con la pintura exterior del edificio, pues estaba ya muy sucia y deteriorada, por tal motivo, el capellán, apenas terminaron las fiestas de febrero de 1844, emprendió la renovación tanto de la pintura como del decorado exterior. Este trabajo tocó su fin en la primera semana de junio, ambas obras, el balaustrado y la pintura, arrojaron un costo de $ 4.858.00 un real y tres cuartos,

En esta forma pudo esperar Talpa las fiestas del segundo centenario de la milagrosa renovación, con el santuario también totalmente renovado tanto en el interior como en el exterior.

Durante los meses de julio y agosto se dedicó el padre a organizar las fiestas del próximo septiembre; de Mascota vino un clérigo que predicó una semana de misión con gran fruto espiritual para los talpenses; el novenario se organizó en tal forma que resultó un éxito, las rancherías, la Cofradía y el pueblo en general no economizaron ni gastos ni trabajo para que todo saliera como nunca.

Resultaron ese año muy típicas las llamadas ofrendas. Cada gremio trajo a la Celestial Señora un obsequio de aquello que cultivaba, y después de ofrecido el presente a la buena Madre, se distribuía entre los pobres; así, el gremio de los ganaderos, que tuvo a su cargo las corridas de toros, trajo como presente una hermosa res. Se hizo llegar el cuadrúpedo hasta la entrada principal del atrio y después de hacerlo permanecer allí unos instantes, se llevó a la plaza principal, se secrificó y todos sus productos fueron distribuídos entre los pobres, estando el reparto a cargo de la Cofradía de la Sma. Virgen y de la junta de la Caridad; el gremio de comerciantes ofreció buena cantidad de ropa y comestibles. se llevó también hasta la puerta del atrio y después de ofrecerla a la Santísima Virgen, fue repartida entre los pobres en la misma forma que la anterior.

Abundaron las danzas, la música, las vistosas composturas, las típicas luminarias; la nueva torre se vio iluminada por vez primera con las luces producidas por la combustión de grasas de animales, lo mismo que la corniza y el recién construído balaustrado; las mozas tal-

penses rechonchas y sonrientes lucieron sus más alegres y típicos trajes y los jóvenes hicieron derroche para ostentar sus mejores prendas.

Como en el siglo anterior, la fiesta se prolongó hasta el día 23 en que se trató de repetir la misma festividad que en acción de gracias ofreciera dos centurias antes el Bachiller D. Pedro Rubio Félix por el gran milagro de la renovación.

El día 19, como a las 10 horas de la mañana se organizó una gigantesca peregrinación, asistiendo la inmensa mayoría de los habitantes de Talpa y sus visitantes, siendo precedida por las autoridades civiles y recibida con toda solemnidad por el clero en las puertas del atrio; mientras entraba al recinto sagrado se entonaron las letanías lauretanas. Ya estando en el altar, ocupó la cátedra sagrada el Sr. Cura de Mascota, dando a conocer el favor que había hecho la Madre de Dios, mostrando su amor a sus hijos al obar tan gran portento en aquella destruída imagencita.

Estuvo tan conmovido el párroco que su pieza oratoria se vio frecuentemente interrumpida por el llanto propio y de sus oyentes; a las 11de la mañana, hora en que probablemente tuvo verificativo el milagro, se vitoreó a la Santísima Virgen y se le aplaudió en forma delirante. En medio de los aplausos, vivas y abundantes lágrimas, que de gozo derramaban todos los presentes, se entonó un solemnísimo Tedéum en acción de gracias, con lo que dio fin el ejercicio.

Apenas hubieron terminado las fiestas centenarias, el P. Ibarra reanudó sus labores de embellecimiento de su amado templo; quedaba algo que no le gustaba al fervoroso capellán, era el atrio, aquel extenso cementerio que rodeaba todo el edificio le parecía demasiado lúgubre para la vista del peregrino que venía de lejanas tierras en busca de consuelo y de paz, y la primera impresión que recibía era la de toda una serie de tumbas que sólo le recordaban la muerte; el vicario deseaba un atrio hermoso que fuera como el guardián que custodia la casa solariega, que saluda cariñoso al visitante y le infunde confianza invitándole a pasar adelante, en la seguridad de que poco más adentro encontrará lo que busca su afligido corazón.

Para esto se puso el clérigo en contacto con el H. Ayuntamiento que encabezaba entonces el C. D. Salustiano Peña y le propuso su proyecto que desde luego fue acogido con entusiasmo de parte de las

autoridades. Los regentes prometieron al sacerdote que tratarían el asunto y que en breve le darían la respuesta definitiva, mientras tanto podía iniciar los trabajos previos para su obra.

Con esta solución inicial dio luego principio al corte de cantera y a reunir todo lo necesario tanto para el balaustrado que debía llevar el atrio como para el piso que deseaba colocarle.

La antigua capilla del milagro se había venido conservando después de dos centurias casi en el mismo estado y en la misma forma que se hallaba el año 1644; se le habían renovado varias veces los techos, pero se había procurado que fuesen de la misma forma y materiales que los anteriores.

El piadoso capellán veía con ternura la fe con que los peregrinos y enfermos acudían a aquel lugar en donde se había manifestado el poder y la bondad de Dios, haciendo brotar de la muerte, la vida; de la ruina y el lespojo, la hermosura y la bondad, de la enfermedad, la salud; de la miseria y la nada, la grandeza y el poder.

Movido el buen clérigo por estas consideraciones, se dirigió a la Sagrada Mitra solicitando licencia para edificar en aquel lugar un hospital, un centro de salud que tuviera como centro el preciso lugar del milagro, un pequeño Lourdes en donde la Madre Buena siguiera mostrando su poder y caridad para con los que sufren.

Desconocemos las causas y razones que tuvo la Curia para negar el deseado permiso, lo cierto es que no lo concedió y el proyecto quedó en suspenso.

Mientras tanto, los trabajos del atrio nuevo continuaban a gran prisa, se labró casi la totalidad de la cantera que se iba a ocupar y se praparó todo lo necesario para llevar a feliz término la obra.

Fue hasta el 10 de marzo de 1847 cuando el H. Ayuntamiento giró oficio al P. Ibarra en donde le notificaba que pasara inmediatamente a recibir el predio que se emplearía para el nuevo camposanto; se había escogido para este fin la falda del cerrito conocido hoy con el nombre de *"Cerro de Cristo Rey"*.

Recibió el sacerdote el terreno que le fue asignado por los munícipes y dio luego principio a la construcción de una capilla que ocuparía el centro y a las bardas que circundarían la nueva mansión de paz.

En unos cuantos meses se terminó el trabajo; de él nos legó el capellán la siguiente nota: *"La capilla tiene de centro doce varas de longitud y siete de latitud, enladrillada, tiene su altar, presbiterio, una ventana de madera de cuate, su buena puerta, etc., su costo fue de $ 939.00 y tres y medio reales"*.

Dicha capilla ha llegado hasta nuestros días, gracias al cuidado que de ella han tenido los familiares de personas que fueron inhumadas en ella, pues el cementerio se clausuró a fines del siglo para abrirse el que en la actualidad se halla en servicio. (1)

A fines de mayo del mismo año tuvo lugar la solemne ceremonia de la bendición de la capilla y del camposanto, se celebró allí una Misa solemne en sufragio de todos los fieles difuntos del lugar y se declaró desde aquel día en servicio. Desconocemos quien haya sido el afortunado que haya estrenado la nueva mansión de paz.

---

(1) Al pie de la última página del libro antañón que nos ha conservado las noticias referentes al arcaico mausoleo que venimos historiando, encontramos la siguiente nota, procedente quizá de algún reflexivo notario; como un dato curioso la transcribimos, dice a la letra:

"Altos muros resguardan esta patria silenciosa de los muertos, un pesado portón de madera custodia la entrada principal; en el interior se aprecia una buena cantidad de sepulcros que guardan en sus entrañas, como una madre a su hijo, los restos mortales que les fueron encomendados.

Hoy he visto letreros rotos y coronas regadas por el suelo, tumbas olvidadas donde crecen viciosas la ortiga y el pasto.

Me he acercado a una fosa, el osario común, de ella salía un viento seco y frío que me recordó la muerte. Vi en el fondo algunas blancas calaveras que, con sus negras órbitas parecían mirarme fijamente.

Ante ellas pensé que allí nada valen los títulos de nobleza e hidalguía, sus moradores no son ricos ni pobres, ni triunfadores ni vencidos, ni jueces ni reos, son tan sólo un puñado de polvo que el tiempo se encargará de dispersar.

Todo aquí es silencioso y tranquilo, se asemeja a la puerta de la eternidad.

Cuando las sonoras campanas de la iglesia, con sus notas lúgubres, anuncian la eterna despedida de algún hijo del pueblo, este generoso cementerio abre sus puertas al severo ataúd que se acerca en demanda de hospedaje.

Y seguí contemplando aquellas tumbas cuyos tranquilos habitantes parecían repetirme aquella frase lapidaria: "Detente, pasajero, ayer en el mundo, como tú viví; mañana en la tumba como yo estarás".

Con esto se procedió a clausurar el cementerio del atrio y a iniciar los trabajos de reforma, conforme a los proyectos del P. director.

Con muy buen sentido de la estética no se aprovechó como atrio todo el terreno que anteriormente era camposanto, sino tan sólo la parte del frente, dejando libre la calle a ambos lados. Al terminar esta obra, escribía el capellán: *Tiene (el atrio), veintiocho varas de longitud y veintinueve de latitud, sus tres entradas con sus respectivas gradas y en cada una de ellas se levantan dos columnas. En el balaustrado, de trecho en trecho, están colocadas las catorce ermitas del vía crucis con vista por dentro y por fuera. El costo de esta obra fue de $ 4,195.00 y cinco reales".*

Poco después, añade: *"Sólo por el deseo tan grande que tengo del engrandecimitnto del santuario me puedo comprometer a esta y a las anteriores obras, pues el santuario no tiene lo suficiente para llevarlas a término".*

Efectivamente, el libro de cuentas del templo denuncia que para esas fechas tenía un déficit de $ 3.000.00.

Apenas terminó el atrio, el celoso sacerdote quiso satisfacer otro deseo que tenía en favor de su tan querida Iglesia; las campanas de la casa de la Madre Común le parecían pocas y por eso, en abril del año 1849, mandó fundir otras dos esquilas, una con un peso de 35 arrobas y otra de 30, con lo que contaba el santuario con tres esquilas y dos campanas grandes; a pesar de esto, el celo del custodio de la Casa del Señor no se hallaba satisfecho.

A fines del año 1849 se recibió una noticia que llenó de pánico a todos los habitantes del pueblo: se dijo que había hecho su aparición el terrible cólera-morbus.

El P. Ibarra trató a toda costa de tranquilizar a sus atemorizados hijos y de infundirles fe y confianza; con ese motivo organizó una serie de actos de penitencia y desagravio que tuvieron como término una suntuosísima y fervorosa peregrinación con la Sagrada Imagen de la Virgen del Rosario.

No hay certeza absoluta de que el mal se haya internado hasta estas regiones; si bien en las actas de defunción se asigna como causa de algunos decesos, son tan pocas en número y a tan larga distancia, que

se puede pensar con bastante probabilidad que haya sido otra la enfermedad causante de la muerte.

A pesar de la amenaza de la peste, fue posible celebrar con toda solemnidad el año jubilar de 1850, en medio del fervor y el entusiasmo de los amantes hijos de la Santísima Virgen.



Mirando el añoso Santuario desde el costado suroeste de la plaza de armas.

CAPITULO QUINCE

Nueva Visita Pastoral a Talpa

MIENTRAS en Talpa se llevaban a cabo las obras materiales de que hablamos en el capítulo anterior, el resto del país se hacía pedazos en medio de un caos de partidos políticos y para colmo de las desgracias se había complicado en sus relaciones internacionales, sufriendo por este motivo, la Patria, invasiones extranjeras.

Dos partidos políticos destacaban sobre todos los demás, disputándose la hegemonía y el poder: el partido llamado liberal y el denominado conservador, ambos con una mentalidad y proyectos netamente opuestos.

Aunque parezca lo más natural que pueblos tan apartados e incomunicados como éste, estarían muy ajenos a la corriente y efervescencia política de las grandes urbes, sobre todo teniendo en cuenta las grandes dificultades de comunicación y transportes de la epoca, así como también la carencia absoluta de medios de publicidad, a pesar de todo esto, lograron internarse hasta estas regiones montañosas las corrientes ideológicas reinantes que luego se tradujeron en movimientos revolucionarios y en partidos políticos.

Con motivo de las obras materiales que se llevaron a cabo en Talpa, acudieron muchas personas de fuera, entre los que se contaron los técnicos, los peones y muchos que se dedicaban al comercio y otras actividades; todo esto, sin tener en cuenta las grandes masas humanas que visitaban el pueblo en tiempos de fiestas y romerías.

Entre todos estos inmigrantes venían muchos que eran de ideas liberales, destacando entre ellos el famoso Dr. Barajas que tantos problemas causó al P. Ibarra; muchos comerciantes e influyentes que luego empezaron a proponer e inculcar sus ideas entre personas que ejercían en este pueblo cargos de alguna importancia o ascendiente. Fue en-

tonces y en esta forma como se fue introduciendo el liberalismo entre los talpenses, de tal manera que cuando menos se esperaba, esta corriente ideológica ocupaba un sector bastante amplio en la población de Talpa. Debemos tener muy presente todo esto, pues nos dará la explicación de muchas cosas, que vendrán posteriormente.

Parecerá raro que un pueblo tan católico como ha sido siempre éste, no haya reaccionado a una idea tan opuesta al sentir cristiano. Esto es muy explicable si se tiene en cuenta la incultura y la falta de preparación adecuada en aquellas gentes que, si bien eran católicos prácticos y amaban de corazón a su Virgencita, estaban muy lejos de poderse defender y poder refutar teorías que poco a poco o nada entendían.

Algunos otros pueblos que tenían menos contacto con el exterior y que vivían una vida más personal y propia y que además estaban más empapados en la doctrina tradicional, estuvieron mejor capacitados para defenderse de las nuevas tendencias ideológicas; podemos contar entre ellos al vecino pueblo de Mascota, en donde apenas si había penetrado el liberalismo, por lo que pudo permanecer adicto siempre al partido conservador.

Hay que tener también en cuenta que en Talpa sólo había un sacerdote y que éste se había entregado de lleno a las obras materiales y espirituales, dejando a un lado el aspecto cultural, tanto cívico como religioso. En estas décadas, el pueblo no contaba sino con los raquíticos centros de catecismo en donde semanariamente se enseñaba la doctrina cristiana a los niños y un poco, por no decir nada, a leer y escribir; tristemente, ni el gobierno civil ni el eclesiástico, si exceptuamos al insigne Cura Maldonado, se habían preocupado por abrir centros de enseñanza de ninguna clase.

Cuando el capellán vio concluidas las mejoras materiales del santuario, volvió su atención a las fincas urbanas que eran propiedad de la Santísima Virgen, pues ya necesitaban con urgencia algunas mejoras.

Principió los trabajos por el mesón de la Virgen, que para estas fechas estaba en pésimas condiciones; le construyó un segundo piso, le amplió las habitaciones, le renovó las puertas, ventanas y pisos, le decoró su pórtico, o entrada principal con graciosas columnas de cantera y las adornó con finos capiteles de estilo jónico; en una palabra, para el año 1855, lucía el mesón como uno de los principales edificios de la población.

A continuación, decoró y mejoró cuanto pudo la casa llamada "de la Virgen"; ésta había venido sirviendo desde muchos años atrás como casa habitación del primer capellán, oficio que ha desempeñado hasta la actualidad.

Desde muchos años antes, venía tramitando el vicario de Talpa, la compra del terreno que hacía un siglo estaba ocupado por el anterior santuario y que en lustros posteriores había sido destinado a plaza con el nombre de "Plaza de la Iglesia Vieja". Después de largos y engorrosos trámites logró que le fuese adjudicado en venta, por lo que en estos años se dedicó a construir en él un nuevo mesón.

La finca se hizo con fondos propios del capellán y no de la Iglesia; sin embargo, el deseo del Padre era que también fuese propiedad de la Patrona de Talpa. El hizo la inversión con la finalidad de que, si llegaba algún día a la decrepitud, en tal forma que no le fuera posible trabajar, poder vivir de las rentas de aquel edificio y no llegar a ser una carga ni para el santuario ni para el pueblo; y, a su muerte, tanto la propiedad como el usufructo de la finca pasaran a la propiedad exclusiva de su querida Virgencita.

Con las leyes que se expidieron posteriormente comprendió el sacerdote que el templo no podría retener o conservar aquella propiedad, por lo que pasó el dominio al Sr. D. Francisco Agraz con la obligación de que al morir el Padre, entregara el precio del mesón a la Santísima Virgen, cosa que cumplió con toda fidelidad el comprador. El edificio se hallaba situado al costado sur del santuario, en el preciso lugar que hoy ocupa la casa habitación de la Srita. María de Jesús Agraz.

Desde enero de 1854 había tomado el timón de la diócesis tapatía, el Ilmo. Sr. Obispo D. Pedro Espinoza y Caballero. Apenas consagrado, anunció el Dmo. Prelado su próxima visita pastoral por todo su extenso Obispado.

Después de un lapso de 52 años, en que ningún mitrado había arribado a estas tierras, el 7 de noviembre del mismo año (1854), fue recibido Su Ilma. en Talpa, en medio del entusiasmo y beneplácito de todo el pueblo.

Durante su estancia en el lugar, visitó el Supremo Jerarca la parte material del santuario, examinando cada una de las mejoras que le había hecho el capellán; de todo quedó muy complacido, por lo que elogió la gran actividad del P. Vicario.

El día 8 de noviembre, por la mañana, con la asistencia de una gran cantidad de fieles verificó la consagración de la campana mayor,



Oriundo de la metrópoli nayarita, eminente teólogo, ferviente devoto de la Madre de Dios, de singular virtud y afabilidad era el Ilmo. Sr. D. Pedro Espinosa y Caballero. Talpa lo enumera entre sus bienhechores insignes.

después penetró en el sagrado recinto y renovó las indulgencias que habían concedido sus predecesores en años pasados, tanto a la milagrosa Imagen de la Virgen del Rosario como a sus cofrades, a quienes llevaren su escapulario, a todos los fieles que les fuese impuesta sobre la cabeza y a los peregrinos que durante las fiestas de febrero visitasen el templo y orasen devotamente ante la Reina y Patrona de Talpa.

Aprovechó la visita pastoral el P. Ibarra para presentar ante el Ordinario un pliego de peticiones, entre las que se contaban las siguientes: *"Pido, dice el capellán, la superior licencia para: publicar la auténtica relación del milagro de la renovación de la Santísima Virgen, para construir la segunda torre del santuario, para renovar el piso del mismo para en esta forma desterrar las pulgas; para construir una iglesia parroquial*

en el lugar donde está la ermita de la renovación"; y para sí, pidió lo siguiente: *"Con toda sumisión y respeto expone lo siguiente: Tengo, gracias a Dios, más de treinta años de ministerio sin deserción ni queja y de servir a los Señores Curas como vicario, que sólo en el trabajo y molestias he tenido este nombre. De aquel número de años he pasado aquí en Talpa solo, que antes había dos padres, veinte y uno, sirviendo la ampolleta a los Señores Curas en todo lo que se les ofrece y en sus cuentas y dineros, como también la capellanía, en cuyo tiempo he adornado el santuario en los términos que deja ver y he hecho que florezcan sus fondos.*

Pido a S. Sría. me conceda algún descanso, lo que es lo mismo mi libertad, dejándome solamente la capellanía y sin más obligación y que el otro padre se entienda con todo el pueblo de Talpa y con la administración de los sacramentos de acuerdo con el Señor Cura y por último la superior licencia para comprar un órgano grande, nuevo y digno del santuario". Hasta aquí el documento.

Todo lo que pidió el anciano sacerdote para el templo, le fue concedido, con la única cláusula u obligación de que fuese haciendo las cosas gradualmente, por el orden de su importancia, dando aviso a la Sagrada Mitra de cada obra que fuera emprendiendo y que no comenzase algo sin contar con los fondos necesarios, para que no resultara comprometido el santuario.

Respecto a la solicitud que presentó para que le fuese dado otro sacerdote a la vicaría, que se hiciese cargo de la administración, o lo que es lo mismo, se encargase de la cura de almas, se le contestó: *"Muy justo es atender a los buenos servicios del P. Capellán y se atenderá a lo que pide cuando sea posible a la Mitra teniendo en cuenta el escasísimo número de sacerdotes"*.

Con motivo de que hacía más de media centuria que no se practicaba visita pastoral a la población, la administración del Sacramento de la Confirmación resultó muy laboriosa, tanto para el Prelado como para los sacerdotes.

Teniendo en cuenta que es una condición necesaria para que los fieles puedan recibir el segundo sacramento, el que estén en estado de gracia, esto es, sin pecado mortal, y como los adultos obtienen el estado de gracia, ordinariamente mediante el sacramento de la Penitencia, los confesonarios se vieron saturados de gente durante todos los días de la

visita pastoral; el crecido número de adultos que carecían del segundo sacramento, deseaban confesarse a toda costa, siendo materialmente imposible atenderlos el reducido número de sacerdotes.

Como el P. Ibarra amaba con todo el alma a sus talpenses, quiso darles la preferencia en la confesión y no pudiendo reunirlos para confesarlos primero, buscó por ello una solución práctica: adquirió un carrizo largo y totalmente hueco que luego hacía pasar por encima de las cabezas de los que no eran de Talpa, para llegar en esa forma a donde estaban sus amados hijos. Así empezó a practicar una especie de confesión que podríamos llamar, "por teléfono". El Prelado, que contemplaba sonriente aquel raro espectáculo, recogió el nuevo instrumento y ordenó al sacerdote que se sentase dentro del confesonario y que oyese a quien se acercase, aunque no fuera de Talpa; el humilde clérigo tuvo que obedecer, por más que desease favorecer a sus parroquianos.

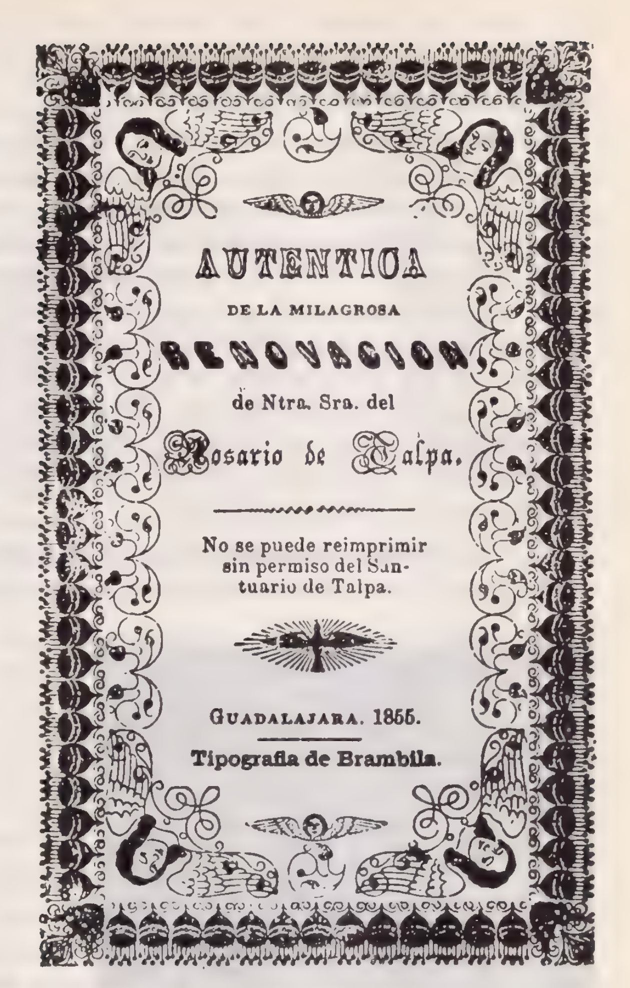
Durante la permanencia del Mitrado en la localidad, visitó el archivo parroquial, que encontró en conveniente forma; visitó también los libros de la Cofradía y todos los objetos destinados al culto, encontrando todo en forma limpia y decente; después de permanecer algunos días en Talpa, prosiguió Su Ilma. su pastoral visita, siendo su ausencia muy sentida por todos los comarcanos.

La primera obra que emprendió el activo clérigo, después de terminada la visita pastoral, fue la reconstrucción del piso de la iglesia, pues tenían gran urgencia, como lo expresó al Señor Obispo, de acabar con ello con las pulgas, de quien era gran adversario. La mejora estuvo concluída para el siguiente febrero.

Con gran satisfacción suya, pudo dar a la estampa en el año 1855 la auténtica relación del milagro de la renovación de la Santísima Virgen; de ella mandó imprimir una edición de algunos millares de ejemplares que luego repartió profusamente entre sus parroquianos para que, siendo en esta forma mejor conocida su amada Patrona, fuese también más amada y reverenciada por ellos.

Apenas pasó la romería de febrero de 1855, solicitó el Padre, el superior permiso para iniciar la construcción de la segunda torre. La licencia le fue concedida en los siguientes términos:*"Por lo que hace a la construcción de la segunda torre, supuesto que ya tiene reunidos cerca de cuatro mil pesos destinados a ella, puede Ud. dar principio, según el presupuesto que se ha hecho; mas para esto le encargo la pru-*

Causa profunda satisfacción contemplar detenidamente la hermosa portada que ilustró la primera publicación de "La Auténtica" se hizo hacia mediados del siglo XIX.


AUTENTICA
DE LA MILAGROSA
RENOVACION
de Ntra. Sra. del
Rosario de Talpa.

No se puede reimprimir sin permiso del Santuario de Talpa.

GUADALAJARA. 1855.

Tipografia de Brambila.

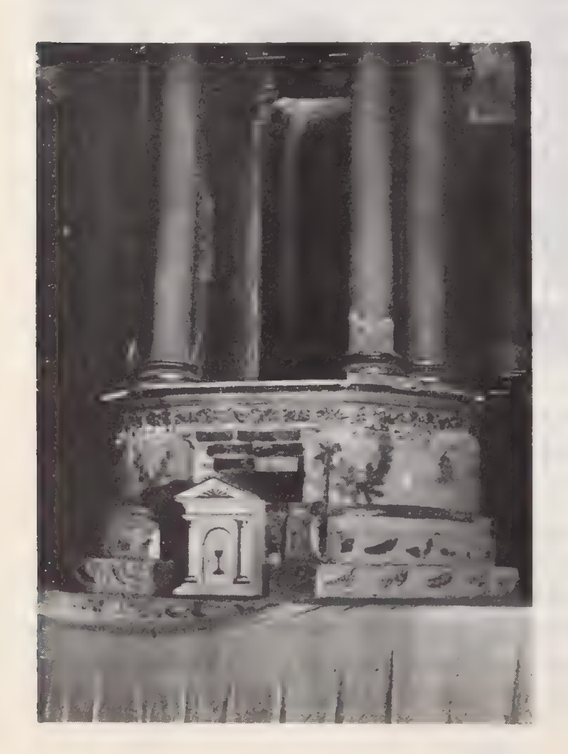
dente economía, es decir que ante todas cosas procure Ud. que salga una obra firme, segura y decente y partiendo de este principio atienda también al menor gasto posible".

La respuesta anterior se firmó el dos de abril y tan luego como se recibió en Talpa se iniciaron los trabajos con tal actividad y rapidez que, para la siguiente romería de febrero, el santuario ostentaba ya sus dos torres gemelas que, cual gigantes ansiosos de infinito, se lanzan hacia el cielo. La "colocación" o bendición de esta nueva obra tuvo lugar el día de San Juan Nepomuceno del mismo año 1856. La última torre que

se construyó fue la del costado norte del templo, pues la primera había sido la del lado sur.

Terminada esta obra, había que dotarla de voces o campanas para que no pareciese un testigo mudo junto a su gemela. Con este fin, durante los meses de marzo y abril del año siguiente se fundió de nuevo la campana llamada segunda para ver si en esa forma mejoraba de sonido, se hicieron entonces nuevas esquilas: una con peso de 120 arrobas y costo de $ 883.00, otra de 65 arrobas y $ 676.00 de costo y una tercera con 29 arrobas que costó $ 200.00. La llamada segunda resultó esta vez con un peso de 230 arrobas y un valor de $ 1.431.00, siendo colocadas ambas en la nueva torre. Todas han llegado hasta nuestros días, siendo un legítimo orgullo para el pueblo de Talpa poseer un juego tan completo de lenguas de bronce que con sus alegres notas canten las glorias del Señor y de su Madre Santísima.

Este mismo año se trasladó el reloj público al centro del edificio, entre ambas torres. Así lo reclamaba la estética. Para eso se construyó



El prístino retablo de estilo churrigueresco, construido hacia fines del siglo XVIII, fue sustituido el año 1834 por el trono que aquí aparece. Predominó en esta nueva obra el estilo neoclásico.

una casilla especial que tenia como remate una torrecilla de igual forma que las dos grandes.

Con esto se dio por terminada la fachada del Templo; sus torres, en su mayor parte de cantera, resultaron una copia imperfecta de las de la catedral de Guadalajara; si bien sus conos poligonales carecen de originalidad y estilo propios, están construidos con gran solidez, merced a lo cual han podido sobrevivir a los grandes sismos y terremotos, cosa que no lograron las que les precedieron.

El año 1855 fue de grandes fiestas para Talpa con motivo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima El 8 de diciembre del año anterior. S. S. Pio IX había definido este dogma en la Ciudad Eterna con gran regocijo de toda la cristiandad la dificultad y lentitud de las comunicaciones en aquella época hicieron que la noticia se recibiera en Talpa hasta unos meses después, pero tan luego como fue conocida se echaron a vuelo las campanas y se cantó un solemne Tedéum para dar gracias a Dios por haber concedido a la cristiandad una gracia que se pedia desde hacía ya tanto tiempo.

Talpa no olvidó que su cuna fue mecida por la Santísim Virgen en su advocación de la Limpia Concepción de María y que por espacio de casi un siglo la habían reconocido como a su celestial patrona y protectora; el día que fue celebrada esta verdad como dogma, en el santuario se estrenó un rico y hermoso ornamento en color azul, para tres ministros; el templo vistió sus mejores prendas, el culto revistió toda su magestad y pompa y no satisfecho con todo esto, dedicó todo el resto del año para celebrar tan magno acontecimiento.

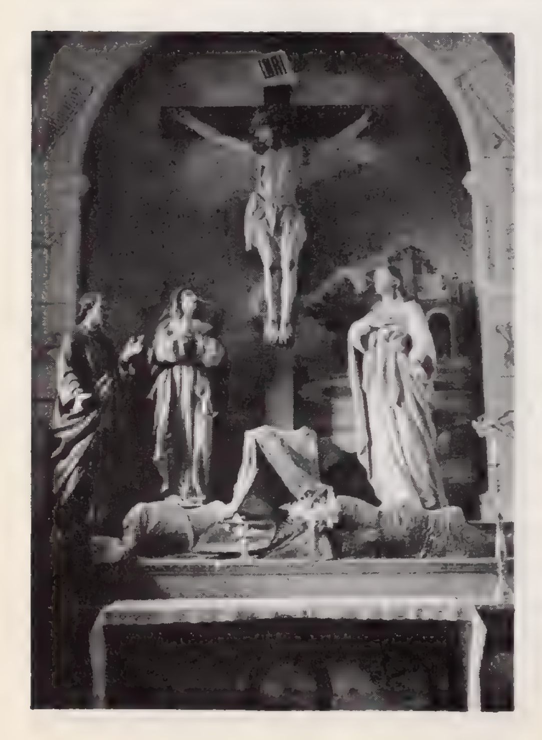
Ese mismo año hizo el P. Vicario el segundo censo o padrón del pueblo y su jurisdicción, con la finalidad de conocer el número de sus habitantes. Dicha encuesta dio una suma de 5.430 moradores, o sea, había un aumento de 2.148 sobre el efectuado 18 años antes.

Durante el curso de 1846 se repitieron las levas, o sea las redadas que organizaba el Gobierno Federal de voluntarios forzosos con el fin de aumentar las filas del ejército diezmado entonces a causa de las constantes guerras tanto intestinas como extranjeras.

Con motivo del descontento general y de la anarquía que reinaba entonces en las clases dirigentes, se destacó un bandolerismo en todas partes; frecuentes grupos de ladrones y forajidos hacían difíciles y

peligrosos los caminos. A pesar de todo esto, no se suspendieron del todo las romerías al santuario de la Virgen de Talpa y los demandantes pudieron seguir saliendo con las imágenes peregrinas y los libros en que asentaban los nombres de todos aquellos que deseaban inscribirse como cofrades de Nuestra Señora del Rosario.

Las prolongadas visitas que practicaban aquellas virgencitas peregrinas, que eran como legados a látere de la original, resultaban sumamente fructuosas a la piedad y devoción de los devotos de la gran Señora. Como una mera curiosidad, voy a transcribir algunas de las sumas que nos dan los libros de la hermandad en el año 1856: Guadalajara contaba este año con 16.445 socios; La Barca con 3.093; en las romerías de febrero se asentaron en los libros de Talpa 2.086; San Pedro (Tlaquepaque) contaba con 1.165; Santa Ana con 666; Jocotepec con 620; Jamay con 587; Sayula con 1.627; Zacoalco con 1.099; Zapopan con 205; Acaponeta con 500; Tecuala con 485; etc., etc., lo que nos indica lo extendido y arraigado que estaba el culto y la devoción a la Patrona de Talpa.



En el costado derecho de la Santa Basílica (lado del Evangelio), en el altar que otrora estuviera dedicado a la Virgen de Guadalupe, destaca imponente el altar de "El Perdón". Allí podemos recordar la tarde del Viernes Santo con todo su imponente dramatismo.

No olvidó su Ecia. el Sr. Obispo la petición que le hizo el P. Ibarra en la última visita pastoral solicitando un vicario para el pueblo. A fines de enero del siguiente año, extendía nombramiento, en forma ordinaria, como teniente de Cura y con residencia en Talpa, en favor del Pbro. D. Ramón Moreno, quien se hizo cargo de esta ayuda de parroquia el 17 de febrero del mismo año.

No fue del todo grato al P. Moreno su nuevo destino, pues sólo permaneció en él el resto del año para dejarlo, el siguiente enero, en manos del Pbro. D. Antonio Gaspar Gallerán.

También en esta época extendió la Sagrada Mitra un decreto por el que exoneraba al P. Ibarra de la cura de almas, le confería el beneficio y cargo de Capellán mayor del Santuario, en la misma forma que lo hiciera el Ilmo. Sr. Obispo Cabañas cuando a principios del siglo creó la primera capellanía, declarando de nuevo exentos de la jurisdicción parroquial tanto al templo como a su capellán, dependientes tan sólo de la Sagrada Mitra; con esto recobraba el templo de la Sma. Virgen la personalidad que en años anteriores le fuera concedida.

Cuando el anciano sacerdote se vio libre de los problemas que le acarreaba la administración parroquial, se dedicó de lleno a dar mayor esplendor y solemnidad al culto de la Santísima Virgen se restablecieron entonces las misas solemnes y el ejercicio vespertino con el rezo del santo Rosario, procurándose que las fiestas que se celebraban en honor de la celestial Patrona revistieran la mayor solemnidad posible.

Un año más tarde (1857) adquirió en Guadalajara un órgano tubular de tamaño grande con un costo inicial de $ 200.00, a los que había que añadir el costo que originó el traslado, que entonces se hacía a lomo de mula o de indio y los honorarios del técnico que vino a ponerlo en servicio activo. Hoy, después de un siglo de vida, el magestuoso instrumento sigue llenando el Sagrado Recinto con sus alegres notas si bien un tanto disonantes por la inevitable acción de los años.

Hay que tener en cuenta que por estos lustros, en Talpa sólo había un templo en servicio, el santuario; en él tenían lugar las funciones parroquiales y el culto a la Santísima Virgen, desarrollando sus actividades dos ministros sagrados con órdenes y oficios distintos.

El notable aumento de las romarías hacía que durante el tiempo de fiestas se ocupara totalmente la Iglesia durante todo el día y aun a

veces durante la noche; esto entorpecía bastante la administración de los sacramentos como el bautismo y el matrimonio, así como también la celebración de exequias y demás atenciones que piden los fieles, por lo que se hacía cada día más sensible la necesidad de otro templo.

A principios del año 1855 elevó el capellán las preces a la Curia, con el fin de obtener las licencias necesarias para dar principio a la construcción del edificio que fungiría como iglesia parroquial; para el mes de junio se obtenía la respuesta afirmativa.

En vista de que no le había sido concedido el permiso para edificar un hospital en el lugar de la renovación, le pareció prudente destinar dicho sitio para que fuese asiento de la nueva iglesia; en esta forma, como una feliz coincidencia, en los mismos días y en el mismo mes en que un siglo antes se bendijera y colocara la primera piedra para la construcción del santuario, ahora, en solemne ceremonia verificada por el párroco de Mascota, se bendecía y colocaba la primera piedra para el nuevo templo parroquial.

Dos siglos antes pareció inoportuno edificar un templo en este lugar, por lo cercano y caudaloso del río que ahora se había alejado bastante y se habían empobrecido sus aguas, además estaba ya todo rodeado de fincas que podían prestar mayor seguridad y garantía al nuevo edificio.

El 9 de noviembre se dio principio a los trabajos, destruyendo la añosa ermita que con tanto esmero y cuidado se había conservado durante más de dos centurias.

Las labores se activaron todo lo posible durante el resto del temporal de las secas; una vez más, se reavivó Talpa con el constante movimiento de los trabajadores, las tardes risueñas, pletóricas de sol, se hacían entonces más pintorescas con el constante ir y venir de los talpenses que sin distinción de sexos ni edades salían, al son de alegres cantos provincianos, al acarreo de piedra, arena y agua para la nueva mansión del Señor.

Como el capellán era un ferviente devoto del Castísimo Patriarca Señor San José, desde un principio organizó todas las cosas en tal forma que la nueva iglesia fuese edificada y dedicada en honor del digno esposo de la Madre de Dios; con este fin, adjuntó a la solicitud que hizo para la construcción del templo, otra en la que pedía en nombre pro-

pio y de todos sus feligreses el privilegio para erigir canónicamente la cofradía de Señor San José en el santuario con el fin de que dicha hermandad se hiciese cargo de la fábrica, material del propio edificio.

El Ilmo. Sr. Obispo D. Pedro Espinoza despachó fovorablemente las preces, concediendo la erección; la nueva cofradía quedaría agregada según el rescripto, a la antigua de S. José de Analco de Guadalajara, en tal forma que ésta gozaría de los mismos privilegios y gracias espirituales que aquélla. Aprobó también las constituciones que le fueron enviadas y que tendrían que regir la hermandad, nombrando como director propio al párroco de la feligresía.

Por diferentes circunstancias no fue posible que se verificara la erección de la nueva cofradía el 19 de marzo, como se había proyectado, sino que sólo se hizo hasta el 19 del siguiente abril con toda la solemnidad, a los pies de la Santísima Virgen, con asistencia del párroco de Mascota, quien pronunció elocuente pieza oratoria; al terminar el acto, se inscribió un buen número de socios en la nueva cofradía.

La naciente asociación no pudo de pronto hacer frente a los pesados gastos de la construcción del templo, por lo que el P. Ibarra se vio en la necesidad de solicitar de la Sagrada Mitra la autorización o aprobación para que sufragara de momento el santuario los gastos de la construcción en calidad de préstamo, con la condición de que luego los iría pagando poco a poco la hermandad. La Curia accedió a la petición, por lo que la fábricación corrió por cuenta de las arcas de la Santísima Señora.

En estos mismos años se discutían y aprobaban, por el Gobierno Federal, las leyes llamadas "de Reforma", que habían de sumir a la patria en una nueva conflagración.

Si hasta entonces este apartado pueblo había logrado mantenerse al margen de las guerras y luchas anteriores, ahora le tocaba entrar de lleno en el teatro de las hostilidades.

Con el triunfo del llamado Plan de Ayutla, se implantó la nueva constitución que debía publicarse en todo el país con la solemnidad que requería el caso y a continuación todos los mexicanos capacitados debían jurar cumplirla y defenderla.

Se escogió, para la solemne publicación, el 12 de abril de 1857. Como la nueva legislación contenía decretos contrarios al derecho natural, divino y eclesiástico, despertó desde luego una profunda división en el pueblo que se negó a prestar el juramento ordenado y em-

pezó a emitir toda una serie de protestas produciéndose así un estado de anarquía general.

El día señalado, 12 de abril, a los diez de la mañana salieron de la Casa Municipal de este pueblo el Sub-prefecto Político y su Secretario acompañados de la policía y la música local; en medio del silencio y con la solemnidad prescrita, se fue dando lectura a la nueva Carta Magna en los lugares principales y públicos de la localidad, procediendo en seguida al juramento requerido.

Hemos de tener en cuenta ahora lo que dijimos ya en otro lugar, respecto a la infiltración que había habido en años anteriores de ideas liberales en los pacíficos habitantes del pueblo, para que podamos explicarnos la actitud de los talpenses en esta ocasión.

Existía entonces en Talpa un marcado desnivel, tanto social como económico y cultural; había un sector social considerado como superior, compuesto por los dirigentes, capitalistas y, en su escaso medio, intelectuales; una considerable mayoría de este sector simpatizaba con la ideología liberal, siendo tan sólo una minoría la que se había conservado fiel a las ideas tradicionales. El resto del pueblo estaba formado por la clase obrera, el proletariado, en su generalidad bastante inculto, analfabeta casi en su totalidad. A este gran sector poco le interesaban aquellas cuestiones que casi no entendía y en las que no se metía ni quería meterse.

En esta forma, la nueva legislación fue escuchada en Talpa con agrado o beneplácito de unos pocos, la hostilidad e indignación de otros cuantos y la total indiferencia de la inmensa mayoría del pueblo.

NOTA.—Acerca de las torres que reseñamos en este capítulo, leímos la siguiente nota:

"De figura casi piramidal, las torres del Santuario (de Talpa) se muestran inaccesibles, por no decir rebeldes, a toda clasificación estilística o arquitectónica; a pesar de ello destacan magestuosas en un cielo transparente y saturado de apacible azul.

Son como faros vigilantes que saludan a distancia al sufrido peregrino que se acerca, y le dicen adiós cuando se aleja . . . Miradas a distancia se antojan dos generosos brazos que se elevan hacia el cielo señalando al viandante la meta de su destino.

El insigne santuario es como el cuerpo en el que María es el corazón, y sus torres gemelas nos recuerdan la doble vida que allí se vive: la divina con toda su grandeza y la humana con toda su miseria".

CAPITULO DIECISEIS

Talpa Durante la Guerra Llamada de Reforma

A PESAR de los constantes brotes de rebelión que por todas partes pululaban y de que la situación en el país se ponía cada día más tensa y difícil, en Talpa se trabajaba asiduamente en la construcción de la nueva Iglesia.

En el año 1858 las romerías disminuyeron notablemente y para el siguiente año las fiestas tradicionales que habían llegado a ser una verdadera feria regional, se vieron relegadas al más completo silencio; con esto, las limosnas escasearon y los fondos del santuario fueron acabándose, pues a causa de la larga serie de obras emprendidas en años anteriores por el capellán, la Santísima Virgen carecía de reservas monetarias, razón por la que se tuvo que ir disminuyendo gente en la fábrica emprendida, hasta llegar a suspender la obra del todo.

El 17 de julio del mismo año, asentaba el clérigo la siguiente nota: *"Hoy se paró el trabajo por que se agotaron los recursos, paró la obra en la mitad de la altura de las paredes, quedan trabajando tan sólo algunos canteros"*.

En los primeros meses de 1859, gracias a la ayuda económica que prestó la Cofradía de Nuestra Señora, se lograron reanudar las labores, aunque con menos intensidad que en años anteriores; en esta ocasión se logró que se cerraran las bóvedas de dos tercias partes del edificio, quedando tan sólo una. En esas condiciones, se tuvieron que suspender totalmente las labores en el mes de julio, díce el P. Director: *"Por que se acabó el dinero y se terminaron también los materiales"*.

La nueva Carta Magna que fue dada al país, no fue recibida en igual forma en todas partes; en la vecina Villa de Mascota un buen sector del pueblo no permitió su publicación, dando con esto principio a un levantamiento que encabezó el Sr. D. Remigio Tovar, quien desde luego se declaró por el partido conservador.

Tan luego como se dio cuenta el Gobierno Federal en la capital del Estado del levantamiento de D. Remigio, mandó al General Juan Nepomuceno Rocha, con un ejército para que lo atacase hasta derrotarlo.

El primer encuentro entre liberales y conservadores, en esta región, tuvo lugar en el vecino cerro llamado de "Los Ocotes"; después de un reñido combate, la victoria favoreció a los federales, siendo los tovaristas derrotados y habiendo perdido siete hombres en la refriega.

La derrota no desalentó al valiente luchador mascotense, pues apenas se retiraron las fuerzas federales, emprendió un recorrido por toda la región en busca de reclutas que luego rehicieron sus filas; a pesar de que en Talpa había más simpatía por el partido liberal, no fueron pocos los vecinos que se adhirieron a las huestes tovaristas.

El nuevo estado de cosas trajo consigo una gran carestía de víveres; el comercio sufrió un gran desequilibrio; los caminos se hicieron inseguros y peligrosos, pues por todas partes surgían grupos de ladrones y bandoleros que, con el pretexto de defender alguna causa, se remontaban a los cerros, desde donde cometían toda clase de abusos y atropellos.

El resto del año 1858 y todo el siguiente, pasó toda la comarca en continua agitación a causa de las constantes luchas y encuentros que se verificaban entre fuerzas de uno y otro partido, así como también por los asaltos de grupos de forajidos que no cesaban de atacar y molestar a los pueblos.

Como en Talpa había un buen sector que simpatizaba con la causa liberal y éste estaba formado por los más influyentes, pronto se convirtió el pueblo en una especie de refugio de políticos desterrados, sobre todo cuando Guadalajara estuvo en manos del partido conservador, en igual forma se convirtió en una especie de cuartel general de las fuerzas del Gobierno que entraban y salían cuando lo deseaban sin encontrar la menor resistencia.

Es cosa muy digna de llamar la atención que a pesar de que Talpa estaba, por decirlo así, controlada y en manos de los liberales y éstos eran tan adversarios del clero y de la Iglesia, no molestaron en lo más mínimo al P. Capellán del santuario, ni éste se vio en la necesidad de cerrar sus puertas, ni la imagen de la Santísima Virgen hubo de ser removida de su trono, ni el culto se vio jamás suspendido.

Había entre las fuerzas federales un Coronel con el nombre de Antonio Rojas, que desde el principio de su campaña se distinguió por

su refinada maldad y su marcada tendencia al pillaje y al crimen; había llegado a cometer tales excesos, que mereció ser puesto fuera de la Ley por sus mismos correligionarios.

Este personaje fue designado en 1860 para que viniera a pacificar esta región y a combatir a D. Remigio que para entonces, se había hecho fuerte y dueño de la situación, teniendo como centro la plaza de Mascota.

En enero de 1861, se presentó el jefe liberal con sus huestes a las puertas de aquella Villa, que Tovar decidió abandonar dejándola sola e indefensa, por lo que muchos de sus moradores, conociendo la fama de Rojas, prefirieron huir a los cerros vecinos.

Cuando el Coronel entró en la jurisdicción de Mascota, dijo a sus soldados: *"Desde aquí se roba, se mata y se incendia y se hace todo lo que a cada quien le pegue la gana"*. La orden fue tomada al pie de la letra. (1)

Llegó a Mascota el ejército y entró sin encontrar resistencia; allí tomó informes acerca de los tovaristas y habiéndosele notificado

(1) Todo de acuerdo con un plan y normas de conducta fijados anteriormente. A mediados de diciembre de 1864 dio Rojas nuevas normas, que debían observarse por sus huestes y las de sus correligionarios; para ello reunió a todos los cabecillas en la Hacienda de Campo conocida con el nombre de "El Grullo", y los hizo firmar un célebre convenio, que no era otra cosa que un programa de exterminio y desolación cuyas terribles consecuencias pesarían, ante todo, sobre la gente pacífica y sobre los propietarios, entre otras cosas dice:

"Las poblaciones en donde no sean recibidas las fuerzas republicanas (ellos y sus tropas) con regocijo, negándoseles abierta hospitalidad, serán incendiadas y sus habitantes obligados a pelear como soldados rasos o pasados por las armas, según la gravedad del delito.

Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean de la categoría que fueren, serán pasados por las armas inmediatamente, sin necesidad de identificarse la persona.

Todas las propiedades particulares pasan a ser propiedad de las Brigadas Unidas (de ellos y de su gente); en consecuencia, todos aquellos que se rehusen a proporcionar víveres, pasturas, dinero y cuanto más se les pidiere, serán pasados por las armas".

Se decretó también la pena capital para todos aquellos que, habiendo firmado el tratado anterior, no lo cumplieran a la letra.

el rumbo que tomaron poco antes de su llegada, se dirigió hacia allá en su busca, caminó unas cuantas horas y no habiéndolos encontrado se volvió al aterrorizado pueblo mascotense con el fin de pernoctar en él.

Fue esa noche de gran calamidad y miseria para la indefensa Villa; las tropas enfurecidas dieron pábulo a su crueldad y espíritu destructor. Hacia la medianoche todo el centro de la población se veía presa de las voraces llamas, la iglesia y la casa municipal sobresalían de todos los demás edificios; en el templo se había reunido todo el mobiliario en la mitad de la nave y se le había prendido fuego, las rojas llamas subieron hasta la torre en donde alcanzaron a fundir algunas piezas del reloj público. El estruendo aterrador de techos y paredes que se desplomaban consumidos por el fuego, imponían el pánico y el terror a los pocos atrevidos que osaran parmanecer en sus hogares.

Las pérdidas fueron incalculables y algunas de ellas irreparables, tales como el antiguo y riquísimo archivo parroquial que conservaba en multitud de añosos e interesantes legajos, las noticias del pasado de toda esta pintoresca región, muchos de los cuales pertenecían al santuario de Talpa. Igual suerte deparó al no menos importante archivo municipal, que también fue relucido a cenizas. (1)

Al día siguiente tocaba su término a Talpa; después de saquear e incendiar a la desventurada Villa de Mascota, dio orden Rojas de salir a Talpa con la misma consigna que traía desde hacía dos días.

(1) Del sanguinario y feroz coronel D. Antonio Rojas, conocido en su tiempo como "El Nerón de Jalisco", conocemos los datos siguientes:

"Fue originario de El Rancho del Buey, municipio de Tepatitlán, Jalisco; en donde brilló para él la primera aurora el 1o. de mayo de 1818.

Los documentos que lo identifican hacen notar que era español, lo que significa tan sólo que era criollo e hijo de iberos.

De rudos modales y marcada tendencia a la crueldad fue desde sus primeros años; desde que conoció un poco su medio social y político profesó fanáticamente el credo liberal, cosa que lo llevó a cometer toda clase de desmanes en el campo de batalla.

De poca o casi ninguna cultura, elevada estatura, duros y fornidos músculos, abultado esqueleto; de hermosos, negros y grandes ojos, presentaba un rostro simpático y atractivo cuando se hallaba alegre, pero cuando se enfurecía su faz aparecía horrible y espantosa.

Su personalidad era inculta y primitiva, de soberbia y penetrante mirada; su vida se vio llena de aventuras y peripecias.

Parece que en realidad lo que atraía a Rojas hacia este pueblo no era tanto el pillaje que pudiera cometer en él, cuanto lo que pudiera robar al santuario del que tenía noticias que era muy rico y más le alentaba la noticia de que en esos días el General Blanco había robado fuertes cantidades al célebre santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

Dice la Historia que al salir de la ruinosa y cenicienta Villa rumbo a Talpa, recibieron los soldados la misma orden de incendiarlo, matanza y saqueo; después de lo cual salieron por el camino conocido como el "de San José del Mosco", presentándose a las puertas del codiciado santuario hacia medio día, siendo desde luego el templo su primer objetivo.

Ahora vamos a ceder la pluma a la tradición para que nos narre los hechos que no nos ha conservado ningún documento escrito, por lo menos conocido hasta ahora. Dice, pues, que llegó aquella indisciplinada tropa hasta el espacioso atrio y trató de penetrar hasta el interior del templo cabalgando cada uno de los soldados su propio caballo, cosa que no lograron conseguir debido a la obstinada resistencia que presentaron los irracionales cuadrúpedos el ser abligados a penetrar al Sagrado Recinto.

Su aspecto general era más repulsivo que atractivo, se veía siempre arrastrado a la barbarie y al crimen, siendo pocos y fugaces los momentos en que su alma se veía ocupada por nobles y generosos sentimientos.

En el frente de batalla "sentía que le hervía la sangre al oir silvar las valas", allí se mostraba más bien imperioso y testarudo, atrevido, temerario y feroz, que sereno y valiente.

Desde chico demostró una marcada tendencia a la avaricia y ambición, cosa que lo llevó al robo y al saqueo en forma tal que repugnaba a sus mismos correligionarios.

Su alma, toda llena de agitación y amargura, de deseo quizá de vengarse, gozaba intensamente al ver correr la sangre, lo mismo que en el dolor y la agonía de sus víctimas. Su espíritu sanguinario e insaciable lo llevó a cometer innumerables crímenes de toda clase.

Uno de sus más notables y públicos excesos fue el que cometió en la Perla Tapatía en 1858 cuando, después de haber sido atacada y tomada la capital jalisciense por el Gral. Degollado, y después de una honrosa capitulación se rindieron los Grales. conservadores Casanova y Blancarte, "irrumpió, Rojas, en casas e iglesias apuñalando y robando"; fue entonces cuando, de un tiro en la cabeza, quitó la vida de una manera cobarde al Gral. Blancarte, a la vez que ex-

Cuando hubieron perdido toda esperanza, pusieron pie en tierra para entrar por sí mismos, pero dicen que cuando trataban de hacerlo, preguntó de pronto el Coronel, que había querido entrar primero. *"¿Qué horas son?"*, a lo que le contestó uno de sus oficiales: *"Mi jefe, serán como las tres de la tarde"*. El incendiario sentía que para él se hacía de noche y que cada vez veía menos, estaba quedando ciego.

En unos cuantos instantes, sin haber visto siquiera la Imagen de quien tanto había oído hablar, perdió totalmente la vista.

Rendido ante la evidencia de los hechos aquel hombre cruel acostumbrado a derramar sangre y a gozar en la agonía de sus víctimas, se postró de hinojos y con humildad pidió a la Virgencita que le devolviese la vista y que en cambio le prometía respetar su casa y su pueblo.

Aquella oración fue escuchada y el asesino, que insensible e instintivamente se había ido caminando hasta el pie del altar de la Buena Señora, abrió los ojos, recobrando instantáneamente la vista. Se narra que en ese momento dio la orden a sus soldados de que aquel templo y aquel pueblo deberían respetarse *"so pena de la vida"*.

---

clamaba con irónico sarcasmo: "No cambiamos el pescuezo por indulugencias"; esto le mereció que fuese puesto fuera de la ley por el Gral. Santos Degollado, quien entre otras cosas decretó contra él: ". . . el Teniente Coronel don Antonio Rojas se ha hecho culpable de un horrible asesinato . . . se pone fuera de la ley el asesino. Toda autoridad civil y militar tiene obligación, y todo ciudadano tiene derecho a perseguir y a aprehender al citado culpable, dándole muerte si hiciera resistencia".

Cuando el tenaz guerrillero se enteró del decreto que se dio en su contra exclamó con aire de perfidia: "¡A que mi jefe Santitos!, pa' que se enoja; yo sólo ando robando y matando pero sin ofender a naiden".

En 1864 "mandaba tan grueso número de guerrilleros que no existía jefe liberal o imperialista que pudiera poner coto a su ferocidad, razón que obligó a los Grales. franceses a destacar tropas galas, mexicanas y austriacas para acosarle sin tregua".

Cuantas veces fue corregido y amonestado por sus jefes, él siempre dio impertérrito la misma convincente respuesta: "Ya no se amuine mi jefe, pos yo ando robando y matando, pero sin ofender a naiden".

Tal era el forajido y atroz cabecilla en cuyas garras cayó, repetidas veces, la milagrosa Virgencita de Talpa, su santuario y su pueblo; sólo Ella pudo salvarlos de tan graves peligros.

El valeroso y abnegado capellán del Santuario estuvo presente y se dice que se ofreció espontáneamente a poner la bendita Imagen sobre la cabeza de cada uno de los miembros de aquella indisciplinada soldadesca.

Este episodio lo ha conservado tan sólo la tradición, sin que sea posible hasta hoy confirmarlo con ningún documento escrito; por lo mismo, el historiador no puede darle otro asentimiento que el que se les da a las tradiciones populares que en muchas ocasiones, no porque carezcan de fuentes escritas, dejan de ser menos verdaderas.

Lo que sí es históricamente cierto es que el Coronel Rojas permaneció en Talpa una semana con toda su gente y que el templo y el pueblo fueron en realidad respetados, pues ninguno sufrió cosa digna de consideración. Ahora bien, teniendo en cuenta el proceder y los antecedentes de aquellas gentes, parece esto inexplicable sin una intervención particular de la Santísima Virgen en favor de su pueblo y de su casa.

Se dice también que estando ya para abandonar el pueblo, se vio el Coronel en la necesidad de mandar ejecutar a dos de sus hombres que se le habían indisciplinado, para lo cual dio orden de que fuesen ahorcados a la entrada del pueblo con la formal consigna de que no debían derramar sangre. Sabedor de esto, el P. Ibarra se dirigió al jefe para reclamarle que no había cumplido con su promesa, pues había mandado ejecutar a aquellos hombres, a lo que Rojas contestó: *"Yo he prometido respetar el pueblo y no derramar sangre en él, vaya Ud.* —interpeló al clérigo—. *y vea si los ejecutados han derramado sangre para castigar a los que los ahorcaron por no haber cumplido mi orden"*.

Después de todos estos incidentes y de una semana de permanencia en Talpa, regresó Rojas a la capital del Estado y D. Remigio salió rumbo a Nayarit con el fin de unirse a Manuel Lozada, que también estaba dando mucho quehacer al Gobierno en el Cantón de Tepic. (1)

---

(1) Noticias adquiridas posteriormente afirman que el incendio y la destrucción de Mascota acaecieron el 30 de diciembre de 1860; sin que hasta hoy haya podido confirmar este dato en algún documento escrito.

El incendario, Rojas, llegó a Talpa el día último del mismo año y permaneció aquí hasta el 7 de enero del año siguiente.

Mientras tanto, el Capellán del santuario no se hallaba satisfecho de ver inconcluso su deseado templo, por lo que, después de una larga serie de esfuerzos y sacrificios logró reanudar los trabajos en enero de 1860; desde esa fecha se trabajo con todo el esfuerzo y entusiasmo posibles, en tal forma que para el mes de junio del mismo año, lograron cerrar todas las bóvedas o, lo que es lo mismo, tapar el edificio con el fin de que quedara protegido de las lluvias. El día 30 de junio se volvió a suspender totalmente la obra, llevando gastados hasta entonces $ 7,476.00 y tres cuartos.

En esos días se hizo pública la noticia de que los liberales habían fusilado, a la salida de Mascota, al que hasta entonces había sido párroco de Guachinango y que habían tomado prisionero en el pueblo de Atenguillo, el Pbro. D. Juan Nepomuceno Avalos, que era originario de Talpa, en donde a la sazón vivían sus familiares; esta noticia llegó a oídos del P. Ibarra que también no dejaba de sentirse temeroso por los recientes acontecimientos. En los mismos días se supo también que el Sr. Cura de Mascota había abandonado el pueblo para refugiarse en lugar más seguro.

Todo esto confirmó en su decisión al anciano sacerdote de verificar la fuga de Talpa y, en forma semejante al Párroco vecino, bus-



En un horizonte de marcadas líneas pronvincianas se recorta la gentil silueta del histórico Santuario de la Virgen de Talpa.

car un lugar más seguro; para este fin, una mañana, después de celebrar la Santa Misa, sin darlo a saber a nadie para que ninguno se enterase de su escondite, solo, sin más objetos que su breviario, emprendió la huída rumbo al mineral de Cuale en donde pensaba ocultarse. Este lugar era para él perfectamente conocido, pues había sido su destino durante varios años; allí había sido también muy querido, por lo que pensó que en ese lugar podría estar muy bien.

Cuando se dieron cuenta los talpenses de que no estaba con ellos su amado padre se afligieron sobremanera, pensando que le había pasado alguna desgracia o que sería ya objeto de algún secuestro o crimen de parte de los liberales.

Con grande pena emprendieron su búsqueda por todas partes, informando por él en todos los alrededores y con todos los transeúntes.

No faltó quién viera al sacerdote salir del pueblo y tomar el camino rumbo a Cuale, siendo visto también por los campesinos que vivían a la vera del camino. Un grupo de robustos jóvenes fue siguiendo esta pista, reconociendo además, de cuando en cuando, la huella del calzado del fugitivo.

A buen paso alcanzó a caminar unas cinco horas el anciano sacerdote, después de las cuales se sintió cansado. Para tomar un poco de solaz y rehacer un poco sus fuerzas se sentó bajo unos gigantescos pinos; allí permaneció algunos momentos, hizo alguna oración y cuando se disponía a reanudar su marcha, notó que las piernas no le prestaban buen servicio a causa de unos calambres que le habían venido. Estando allí rezando su breviario y en espera de alivio o mejoría, fue alcanzado por los talpenses que jadeantes y llenos de gruesas gotas de sudor habían caminado a gran prisa.

El buen clérigo trató de darles explicaciones y de pedirles que no estorbaran su retiro, pero ellos no quisieron escucharlo, sino que tomándolo, lo cargaron sobre sus músculosos hombros y lo regresaron al pueblo, en donde fueron recibidos en triunfo.

Conmovido el piadoso sacerdote por el amor y gratitud de sus hijos, les dijo que con aquello había conocido que la voluntad de Dios era que permaneciera con la Buena Madre y con ellos, que les prometía no retirarse de su lado, "pase lo que pase". El celoso pastor cumplió su promesa y no volvió a intentar abandonar su grey.

Sólo unos seis meses duró Tovar en Nayarit a las órdenes del famoso Tigre de Alica, después de los cuales regresó a su tierra natal, con lo que de nuevo se vio el Gobierno en la necesidad de mandar tropas contra él.

Fueron varios los jefes que vinieron a batirlo, siendo casi todos ellos derrotados. La mayoría de ellos pasaba luego a Talpa, en donde sabían no serían hostilizados, más aún en donde encontrarían simpatizadores y correligionarios. Ninguno de ellos atacó al santuario que nunca dejó de estar abierto a las horas de costumbre, ni a la Bendita Imagen que permaneció siempre en su trono; más aún refiere la tradición que muchas de las tropas deponían sus armas en el atrio y entraban al templo sin sombrero permaneciendo algún tiempo frente a la Madre Común y se dirigían luego al despacho de la Iglesia en demanda de medidas, rosarios, medallas, etc., que gustaban de llevar consigo; al P. Ibarra agradaba también sobremanera repartir profusamente buena cantidad de aquellos objetos piadosos entre ellos.

Si el templo de la Patrona de Talpa logró escapar a la codicia y barbarie de tantos asesinos que lo visitaron, no logró sustraerse a la ambición de sus propios hijos que sí estuvieron prestos a despojarlo de sus bienes.

Tan luego como las autoridades locales de esos lustros se enteraron de las leyes por las cuales los bienes de la Iglesia pasaban a ser propiedad de la nación, sus representantes se apresuraron a ponerlas en práctica, siendo los bienes del santuario su primer objetivo. Fungía en ese año como primer regente del H. Ayuntamiento, el H.C.D. Antonio Hinojosa.

Previniendo el P. Capellán el problema que se le iba a presentar, escribió dos comunicaciones a la Sagrada Mitra pidiendo orientaciones al respecto; ambas le fueron contestadas en un decreto en el que se le decía que: *"Si se llega el desgraciado caso de que las autoridades le exijan las escrituras, los libros y demás documentos de ese santuario, con arreglo al decreto del Gobierno General, que nacionaliza los bienes de la Iglesia, no queda más recurso que entregarlos poniendo antes una comunicación atenta a la superioridad que corresponda en la cual dirá Ud. que se verifica la entrega no voluntariamente sino obligado por la fuerza a que no puede resistir y que por este paso no se renuncia ni desconoce el derecho que el santuario tiene sobre los intereses de que lo despoja el sitado decreto".*

"En cuanto al dinero le decimos que Ud. no está comprendido por el decreto de la materia por que ese fondo es compuesto de limosnas u obligaciones voluntarias que los fieles han hecho en favor del culto católico en ese santuario y la ley dice que la acción de las leyes no se ejercerá sobre las prestaciones de los fieles para sostener un culto y los sacerdotes de éste a no ser cuando aquellos constan de bienes raíces o interviene fuerza o engaño para exigirlos o aceptarlos, por lo mismo el fondo de limosnas no tiene Ud. que entregarlo a nadie" Hasta aquí la Mitra.

Lo que ya temía el clérigo no se hizo esperar, pues el primero de abril se le giraba de la Presidencia Municipal el siguiente oficio:*"Para dar cumplimiento con lo que dispone la ley del 31 de julio de 1859 sobre nacionalización de bienes eclesiásticos en su artículo segundo, ha tenido a bien nombrar al C. Jesús Arronis comisionado para que reciba de Ud. el Mezón de la Virgen con todos los objetos que a él pertenecen, suplico a Ud. se sirva hacer la mensionada entrega".*

Dios. Libertad y Reforma.

Talpa, abril 1o. de 1861.

Antonio Hinojosa.

Al Sr. Pbro. Juan Nepomuceno Ibarra, Pte.

Al recibir el anterior oficio, se dirigió el eclesiástico ante las referidas autoridades no con una simple y atenta comunicación, sino con una enérgica protesta, por considerar como un despojo y atropello el privar en esa forma al santuario de sus bienes. Mucho sentía el añoso padre el entregar el edificio que él personalmente había cuidado y mejorado tanto y que consideraba como una parte de los bienes de la Santísima Virgen a quien él tanto amaba.

La protesta del sacerdote fue muy mal recibida por las autoridades, quienes le enviaron la siguiente respuesta:

"No es propio de la dignidad del supremo Gobierno, cuya autoridad represento, que sus actos sean calificados en los términos que entraña la protesta que Ud. se allana a entregar los bienes eclesiásticos que están a su cargo.

"No es la fuerza superior a la que Ud. debe ceder; es a la ley a la que debe rendir el homenaje de obediencia y sumisión, como buen ciu-

dadano, no se trata de un atentado apollado (sic) en la fuerza; sino de un acto de justicia cuyo fundamento existe en la ley que no reconoce superiores de ningún género".

"No es este todavía el caso de que intervenga la fuerza que no tiene la misión de ejecutar los mandatos de la ley sino castigar la reveldía de los que se resisten a cumplirla".

"Ud. debe verificar la entrega de que se trata, obedeciendo lisa y llanamente a la autoridad legítima y no introduciendo protestas y novedades agenas al respeto con que se debe mirar al Supremo Gobierno de la Nación y que no puede ver sino como un resto del espíritu de revelión y oposición que ha dominado en el clero tanto tiempo y que deshalojado de los trechos trata de atrincherarse y hacer el último esfuerzo en las fórmulas".

"No culpo a Ud. de esto, pues ha creído deber obedecer a inspiraciones de sus superiores eclesiásticos, me es notoria su buena fe y por lo mismo no es motivo a la resistencia que Ud. opusisere al que haya nombrado la comisión a que Ud. se refiere sino en cumplimiento de la ley de la materia cuyo artículo segundo así lo determina expresamente; no me es por lo mismo posible acceder a los deseos que me manifiesta de hacer la entrega personalmente a mí".

"Los señores gobernadores de la Mitra en la comunicacin que con fecha de primero de febrero le dirigen y que Ud. me incerta en la suya, han incurrido en su parte final, en otra equivocación menos sediciosa pero más torpe que la primera cuando le dicen que el numerario existente no tiene Ud. que entregarlo a nadie, por no comprenderlo la ley de la materia y en aprobación citan, no el artículo relativo a la dicha ley sino una disposición del todo extraña al caso, pero muy a propósito para sostener tamaño absurdo y en prueba de que esto es así lea Ud. el artículo segundo de la ley del 31 de julio de 1859, reglamento de la del día anterior, únicas de la materia y a las que Ud. debe ajustarse a cuyo fin se las remito para que tenga de ellas mejor conocimiento que el que le da la citada comunicación, ya verá Ud. que conforme a ella hace Ud. la entrega de libros y numerarios".

"Por lo relativo a la casa que ocupa de su habitación, oportunamente daré a Ud. conocimiento de lo que deba hacer".

"Todo lo que le digo a Ud. en contestación de su comunicación fecha 14, esperando de su recto juicio evitará que este negocio tome un carácter desagradable".

"Renuevo a Ud. mis protestas de aprecio y estimación"

Dios, Libertad y Reforma.

Talpa abril 16 de 1861.

Antonio Hinojosa.

Aurelio Bermúdez, Srio.

Sr. Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra, Presente.

El 12 de abril de 1861 se verificó la entrega del mesón de la Virgen, que permaneció cerrado durante algunos días; después, el gobierno le fue dando distintos usos, con el tiempo se fueron cambiando a él las oficinas del H. Ayuntamiento hasta que llegaron a convertirlo en Palacio Municipal, como aparece en la actualidad.

Inmediatamente intervinieron influyentes ante las autoridades locales con el fin de evitar que fuesen despojados de sus habitaciones tanto el primer capellán como el Pbro. D. Tiburcio Aguilar que hacía poco tiempo había venido en sustitución del P. Gallerán; éste habitaba la casa llamada cural (curato después, hoy escuela oficial de niñas). Gracias a las diligencias que se practicaron y a la veneración y cariño que se profesaba al anciano P. Ibarra, no se le volvió a molestar en esta materia.

Nunca se sentía satisfecho con lo que hacía el abnegado sacerdote en favor de su templo y su feligresía: desde tiempo atrás venía solicitando de la Sagrada Mitra que elevara las convenientes preces a la Santa Sede con el fin de obtener la gracia de que fuera agregado o afiliado el santuario a la Basílica de San Juan de Letrán de Roma, con el propósito de que todos los que visitasen este templo de Talpa, pudieran lucrar las mismas gracias que se conceden a quienes visitan aquella insigne Basílica.

La petición fue atendida; oportunamente se elevó la solicitud a la Ciudad Eterna y el 10 de diciembre de 1861 S.S. Pío IX, el mismo Pontífice de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, firmó el decreto por el que quedó agregado el santuario de Nuestra Señora del Rosario de Talpa a la insigne Basílica Lateranense. ***Tan importante documento dice a la letra:***



S. S. Pio IX, el inmortal Pontícife de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, fue el primer Papa que concedió gracias espirituales al Santuario de la Excelsa Patrona de Talpa.

"Pio IX para perpetua memoria".

"Los Romanos Pontífices nuestros predecesores, enriquecieron con indulgencias y gracias espirituales nuestra Basílica Lateranense, insigne por su antiguedad y monumentos sagrados para que los fieles que se encuentren en esta ciudad, como de fuente perenne, tengan por donde florezca y aumente de día en día la piedad y religión".

"Mas los que por la distancia de los lugares no puedan, presentes, gozar de dichos bienes; sin embargo, son admitidos por esta Santa Sede a dicha participación, si pueden hacerse partícipes de ellos".

Habiendo, pues, presentado a Nos humildes súplicas de parte del venerable hermano Pedro Espinoza, Obispo de la Diócesis de Guadalajara para que nos dignáramos agregar a la Basílica Lateranense la igle-

sia parroquial de la BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, bajo el título del ROSARIO, del pueblo llamado comunmente TALPA en dicha diócesis y comunicar con autoridad apostólica a la misma, todas y cada una de las indulgencias concedidas a esta santa Basílica por la Santa Sede".

"Nos, accediendo benignamente a las súplicas que nos han sido presentadas, fiados por la misericordia de Dios Omnipotente y con la autoridad de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo agregamos a la Basílica Lateranense de Esta Ciudad, la Santa Iglesia Parroquial de la BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA bajo el título de el ROSARIO del pueblo llamado comunmente de TALPA, de la diócesis de Guadalajara y la admitimos y recibimos en la comunicación y sociedad de las indulgencias de la misma Basílica, de tal suerte que todos y cada uno de los fieles cristianos, de uno y otro sexo que visitaren la referida Iglesia, puedan libre y lícitamente ganar todas y cada una de las indulgencias, así plenarias como parciales, concedidas a esta Basílica Lateranense por la Santa Sede; sin embargo, incomunicables por el tenor de los presentes, con tal que hagan bien y delante del Señor las obras de piedad necesarias".

"No obstante la regla de Nuestra Cancillería Apostólica de no conceder indulgencias "ad Instar" y otras constituciones y demás ordenaciones apostólicas contrarias, sean cuales fueren; queremos que las presentes valgan perpetuamente en los tiempos futuros".

Dado en Roma en San Pedro, bajo el anillo del Pescador el día 10 de diciembre de 1861, de Nuestro Pontificado XVI".

Las circunstancias tan adversas por las que atravesaba el país no permitieron que este decreto fuese luego recibido en Talpa; con mucho retardo llegó a la Capital Tapatía, en donde quedó archivado en compañía de otros documentos que seguían pendientes.

Fue hasta el dos de abril de 1864 cuando se le pudo dar el pase, siendo recibido en este pueblo en medio de la alegría de los clérigos y los fieles.

Algunas personas, incluso sacerdotes, creyeron que en virtud de este decreto, el santuario adquiriría el título y privilegios de Basílica; dicho error dio origen a que en algunos documentos posteriores se dé, a este templo, ese título, cosa que se encargaron de aclarar y corregir las autoridades competentes.

El mismo año el Rector del santuario elevó nuevas preces a la Santa Sede, pidiendo se le concediera el uso del ornamento de color azul.

Este privilegio ya existía desde tiempos de la dominación española en la que fue concedido a España y a sus colonias y se había continuado usando aun después de la Independencia de México, pero el Capellán deseaba le fuese ampliado un poco más.

Las preces fueron despachadas favorablemente, concediendo lo que se pedía en el rescripto firmado el 9 de enero de 1862; se concedía la gracia *"siempre que las rúbricas permitan celebrar la Misa de la Concepción Inmaculada de María Santísima"*.

El 14 de abril se dio el pase al rescripto en la curia de Guadalajara.

Quizá por una extensión mal entendida o una intelección errónea del documento, se comenzó a celebrar también la Misa Votiva de Nuestra Señora del Rosario con ornamento azul, costumbre que se ha continuado hasta nuestros días, siendo hoy moralmente centenaria.

En esta forma se iba enriqueciendo con gracias tanto materiales como espirituales el insigne santuario de la Madre de Dios.



Peregrinos y turistas tienen que pasar por el pórtico del atrio, al penetrar al Santo Santuario.

CAPITULO DIECISIETE

Dedicación del Templo Parroquial

LOS años que duró la guerra civil fueron desastrosos para la vida económica no sólo de la región sino de todo el país. Durante todos estos años dejaron los peregrinos de visitar el santuario, las limosnas se escasearon y el culto perdió su primitiva lucidez; la agricultura, la ganadería, el comercio y la minería, que eran las fuentes principales de vida, sufrieron también gran menoscabo, sobre todo a causa de los beligerantes y grupos de bandoleros que se llevaban el ganado, las bestias y cuanto encontraban a su paso.

Para el año 1862, el jefe conservador, Tovar, había logrado dominar toda esta región, desde los pueblos de Atenguillo; Mascota y Talpa, hasta las costas del Oceáno Pacífico; todo estaba controlado por sus tropas.

Sintiéndose dueño de toda la comarca, implantó en ella el monopolio absoluto de todos los artículos de primera necesidad, fijó precios, asignó contribuciones a los propietarios y se aprovechó de buenas partidas de ganado que hacía traer de los mejores criaderos, realizándolos a su antojo en provecho de su causa.

Este año fue también pavoroso por las repetidas veces que tuvieron lugar las levas llevadas a cabo ya por un partido, ya por otro.

Aún se conserva en la tradición el eco pavoroso de aquellos aciagos tiempos en que a la llegada de una tropa, de cualquier partido que fuera, los primeros que se ponían a salvo eran los hombres, dejando casi siempre a las débiles mujeres hacer frente a la situación y salvarse como pudieran.

Este mismo año practicó una leva en Talpa el General D. Remigio para reclutar gente y mandarla a Tomatlán a perseguir al Jefe Político de Autlán que venía en auxilio del jefe regional llamado D.



Costado sur del templo parroquial y calle adyacente. Parte del antiguo "solar" que circundaba la primitiva ermita en él fue edificado el primer mausoleo que conocieron estos lares.

Pablo Ríos. En esta leva logró reunir un buen contingente que puso a las órdenes de un valiente muchacho de nombre Prudencio Contreras.

Buena cuenta dieron los talpenses, pues habiendo presentado un reñido combate en el pueblo de Tomatlán, salieron victoriosos, causando muchas bajas al enemigo y tomando prisionero al jefe rebelde en compañía de otros de sus soldados a quienes poco después pasaron por las armas.

En Guadalajara no dejaba de causar preocupación el Gral. Tovar, cuyos dominios se iban extendiendo cada día más y más, por lo que esta vez fue enviado contra él el General D. Antonio Rojas con un

numeroso ejército. Era este jefe, aquel asesino sanguinario, que años antes había causado la ruina a la antigua y legendaria Villa de Amaxocotlán. Cuando sus habitantes tuvieron noticia de que Rojas volvía, a gran prisa se dieron a la fuga, buscando refugio en los cerros vecinos, dejando la población casi en el abandono.

Esta ocasión Rojas no fue directamente a Mascota sino que prefirió venir primero a Talpa, en donde sabía no le esperaría el enemigo; pernoctó en este pueblo y al dia siguiente salió rumbo a Mascota por el camino de Cabos y San José del Mosco.

Caminó libremente por los risueños valles de Talpa y Mascota y al llegar a la Hacienda llamada de "San Ignacio" se encontró con el enemigo que ya le esperaba; la batalla fue dura y reñida, los soldados liberales pelearon con denuedo, pero al fin tuvieron que emprender la fuga derrotados.

Rojas, después de grandes bajas y con muy poca gente, pasó a Mascota y de allí a Guadalajara, en donde recibió un refuerzo de 3,000 hombres, mientras tanto Tovar se preparaba para esperarlo.

Con el fin de allegarse fondos, recurrió a la eterna pesadilla de los préstamos forzosos; esta vez impuso a todo el distrito la simpática suma de veinte mil pesos que luego fueron repartidos entre todos los habitantes.

Accidentalmente se hallaba el P. Ibarra esos días en Mascota, a donde había ido al arreglo de asuntos parroquiales; estando allí, tuvo lugar el famoso "derrame" o reparto del préstamo forzoso, tocando al P. de Talpa la cantidad de $ 150.00 como cuota personal.

El capellán del santuario se negó rotundamente a entregar dicha cantidad, por lo que Tovar no tuvo empacho en recluirlo en la casa municipal en calidad de prisionero.

No parece claro, ni consta con certeza, que halla sido llevado a la cárcel, tampoco consta del tiempo que duró su arresto; ciertamente no fue mucho, pues inmediatamente personas connotadas interpusieron su influencia, y, ya sea que hayan pagado la suma que se le pedía, o que simplemente hayan hablado en su favor, lo cierto es que a poco se vio libre.

Cuando se conoció en Talpa este hecho causó gran indignación en todas las clases sociales y fue censurado con acritud y dureza, sien-

do desde luego un motivo más que vino a aumentar el distanciamiento entre ambos pueblos y para que aquí se afianzara más la ideología liberal que ya existía.

Como supo D. Remigio que de nuevo volvía Rojas a perseguirlo, se hizo fuerte en el vecino cerro llamado "El Cabro" con un ejército de unos mil hombres.

Llegaron las fuerzas federales a Mascota y no habiendo encontrado a su adversario, se dirigieron al lugar que les anunciaron en donde se encontraban los conservadores. Durante varios días anduvo Rojas alrededor del cerro en busca de un lugar estratégico para atacar pero su búsqueda resultó inútil pues los tovaristas se habían provisto de peñascos tan grandes que, arrojados, podían acabar con todo el ejército.

Después de varias tentativas, decidió Rojas poner un sitio al enemigo y esperar que se le terminaran las provisiones.

El sitio se prolongó tres meses, Octubre, Noviembre y Diciembre de 1862, después de los cuales Tovar se decidió a romperlo. A medianoche, sin que se percatara de ello su enemigo, el tres de diciembre emprendió la fuga que no fue notada por Rojas sino hasta el amanecer, hora en que se dio a perseguirlos, causándoles tan sólo la desbandada; el General conservador pasó a Compostela, Nayarit, y después a Guadalajara, para no volver jamás a su tierra natal.

Rojas pasó con lo grueso de su ejército a Talpa, en donde poco después de llegado, algunos de sus soldados, sin ninguna orden, emprendieron una leva, atrapando a cuanto varón estaba a su alcance sin distinción de edad, ni condición, ni siquiera de estado de salud, pasando luego por las armas a quienes se negaron a seguirlos.

Con este pretexto cometieron muchos allanamientos de morada que luego se convirtieron en saqueo y terminaron en una serie de abusos y violaciones no sólo de jóvenes y mujeres casadas, sino también de inocentes niñas que fueron villanamente estupradas.

Cuando Rojas se dio cuenta de todos estos abusos en un pueblo que él había prometido respetar, llamó a cuentas a los responsables y después de un severo juicio los condenó a muerte.

Por más que muchos vecinos del pueblo y aun el mismo P. Ibarra, intercedieron en favor de los reos, la sentencia fue ejecutada en plena plaza pública hacia las once de la mañana; a pesar de tan espectacular justicia, los infelices talpenses reclutados en la leva pasaron a las filas del ejército, quedanda a salvo tan sólo los ancianos y enfermos.

Después que Tovar abandonó la región, se levantó en armas uno de sus antiguos soldados de nombre José Antonio; para perseguirlo fue designado el Coronel Arreola.

Después de algunos encuentros sin suceso definitivo el tovarista pasó a San Sebastián y Arreola regresó a Talpa, en donde fue cobardemente asesinado.

La causa de su muerte aún se ignora; una de las hipótesis afirma que éste deseaba asaltar y robar el Santuario de la Santísima Virgen, cosa a la que se opusieron los suyos y como el Coronel se hallase decidido, creyeron que la única forma de evitarlo sería quitándole la vida; sin embargo, esto nunca se ha podido confirmar siendo hasta hoy tan sólo una simple hipótesis.

Mientras sucedía todo esto en los declives jaliscienses, en el centro del país las cosas llegaban al extremo; el Gobierno Constitucional había tenido que evacuar la capital de la nación para que fuera luego, el 12 de junio de 1864, invadida por las fuerzas extranjeras; el Archiduque de Austria venía a México con el título de Emperador de la Nación Mexicana.

En este mismo año pasaron las milicias a ocupar las principales plazas de la República, entre ellas la capital de Jalisco.

Al apoderarse los franceses de la ciudad de Guadalajara tuvieron que salir muchos de los que ocuparon puestos públicos en el gobierno liberal, así como la casi totalidad de las tropas; con ese motivo se refugiaron en Talpa varios de estos fugitivos y se estableció en el pueblo un ejército para custodiar desde aquí toda la comarca.

Con mucha frecuencia se veía visitado el pueblo por tropas liberales encabezadas por los jefes rebeldes, el Chino y Simón Gutiérrez (conocido éste con el mote de "La Simona") y el incendiario general Rojas. Todos estos cabecillas no dejaban de hostilizar a los franceses y a los conservadores de toda la región, especialmente del vecino pueblo de Mascota, cuyo dirigente estaba reconocido y autorizado por los galos.

Era tan dura y difícil la situación para estos pueblos, que en agosto de 1864 un grupo de damas, en representación de la sociedad de Mascota, Guachinango y Cuale, dirigió una sentida comunicación a S. Magestad la Emperatriz Carlota, solicitando ayuda y garantías para sus destrozados pueblos; en dicha epístola pintan un cuadro verdaderamente doloroso lo que era Mascota en ese tiempo; refieren el marti-

rio de los Pbros. D. Gabino Gutiérrez, Teniente de Cura, primero en Talpa y después en Mascota, (1), en donde fue hecho prisionero por la gente de Rojas en una de las veces que vino en persecución del General Tovar, fue luego conducido a Guadalajara, en cuyas inmediaciones fue cruelmente decapitado, y del Pbro. D. Juan Nepomuceno Avalos, fusilado en los aledaños de Mascota por habérsele juzgado como aliado de Tovar; después de esto, dice a la letra la carta: *"Nuestros templos violados y convertidos en caballerizas, sus imágenes despedazadas, quemadas y destruidas; robados los vasos sagrados y todos los paramentos de la Iglesia; nuestras casas han sido incendiadadas y nuestros patrimonios destruidos y robados; violada una porción de niñas; ultrajadas y deshonradas innumerables señoras virtuosas que han tenido la desgracia de caer en poder del enemigo . . ."*

"Es ya imposible, Señora, una situación tan triste y desesperada". (2).

Esta comunicación está fechada el 25 de agosto de 1864 y calzada con unas cuarenta firmas.

En realidad, tanto los cabecillas que merodeaban en la región, como algunos liberales refugiados en Talpa no cesaban de hostilizar a los conservadores.

---

(1) El 12 de junio a las nueve de la mañana fue cruelmente asesinado el Pbro. D. Gabino Gutiérrez a espaldas de la penitenciaría "Escobedo" de Guadalajara. Además de este clérigo y del Pbro. D. Juan Nepomuceno Avalos, a la sazón vicario del curato de Mascota, perdieron la vida en manos del asesino e incendiario Rojas el Pbro. D. Bernabé Pérez, fusilado en Jocotepec, Jalisco; el Pbro. D. Praxedes García que pereció ahorcado en Tonila, Jal. y el Pbro. D. Francisco Flores quien sucumbió degollado por Rojas en Zacoalco, Jal.

En esta misma época fue pasado por las armas el sacerdote Félix Ojeda, vicario que era en el curato de Tepic, Nayarit.

---

(2) Poca o ninguna acogida debieron encontrar tan sentidas quejas en el magnánimo corazón de su Magestad la Emperatriz Carlota (si es que llegó a su conocimiento la mencionada epístola), pues ella hacía ostentación de su credo liberal, y era de todos conocido su anticlericalismo, sobre todo cuando se trataba de los altos jerarcas de la Iglesia.

El mismo Emperador llegó a decir en repetidas ocasiones: "S. Magestad la Emperatriz es más roja que yo".

A pesar de que el pueblo de la Santísima Virgen estaba totalmente en manos de los liberales, que siempre se mostraron enemigos de la Iglesia y del clero a quien consideraban como el alma del partido conservador y, a pesar también de que fueron tantos los jefes y refugiados, así como también las fuerzas federales que constantemente había en Talpa, no se vio el P. Ibarra en la necesidad de huir ni de cerrar el templo y clausurar el culto, en todo lo cual no dejó de hacerse sentir la protección de la Santísima Virgen que tanto cuidado tuvo de que su casa no fuese profanada. (1).

Durante todo este tiempo las fiestas y romerías permanecieron en silencio, se fueron consumiendo los pocos fondos y bienes de la cofradía en el sostenimiento del culto y de los ministros, se suspendieron también todas las obras materiales y gastos extraordinarios; a pesar de todo esto, el templo no se vio en la necesidad de cerrar sus puertas ni de suspender los actos de culto en honor de la Santísima Señora.

Los primeros días de enero de 1865, Rojas y Simón Gutiérrez (La Simona) merodeaban por la región de Autlán; el Gobierno Francés mandó contra ellos al Capitan Berthlein, el más terrible guerrillero imperialista, quien los atacó en la Hacienda de Potrerillos, causando la muerte a Rojas y a unos cincuenta de sus más audaces soldados, provocando la desbandada de todo el resto.

---

(1) "Durante los años aciagos de la guerra de tres años el P. Ibarra organizó entre los miembros más caracterizados de la Cofradía de la Sma. Virgen del Rosario, una especie de guardia secreta y permanente con el fin de que en todos los momentos que el templo permaneciera abierto tuviera un centinela que, sin que nadie se percatara de ello, vigilase y evitara en alguna forma, sobre todo avisando oportunamente, en caso de profanación o de robo, ya fuese al templo ya a la misma Santísima Señora.

Los privilegiados varones que formaron aquel cuerpo de guardia, se encargaban tan sólo de vigilar el templo de día y de noche, y en las horas de peligro cerrar sus puertas; con este fin permanecían siempre vigilantes para que, en caso de que fuese amenazado de profanación el templo por los forajidos o revolucionarios, hiciesen cuanto estuviera de su parte por salvar u ocultar a la bendita Imagen y evitar así un atentado.

Todos los que formaban parte de aquel privilegiado escuadrón de guardia eran recibidos, al ingresar a él, mediante una sencilla pero solemne ceremonia en la cual hacían, ante la Soberana Emperatriz y el sacerdote, la formal prome-

Con la desaparición de individuos tan peligrosos se disfrutó de alguna paz en la región y de un poco de seguridad, lo que originó que para la fiesta del siguiente febrero vinieran bastantes peregrinos a visitar a la Santísima Virgen y le dejaran sus limosnas; con esto cobró aliento el guardián del Santuario y con aquellos pocos fondos reanudó la obra del templo que desde hacía tiempo seguía suspendida; desde el 23 de abril de 1866 se trabajó de nuevo con intensidad en los enjarres, pisos, puertas, decoración y pintura, logrando ver que para el 15 de diciembre la obra tocaba ya a su fin; el capellán era el hombre que le gustaban las cosas rápidas, y no toleró jamás la calma, con él se trabajaba con actividad. Para terminar el año, se llevaban ya gastados $ 8,839.00 y cuatro reales,"*faltando tan sólo los muebles y utencilios del culto*".

A pesar de lo difícil que resultaba cualquier movimiento y los peligros que presentaban los caminos, en el mes de noviembre, cuando vio que la obra estaba ya por terminarse, el esforzado capellán solicitó de la Sagrada Mitra la licencia para bendecir el nuevo templo en el próximo 19 de marzo, si es que la situación política no empeoraba. Al mismo tiempo, lanzó la idea y el programa para una fiesta lo más solemne que fuera posible para el próximo día de Señor San José.

sa de guardar los preceptos de la unión, vigilar secreta y discretamente el santuario lo mismo que a su Reina y Señora y estar prestos a defenderla, si fuese necesario, aún con la propia vida.

Como una medida de prudencia (ya que podía haberse interpretado mal por quienes no entendían el movimiento) y para no despertar ninguna sospecha en tiempos tan peligrosos, así como también para no comprometer a quienes formaban parte de ella, dicha organización permaneció en secreto e incógnita, incluso para una gran mayoría de los moradores de Talpa.

En esta forma, sin que nadie sospechara, la hermosa Señora tenía siempre cerca de sí un hijo suyo presto a defenderla en caso de peligro.

El Padre prohibió siempre a quienes hacían la guardia que portasen armas de cualquier naturaleza que fuera. Según el piadoso capellán sólo podían llevar consigo "un crucifijo, un rosario o una medalla de la Santísima Virgen, que estas armas son más poderosas que las que fabrica el hombre".

Esta organización permaneció en activo durante todo el tiempo que duró el peligro, o sea hasta que el Gobierno Civil logró acabar con el bandolerismo y el país gozó de paz y tranquilidad".

La licencia le fue concedida y desde luego se iniciaron los preparativos.

El año 1863, S.S. Pío IX firmaba la bula con la que elevaba el obispado de Guadalajara a la dignidad de Arquidiócesis, resultando electo como primer metropolitano el Ilmo. D. Pedro Espinosa y Dávalos, el mismo Obispo que había venido ocupando dicha sede.

El estado de anarquía reinante causó el que la bula fuese ejecutada hasta el 17 de marzo del siguiente año, tocando recibir al Mitrado el Sagrado Palio el día 18 del mismo mes y año. Estando ya para tocar el fin de este templo, que tantos sacrificios había impuesto al ce-



Sin torres y con un pórtico de tejamanil fue bendecido el edifirio que por más de tres centurias custodió "El Pocito" en que iba a ser sepultada la Celestial Patrona de Talpa.

loso clérigo de Talpa. Su Ilma. pasó a mejor vida el 12 de noviembre de 1866.

En las mismas fechas llegaba a su ocaso la llamada intervención francesa; en el mes de diciembre salieron de la capital jalisciense las últimas tropas extranjeras y el 21 del mismo mes caía la ciudad en manos de los liberales.

Inmediatamente volvieron a la urbe todos los políticos fugitivos y las fuerzas federales que se hallaban dispersas por diferentes pueblos. Con esto cambiaba totalmente la situación para Jalisco y entraba en una nueva etapa de su Historia. (1).

Este incidente hizo que salieran de Talpa los constitucionalistas que permanecían ocultos, así como también las tropas, dejando el pueblo en plena paz, libre para poder celebrar las fiestas proyectadas para el próximo día 19 de marzo.

Como ya vimos antes, se había elegido como titular del nuevo templo al Castísimo Patriarca Señor San José y se había escogido para ser colocada en el altar mayor una imagen que ya entonces era muy antigua y que se hallaba en uno de los altares de la nave del santuario; era toda de talla y con muy ricos y artísticos estofados.

---

(1) Fue en la última decena de junio de 1867 cuando se conoció en Talpa la noticia de la muerte del Emperador Maximiliano y de los Generales conservadores Miramón y Mejía, acaecida en el Cerro de las Campanas —en las inmediaciones de Querétaro— el 19 de junio a las 5 y 7 de la mañana.

La noticia llenó de alegría a los republicanos que vivían en Talpa y que eran muchos.

El acontecimiento fue celebrado con desfiles, fiestas, gritos de "Viva la República". ¡Muera el Imperio! ¡Abajo los cangrejos (mote que daban a los conservadores)!

No faltaron quienes fueran a dar gracias públicamente a la Virgencita de Talpa por la estrepitosa caída del Imperio, tampoco faltó quienes propusieran al P. Ibarra que fuese celebrado el triunfo republicano con repique a vuelo, Misa solemne, Te Déum, etc. en acción de gracias.

Por prudencia se abstuvo de acceder el anciano sacerdote, explicando a los solicitantes, que la Iglesia debe vivir al margen de todo movimiento político.

Sin duda alguna el P. Ibarra no quiso comprometerse con el partido conservador que, aunque débil, no dejaba de ejercer influencia en el pueblo.

Uno de los proyectos que se lanzaron y que fue muy aplaudido, consistía en que, puesto que Señor San José tenía que venir del santuario, parecía lo más natural que viniera su Esposa, la Virgencita de Talpa, a traerlo a su nuevo templo. Todos estuvieron de acuerdo en eso y para llevarlo a cabo se elevaron las preces convenientes, solicitando de la Curia el correspondiente permiso.

La Superioridad tapatía contestó en los siguientes términos, en oficio firmado el 23 de enero de 1867: *"Dígase al Vicario, Rector y Mayordomo de la Cofradía de Señor San José de Talpa que por parte de este Gobierno no hay dificultad en conceder la licencia para que el día de la colocación de Señor San José en la Iglesia nueva que ha de*



La torre y el pórtico del templo parroquial de Talpa. Se edificó esta iglesia en el predio que antaño ocupara el primitivo "teocalli", o templo de los dioses indígenas precortesianos.



Artística Imagen del Casto Patriarca. Se venera en el templo donde se verificó el milagro que hizo famoso al pueblo de Talpa.

servir para vicaría, se lleve en procesión a Nuestra Señora del Rosario de Talpa, que permanezca allí un día y después se vuelva en procesión al Santuario con tal que no haya ningún embarazo para esto de parte de las autoridades civiles y que tanto el Capellán del Santuario como el Cura de la parroquia estén de acuerdo en que así se practique".

Este año las romerías de febrero se vieron extraordinariamente concurridas; después de varios años de permanecer casi abandonado, esta ocasión se vio el Santuario pletórico de peregrinos, los sentidos cánticos y las típicas alabanzas volvieron a resonar en las cóncavas bóvedas del vetusto recinto, las pintorescas danzas con sus vivos colores volvieron a la casa materna que desde hacía tiempo había enmudecido.

Se ultimaron los detalles finales en el ya entonces histórico templo parroquial y el 14 de marzo el templo de la Madre querida entregó todo el mobiliario, paramentos, vasos sagrados y demás abjetos que se habían de emplear en el culto, todo bajo un minucioso inventario, en el que se especificaron los objetos entregados y su respectivo valor. Hacia el final de dicho documento dejó asentado el P. Director de la obra: "*Esta capilla tiene tres bóvedas, su altura es de trece varas, su longitud es de veinte y de diez varas y veintidos pulgadas su anchura. No tiene torrecita por que faltó con que hacerla, dejando este costo al pueblo si lo quiere hacer o a la Cofradía del Señor San José cuya imagen es la que se ha de colocar en el altar mayor, para colocar las campanas se levantaron dos pilares sobre el macizo del templo*". Después viene la suma de los gastos, que asciende a un total de $ 10,226.00 y tres cuartos "*faltando tan sólo las campanas*" y, para terminar, añade: "*Aquí se pone la razón* (de los gastos) *para que diga el superior gobierno quien pierde, si el Santuario o la Cofradía de Señor San José pues con el dinero del Santuario se fabricó y arregló todo para el culto de este templo*".

De seguro que tocó por entonces perder al Santuario, pues no existe noticia alguna que testifique que haya pagado la deuda ni la cofradía ni la parroquia. Tampoco se construyó la torre en el lapso de seis décadas; fue hasta la regencia del Sr. Cura D. José Ramírez, en el séptimo lustro de este siglo, cuando se edificó la torrecita que hoy contemplamos.

Con el fin de preparar lo mejor posible al pueblo para las próximas festividades de la colocación, fueron predicadas en el santuario unas misiones por padres franciscanos, se organizaron también dos tandas de ejercicios espirituales de encierro con motivo de la santa cuaresma y por último se celebró un solemne novenario, en el que ocuparon la cátedra del Espíritu Santo distinguidos oradores invitados especialmente por el Señor Cura de Mascota.



El estilo neoclásico del siglo XIX sirvió de norma y guía al nuevo templo que sustituyó la antigua capilla, testigo y escenario del portento de la renovación de la Sma. Virgen del Rosario.

Como durante todo el tiempo de las romerías de febrero se estuvo anunciando la próxima festividad, desde el día diez de marzo fue tan grande la afluencia de fieles, que durante el novenario era materialmente imposible encontrar alojamiento en todo el pueblo.

Todos los días recorrían las calles principales los llamados marcheros; eran éstos unos jovencitos de lo más distinguido del pueblo, que vestían como elegantísimos pajes y montaban en majestuosos corceles blancos con la crin y la cola artísticamente rizadas y lujosamente adornados con arreos de plata.

En medio de una gran nsolemnidad, acompañados por la música, cohetes, flores y una gran muchedumbre hacían el recorrido triunfal, llevando el estandarte de Señor San José y sus insignias; en esa forma visitaban también a los mayordomos o encargados de las fiestas,

y a su paso iban repartiendo las llamadas décimas, esto es, los programas impresos en papel muy delgado y fino, en donde se anunciaban los actos de culto que tendrían verificativo durante el novenario y la fiesta.

Desde el día diez se iluminó profusamente el templo de la Santísima Virgen tanto interior como exteriormente. En este año volvieron a aparecer las típicas luminarias extinguidas desde hacía ya mucho tiempo; en esta ocasión, como una muestra de júbilo, se encendieron no sólo en el centro del pueblo y en las calles, sino hasta en el cerrito, hoy de Cristo Rey, dando con esto al pueblo un aspecto verdaderamente típico, alegre y risueño, semejando desde lejos un pedazo de cielo invernal. La Patrona de Talpa vistió también entonces sus mejores ropas y su altar se vio también engalanado con sus más ricas preseas.



El típico "cerrito", coronado hoy por la blanca figura de Jesucristo Rey, en épocas pretéritas lució artísticamente decorado con típicas luminarias que bañaban de luz y llenaban de alegría al histórico Santuario.

El día 18, al caer la tarde, hubo vísperas solemnísimas en armonía con la magnificencia de la fiesta que habría de celebrarse al día siguiente.

La gente, tanto del pueblo como de fuera, se sentía verdaderamente feliz, pues por vez primera, después de una larga serie de años de terror, de opresión y de guerra, era posible celebrar una fiesta de aquella magnitud.

El Santuario apareció aquella noche memorable artísticamente iluminado. En aquella época, el interior se iluminaba por medio de velas de cera que en las grandes festividades ardían por centenares, repartidas en artísticos candiles que se hallaban suspendidos a lo largo de la nave del recinto sagrado. Se encendían también en abundancia en todos los altares y a lo largo de la cornisa, en el balaustrado interior.

Era indispensable tener empleados especiales para que se encargaran exclusivamente del alumbrado, sobre todo para evitar incendios.

Toda aquella abundancia de luces iluminaba profusamente la casa de Dios, dándole un aspecto bellísimo. En el atrio se usaban ya los tradicionales faroles de luces policromadas, se colocaban en abundancia por todo el rededor semejando el santo Rosario, siendo los paternoster de un color y tamaño y las avemarías de otro; en todos estos juegos gustaba de hacer el ingenio humano todas las combinaciones posibles.

Con la debida anticipación y cuidado se preparó un carro alegórico, que más que esto, podría llamarse un gigantesco altar portátil, pues no estaba montado sobre ruedas, sino que estaba confeccionado en tal forma que tenía que ser llevado por cien robustos y hercúleos varones. En dicho altar se habían representado los desposorios de la Madre de Dios con su casto esposo, Señor San José, todo adornado con las más finas telas y con todo lo más precioso que fue posible conseguir, estando engalanado con preciosas azucenas artificiales.

A la entrada principal del nuevo templo se edificó un majestuoso arco triunfal, decorado en amarillo y verde, en concordancia con la indumentaria del casto esposo; en la parte superior aparecía la vara tradicional que ostenta el custodio de la Sagrada Familia; el interior del edificio estaba sobriamente adornado con el fin de que luciera el decorado que acababa de terminarse,

El 19 de marzo fue esperado con particular ansiedad; desde la noche anterior resultó imposible contener la inmensa muchedumbre que pernoctó en el atrio y en los alrededores del templo de la Madre Querida. Desde las cuatro de la mañana, en que el Sagrado recinto abrió sus puertas, el movimiento de la gente simulaba pleno día; a esa hora se cantaron las alegres mañanitas a la Reina de los cielos y a su castísimo esposo; en esa hora fue también celebrada la Misa llamada de

alba, en la que un crecido número de fieles se acercó a la Sagrada Mesa. Desde esa hora se siguió celebrando sin interrupción el Santo Sacrificio hasta la hora en que la Santísima Señora tenía que ser retirada de su altar; muchos sacerdotes invitados especialmente, se hallaban deseosos de celebrar el Santo Sacrificio a los pies de la Taumaturga Imagen.

Serían como las ocho de la mañana, el astro rey había ya iluminado plenamente el lejano horizonte y envuelto entre sus dorados resplandores el agreste rinconcito de México que antaño escogiera la Celestial Señora para obrar el magno portento, cuando dio principio la imponente procesión.

En medio de aplausos delirantes y vivas ensordecedores fue bajada la Santísima Señora, así como también la imagen del Castísimo Patriarca, y acompañados de alegres y sonoros repiques a vuelo, cantos, músicas. cohetes y lluvias de flores, fueron conducidos en marcha triunfal hasta las puertas del atrio donde se hallaba el gigantesco altar portátil. Allí fueron colocados en sus tronos, dando luego principio a la solemnísima procesión en medio de una multitud que apenas permitía dar paso.

Las calles por donde había de pasar estaban ricamente adornadas, cuidadosamente aseadas y regadas, en todas ellas se habían esparcido flores y perfumes.

De la puerta principal tomó aquel imponente desfile toda la Calle Real, hoy de Independecia, siguiendo por ella hasta el lugar llamado hoy "La Pila"; de allí regresó, bajando luego a la calle llamada entonces "De atrás", hoy, Cinco de Mayo, la que siguió hasta donde termina, con su encuentro con la calle Juárez que pasa al costado del templo porroquial. Siguió por esta vía hasta su cruzamiento con la actual calle Libertad, dando vuelta sobre su derecha por esta misma calle, Libertad, la que siguió hasta el edificio llamado "La Mexicana". hoy capilla de San Miguel; allí dio vuelta sobre su izquierda, para tomar la anchurosa arteria conocida hoy con los nombres de Doctores Valdés hasta donde hace cerrada, siguiendo por su izquierda hasta llegar al costado sur del santuario. De allí continuó pasando por el lado sur de la plaza principal, siguiendo hasta la puerta del nuevo templo, en donde era esperada con una lluvia de flores que inocentes niños arrojaban desde los edificios circunvecinos.



En la segunda mitad del siglo XIX "La Mexicana" fue emporio de riqueza. En el costado sur del edificio se ha edificado una capilla a S. Miguel Arcángel.

A la llegada de la procesión se colocó el gran altar bajo el magno arco triunfal, teniendo luego verificativo la bendición solemne del templo. La ceremonia estuvo a cargo del párroco de Mascota como jurisdiccionario del lugar, acompañándole el P. Ibarra y el P. Valdivia como ministros sagrados, el primero como Diácono y el segundo como Subdiácono. El añoso sacerdote de Talpa contempló emocionado las cristalinas gotas de agua lustral que, cual perlas, se deslizaron por aquellas paredes que tantos sacrificios le habían costado.

Verificada la bendición, tuvo lugar la entrada triunfal de los Santísimos esposos que venían como a tomar posesión de aquella amable mansión que les había sido preparada con el cariño y la devoción que les profesaban sus hijos.

Después que fueron colocados en el altar mayor, tuvo lugar la Misa solemne en la que el P. Ibarra ocupó la Cátedra Sagrada, conmoviendo hasta las lágrimas a su auditorio: en su sencilla pero elocuente pieza oratoria habló de las grandezas del corazón de María con relación a sus hijos, especialmente manifestadas en ese lugar bendito desde hace más de dos centurias. Al terminar la Misa se entonó solemnísimo Tedéum en acción de gracias.

Todo el día se recibieron peregrinaciones tanto locales como foráneas, siendo muy distinguida la de Mascota, que encabezó el clero de aquella Villa; por la noche tuvo lugar el ejercicio solemne en el que predicó el párroco del lugar, se quemaron después artísticos fuegos pirotécnicos, repitiéndose la majestuosa iluminación tanto interior como exterior de ambos templos que fue imposible cerrar durante toda la noche a causa de la gran concurrencia de fieles.

Las fiestas profanas resultaron no menos lucidas que las religiosas; por la mañana tuvo verificativo una corrida de toros en la que se pusieron a prueba los mejores charros de la región y, por la tarde, una reñida competencia de briosos corceles alegró a los talpenses; fueron los de la hacienda de Cabos quienes se llevaron los mejores premios.

El comercio estuvo en estos días muy activo, las tiendas locales permanecieron abiertas tres días consecutivos, día y noche, resultando las ganancias sobremanera pingues para los negociantes en este ramo. (1),

El día 20 por la mañana, hubo de nuevo Misa solemne de tres ministros; la Imagen de la Santísima Virgen permaneció durante todo el día con la de su casto esposo y por la tarde, a la hora de las vísperas, fue conducida con toda solemnidad, por la vía más breve, a su templo, quedando ya Señor San José en su propia Iglesia.

Todos los afortunados cristianos que contemplaron estas festividades quedaron profundamente impresionados y con grandes deseos de que volvieran a repetirse. Los sacerdotes, impresionados también, invitaron a todos los peregrinos a recordar el siguiente año tan gran solemnidad. Los fieles volvieron a reunirse el siguiente marzo para ce-

---

(1) Tomamos la siguiente nota de un cronista coetáneo.

"En aquel día inolvidable todas las puertas y ventanas, las mismas calles y la plaza estaban adornadas con profusión, con banderitas y flores, así naturales como artificiales, las cámaras (de pólvora) alternaban con los alegres repiques.

Nutridos grupos de gente se vieron desde temprana hora acompañados de la música cantando las glorias de la que es Reina y Madre.

Al llegar la noche (también la del día anterior) las luminarias (de leña en las calles) fueron de tal magnitud, en número y grandeza, que semejaban pleno día y emulaban la luz del mismo sol.

La extraña máquina (¿el castillo?) de fuegos artificiales despedía torrentes de viva luz y de caprichosos cohetes (¿buscapiés?). Pero lo más admirable de estos fuegos artificiales consistía en que en medio de ellos aparecía de repente la imagen sacrosanta de la Sma. Virgen con su castísimo esposo (titular del nuevo templo) rodeada hora de estrellas relucientes y de vivísima luz, hora dentro de un arco iris imitado de manera magistral, hora entre pequeños globos, que en abriéndose y desplegándose semejaban rosas".

lebrar dicha conmemoración que desde entonces se siguió celebrando todos los años con el mayor esplendor posible.

Muchos peregrinos empezaron a cambiar la solemnidad de febrero por la de marzo, dando con esto origen a una nueva romería que en el transcurso de los años ha venido a ser la más grande y numerosa, quedando en segundo término la de febrero.

En nuestros días, la fiesta en honor del casto Esposo de la Madre de Dios ha desaparecido casi del todo, quedando tan sólo la gran romería con su nutrido número de peregrinos que viene casi exclusivamente a visitar a la Santísima Virgen.

NOTA.—A manera de apéndice transcribimos las notas que un cronista anónimo nos ha conservado de aquellos días, redactadas en forma un tanto literaria:

"Con fervor y entusiasmo se preparó aquella memorable fiesta. Causaba verdadero gozo escuchar de labios del orador sagrado cómo traía a colación y evocaba, haciendo resaltar, las grandes virtudes del que en otros tiempos fuera el jefe de la Sagrada familia; todo estaba encaminado a un mayor acercamiento de los fieles a Dios, a la Madre Santísima del cielo y al Castísimo Patriarca, todo lo cual se manifestaba por un mayor acercamiento a los santos Sacramentos y por el resurgir y avivarse del deseo, tantas veces fracasado, de ser cada día mejores.

No es posible grabar en el papel ni describir con palabras la variedad y sublimidad de sentimientos, que aquel día despertó en los corazones de cuantos tuvieron la felicidad de vivirlo.

Llanto, gozo, alegría, todo se sucedía en aquellos rostros llenos de felicidad. Gritos de júbilo, vivas penetrantes, fervientes plegarias, cantos, notas musicales, emocionantes comentarios; todo parecía desbordar aquellas almas embriagadas de felicidad.

Todo el día se notó un constante ir y venir de gente de los hogares al templo, que a todas horas se vio lleno de cristianos.

Era hermoso de ver cómo todos vestían limpios y elegantes a la medida de sus fuerzas, diríase que hubo en aquel día memorable un verdadero frenesí por lucir cuanto de mejor tenían. El templo, las calles, las casas y las personas vistieron sus mejores galas y preseas. No se perdonó trabajo, esfuerzo, gasto ni sacrificio para dar mayor lucidez a la fiesta.

Por la noche el alma se sentía cansada después de una larga serie de fuertes y variadas impresiones. Aquel día memorable no podrá olvidarse jamás de la memoria, ha sido quizá uno de los más grandes y memorables de nuestra vida.

Qué hermoso aparecía a los ojos de todos el castísimo patriarca Señor San José, diríase que la presencia de la Santísima Virgen le daba una grandeza y una magestad indescriptibles; le contemplaban las miradas fervorosas muchas horas sin que lograran saciarse.

Es una bella escultura como de un metro de altura, en el santuario ya se le considera como antigua y no conozco su origen. Los áureos estofados la hacían aparecer más bella y reluciente con los rayos dorados del sol naciente.

Su cuerpo, sobriamente estilizado y delicadamente tratado, se mantiene recto cual si aspirase a las alturas infinitas. En su rostro, lleno de bondad y de virtudes, se abren sus ojos con alegría serena ante un mundo que se dilata a sus miradas. Su manto se adhiere en tal forma a sus ropajes que forma una sola unidad escultórica.

El pequeño Jesús, descansando tiernamente en su amoroso brazo, esboza una suave sonrisa. Su expresión tiene algo de singular, diríase que aquella mirada estaba conciente del cielo, del mundo y de aquellos hijos buenos.

Aquel día se inició claro y despejado, un frío agradable parecía contrastar con el calor entusiasta y fervoroso que caldeaba aquellos corazones, el clima se volvió poco a poco más grato en el transcurso de las horas.

El viento se movía placentero ululando a sus anchas en las bajas cañadas y barrancas, y soplando más fuerte en las altas montañas, que por su gran lejanía se contemplan azules como girones de cielo.

El día transcurrió plácido y tranquilo, ayuno de toda nota desagradable y de impresiones que no estuvieran de acuerdo con las que la fiesta despertaba en las almas. Pronto se vio el cielo saturado de un azul intenso, diríase que toda la naturaleza prestaba su aportación a la felicidad, al gozo y a la alegría que aquí reinaban.

La tarde vivió sus horas de quietud y de paz, el sol, como última despedida, cubrió el cielo con enormes pinceladas de indescriptibles figuras y colores. La tarde se hizo lila y después gris para vestir luego el negro luto de la noche".



Las bellas y delicadas líneas del recinto Sagrado, con su variada y espléndida decoración, han sabido llevar siempre un mensaje de paz al cansado romero.

CAPITULO DIECIOCHO

Gran Florecimiento Minero de la Región

TAN luego como se bendijo el nuevo templo se cambió a él toda la administración parroquial quedando a cargo del teniente de Cura que a la sazón era el Pbro. D. Juan Valdivia; a cargo del santuario quedó esclusivamente el anciano P. Ibarra con el título de Capellán primero o mayor.

La separación de ambos templos trajo consigo las consecuencias que ya podían esperarse. El santuario absorbió la casi totalidad de las entradas pecuniarias, quedando al templo vicarial tan sólo los exiguos ingresos de la fábrica material y espiritual, así como también los proventos que desde luego resultaron insuficientes para el sostenimiento del culto y del P. Vicario.

Se presentaron tiempos tan difíciles para el P. Vicario que al fin se vió en la necesidad de abandonar el puesto sin orden superior y sin haber entregado a nadie los objetos de la iglesia. De su destino se dirigió a Guadalajara, en donde presentó su renuncia. En su lugar fue enviado el Pbro. D. Gabino Aguayo, con la orden de que el santuario pasara su subsidio a la vicaría. Poco duró también este clérigo, pues luego pasó a Mascota en calidad de Párroco interino.

Desde un principio se mostró el P. Aguayo ferviente devoto de la Santísima Virgen. Una de las cosas que procuró con empeño desde su llegada, fue la introducción de la celebración del mes de mayo en el pueblo, pues hasta entonces no se había acostumbrado. Durante su regencia aparecieron por vez primera las inocentes niñas vestidas de ángeles, ofreciendo las flores a la Madre de Dios.

Otra de las cosas que obtuvo, fue la traslación de la cofradía de Señor San José al templo vicarial. Entre los primeros miembros que tocó a él organizar se contaron los Sres. D. Eusebio Zepeda, que fue

el mayordomo; D. Rodrigo Pérez, D. Fernando Guzmán, D. Zotero Gil, D. Antonio Vega, D. Francisco González. D. Miguel Palomera, D. Herminio Nis, D. Francisco Agraz y algunos otros.

Corta fue la estancia en este pueblo del P. Aguayo, pues a fines del año 1867 vino en su lugar el Pbro. D. Antonio Jiménez, quien también se mostró desde un principio como uno de los Sacerdotes que se preocupaban por el bien tanto material como espiritual de sus dirigidos.



Pbro. D. Antonio Jiménez, sacerdote que se preocupó por el bien espiritual y material de la población.

En esta época se registró un acontecimiento al parecer fortuito, pero que resultó en seguida de gran importancia para el pueblo y para toda su jurisdicción.

A raíz de las persecuciones y crueldades que cometían en la región tanto los llamados defensores de los ideales políticos en uso, como también las gavillas de ladrones que por todas partes merodeaban, muchas de las familias de Mascota se vieron obligadas a refugiarse en los cerros. a veces los más abruptos e inaccesibles, sobre todo familias acomodadas que eran las más perseguidas con los préstamos forzosos.

Se dice que estando algunas de estas familias en lo más abrupto de la montaña, en la región occidental de Talpa. con el fin de proveerse de carbón suficiente, prepararon un gran horno, acertando a colocarlo, sin percatarse de ello, sobre una rica veta de plata que se hallaba a flor de tierra; con el fuego tan intenso que produjo el horno empezaron a fundirse los metales y a "chorrear", esto es, a correr hacia afuera en forma líquida, con gran sorpresa de los circunstantes que luego se enteraron de que era plata de muy buena calidad.

Apenas se hubo pacificado un poco la comarca, los descubridores se pusieron en contacto con los mineros más expertos de Talpa y Mascota, dando con esto principio a uno de los negocios más grandes que se habían registrado desde los tiempos de la colonia. Los primeros que emprendieron la obra fueron D. José María Celis, rico minero, y el técnico en la materia D. Alejandro Agraz.

Inmediatamente se procedió no sólo a trabajar las vetas descubiertas sino a explorar la región, con tan buena estrella, que en unos cuantos kilómetros se descubrieron tres centros igualmente ricos y abundantes: Uno que recibió el nombre de "La Concepción", otro "El Desmoronado" y un tercero el de "Bramador", antaño conocido como San Jerónimo de las Palmas; este lugarejo que poco antes constaba tan sólo de unas tres chozas pajizas, en breve se convirtió en un rico y floreciente Real de minas. Fue tan grande el movimiento metalúrgico regional, que en sólo unos cinco años el Real de Bramador contaba con unos 1770 habitantes venidos, en casi su totalidad, de diferentes lugares.

Para dar mayor seguridad y efectividad a las comunicaciones, se estableció en seguida una red telefónica que ponía en contacto a Talpa y Mascota con los principales centros mineros, siendo éstos los pri-

meros teléfonos que se conocieron en una extensa zona del país, siendo importados directamente de Alemania por el Sr. D. Alberto Koch, de quien luego hablaremos.

A raíz de todo este movimiento extraordinario, se extendió hasta estos pueblos la red telegráfica que los puso en contacto con la capital del Estado; el telégrafo pasó entonces hasta el próspero centro del Bramador. Se abrieron también buenos caminos tanto para Guadalajara como para toda la región minera, estableciéndose varias haciendas de beneficio en donde se extraía la plata, formándose una guardia que diese garantías y seguridad a quienes conducían el rico metal.

Para tener a la comarca un poco más al día en los acontecimientos, se compró una imprenta y se organizó la edición de un periódico que se tituló "El eco de las Montañas", que también se estableció en Bramador.

Deseando tener también contacto con el exterior, se abrió un camino hasta el pequeño puerto vecino llamado Chamela; por allí se comunicaba con los demás puertos del Océano Pacífico de México y también con el puerto de San Francisco, California, del vecino país del norte. Establecía el servicio a todos estos lugares con toda regularidad un barco llamado "El Sonora", que traía mercancías, artículos de lujo y se llevaba parte de la producción de metales; fue en esta forma como se conocieron en estas partes muchos objetos de lujo importados, muebles finos, etc., etc.

Consecuencia natural de todo este mejoramiento fue una gran prosperidad y adelanto de todos los pueblos comarcanos que pudieron en esta forma rehacerse de las desgracias sufridas en la pasada guerra llegando no sólo a recuperar lo perdido sino a una altura superior a cualquiera otra época anterior. Se rehizo la Villa de Mascota y en Talpa se construyeron habitaciones con una mentalidad más moderna, resultando por ello más higiénicas y cómodas.

Tanto en este pueblo como en la vecina Villa, se establecieron varios orfebres que trabajando el precioso metal producían toda una serie de joyas y artículos de lujo, con lo que atraían buena cantidad de turistas. Entre las obras de ese tiempo, se contaron un juego de candeleros grandes, de plata pura, con un peso de una arroba cana uno y un frontal para el altar de la Santísima Virgen que pesaba 80 kilos,

varios cálices, de los cuales algunos han sobrevivido hasta nuestros días. (1).

El juego de candeleros de plata fue robado en una de las revoluciones posteriores; fue sustraído, según se infiere, por el coro del templo, y el frontal fue vendido por el Sr. Cura D. Juan Castillo como a su tiempo se verá.

El santuario se vio durante todos estos años notablemente concurrido, las limosnas aumentaron en forma admirable, el culto alcanzó un esplendor como no se habia visto antes, el encargado del templo gestionó la compre de ricos vestidos y joyas para la Taumaturga Imagen y dotó a la sacristía de ricos paramentos, de la mejor clase que se conocía en el país, compró también un juego de ciriales,, cruz alta, incensario y atriles, todo de plata pura y cuidadosamente labrados.

Ambos templos fueron dotados de vasos sagrados; se mandó hacer un cáliz de oro puro que el Santuario deseaba regalar al Roma-

(1) De la obra "La Corte de Honor de Nuestra Señora del Rosario de Talpa" del mismo autor, págs. 155 y ss. tomamos las siguientes anotaciones referentes a tan importantes piezas de nuestra delicada orfebrería religiosa:

"A raíz de lo abundante que era en esos lustros el blanco metal en este pueblo, el P. Ibarra concibió la idea de adquirir para su amado santuario un frontal de plata pura, adaptable al altar de su querida Reina; esta clase de preseas estuvieron muy en uso en los lustros que venimos historiando.

El P. Ibarra no era el hombre que elaboraba proyectos y soñaba despierto, para luego abandonarlo todo en el campo de las ideas; todas sus obras son un claro reflejo del temple de su alma de bronce, él gozó toda su vida en ser un hombre dinámico y de acción.

Comunicó sus deseos a los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, y los comisionó para que obtuviesen de los centros productores, o "haciendas de beneficio", cincuenta kilos del blanco metal de la mejor calidad, que creía bastarían para llevar a feliz término su proyecto. Una vez que estuvo en su poder el mineral, despachó al Síndico y al Mayordomo a Guadalajara con la misión de contratar un perito en la materia para que viniera con todo lo necesario y ejecutase el deseado proyecto.

Pronto estuvieron los emisarios de regreso en compañía del experto, éste, después de oir al capellán y estudiar detenidamente sus planes y deseos, dictaminó que los cincuenta kilos resultaban insuficientes para la obra, que se harían necesarios por lo menos otros veinticinco kilos.

Notificó entonces el sacerdote a los cofrades que a ellos tocaba dar el resto del metal que faltaba; contaban éstos, en esos años, con muy pocos bienes. Nos

(Sigue)

no Pontífice reinante. Según parece, se hizo el envío, aunque lo más probable es que no llegó a su destino: más aún, tengo conocimiento de que en la capital de la República, en la Catedral Metropolitana, existen dos cálices, una de oro con la inscripción de Talpa y no falta quien crea que era el destinado a la Ciudad Eterna.

El templo parroquial mejoró también notablemente, pues además de haber aumentado el número de fieles, éstos ayudaban más eficazmente al sostenimiento del clero y del culto; también el trabajo aumentó en tal forma que pronto se hizo necesario un clérigo más, con lo que llegó a tres el número de sacerdotes.

El rápido aumento de los habitantes, así como también el gran florecimiento del Real de Bramador trajo consigo un relajamiento en las costumbres morales, cosa ordinaria en los centros de gran prosperidad económica, por lo que pronto se hizo sensible la necesidad de un

informa el Mayordomo, persona muy conocida en el pueblo, y que llevaba por nombre Joaquín Martínez, que "vendido el resto de animales que quedaba a la hermandad, apenas se alcanzarían a comprar los veinticinco kilos de plata que faltaban".

Los trabajos se iniciaron luego y para 1876 la obra estaba concluida; al final resultó con un peso total de 80 kilos.

Toda aquella empresa dio como resultado una pieza de gran valor, no sólo por el material de que estaba hecha, sino también por el exquisito valor artístico y su fino acabado.

Era toda desarmable, constaba de ocho partes que se unían y sujetaban con tornillos; en la parte inferior ostentaba una frondosa guía de vid cuajada de pingües racimos de uvas sobre ella descansaban simbólicos haces de espigas de trigo, todo hecho por separado de una manera exquisita y delicada.

En la parte central de la valiosa pieza, aparecía la blanca figura del Maestro Divino rodeado de seis de sus discípulos en el trance memorable de la fracción del pan; era aquel cuadro un fragmento de la última cena de algún autor clásico. En el extremo derecho del frontal destacaba un cuadro: el de La Anunciación, la humilde figura de María en el momento de recibir la salutación angélica; ambas figuras, la de María y la del Arcángel, aparecían delicadamente laboradas, y en el extremo opuesto resplandecía la bella figura de la Virgencita del Rosario como fue contemplada por María Tenanchi en el inmortal instante de su milagrosa renovación; era éste otro singular conjunto muy digno de verse: la Santísima Señora, toda llena de gloria y majestad, radiante de hermosura, refulgente y divina como el primer destello de la aurora matinal, a sus plantas figuraba la persona humilde de la indita vidente postrada en tierra, marchita como

(Sigue)

clérigo, de un capellán que se estableciese en el lugar, pues la atención espiritual desde Talpa y Mascota se hacía más difícil por lo lento de las comunicaciones y lo difícil de los caminos.

Se hizo la solicitud respectiva con muy buen resultado, ya que la Sagrada Mitra nombró en seguida como primer capellán al Pbro. D. Máximo Ocampo, quien desde luego se trasladó a su destino, en donde permaneció hasta el año 1870 en que fue sustituído por el Pbro. D. José María Ramírez.

Un resurgimiento económico tan rápido de toda esta zona minera, el aumento de población y la solución del problema pecuniario de la vicaría de Talpa la hicieron sentirse lo suficientemente fuerte para independizarse del curato de Mascota, por lo que a medliados del año 1869 se elevaron preces suplicatorias a la Sagrada Mitra, pidien-

una flor aplastada, toda ella sobrecogida de temor y de resplandeciente humildad. Según el parecer de personas que conocieron esta obra, era este conjunto de gran expresividad y sentido realismo.

Todas las figuras humanas fueron trabajadas por separado y en seguida se fijaron a la superficie perfectamente pulida, por medio de tornillos, esto daba mayor expresividad y realismo a las formas.

Todo el admirable conjunto aparecía circundado por un hermoso marco finamente pulido, que con sus líneas suaves y sencillas, daba mayor realce y majestad a la obra.

Todo estaba preparado para llevar a cabo la solemne bendición en las fiestas septembrinas de 1876. El Padre Ibarra mandó que fuese colocado el frontal en su lugar propio, en el altar, con el fin de verlo ya terminado; mas cuando la obra apareció en el altar, visto ya el conjunto, el juego de candeleros de mejor clase que poseía el templo, pareció pobre, indigno y feo para una obra de tanto mérito: "hay que mandar hacer una docena de candeleros que hagan juego con el frontal —exclamó el capellán—, sólo así aparecerá Nuestra Señora tan hermosa como deseo verla", y en ese momento se tomó la determinación de transferir la bendición de aquella pieza hasta que estuvieran terminados los candeleros.

Una vez más volvió el Mayordomo de la Cofradía, acompañado del Síndico del lugar, a los ricos y florecientes minerales a obtener la cantidad de plata necesaria para la nueva obra pue debía empezarse luego.

Doce arrobas era el monto del blanco metal que en esa ocasión se hacía necesario, ya que cada pieza debía llevar un peso de una arroba en total.

Sólo cien kilos fue necesario comprar, pues la compañía minera obsequió el resto, y de los cien kilos que se pagaron veinticinco pagó la Confraternidad de la

(Sigue)

do la creación de este curato; la Curia consultó al párroco del lugar, quien se mostró totalmente adverso al deseo de los talpenses, por lo que el proyecto hubo de suspenderse.

A pesar de todo, los solicitantes no desistieron de la empresa y tres años más tarde repitieron la súplica con los mismos resultados; sin embargo, ya estaban en sus puestos el párroco y el prelado que habrían de conceder lo que tanto deseaba Talpa.

Cuando toda la región se creía en absoluta paz y tranquilidad, hubo un incidente en la región que llenó de pánico a sus pobladores; en

Santísima Virgen del Rosario, veinticinco donó el pueblo y los otros cincuenta fueron costeados por las arcas del santuario.

Un año fue necesario para concluir la nueva empresa, y para ello se hizo imprescindible poner auxiliares al orfebre que fungía como maestro en las labores.

Para las fiestas conmemorativas de la renovación de 1877, el altar de la Bendita Madre lucía majestuoso aquel juego de blancas y resplandecientes piezas, que sobre un imponente cortinaje de color oro viejo adquirido especialmente, simulaban gemas brillantes, engastadas en aquel conjunto artístico que servía como marco a la sacrosanta Imagen.

En este año las fiestas revistieron una extraordinaria solemnidad, oportunamente fue invitado un predicador de la capital jalisciense, lo mismo se hizo con el Señor Cura de Mascota que, como jurisdiccionario, le tocó presidir la ceremonia de la bendición de aquella obra.

No contento el abnegado capellan, al año siguiente adquirió un juego de ciriales, cruz alta, palmatoria, crucifijos y vinajeras, ambos de plata pura y de la mejor calidad, con el fin de que resultara todo el conjunto en armonía con aquel hermoso y artístico frontal.

Fue esta la última obra de gran importancia en que, según los anales justicieros de la historia, tomó parte, de una manera directa y organizada, la confraternidad de la Santísima Virgen del Rosario.

Para estos lustros los bienes que antaño fueron abundantes, habían venido a menos, por no decir a la nada; el hospital, lo mismo que todas las obras de caridad que hasta entonces había tenida a su cargo, pasaron a manos de la Pía Unión de San Vicente de Paul y de la Cofradía de la Doctrina Crsitiana, asociaciones que llevó a gran altura el Pbro. D. Antonio Jiménez.

Sin embargo, en las postrimerías del siglo XIX, la hermandad mariana seguía bien organizada, con sus fiestas y su culto, que todos los domingos primeros de cada mes y sobre todo en el mes de octubre, tributaba a su celestial patrona".

el mes de septiembre de 1869 se levantó en armas, en el cantón de Tepic. el General D. Mariano Moret, prisionero recién indultado. Este había formulado un plan reaccionario al régimen entonces dominante y se había hecho fuerte con un número regular de hombres.

De Tepic pasó a Mascota con el fin de que. a semejanza de D. Remigio Tovar, podría establecer allí el centro de sus operaciones.

El jefe político de aquella Villa, conocedor del peligro y de lo que significaría para la comarca un individuo de esta clase, visitó rápidamente todos los pueblos de la jurisdicción en busca de gente para salir al encuentro del novel revolucionario.

Preparó un buen ejército de voluntarios y saliendo a su encuentro, se dispuso a presentar combate. El cabecilla rebelde no supo ni siquiera organizar su gente, pues apenas pudo presentar una escaramuza de la que salió totalmente derrotado, por lo que tuvo que retirarse; con esto volvió la paz a la región.

Mientras tanto, el P. Ibarra no cesaba de hacer mejoras a su querida iglesia; durante estos años edificó los salones anexos al santuario conocidos hoy con el nombre de "Salones de la Acción Católica".

Había por esos años, en la parte posterior del templo de la Santísima Virgen, una parte de terreno baldío, resto dtl antiguo cementerio que en años anteriores circundaba el edificio y que por lo mismo creía el P. Ibarra que sería propiedad del templo. Acariciaba el ministro la idea de hacer, aprovechando ese terreno, más amplio y hermoso el camarín de la Gran Señora, pero antes de comenzar la construcción quiso contar con la anuencia de las autoridades locales, para lo cual denunció el terreno ante la Presidencia Municipal.

También el Gobierno local creía tener derecho al predio en virtud de las recientes leyes de reforma, por lo que el H. Ayuntamiento contestó al Presbítero que le adjudicaría la propiedad en calidad de venta. El Padre, que había sido siempre un celoso custodio de los bienes de la Iglesia, se negó a pagar lo que se le pedía, por lo que surgió entre ambos una discreta contienda.

El Ayuntamiento, no queriendo lastimar ni encontrarse con la persona del reverendo, recurrió al Párroco de Mascota, pero resultó que tanto el capellán como el santuario estaban exentos de la jurisdicción parroquial; tampoco el Sr. Cura pudo solucionar el conflicto, por

lo que hubo de acudirse a la Sagrada Mitra de Gauadalajara para que ella dirimiera la cuestión.

La Curia contestó al Párroco, ordenándole que él personalmente tramitara la compra del terreno, que hiciese el pago de los $ 300.00 que pedía el gobierno. que pidiera la escritura correspondiente y que la entregara al P. Ibarra para que la depositase en el archivo del santuario.

El terreno en cuestión, según los documentos de la época, era de forma irregular: *"Como un trapecio, de los lados paralelos el que mira al NE, mide 10 varas, el opuesto 4 y los otros dos 26 cada uno".*

El proyecto soñado por el añoso sacerdote no se llevó a cabo, pues en lugar de la ampliación del camarín y de las piezas laterales que deseaba, se amplió la sacristía actual, entonces capilla de Nuestra Señora de los Dolores, abriendo un arco, tal como puede apreciarse hoy. día. Se edificaron además, dos piezas, una a espaldas del camarín y otra contigua por el lado norte, todo de bóveda; en esa forma permaneció hasta hace unos diez años en que se levantó un segundo piso sobre dichas dependencias.

La construcción costó al P. Ibarra un total de $ 6.079.00 y tres reales, finó (se terminó) el 24 de enero de 1876.

Desde su llegada a Talpa, el P. Jiménez emprendió la reforma de la vida del pueblo, sobre todo en el aspecto cultural, pues una de sus primeras preocupaciones fue la apertura de centros de enseñanza en donde los chicos aprendieran aunque fuera los conocimientos más elementales. También en el aspecto social, trató de mejorar su jurisdicción; con este fin, organizó y dirigió con mucho acierto la Cofradía de la Caridad en favor de los pobres y enfermos, el año 1871, el día 11 de marzo. Pidió la correspondiente licencia para edificar un hospital amplio, con buena presentación y con mayor comodidad. La licencia le fue concedida y la construcción estuvo a cargo de la hermandad antes mencionada.

Todo fue paz y prosperidad en estas tierras hasta el año 1871 en que, a raíz de las elecciones generales para Presidente de la República y Gobernador del Estado de Jalisco, se dividieron los ánimos, se propagaron los levantamientos y el país se vio sumido en una nueva conflagración.

Los pronunciamientos en Jalisco no se hicieron esperar; el 30 de diciembre del mismo año se rebeló contra el régimen, con unos cien hom-

bres en la plaza de Ahualulco, en valeroso joven Luis Labastida a quien pronto se le unió su padre, el General D. Francisco Labastida; ambos marcharon luego sobre la plaza de Ameca.

Para combatirlos, fue designado el que fungía entonces como Ministro de Guerra, el Gral. Ramón Corona, que estaba al frente de la cuarta división militar.

La gente del Gobierno atacó a los rebeldes cerca de Tecolotlán, en donde tuvo lugar un reñido combate. Los Labastida, con una tropa de unos 600 hombres que habían logrado reunir. se batieron con denuedo, pero al fin fueron derrotados, habiendo perdido en la refriega unos 80 hombres entre muertos y prisioneros.

Los vencidos se retiraron entonces a Talpa, a donde llegaron en los primeros días de marzo, haciéndose dueños de la plaza. Por otra parte, los cabecillas Ireneo Cardona y Juan Ruiz tomaron por su cuenta la Villa de Mascota. convirtiéndose ambos pueblos en cuartel de rebeldes.

Como pasa en todos estos casos, a la sombra de los verdaderos revolucionarios, sinceros defensores de una causa, buena o mala, se levantaron por distintos rumbos grupos de ladrones y salteadores que eran la pesadilla de los pueblos y los caminos.

Los Labastida permanecieron en Talpa con su gente hasta el 25 de abril de 1872 sin que fueran siquiera molestados por las fuerzas federales; en esa fecha salieron del pueblo rumbo a Tomatlán y en el mes siguiente se sometieron los alzados de Mascota, con lo que se restableció la paz por la que tanto anhelaban los pueblos.

El 8 de noviembre del año 1871 proclamó el General D. Porfirio Díaz, su plan llamado de "La Noria" y se lanzó a la guerra con muy mala estrella en sus principios, pues a poco tiempo de iniciar su campaña fue derrotado por el General Alatorre. Habiéndose visto obligado a la fuga, salió de México de incógnito, custodiado por cien hombres y se embarcó en Acapulco precisamente en el barco "El Sonora" que hacía el servicio a toda esta región por el puerto de Chamela como antes vimos.

Desembarcó el derrotado General en dicho puerto y de incógnito permaneció algunos días en las rancherías del municipio de Tomatlán y poco después, sea que se haya puesto en contacto con los Labastida, sea que haya sabido que en Talpa existía una gran tolerancia

para el partido liberal, sea por ambas cosas juntas, el General Díaz se trasladó a este pueblo disfrazado como un fundidor de campanas. Fue recibido por el talpense D. Crescencio Palomera, quien lo hospedó en una de sus casas.

Era frecuente ver al General Díaz recorrer las calles del pueblo en compañía del Gral. Labastida. Llamaba mucho la atención de los talpenses ver que todo un General que tenía a sus órdenes a un fuerte ejército, fuera tan deferente y atento y guardara tantas consideraciones y atenciones a un fundidor de campanas que vestía tan sólo un amplio camisón de manta; mientras permaneció D. Porfirio en este pueblo no faltó quien lo viera entrar al Santuario de la Santísima Virgen. En esos días dirigió también dos comunicaciones a Manuel Lozada, el famoso "Tigre de Alica". La copia íntegra de esas cartas puede verse en la obra "Talpa", del mismo autor.

Después de algunas semanas de permanencia en este pueblo, salió D. Porfirio por el mismo puerto rumbo a San Blas, Nayarit, luego a Tepic, después a Sinaloa, etc., para en seguida reaparecer en México.

En esta época se terminó el hospital que construyó la cofradía de la Caridad a iniciativa del P. Vicario. A pesar de las dificultades con que se tropezaba para la buena construcción en aquellas décadas, el edificio resultó bastante bueno y cómodo; para bendecirlo fue invitado el párroco de Mascota. La ceremonia tuvo lugar en la festividad de San Vicente de Paúl del año 1873; después del acto litúrgico se impartió entre los pobres de la localidad una opípara comida y algunos regalos. Tanto los alimentos como los obsequios que se ofrecieron, fueron repartidos por el clero en su misión de consolar al que sufre.

Por una verdadera desgracia (que creo así debe llamarse), se infiltraron hasta estas remotas y apartadas regiones los abusos tan en boga en esos tiempos en materia de música sagrada y canto litúrgico. En esos meses se compró un piano que se colocó en uno de los cruceros del santuario, reduciendo con ello a sepulcral silencio al rey de los instrumentos musicales, el magestuoso y sonoro órgano tan propio de la liturgia; igual suerte cupo a las obras devotas y llenas de piadosa unción, siendo sustituídas por otras antilitúrgicas y de marcado sabor mundano y aseglarado; el coro del templo abrió sus puertas a una serie de autores que luego fueron prohibidos por la Iglesia. Aquellos abusos echaron tan profundas raíces, que no ha sido posible desterrarlos del



El altar mayor cubierto con sus mejores galas en sus días gloriosos de sus festividades.

todo a pesar de las leyes emanadas al respecto de la Santa Sede, sobre todo el Motu Proprio de S.S. San Pío X y de otros muchos, procedentes del Episcopado Mexicano..

De ese tiempo data también la introducción de coros mixtos, para cuyo fin se estableció en el pueblo una estudiantina a cargo de un experto en la materia traído especialmente de Guadalajara.

Sin embargo, tanto mal no dejó de producir algún bien, pues todo este movimiento trajo consigo un despertar en los talpenses por la buena música.

El dinámico y ya entonces cargado de años P. Ibara no cesaba de engrandecer y embellecer su templo. Cuando hubo terminado las mejoras anteriores, sobre todo la ampliación de la parte oriente de la Iglesia, se dedicó a renovar el enlozado de la acera que circunda el edificio, así como también el pavimento de las calles, que lo rodean, en esta ocasión, entró en convenio con el H. Ayuntamiento para proponerle el embellecimiento de la plaza principal usada tantas veces como "plaza de toros". El clérigo propuso que se hiciera un jardín con su kiosko, sus bancas, sus flores y demás accesorios; para esto, se comprometió al arreglo de lo que correspondía al frente del santuario. El proyecto fue bien recibido, se trabajó activamente y en unos cuantos meses apareció ya una plaza decente, llena de plantas, flores y árboles de ornato en donde las bellas mozas talpenses podían lucir toda su gracia y donaire en las alegres serenatas al estilo pueblerino. (1)

Desde entonces, la vida se tornó más alegre y atractiva; para estas fechas ya se había introducido el uso de un nuevo combustible. Con ese motivo, para el estreno de la nueva plaza, se mandaron hacer varias farolas que se colocaron en las esquinas del cuadro, en el atrio y en las calles principales; del gobierno local emanó un decreto, en el que se ordenaba debían encenderse todos los días en que el astro nocturno no enviara los rayos de su luz blanquecina sobre el tranquilo pueblo de la Santísima Virgen.

(1)La fiesta brava en estas tierras es una de tantas costumbres importadas de la Península Hispana, su antigüedad se remonta a la primera mitad del Siglo XVII.

Apenas se establecieron en la comarca las primeras familias peninsulares y pacificaron a los guerreros indígenas, importaron las primeras cabezas de ganado vacuno, lanar y porcino, en unos cuantos años toda la zona quedó ricamente poblada del benéfico cuadrúpedo que vino a ser una sólida base de riqueza para sus moradores.

Tan luego como aparecieron en estos lares los primeros ejemplares de ganado vacuno, renació en los blancos el deseo de correrlos y burlarlos organizando con ello, o amenizando, lucidas ferias y fiestas populares.

El cozo, o plaza de toros en Talpa es casi tan antiguo como la conquista, ya en las fiestas patronales de mediado el siglo XVII aparecen "los juegos de cañas y de todo".

Gustaban siempre en lidiar sus mejores ejemplares, "de esos que tienen ya muchos años, que jamás han visto a hombre alguno i se llaman zimarrones". "Su

(Sigue)

En esta forma, la vida de los talpenses y del pueblo en general iba evolucionando lentamente hacia el progreso y el bienestar, hacia un porvenir mejor.



Teanguis en Talpa.

vista es muy gustada por los indios naborías i son ellos los que preparan las plazas i varas que sirven de garrochas'.

Todo ello a pesar de la severa legislación en la materia dimanada de la Santa Sede y del Tercer Concilio Mexicano, que se ocupó de las prohibiciones pontificias de dichos espectáculos.

"Es costumbre celebrar en estas tierras las corridas de todos frente a la casa del Ayuntamiento, como se practica en Sevilla".

Por un lapso que supera a las dos centurias, Talpa disfrutó de una plaza de toros permanente que se asentaba en el sitio que hoy ocupa la actual plaza municipal; apenas si había fiesta, fuera de carácter religioso o profano, en que la sangre taurina, y en muchas ocasiones también la humana, no corriera por sus tibias arenas; en épocas de romerías la fiesta brava constituía una de las principales fuentes de ingreso para el Ayuntamiento y empresarios, que eran casi siempre los ricos hacendados de la región.

Fue hasta mediados del siglo XIX cuando el P. Ibarra, con el deseo de embellecer y dar realce al santuario de la Santísima Virgen, en sociedad con el cuerpo de Autoridades Civiles, destruyó la extensa plaza de toros que para esos lustros contaba ya una existencia dos veces secular.



La hermosa Basílica vista desde sus inmediaciones.

CAPITULO DIECINUEVE

Continúa la Materia del Pasado

LA CURIA de Guadalajara no echó en olvido la reiterada súplica de la vicaría de Talpa que tanto había venido pidiendo que se le constituyera en curato.

El año 1874, siendo Cura de Mascota el Pbro. D. Anastasio Sánchez y vicarios de Talpa los Pbros. D. Antonio Jiménez y, transitoriamente, Pbro. D. Juan Valdivia, con el fin de madurar mejor el proyecto del nuevo beneficio curado, la Sagrada Mitra pidió al Sr. Cura un amplio informe sobre su curato y todas sus dependencias.

Esto motivó un estudio bastante extenso de toda la dilatada jurisdicción que fue estudiada detalladamente en sus aspectos social, económico, demográfico, cultural, religioso etc. Dicho informe nos ha conservado muy interesantes datos acerca de la vicaría de Talpa; por ejemplo, de la población, nos dice: *"La cabecera cuenta con 3.802 feligreses* (admírese el curioso lector, en 80 años que han transcurrido desde entonces, la población de la cabecera no ha aumentado ni siquiera un 10 %), *en las haciendas y rancherías habitan 2.851 personas. Total Talpa cuenta con 6.659 almas"*. Hay que tener en cuenta que no incluye ninguno de los cuatro centros mineros, de los que trata por separado.

Sobre las romerías nos dice: *"La población de Talpa tiene dos romerías; una el dos de febrero y otra el 19 de marzo, la primera en su mayoría está formada de gente pobre que viene de Tepic, Autlán, Colima, etc., y deja poca utilidad a la población por que el comercio casi nada vende o por lo menos aumenta muy poco sus ventas diarias; la segunda es concurrida por Ameca, Ahualulco y otros muchos pueblos que en su mayor parte se componen de gente acomodada y que hace algún consumo a la población y da vida al comercio. Cada una de estas romerías puede calcularse en unos 12,500 a unos 13.000 peregrinos"*.



Multitud de peregrinos invade las cercanías durante las festividades.

(Nótese que este informe fue escrito en los años difíciles de la revolución porfirista).

"No obstante la prohibición de manifestaciones de culto público, muchos romeros vienen de rodillas desde la orilla del pueblo, o con grillos o en cruz, atados de los brazos con palos o en otras posturas más mortificantes. Todos cantan rezan lloran . . .

La Imagen de Nuestra Señora del Rosario que se venera en el altar mayor del santuario es el objeto exclusivo de este culto.

Hay una tradición cuyo origen y fundamento no he podido averiguar, de que esa Imagen antes de terminar la segunda mitad del siglo XVII se renovó por completo, se añade más, que antes de esa época era construida de quiote o caña de indios y cuando esa renovación, se convirtió en cedro, lo que constituye la transubstanciación.

Sin necesidad de recurrir a ese milagro, esa Imagen es digna de veneración, por ella se experimenta la protección divina de manera muy notable.

Solo encuentro de reprensible que su culto es un poco exagerado pues lo dan aún con preferencia a Jesucristo Sacramentado. En el santuario el Sagrado depósito está colocado en un crucero a mano izquierda y sólo la lámpara indica que allí se halla.

Se descubre la imagen y todo el mundo se postra y cuando por algún motivo poderoso se saca en procesión por el cuerpo de la Iglesia toda la gente corre desolada por verla y se tienen por felices si consiguen que se la pongan en la cabeza.

Nada de esto sucede con el Santísimo Sacramento cuando está expuesto a la veneración pública, no es raro que lo dejen solo. Yo he tomado empeño en ordenar el culto, haciéndoles ver en mis predicaciones la diferencia que va de la imagen a la realidad y demostrándoles que Jesucristo es el objeto principal de nuestro culto.

No creo haber conseguido nada por que esas costumbres las tienen desde los primeros días de su vida. Lo único que he logrado es que me tengan averción y me traten de liberal y tal vez de impío . . .

Todos los peregrinos que vienen en romería no se cansan de llamar felices a los de Talpa por que están bajo la proteción de la Santísima Virgen y lo que es más sensible, los predicadores del espíritu repiten el mismo concepto así es que se dificulta el remedio de ese mal".

Pocos días después de haber mandado a la Curia este informe, dejó este párroco el curato en manos del sucesor, que en esta ocasión fue el Pbro. D. J. del Refugio Báez. Entre tanto, en la capital de Jalisco se hacían los estudios para la creación del nuevo curato.

Apenas fue conocido en Jalisco el plan porfiriano de Tuxtepac muchos pueblos se adhirieron a él, entre ellos se contó Talpa y poco después Mascota, aunque en ninguno de los dos se registraron levantamientos; esto facilitó que el General Labastida se apoderara en el mes de marzo, de ambas plazas, sin encontrar la menor resistencia.

Mayor peligro se presentó cuando el Gral. Galván trató de internarse en la región con una hueste de 1500 hombres, pero habiendo salido a perseguirlo el General Carvó, logró derrotarlo en el cerro de "La Campana", con lo que la comarca se sintió más tranquila.

En el mes de junio de 1877 recayó el curato de Mascota en manos de uno de los párrocos más ilustres que han regido esa Villa.

Procedente de Tecolotlán, en donde sentó fama de egregio, pasó a esta feligresía el muy distinguido Sr. Cura D. Homobono Anaya, sacerdote de esclarecida inteligencia, de una extensa cultura y de notables dotes de gobierno; será este clérigo el último que regirá los destinos de Talpa desde Mascota, pues durante su regencia se erigirá el curato de este pueblo.

En la primera quincena de mayo del año que historiamos, recibió Talpa la visita de uno de los más insignes Prelados de nuestra Historia, el Ilmo. Obispo D. Ignacio Montes de Oca, jurisdiccionario entonces de la diócesis de Tamaulipas.

Ferviente devoto de la Santísima Virgen, quiso visitarla en su santuario de Talpa, durante dos días consecutivos, 11 y 12 de mayo. Administró el sacramento de la confirmación en la parroquia y concedió 40 días de indulgecias a quienes rezaren un padre nuestro y un ave María ante la imagen de Señor San José, titular del templo vicarial.

En estos años concibió el P. Ibarra uno de esos proyectos que le eran tan peculiares; una hermosa tarde de otoño se detuvo frente al templo de la virgencita que él tanto amaba, contempló el edificio bañado por los rayos del sol poniente, miró largamente aquella mole que para él significaba toda una vida de esfuerzos y sacrificios, la miró fijamente y después de unos momentos de meditar profundamente, le pareció muy poca cosa para lo que él deseaba darle y creía que merecía la santísima Señora.

Desde ese momento comenzó a acariciar la idea y a madurar el proyecto de una basílica que fuese grande y magestuosa, de estilo arquitectónico puro, dotada lo mejor posible y como no era el hombre que se quedaba en el "quisiera", sino que todo lo llevaba a la acción, a la realidad, se dedicó luego a buscar la forma de efectuar su proyecto.

Se puso a continuación en contacto con el Ayuntamiento vigente, le comunicó su idea que fue muy bien recibida, entraron ambos en consejo y después de un maduro estudio, sacaron como conclusión que se podía cambiar todo el pueblo al lugar que actualmente se conoce con el nombre de "La Meza". Allí, en una población más moderna y ordenada, realizaría el anciano sacerdote su sueño dorado, su magnífico edificio en honor de la Reina de los Angeles.

Con el fin de activar cada día más la realización de su proyecto, se dedicó el clérigo a estudiar un plano y un anteproyecto de su deseada basílica, y el Ayuntamiento un plano para el nuevo pueblo. Una vez que ambos terminaron de redondear sus planes los dieron a conocer al público, quien aplaudió tan agradables ideas.

Para no carecer de las debidas licencias, el Padre redactó la debida solicitud para la Sagrada Mitra; este documento fue calzado con los autógrafos de la flor y nata de la sociedad talpense, adjuntándose también los planos y anteproyectos.

Entre otras cosas decía la solicitud: "*Acompaño a Uds. (a la Curia) una petición de los señores vecinos y naturales de este pueblo sobre que si a bien tienen en esa Sagrada Mitra se conceda la superior licencia para hacer a la Santisima Virgen una basílica en otro lugar más cómodo que éste y no lejos de aqui . . . Mi basílica la quiero de tres naves de a 8 varas cada una y una longitud de sesenta varas, el camarin de diez o doce varas cuadradas.*

Acompáñase a la solicitud un diseño de esta obra por si tuvieran Uds. la bondad de conceder su superior licencia para hacerla, lo corrijan y aprueben. También adjunto la donación que hizo este ayuntamiento del terreno y demás para la obra.

Si Uds. tienen a bien conceder su superior licencia para esta magnífica basílica ya serán cuatro las traslaciones (los templos) que se hacen a la Santisima Virgen con la capilla en donde se renovó, pero el rio entonces estaria retirado y no amenazaria ruina como ahora.

Este templo, Señores, es chico ya respecto a la población y más respecto a la romeria".

Como el Prelado de Guadalajara andaba fuera de la Sede cuando se recibió la solicitud del capellán de Talpa, el Gobernador de la Curia le contestó, diciéndole que puesto que se trataba de un proyecto de gran magnitud, no podía él resolver nada, que tan luego como regresara el Ordinario se lo comunicaria y seria él quien habría de dar la solución definitiva.

Pocos meses después, al regreso del Prelado, le fue comunicado que, teniendo en cuenta que la obra que él deseaba emprender era de una gran magnitud, se hacía necesario un buen fondo monetario para iniciarla y que el Santuario no se hallaba en aquel momento capacitado

para hacer frente a un gasto tan fuerte; por lo mismo, había que esperar un poco, ya que oportunamente se concedería la licencia pedida.

Bien comprendía la Sede Tapatía que los días de aquel buen anciano estaban próximos a su fin y, por tal motivo, no quiso negarle rotundamente el deseado permiso para una obra que para él resultaba irrealizable, prefirió alimentar la flama de una esperanza que la parca se encargaría en breve de extinguirla; como de hecho sucedió en poco tiempo.

Este sencillo episodio resulta sumamente interesante para el conocimiento de la personalidad del P. Ibarra, el clérigo que quizá más ha amado a Talpa y a su Virgencita en el transcurso de su Historia.

Este sencillo escrito nos permite traslucir lo que era su alma; amante y fervoroso devoto de la celestial Señora, sediento siempre de su gloria y grandeza, de un espíritu emprendedor hasta el fin y de un irresistible dinamismo espiritual.

Apenas tomó posesión del curato de Mascota el Sr. Cura Anaya pasó a visitar a Talpa y a su Santuario; tenía grandes deseos de conocer más a fondo a su Patrona de quien tanto había oído hablar.

Una de las necesidades que desde su primera visita consideró como urgentes de remediar, fue la referente al nombramiento de un capellán auxiliar para el servicio del culto de la Santísima Virgen, pues ya el P. Ibarra, dada su avanzada edad, no era suficiente.

Con este asunto se comunicó con el Prelado, exponiéndole el problema. Las razones de Sr. Anaya fueron luego atendidas. El primero de julio se designó al Pbro. D. José María Salazar como segundo capellán del Templo de la Patrona de este lugar.

Desde su llegada, se distinguió el segundo capellán como un fervoroso devoto del Sagrado Corazón de Jesús; esta devoción había sido desconocida hasta entonces en este pueblo, por lo que desde luego emprendió la tarea de darla a conocer y propagarla por todas partes. Para este fin, encargó a Querétaro una escultura de tamaño mediano que empleó con muy buen resultado en la extensión del conocimiento del Corazón Divino de Jesús; esta forma de devoción pronto echó profundas raíces en el pueblo cristiano, llegando, con el tiempo, a constituir una de las principales en la vida espiritual de los talpenses.

Los dos capellanes resultaron de una mentalidad y de una idiosincrasia totalmente distintas, por lo que, si bien no llegaron a tener di-

ficultades, por lo menos de importancia, nunca llegaron a entenderse del todo.

Pretextando sus enfermedades y continuos achaques que padecía el P. Salazar, pidió su cambio de Talpa, cosa que le fue concedida inmediatamente, por lo cual a principios de 1880 abandonó este destino.

En su lugar fue nombrado el Pbro. D. Juan Castillo, quien tomó posesión de su cargo en agosto del mismo año. Desde un principio fue bien recibido por el primer capellán; veamos como son los caprichos del sentimiento humano: una razón muy poderosa que tuvieron para entenderse y estimarse, fue que ambos llevaban el mismo nombre. ¡Así son las flaquezas humanas!

Casi desde la llegada del nuevo clérigo, el anciano sacerdote lo empezó a poner en contacto de todos los movimientos y asuntos del santuario; diríase que presentía ya su próximo deceso.

Ese año se revistieron de particular esplendor las fiestas septembrinas; se pudo ver muy claro cómo las fuerzas cansadas y agotadas del anciano sacerdote se veían renovadas por las de su joven auxiliar que, desde un principio, empezó a desplegar una enérgica actividad.

El 25 de noviembre de ese mismo año, el venerable anciano se sintió enfermo a consecuencia de haber ingerido un pedazo de pastel; no se sabe si aquel antojo, o el aparato digestivo del añoso sacerdote, no hayan estado en buenas condiciones, lo cierto es que esto dio origen a su postrera enfermedad.

Tan luego como se notó que el mal tomaba caracteres de seriedad y peligro, fue llamado el doctor D. Miguel Tejeda para que le prestara las atenciones médicas pertinentes. Todo resultó inútil, la enfermedad avanzó a gran prisa y en unas cuantas horas tomó todos los caracteres de letal.

Después de una noche angustiosa, el 26 de noviembre, a las seis de la mañana, el Ministro del Señor entregó plácidamente su espíritu en manos de su Creador, a los ochenta y dos años de edad; era precisamente la hora en que todos los días acostumbraba celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. En aquella mañana, lo que durante tantos años fuera la llamada de su Misa, se convirtió en las conmovedoras agonías que anunciaban el sacrificio de su vida, su partida hacia la eternidad; la población entera se conmovió al enterarse de tan doloroso acontecmiento. Todo ese día fue de luto y dolor para los talpenses.



También el deporte en sus variados formas ha tributado culto a la Celestial Señora. Aquí vemos una peregrinación de ciclistas que se acercan al Santuario de la Virgen de Talpa.

Los restos mortales del querido Padre permanecieron durante todo el día en su casa habitación. Allí fue visitado y llorado por millares de hijos suyos que por más de medio siglo recibieron el cariño, el cuidado y la protección de aquel celoso pastor.

Tan luego como tuvo lugar el deceso se dio aviso al Sr. Cura de Mascota, quien acudió en seguida con su clero con el fin de rendir los convenientes sufragios al desaparecido y proveer lo conveniente al gobierno del santuario que había quedado acéfalo.

Al día siguiente, 26 de noviembre, por la mañana, fue conducido el féretro al templo; en medio de una multitud que dificultaba el paso, se dio una vuelta con él al templo que tanto amó durante su vida; después, fue introducido al interior, en donde le fueron aplicadas, o celebradas, solemnes honras fúnebres.

Terminadas las exequias, el cadáver fue conducido hasta el camarín de la Santísima Virgen, en donde fue inhumado cerca del altar.

Así perdió Talpa al sacerdote que, en el orden material, puede llamarse con justicia el más grande bienhechor de su historia. Sus torres, sus companas, su atrio, su parroquia y otras muchas mejoras del interior del templo, son testigos mudos que conservan viva su memoria. Pero más que obras materiales, dio a Talpa y a su Patrona lo más grande, lo más caro; su vida, su amor; más de media centuria de vida intensamente sacerdotal, es la deuda que tiene el pueblo a tan egregia figura.(1).

(1) De autor anónimo, pero sin duda alguna, de uno de los que mejor conocieron y aquilataron la recia figura del insigne bienhechor de Talpa, son las siguientes apreciaciones:

"Con el deceso del Padre D. Nepomuceno Ibarra, Talpa perdió un sacerdote que en transcurso de su historia se ha destacado como una de sus más destacadas figuras.

Media centuria plena de una intensa vida sacerdotal, toda llena de abnegación y sacrificio, de generosidad y total entrega de sí mismo, fue la ofrenda que en su última hora pudo presentar a su Creador y a la Virgen Santísima el abnegado ministro del Señor.

El alma del insigne capellán sintetizó admirablemente esas dos virtudes que a primera vista parecen excluirse: una bondad apacible, una sencillez de paloma y una ingenuidad de niño, hermandadas con una fortaleza, una energía y una entereza propias de los héroes y de los grandes hombres.

Varón de cabeza erguida, más bien alto y delgado, de paso firme y seguro, de corazón esforzado, de ronca y vibrante voz y de notable desprendimiento de todo lo terreno, apareció siempre el distinguido ministro del Altísimo.

En su porte exterior, en sus modales, su lenguaje y su vida toda, fue tan humilde y sencillo que en muchas ocasiones parecía infantil. Mas cuando se trataba de emprender y llevar a feliz término empresas de gran envergadura, lo mismo que cuando se hacía necesario enfrentase al enemigo para defender los derechos de Dios y de su Madre Sma., aún con peligro de su propia vida, no se arredró jamás, antes bien, demostró siempre un valor, una entereza y una grandeza de alma nada comunes.

Su alma sencilla y generosa dejaba fluir, como vena rica y abundante, la caridad de Cristo y el amor a María Santísima.

Ni siquiera su avanzada edad, ni los achaques que padeció le impidieron dedicarse con ardor y entusiasmo al desempeño de sus obligaciones ministeriales.

El sabía llevar siempre y a todas partes, con la palabra y con el ejemplo, la edificación y la caridad, en todas ocasiones sabía derramar el consuelo en las almas afligidas y con mano generosa socorría también a los menesterosos.

(sigue)

Al deceso del Padre Ibarra, quedó como encargado provisional del santuario el recién llegado P. Castillo, a reserva de que la Sagrada Mitra, a quien oportunamente se dio aviso de lo ocurrido, dispusiera lo conveniente.

Como S. Ilma. tenía proyectado practicar en breve una visita pastoral a Talpa, no verificó ningún movimiento. Confirmó al encargado provisional o interino del santuario y le ordenó formara un inventario detallado del templo y sus bienes y que cuidara de todo con esmero, procurando llevar con claridad y precisión todas las cuentas, en la misma forma que lo había venido haciendo el recién desaparecido.

Constantemente se hallaba de buen humor, era jovial y hasta festivo en su trato, y ésto a pesar del mucho trabajo que le acarreaba su ministerio y de las enfermedades que a veces le afligían.

Como todos los hombres de mérito, tuvo también quienes no lo quisieran, lo atacaran y aun lo calumniaran. Llegaron hasta la Sagrada Mitra las acusaciones, los ataques e imputaciones desfavorables que hacían circular contra él sus émulos injustos y envidiosos.

Las puertas de su casa, y sobre todo las de su corazón, estuvieron siempre francas para todos, propios y extraños, cuantos deseaban acercársele en demanda de ayuda podían hacerlo, sin dificultad, a todos recibía sin distinción, con afabilidad y cariño.

Casi siempre se le veía elaborando proyectos para las obras que llevó a cabo durante toda su vida sacerdotal. El llevaba casi personalmente su libro de apuntes y cuentas con un cuidado y detalle que hoy nos admiran (en dicho libro hemos hallado valiosos datos para la historia).

Las obras materiales fueron durante muchos años su principal ocupación; la grandeza y el embellecimiento del alcázar materno, fueron para él supremo ideal.

Le tocó vivir épocas muy difíciles, de persecución, pobreza, guerra y constantes peligros, eso no le impidió llevar a feliz término sus magnas empresas y realizar sus nobles ideales.

Pocos han sido, en la historia de Talpa, los que han alcanzado una popularidad como la suya; los años no han podido debilitar ni menguar su recuerdo, al contrario, a medida que transcurre el tiempo, más grande aparece a los ojos de la posteridad su noble figura.

Hace ya casi un siglo que abandonó esta tierra de miseria para volar al seno de Dios, a donde lo llevaron sus excelsas virtudes, y en tan dilatado período las generaciones sólo han tenido una voz para recordarlo y admirarlo.

La humanidad corresponde con su gratitud y afecto a los hombres que le sirven y con generosidad se sacrifican por engrandecerla".

Conservamos el extenso inventario en el que se describe detalladamente el edificio, así en lo interior como en lo exterior. A guisa de curiosidad, tomamos de él estos párrafos:

Hablando de la Imagen de Nuestra Señora, dice:

"Hay cuatro imágenes de Nuestra Señora del Rosario, una es en la que se obró el milagro de la renovación el 19 de septiembre de 1644, tiene de alto 19 pulgadas, es de color trigueño. con una descascarada (el lunar) en el rostro, de escultura muy irregular, con el Niño fijo en en el brazo izquierdo y con vestidura de quitarse y ponerse.

Las otras imágenes (las llamadas peregrinas) son imitación de Nuestra Señora y son reconocidas con la misma advocación y se les da culto al hacer con ellas la demanda, saliendo por varios rumbos cuando así lo permiten las autoridades civiles . . .

Ropa de la Santísima Virgen. Tiene seis mantos, tres son muy finos, de tela de oro y plata, con una borla de hilo de oro en el remate de la espalda y por la orilla de igual clase, los otros tres son de seda fina aunque de clase un poco inferior. Siete túnicas casi de igual clase que los mantos, cuatro camisas de lino finísimo con muy delicados bordados.

dentro del templete de la Patrona hay un armazón con adornos de esmalte y racimos de cuentas de vidrio y otros ramitos de flores a manera de algo así como un pabellón que está sobre Nuestra Señora".

El nuevo capellán dio principio a su vida ministerial en esta población, dando un gran impulso al culto y devoción a la gran Señora trabajó incansablemente por mejorar las fiestas y por prestar la mejor atención a los peregrinos, a fin de que las romerías fueran en aumento; con esto se fue ganando la simpatía y estimación de sus feligreses.

NOTA.—LAS PEREGRINACIONES.

En el apéndice No. 2 de esta obra trataremos extensamente de las romerías, aquí damos tan sólo una noción general.

Tanto a Dios como a la Santísima Virgen agrada sobremanera verse honrados e invocados de modo particular y especialmente a ciertos lugares de su predilección, y ante determinadas imágenes que ellos mismos han colmado de dones y privilegios, obrando milagros y concediendo gracias especiales por su mediación; muchas de estas imágenes taumaturgas han hecho célebres los templos o santuarios que las custodian.

Grandes aglomeraciones y masas humanas acuden periódicamente a visitar estos distinguidos y famosos centros de fe y devoción, fenómeno que ha dado origen a las llamadas romerías. Cuando esas ingentes masas humanas practican sus viajes y visitas debidamente unidas y organizadas reciben el nombre de PEREGRINACIONES.

Tanto las romerías como las peregrinaciones resultan de grande utilidad para la vida cristiana, pues despiertan la fe y acrecientan el fervor mediante el impacto psicológico que producen las masas en todos sus miembros o componentes, los cuales sufren el efecto o contagio del fervor que priva en dichas aglomeraciones.

A esto debemos añadir la majestad que presentan esas manifestaciones globales de culto público y amor popular a la Madre de Dios.

Resultan, por lo mismo, una oración común, una plegaria del pueblo, una verdadera apoteosis del todo grata a María y por lo mismo, mejor atendida y despachada.

Esta forma de visitar y honrar a las imágenes y lugares célebres, es casi tan antigua como el mismo culto de Dios. La Sagrada Escritura nos habla de las imponentes romerías que se dirigían a Jerusalén en los tiempos de fiestas, sobre todo en la Pascua. La Santísima Virgen y Señor San José primero, y el Niño Jesús después, tomaron parte de aquellos memorables viajes.



CAPITULO VEINTE

Es Creado el Curato de Talpa

EN LOS primeros días de febrero de 1881 fue recibido su Ilma. el Señor Arzobispo en Talpa con toda la solemnidad y pompa que ordena el Ritual Romano y con las más sensibles muestras de alegría de parte de los talpenses.

Procuró el Prelado desde su llegada conocer la actitud y actividad del P. Castillo y habiéndolas encontrado laudables decidió confirmarlo en el puesto de primer capellán. Visitó luego la parte material del edificio, los libros del archivo, las cuentas, etc., todo fue encontrado en debida forma.

Durante la visita, el Ordinario trató de conocer el culto con que se honra a la Santísima Señora y de acuerdo con lo que creyó más oportuno, fue dictando algunas normas para el futuro, así como también dispuso algunas modificaciones que habían de hacerse en el orden material al edificio.

En lo referente al culto, ordenó que se intensificara cada día más la devoción al Santo Rosario procurando su rezo diario por la tarde, con las letanías cantadas todos los sábados así como también la celebración del mes de octubre en la forma más solemne posible.

Insistió mucho en el culto al Santísimo Sacramento, en la celebración de las Misas Solemnes, ratificó el uso de la Misa sabatina, pues. *"aunque no existe en el santuario ningún documento que la autorice hay sin embargo la costumbre inmemorial y no interrumpida de celebrarse, por lo tanto, podrá seguirse celebrando como hasta hoy, sujetándose con exactitud al rito y privilegios que a esta votiva corresponden"*.

Ratifiró el uso existente del ornamento azul, insistió mucho en la predicación constante de la doctrina cristiana, exitó vivamente a los sacerdotes residentes a que atendiesen debidamente el confesonario, concedió 80 días de indulgencia a los confesores (propios y extraños) por

cada persona que absolviesen durante las fiestas y romerías. Dispuso que todos los sacerdotes de fuera que tuviesen expedito el uso de sus licencias, podían hacer uso de ellas dentro del santuario siempre que el capellán lo permitiese.

Concedió 80 días de indulgencia a cuantos rezasen una salve ante la Santísima Virgen del Rosario o ante cualquiera de las imágenes del santuario.

Con el fin de dar mayor realce al culto en su aspecto externo, concedió la misma gracia a cuantas personas se manifestasen obsequiosas ya adornando el exterior de sus casas, poniendo iluminación por las noches en las habitaciones y calles. ya concurriendo con sus limosnas para sufragar los gastos del culto interior del templo, ya, finalmente, recibiendo los Santos Sacramentos durante el novenario de septiembre, en el mes de marzo, en el de mayo, en junio y los viernes primeros de cada mes: dichas gracias podían ser aplicadas en sufragio de las almas del Purgatorio.

Entre las disposiciones referentes a la obra material del templo, ordenó S. Ilma. que fuese clausurada la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, cegando el arco que la comunica con el crucero de la nave de la iglesia, dejando tan sólo en su lugar una puerta (actual cancel), que se eliminara el coro, el púlpito y demás de la misma capilla y que esa dependencia fuese destinada en adelante a cacristía.

Que se hiciera la capilla del Santísimo en lo que hasta entonces había sido sacristía, dedicando dicha capilla a Nuestra Señora de los Dolores, para lo cual se había de encargar una imagen de buena escultura a Querétaro.

A esta capilla, del Santísimo, se le debía abrir una puerta que diera acceso al crucero de la iglesia (actual concel), en seguida se debían arreglar dos capillas en los cubos de las torres, una dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe (en lo que antaño era el bautisterio) y otra dedicada a algún santo de la devoción del pueblo.

Dispuso además, que los canceles sencillos y angostos del atrio fueran sustituídos por otros más fuertes y anchurosos y, por fin, que se hiciese un caracol que diese acceso exclusivamente al coro y que fuese independiente del que conduce al campanario.

Estando todavía el Ordinario en el lugar, recibió la comisión que se organizó de lo más caracterizado del pueblo, con el fin de que fuera a solicitar una vez más la creación del curato de Talpa.

El Sr. Arzobispo recibió paternalmente a la embajada y dijo a sus componentes que ya él mismo había palpado la conveniencia de crear el nuevo beneficio, que esperaba que presto se concedería la gracia solicitada.

El día 6 de mayo fue nombrado como vicario de la ayuda de parroquia el Pbro. D. Juan González Luna en sustitución del P. Jiménez que pasó a la parroqua de Guachinango en calidad de párroco propio.

Tan luego como el Prelado abandonó el pueblo, el capellán dio principio a las obras materiales que le dejó ordenadas, siendo de ellas la primera, la construcción del caracol que había de dar acceso al coro, haciéndose esta dependencia al costado norte del templo. La obra estuvo a cargo del arquitecto D. Lucas Ponce y los trabajos se iniciaron el 20 de junio de 1881, terminándose el 11 de octubre del mismo año, siendo su costo de $ 2,132.50.

Mientras tanto, en la Capital del Estado se verificaban los trámites conducentes a la creación del curato de Talpa; durante todo el resto del año se pidieron extensos informes tanto a Talpa como a Mascota, así como también planes y proyectos.

Cuando todo estuvo preparado, a los 26 días del mes de enero de 1882, se firmó en Guadalajara el documento que creaba este nuevo curato independizándolo del de Mascota.

Tanto la noticia como el correspondiente rescripto fueron recibidos en este pueblo con repiques a vuelo, tedéum y Misa Solemne en acción de gracias.

En el mismo decreto se prevenía que S. Sría. Ilma. nombraba y *"por el presente nombró"* al Pbro. D. Juan González Luna para que se encargara provisionalmente de la administración del repetido nuevo curato mientras se presentaba a recibirlo el sacerdote que para ello estaba ya designado.

Conforme se prevenía en el mismo documento, el decreto de erección fue leído tres días de fiesta consecutivos *"inter Missarum solemnia"* y cumplidos todos los requisitos de la ley canónica, vino de Mascota el Sr. Cura Anaya a verificar la entrega y a dar posesión al P. González Luna que había sido nombrado párroco provisionalmente. Se le entregaron los libros del archivo parroquial que hasta entonces habían permanecido en la cabecera y todo lo referente al nuevo beneficio.

El día de la entrega y toma de posesión hubo en la parroquia alegres fiestas tanto en el santuario como en la parroquia, declarándose solemnemente que la pequeña iglesia construída por el P. Ibarra sería en adelante el templo parroquial con todos los derechos y prerrogativas que le concede el Derecho y que gozaría de los privilegios que como tal le corresponden.

En esta forma, en el mes de febrero de 1882, después de haber pertenecido al curato de Guachinango por un lapso de ciento treinta y dos años y al de Mascota durante ciento ciucuenta y nueva años. Talpa recobró su personalidad jurídica gozando desde entonces de sus privilegios propios.

La erección de la parroquia de este lugar no quitó al santuario su exención de la jurisdicción parroquial, ni en lo que se refiere al templo ni a su capellán, que siguieron dependiendo directamente de la Curia Diocesana.

Después de unos meses de interinato del P. González se presentó el que había de ser el primer cura propio de esta parroquia, el Pbro. D. Fermín de J. Dávalos quien se hizo cargo del beneficio, quedando como su vicario el P. González Luna.



El Pbro. D. Fermín de J. Dávalos, primer párroco que rigió el Curato de Talpa.

En este mismo tiempo se crearon la segunda y tercera capellanías del santuario, recayendo los nombramientos en los Pbros. D. J. de Jesús Chávez y D. Angel López, por lo que el pueblo contaba ya con seis clérigos; tres para el culto de la Santísima Virgen, dos para la administración parroquial y uno para la capellanía de Bramador, que también pasó a formar parte de esta jurisdicción.

El 27 de marzo, tan luego como pasaron las romerías, el primer capellán dio principio al cambio de los pórticos y canceles del atrio, se eliminaron las esbeltas columnas estriadas que había puesto el regente anterior y en su lugar se erigieron las pilastras con columnas empotradas que hoy existen. También los canceles angostos fueron sustituídos por los que ahora vemos.

Este trabajo está todavía inconcluso, dándose por terminado el 10 de octubre, siendo su costo de $ 5,297.00.

De sus dimensiones nos dice el mismo P. Castillo"*Su altura (de las pilastras) es de cinco metros y 34 cm. y de un metro y 61 cm. de grueso. La distancia de una pilastra a otra (o sea la anchura de los canceles) es de tres metros. Carecen de remate por no haber ajustado el dinero para ponerlos*".

En esta forma, sin terminar, han llegado a nuestros días, debido a esto (el no estar terminadas) dan el aspecto de ser un poco pesadas; sin embargo, la obra es en sí de muy buena calidad, tiene sus columnas adosadas, rematadas con graciosos capiteles de estilo corintio, sus fustes fueron delicadamente estriados, están unidos dos lados por un historiado arquitrabe sobre el que descansa un adornado friso con una frondosa guía de vid, sobre el friso se asienta la cornisa, todo muy bien trabajado y acabado en cantera de color oscuro; en los plintos de las columnas están labrados, también en alto relieve, unas típicas coronas que tienen en el centro ciertos motivos a manera de florones. Los graciosos canceles son de muy maciza contextura, con múltiples adornos de estilo churrigueresco, son en su totalidad de resistente metal.

Como se dijo antes, a raíz del florecimiento minero regional abundó la plata en el pueblo en tal forma, que se le veía y apreciaba como cualquier otro metal. Recordará el lector que el Santuario había obtenido un frontal todo de plata pura, cincelalo en su totalidad, con un peso de ochenta kilos, se armaba y colocaba en la parte de-

lantera del altar de la Santísima Señora en las grandes festividades.
antera del altar de la Santísima Señora en las grandes festividades.
Esta joya fue vendida en Guadalajara por el P. Castllo y con su producto se compró la peana grande sobre la que hoy descansa la Sagrada Imagen, los seis blandones grandes que posee la basílica, los seis más chcos, y un juego de candeleros de muy buena clase.

Si bien es lamentable que haya perdido el templo tan valiosa joya, me parece que en parte quedó compensado, pues todas las piezas que se compraron son de gran belleza e indiscutible valor artístico, la peana y los blandones chicos son de manufactura alemana, las otras piezas son de origen austríaco.

La peana es de muy buen acabado con sus adornos florales y su medallón al centro, todo exquisitamente trabajado, hace un conjunto armónico con las delicadas preseas de la hermosa Virgencita.

Al año siguiente se compraron los pedestales de metal para los ciriales y la cruz alta, siendo de estilo churrigueresco, de buen tamaño y buen acabado. Este mismo año obtuvo el templo un artístico juego de ciriales y cruz alta, cincelados y dorados con oro de muy buena clase.

A fines de 1883 cundió la alarma por toda la comarca a causa de los fuertes brotes de fiebre amarilla que aparecieren en distintos lugares. Este mal se hizo sentir por vez primera en el puerto de Mazatlán, pasó luego a San Blas, Nayarit, en seguida a Tepic, Manzanillo, Colima, etc., etc.

Los habitantes de todas estas tierras acudieron de nuevo, como en años anteriores, a la Patrona de Talpa en demanda de ayuda, le hicieron el voto de celebrarle un novenario de Misas con toda solemnidad, le trajeron distintos obsequios y ante Ella practicaron austeras penitencias, todo con tan buen resultado que el temido azote no causó ninguna víctima, ni en Talpa ni en todos sus aledaños.

Todos estos años fueron de gran paz y seguridad. Tanto el Presidente de la República, que a la sazón seguía siendo el General D. Porfirio Díaz, como el Gobernador del Estado, General D. Francisco Tolentino, emprendieron una muy dura persecución contra las hordas de ladrones y salteadores de caminos, privándolos en algunos casos aun de las garantías de la Ley, aplicándoles la famosa "ley fuga", con lo que se logró hacer respetar los derechos y la propiedad de la gente honrada.

Los minerales de Talpa continuaban en auge y con la seguridad que reinaba fue posible su más amplia explotación; en estos años tenían tan buenas perspectivas que hubo quien ofreciera a la firma "Agraz Bazán y Cía", medio millón de pesos por las minas sin que fuera aceptada la oferta.

Entre los muchos negociantes que atrajo la floreciente explotación minera se contó un rico alemás, D. Alberto Koch, hermano carnal del famoso doctor Koch, descubridor del bacilo que lleva su nombre, el que produce la Tuberculosis.

Muchos fueron los beneficios que aportó la venida de este extranjero, entre ellos se cuenta la traída de los primeros teléfonos que se conocieron en toda una extensa zona, siendo importados directamente por él de su patria; trajo también nuevos métodos para la explotación de los metales. sobre todo de la plata, estableció en el pueblo uno de los negocios mercantiles más importantes conocido con el nombre de "La Mexicana" y construyó uno de los edificios de estilo colonial más grande del pueblo.

Casó D. Alberto con una talpense, doña Paula Padilla, quien le dio varios vástagos; el cementerio municipal de este pueblo custodia los restos mortales de este insigne varón.

Con todas estas facilidades las romerías fueron en aumento, volviendo a ser las fiestas, sobre todo en febrero, una verdadera feria regional en la que además de los peregrinos que venían con Nuestra Señora concurría también una buena cantidad de comerciantes y otros muchos traficantes que nunca faltan en este tipo de fiestas.

La abundancia de riquezas trajo consigo el florecimiento del vicio, decreció notablemente la agricultura llegando a presentarse el caso de que hubiera que importar una gran parte de las semillas que consumía el pueblo, pues los talpenses se dedicaron casi exclusivamente al comercio tanto en los centros mineros como en el pueblo en tiempos de fiestas y romerías.

El 9 de marzo del mismo año fue nombrado como capellán del santuario el P. González Luna, quien desde hacía tiempo se venía señalando como uno de los paladines más esforzados de la causa mariana. En esos mismos días se aprobó en Guadalajara un nuevo reglamento para los capellanes del Santuario, que habían ya aumentado en número, todo tendía a que se diera un culto más espléndido a Nuestra Señora y se atendiera lo mejor posible al Santuario y a los peregrinos.

En esta ocasión se reglamentaron las horas de confesonario, las misas, especialmente las que debían celebrarse con toda solemnidad, la predicación, sobre todo en tiempos de cuaresma y romerías y todas las demás actividades de los capellanes.

El día 10 de enero de 1855 se iniciaron en el Santuario los trabajos de adaptación de la sacristía para capilla del Santísimo Sacramento y capilla de Nuestra Señora de los Dolores, así como también la dependencia anterior para sacristía.

Se destruyó el coro, se cegó el arco que comunicaba lo que ahora es el despacho de reliquias con la capilla anterior dejando tan sólo una puerta, se retiró el altar, se decoró y pintó conforme a su nuevo destino y en seguida fueron trasladadas las cómodas y demás objetos de la antigua sacristía.

Estas mejoras tocaron su término el 24 de diciembre de 1887 Esta noche se colocó con toda solemnidad el Sagrado Depósito y además la nueva imagen de la Madre Dolorosa en su nueva capilla que poco antes había recibido la aspersión del agua lustral. Tanto la pintura como la decoración de esta dependencia resultaron de muy buen gusto artístico; las reformas causaron un costo de $ 2,203.81.

El 18 de septiembre de 1885 este pueblo fue elevado a la categoría de Villa con el nombre de "Talpa de Allende" y a cabecera de Departamento que llevó también el mismo nombre. Este municipio y el de Tomatlán integraron en nuevo Departamento que extendía su jurisdicción hasta la costa del Océano Pacífico y formaba parte del Cantón de Mascota.

Elevado ya el pueblo a la categoría de parroquia, Villa y cabecera de Departamento, con el florecimiento de sus ricas vetas y con el aumento de clero empezó una era de prosperidad como no la había conocido desde los lejanos años de su fundación ni se ha repetido en años posteriores.

En el santuario, el culto cobraba cada día mayor esplendor y las manifestaciones de fervor y devoción de parte de los sufridos peregrinos que venían desde lejos en busca de consuelo y de paz eran cada día más patentes; a pesar de esto no dejó de sufrir algunas molestias y aun ataques de parte de las autoridades locales, por ejemplo, el año que historiamos recibió el primer capellán un oficio de parte del Director Po-

lítico Dr. Miguel Tejeda, por el que prohibía que se tocara la campana mayor a la hora de la elevación de la Santa Misa y de la bendición pública del Santísimo Sacramento, se suprimía la visita domiciliaria y el itinerario que todos los años practicaba la imagen peregrina por los campos a la entrada del temporal de las aguas.

Los peregrinos que llegaban al templo de rodillas, con cruces y otras penitencias también fueron algunas veces molestados por varios gobernantes de mentalidad liberal o impía.

Con el fin de dar la mayor belleza y lucidez al santuario se plantaron el año 1887 la cantidad de cuarenta y seis naranjos a su alrededor, veinte a cada costado y seis dentro del atrio. Crecieron los arbustos y dieron al edificio un aspecto típico y regional, se les concedió algo más de medio siglo de vida, después del cual fueron cambiados por los albortantes que actualmente pueden verse.

El mismo año se compraron los candiles que aparecen suspendidos en las bóvedas de la nave del santuario; en un principio venían adoptados para velas, de acuerdo con la vida y elementos usados entonces, hoy se les han adoptado juegos de graciosos focosflama. En la misma ocasión se adquirió también el manifestador para la exposición solemne del Santísimo Sacramento; esta pieza se importó de Austria y es de estilo barroco. La noche buena del mismo año se bendijo y con toda solemnidad se estrenó en el ejercicio de acción de gracias. Esta obra de tanto valor artístico se vio durante muchos años relegada al olvido; por una buena suerte ha sido incluída en las reformas que se hacen al altar de la Santísima Madre cuando se escriben estas líneas.

Durante estas décadas desplegó su gran actividad juvenil el clérigo de más valía en el orden espiritual que ha regido los destinos de este curato, el ilustre P. González a quien más le debe en el orden espiritual pues a generación que tuvo bajo su cuidado ascendió a una altura que ni se había visto anteriormente ni se ha repetido hasta el presente.

De este tiempo data un decreto del Gentral D. Ramón Corona, Gobernador entonces del Estado de Jalisco, en el que dictamina que en adelante las escuelas serían financiadas y reglamentados por el Gobierno del Estado, pues hasta entonces habían dependido del presupuesto municipal.

Tanto el Gobierno Civil como el P. González emprendieron en estos años una verdadera campaña en favor de la cultura y formación de la niñez. No fueron pocos ni pequeños los obstáculos que hubieron de vencer tanto en el orden económico como, sobre todo, de parte de los padres de familia que no estando ocostumbrados a estas cosas y que todavía conservaban reminiscencias de un rancio pretérito que sostenía que a las chicas no se les debía enseñar a leer ni escribir para evitar que en esta forma se comunicaran con los novios, no deseaban el adelanto cultural para sus hijos; otro tanto aconteció con las mismas familias que de momento no veían las ventajas que les podía traer en el futuro una cultura extensa y por lo mismo se mostraban por lo menos indiferentes y sin ningún interés ante los esfuerzos que se hacían en su favor.

El 19 de marzo de 1888 celebró el ilustre Prelado de Guadalajara sus bodas de oro sacerdotales con la solemnidad correspondiente; Talpa no podía permanecer en el silencio ante tan gran evento, por lo mismo buscó la forma de hacer presentes ante el supremo Pastor tanto su generosidad como su gratitud.

El párroco y el capellán mayor del santuario mandaron una comisión especial a todos los centros mineros de la jurisdicción con el fin de que obtuvieran las piedras más finas y valiosas de las ricas vetas a la vez que se comisionó a la persona más experta de la región para que hiciera con todo esmero una escultura de chicle (del que se produce en la región) que representara a la Purísima, o sea, La Limpia Concepción de María.

Con las mejores y más ricas piedras que fue posible conseguir en las minas se formó un cerrito que, junto con la escultura (de un metro de altura y que por cierto resultó una verdadera obra de arte) y una felicitación firmada por el clero y unas 136 personas, se formó el presente que los talpenses hicieron llegar hasta el palacio episcopal de Su Ilma. el día de su áureo jubileo sacerdotal. El Padre de la grey tapatía lo recibió con agrado, agradeció y bendijo la generosidad de sus hijos.

En el transcurso de estos años se continuaron las mejoras materiales al santuario de la Virgen del Rosario; los salones anexos fueron reconstruídos y se levantó subre ellos un segundo piso, se reformó la decoración, con adornos de estilo churrigueresco de regular ca-

lidad, el pórtico del costado norte del templo se reconstruyó; el caracol que conduce al campanario, por encontrarse ya en muy malas condiciones, se reedificó con algunas modificaciones la caseta del reloj público y se renovó la pintura de todo el exterior del edificio; todas estas mejoras costaron al santuario la suma de $ 5.070.76 y se terminaron en diciembre de 1890.

Este año tomó el timón de la parroquia el P. González Luna, llenando la vacante que dejó en la capellanía del santuario el Pbro. D. José Ascención García, fungiendo entonces como vicarios parroquiales los Pbros. D. Marcelino Hernández y D. Manuel S. de Avellaneda; un poco después vino el Pbro. D. Alejo Carvajal.



Los talpenses y peregrinos gozaron intensamente decorando el atrio del templo de la Sma. Señora en las fiestas septembrinas.



Altar de la Santísima Virgen, año de 1950.

CAPITULO VEINTIUNO

Primer Patronato de la Santísima Virgen

DURANTE el transcurso del siglo XIX se hizo general en México la costumbre de cubrir la superficie de los edificios arquitectónicos con ladrillos esmaltados, comunmente llamados azulejos, como una nueva forma decorativa.

Esta reciente moda habría de introducirse en regiones tan apartadas como ésta; a principios de 1891 se iniciaron los trabajos conducentes a cubrir las torres y la cúpula del santuario, de brillantes azulejos, se escogieron los colores amarillo y blanco, reflejo de otra moda que se había hecho costumbre en la Metrópoli Mexicana desde la segunda mitad del pasado siglo.

Es una lástima que tan poco se haya tenido en cuenta el color dominante del paisaje de Talpa que ordinariamente sirve de fondo al templo y a sus flechas gemelas; otro tanto podríamos decir de la cúpula en donde tampoco se tuvo en cuenta su forma, un tanto achatada, para la distribución de las líneas decorativas, si en ellas hubiera predominado un poco más la línea vertical sobre la horizontal habría causado la impresión de ser un poco más esbelta y majesuosa.

Estas obras gastaron dos años de labores y causaron un gasto de $ 4.448.15.

,Mientras en el pueblo de la Santísima Virgen "se arropaban" las torres y la cúpula, en la Ciudad Eterna se verificaban los útimos trámites para dividir el extenso Arzobispado tapatío, creando dos nuevas diócesis filiales: la de Tepic y la de Chihuahua.

El 13 de agosto del mismo año, 1891, S.S. León XIII firmaba la bula "Illud in primis" por la que daba vida a la Sede Episcopal Nayarita, designando al Emo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Dr. D. Pe-



Exmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza y Pardavé, Arzobispo de Guadalajara.

dro Loza y Pardavé, para que verificara lo erección canónica del nuevo Obispado.

No habiendo sido posible al anciano Arzobispo cumplir esta misión delegó sus facultades al muy ilustre Sr. Chantre D. Florencio Parga para que en su nombre lo hiciera. El ilustre delegado se trasladó a Tepic con la solemnidad propia del caso dando cumplimiento a la voluntad pontificia el día 15 de noviembre de 1891, quedando desde ese día erigida canónicamente la Sede Nayarita.

Entre las parroquias que habían de formar el nuevo obispado se contaba la de Talpa, en donde la noticia fue recibida en medio de resonantes manifestaciones de alegría. El día 15 se celebró una Misa so-

lemne de tres ministros con sermón alusivo y al terminar se entonó un tedéum a los pies de la Santísima Virgen, tanto para dar gracias a Dios por tan magno acontecimiento como para implorar de la Madre Buena su protección especial sobre la nueva sede episcopal. (1).

Sólo hasta el 19 de enero de 1893 fue preconizado el primer Obispo nayarita, recayendo el nombramiento en la persona de uno de los más ilustres clérigos tapatíos, el Ilmo. Sr. D. Ignacio Díaz y Macedo, "uno de los Prelados más ilustres que ha producido la Iglesia de Guadalajara".



Ilmo. Sr. D. Ignacio Días y Macedo.

(1) El prebendado que venía a Tepic como delegado del Ilmo. Sr. Loza y Pardavé a verificar la erección de nuevo obispado, arribó a la capital nayarita el día 11 de noviembre del mismo año siendo recibido con grandes demostraciones de cariño y adhesión de parte de los nayaritas.

El día doce del mismo mes publicó un edicto que fue recibido y publicado en el célebre santuario de Nuestra Señora con gran gozo de los talpenses, este documento reza a la letra:

Tanto el clero como el pueblo de Talpa, al conocer la designación de su primer pastor, se apresuraron a dirigirle un filial saludo que fue redactado en el clásico verbo ciceroniano. Estando todavía en Guadalajara recibió el Prelado electo el saludo de los talpenses al que contestó en forma bondadosa y paternal.

El 3 de octubre del mismo año quedó vacante la capellanía que desempeñaba el P. García, entrando a ocuparla el Pbro. D. Ladislao Lupercio.

En julio del año siguiente recibió el santuario, como una donación especial que se le hizo, unas reliquias venidas de Roma, con sus

---

"Nos Don Florencio Parga, Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, Subdelegado por el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza y Pardavé para la erección de la Diocesis de Tepic. Al V. Clero y fieles de la propia Diocesis hacemos saber:

Que por la voluntad de Dios infinitamente misericordioso, el actual vicario de N. S. Jesucristo Sr. León XIII, ha oído al fin, los votos y ha accedido a los vehementes deseos de los fieles de esta región privilegiada de nuestro país, al disponer, como ha dispuesto, en su alta sabiduría, que se erija una nueva diócesis, cuya sede episcopal resida en esta ciudad; el Ilmo. Sr. Loza, nuestro dignísimo Prelado, Delegado por la Santa Sede Apostólica para la ejecución de la erección citada, no pudiendo verificarla personalmente, por sus múltiples atenciones, aunque mucho lo ha deseado ha tenido a bien subdelegarnos, aunque indignos, sus facultades pontificias para que a su nombre ejecutemos la voluntad de nuestro amado Santísimo Padre el Sr. León XIII.

A este fin, hemos escogido y señalado el próximo quince del corriente mes en que se celebra el Patrocinio de la Santísima Virgen María para que, bajo tan santos auspicios, tenga su verificativo la definitiva erección de la nueva mencionada Diócesis, leyendo, como se leerán desde el púlpito de la santa Iglesia parroquial y publicando solemnemente el Edicto ejecutorio y demás documentos relativos al anunciado gratísimo objeto.

Quedan, por tanto, por las presentes letras advertidos el V. Clero y los fieles de este nuevo obispado acerca de nuestra honrosa comisión y de los términos en que nos proponemos desempeñarla; e igualmente convocados para que concurran a dicha solemnidad, a fin de presenciar el acto tantas veces referido, como sobre todo, a fin de dar mil y mil gracias a Dios por el insigne beneficio que les ha concedido, y a fin, por último, de que, en cuanto puedan, coadyuven con sus manifestaciones de regocijo, al mayor brillo de tan fausto acontecimiento, que interesa por extremo a la Iglesia nuestra Madre; y de tan singular manera a esta parte muy importante de nuestra patria.

respectivos documentos de autenticidad. Consistían en una vértebra de la espina dorsal de Santa Victoria mártir y unas porciones de los huesos de San Luis IX, confesor y Rey de Francia.

Estos objetos sagrados fueron recibidos con el respeto y devoción que se merecen, se colocaron en un relicario o teca especial y fueron guardados en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores.

Dado en Tepic a los doce días del mes de noviembre de mil ochocientos noventa y uno".

Florencio Parga. Presbítero Luis Quintero. Secretario. Hasta aquí el decreto

"El mismo día 15, como se señalaba en el anterior edicto, en forma muy solemne se hizo la Erección definitiva del Obispado de Tepic, elevándose el antiguo templo parroquial a la categoría de Catedral, con todas las preeminencias de su clase. El mismo día el Señor Parga publicó el siguiente auto:

"Nos don Florencio Parga, Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, y subdelegado por el Ilmo. Reverendísimo Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza, para la erección de la diócesis de Tepic.

Al V. clero y fieles de la diocesis hacemos saber:

Que ejecutada ya felizmente, y con gran lucimiento, por la infinita bondad de Dios, la solemne Erección Canónica de esta nueva diócesis, el día de hoy, réstanos declararlo y publicarlo así, por el presente Edicto, como en efecto lo publicamos y declaramos, y dar a conocer asimismo a todos los católicos, cuales parroquias y vicarías forman, por suprema disposición de la Bula del 13 de agosto del presente año, el Obispado de Tepic, son las siguientes:

Acaponeta .. (sigue la enumeración) . San Sebastián, Talpa; y las correspondientes auxiliares vicarías... Cuale, Los Reyes, Bramador.

Réstanos, por fin, anunciar al V. Clero y fieles que por disposición expresa del Ilmo. Sr. Arzobispo Loza, Delegado Pontificio para la Erección y gobierno de esta diócesis, queda nombrado para regirla, como Vicario General, (mientras viene su primer nuevo Obispo, o mientras el Sr. Delegado no dispone otra cosa) el Señor Cura Antonio Mercado, acreedor por sus relevantes virtudes a este encumbrado puesto y digno por eso y por la autoridad de que queda investido, de toda obediencia, consideración y respeto.

Dado en la Ciudad episcopal de Tepic, a los quince días del mes de noviembre de mil ochocientos noventa y uno.

Florencio Parga. Pbro. Luis Quintero.

En la nueva división territorial Talpa quedó formando parte integrante de la vicaría foránea de Guachinango, siendo por ese tiempo párroco foráneo el Sr. Cura D. J. del Refugio Flores.

En este mismo año obtuvo el santuario la hermosa y artística imagen de la Purísima que todavía se venera en el crucero derecho (lado del Evangelio) así como la de Señor San José, que aparece en el propio altar del mismo templo; ambas fueron hechas en Querétaro, Qro.

Con el fin de que la veneración de la Sma. Virgen fuera cada día en aumento, en este año nombró el Prelado un nuevo capellán, el Pbro. D. Francisco de Asís Ballesteros; también recibió el nombramiento de vicario parroquial el Pbro. D. José Esteban Lara.

Apenas tomó posesión de su reciente cargo el Ilmo. Sr. Díaz emprendió una visita pastoral por todas las parroquias de su nuevo Obispado. Talpa lo recibio en el mes de marzo, siendo grandes las pruebas de adhesión y cariño que le hicieron patentes los talpenses.

Su Excia. examinó con paciencia toda la obra material del templo, trató en seguida de conocer, lo más a fondo posible, la obra espiritual y cultural que se desarrollaba en la parroquia así como también las obras sociales emprendidas por el clero.

Una de las características personales del ilustre Prelado fue su amor a la cultura y a la enseñanza. Ejemplar fue su obra en Tepic en este aspecto, por eso al enterarse de los grandes esfuerzos que hacía en esta parroquia el Sr. Cura González por elevar el nivel cultural de su jurisdicción, quedó sumamente complacido y le prometió que le daría un sacerdote para que lo dedicara exclusivamente a la dirección de sus planteles educativos, nombramiento que luego recayó en el Pbro. D. Rafael Castellanos.

Insistió mucho en esta ocasión Su Ilma. en el amor que se debe a la Santísima Virgen y en el cuidado particular que debe poner el clero en honrarla y hacer que la honren los fieles.

Revisó también cuidadosamente las concesiones de indulgencias que habían hecho sus predecesores y que se venían lucrando en el santuario desde tiempos inmemorables, las renovó encargando a los capellanes las diesen a conocer con el fin de que las aprovechara un número cada día mayor de cristianos.

A su regreso a Tepic llevó consigo el libro primero de gobierno del templo de la Patrona del pueblo y algunos otros documentos, con el fin de estudiar detenidamente y conocer mejor el pasado de la Taumaturga Imagen.

Otra obra que mucho agradó al Mitrado fue la campaña que llevó a cabo el clero, encabezado por el señor Cura González, en favor de los ejercicios espirituales. Para terminar el siglo XIX se habían organizado tandas en todos los poblados de importancia y en la cabecera se practicaron tandas de ejercicios de encierro con un grande fruto espiritual; era de verse aquel celoso pastor recorriendo incansable toda su jurisdicción y procurando el bien espiritual de todos sus hijos.

En el año 1900 se notó un fervor extraordinario en el Santuario de la Reina de los Angeles con motivo del año jubilar que millares de peregrinos quisieron lucrar a los pies de la Madre querida. En esta ocasión se procuró dar a las fiestas la mayor solemnidad y esplendor posibles, sobre todo para implorar del cielo bendiciones y gracias particulares para la parroquia en el siglo XX.

No tardó mucho el Excmo. Sr. Díaz en volver a Talpa, pues los primeros días del mes de Octubre de 1901 se encontraba de nuevo a los pies de la Madre querida del Rosario.

Desde hacía tiempo se venía acariciando la idea, tanto por el clero como por el pueblo de Talpa, de proclamar de una manera explícita como Patrona del lugar y su jurisdicción a la Santísima Virgen del Rosario.

No quiere decir esto que hasta entonces no se le hubiera reconocido como patrona, lo que pasaba es que hasta entonces no se había verificado un acto explícito, público, en el que se verificara el juramento que se acostumbraba en esos casos; de hecho, el patronato existía en una forma implícita desde hacía unos dos siglos.

Se organizó en esos días una comisión para que entrevistara a Su Ecia. Rma. y le propusiera el proyecto; el Prelado la recibió con amabilidad y escuchó su petición y deseos. Después de considerarlo todo con la debida calma accedió a la súplica y señaló, para llevarla a la realidad, la próxima fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que se celebraba entonces el domingo primero de octubre, día seis en ese año.

A quienes conozcan un poco las leyes emanadas de la Santa Sede acerca de la elección de los Santos Patronos de los lugares, les parecerá extraño que el Prelado no haya exigido los trámites correspondientes, pero hay que tener en cuenta que en esta ocasión no se trataba de la elección de un nuevo patrono, pues en el caso ya se reconocía y honraba a la Santísima Virgen como tal desde hacía por lo me-

nos dos centurias; se trataba tan sólo de decir a la Santísima Señora con las palabras lo que se le había venido diciendo con los hechos y, sobre todo, se quería prestarle juramento de que el pueblo la reconocería y honraría toda su vida como a su celestial protectora y Madre. A pesar de todo, su Ecia. hizo la aclaración de que había que hacer el recurso a la Santa Sede proponiéndole el caso y habia que estar también a sus mandatos.

El que fungía como capellán mayor del santuario, con aquel cuidado que le caracterizaba, nos ha conservado con todo detalle la descripción de la imponente ceremonia que tuvo lugar en dicha ocasión. Vamos a cederle la pluma para que, como testigo de vista, nos narre los hechos:

"Acta del juramento de Nuestra Señora del Rosario de Talpa por Patrona Universal de esta Villa, hecha en su Santuario.

"El día seis de octubre del año de mil novecientos uno, por acuerdo que tuvieron un día antes varios sacerdotes de la Villa de Talpa y de algunos vecinos en representación de diferentes gremios sociales y de conformidad con el Ilmo. Sr Obispo diocesano D. Ignacio Díaz y Macedo, en virtud de una solicitud que se hizo pidiéndole se dignara autorizar con su aprovación y presencia el acto de jurar como Patrona de la citada Villa a Nuestra Señora del Rosario, firmada por las indicadas personas; cuya solicitud fue benignamente atendida por el Ilmo Prelado y al efecto se convocó al pueblo con tres solemnes repiques dando principio a las doce del día de esta manera:

Reunido el clero que se formaba de las siguientes personas: el Sr. Cura D. Juan González Luna, el Capellán Mayor del Santuario Pbro. D. Juan Castillo y los Pbros. D. J. Ma. Rodríguez, D. José R. Sánchez, segundos capellanes del mismo templo, el Sr. Cura D. Ladislao Lupercio de la parroquia de Guachinango, los Pbros. D. Crisógono Dávalos, capellán (familiar) del Señor Obispo, D. Ascención García, ministro de la parroquia, D. Ramón Molina, Profesor de instrucción primaria en esta diócesis, D. Donaciano Jáuregui del mismo servicio, D. Francisco de A. Ballesteros residente aquí y Minorista D. J. Pilar Castellón, todos vestidos de sobrepelliz, se dirigieron procesionalmente guiados los acólitos con ciriales que eran los niños J. Jesús Quintero Fregoso, Ramón Hernández Navarro, y Adrián Celis Alatorre; a la puerta del santuario, en medio de una opulentísima concurrencia a

recibir a nuestro Emo. Prelado, quien revestido de capa pluvial, Mitra y Báculo en mano, tomada agua bendita, penetró al interior del templo en esa misma forma procesional, cantándose a la vez en el coro el himno "Ave Maris Stella" con música del maestro D. E. Ocón, regalo que hizo al santuario el mismo Ilmo. Prelado y que en este acto se puso por primera vez cantado por el cantor y organista D. Lucio Montaño, acompañándose en el órgano y reforzado con un numeroso coro de niños.

Llegada la procesión al altar de la Santísima Virgen todos se arrodillaron entre tanto se concluía el canto; terminado éste, luego se fue al púlpito el Dmo. Prelado con la misma vestidura y guiado por varios sacerdotes, en el que predicó un elocuentísimo y conmovedor sermón sobre el asunto.

Vuelto al presbiterio, igualmente vestido, tomó asiento y junto a una mesa en la puerta de la barandilla del comulgatorio, sobre la cual había dos grandes candeleros con velas encendidas, un rico crucifijo de metal y un libro abierto de los Evangelios.

Acto continuo el Sr. Capellán mayor dio lectura a la mensionada solicitud con todos sus firmantes a fin de que el público quedara enterado de que los primeros pasos se dieron para este arreglo y para que en el mismo orden fueran llegando los signatarios a hacer el juramento en presencia del Ilmo. Prelado, como en efecto así se verificó, diciendo todos esta fórmula: "Deseando honrar a la Santísima Virgen del Rosario en su Sagrada Imagen venerada aquí, la juramos por Patrona Universal Nuestra y de nuestra Villa, obligándonos a honrarla con el culto debido por tal carácter y sujetándonos a las prescripciones de la Sagrada Congregación de Ritos". Así Dios nos ayude y estos Santos Evangelios".

Y concluyeron con esta salutación a la Santísima Virgen: "Salve Madre Santísima del Rosario, Patrona Nuestra, ruega por nosotros para que seamos dignos de los prometimientos de Jesucristo. Amén".

Dispuso luego S. Sría. Ilma. que se aclamara tres veces a la Santísima Virgen con estas palabres: "Viva nuestra Madre Santísima del Rosario", respondiendo todo el pueblo: "Viva", y se terminó con otra aclaración: "Que vivan sus verdaderos devotos", y respondió todo el pueblo: "Que vivan", de un modo estruendoso e imponente.

En seguida entonó el Sr. Obispo el tedéum que se continuó en el coro de la orquesta ejecutando el del maestro D. Joaquín de Luna, dirigido por D. Lucio Montaño y cantads por dos grandes coros de niños.

Entre tanto se practicó por el interior del templo otra procesión igual que la primera precedida por Ntro. Ilmo. y Rmo. Prelado, ya de vuelta al altar y terminado este himno el Preste cantó las preces y oraciones finales.

Para concluir el Ilmo. Sr. Obispo, visiblemente conmovido de gozo, dió con solemnidad la bendición episcopal al pueblo el que notoriamente emocionado hasta el llanto por el regocijo que le produjo tan sentimental ceremonia, prorrumpió en cánticos fervorosos a la Santísima Virgen.

El acto terminó como a la una y quince minutos de la tarde.

Para constancia firmaron esta acta con S. Sría. Ilmo los sacerdotes asistentes a este acto y algunos de los vecinos más prominentes y que tomaron parte en estos arreglos".

Entre los seglares firmaron: El Lic. D. Germán Gil, los Sres. D. Baudelio Bernal, D. Salvador Güitrón, D. Jesús S. Araiza, D. Feliciano Ribera, D. Juan Cuéllar, D. Simón Villa, D. Francisco S. Agraz, D. José Güitrón, D. Magdaleno González, D. Ignacio Flores, D. Salvador Quintero, D. Francisco Solano. D. Blas Güitrón, D. Fernando G. Quintero, D. Tiburcio Espinosa, D. Juan Silva, D. Lorenzo Hernández, y por último el Pbro. D. Juan Castillo como Secretario.

El juramento no se hizo en forma individual sino por gremios delegando cada uno a un representante para que en nombre de todos los agremiados hiciera el juramento. El Sr. D. Francisco Agraz representó a los comerciantes, D. Feliciano Ribera a los artesanos, D. Francisco Mancilla, a los agricultores, etc., etc.

Con esta ceremonia se estrecharon más los vínculos que desde antaño han unido a los talpenses con su amada Patrona; en virtud de aquel voto se verían en adelante más obligados a mostrarse con ella buenos hijos y fieles devotos.

Fue esta la última vez que el Ilmo. Sr. Díaz visitó a Talpa. Permaneció en esta ocasión todo el mes de octubre regresando el siguiente a su sede en donde sobrevivió hasta el 15 de junio en que, andando en una visita pastoral en la región de la costa nayarita, pasó a mejor vida en la ciudad de Acaponeta, Nay.

Autógrafos de los que firmaron el acta del patronato de la Sma. Virgen del Rosario de Talpa sobre su pueblo y extensa jurisdicción.

Su deceso fue sentido y llorado no sólo por sus diocesanos sino por cuantos le conocieron y trataron. Murió dejando fama de santo, por lo que incluso se llevaron a cabo los primeros trámites para introducir la causa de su canonización en Roma.

El día 9 de mayo del propio 1905 un sismo llenó de espanto a los habitantes de una amplia zona del Estado de Jalisco; en Talpa fue muy sensible la conmoción terrestre que causó muy serios daños a las torres del santuario, por lo que hubo necesidad de emprender su inmediata reparación ya que, sobre todo la del costado norte, amenazaba desplomarse.

El año 1904 fue de grandes fiestas en el templo máximo de Talpa y en todo el orbe, con ocasión de haberse celebrado en ese año las bodas de oro de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios. Todo el año se dedicó a honrarla y se declaró día de gran fiesta el 8 de diciembre.

Para sustituir al Emo. Obispo Díaz S.S. Pío X, en consistorio celebrado el 6 de agosto de 1906 preconizó como segundo Prelado de Tepic al Emo. Sr. D. Andrés Segura y Domínguez, el cual recibió la consagración episcopal en la catedral leonense el 6 de septiembre del mismo año, de manos del Emo. Sr. Delegado Apostólico en México, Monseñor Ridolfi.

Estando todavía vacante la sede nayarita, Talpa perdió a su ilustre y bondadoso padre que por un espacio de casi 20 años fue el alma de la cultura y la piedad del pueblo, el ilustre Sr. Cura D. Juan González Luna.

Se celebra en el templo parroquial con toda solemnidad el mes del Sagrado Corazón de Jesús, cuando el apostólico sacerdote fue sorprendido por una pulmonía que lo postró en el lecho. El día último del mes, en medio del llanto y del dolor de quienes le amaron y supieron apreciar su vida ejemplar y su obra, entregó plácidamente su alma en manos del Creador. Corría el año 1906.

Iniciador entusiasta de las escuelas parroquiales de las que fue director y gran animador hasta su muerte, entusiasta vivificador de las obras de caridad, beneficencia y apostolado, ferviente director y ejemplar modelo de las asociaciones piadosas, fue desde su llegada a esta Villa el extinto sacerdote.

Sus exequias fueron celebradas con toda solemnidad en el santuario del que durante algún tiempo fuera ejemplar capellán y sus res-



Otra perspectiva del conjunto del caserío que rodea a la Basílica.

tos mortales, por una concesión especial, fueron piadosamente inhumados en el mausoleo llamado de "El Cerrito", en donde esperan la resurrección de la carne. (1).

---

(1) De entre los muchos y bellos pensamientos que se emitieron ante los restos mortales de tan extraordinaria figura, transcribimos los siguientes:

"Si quisiéramos expresar con unas cuantas palabras lo que fue para Talpa este digno ministro del Señor, nos bastaría decir: fue siempre el padre de los pobres, el maestro y guía de los ignorantes, consuelo, alivio para los enfermos; el dulce Cristo de la tierra para todos.

Desde su llegada a este pueblo de María, con mirada intuitiva y penetrante abarcó las necesidades y miserias físicas y morales de sus hijos; dos cosas formaron desde entonces el ideal de su vida y fueron en adelante como dos astros de primera magnitud que brillaron con nitidez en el cielo transparente de su vida: elevar cuanto fuera posible el nivel espiritual y religioso de su amada grey y redimir a sus hijos de la ignorancia y del tremendo oscurantismo en que se hallaban sumergidos . . .

Vos sois testigos de como cumplió este siervo bueno y fiel del evangelio, tan ardua y encumbrada empresa . . .

Recordamos todos con admiración y respeto los sacrificios que se impuso para abrir, organizar y sostener las primeras escuelas públicas que conoció Tal-

La Cruz de Romero, que tiende tiempre sus brazos generosos al piadoso peregrino.



---

pa, y la generosidad con que cedió aun parte de su casa habitación para que se impartiera en ella la enseñanza, por la penuria que en un tiempo tuvo de local apropiado; fuimos testigos de los copiosos sudores y aun lágrimas con que deparó albergue a la porción doliente de su amada grey y lo que es aún más digno de elogio y admiración, la forma cómo visitaba, consolaba y alentaba a sus enfermos . . .

¿Quién de vosotros no fue testigo y aun partícipe de las fructuosas tandas de ejercicios espirituales de encierro que con tanto anhelo organizaba, o de la inmensa caridad con que acudía a la cabecera del enfermo y socorría a toda clase de necesitados?

¿Cuántos de los que forman la actual generación saben toda su grandeza al párroco que supo redimirlos de la ignorancia y del más oprobioso oscurantismo?

. . . en medio de un mundo sacudido por las pasiones humanas, la miseria y el dolor fue un remanso de paz y de consuelo, este abnegado ministro del Señor . . . para él no fueron necesarios ni el humano poder, ni siquiera las caducas riquezas de este mundo para hacer el bien y sembrar la paz en el corazón, le bastaba su alma prócer y su espíritu generoso, todo lleno de Dios y de María . . . con su vida llevaba el mensaje divino a todas partes . . . llevar a Jesús es llevar la vida, el consuelo, la esperanza . . . fue un hombre que supo ofrendar toda su existencia en aras de la caridad y del bien, de Dios y del prójimo . . . hizo de su vida el holocausto perfecto, la hostia blanca que supo inmolar y ofrecer al Padre Celestial en el cumplimiento heroico de su sagrado ministerio . . . luz del cielo y bálsamo de consuelo y esperanza fue siempre para los suyos este generoso padre . . .

Todos creemos y esperamos que en sus oídos hayan resonado ya las consoladoras palabras del Divino Redentor: Siervo bueno y fiel . . . entra en el gozo de tu Señor".

Si el P. Ibarra fue el bienhechor más insigne que ha tenido Talpa en el orden material durante toda la pasada centuria, en el orden espiritual y cultural lo fue sin duda el Sr. Cura González; son ellos dos figuras magestuosas que, cual gigantescas montañas, se yerguen en el pasado de Talpa, ambos mutuamente se completan. (1).

A la muerte del párroco de Talpa tomó el timón de la jurisdicción el que era entonces primer capellán del santuario, en calidad de párroco interino.

Cubierta la vacante de la sede nayarita el nuevo Prelado nombró como cura interino de esta Villa al Pbro. D. José A. Magallanes; este clérigo sólo permaneció en el puesto hasta el 26 de enero de 1807 en que se hizo cargo del curato, como párroco propio, el Sr. Cura D. J. María Rodríguez.

---

(1) Uno de los sacerdotes (su nombre nos es desconocido) que mejor han conocido y estudiado la recia figura y la benemérita obra del Sr. Cura D. Juan González Luna, nos da una ligera idea acerca de la magna labor de tan distinguido clérigo, dice a la letra:

"Las obras materiales absorvieron en gran parte la vida del desaparecido P. Ibarra, a esto debemos añadir que era él un hombre de mentalidad práctico-constructiva; esto originó que la cultura del pueblo se viera un tanto descuidada durante su regencia.

Es cierto que en su tiempo estuvo en Talpa como auxiliar suyo el Pbro. D. Antonio Jiménez, y que éste trabajó mucho por la reorganización de las obras culturales, así como también las de caridad y beneficencia social, mucho se hizo entonces pero la obra no alcanzó las cimas deseadas.

Tuvo, este clérigo, a su cargo los centros de la Doctrina Cristiana, en ellos estableció ciertas horas de estudio en que se enseñaba a leer y a escribir, fue este el primer embrión de cultura literaria en estos lares.

Al Sr. Cura González Luna interesaba más las obras culturales y espirituales que las materiales, y por eso se dedicó de lleno a ellas. Elevar el nivel cultural y religioso de su grey, fue la meta y el ideal que se propuso desde un principio. Redimir a sus hijos de la ignorancia y del oscurantismo, incrementar las obras de caridad, hacer llegar y sentir hasta el corazón del rico, la necesidad y la pobreza del indigente, fue tarea que emprendió desde luego.

Se dio en seguida a estudiar los elementos de que podía disponer, y empezó a sembrar en ellos la semilla que luego había de producir su fruto.

Para el 5 de junio de 1883, en medio del entusiasmo y de la alegría de todos, pudo inaugurar con toda solemnidad la Sociedad Católica de Señoras, destinada a patrocinar la obra cultural en favor de la niñez.

El 9 de octubre del mismo año fue electo como capellán del santuario el que había sido párroco de Mascota, Pbro. D. Mariano Ruiz, quien suplió al P. Ballesteros por nombramiento que recibió como cura de Rosa Morada, Nay.

Poco tiempo después que tomó posesión de su sede el segundo Prelado nayarita, emprendió un recorrido por toda la jurisdicción, llegando hasta este pueblo en mayo de 1907.

En la cuidadosa visita que practicó al templo de la Santísima Virgen encontró que los daños que había causado a las torres el sismo anterior no habían sido reparadas satisfactoriamente, por lo que ordenó se asegurasen en debida forma, encargando la ejecución de este trabajo al ingeniero D. Daniel Navarro. Las labores duraron cuatro meses con un costo de $ 1,435.30.

Fue entonces cuando, en medio de una serie de problemas y dificultades, abrió las puertas de una escuelita rudimentaria, en la que se daban clases aunque de una manera informal.

Sólo hasta enero de 1884 fue posible inaugurar, de manera formal y solemne, la primera escuela parroquial para niñas sostenida por la ya floreciente Sociedad Católica de Señoras; en ella se enseñaba, de acuerdo con el programa inicial: lectura, costura, catecismo, moral, religión; Historia Sagrada; gramática castellana, geometría, geografía, aritmética, escritura e historia de México.

A continuación se abrió un plantel educacional para niños, con muy buenos resultados, pronto las aulas se vieron plenas y el cuerpo educativo pudo laborar a sus anchas.

No fueron pocos ni pequeños los obstáculos que hubo que vencer: la falta de local adecuado hizo que el corazón generoso del Sr. Cura González cediera una parte de su casa habitación para la naciente obra; la indiferencia y aun la oposición de los padres de familia, que en muchas ocasiones juzgaban no sólo inútil sino también perjudicial y nocivo el saber para sus hijos, (si saben leer —decían los papás— las muchachas se comunicarán más fácilmente con sus novios); la indolencia y apatía de la niñez, tan poco acostumbrada a las disciplinas escolares, la falta de cooperación de las autoridades civiles, etc., etc.; pero no por ello el abnegado sacerdote se arredró ni desistió de su empresa.

Dios bendijo abundantemente todos aquellos desvelos y sacrificios, en poco tiempo el buen Ministro de Dios, pudo establecer 15 centros escolares nuevos, repartidos en los barrios y ranchos circunvecinos.

A principios del año 1888 pudo inaugurar también la Sociedad Católica de Señores, tenía como fin la cultura y educación de niñez y juventud, entonces tan gravemente necesitada.

El nuevo jurisdiccionario era uno de esos hombres inteligentes, intelectuales, introvertidos, de poco hablar. Desde un principio palpó la difícil situación que prevalecía con motivo de las relaciones entre el clero del santuario y el de la parroquia.

Como era natural, el templo de la Santísima Virgen lo absorbía todo, culto, limosnas, etc., dejando al pequeño templo parroquial en suma pobreza y con la penosa carga de la administración tanto exterior como interior, cosa que hacía muy difícil la vida al clero a él adscrito.

Si a esto añadimos las dificultades naturales procedentes de un doble principio de autoridad, se comprende que la administración re-

---

También en el terreno religioso y social el pueblo de la Santísima Virgen del Rosario recibió una fuerte inyección de vitalidad en la persona del Sr. Cura González Luna.

Entre las obras que más ópimos frutos produjeron se cuenta la Sociedad de la Caridad en Favor de los Pobres y Enfermos.

El 17 de enero de 1882, en su propia casa, a las 20 horas celebró el Sr. Cura la primera reunión con sólo unos cuantos socios que procuró organizar y encauzar hacia la nueva empresa.

Pronto aquella diminuta simiente se vio transformada en gigantesco árbol, pleno de ricos y sazonados frutos. El 29 de enero de 1883 el Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara concedía su bendición y aprobación a la nueva hermandad; y el 15 de octubre de 1886, fue agregada a perpetuidad a la benemérita obra fundada por San Vicente de Paul con el nombre de la Congregación de la Misión de las Hijas de la Caridad, con ello empezó a disfrutar de todas las indulgencias, gracias y privilegios que la Santa Sede había concedido a tan benéfica obra.

En esta forma procuraba el abnegado pastor de esta grey, que no sólo se practicaran las virtudes, sino también que sus amadas ovejas se robustecieran alimentando sus almas con la gracia divina.

Sólo un año llevaba de vida la incipiente obra y ya contaba con 387 socios; el primer informe nos habla de "327 enfermos atendidos en el hospital, 149 pobres socorridos, 625 raciones ministradas, 12 matrimonios arreglados, 10 niños bautizados, 815 recetas ministradas (surtidas y aplicadas) y 71 piezas de ropa repartidas entre los pobres. Total de ingresos $ 1951.00, total de egresos $ 1934.14".

Hablando del director nos dice el mismo informe:

"El director de esta Sociedad, ha procurado estimular a las socias no sólo con sus exhortaciones, que son muy frecuentes en el templo, sino también con su ejemplo, porque personalmente va al hospital a servir a los enfermos alimentándose de su propia comida, y muchas veces, cuando se experimenta alguna es-

sultará un tanto difícil, por lo que el Sr. Cura propuso al Mitrado que fusionara en una sola persona los dos cargos, párroco y capellán mayor del santuario.

La exposición serena y razonada del clérigo fue atendida por el Prelado, pareciéndole además práctica y viable la solución propuesta por lo que decidió llevarla a la práctica.

El nombramiento, asumiendo ya los dos cargos, recayó en la persona del Pbro. D. Juan Castillo quien desde luego se hizo cargo del curato y el templo parroquial.

---

casez de fondos, procura en el acto, de lo suyo, remediarlo. Procura también impulsar a los ánimos cuando los ve decaídos, valiéndose para ésto de los retiros espirituales".

El 17 de octubre de 1889 logró organizar e inaugurar la Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús. Esta obra tenía como meta la santificación y perfeccionamiento espiritual de los socios y el engrandecimiento del culto y la devoción a la Santísima Virgen.

Llegó a tal auge la asociación que para fines del siglo contaba ya con 1884 socios.

Floreció también en esta época la Conferencia de Nuestra Señora del Refugio, en auxilio de los que pasan a mejor vida. Esta hermandad se encargaba de sufragar los gastos de "enterramiento" de sus asociados, de la aplicación de sus misas gregorianas y demás sufragios, así como también de prestar algún auxilio a los dolientes necesitados.

Otra forma muy eficaz de incrementar la piedad y devoción de los fieles fue la organización de frecuentes tandas de Ejercicios Espirituales de encierro, organizadas y dirigidas por los eclesiásticos, tanto en la cabecera de la parroquia como en las rancherías aún en las más apartadas; en estos prolongados retiros se practicaban ásperas y mortificantes penitencias.

Tan benéficas y fructíferas obras nacieron y crecieron bajo el manto y la protección de la Virgencita del Rosario, de quien fue el insigne párroco un ferviente devoto; era de verse la fe y confianza con que consagraba cada obra a su maternal protección, y cómo corría a sus virginales plantas a presentarle así los frutos como las adversidades; las alegrías y las penas; todo lo ponía siempre en sus benditas manos. Con esto crecía cada día el amor y la confianza a la Celestial Señora.

En esta forma se constituyó, el Señor Cura González Luna, en el arquitecto del gran edificio espiritual del pueblo tan amado de María Santísimo del Rosario; su obra no ha sido conocida ni debidamente aquilatada. Talpa tiene para tan insigne sacerdote una crecida deuda de generosa gratitud".

Entre las disposiciones que al respecto dictó el Ordinario, se lee: *"El capellán mayor deberá tener un ministro que, con el titulo de Teniente de Cura, se encargue inmediatamente de los asuntos parroquiales conforme al oficio que el Ordinario le expidiere y cuide de culto del templo parroquial, mas con absoluta dependencia del capellán mayor del santuario, como cura de la referida parroquia de Talpa".*

Esta medida no podía ser mejor ni más prudente con los dos cargos acumulados en una persona se acabarían muchos conflictos y con un clérigo dedicado exclusivamente al templo parroquial y a la administración de los sacramentos se resolvía otro problema que luego habría tenido que presentarse, esto es, la imposibilidad de que una persona atendiese debidamente a los dos cargos.

Para ocupar el difícil cargo de Teniente de Cura fue designado el Pbro. D. Salvador Palafox, un sacerdote dotado de un extraordinario don de gentes, conciliador y prudente; de la elección podía decirse otro tanto, no podía haber sido mejor.

Durante su permanencia en este pueblo el Ilmo. Sr. Segura confirió el sagrado orden del Presbiterado a los Sres. Diáconos D. Agustín Gonzzález y D. Agustín Magaña en el templo de la Santísima Señora.

Entre las órdenes que dejó escritas el Prelado a su salida, leemos: *"Que para dar mayor realce al culto de la Santisima Virgen todos los domingos y días festivos, en vez del rosario vespertino, se canten vísperas solemnes en el santuario.*

Que en adelante se dé más realce a la fiesta que desde entonces venia celebrándose como titular el primer domingo de octubre, dándole ahora el aspecto de conmemorativa del primer patronato que se juró en 1901.

Que cuantas veces sea posible, la Misa de la Santísima Virgen sea de tres ministros.

Por último, confirmó lo referente a las indulgencias concediendo las mismas que hasta ese día habian concedido los Prelados anteriores y con las mismas condiciones para lucrarse, quedando en adelante reducidas a sólo cincuenta días".

Como recordará el atento lector, la cofradía o hermandad establecida en honor de la Santísima Virgen ha existido en Talpa desde el año 1600.

Durante todo el siglo XVII esta asociación tuvo como fin primario el culto a la Madre de Dios en su advocación de la Limpia Concepción, siendo hasta el último cuarto del mismo siglo cuando tomó el título y se dedicó a honrar a Ntra. Sra. del Rosario de Talpa.

Esta asociación abrigó en su seno, al correr de los años, a muchos millares de miembros en una zona bastante extensa del país y, como hemos visto también, tuvo a su cargo muchas obras muy importantes, tales como la construcción de los templos primeros y después del santuario que hoy conocemos como la Basílica de la Madre querida.

Esta obra que nació en este pueblo y que se desarrolló teniendo como casa soleriega el Alcázar de la querida Madre del Rosario y como corazón a la misma Santísima Señora, se conoció desde un principio con el nombre de "Cofradía de Nuestra Señora de la Limpia Concepción" primero y después, del Rosario de Talpa; abrigó dos clases de miembros: unos denominados socios y otros llamados esclavos de Nuestra Señora, siendo siempre la misma hermandad.

Al correr de los años, debido a la distinción de socios no faltó quien pensara que se trataba de dos asociaciones, introduciendo con ello alguna confusión. Esto dió origen a que, con el transcurso del tiempo llegase a prevalecer el nombre de "Asociación de Esclavos de Nuestra Señora del Rosario de Talpa", con que hoy la conocemos y que resulta de importancia práctica conservar, pues asi se podrá evitar la confusión que luego veremos.

Para la inscripción de miembros de dicha hermandad la Basílica cuenta, desde muchos años atrás, con libros especiales donde asientan sus nombres quienes desean formar parte de ella; al hacerlo se les entrega una constancia o, como allí se llama, "patente", empezando desde esa fecha a participar de las gracias y deberes que la hermandad impone.

Existe además, en toda la iglesia, otra hermandad llamada también "Cofradía" o "Asociación del Rosario", fundada por Santo Domingo de Guzmán, propagada y extendida por sus hijos los dominicos.

Esta hermandad ha sido aprobada y enriquecida con innumerables gracias espirituales por varios Romanos Pontífices.

La asociación del Rosario puede establecerse en cualquier parte del mundo con tal que se pida la correspondiente autorización al P. General de los dominicos y se cumplan los requisitos prescritos por las constituciones correspondientes.

Tanto por ser la advocación de la Santísima Virgen de Talpa "El Rosario". como por que puede proporcionar muchas gracias espirituales a los fieles, fue constante deseo de los Capellanes del santuario el que se estableciese dicha hermandad en el pueblo de Talpa.

Cuando el Emo. Sr. Obispo Díaz practicó su segunda visita al pueblo se le suplicó tramitase la concesión para que se hiciera la erección canónica de dicha cofradía en el santuario de la Madre Querida. Le prematura muerte del Mitrado impidió que por entonces fueran secundados tan nobles deseos.

A principios del pontificado del Emo. Señor Segura y Domínguez se repitió la petición con buen éxito, pues esta vez se obtuvo el diploma de agregación y se designó al Pbro. D. Salvador Palafox para que llevase a cabo la erección.

Oportunamente se recibió la noticia en este pueblo y se dispuso lo necesario para llevar a cabo la ceremonia el 17 de marzo de 1909, fecha en que se llevó a feliz término la erección como consta tanto por el acta que se levantó, como por el "Instrumentum" que nos legó el P. Palafox y que dice a la letra:

"Yo el Pbro. Salvador Palafox, delegado del Reverendo Padre General de la Orden de Predicadores, Fray Jacinto María Cormier (por letras extendidas el diez de marzo de 1908) para erigir en su nombre y con su autoridad la Cofradía del Santísimo Rosario en el Santuario de Talpa. habiéndome trasladado a dicho templo y con el beneplácito del Ordinario del lugar (manifestado en letras dadas el 28 de noviembre de 1908) habiéndose predicado la divina palabra, erigí y establecí dicha Cofradía del Santísimo Rosario en este día, de acuerdo con las normas mandadas por la Iglesia.

Además, de acuerdo con las facultades del Rdo. Padre General, decluaré Rector de la Cofradía establecida por mí al Rdo. Padre actual, Rector o Capellán Mayor del Santuario y a cuantos le sucedieren en dicho cargo.

Declaré, finalmente, que el altar del costado derecho de la Iglesia, dedicado hoy a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, será en adelante el altar propio de la nueva cofradía.

Verificado en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario del pueblo de Talpa el 17 de marzo de 1909.

Para constancia firmamos. Salvador Palafox (delegado), Juan Castillo (Rector de la Cofradía), Eliseo Ramírez y Francisco de A. Ballesteros (testigos), Eliseo Ramírez (predicador)".

La misma tarde, después de la ceremonia se inscribieron los primeros miembros y de allí en adelante fueron en aumento en tal forma, que doce años más tarde los libros nos dan testimonio de más de seis mil socios, entre los que se cuentan muchos sacerdotes y algunos Prelados y en unos cuntos años más los inscritos pasan de veinticinco mil, aunque a mi juicio una gran mayoría de los fieles no ha distinguido del todo la antigua cofradía de la Virgen del Rosario de Talpa, de la recién establecida Cofradía del Rosario fundada por Santo Domingo de Guzmán. (1).

En esta forma quedó el Alcázar de la Madre querida enriquecido con una nueva fuente de gracias y bendiciones del cielo.

---

(1) La crónica que de la solemne ceremonia nos legó el primer capellán del santuario y primer rector de la naciente cofradía, no carece de importancia, por eso la transcribimos a la letra:

"Hoy a las cinco y media de la tarde se terminó el acto siguiente: Habiéndose reunido a las cuatro de la tarde, en el presbiterio de este lugar, los Sres. Pbros. D. Salvador Palafox como delegado, el Sr. Cura D. Juan Castillo como rector, D. Eliseo Ramírez y D. Francisco de A. Ballesteros como testigos y D. José Pilar Castellón como asistente, para verificar el solemne acto de la erección canónica de la cofradía del Santísimo Rosario en el mismo santuario; se dio principio del modo siguiente:

Vestidos todos los sacerdotes con cotas, llevando además capa pluvial el Sr. Cura Castillo en su carácter como capellán mayor y haciendo de preste, se comenzó con una procesión dentro del templo, llevando en andas la Imagen de Nuestra Señora del Rosario y cantándose las letanías de la misma Virgen Santísima.

En seguida el Pbro. D. Salvador Palafox como delegado especial para hacer la erección, dio lectura al documento de concesión del Rdo. P. General de la Orden de Predicadores de 10 de marzo de 1908, al decreto del Sr. Obispo diocesano, Dr. D. Andrés Segura y Domínguez del 28 de noviembre del mismo año, en que se autoriza esta erección, luego al Instrumentum, actuario en que consta la forma legal de la erección.

Por fin, pasó el mismo sacerdote, como delegado a verificar la erección.

Determinado el altar mayor como el dedicado para esta erección, según el decreto de la concesión, colocóse en medio del mismo altar y puesto a su derecha, al extremo inferior del supedáneo.



Las alturas de la Basílica vistas a la distancia.

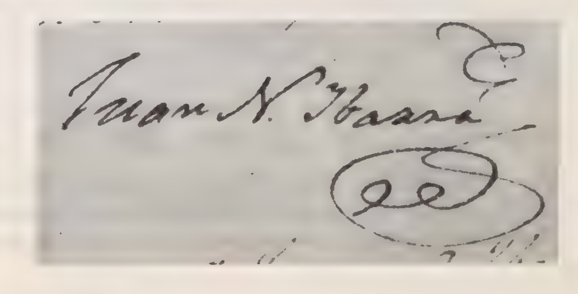
El Sr. Castillo vestido de cota como designado Rector de la misma Cofradía, a la izquierda del mismo Señor Delegado los Sres. Pbros. como testigos D. Eliseo Ramírez, y D. Francisco de A. Ballesteros, capellán del mismo santuario y el Sr. Pbro. D. Pilar Castellón, actual rector de la escuela parroquial de niños de este lugar, se situó como asistente a la derecha del mismo Sr. Castillo y colocados los acólitos a los lados de este cuadro, (por los) sacerdotes inmediatamente se entonó el himno "Veni Creator", el cual terminado pronunció luego el Sr. Delegado la fórmula especial del directorio "Modus erigendi confraternitatem", dicho esto vestido con estola blanca sobre la cota, luego procedió leyendo la fórmula especial para recibir en la cofradía a unos pocos de los primeros cofrades, dándoles el rosario y la vela bendita, allí mismo el Rector de la cofradía, con lo que quedó abierto ya el registro de los nuevos cofrades para lo sucesivo.

El mismo cuerpo coral que cantó el himno "Veni Creator", después de rezarse el Santo Rosario, cantó con toda solemnidad el himno "Te Deum Laudamus".

Con esto terminó el acto solemne de la erección de la Cofradía del Santísimo Rosario"

"En esa forma quedó establecida en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario, la Cofradía que, sin duda alguna, ha venido produciendo abundantes frutos en las almas de millares de cristianos que se han afiliado a ella".

El Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra, que elaboró y llevó a feliz término todas sus grandes obras materiales y espirituales que fueron menester, y que inmortalizaron su paso por junto a la Reina y Madre Santísima de Talpa



Autógrafo del propio y querido Padre, que sirvió para firmar sus órdenes y compromisos.

CAPITULO VEINTIDOS

Se Establece la Guardia de Honor de la Santísima Virgen de Talpa

DESDE que tomó las riendas de la parroquia el Señor Cura Castillo tuvo grandes deseos de renovar la decoración del templo que para entonces se hallaba ya en muy malas condiciones. pues aparte de la pobreza de sus materiales llevaba ya como tres cuartos de siglo sin que se le hubiera hecho reforma alguna digna de consideración.

Comunicó su proyecto a la Sagrada Mitra, la que le contestó que por el momento se hacía muy urgente el cuidado de las almas y su preparación tanto cultural como religiosa, que enfocara hacia allá toda su atención y cuidado pastoral y que oportunamente se le concedería la deseada licencia para verificar la mejora que pedía para su templo.

Esto movió al pastor a esforzarse porque los planteles educativos estuvieran a la mayor altura posible; a esto debemos añadir que en esos años estuvo en el pueblo uno de los hombres que como educadores se han distinguido en la primera mitad de este siglo, el Pbro. D. Pilar Castellón, natural de Talpa quien había hecho su carrera sacerdotal en el seminario diocesano de Tepic. Este neosacerdote puso también cuanto estuvo de su parte para obtener un gran florecimiento cultural de la generación que le tocó regir.

En este tiempo los centros escolares fueron dotados de todo lo que puede considerarse como necesario para impartir una buena enseñanza, se tuvo gran cuidado con la selección y preparación del cuerpo docente, se formó una pequeña biblioteca, un laboratorio para Química, buenas colecciones de mapas y cuadros para estudios de Geografía, Ciencias Físicas, Astronomía, etc., etc; se procuró también. como un estímulo tanto para el profesorado como para los alumnos, dar gran importancia a los exámenes sobre todo finales, que se hacían entonces

en público así como también a las fiestas escolares que en repetidas ocasiones resultaban todo un éxito.

Se organizó también, como medio cultural, una estudiantina de música de donde fue posible renovar el coro del santuario de la Santísima Virgen, con la gran lástima de que todavía reinaba entonces en el recinto sagrado la música profana.

En los últimos días de enero de 1910 el Ilmo. Señor Obispo Segura visitó por segunda vez este pueblo quedando bastante complacido de la labor educativa del párroco; en sus exhortaciones insistió mucho en el cuidado que se debía tener en la disciplina "para mejor obtener los fines deseados".

Todo ese año fue declarado "de la Independencia" con motivo de celebrarse en él el primer centenario del grito de Dolores; en el pueblo se organizaron solemnes fiestas al estilo pueblerino y se inauguraron algunas mejoras materiales entre las que se recuerdan sus dos puentes y su kiosko.

Para el 16 de septiembre en el santuario se celebró una Misa solemne y se cantó un tedéum en acción de gracias, de acuerdo con el edicto que el Ordinario del lugar había girado al respecto.

Tanto el año 1911 como los primeros meses del siguiente marcaron su término al período de regencia como capellán mayor y párroco del Pbro. D. Juan Castillo, pues en los meses de enero y febrero se extendía nombramiento para sucederle al Sr. Pbro. D Filemón López González, quien se presentó a su nuevo destino a principios del siguiente marzo.

La noticia de la salida del P. Castillo fue recibida en el pueblo con profunda pena de parte de un buen sector de la sociedad que sentía, como era natural, gran estimación y gratitud para él. Muchas personas hicieron gestiones ante la Mitra de Tepic solicitando su permanencia por más tiempo y no habiendo encontrado acogida favorable a sus peticiones se dirigieron a la Curia de Guadalajara siempre con resultados negativos.

Al abandonar el pueblo el P. Castillo volvió a su diócesis de origen, Guadalajara, en donde después de pasar algún tiempo destinado en Ahualulco de Mercado pasó a mejor vida el 8 de febrero de 1916.

El 5 de marzo de 1912 tomó posesión de su cargo el Pbro. D. Filemón López; a este clérigo tocó verificar lo que tanto deseó su pre-

decesor, la reforma de la decoración y pintura del templo de la Madre Querida; el 7 de octubre del mismo año dio principio a los trabajos sin tener todavía un proyecto definido.

Desde la caída del Presidente de la República Gral. D. Porfirio Díaz, acaecida el año 1910 la Patria se vio envuelta en una nueva guerra intestina, los levantamientos y partidos políticos estaban a la orden del día, lo que trajo como consecuencia un estado de inseguridad y de alarma.

Con el adelanto y progreso tanto material como cultural, que había tenido este pueblo en las últimas décadas estaba en este tiempo mejor preparado, que en tiempos de la guerra llamada de reforma, para hacer frente a una crisis; en aquella época se hallaba carente de formación cultural y religiosa, sin criterio ni personalidad propios lo que originó que fuera presa fácil del partido e ideologías liberales.

En las primeras décadas del siglo actual el pueblo estaba en mejores condiciones gracias al esfuerzo conjunto de las autoridades civiles y religiosas que durante toda una generación se habían sacrificado sosteniendo escuelas y centros de preparación cultural.

En defensa de los propios intereses e ideologías se organizó en este lugar el partido político católico con muy buenos resultados, pues despertó en gran parte el sentimiento y espíritu patrióticos entre los talpenses con muy favorables eventos posteriores como a su tiempo se verá.

Hasta principios del año 1913 fue posible gozar de relativa paz en toda esta región a pesar de la inestabilidad y sangrientas luchas que se libraban en el centro del país, con todo no dejaba de hablarse de grupos de ladrones y salteadores de caminos que, como es sabido, no escasean en ninguna revolución; en la región eran frecuentes y famosos los que se ocultaban en el abrupto lugar conocido con el nombre de "El Espinazo del Diablo".

En el mes de mayo del siguiente año se presentó a Jalisco el General Obregón con una fuerza de doce mil hombres con el fin de hacer que prevaleciera en todo el Estado la revolución de don V. Carranza, cuya causa defendía.

La presencia de Obregón y las perspectivas de triunfo que tenía el carrancismo entusiasmaron a muchos que se comenzaron a levantar en armas obligando a muchos pueblos a adherirse a su causa.

Conocedores de esta amenaza los talpenses comenzaron a organizarse y prepararse para hacer frente al carrancismo que consideraban invasor y enemigo. Con este fin se estableció una junta general de vecinos, se discutieron opiniones en ella y se llegó a la conclusión de que se debía formar un cuerpo de defensa local para lo cual se nombró jefe máximo de las fuerzas defensoras talpenses al Sr. D. Francisco S. Lomelí, se prepararon armas y se reunió el poco parque que fue posible conseguir.

Apenas fue posible reunir una fuerza de unos ochenta voluntarios que desde luego aseguró la defensa del pueblo, preparando fortines en los edificios principales: el santuario, el templo parroquial, el palacio municipal y un alto edificio de estilo colonial situado en el cruzamiento de las calles Independencia y Anáhuac, frente a la plaza principal.

Para prevenir el que fuese el pueblo tomado por sorpresa se estableció una guardia que vigilara desde las alturas y que diese la voz de alarma cuando se acercara el enemigo por medio de una detonación, o explosión, de una porción de dinamita.

En la segunda semana de junio de 1913 llegó la noticia de que un ejército de unos doscientos carrancistas a las órdenes de Santos Arreola y de Juan Rosas, merodeaban la región y por lo mismo podría presentarse en el pueblo de un momento a otro; por lo que la expectación se hizo más sensible en la población.

Todo esto habrá de dar origen a un acontecimiento extraordinario que, precisamente por eso, se tendrá como un milagro de la Santísima Virgen.

Después de causar gran temor y zozobra en la comarca, el 23 de junio como a mediodía presentaron frente los carrancistas en número mayor a doscientos, pero como el cabecilla Santos Arreola se enterara de que la plaza estaba defendida, intimó la rendición, so pena de tomarla por asalto.

El centinela. al enterarse de la presencia del enemigo, dio la señal convenida por medio de la detonación, a esta señal los defensores acudieron (no todos por cierto), a sus respectivos puestos.

Por conducto de una mujer hizo llegar el jefe carrancista su intimación a los defensores del pueblo, por la cuerda de una de las campanas del santuario subieron el recado hasta el puesto del jefe de la de-

fensa que se hallaba en dicho retén, éste dio por única respuesta: *Dígale a Santos Arreola que es suya la plaza, que la tome"* se sobrentiende, si puede.

Viendo Arreola que los defensores no cedían y que por lo mismo no quedaba otro recurso que apoderarse de la Villa por la fuerza, ordenó romper el fuego como a las tres de la tarde.

El día era espléndido, el cielo era limpio como uno de esos hermosos de primavera, nadie hubiera sospechado lo que luego iba a suceder.

El fuego entre ambos contendientes se hizo cada vez más intenso. Había entre las fuerzas atacantes un atrevido guerrillero que apodaban "El Peseta", de nombre Cesáreo Terres, éste, en un golpe de audacia, trató de llegar hasta las puertas del caracol del templo y ponerle una bomba explosiva con el fin de hacerla estallar y franquear así la entrada, tomando luego por asalto el edificio y sus ocupantes, habiéndose percatado del peligro, los talpenses descargaron sobre él una lluvia de balas, le hirieron el caballo y lo hicieron retroceder.

Mientras tanto en todos los hogares se oraba pidiendo a la Santísima Virgen que defendiera a su pueblo.

No llevaba mucho tiempo de iniciado el combate cuando de momento apareció en el cielo una nubecilla al parecer sin importancia, y poco a poco, sin que nadie se percatara de ello, se fue formando una densa nublazón que a poco se convirtió en tempestad intensísima hasta llegar a oscurecerlo todo.

Tanto por lo denso de la oscuridad como por lo fuerte de la tormenta, con dificultad podían verse unos a otros los contendientes por lo que se vieron obligados a suspender las hostilidades, entre tanto murió el día y la noche se presentó pavorosamente tenebrosa.

Los talpenses habían sufrido tan sólo una baja, el Sr. D. Gerardo Ochoa que se hallaba entre los que defendían el templo parroquial, allí mismo se había registrado un herido: D. Francisco Calleja, pero atendido oportunamente por el Dr. D. Baudelio Bernal logró salvarse.

Mientras se verificaban los hechos anteriores una tropa de soldados federales, a las órdenes del Coronel Solares y del Teniente Coronel Romero, se dirigía a Mascota pero habiendo recibido la noticia

de que en Talpa unos cuantos valientes casi sin armas y sin parque defendían heroicamente la plaza de su terruño, sin orden para ello decidieron acudir a prestarles auxilio; téngase además en cuenta que la mencionada tropa venía desde Ameca sin descanso y casi sin alimento.

A marchas forzadas caminaron el resto del día logrando llegar a Talpa hacia la media noche.

El enemigo, obligado por el mal tiempo, se había retirado del pueblo un poco rumbo al sur.

El día catorce al reír el alba, el Coronel Solares tuvo noticia de que los carrancistas estaban acampados en la vecina Hacienda llamada "Casas Altas" a sólo unos tres o cuatro kilómetros del pueblo; se dedicaba a secar sus mojadas ropas y a rofocilarse un tanto con un poco de café caliente. El Coronel decidió de inmediato salir a perseguirlos sin darles tiempo a rehacerse.

Pronto se hicieron oír las detonaciones de la artillería, de nuevo el combate fue reñido, el enemigo se defendió con valor pero la derrota pronto estuvo de su parte; más de cuarenta bajas y muchas armas y caballos fue su pérdida, al sentirse derrotado emprendió la retirada siendo duramente perseguido por los militares.

Los cadáveres fueron traídos en carretas y sepultados ese mismo día, dando en esta forma término a la gloriosa gesta del 23 de junio. (1)

Siempre se ha querido ver el conjunto de circunstancias que en una forma tan notable favorecieron la defensa de Talpa, un milagro o por lo menos una intervensión particular de la Patrona del pueblo en favor de los suyos.

En realidad, vistas las cosas con todo desinterés y serenidad, parece difícil explicarse los hechos por una mera casualidad o coincidencia.

Habrá sin duda quienes se empeñen en negar el milagro, pero aun éstos, si no son unos pobres fatalistas, se verán obligados a admitir una protección especial de la Santísima Virgen en favor de su templo y de su pueblo.

La sociedad talpense, como un testimonio de gratitud, en fiesta social organizada ex profeso, el día 14 de septiembre del mismo año otor-

---

(1) Los datos refrentes a este acontecimiento me fueron proporcionados por el Sr. D. Trinidad Ramos Meza que fue uno de los que actuaron en tan gloriosa gesta.

gó a los valientes defensores condecoraciones y presentes y para perpetuar la memoria de tan gran acontecimiento dio a una de las calles del pueblo, el nombre de "23 de junio".

Los levantamientos siguieron en aumento por lo que no tardó el país en verse dividido en un triple conflicto: Carrancistas, Villistas y Zapatistas, la opinión de los talpenses también se dividió siendo varios los que tomaron las armas en favor ya de uno, ya de otro partido, con esto se acabó la unidad y, por lo tanto, la fuerza y seguridad; perdiéndose también la tranquilidad en el pueblo y en la región.

A principios de 1914, acudió el pueblo con una súplica general a la Virgencita del Rosario, pidiéndole que fuera Ella quien acudiera al cuidado y defensa de su pueblo, de su templo y de sus hijos, preservándolos del saqueo y de la barbarie, comprometiéndose por su parte los talpenses a establecer una guardia de honor con el fin de que la celestial Patrona no careciera de hijos fieles que la acompañaran durante todas las horas que su alcázar permaneciera abierto; fue este el origen de la llamada "Guardia de Honor de la Santísima Virgen de Talpa".

Con este fin se formuló un sencillo reglamento en el que se establecían las normas que habrían de regir la nueva hermandad, se improvisó como distintivo un escapulario azul y blanco, distinto del de la Cofradía, se colocaron dos reclinatorios especiales al terminar las gradas del presbiterio, o sea junto al comulgatorio, en donde podían estar haciendo la guarlia y, por fin, se formaron largas listas de cofrades de la nueva asociación tanto de un sexo como de otro.

Esta nueva cofradía tuvo entonces un carácter puramente privado y local, su primer director fue el que era entonces capellán del santuario, quien a su vez se comprometió a que, tan luego como las circunstancias lo permitiesen, acudiría a la Sagrada Mitra solicitando la aprobación oficial.

Estando el Ilmo. Sr. Obispo Segura preso en la cárcel de Tepic, tuvo la noticia de la Guardia de Honor establecida en Talpa y de sus fines, cosa que resultó muy de su agrado por lo que desde allí, en forma verbal, dijo que aprobaba y bendecía esta nueva obra, añadiendo además que se le notificara al P. Director que solicitara por escrito su aprobación oficial.

Aquel estado de cosas, difícil y peligroso, se prolongó durante varios años, aunque de hecho la obra continuó floreciente, parece que no se tramitó su aprobación oficial durante el resto de la regencia del Sr. Cura López.

A fines del año 1937, siendo ya párroco y capellán mayor del santuario el Sr. Cura D. J. Ramírez, la hermandad, que llevaba ya casi un cuarto de siglo de fundada, elevó ante dicho capellán nuevas preces suplicatorias encareciéndole tramitara ante la autoridad competente el deseado rescripto de aprobación.(1)

No parece que la petición haya movido al prebendado, pues no hay, o por lo menos no se conoce, un solo documento por el que conste

---

(1) Las preces suplicatorias que elevó la Guardia de Honor al primer Capellán del Santuario rezán a la letra:

"Sr. Cura D. José Ramírez, capellán mayor de Nuestra Madre Santísima de Talpa. Presente:

Las que suscribimos, y a nombre también de nuestras consocias, atentamente suplicamos a Ud. se digne pedir a Nuestro Prelado Dgmo. la aprobación canónica de la Guardia de Honor de Nuestra Señora, que hace tiempo venimos haciendo diariamente por turnos.

Hasta hoy más o menos hay puntualidad, salvo en algunas pocas horas, para estar haciendo la guardia.

En 1914 cuando muchas familias abandonaron su pueblo para refugiarse en otros lugares por la revolución carrancista, se veía solo el templo, frecuentado a veces por las largas tropas de los que, dígase para mayor honra y gloria de Ntra. Señora, los soldados visitaban devotamente el templo e imagen milagrosa.

Pensó entonces el Sr. Cura D. Filemón López Gonzáiez (q e.p q.) fundar y de hecho fundó la antes mencionada Guardia de Honor.

El Ilmo Sr. Obispo D. Andrés Segura y Domínguez, estando en la prisión, fue informado por una señora que providencialmente asistió el día que se estableción y se hizo la guardia por primera vez, festividad del Santísimo Rosario de ese año, y por conducto de ella mandó decir el Ilmo. Sr. que aprobaba la dicha asociación y que sólo restaba hacer lo que es de orden en esos casos: pedirlo por escrito.

Quizá no era la hora, y es que a Ud., Sr. Cura, toca pedir ya a Ntro. actual ilustre Prelado conceder y a ambos tener la gloria de que disfrutan en el cielo los más fervientes devotos de la Madre de Dios.

Por cumplir nuestro ardiente deseo de que se afirme y sea aprobada esta devoción, que es casi una obligación, que tenemos de acompañar diariamente a Ntra. Señora, pedimos esta gracia dejando que Ud., Sr. Cura, forme el reglamento que al principio fue además de estar delante de nuestra Taumaturga Imagen tan querida y venerada, en representación de este pueblo, pedir por las necesidades de la Iglesia y de los socios y rezar una parte del Rosario en sufragio del alma del socio que vaya muriendo.

Si Ud., Sr. Cura, lo juzga oportuno, pedimos gestione ante Ntro. Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo diocesano esto que solicitamos y recibiremos favor y gracia.

Somos sus humildes feligreses e hijas en Ntro. Sr. Jesucristo y en el Corazón Inmaculado de María Santísima del Rosario de Talpa".

que se haya solicitado siquiera de la Sagrada Mitra la mencionada aprobación.

Actualmente, una obra que podría resultar de tanto honor y gloria de la Santísima Señora, se halla en completa decadencia, por no decir que casi del todo extinguida.

El año 1914 marcó el ocaso a la obra cultural que la iglesia había venido haciendo a base de grandes esfuerzos con tan buenos resultados; con grandes dificultades fue posible presentar exámenes aquel año, apenas hubieron pasado los cursos escolares cuando las autoridades civiles se apoderaron de los edificios destinados a escuelas, así como también de todo el mobiliario y material escolar que poseían. Los edificios fueron algunas veces ocupados como cuarteles de soldados y poco después fueron destinados a planteles escolares del Estado.

Mientras tanto en el Gobierno local reinaba la más completa anarquía quedando en muchas ocasiones el pueblo a merced de los revoltosos que llegaban.

Todo esto hizo notable la protección de la Madre de Dios sobre su casa y su pueblo, pues la Sagrada Imagen permaneció siempre en su trono, nunca hubo necesidad de retirarla u ocultarla, el templo tampoco fue jamás profanado sacrílegamente y el pueblo aún a base de grandes esfuerzos y sacrificios pudo salvarse repetidas veces del saqueo.

Era edificante ver aquellos hombres de mirar viperino y de piel tostada, acostumbrados a cometer toda clase de abusos y de crímenes deponer sus armas en el atrio de la iglesia y entrar de rodillas hasta el pie del altar de la Celestial Señora, y orar algunos minutos para pasar en seguida al despacho de reliquias y proveerse de medidas, imágenes, rosarios y otros objetos píos, relacionados con la Santísima Virgen· daba esto lugar a pensar en algunas ocasiones que en vez de revoltosos empedernidos eran piadosos y fervientes pregrinos.

A pesar de la serie de dificultades que se presentaron con motivo de las guerras intestinas, fue posible proseguir en una serie de pruebas, la obra de la decoración del santuario; como maestro pintor se encargó de la dirección el Sr. D. Isaac Avalos, como maestro albañil, el Sr. Daniel Ponce, como maestro carpintero, el Sr. D. Julio Langarica, siendo el herrero oficial el maestro D. Salvador Quintero.

Se principió por limpiar las paredes y enjarrar de nuevo algunas que estaban completamente irregulares en la superficie, los ambones, que

por espacio de casi un siglo escucharon el canto sagrado de las epístolas y evangelios en las misas solemnes, fueron eliminados, se proyectó también cambiar el pavimento, hasta entonces de madera, por otro de ladrillo mosaico; este proyecto tropezó con la oposición de algunos conservadores que alegaban que el ladrillo mosaico es demasiado frío y por lo mismo causaría daño a los peregrinos, razón por la cual debía continuar siendo de madera que es menos fría. En estos años se ensayaron algunos tipos de pintura y decoración que no resultando del agrado del párroco tenían que ser eliminados, esto hacía que la obra caminara con lentitud y resultara más costosa.

Los primeros días de enero de 1913, practicó el Emmo. Sr. Segura su tercera visita pastoral al pueblo; después de visitar el templo parroquial en la forma canónica, revisó las obras de pintura y decoración que se llevaban a cabo en el santuario, dando algunas normas para su mejor ejecución.

El decreto más notable y digno de recordarse, que el celoso pastor nayarita expidió en esta visita, es el que se refiere a la reglamentación de la música y cantos sagrados en la Casa de Dios y dentro de los actos litúrgicos, fue entonces cuando se eliminó el piano que existía en el santuario, se prohibieron los instrumentos de percusión, se suspendieron los coros mixtos y se prohibió el uso de música profana.

Como todos sus predecesores este distinguido Prelado insistió mucho en el fomento de la piedad mariana y eucarística de los fieles, así como también en el cuidado que se debía poner en la formación cultural y religiosa, con el fin de capacitar al pueblo para su autodefensa en los tiempos tan difíciles que se perfilaban para el futuro.

Con motivo de la anarquía reinante en el Gobierno central, así como también del desequilibrio económico que trajo consigo la guerra civil en la que cada jefe revolucionario lanzaba y hacía valer por la fuerza su propia moneda y, finalmente, de la gran inseguridad y constante peligro que reinaba en los caminos, las romerías fueron disminuyendo cada día más y más, las limosnas fueron también escaseando, lo que hizo difícil continuar la obra iniciada viéndose el capellán obligado a suspenderla en el mes de octubre del mismo año.

En medio de todas estas dificultades el celoso párroco se esforzaba por que la casa solariega de la Madre querida, resultara lo más bella y digna que fuera posible, para que en ella, la Madre del cielo, siguiera dispensando sus gracias y favores a sus hijos.

CAPITULO VEINTITRES

Coronación Pontificia de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa

EL LUSTRO que va de 1910 a 1915 fue de constante lucha intestina para México, desde la caída del Gral. Porfirio Díaz ningún Presidente de la República había podido llenar las aspiraciones de los partidos contendientes, las ideologías políticas y los levantamientos estaban a la orden del día, cosa que había creado, tanto en las grandes urbes como en la provincia, un estado de inquietud e inseguridad.

Desde que en el pueblo se dividieron las opiniones de acuerdo con los distintos credos políticos: carrancistas, villistas y zapatistas, etc. etc., muchos de sus hombres tomaron las armas para defender alguna causa afiliándose desde luego a la propia hueste, la población quedó sin garantías ni seguridad; después del hecho glorioso del 23 de junio de 1913, fue repetidas veces amenazada y ocupada por quien se presentaba; así, por ejemplo, a fines del mismo año fue atacada por el General Julián Medina, que se decía Jefe de la División de Occidente, este cabecilla mandaba una tropa de unos quinientos hombres.

Como la protección y amparo de la Santísima Virgen fueron verdaderamente notables para toda la población, ésta sintió la necesidad de testimoniar su gratitud a su Celestial Patrona, con ese motivo se lanzó la idea a la vez que el proyecto de obsequiarle un corazón de oro puro que fuese como el símbolo de dos amores que se funden en un crisol; el amor maternal de María para sus hijos y el amor de los hijos para la madre del cielo.

La idea desde luego fue bien recibida y aplaudida por todos quienes desde luego aportaron sus donativos para obtener dicha joya y para imponerlo a la bendita imagen se escogió como fecha más a propósito el 19 de septiembre de 1915.



Artístico y hermoso corazón de oro que fue sustraido en el robo que sufrió la venerada imagen, en el mes de noviembre de 1942.

Se mandó hacer esta presea a Guadalajara recomendando a su autor que fuese del mejor y del más puro oro y que en su manufactura pusiese el mayor esmero posible.

Como se deseaba que el acto litúrgico produjese el bien máximo posible en los corazones, se invitó al Señor Pbro. D. José María Robles para que predicara durante todo el novenario de las fiestas septembrinas; era este insigne clérigo, además de un elocuente orador, un hombre lleno de Dios por lo que hizo con su ferviente oratoria un gran fruto en las almas.

El día de la fiesta fue esperado con ansia por los buenos talpenses, en aquella ocasión el santuario vistio sus mejores galas y el altar de la celestial Señora se vio ricamente adornado, abundaron las flores y las luces que hicieron aparecer a la buena Madre como en un trono de gloria.

Vamos a escuchar de labios del mismo cronista de la ceremonia el relato de tan memorable acontecimiento.

"El 19 de septiembre de 1915, 271o. aniversario de la milagrosa renovación de la imagen de la Santísima Virgen del Rosario, tuvo su verificativo la gran solemnidad en que el clero y fieles de la Parroquia de Talpa acostumbran honrar anualmente a su celestial patrona recordando llenos de júbilo aquel grandioso acontecimiento.

Dicha solemnidad revistió en esta vez un caracter extraordinariamente significativo cuyo recuerdo permanecerá indeleble en los corazones de todos los talpenses.

A iniciativa del clero, párroco y capellanes, del Pbro. D. Filemón López González, se proyectó, con la debida autoridad, ofrecer a la Reina de los cielos en su portentosa Imagen del Rosario un corazón de oro que, fabricado con los donativos cedidos piadosamente por diferentes miembros de la clase secular, significara los dos tiernos homenajes que el Ilmo. Sr. Obispo diocesano, el Clero de Talpa y todos y cada uno de los fieles presentan a la Madre de Dios como prueba de amor y gratitud por habernos dispensado su protección de un modo admirable en las difíciles cuatro dolorosas pruebas por que atraviesa nuestra patria.

Gracias a Dios, tan feliz idea se convirtió en bella realidad, en el memorable y ya citado día 19 de septiembre y del modo que a continuación se expresa.

Dió principio la solemnidad a las ocho y treinta de la mañana con los actos acostumbrados; peregrinación en que muchos fieles ofre-



El Sr. Cura D. Juan González Luna, quien en su ministerio progresaron la acción espiritual y cultural del pueblo y fue activo impulsor del Juramento Universal al designar Patrona de esta Villa a Ntra. Sra. de Talpa.

cieron sus flores a la Santisima Virgen como prenda de su amor. A las nueve comenzó la Misa de función en presencia de un número de almas que apenas podia, el amplio santuario, contenerlas.

El presbiterio estaba ocupado por miembros del respetable clero en número de nueve, integrados por el Párroco y Capellán Mayor, el Padre Predicalor y otros sacerdotes foráneos.

También se encontraban en el presbiterio los Señores Lorenzo Hernández Arronis y Salvador Güitrón y los jóvenes Lorenzo Hernández Torco y José Berger, dichas personas formaron la comisión encargada de llevar triunfalmente en andas elegantes y bien preparadas el corazón de oro que había de ser colocado en el venerable pecho de la Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

El corazón fabricado de la mejor manera posible, es como se ha dicho, de oro con peso de cincuenta gramos aproximadamente y lleva grabado en el anverso la siguiente inscripción:



¡¡¡A la Santísima Virgen María del Rosario!!!

Los beneficios que nos han hecho, Madre querida, en la sangrienta y desoladora guerra por que atravesamos, nos obliga a rendirte gratitud y vasallaje en el 217o. aniversario de tu milagrosa renovación.

El Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Diocesano, el Párroco y Capellán Mayor, el Clero, el Predicador y los fieles todos de la parroquia.

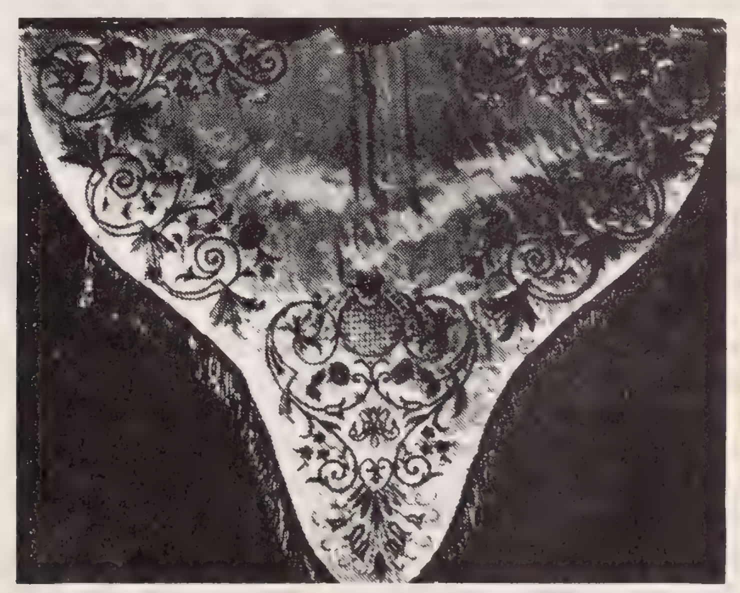
9-19-1915".

En el reverso se lee lo que sigue:

"El Ilmo. Diocesano D. Andrés Segura y Domínguez, Párroco y Capellán Mayor Filemón López González, teniente de cura don Salvador Palafox, ministros capellanes D. Luis G. Flores y Nasario de Jesús López, P. Predicador D. José María Robles (originario de Mascota y perteneciente al clero de la Arquidiócesis de Guadalajara).

Talpa, Estado de Jalisco, 19 de septiembre de 1915".

La parte central del santuario estaba ocupada por todos los vecinos de esta Villa y algunos de Mascota, los que se sirvieron apadrinar el acto.



Manto que lució la Santísima Virgen del Rosario durante el novenario de la fiesta de su Coronación Pontificia.

Antes de dar principio a la Santa Misa se hizo la bendición del corazón, que, como se dijo, fue llevado triunfalmente y colocado al pie del altar.

Pasado el Evangelio ocupó la cátedra sagrada el Pbro. D. José María Robles quien, lleno de unción evangélica, derramó o torrentes, cual lluvia de perlas las enseñanzas piadosas tan dulces y consoladoras alusivas al trascendental acontecimiento. Dirigió tierna plegaria a la Virgen Inmaculada ofreciéndole en nombre del Ilmo. diocesano, del clero y fieles de esta parroquia aquella humilde pero espontánea y sincera muestra de acendrado amor y eterna gratitud por sus inmensos beneficios a este pueblo dispensados, dejando al terminar de tal manera conmovido al auditorio, que muchos ojos se vieron nublados por el llanto.

Llegó el momento solemne ardientemente deseado por todos los corazones, el ya expresado Sr. Cura acompañado por el P. Predicador subió al trono de la Santísima Virgen María y colocó en el bendito pecho de nuestra tierna Madre el humilde obsequio de sus hijos.

No es posible describir, no, lo que pasó en ese instante supremo . . . sollozos, y exclamaciones, plegarias de amor y exclamaciones de inmenso regocijo, todo esto brotaba sin duda de tantos pechos inflamados de pasión por María, todo esto y aun más se revelaba de manera elocuentísima al contemplar los semblantes extáticos de los fieles al ver como rodaban por sus mejillas ardientes lágrimas . . .

Un grito entusiasta de ardiente júbilo reunió en una nota formidable y sublime las explosiones todas, exhaladas por aquel volcán de pasión del cielo, de amor a María . . .

¡¡¡Viva Nuestra Madre Santísima del Rosario!!!

Se continuó la celebración de la Santa Misa en medio del más fervoroso recogimiento observado por aquel gran número de fieles en el cual se hallaban representadas todas las clases sociales, lo que hacía recordar los felices tiempos de los primitivos cristianos, que según el Libro Sagrado, no tenían más que un sólo sentimiento, un solo corazón y una sola alma.

Terminada la Santa Misa fue llevada en ordenada y santa procesión la Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen del Rosario hasta el atrio del templo en donde bendijo a sus amados hijos.

Acto continuo se entonó el tedéum en acción de gracias al Todopoderoso por habernos concedido un beneficio que tan llena deja nuestra alma de alegría y satisfacción.

Este día memorable por mil títulos quedará escrito con caracteres de oro en los fastos de la Historia de Talpa.

Firmamos la presente crónica los sacerdotes que podemos hacerlo y estuvimos presentes en la ya expresada solemnidad.

Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, Obispado de Tepic. septiembre de 1915".

Desde aquella fecha ostenta la Taumaturga Imagen el simbólico obsequio que en ocasión tan propicia y en tan memorable fecha le fue donado por sus agradecidos fieles y amantes hijos.

Esta festividad, que fue celebrada con extraordinario fervor y el donativo que se hizo a la bondadosa Madre, fueron como un tónico para los atemorizados y ya cansados talpenses que llevaban ya varios años de tensión continua a causa de la constante amenaza de la guerra civil.,

El año 1917 se aprobó y puso en vigor la nueva Constitución que creó los municipios libres e independientes, con lo cual Talpa dejó de ser cabecera de Departamento y de integrar el cantón de Mascota quedando constituído desde entonces en Municipio a cargo de un Ayuntamiento elegido por el pueblo.

A pesar de todo esto la paz no fue del todo completa; se continuó la guerra de guerrillas que tanto había agotado al país. Tampoco la Iglesia pudo ya gozar de absoluta tranquilidad, pues en estos años. por un decreto del Gobierno del Estado de Jalisco se clausuraron por vez primera los cultos públicos que estuvieron cerrados desde el primero de septiembre de 1918 hasta el 1o. de febrero del año siguiente en que se reanudaron.

Todo esto entorpecía los trabajos de la decoración del templo que en algunas ocasiones habían tenido que suspenderse precisamente por la inseguridad y dificutades con que se tropezaba.

Estando los cultos cerrados fue traída la primera planta generadora de corriente eléctrica que se instaló en este pueblo; durante los últimos meses del año 1918 se acondicionó y para el primero de enero del año siguiente se bendijo y estrenó este gran adelanto que resultó de gran provecho para el pueblo. Por vez primera apareció en el santuario de la Santísima Virgen aquella luz que llenó de admiración a los talpenses.

El 13 de agosto de 1918 la diócesis nayarita se estremeció ante la sensible pérdida de su pastor, el Ilmo. Sr. Obispo D. Andrés Segura y Domínguez.

S.S. Benedicto XV, por un decreto de la Sagrada Congregación Consistorial del 1o. de agosto de 1919 preconizó para tercer Obispo de Tepic al muy Ilustre Sr. Canónigo de la Catedral de Guadalajara, D. Manuel Azpeitia y Palomar.

Recibió la consagración episcopal en la Catedral Metropolitana de su tierra natal el 23 de noviembre del mismo año, de manos del Sr. Arzobispo Orozco y Jiménez y tomó posesión de su sede el 23 del siguiente diciembre.

Mientras tanto en esta parroquia se habían reanudado los cultos y, en medio de las dificultades de la guerra y la persecución, se trabajaba en las obras del santuario que para estas fechas iban ya notablemente adelantadas.

El año 1920 visitó por vez primera el nuevo Prelado el curato de Talpa; como ya las labores del santuario se acercaban a su fin, aprovechó el Sr. Cura López la estancia de Su Ilma. para proponerle el proyecto que tenía de celebrar una gran fiesta que fuese lo más solemne posible para el día de la bendición de las mejoras hechas al edificio; esta solemnidad se ofrecería a la Santísima Virgen implorando la paz. Ambos llegaron al acuerdo de que vendría muy a propósito la consagración de la Iglesia, pues daría además nuevo realce y personalidad al santuario.

Tanto el primer capellán como algunas otras personas, entre las que se contaba el Prelado diocesano, acariciaban ya entonces la idea de la coronación pontificia de la Taumaturga Imagen de Nuestra Señora del Rosario; pero veían el proyecto irrealizable en corto tiempo por ser muy largos y complicados los trámites que hay que practicar ante la Curia Romana para poder obtener dicho privilegio y, como un caso concreto, recordaban el reciente de Nuestra Señora de Zapopan en el que se había tenido que laborar y esperar varios años para obtener la gracia deseada. A pesar de todo, el párroco se mostró optimista y dispuesto a iniciar las gestiones para llevar la solicitud a su destino lo más pronto que fuera posible.

Gustó mucho también la idea al Mitrado, el cual dio luego las orientaciones pertinentes, recomendó que todo se iniciara en debida for-



Artístico manto hecho en España para la fiesta de la Coronación de la Santísima Virgen.

ma y que se insistiera mediante la oración a la buena Madre para que fuera Ella quien se encargara del asunto delante de Dios.

El 12 de febrero del mismo año recibió nombramiento como segundo capellán del santuario el P. Francisco de Asís Ballesteros en sustitución del P. Luis G. Flores y el 27 de noviembre del mismo año se hizo la designación del tercer capellán en la persona del Pbro. D. Guillermo Estrada.

A medida que el Gobierno Civil fue tomando estabilidad y el fuego de la revolución se fue extinguiendo, las romerías en Talpa fueron rehaciéndose, pues hasta entonces se habían visto diezmadas y en ocasiones totalmente suprimidas a causa de la pobreza del pueblo y de la inseguridad en los caminos.

El año 1919 a pesar de la persecución religiosa y de la situación tan difícil que reinaba en todo el Estado, se calcularon en unos setenta mil los romeros que visitaron a la buena Madre en su santuario.

El visitar entonces este pueblo y su templo era empresa que requería varios días de penoso y difícil camino, pues no se conocían por estos senderos más vehículos ni medios de comunicación que las

sufridas y pacientes bestias o los pies del sacrificado viandante; ya en estos años se hacen proyectos y aun algunos esfuerzos para mejorar las comunicaciones, haciéndolas más rápidas y cómodas.

A principios de febrero de 1921 se iniciaron los primeros trámites para introducir el primer automóvil al pueblo; con este fin se amplió el antiguo camino de herradura y en esta forma, en medio de grandes dificultades y peligros el Sr. Licenciado D. Alberto González Pérez logró hacer llegar el primer coche hasta el centro de la población en medio de la admiración de una muchedumbre que lo contemplaba llena de curiosidad y alegría.

Con esta proeza practicada por el Lic. González, se creyó factible la apertura de un camino y el establecimiento de un servicio de carros de pasaje y carga; con ese fin se dio al Ingeniero D. Ramón Agraz (natural de este pueblo), la comisión de hacer el estudio y el trazo para una brecha de carretera que habría de conectar a Talpa y Mascota con la Capital del Estado.

El Ingeniero Agraz hizo el estudio y presentó el proyecto que sólo se llevó a cabo hasta la década siguiente en que se abrió el camino carretero que todavía conocemos.

El mismo año, 1922, fungía como Presidente Municipal del lugar el señor D. Joaquín Bolaños Cacho, hombre entusiasta y con grandes deseos de mejorar su pueblo; uno de los objetivos que se propuso desde el principio de su regencia fue la instalación del servicio de agua potable a la población. Con este fin se hicieron estudios, se discutieron proyectos, se construyó una toma, o depósito, de mediana capacidad en el arroyo conocido con el nombre de "La Zarza", se importó la tubería y se hicieron las instalaciones en una extensa zona de la población; pocos días después un gran número de hogares disfrutaba ya del preciado líquido. Los talpenses contemplaron gozosos el nuevo adelanto que, con los anteriores, abría para el pueblo un horizonte nuevo en la civilización y en la cultura.

El proyecto de imponer una regia corona en las sienes benditas de la Madre de Talpa no quedó como una cosa puramente deseable o posible, el dinámico sacerdote, que tanto lo había pensado y deseado, se decidió a convertirlo en realidad; para esto dio desde luego principio a la larga serie de trámites necesarios para conseguir esta gracia.

Como había que elevar las preces ante las autoridades correspondientes en nombre de todo el clero y devotos de la Santísima Virgen. fue necesario consultar la voluntad de estos, para lo cual se les pidió que los que desearan la coronación pontificia lo testificaran con su firma. Para esto, desde mediados del año 1920 se les empezó a dar a conocer el proyecto y a ilustrarlos convenientemente sobre esta materia invitándolos. a la vez, a unir su voluntad para en esa forma poder solicitar de Roma el deseado privilegio.

El párroco, desde un principio, nombró una comisión especial de la que tomaron parte el notario parroquial. Sr. D. Rafael Araiza y el conocido maestro D. Librado Ortega: dicha junta se encargaría de coleccionar la relación del mayor número de milagros que fuera posible, obrados por la Santísima Virgen.

Organizó también otra junta especial que se encargaría de coleccionar las firmas de los que desearen adherirse a la causa tanto entre los habitantes del pueblo como entre los peregrinos.

Durante todo este tiempo se estuvo también exhortando a todos los fieles para que no dejaran de pedir a Dios por medio de la bondadosa Madre para que pronto concediera el beneficio que tanto se había deseado.

Gracias al dinamismo que desplegó el clero y las comisiones que con él coloboraban, para mediados de abril de 1921 estuvo toda la documentación terminada, tanto la que debía remitirse a la Sagrada Mitra de Tepic, como la que debía mandarse a Roma.

El 25 del mismo mes y año salió rumbo a la capital nayarita una persona de toda confianza llevando consigo el arca cerrada que contenía las preces suplicatorias para el Prelado, así como también otros muchos documentos que debían pasar a la Santa Sede.

Para que toda aquella documentación fuera debidamente legalizada, se solicitó un Notario Público que les diera la debida autorización. Tuvo a su cargo esta comisión el Sr. Licenciado y Notario Público, D. Germán Gil, natural que era del pueblo de la Santísima Virgen.

Aquel acervo de documentos y papeles fue remitido al Prelado debidamente ordenado; de él nos da una idea el mismo párroco en los siguientes términos:

"Los documentos mensionados, Ilmo. Señor, contienen aproximadamente nueve mil firmas y van divididos en ocho legajos; en el primero encontrará V. S., la solicitud del venerable clero y fieles de esta parroquia; copia certificada del testimonio y principio y renovación de la milagrosa Imagen de Nuestra Madre Santísima del Rosario de Talpa, copia certificada de un documento donde se refieren algunos milagros de Ntra. Señora verificados en la época en que se estaba construyendo el santuario; dos certificados, uno referente al número de firmas con que están calzadas la solicitud y adhesiones a la misma y otro acerca de la antiguedad de la fiesta anual que esta parroquia hace a la Santísima Virgen María el 19 de septiembre, relación de un milagro evidentísimo hecho por Nuestra Señora el 23 de junio de 1913



Hermosa corona que fue impuesta al Niño de la Santísima Virgen del Rosario.

en favor de este pueblo; y por último la narración de algunos testificados por los habitantes de este lugar.

El segundo legajo contiene varias adhesiones a la solicitud de la coronación de Nuestra Señora del Rosario y el tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo y octavo, contienen una multitud de milagros testificados por los peregrinos que vinieron a pagar sus mandas en los meses ya mensionados del presente año.

Quiera Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen María del Rosario, a quienes tanto amamos, que nuestra humilde y respetuosa solicitud que dirigimos a V. Sría. Ilma., pronto lleguen a las Santas Manos del Augusto Vicario de Nuestro Señor Jesucristo para que, si a bien tiene, se digne oír las súplicas de los hijos de este pueblo así como también las de los fervorosos peregrinos que con tanto anhelo deseamos su litúrgica coronación.

Abril 25 de 1921".

Es también muy importante el documento en que tanto el clero como el pueblo elevaron la petición al Prelado diocesano. No lo transcribimos aquí, tanto porque es algo extenso y no concordar con la índole de esta obra que quiere ser breve, como también porque podrá verlo el lector en la obra "Talpa" del mismo autor.

En dicha petición se exponen ante el Ordinario como causas motivas para la coronación: el mérito de la Sagrada Imagen en sí misma considerada, todo el bien, así en el orden material como espiritual, que ha hecho tanto al pueblo de Talpa como a tantos millares de peregrinos que han acudido a Ella, la antigüedad de la Santa Escultura; lo mismo que de su culto, el crecido número de milagros que se conocen desde su prodigiosa renovación, lo nutrido y fervoroso de las romerías que —según dicho documento en solo ese año, en las fiestas de febrero y marzo pasaron de cien mil—, la cantidad tan considerable de exvotos y donativos que traen a la buena Madre los romeros, los favores y gracias tan abundantes que anteriormente concedieron tanto la Santa Sede como los Emmos. Prelados, ya en favor de la Portentosa Señora, ya en beneficio de su templo o de sus devotos, a lo que debe añadirse que la Bendita Madre cuenta con un amplio y hermoso templo dotado de abundantes y ricos paramentos y de ministros sagrados que se dedican constantemente a su alabanza: por todo lo cual, tanto el clero como el pueblo piden al Pastor de la grey nayarita que haga

suya su causa y la presente ante el representante de Cristo sobre la tierra.

Para fines del mes de abril se hallaba ya en poder de la Curia el arca que contenía el acervo de documentos, por lo que emprendió la paciente labor de revisarlos y clasificarlos.

La comisión diocesana encargada de todos estos trámites trabajó también con entusiasmo, de tal manera que para el mes de junio del mismo año, 1921, estaba todo en regla y preparado para su envío.

Diríase que todas las cosas iban encadenándose en tal forma que todo resultaba a la medida del deseo, pues en esos días se presentó el viaje del Rdo. Padre Felipe Maroto, C.M.F. quien se ofreció de muy buena voluntad a conducir y hacer presentes las mencionadas preces ante la Santa Sede. En esta forma, para el mes de agosto llegaba ante el Venerable Cabildo Patriarcal de la Basílica de San Pedro el deseo de los habitantes y peregrinos de Talpa.

Por su parte, el Dmo. Prelado, en una misiva dirigida al clero del santuario le recomendaba pidiese con el pueblo a la Madre de Dios, consiguiese del cielo tan deseada gracia.

En la misma comunicación hacía referencia al vestido que debía llevar la Señora el día de la solemne ceremonia, así como también sobre la corona que se le debía imponer.

Aunque en estas décadas se hallaba muy floreciente en esta Villa el arte del bordado y quienes lo cultivaban producían verdaderas obras maestras, no llenaron las aspiraciones de quienes deseaban obsequiar a la Madre Común lo mejor que estuviera a su alcance, por lo cual se dirigieron a la ciudad de Valencia, España, con las Rvdas. Madres Salesianas para encargarles la manufactura de un vestido completo en color azul, y con las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, de la capital mexicana, para que se encargaran de la hechura de otro vestido que fuera de color blanco; la misma casa habría de encargarse también de la hechura de un artístico ornamento en color azul, que habría de estrenarse también en la magna festividad.

La mano de obra del traje que vino de allende los mares, arrojó un costo de dos mil quinientas pesetas libres de otros gastos y el vestido que se hizo en México causó un total de mil setecientos pesos aproximadamente, libres también de gastos causados por los materiales.

Un aspecto de la ornamentación escultórica en las bóvedas de la Basílica muestra su majestuosa arquitectura.



En igual forma se deseaba que la corona resultara lo más rica y hermosa que fuera posible; para su manufactura se acudió a uno de los maestros en dicho arte más famosos en todo el país.

Esta pieza nada dejó que desear: se hizo toda de finísimo oro, con sus siete arcos diademas en relación con los siete dones del Espíritu Santo; dos series de perlas montadas al aire adornaban su faja interior; en su parte superior descansaba un globo y sobre éste la Santa Cruz, toda ricamente adornada con finísima pedrería unas veces incrustada y otras veces montada al aire; entre otras joyas, contaba con

119 brillantes, 11 diamantes, seis esmeraldas, tres zafiros, y ciento diez y nueve perlas finas de distintos tamaños.

Confeccionó esta pieza el maestro D. Miguel López en la ciudad angelopolitana. Junto con la corona de la Señora se hizo otra en las mismas condiciones para el pequeño Jesús que lleva en sus brazos. (1).

Mientras se llevaban a cabo todos estos preparativos se intensificaron los trabajos de la decoración del templo a fin de que estuvieran concluídos lo más pronto posible, pues aunque no había esperanzas de que se obtuviera en Roma en breve tiempo la gracia de la coronación, sí se había proyectado para un futuro cercano la consagración del templo. Entre tanto no cesaban de llegar al cielo las oraciones y súplicas de muchas almas implorando la pronta concesión del privilegio.

Contra todo lo que se esperaba la solución de Roma fue rápida y favorable, pues en agosto llegaban apenas las preces a manos del V. Cabildo, quien durante el trimestre siguiente dio al asunto el trámite de derecho y para mediados de diciembre siguiente se firmaba en Roma el rescripto de concesión.

Tan luego como se conoció la concesión en la Ciudad Eterna se notificó al Emo. Sr. Azpeitia a Tepic por medio de un cablegrama, éste, a su vez, avisó al párroco de Talpa por un mensaje que fue recibido en medio de grandes manifestaciones de gozo, las campanas se echaron a vuelo, se reunió el pueblo en el santuario y allí conmovido hasta las lágrimas, el capellán mayor dio la feliz nueva a los talpenses, se entonó un tedéum en acción de gracias y al día siguiente se aplicó una misa solemne con la misma intención.

Como no se esperaba una solución tan rápida sino más bien se creía que sería cuestión de años, no se había concretado nada hasta entonces respecto a la coronación; por este motivo y para que las cosas resultaran debidamente preparadas, el Prelado juzgó prudente aplazar el acto litúrgico hasta el doce de mayo del año 1923. En esta forma había tiempo para que se extendiera la noticia por todas partes.

---

(1) El nombre completo de tan destacado artista es Maese don Miguel Ignacio López, entre sus más populares obras se cuentan: la custodia monumental con que se celebró el primer congreso Eucarístico nacional el año 1925 y ambos marcos que custodian a la Sma. Virgen en el Tepeyac. En sus talleres se lee "Orfebres López Hermanos" en la calle 3a. sur No. 306 en la bella ciudad angelopolitana.

Para dar la debida publicidad al acontecimiento se mandaron imprimir unos artísticos programas que más que esto debían llamarse cartelones. Fueron lujosamente impresos por la casa Ancira de Guadalajara, siendo el autor del dibujo que se le imprimió, el joven J. Jesús Avila, dirigido por el destacado artista D. Jesús Mendoza. El dibujo consistía en una esbelta columna que remataba en un airoso y gallardo capitel sobre el que posaba un sutil espíritu celeste que con su diestra señalaba el horizonte lejano cual si quisiese señalar el preciso lugar donde se ubicaba el santuario de la madre de Talpa. Al lado opuesto aparecía un óvalo de perfecto acabado en cuyo centro destacaba radiante la imagen milagrosa que tenía como adorno la graciosa policromía de una ondulante serpiente lanzada sobre un cielo tapizado de brillantes estrellas y de apacibles nubes, venía después el texto de la invitación.

Se imprimió bune número de dichas participaciones y luego se les dió la mayor publicidad dentro como fuera del Obispado Nayarita.

Con ese mismo motivo el Emo. Sr. Azpeitia giró su carta pastoral No. 4. En ella comunicaba a todos los diocesanos tanto la consagración de la Iglesia Matriz nayarita, la Santa Iglesia Catedral. que tendría lugar el dos de mayo del mismo año, como la consagración del santuario de Talpa para el día 11 y la coronación pontificia de la Santísima Señora para el 12 del mismo mes.

En el orden de actos que asignaba para la solemnidad en este pueblo, disponía:

"El dia doce de mayo.—Misa Pontifical y coronación de la Taumaturga Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa. Se dignará predicar en esta solemnidad el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Zacatecas Dr. D. Ignacio Placencia y Moreira.

Por la tarde, ejercicio solemne en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús, en que se dignará predicar el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Sonora Dr. D. Juan Navarrete. (Este Prelado al fin no asistió).

Pero siendo necesario que todas las parroquias de la diócesis den una prueba de amor a su Madre y a su Reina como la aclaman desde hace siglos, disponemos:

Que los Sres. párrocos organicen peregrinaciones al insigne santuario y que las precidan personalmente o representados por alguno de sus vicarios si fuere posible.

Dichas peregrinaciones serán en el orden siguiente:

Día 2 de mayo.— Parroquias de Mascota y Talpa.

Día 3 de mayo.— Parroquias de Guachinango y Atenguillo.

Día 4 de mayo.— Parroquias de San Sebastián y Las Peñas.

Día 5 de mayo.— Parroquias de Compostela y S. Pedro Lagunillas.

Día 6 de mayo.— Ahuacatlán y Jala.

Día 7 de mayo.— Parroquias de Tecuala, Rosa Morada y S. Blas.

Día 8 de mayo.— Parroquias de Jalisco y Santa María del Oro.

Día 9 de mayo.— Santiago Ixcuintla, Acaponeta y Tuxpan.

Día 10 de mayo.— Parroquias de Tepic e Ixtlán del Río.

Día 12 de mayo.— Por la tarde peregrinación especial del clero de la diócesis, Sacerdotes que concurran a la coronación y peregrinos pertenecientes a diócesis ajenas.

Que el 12 se celebre, si es posible, con toda solemnidad en todos los templos de la diócesis una Misa en honor de la Santísima Vir-



Llegada de los Dignísimos Prelados que asistieron a la Coronación de la Santísima Virgen del Rosario, el 12 de mayo de 1923.

gen, cuya Imagen será ese día coronada; y a las once de la mañana, hora aproximada de la coronación, se rece un rosario solemne y al fin se cante tedéum tanto en Nuestra Santa Iglesia Catedral como en todas las iglesias parroquiales . . ."

Las romerías de febrero y marzo de 1923 resultaron muy concurridas. Durante todo ese tiempo se estuvo anunciando la próxima festividad e invitando a los fieles a unirse al regocijo de los talpenses el próximo 12 de mayo.

Para fines de abril los trabajos de la decoración del templo tocaban a su fin; era ya cosa de detalles lo que faltaba.

Las misiones anunciadas por el Emo. Prelado estuvieron a cargo de los RR. PP. Jesuítas; la Iglesia se veía pletórica de fieles y el fruto espiritual fue abundantísimo.

El día primero de mayo vistió la Santísima Virgen la indumentaria que le había sido hecha en México. Al día siguiente daba principio el solemne novenario. Los romeros empezaron a llegar desde el primer día, las peregrinaciones fueron recibiéndose en el orden fijado, diríase que cada una pugnaba por lucir más que las anteriores.

El día dos de mayo se verificó la consagración de la Iglesia los Emos. Mitrados el camino, largo y penoso en aquel entonces, rumbo Matriz nayarita. Pasada la festividad de aquella urbe emprendieron los Mitrados el camino, largo y penoso en aquel entonces, rumbo a Talpa.

En Mascota fueron recibidos con toda solemnidad y de allí fueron conducidos a este pueblo en aquellos históricos carros, los primeros que se conocieron en estas tierras, a donde vinieron para no volver jamás; tocando a este pueblo recibirlos el día nueve, venían en número de cuatro: El Emo. y Rmo. Arzobispo de Morelia, Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores; el Emo. Sr. Obispo de Zacatecas, Dr. D. Ignacio Placencia y Moreira; el Emo. Sr. Dr. D. Agustín Aguirre y Ramos, Dmo. Obispo de Sinaloa y el Dmo. Prelado Diocesano, Dr. D. Manuel Azpeitia y Palomar.

Un poco antes había llegado el orfeón del Seminario diocesano, que había sido invitado para cubrir el coro y para servicio del altar en las ceremonias solemnes.

El 10 de mayo se practicó un ayuno general en la parroquia, de acuerdo con lo indicado por su Excia. Rma. como una digna preparación a la ceremonia del día siguiente.

Por la tarde, ese mismo día, se cantaron solemnes vísperas en honor de los santos mártires cuyas reliquias debían ser colocadas al día siguiente en el ara del altar mayor y por la noche se ofreció una lucida fiesta literario-musical a todos los Dmos. Prelados y demás dignidades. (1).

Durante toda esa noche estuvieron expuestas a la veneración pública las reliquias de los santos mártires que al día siguiente habían de ocupar el sepulcro del ara consagrada.

A las ocho de la mañana del día once apareció en la puerta principal del templo el Emo. Sr. Obispo D. Agustín Aguirre con su imponente séquito de sacerdotes, cantores, acólitos, etc., para dar principio a la ceremonia de la consagración del templo.

Al penetrar al templo aparecía una gran X formada de ceniza sobre el pavimento cuyas dos líneas se cruzaban en el centro de la nave; la línea que empezaba en el ángulo que da al lado izquierdo de la puerta principal tenía en toda su longitud el alfabeto griego y la que comenzaba en el ángulo que da a la derecha, contenía el alfabeto latino.

Las oraciones, las antífonas y salmos, las letanías, las bendiciones, las unciones, etc., etc., todo fue sucediéndose en medio de un ambiente de piedad y devoción que impresionaba profundamente a cuantos lo contemplaban.

---

(1) No es posible presentar a los lectores una descripción minuciosa de las augustas ceremonias con que la Iglesia santifica y eleva a dignidades superiores los templos destinados al culto divino. Nos prohibe hacerlo la índole de esta obra.

La consagración de los templos es una de las ceremonias más grandiosas e imponentes del culto católico, consta de dos partes principales: la bendición del pavimento y muros del edificio y la consagración del altar o altares que en él hubiere. En este acto litúrgico la iglesia despliega toda la majestad de sus ritos; las acciones son muchas y variadas, todas llenas de simbolismo, van siempre acompañadas de cantos, salmos y oraciones y ocupan largo espacio de tiempo.

Aquella memorable mañana del 11 de mayo el Prelado consagrante se presentó a temprana hora revestido con los ornamentos pontificales propios del acto y auxiliado por los ministros sagrados, maestro de ceremonias, cantores y acólitos; dio principio al alto litúrgico; con paso grave y lleno de elevación y dignidad fue recorriendo, el Pontífice con todo aquel cortejo, la nave del templo así en su interior como en su exterior. En todo se observó con escrupulosa exactitud lo prevenido y ordenado por el Pontifical Romano.

El acto litúrgico se prolongó más allá de las doce horas en que las campanas repicando a vuelo anunciaron el principio de la primera Misa que se celebraba en el altar recién consagrado.

Hubo entonces una coincidencia muy curiosa y digna de ser notada: El Emmo. Sr. Aguirre, que ahora venía ciñendo la Mitra y con toda la autoridad episcopal a ungir las cruces marmóreas del sagrado recinto, había sido acólito allí mismo en los años felices de su niñez; siendo pequeño fue traído por el P. Jiménez quien fue su protector; aquí aprendió las primeras letras y, siendo ya un jovencito, pasó al seminario a continuar la carrera eclesiástica. Este recuerdo conmovía profundamente al Dmo. Consagrante.

El mismo día once, por la noche, se cantaron solemnes vísperas pontificales en armonía con la magnificencia de la festividad que había de celebrarse al día siguiente.

El santuario vistió entonces sus mejores galas, se iluminó profusamente tanto en el interior como en el exterior, las añosas lámparas suspendidas por gruesas y heroicas cadenas a lo largo de la nave se



Dignísimos Prelados que asistieron a la Coronación de la Santísima Virgen. (De derecha a izquierda Emmo. Sr. Don Agustín Aguirre y Ramos; Emmo. Sr. Don Ignacio Plascencia y Moreira; Emmo. Sr. Don Leopoldo Ruiz y Flores y Emmo. Sr. Don Manuel Azpeitia y Palomar).

cubrieron de resplandeciente luz que iluminaba profusamente todo el sagrado recinto.

De cada una de las gruesas y austeras pilastras, así como también de las bóvedas del templo pendían sendos pabellones rematados en áureas coronas alusivas a la festividad; en aquella noche memorable todo daba la impresión de hallarse en una verdadera casa regia.

En el coro, el órgano y la orquesta así como también el orfeón lucieron sus mejores armonías, el altar lucía lo mejor de sus paramentos; en una palabra, todo tendía a elevar el corazón y el alma llevándolos al recuerdo de la simbólica ceremonia del día siguiente. Esa misma noche vistió la Excelsa Patrona su elegante traje que le fue mandado hacer a España.

El alba del día doce de mayo despertó en medio de los repiques, cohetes, cánticos, música, danzas y demás manifestaciones de júbilo. Apenas el santuario abrió sus puertas, la muchedumbre se agolpó ansiosa de llenar a nave. Desde esa hora se celebró el santo sacrificio de la Misa, siendo innumerables los fieles que se acercaron al Sagrado Banquete. Las misas se continuaron sin interrupción desde esa hora.

A las 8 de la mañana dio principio la solemne ceremonia tanto tiempo esperada, el templo resultó pequeño e insuficiente para contener la multitud que deseaba con ansias presenciar la coronación

En la puerta principal del vetusto santuario fue ofrecido el generoso hisopo con el agua lustral al Emmo. Ordinario nayarita que lucía en esta ocasión capa magna. Acto seguido, a los acordes del gran órgano tubular y a invitación de las majestuosas estrofas de la intífona ,Ecce sacerdos" hizo su recorrido por la nave del templo el imponente lesfile que tuvo como término el altar mayor, donde previamente se había colocado el dosel para el Pontífice oficiante y majestuosos reclinatorios cubiertos con terciopelo rojo para los demás Prelados asistentes y asientos para el numeroso clero que acompañaba y que había de tomar parte en las ceremonias.

Ya en el altar mayor procedió el Emmo. Sr. Azpeitia a vestir los ornamentos pontificales mientras en el coro se entonaba la tercia. Acto seguido, el secretario designado ad hoc, dio lectura desde el púlpito, en ambas lenguas, latina primero y española después, al documento que autorizaba al Dmo. Prelado nayarita para coronar con corona de oro, con toda solemnidad y con autoridad y en nombre de S.

S. a la Santisima Virgen del Rosario de Talpa. En seguida, una comisión de personas de lo más caracterizado ofreció en artísticos cojines las coronas que habían de imponerse; fueron éstas solemnemente bendecidas por el ministro celebrante y llevadas en andas por la nave del templo. Mientras tanto, la Taumaturga Imagen había sido bajada de su trono y colocada en las gradas del altar mayor.

Serían como las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, cuando el Emmo. Sr. Azpeitia entono solemnemente la hermosa y delicada antífona "Regina Coeli" que siguieron las armoniosas voces del coro y con mano conmovida por la emoción, tomó la corona de la Reina, a la vez que el Emmo. Arzobispo Ruiz y Flores tomaba la del Niño y, en ese sublime e inmortal instante, se acercaron a la celestial Señora y ciñeron sus augustas sienes con la imperial corona, símbolo de su grandeza y su poder, mientras con voz entrecortada por la emoción, pronunciaba las simbólicas palabras del ceremonial: "Sicuit per maus nostras coronaris in terris; ita et a te gloria atque honori coronari mereamur in coelis". (Así como por nuestras manos eres coronada en la tierra, merezcamos ser por ti coronados de honra y gloria en el cielo). El Emmo. Sr. Azpeitia coronó a la Santísima Virgen y el Ilmo. Sr. Ruiz y Flores ciñó las sienes del pequeño Infante.

En esos momentos una inmensa descarga de truenos estremeció los aires y la tierra, se echaron a vuelo todas las campanas de ambos templos, la orquesta, el órgano y el coro ejecutaron sus mejores armonías y dentro del santuario se escuchó un aplauso unánime y delirante de toda aquella compacta multitud que vertía abundantes lágrimas de emoción.

A continuación fue celebrada solemnísima Misa Pontifical en la que, cantado el Evangelio, cubrió la Cátedra del Espíritu Santo el Emmo. Sr. Ignacio Plascencia y Moreira, quien desplegó sus alabanzas profundamente sentidas y llenas de elocuencia para la Madre Querida, objeto del amor de un pueblo que se ha perpetuado uniéndose en un solo corazón, el de María. La pieza oratoria que en esta ocasión fue predicada, según la opinión autorizada de quienes la escucharon y que son conocedores del arte del bien decir, puede justamente calificarse como clásica.

Al terminar el Santo Sacrificio, después que fue impartida la bendición papal y publicadas las indulgencias, se entonó solemnísimo Tedéum en acción de gracias.

A las dos de la tarde, en la casa No. 2 de la antigua calle de Santuario, se ofreció un espléndido ágape a todos los ilustres visitantes, en el que se sirvió un suculento menú a la francesa y se deleitó el gusto con añoso champagne, cognac y otros vinos generosos.

Durante el ágape, distinguidos vates hicieron uso de clásico verbo, entre los cuales se distinguió el Sr. Pbro. D. Vicente M. Camacho, que fue después Obispo de Tabasco y que había venido a predicar durante el novenario de la fiesta y, ya para finalizar, algunos de los Emmos. Ordinarios dejaron impresos algunos de sus mejores pensamientos alusivos a la festividad de la coronación. (1).

---

(1) Las obras literarias que se presentaron y desarrollaron, tanto en la preparación como en la solemne ceremonia y en el acta del día de la fiesta, fueron muchas y de muy buena calidad, así en la materia, en la forma y ejecución: sermones, discursos, presentaciones, brindis alocuciones, felicitaciones; dramas; poesías, etc., etc.; si quisiéramos darlos a conocer en su totalidad a los lectores, se haría indispensable para ello un extenso volumen.

Sólo a manera de colofón presentamos los pensamientos alusivos que dejaron plasmados los Emos. Prelados visitantes.

1.—Brindis que el Emo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Michoacán pronunció en el banquete que fue ofrecido en aquella solemnidad:

"Ilmo. Señor Obispo diocesano, Señores:

Creo interpretar fielmente los sentimientos de mis venerables hermanos los Obispos aquí presentes, si comienzo por agradecer de lo más íntimo del alma, al Ilmo. Sr. Azpeitia el habernos proporcionado con su amistosa invitación el haber disfrutado de esos momentos de cielo, como lo han sido los de la coronación de Nuestra Señora de Talpa en este insigne santuario.

Por tomar parte en tan solemne ceremonia, por aspirar esa edificante devoción de todo el pueblo y por sentir esa amorosa mirada de María desde su prodigiosa Imagen, damos por muy bien empleados los trabajos y fatigas de nuestro viaje y olvidamos en un momento barrancas y cuestas, aunque merezcan el nombre de "uña de gato".

A los recuerdos dulcísimos e imborrables de la coronación, irán siempre asociadas los de tantas atenciones y finezas del Sr. Cura y de todos los feligreses, desde el momento en que pisamos esta tierra bendita de María Santísima del Rosario.

A esas finezas se ha querido poner el sello con este suntuoso banquete, en el que hemos gozado esa santa expansión que sólo sabe engendrar el común amor que aquí nos ha reunido: el amor a María

Al agradecer todo esto uno es nuestro deseo y una es nuestra plegaria: Que María Santísima reine para siempre en Talpa y que Talpa sea siempre de María".

Cuando todo había terminado, el Sr. Cura D. Filemón López ofreció ricos presentes a todos los invitados de honor; llamaron la atención los obsequios que se ofrecieron a los Dmos. Mitrados. Al diocesano le fue ofrecido un arbolito en miniatura, todo lleno de valiosas piezas de oro fino.

Por la tarde, después de una gigantesca procesión, tuvo lugar el ejercicio en que predicó otro de los altos Jerarcas visitantes.

A las 8 p. m., en la calle 5 de Mayo, en el edificio marcado con el No. 16 tuvo verificativo una velada literario-musical, cuidadosamente preparada por una comisión especial; la parte literaria estuvo a cargo del Sr. Cura Camacho y del Sr. Diácono D. Julio Oliva, quienes declamaron sendas poesías compuestas por ellos a propósito para solem-

---

Del mismo Emo. Metropolitano es el pensamiento siguiente:

2o.—Un santuario de María en las regiones más remotas e incomunicadas de la Patria, pero frecuentado por millares de fieles, es un testimonio del amor de María y de la devoción de sus hijos.

La predilección de María por sus hijos de Talpa, se siente al contemplar aquella maravillosa Imagen, que respira bondad y amor e inspira, sólo al verla, la mayor confianza.

Y que así, es lo prueba el magnífico palacio de la Reina y Señora, que se levanta majestuoso entre las humildes casas de su pueblo.

Nada más justo que aclamar Reina a la que hasta hoy era aclamada "de Talpa Señora". La preciosa corona que el amor de los hijos le ofreció el 12 de mayo, se convertirá en torrente de gracias para sus hijos.

María reina y reinará siempre en México.

Así sea.

Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Michoacán.

El Ilmo. Sr. Obispo de Sinaloa, Dr. Dn. Agustín Aguirre y Ramos, así expresó sus sentimientos:

"3o.—El pueblo de Talpa, por mil títulos dichoso, pero más por ser él el escogido y predilecto de la Santísima Virgen, la Reina de los cielos, al coronar con áurea corona las sienes benditas de la Taumaturga Imagen del Rosario, ha dado inequívoca prueba de su acendrado amor a su tierna y amorosa Madre, ha dado público y elocuente testimonio de reconocerla una vez más, y para siempre, como Augusta Reina, ha demostrado a la faz del mundo entero su gratitud inmensa por los innumerables beneficios que de Ella ha recibido; y al jurar a su soberana humilde vasallaje, los hijos de este pueblo venturoso deben abrigar, ahora más que nunca,, la dulcísima confianza de que María será por siempre el sol resplanleciente que ilumine sus inteligencias con la luz de la verdad, que im-

nidad, así como también de los señores Lic. D. Irineo Quintero y el maestro D. Jesús Berger, que pronunciaron clásicos discursos.

Con las cálidas palabras de gratitud y felicitación de los Emmos. Sres. Obispos tocó su fin aquel día de gratos recuerdos.

El día trece fue ofrecida al Eterno Padre una solemne Misa Pontifical en acción de gracias, por el inmenso don recibido y por la noche fueron de nuevo agasajados los ilustres visitantes con una velada dramático-musical, obsequio del bello sexo juvenil de Talpa.

---

pida que las tinieblas del error obscurezcan su cielo y cuyos rayos vivificadores enciendan sus corazones en el fuego ardiente de la verdadera caridad.

María Santísima, su Excelsa Reina, será el escuadrón formidable que haga morder el polvo a todos sus enemigos y le garantice la entrada en el reino celestial".

✠ Agustín, Obispo de Sinaloa.

Hasta aquí los distinguidos Mitrados

No carece de importancia el acta que, con motivo de tan importante ceremonia, dejó asentada el entonces primer Capellán y Rector del santuario de la Madre querida; la transcribimos a la letra:

"En la Villa de Talpa de Allende, Estado de Jalisco, en la República Mexicana, a los doce días del mes de mayo del año del Señor 1923, reinando como jefe de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana S. S. el Papa Pío XI y siendo Obispo de la Diócesis de Tepic el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Dr. D. Manuel Azpeitia y Palomar, ante mí el Capellán Mayor del Santuario de Nuestra Señora del Rosario en esta Villa de Talpa, Pbro. D. Filemón López González; el expresado Señor Obispo de Tepic, Dr. y Lic. D. Manuel Azpeitia y Palomar, especialmente delegado por la Santa Sede según documento pontificio fechado en Roma el 15 de diciembre de 1921 para imponer la corona de oro a la imagen de la Santísima Virgen María, en su título de El Rosario, Patrona principal de la parroquia de Talpa y de su jurisdicción, auxiliado por el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Michoacán Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, y estando presentes los Ilmos. y Rmos. Sres. Obispos de Zacatecas y Sinaloa, Dres. D. Ignacio Placencia y Moreira y D. Agustín Aguirre y Ramos respectivamente, así como el clero de esta parroquia de Talpa y delegaciones del clero de varias partes o diócesis de la República, ante una gran multitud de regocijados fieles de diversos lugares del País, desempeñó su cometido imponiendo la corona con rito solemne a la Maravillosa Imagen de Ntra. Señora del Rosario en nombre y con autorización del Romano Pontífice Benedicto XV.

Por mandato pues, de mi Ilmo. y Rmo. Prelado doy fe en este escrito del acto referido".

Fechado, sellado y firmado en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario en el mes de mayo del año del Señor 1923.

Filemón López González.

Primer Capellán y Rector del Santuario.

Al día siguiente los Dmos. Prelados abandonaron el pueblo que por muchos días conservó el recuerdo de tan memorables emociones.

A manera de complemento de este capítulo, presentamos dos poesías que fueron compuestas para la velada de la Coronación de la Santísima Virgen y declamadas por sus autores; la primera se debe al Sr. Pbro. D. Vicente M. Camacho, entonces párroco de la parroquia de San Miguel del Espíritu Santo, de la Ciudad de Guadalajara, Jal., y poco después Obispo de Tabasco; la segunda se debe a la inspiración del entonces Sr. Diácono, D. Julio R. Oliva, de la diócesis de Tepic.

La primera lleva como título:

ALLELUJA

ALELUYA

Prorrumpan en un himno tus entrañas,
Talpa feliz, y que el cantar inmenso
Haga temblar de gozo tus entrañas.

Arroja, como incienso,
En la hoguera de todos tus amores,
El corazón entero . . . Canta y llora
El consuelo de todos tus dolores,
El manantial de toda tu grandeza,

La Celestial Señora,

La Virgencita tuya,
Regia Corona ostenta en su cabeza . . .

Allejuja, allejuja . . .
¿Qué fuiste un día? Ignoto pueblecillo
En un rincón, perdido, de la tierra.
Sin blasón, sin leyendas y sin brillo;

El resto de la tierra
Ignoró tu existencia y tu pasado . . .
¿Cuáles eran tus glorias y tus sueños? . . .
Pero, la Virgen Santa, que ha gozado . . .
En levantar del polvo a los pequeños,
Te escogió para grande . . . y desde entonces,
Tu historia no es historia que se graba

En mármoles ni en bronces:
Es la historia que brota de los labios

De ignorantes y sabios,
Cual brota del volcán la ardiente lava . . .
Ella te hizo de salud piscina . . .
Y mira como bajan de los montes.

Por los agrios senderos
Centenares de miles de romeros . . .
Es la legión que sufre . . . se encamina,
De los más apartados horizontes,

A sanar de sus males
Bañándose en tus límpidos raudales.

Y todos los que llegan,
Aquí dejan el llanto de sus ojos
Y las gotas de sangre con que riegan

Su camino de abrojos;
Y entonan su plegaria de esperanza,

Y la entonan llorando;
Y esa plegaria alcanza

El remedio de los males; cesa el lloro,
Y de ardiente amor dejan el oro . . .

Y se vuelven cantando . . .
Y tu Virgen recoge esas ofrendas,

Y las guarda en su pecho,

Porque son como prendas

De los bienes que has hecho.
Pasan trescientos años . . . Y te llama,
Y te dice al oído

La Virgen que te ama:
Yo quiero una corona de rubíes
Y perlas y esmeraldas y diamantes

Del precio más subido,
Engarzadas en oro . . . Tú sonríes
Al oír tal demanda . . . eres tan pobre.

Que hacerla no puedes ni de cobre . . .
A la Virgen tú entregas tu tesoro:
Y tiene perlas y diamantes y oro
Y rubíes y esmeraldas y topacios . . .
Y surgió la corona . . . ¿No escuchaste?
Al ponerla en las sienes de María,
Que tembló la tierra que regaste
Con tu llanto de amor, y que venía

De allende los espacios
Dulce cantar de gloria . . . Allá en los cielos,

Cantaban tus abuelos.
Y su polvo de amor se estremecía . . .
Prorrumpan en un himno tus entrañas.
Talpa feliz y que el inmenso canto
Haga temblar de gozo a tus montañas

La Virgencita tuya
Coronarse ha querido con tu llanto . . .

Alleluja . . . alleluja . . .
Dime, Talpa feliz: en tus caminos,

¿Qué miran los robles y los pinos?

¿Qué vieron las estrellas?

¿Y qué las alboradas? . . .
Vieron que a ti venían, enlutadas,
La orfandad, la miseria, la amargura,

Dejando rojas huellas : : ::

De las altivas cumbres;
Parecía que bajaban muchedumbres;

Pero eran sólo ellas.

Esas tres enlutadas
Que marcaban con sangre sus pisadas . . .
Hoy . . . ¿qué han visto tus robles y tus pinos?
....Qué han mirado tu Sol y tus Luceros . . .?

Comitivas gloriosas

De sabios y de nobles

Llenaron tus senderos.

Rodeando las carrozas
De los príncipes grandes, en sus viajes

A esa Corte Real
A rendir vasallaje
A tu adorada Virgen Celestial . . .
Tus humildes moradas se han trocado
En palacios de príncipes. Doquiera
Con mis ojos atónitos he visto

La figura severa

Del glorioso soldado

De las huestes de Cristo:
El polvo de la lucha sacudieron,

Se han vestido de gala,
Y, en pos de sus caudillos, acudieron
A revestirse ante su Generala . . .
A los rayos del Sol de esta mañana.
Desfilaron los nobles batallones;

Ante la soberana
Flotaban las banderas y pendones

Al soplo de la brisa,
Y lloraban de amor los corazones

De los bravos soldados,
Porque Ella les premió con su sonrisa
Que la herida más honda cicatriza,
Con sus miradas de ternura llenas.

Los triunfos alcanzados
Y también los sollozos y las penas . . .
Que prorrumpan, oh, Talpa, tus entrañas
En un himno triunfal
Ha trocado tus míseras cabañas

La Virgencita tuya

En su Corte Real . . .
Alleluja . . . Alleluja . . . Alleluja . . .
Hoy ya tienes escudo de nobleza:

Osténtalo orgullosa
Un cielo azul radiante de belleza,

Como aquel que lucía
Del paraíso en la mañana hermosa;

En el fondo una estrella . . .
Y nada más . . . Tú y Ella . . .
Ella, el lucero que anunció tu día
E iluminó las sombras de tu duelo . . .;
Tú, la corte real de tu María . . .;
Donde reina María . . . se llama cielo . . .
Dime, Talpa feliz; ¿No sientes ganas
De pedir que esta fiesta no termine?
¿Aunque ya no haya sol que te ilumine
En futuras mañanas?

Sí, lo creo,

Porque loca de júbilo te veo . . .

Cállese la orquesta

No la pidas . . .
Que se apaguen las luces, y que vaya
A dormir todo el mundo . . .
Todo calla,
Dormido con el sueño más profundo . . .
Ven ahora conmigo. Están abiertas,
De par en par las puertas
Del alcázar bendito de María . . .
No temas: aunque es Reina, todavía
Sigue siendo tu Madre . . . vamos, besa
Sus plantas y sus manos y su frente . . .
¿Por qué no? Si Ella es Reina, eres princesa

Ahora dulcemente

En su pecho reclina la cabeza,

Y quédate dormida . . .

Que así pases la vida.

La segunda poesía lleva por título:

"LEGION DE VENCEDORES"

Y es como sigue:

— I —

Dejad, nobles creyentes la tumba silenciosa:
La noche misteriosa
Del sueño de la muerte, al punto interrumpid.
Vosotros que habeis muerto soñando la esperanza
Con que el guerrero avanza,
Cuando triunfar espera en ardorosa lid.

Terminen su silencio las armoniosas liras,
Que puestas en las piras.
Dijeron hace tiempo los últimos lamentos.
Que dejen por completo su tono de elegía:

Y plenas de alegría,
Prorrumpan entusiastas en rítmicos acentos.
Recobren su hermosura las armas vencedoras,
Que en las postreras horas,
Dejaron vuestras manos de combatir cansadas:
Son armas que lucharon en pro de los ensueños;
Y están. como sus dueños.
Dormidas en la sombra, gloriosas y olvidadas.

Vestid en vuestro cuerpo los trajes de Gran Fiesta
Ornad la noble testa,
Con lauros inmortales que anuncien la victoria:
Y todo el entusiasmo trayendo ya despierto,
Venid al gran concierto
Que llenará los siglos con su esplendor de gloria.

Guerreros, no extrañeis los épicos cantares:
Cuando los hondos mares
Atruenan el espacio con su salvaje grito,
Son menos armoniosos que un pueblo de creyentes,
Si adoran reverentes
Al Dios de las alturas que llena el infinito.

Es el día de los triunfos y de los himnos santos
Las quejas y los llantos.

Conviértanse al instante en voces de consuelo;
Y absorba el pensamiento en tan solemnes horas.
La Luz de las auroras:
María la Inmaculada, Emperatriz del cielo.

— II —

Conozco yo una virgen de rostro más hermoso
Que un astro esplendoroso.
A todo el que la mira le roba el corazón.
Su historia nos ofrece pasajes de epopeya;
¿Cuál es Virgen tan bella?
Del nombre de este pueblo tomó su advocación. (1).

Esta es aquella imagen de todos olvidada.
Que estaba destinada
A ser pasto de fuego que todo lo devora;
Y en un lejano día de remembranza eterna,
Tomó la Madre tierna,
En fuerza de prodigio, belleza seductora.

Y desde aquel instante mitiga los dolores;
Y en perfumadas flores
Convierte las espinas del árido camino.
Y siempre cariñosa y al clamor propicia,

Aplaca la justicia
Del Dios ante quien tiembla el fiero torbellino.

Hallaron siempre en ella los míseros mortales,
Caricias maternales,
Portentos inauditos obrando por doquiera,
Ha hecho inmarcesible la gloria de su nombre;
Y al invocarla el hombre.
Revive y se agiganta su fe que desespera.

---

(1) El pueblo de Talpa La Virgen es conocida con el nombre de Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

Es Madre compasiva dechado de ternezas;
Y ahuyenta las tristezas,
Que hieren y destrozan el alma del mortal.
En Ella los que sufren cifraron sus anhelos;
Y tienen sus consuelos,
Preludios y bosquejos de dicha celestial.

Al ver aquella Virgen y su poder tan fuerte,
Retrocedió la muerte
Cuando iba a descargar el golpe aterrador.
Y el que debía ser víctima de la fatal herida,
Gozó salud y vida
En vez de sucumbir al peso del dolor.

Mostrando sus ternuras y amores indecibles,
Venció los imposibles
Cuando en la negra angustia sus hijos invocaron.
Los mares procelosos, las fieras y el viento,
En su rugir violento,
Su voz tan poderosa sumisos acataron.

Al tiempo de librarse las hórridas batallas,
Sembraban las metrallas
Dolor, desolaciones y llantos por doquier;
Y en el fragor terrible de la sangrienta guerra
Que al corazón aterra,
Los bravos combatientes mirábanse caer.

Y de las almas tristes, dolientes funerarias,
Surgieron las plegarias
Envueltas en la queja, mezcladas con el lloro;
¿En quién los luchadores hallaron el consuelo
A su profundo duelo?
En esa Virgen pura, bellísimo tesoro.

No puede, aunque lo quiera, mi humilde pensamiento
Decir tanto portento
Obrado por efecto de su poder grandioso.
Allí están, sin embargo, tantísimos retablos,

Diciendo en sus vocablos
Que todas las tristezas conviértalas en gozo.

Estan los momentos grandiosos, perdurables,
De amores inefables.
Que de la bella Virgen pregonan la virtud;
Y no podrán contarse jamás los corazones,
Que dícenle canciones
Dictadas por la noble, sublime gratitud.

— III —

Cual brota de los mares la refrescante brisa;
Cual surge la sonrisa
Causada por la dicha, delirio de las almas;
Cual nacen de las ondas, lamentos y espumas,
Y las espesas brumas
Que vemos en las copas de las gigantes palmas.
Mostrando sus ternuras y amores indecibles,

Así de la fe Santa y del amor inmenso,
Y del cariño intenso
Que tienen a esa Virgen sus hijos que la admiran,
Surgió la magna idea de coronarla un día.
Piadosa Madre mía
Tus fervientes amantes ¡parece que deliran . . . !

Anhelos y entusiasmos tan dignos y grandiosos;
Ideales tan gloriosos,
Enormes sacrificios pedían forzadamente.
Fatigas que pudiesen rayar en heroísmo;
Y fuesen, así mismo,
Los signos de un amor purísimo, vehemente,
Y emprendióse luego la colosal jornada
A la región soñada.
Intrépidas cual nunca, lucharon las legiones.
Marchóse con fe firme por la gloriosa senda;
Ilustre y estupenda,
Aquella muchedumbre de amantes corazones.

Obstáculos muy grandes vinieron en seguida,
Pero ¡ay de quien olvida!
De los que invictos luchan la refulgente gloria.
No sólo fueron grandes los héroes que triunfaron,
También los que lucharon,
Con letras inmortales figuran en la historia.

¡La inmensa muchedumbre ni un paso retrocede!
Y desmayar no puede,
Porque sagrado fuego su combatir alienta.
Y al ver en lontananza cumplidos sus deseos,
Pensando en los trofeos
Su bélico entusiasmo se aviva y acrecienta.

Y avanzó invencible la muchedumbre aquella,
Grandiosamente bella,
Hiriéronla heroína sus fuerzas de coloso.
Luchando con denuedo y sin igual bravura,
Logró escalar la altura
Para enclavar en ella su pabellón glorioso.

Y escribió en el cielo sus trágicas hazañas,
Con tintas muy extrañas
Formadas con las lumbres del sol esplendorosas.
Del astro en el que fueran fundidas y forjadas,
Las ínclitas espadas
Que en la terrible lucha salieron victoriosas.

Y con orgullo noble sus triunfos hoy pregona:
Bellísima corona
Circunda de la reina la frente inmaculada.
Falange vencedora: bendigo tus proezas,
Y admiro tus grandezas.
¡La Virgen de tus sueños, ha sido coronada! . . .

Glorioso el grande día: bendito él mismo sea,
En que surgió la idea
De ornar con la diadema tu frente virginal.
Más gloria tiene aún, oh Madre incomparable,
La fecha memorable
Que vino a realizar aquel sublime ideal.

Entona hermosos himnos, legión de vencedores:
Tus cánticos mejores,
Resuenen, y sus notas perciba el porvenir.
Llegaste hasta la cima de tu sagrado anhelo:
Suspende el raudo vuelo:
¡Tu virgen coronada parece sonreír!. . .

Tu Reina, legión Santa, se siente complacida;
Y escribe conmovida,
Los nombres de tus héroes en libros eternales.
Ha visto a sus vasallos luchar entusiasmados,
Valientes, denodados,
Y sabe son capaces de empresas colosales.

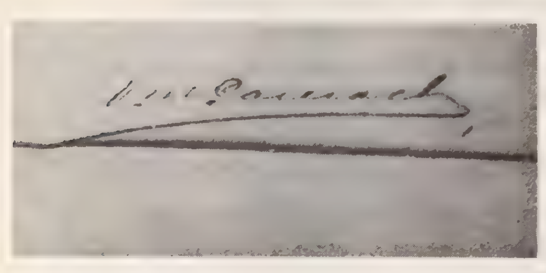
Vosotros, de esa Virgen los hijos muy amantes:
Mirad esos diamantes
Que adornan de la Reina las sienes apasibles.
Son ellos los testigos de nuestro amor eterno,
Y del cariño tierno,
Que pudo, en su vehemencia, tornarnos invencibles.

Allí tenéis la Virgen que enjuga nuestro lloro:
El más bello tesoro
Guardado por un pueblo de nobles tradiciones.
Es reina coronada. ¡Rendidle vasallaje
Y en signo de homenaje.
Entonen vuestras almas dulcísimas canciones.

Vosotros los que amais las glorias refulgentes:
Falanges de creyentes:
La virgen coronada venid a contemplar.
Traed los corazones cual nunca enternecidos.
De gozo entre gemidos.
Ofrendas y plegarias dejad sobre su altar.

¡Oh, Reina compasiva! Mi ruego oye propicia:
Prodiga una caricia
A todos los guerreros amantes de tu gloria.
Tu imagen en el alma llevaba por escudo.
En el combate rudo,
Tu amor los hizo siempre soñar en la victoria.

No tengo, dulce Madre, celajes ni armonías;
Las pobres frases mías,
Indignas por completo de tu hermosura son.
Mas tú muy bien lo sabes, ¡oh, Reina toda pura!.
Oceáno de ternura,
¡Que todas te las manda mi tuyo corazón! . . .



Autógrafo del Sr. Cura Don Vicente M. Camacho, del Arzobispado de Guadalajara quien siendo Párroco de San Miguel del Espíritu Santo en la perla tapatía, fue invitado a predicar para las festividades de la Coronación de la Taumaturga Imagen.

Poco tiempo después fue preconizado Obispo de Tabasco.

NOTA.—Es digna de recordarse también la siguiente plegaria, que en dicha ocasión se dirigió a la Reina de Talpa:

"Madre querida del Smo. Rosario, Reina y Señora Nuestra, contempla desde tu excelso trono esta porción de la gran familia mexicana, que se llama tuya y que con todo derecho te pertenece.

Hemos venido en este día de gloria a reconocerte como Nuestra Soberana Emperatriz y a proclamarte una vez más nuestra Reina y Señora.

Humildemente postrados a tus virginales plantas venimos a rogarte que aceptes el homenaje que hoy te ofrecemos en esta corona de oro, símbolo de nuestro amor filial y del reconocimiento que hacemos de tu grandeza y poder.

Unidos a la regia emblema te ofrendamos también las bellas flores espirituales y una corona de amor de nuestro agradecido corazón.

Te suplicamos con humildad que nos aceptes y nos recibas como tus siervos y vasallos; por nuestra parte te prometemos obediencia y el merecido tributo de nuestros pechos leales.

Imploramos en este día glorioso, de tu maternal corazón que tus virginales manos sean siempre pródigas en gracias y dones celestiales.

Bendice generosa, Madre y Señora Nuestra, al R. Pontífice, haz que su mensaje de paz, de caridad y de amor resuene hasta en los rincones más apartados de la tierra.

Contempla con maternal amor a nuestra querida patria, a México que por tantos títulos te pertenece, mira como los enemigos de la fe han multiplicado sus esfuerzos para alejarla de tu Inmaculado Corazón.

Bendice al venerable episcopado que nos dirige y gobierna, de manera especial te pedimos por nuestro digno Prelado que con tanto amor ha preparado este homenaje a tu grandeza.

Colima tiene su asiento ante la Reina de Talpa por medio de su estandarte.



Te rogamos también por nuestros sacerdotes, que con tanta abnegación trabajan por tu gloria.

Derrama generosa tus auxilios y tus gracias sobre todos los fieles, que con fe inquebrantable buscan un refugio seguro en tu maternal corazón.

Protege a todos tus hijos, sobre todo a los pobres, despreciados y humildes, a todos tus amados peregrinos, mira la fe con que te invocan, el amor inmenso con que se acercan a ti; haz, con tu gracia, más llevadera la carga de nuestras miserias, enjuga nuestras lágrimas, consuela nuestras penas, recuerda Señora, que para eso has querido permanecer entre nosotros.

Bendice cariñosa a cuantos hoy te hemos coronado, sálvanos, protégenos, cúbrenos con tu manto y no nos desampares hasta que un día en la gloria, todos unidos, podamos cantar tus alabanzas por toda la eternidad. Amén".



Insignias de otros lugares que adornan el altar de Ntra. Señora





CAPITULO VEINTICUATRO

Talpa Durante el Conflicto Religioso 1926-29

EL RECUERDO de las festividades de la coronación de la Santísima Virgen quedó profundamente grabado en el corazón de cuantos la presenciaron. Desde entonces, el 12 de mayo de cada año se ha venido celebrando con una nueva fiesta a la que se han sumado nuevos títulos, como veremos después. Todo esto fue haciendo crecer el amor y la devoción de los fieles a la Santísima Virgen, como puede constatarse por el aumento de las romerías que cada año se veían crecer en número y en manifestaciones de fervor y devoción.

Ni la constitución de 1917, ni tantos cambios en la política habían conseguido traer la completa paz al país que desde hacía ya tantos años venía empapándose en la sangre de sus hijos. Ahora tocaba a la Iglesia Mexicana pasar por una de las pruebas más duras de su historia.

Para el año 1926 ocupaba la primera magistratura de la República el Presidente D. Plutarco Elías Calles, quien desde un principio no dejó de hostilizar a la Iglesia con sus leyes y decretos persecutorios, llegando con ello a crear una situación tan difícil que el V. Episcopado Mexicano se vio en la necesidad de tomar medidas drásticas. Fue así como el 25 de julio del año que historiamos firmaba una carta pastoral en que decretaba la clausura de los cultos para el día 31 del mismo mes.

En Talpa, como en toda la nación, la noticia llenó de consternación a todos los cristianos. Durante los días que precedieron al día último del mes, los templos se vieron llenos de fieles que deseaban recibir los santos Sacramentos ante la perspectiva de que después sólo podrían recibirlos con grandes dificultades.

El día 31 de julio fue de duelo para el pueblo, que vio con dolor cómo los sagrarios quedaron vacíos, los campanarios mudos, los ministros del altar ocultos y la Iglesia de Dios perseguida.

Para que las iglesias y su mobiliario no quedara como cosa de nadie sino que hubiera alguien que se hiciera responsable de ellos, se nombró con toda oportunidad una junta de señores de lo más caracterizado del pueblo, entre sus miembros se contaron las siguientes personas: los Sres. Lorenzo Hernández, Rosendo Güitrón, Miguel Becerra, Rómulo Nava, Alfonso Hernández, Ignacio Tovar, Enrique Gil, Leopoldo González, Rafael Araiza, Praxedis López, etc. A ellos fueron entregados bajo inventario, las iglesias con cuanto poseían, en tanto que los sacerdotes se retiraron a sus propios domicilios.

En el año 1927 fue visitado el santuario por un buen número de peregrinos que acudían a la buena Madre a implorar la deseada paz; los sacerdotes abandonaron esta ocasión el pueblo para no entrevistar a los peregrinos que solicitaban sus servicios y ver que no podían prestárselos.

Como las cosas iban empeorando cada vez más, para fines de 1927 el Capellán Mayor del Santuario y algunos sacerdotes tuvieron que salir del pueblo; según parece, el Sr. Cura deseaba refugiarse en el vecino país del norte, cosa que de hecho no verificó, pues se regresó de la frontera. Sólo quedó en Talpa el P. Palafox, que no abandonó el lugar a pesar del peligro.

Durante el mismo año se registraron los primeros levantamientos de cristeros, o personas del pueblo que lucharon en defensa de la fe y de la libertad religiosa; varios grupos de voluntarios capitaneados por algún cabecilla empezaron a merodear por la región. El Gobierno, por su parte, activó el cuidado del pueblo no dejando de tener tropas, ya dentro de la población, ya en sus alrededores. Para el mes de octubre tuvo lugar el primer encuentro entre cristeros y federales; la lucha se verificó cerca de la antigua Hacienda llamada Cabos. Los militares registraron la baja del Subteniente J. Jesús Mondragón, quien perdió la vida en la refriega.

El año siguiente las peregrinaciones se vieron del todo suspendidas, pues, aunque los templos permanecían abiertos, los cultos continuaban cerrados, además, como en ocasiones anteriores los caminos se habían vuelto inseguros y peligrosos.

En la sierra de Parnaso, por la región llamada de "La Cumbre" se había hecho fuerte un grupo de valientes cristeros capitaneados por el Gral. Luis Ibarra y los coroneles Martín Calderón y J. Guadalupe Gómez.

Para exterminarlos nombró el Gobierno al General Enrique Torres, jefe del 19 regimiento de caballería.

El 28 de junio pasaron por Talpa los federales en busca de los rebeldes. Sabedores los cristeros de que se acercaba el enemigo y como buenos conocedores del terreno se internaron en lo más fragoso de la sierra, en donde prepararon una emboscada al enemigo.

Cuando el ejército federal iba en lo más elevado de la montaña. en una encrucijada del camino de muy difícil salida, arrojó sobre el toda su fuerza el ejército de los cristeros, formándoles un sitio en unos cuantos minutos, entablándose a la vez una sangrienta y reñida batalla.

La suerte no se hizo esperar. Después de un corto lapso de tiempo de fuego cerrado, la victoria estuvo de parte de los cristeros que causaron a sus contrarios, además de una completa derrota, fuertes bajas tanto en hombres como en caballos, armas y parque.

Dice la tradición que uno de los cristeros que estaban afortinados, por un accidente involuntario, dejó que rodara una piedra en el momento que pasaba el ejército federal; esto llamó la atención al enemigo y fue la causa por la que se inició el ataque antes del tiempo prefijado, permitiendo a muchos soldados la fuga pues dicen los sobrevivientes de dicha odisea que tenían tan bien planeado el ataque y el lugar les era favorable, que de haber dado la batalla conforme sus planes no habría quedado quizás ningún soldado vivo.

Completamente derrotado y con su ejército diezmado volvió a Talpa el Gral. Torres trayendo buen número de soldados gravemente heridos.

Fue entonces cuando, aprovechando que el curato estaba solo y cerrado, lo tomaron para cuartel quedando desde esa fecha en poder del Gobierno. Allí permaneció la tropa durante algunos días, muriendo varios de los soldados que venían heridos, siendo sepultados dentro de las piezas o dependencias, pues no los llevaron al panteón municipal por no hacer más sensible la derrota.

Este combate se verificó el 29 de junio de 1928 y fue la acción de armas de mayor importancia que se llevó a cabo en toda la comarca durante los años del llamado conflicto religioso.

Ese mismo año se registraron otros de menor importancia. Por ejemplo: el 21 de marzo atacó la plaza el cabecilla Remigio Verduzco que con su tropa saqueó parte del comercio local y secuestró al C. D. Alfonso González Pérez.

Todo esto hizo que el Gobierno no retirara sus tropas. Durante el resto del año, casi siempre hubo en el pueblo soldados del 19 regimiento a las órdenes del Capitán Primero D. Edmundo Recio y del Teniente Sebastián Espejo.

Así llegó el 21 de junio de 1929 en que, previos arreglos y acuerdos entre ambos gobiernos, civil y religioso, se publicó la orden de que todos los sacerdotes podían volver a sus abandonados templos y hacerse cargo de sus antiguos puestos.

El Capellán mayor y párroco de Talpa nos legó sobre su regreso la siguiente nota: *Hoy, terminado el conflicto religioso, con el auxilio del Altísimo y de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe vine a mi antiguo destino para ponerme a las respetables órdenes de mi digno Prelado. Llegué a esta cabecera el 26 de los corrientes y al día siguiente puse el mensaje siguiente: Ilmo. Sr. Obispo D. Manuel Azpeitia Palomar. Tepic. Mascota reanudáronse cultos, fieles están ansiosos ábranse aquí, ruego V. S. autorizarme recibir templos, abrir cultos mañana. Respetuosamente. Filemón López G".*

El mismo día se recibió la siguiente respuesta: *"Autorízolo reciba templos y restablezca cultos, salúdolo afectuosamente. Manuel Azpeitia Palomar".*

El 28 del mismo las campanas se echaron a vuelo y con una misa solemne celebrada en el altar de la Santísima Virgen y un imponente tedéum en acción de gracias se dio fin a una de las épocas más amargas de la Historia de la Iglesia en México.

En el mes de diciembre del mismo año recibió nombramiento como capellán menor del santuario y vicario parroquial el neosacerdote D. Rafael Parra; celebró con toda solemnidad su primera Misa en el santuario a los pies de la Gran Señora de Talpa, ejerció loablemente su ministerio sacerdotal en esta jurisdicción hasta el mes de abril de 1932 en que fue removido del lugar.

A medida que se fue restableciendo la paz y los caminos prestaron alguna seguridad se fueron reanudando las romerías suspendidas hasta entonces casi completamente; el año 1930 fue de gran afluen-

cia de peregrinos que vinieron a lucrar la indulgencia jubilar concedida por el Sumo Pontífice reinante con motivo de su áureo jubileo sacerdotal.

El mismo año, 1930, practicó el Emmo. Sr. Azpeitia su postrera visita al santuario y parroquia de Talpa. Casi todas las instrucciones que dejó, se refieren al reestablecimiento del culto y devoción a la Santísima Virgen del Rosario.

En el mes de abril pidió el mitrado un informe al capellán mayor del templo de la Sma. Señora referente al estado en que habían quedado los templos y la administración parroquial después del conflicto. De la respuesta que se le dio tomamos los siguientes puntos que nos interesan; sobre la Sma. Virgen escribe: *"Debo hacer notar que era costumbre muy antigua que la santa Imagen, el día diez de septiembre de cada año* (víspera del primer día del novenario) *se ponía en la cabeza de cada uno de los fieles devotos de Ntra. Señora.*

Millares de personas corrían a estos actos desde en la madrugada, antes de abrir la Basílica una gran turba de gente ya estaba lista para entrar a gozar de estos actos que ellos llamaban de privilegio.

Estas turbas estaban entrando a la Basílica todo el día y parte de la noche, de modo es que los sacerdotes que teníamos que imponerla todavía a los tres o cuatro días nos encontrabamos adoloridos de todo el cuerpo por el trabajo ya expresado; pero había que verificar esto en vista de que nuestros antecesores lo habían practicado, como ya dije antes, y la costumbre adquiere fuerza de ley.

De modo que si nosotros nos hubieramos resistido a este trabajo, nos hubieramos atraído el odio de todo este pueblo así como tambien de otros. Tambien debo hacer notar que nuestros antecesores hicieron lo que prohibió terminantemente el Prelado Diocesano y ya lo habían prohibido antes los Ordinarios de Guadalajara a donde pertenecía antes esta parroquia"

Acerca del Santuario, informa: *"La Basílica* (que así la llama el por un error que ya antes apuntamos) *por su decoración presenta un aspecto bello, sublime, encantador; digo esto por que así lo han expresado todas las personas que lo han visitado, que es una verdadera joya de arte".*

Sobre el clero parroquial, nos dice: *"Los padres que administramos en esta parroquia somos: el que suscribe y los Sres. Pbros. Salvador Palafox, Francisco. de A. Ballesteros y J. Jesús Villarreal".*

La añosa costumbre a que alude el párroco, de colocar la Taumaturga Imagen sobre la cabeza de los fieles podía entonces calificarse de inmemorial; existía ya en los tiempos del Pbro. D. Juan Nepomuceno Ibarra que tuvo a su cargo el santuario desde el año 1833; repetidas veces fue prohibida por la Sagrada Mitra de Guadalajara, así como tambien la costumbre de sacarla del templo sin licencia expresa para cada caso. Fue hasta el año 1923, en que tuvo lugar la coronación pontificia de Nuestra Señora, cuando se urgió el cumplimiento de dicha prohibición y parece que entonces empezó a declinar dicha costumbre.

De esa fecha en adelante, en lugar de la Santa Escultura se ha venido imponiendo el manto más antiguo y la corona de la Santísima Señora. A este respecto, escribía el Dmo. Prelado Diocesano: *"Concedo licencia para imponer sobre la cabeza de los fieles devotos de Ntra. Señora del Rosario de Talpa ya el manto, ya la corona que antes tenía la Santa Imagen, en los días dos de febrero y doce de mayo respectivamente, con el fin de aumentar el amor y la devoción a la Virgen Santísima del Rosario y satisfacer los deseos de los fieles de ser tocados con algunos de los objetos que ha usado la Santa Imagen.*

Sin embargo, tendrá Ud. especial cuidado de instruir a los mismos fieles sobre la devoción a Nuestra Señora y la verdadera significación de esos actos a fin de alejar toda apariencia de superstición en el culto de Ntra. Señora ya que ahora, a causa principalmente de la grandísima ignorancia religiosa, muchísimas personas son propensas a prácticas supersticiosas.

Por lo mismo esta licencia cesará si la imposición de aquellos objetos pierde su verdadera significación o da lugar a un culto vicioso o indebido a Nuestra Señora".

En estos años tuvo lugar la demolición de la arcaica penal de Guadalajara que se conoció con el nombre de Escobedo.

Gracias a las gestiones practicadas por el Sr. D. Jose Ma. Cuellar, vástago de una de las familias de más rancio abolengo de Talpa y que fue Gobernador del Estado de Jalisco del 8 de agosto de 1929 al 11 de julio de 1930, se obtuvo que el reloj público de dicha penitenciaría pasara al santuario de la Santísima Virgen. En esta forma el arcaico cronómetro que marcó la entrada y salida de millares de romeros que por más de una centuria, fue sustituido por otro no menos histórico, pues de haber marcado la hora de libertad a tantos prisioneros y



Con la cruz a cuestas hasta los pies de la Madre querida . . .

la hora fatal a tantos sentenciados a la pena capital, venía a señalar los momentos, a los apacibles moradores del pueblo de María Santísima del Rosario.

La instalación del mencionado reloj fue hecha por el que entonces fungía como presidente municipal, el Sr. D. Praxedis López. Principió su tarea de contar las horas en Talpa el primero del año de 1931.

En mayo de 1932, Talpa se estremeció ante la perdida de uno de sus sacerdotes más queridos, el Pbro. D. Salvador Palafox; llevaba ya 25 años de servir a la parroquia como Teniente de Cura y durante todo este tiempo fue ejemplar por su caridad y celo apostólico.

Después de sobrellevar con admirable paciencia la enfermedad que lo llevó a la tumba el 25 de mayo, a las 11 horas entró en agonía.

Desde esa hora fue imposible contener la multitud de gentes que entraban y salían con inquietud y pena a la casa de su querido padre. A esa misma hora se expuso el Santísimo Sacramento en el templo parroquial, se le administraron los últimos auxilios espirituales y, siendo las seis y cincuenta minutos de la tarde, en medio de una calma y tranquildad admirables, entregó plácidamente su alma al Creador.

Sus restos mortales fueron velados en su domicilio particular de la calle Benito Juárez No. 7 hasta el día siguiente en que, después de celebrar solemnes honras fúnebres en sufragio de su alma, fueron conducidos a su morada final. El sepelio resultó uno de los más concurridos que recuerda la historia del pueblo; tanto la vía pública como



Padre Salvador Palafox, uno de los sacerdotes más queridos en Talpa.

el cementerio resultaron insuficientes para contener los millares de personas que le acompañaron. De la obra inedita "Talpa" tomamos el siguiente párrafo referente al sacerdote desaparecido:

"Murió el querido padre, su cuerpo fue separado de la vista de su pueblo, pero se quedó en el corazón de sus hijos. No hizo en Talpa cosas grandes en el orden material, el P. Palafox, tampoco las hizo en el campo cultural, en ninguno de estos aspectos era ni siquiera una notabilidad, menos aún un genio, lo único que tenia este sacerdote extraordinario era un gran corazón y una gran alma toda llena de caridad, un don de gentes nada común y una abnegación de sí mismo muy cercana a lo heroico.

Amable, bondadoso, compasivo y complaciente con todos, fue siempre este ministro del Señor. La obediencia lo colocó en un puesto muy difícil y en el supo siempre mantenerse a la altura de su deber, de hecho era párroco sin serlo de derecho, tenia tan sólo el cargo sin los derechos ni los honores, mientras tuvo a su cargo el templo parroquial mantuvo el culto en él en una forma tal que no se ha repetido en el resto del siglo actual.

Hace 25 años que sobrevino su deceso y su memoria se conserva fresca en su parroquia; se le recuerda con cariño y se le admira en la grandeza de su alma. Para sustituirle fue nombrado el entonces joven sacerdote Pbro. D. Manuel Ribera".

El día 3 del siguiente junio, nuevas desgracias turbaron la paz de Talpa y sus aledaños. A las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana se hizo sentir un fuerte temblor de tierra que sacudió los edificios, primero en forma oscilatoria y después trepidatoria. (1).

Entre los edificios que sufrieron más serios daños se contó el santuario de la Santísima Virgen, cuya torre del lado norte quedó no sólo muy cuarteada, sino tambien bastante inclinada, amenazando ruina a más de medio templo; la torrecita de la caseta del reloj se partió en dos pedazos, cayendo una parte al atrio y otra hacia el interior del edificio.

Esto causó gran alarma tanto al pueblo como a las autoridades civiles que giraron oficio al Capellán Mayor del Santuario, ordenándole la inmediata clausura del edificio para evitar posibles desgracias personales.

Como el peligro era en realidad grave, se procedió al cambio de la Santísima Señora al templo parroquial que no había sufrido daños, por lo menos dignos de consideración y que, por lo mismo, presentaba mayor seguridad.

Teniendo en cuenta que la torre inclinada presentaba un serio peligro para algunas de las casas que rodean el santuario, se tomaron

---

(1) Con gran viveza nos pinta aquel cuadro de terror la siguiente nota, por eso preferimos transcribirla a la letra mejor que comentarla:

"La terrible catástrofe que llenó de pánico a toda esta comarca sorprendió la población en las horas en que se entregaba al descanso y cuando se hallaba más desprevenida.

Varias conmociones del suelo castigaron el pueblo con una de las sacudidas más fuertes que registra la historia de toda la comarca, el pueblo vivió en ese día horas de angustia y de terror.

El sismo inició su actividad deletérea con un lento movimiento de tierra que se fue haciendo más fuerte hasta llegar a su máximo causando entonces los daños más notables; calmó enseguida, cual si fuese a desaparecer, para luego rehacerse en forma más violenta y destructora.

Las personas despertaron alarmadas por el ruido que producían las puertas, los techos y los objetos que chocaban o caían haciéndose pedazos. Todos corrían a la calle o a lugares donde no fueran aplastados por los edificios que amenazaban ruina.

Desde aquella hora, la noche se convirtió en una pesadilla interminable, no había luz y las tinieblas lo llenaban todo, nadie tenía confianza en sus habitaciones ni se atrevía a refugiarse bajo techo.

las medidas precautorias necesarias para evitar posibles desgracias, entre tanto las autoridades locales insistían al Capellán Mayor que procediera cuanto antes al arreglo de la destruída torre.

El Sr. Cura López, que a la sazón gobernaba el curato, se comunicó inmediatamente con el Prelado diocesano pidiéndole instrucciones al respecto, sobre todo la autorización para llamar a un ingeniero de Guadalajara con el fin de que dictaminase lo que fuera más pertinente hacer.

Como los temblores continuaron, aunque con menos intensidad, durante el resto del día, el temor y la alarma cundieron haciéndose cada vez más grandes.

Una vez que se trasladó la Sagrada Imagen al templo parroquial, el santuario quedó casi sin accceso, pues se temía que de un momento a otro la torre amenazante fuera a desplomarse, sobre todo teniendo en cuenta que constantemente caían pequeñas piedras de las cuarteaduras.

Los fondos del santuario eran por el momento insuficientes para hacer frente a un gasto tal como el que originaba el derribar la torre y edificarla de nuevo. El administrador de dichos bienes escribía al

El día siguiente no fue de calma absoluta nuevos temblores llenaron de pavor y de espanto a los asustados pobladores, la iglesia y algunos edificios resultaron dañados.

La oscilación de objetos suspendidos, el crujir de puertas y ventanas, las constantes sacudidas de la tierra, hacían que la gente permaneciera estática, ante su más completa impotencia sólo podía clamar al cielo, se oprimía la cabeza con las manos y quedaba en silencio, todos volvían su mirada y su corazón hacia la Sma. Virgen del Rosario y ponían en Ella toda su confianza.

Apenas el alba mañanera iluminó tenuemente el horizonte con su luz blanquecina, acudieron los fieles presurosos a la Iglesia; mas grande fue su sorpresa y peor su desesperanza al ver que la casa de la Madre buena había resultado seriamente dañada.

Algunos, llenos de confianza, esperando la protección de la Sma. Virgen, se acercaron a su altar y pidieron clemencia; otros, desconfiados, permanecieron fuera a prudente distancia.

Ante tanta desgracia y tan serios peligros no quedaba otro recurso que orar e implorar la misericordia del Altísimo, por fortuna no se registraron desgracias personales".

Hasta aquí la nota.

Prelado: "*Bien se comprende que estos fondos son enteramente insignificantes para tan magna obra y que tan sólo servirán para principiar dado lo destruídas que están las mensionadas torres*".

Con la rapidez que requería el caso, se tramitó el viaje de un ingeniero que procedente de Guadalajara, llegó a Talpa el día 12 del mismo mes y habiendo examinado la torre más dañada, dictaminó que no había otra solución que destruirla, pero que de momento resultaba tan peligroso acercarse a ella que había que estudiar detenidamente la forma de hacerlo para que se conjurara el peligro lo más que fuera posible.

Así permaneció, sin solución, hasta el día 18 del mismo mes en que, siendo las nueve y treinta minutos de la mañana, un nuevo sismo en forma oscilatoria sacudió la tierra.

Mientras todos esperaban que este temblor derribaría la torre, aconteció todo lo contrario, pues al terminar el sismo y cuando todos acudieron a ver lo que había pasado, con gran sorpresa, incluso del perito, se enteraron de que la torre se había enderezado, por lo menos en una gran parte y que, por lo mismo, el peligro había disminuído notablemente, ofreciendo un máximun de seguridad para su arreglo.

Se aprovechó esa circunstancia y con la mayor cantidad de gentes que fue posible reunir, en unas cuantas horas se aplicaron amarres de hierro, se amacizaron las cuarteaduras y se cegaron algunas ventanas para darle mayor fuerza, con lo que desapareció el peligro.

Todos atribuyeron el hecho a una intervención milagrosa de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

A pesar de haberse reanudado los cultos y de haberse concedido libertad a la Iglesia, la persecución continuó en distintas formas. En octubre de 1932, el Gobierno del Estado de Jalisco, por el decreto No. 3742 reglamentaba el número de sacerdotes que podían ejercer públicamente el ministerio sacerdotal, siendo tan sólo un total de cincuenta para todo el Estado. Esto originó una nueva clausura del culto, que tuvo lugar el primero de noviembre del mismo año.

El territorio del Estado se dividió en zonas que fueron repartidas a los pocos sacerdotes que podían laborar en ellas; cada zona tenía un lugar o pueblo que le servía de cabecera en donde debía regis-

trarse el clerigo encargado de ella ante las autoridades civiles. La elección del clérigo quedaba en manos de los propios Prelados.

Tocó a Talpa ser cabecera de zona y dentro de su Jurisdicción quedaron los pueblos de San Sebastián. Guachinango y Tenamaxtlán que, con la cabecera, eran cuatro parroquias que debian ser administradas por un solo sacerdote.

,, Como el Sr. Cura de Talpa era ya muy anciano y muy enfermo no pudo recibir el cargo de las cuatro parroquias, por lo que se le pidió la renuncia para dar el nombramiento a un sacerdote joven y sano que pudiera recorrer a caballo las largas extensiones de terreno que abarcaba su nueva jurisdicción. El nombramiento recayó en el Pbro. D. Jose Ramírez, quien llegó a Talpa el 12 de diciembre a las 4 p. m.; se registró en las oficinas del gobierno local y esa misma tarde abrió el culto en el santuario que, como ya vimos, permanecía cerrado desde el 1o. de noviembre.

El nuevo párroco inició en seguida sus labores; permanecía dos semanas en la cabecera de cada una de sus cuatro parroquias siguiendo el preestablecido itinerario; Talpa-San Sebastián-Guachinango-Tenamaxtlán, tenía dificultades de celebrar tres misas diariamente, siempre que hubiera suficiente asistencia de fieles. Poco a poco, con el transcurso del tiempo y el cambio de gobernantes, la ley dejó de urgirse y las cosas se volvieron a normalizar. pudiendo ejercer los sacerdotes en sus destinos.

Durante esos años aciagos y de persecución recibieron nombramiento como capellanes menores del santuario y vicarios parroquiales los Pbros. D. Demetrio Siordia y D. Antonio Martínez Inda.

El 18 de febrero de 1935 fue de gozo para el obispado de Tepic, por celebrar en esa fecha las bodas de oro sacerdotales de su Dmo. Prelado, quien a la sazón se hallaba en Guadalajara en busca de salud.

Celebró Su Excia. ese día el Santo Sacrificio de la Misa con aquel fervor y devoción que le eran caracteristicos. Fue la postrera Misa que celebró en su vida. Esa tarde se sintió cansado. pasó el resto de ese día bastante fatigado; al iniciarse el 1o. de marzo el mal tomó caracteres de gravedad. Poco despues el Prelado entró en agonía y pasadas tres horas entregó plácidamente su alma en manos del Señor.

Una semana más tarde, Talpa perdía al sacerdote que por espacio de 23 años había sido su pastor y fiel guardián del templo de la Madre del cielo, el Pbro. D. Filemón López González.

Al morir este insigne sacerdote dejó al pueblo dos imperecederos recuerdos: el áureo corazón que se impuso a la Madre [illegible] el año 1915 y la coronación pontificia de la Portentosa Imagen que tuvo lugar el año 1923.

Su obra en Talpa es digna de elogio, pues a pesar de haberle tocado una de las épocas más aciagas de la historia de la [illegible] supo sostenerse y luchar por la gloria de Dios y la [illegible] del [illegible]nado de la Santísima Virgen.



Sr. Pbro. D. Filemón López González que proyectó imponer a la Santísima Virgen del Rosario un artístico y rico corazón de oro. También tocóle reanudar los cultos suspendidos con motivo del conflicto religioso.



Altar mayor como aparecía en el segundo tercio del siglo XX.

CAPITULO VEINTICINCO

Tercer Centenario de la Renovación de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa

PARA suceder al Emmo. Sr. Obispo Azpeitia Palomar, fue preconizado el que fuera su Vicario General y, a su muerte, Vicario capitular, el Pbro. D. Anastasio Hurtado y Robles.

El 12 de abril, pascua de Resurrección en ese año, 1936, recibió la consagración episcopal en la catedral metropolitana de Guadalajara de manos del Emmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Jose Garibi Rivera.

En el mes de junio del año siguiente practicó su primera visita pastoral a esta parroquia. Una de las cosas que mucho recomendó en esta ocasión fue la devoción a la Santísima Virgen, sobre todo mediante el rezo del santo Rosario; dio instrucciones para que, a pesar de la terrible escasez de sacerdotes que a causa de las constantes persecuciones se hacía sentir en todo el obispado, los dos únicos clerigos que atendían el santuario y la cura de almas, atendieran lo mejor posible el culto de la Patrona del pueblo, su templo y sus peregrinos que cada día aumentaban.

En estos años fue sustituído el Pbro. D. Rafael Martinez Inda por el Pbro. D. Pedro Macedo, natural que era de una de las haciendas pertenecientes a esta comprensión, uno de los centros mineros más florecientes en el último cuarto del siglo pasado. El Real del Desmoronado; este clérigo se distinguía por su humanidad, su sencillez, su laboriosidad y gran devoción a la Santísima Virgen. (1).

---

(1) En este mismo tiempo desempeñó el ministerio sacerdotal en esta parroquia el Pbro. D. José de Jesús Hernández. No hemos podido concretar la fecha de su llegada.

El 26 de noviembre de 1942 Talpa se estremeció de dolor ante uno de los acontecimientos más dolorosos y llenos de luto que ha registrado su historia, el robo sacrílego de las joyas de la Santísima Virgen del Rosario.

No era esta la primera ocasión en que el santuario era víctima de la sórdida avaricia de ladrones, bandoleros y desalmados que se atrevían a sustraer objetos de valor del recinto sagrado. Ya se habían registrado robos en ocasiones anteriores, pero nunca se habían atrevido a tocar directamente la portentosa Imagen como en esta ocasión.

Para verificar el robo sacrílego tuvieron que romper uno de los gruesos cristales del trono de la Santísima Señora; se infiere que lo hicieron con uno de los pesados candeleros que se hallaban en el altar mayor y, una vez que franquearon la entrada, la despojaron de sus más ricas preseas: su corona, su resplandor, el corazón de oro, el cetro, la media luna, tratando inútilmente de robarle tambien el hermoso rosario que lleva consigo, el que sólo lograron romper en cinco pedazos.

Este acto de barbarie tuvo lugar como a las 11 p. m. El templo se habia cerrado a su debido tiempo, como era costumbre a las 7 de la noche, pero se infiere que los ladrones habian quedado ocultos desde antes.



Momento en que el Emmo Sr. Obispo D. Anastasio Hurtado y R., impone la corona a la Santísima Virgen del Rosario, después del robo sacrílego, el año de 1943.

Al ruido estrepitoso que se produjo por la rotura del grueso cristal, que se hizo oir hasta la calle, acudieron algunas personas que se hallaban cerca del templo, notificaron al párroco y a las autoridades civiles; se dio inmediatamente un toque de alarma con la campana mayor, pero cuando se acudió a prestar auxilio, los ladrones se habian fugado llevando consigo las joyas antes mencionadas y el dinero de los cepos que había dentro de la Iglesia.

Inmediatamente se notificó a las autoridades locales que se presentaron enseguida al lugar mismo de los hechos, hicieron las correspondientes investigaciones y levantaron el acta siguiente:

"En la Villa de Talpa de Allende, Jalisco, siendo las 11 horas a.m. del día 27 de noviembre de 1942, los suscritos C.C. Enrique Gil, Presidente de la junta vecinal de esta población, el Sr. Cura D. José Ramírez, encargado del templo, Juan Becerra, Pte. Municipal y el Agente Federal de Hacienda en funciones de Agente del Ministerio Público Federal, con motivo del robo que se efectuó ayer por la noche en el templo ya mensionado y cuyos hechos fueron consignados ante el Agente del Ministerio Público Federal, por el C. Presidente Municipal en oficio No. 1062 de esta fecha y con el objeto de cerciorarnos de lo ocurrido, procedimos desde luego a practicar las averiguaciones correspondientes en el lugar de los acontecimientos, habiendo encontrado que para sustraer los objetos robados a la Imagen de la Virgen del Rosario de Talpa, rompieron un cristal del trono presumiéndose que lo hicieron a golpes con un candelero por haberse encontrado este junto al cristal roto; las joyas que faltan, o juicio del Sr. Cura que es quien las conoce son: dos coronas de oro, la de la Imagen de la Virgen y la del Niño, un cetro tambien de oro, un escudo igualmente de oro, un resplandor grande y una media luna, todo de oro como se ha dicho.

Fueron abiertos los cepos llevándose el dinero que había en ellos; fue forzada la puerta principal del templo y se presume que fue de dentro a afuera al emprender la fuga.

Hasta estos momentos no se ha notado que falten otros objetos a juicio del Sr. Cura. Y con esto se da por terminada la presente diligencia firmando los aqui presentes para constancia"

Se informó en seguida al Emmo. Sr. Obispo diocesano, el cual, para cerciorarse mejor de lo ocurrido, hizo un viaje especial, de in-

cógnito a Talpa; mientras tanto el pueblo manifestaba su pena profunda y su dolor por tan salvaje atentado.

Tanto los particulares como las autoridades hicieron toda clase de investigaciones con el fin de descubrir a los autores del delito y recuperar las prendas; pero todo resultó en vano, por lo que hubo necesidad de mandarlas hacer de nuevo a Guadalajara. Se encargó esta vez de su manufactura el conocido orfebre tapatío D. Manuel Peregrina.

Por más que se deseó y luchó porque se hicieran de nuevo en el menor tiempo posible para que no careciera de ellas, la Santísima Virgen, sólo fue posible conseguir que estuvieran terminadas hasta el mes de abril del año siguiente, por lo que dispuso el Ordinario del lugar que el siguiente doce de mayo, aniversario de la coronación, tendría verificativo la reposición de dichas joyas.

Estando todo convenientemente dispuesto, en esta fecha tuvo lugar, como a las 8 a. m., la ceremonia en que el Dmo. Prelado diocesano bendijo y colocó de nuevo las insignios a la Gran Señora, celebrando a continuación una solemne Misa Pontifical en la que ocupó la Cátedra Sagrada el Emmo. Metropolitano de la Catedral de Guadalajara con una lucida pieza oratoria alusiva al acto.

Ese mismo día por la tarde, siendo como las 17 horas y cuarenta minutos, se llevó a cabo una imponente peregrinación con la soberana Imagen que fue llevada en elegantes andas por distintos clerigos en medio de vivas, aplausos y cantos de una muchedumbre que la aclamaba, no sólo por el recinto del templo sino que salió por la plaza principal con el fin de que recibiera un desagravio público en forma semejante a la profanación que había recibido meses antes.

Los últimos meses del año, para cubrir la vacante que dejó el Hacedor de la Curia diocesana, el Pbro. D. J. Jesús Luna, quien pasó a mejor vida, fue electo el Pbro. D. José Ramírez, que a la sazón continuaba como Párroco y Primer Capellán del Santuario de este pueblo.

Para llenar la vacante del Sr. Cura Ramírez, fue designado el que entonces fungía como Cura de la parroquia de Acaponeta, Nayarit, Pbro. Leandro Rocha; este se hizo cargo del nuevo beneficio a principios de enero de 1944.

Para cubrir la vacante de Acaponeta recibió nombramiento de cura propio el Pbro. D. Pedro Macedo, quien abandonó a Talpa en el



El Emmo. Sr. Don Anastasio Hurtado ciñe las sienes de la Santísima Virgen, 12 de mayo de 1953.

mes de marzo, siendo muy sentido de toda la feligresía: su lugar fue cubierto por el Pbro. D. J. Guadalupe Uribe.

El 19 de septiembre de ese año cumplía la Insigne y Milagrosa Imagen su tercer centenario de renovada.

Como esa fecha coincidía con el temporal de las aguas y las comunicaciones se hacían escasas y difíciles, el Sr. Obispo Diocesano dispuso que la fiesta solemne del tercer centenario tuviera verificativo el 12 de mayo, tiempo en que podía concurrir un número mayor de peregrinos.

De acuerdo con las orientaciones de S. Ecia. Rvma., el dia tres de mayo dio principio el novenario solemne que precedia la gran festividad. Para cubrir el coro se invitó al orfeón de Morelia, Michoacán, que contaba con unas cuarenta voces y además fue traído el orfeón del seminario diocesano.

La cátedra sagrada estuvo a cargo durante todo el novenario, del distinguido orador y escritor jalisciense Pbro. D. Ramiro Camacho.

Desde el dia siete estuvieron llegando los altos Jerarcas que asistieron, siendo de ellos, primero el diocesano al que siguieron los Emmos. Sres. Dr. D. J. Guadalupe Ortiz, Dr. D. Manuel Yerena y Dmo. Metropolitano Dr. D. José Garibi Rivera, a los que se sumó el Ilmo. Protonotario Apostólico de Mexico, Mons. Gregorio Araiza.

Desde el día nueve empezaron a celebrarse las Misas Pontificales con toda solemnidad. El día 11, como una preparación para la fiesta del dia siguiente, se entonaron Solemnes Vísperas Pontificales, se iluminó profusamente el sagrado recinto así en su interior como su ex-



[illegible]

terior, se adornaron artísticamente las calles y edificios, llenándolo todo de alegría y felicidad.

El doce de mayo fue un día de verdadero triunfo y desbordamiento de gozo y devoción para el histórico pueblo de Santiago de Talpa y sus peregrinos.

Desde el despertar del alba hasta muy altas horas de la noche el santuario se vio muy concurrido, fueron muchos los centenares de católicos que se acercaron a dar gracias a la Madre buena por tres siglos de bondad y de amor; la inmensa mayoría de esos alimentaron su alma con la Sagrada Eucaristía.

La Misa Pontifical resultó imponente, sobre todo por la predicación tan llena de piedad y unción que verificó el Dmo. Mitrado de Huejutla, Ilmo. Sr. Yerena. Terminado el Santo Sacrificio e impartida la bendición papal se entonó un solemne Tedéum en acción de gracias al cielo por la serie de favores dispensados por las manos maternales de María.

A las dos de la tarde se sirvió un suculento banquete a los ilustres invitados en el que se impartieron clásicos platillos por distinguidas damas de la mejor sociedad talpense.

Por la tarde, una majestuosa peregrinación compuesta por fieles de todas partes fue recibida en el santuario; en este acto, que revistió gran solemnidad dirigió palabras llenas de consuelo el Emmo. Sr. Obispo D. Anastasio Hurtado y R.

Por la noche lucieron las torres y el pórtico del bendito alcázar de la buena Madre, artísticos fuegos pirotecnicos dando fin a la solemnidad con un bonito castillo.

En el mes de septiembre fue conmemorada en el santuario la fecha gloriosa, y aun la hora feliz, en que la bondad y el poder de la Madre de Dios hicieron su aparición en este apartado rincón de America; el cielo hizo descender una lluvia torrencial que se prolongó durante cuatro días, eso no impidió que millares de fervientes devotos obsequiaran a su Reina con las tradicionales fiestas.

El atrio aparecía engalanado cada mañana con artísticas y variadas composturas, las cámaras de pólvora y la nutrida cohetería, unidas a las típicas luminarias, llenaban el ámbito de alegría llevando la felicidad a todos los corazones. Un testigo de vista describe así las composturas de aquellos días felices:

"Era un verdadero espectáculo el que se contemplaba en el atrio, que cada mañana semejaba un salon inmenso cuya techumbre multicolor se veía formada de vistosos festones, sartas de rosas, pabellones de crespón, abundantes y polimorfas banderolas, caprichosas ondas formadas por festones; lazos que soportaban variadas figuras verdaderos dechados de paciencia, de arte y habilidad. En la puerta del templo destacaban inscripciones alusivas formadas con letras de oro; vistosos cortinajes en blanco y azul y otros muchos decorados publicaban el noble sentimiento que llenaba aquellas almas.

Por la noche multitud de farolitos que adornaban las calles, daban un golpe de vista de verdadera fantasía"

Tan gloriosa y memorable fecha fue también celebrada, de acuerdo con los deseos del Prelado diocesano, en todas las iglesias del obispado de Tepic, en todos los lugares de la diócesis donde había sacer dote se cantó una Misa y un Tedéum y se ofrecieron homenajes a la celestial Señora.

Celebraron tambien tan honroso aniversario las ciudades de Guadalajara, la Capital de la República, las bellas urbes de Cuernavaca, Mor., y de Los Angeles, Calif. U. S. A.

En la ciudad de Mexico la festividad se verificó en el templo de Santa Catarina, resultó muy solemne y fue comentada por la prensa local.

En Cuernavaca se conmemoró el tercer aniversario con un triduo de solemnes misas pontificales, el primer día estuvo a cargo del Emmo. Prelado de Veracruz, Dr. D. Pío López; en el segundo día pontificó el Dmo Mitrado de Huejutla Dr. D. Manuel Yerena y el día 19 ofrendó el Sto. Sacrificio el Emo. Sr. Obpo. de la bella capital morelense.

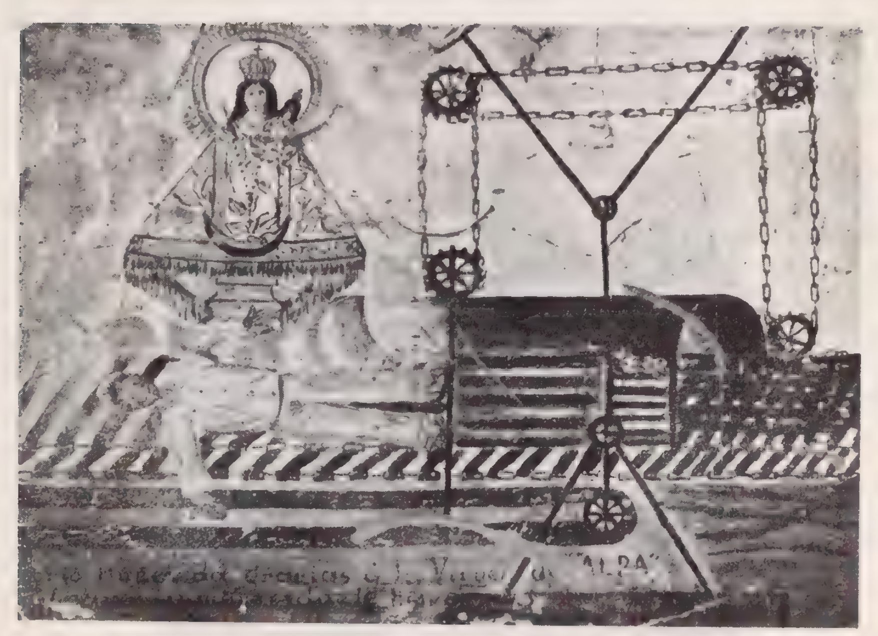
En la magna urbe angelopolita del vecino país del norte, se llevaron a cabo los festejos en el templo que está dedicado a la Sma. Virgen del Rosario de Talpa.

Para la romería del dos de febrero del año siguiente, 1945, volvió a visitar el santuario de la Celestial Señora, el Ilmo. Monseñor D. Gregorio Araiza, celebró de pontifical y se constituyó, desde entonces, en uno de sus más ilustres y entusiastas devotos e insignes bienhechores.

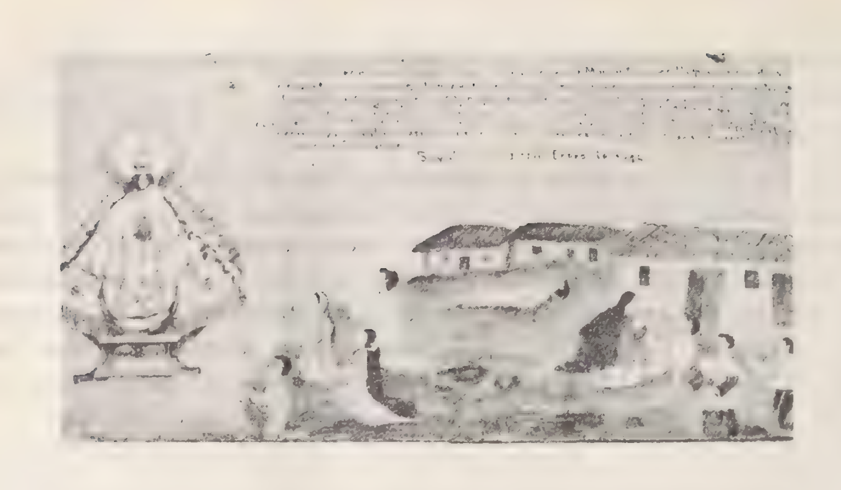
Durante el año 1946 el santuario recibió algunas mejoras materiales, entre ellas podrán enumerarse: el piso de ladrillo mosaico que se

colocó en el atrio sobre el antiguo de piedra cantera que se había ya desgastado: se terminó también la planta alta, que desde el año anterior venía construyndose en el extremo oriental del edificio.

En el mes de mayo de este mismo año, dejó de fungir como segundo capellán del santuario y vicario parroquial el Pbro. D. J. Guadalupe Uribe, la vacante fue cubierta por el entonces joven sacerdote D. Librado López quien ocupó dichos cargos hasta el mes de septiembre del año siguiente, fecha en que los dejó en manos del recién ordenado sacerdote D. Ignacio Ibarra Gaitán: tuvo el privilegio, este clérigo, de ofrendar a la Sma. Virgen las primicias de su ministerio sacerdotal.



La piedad cristiana se pone de manifiesto en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario dando fervientes muestras de sus agradecimientos hacia la Taumaturga Imagen, haciendo colocar numerosísimos retablos, como el que aparece en este grabado.



Aquí aparecen otros dos de los centenares de retablos que los fieles han ofrendado a la Santísima Virgen de Talpa.



CAPITULO VEINTISEIS

Se Concede al Santuario de la Santísima Virgen el Título de Basílica

1o. LA INICIATIVA.

DURANTE LAS festividades con que se rindió homenaje a la Santísima Virgen por su permanencia entre sus hijos, tres veces centenaria, y por la serie imponderable de favores que durante tan prolongado lapso de tiempo ha venido dispensando a sus devotos, se estudió cuidadosamente la forma de honrarla como Ella merece y de mostrarle, de manera solemne y oficial, un homenaje de amor y gratitud.

Los acuerdos tomados en tan memorable ocasión, tuvieron como resultado el proyecto de tramitar, conforme las normas del derecho y ante las autoridades competentes, todo lo conducente y necesario para obtener dos privilegios, que indudablemente redundarían en honra y gloria de la Madre de Dios y vendrían a engrandecer el culto de la Taumaturga Imagen. Consistirían dichos privilegios en la elevación del santuario al rango de Basílica Menor, y en la extensión del patronato de la celestial Señora a todo el invicto obispado nayarita. Ambas cosas deberían tratarse oportuna y debidamente ante la Santa Sede en Roma.

En esta ocasión y bajo el manto protector de María Santísima se tomaron los primeros acuerdos y se hicieron proyectos conducentes a tan loables fines.

2o. SE HACE PUBLICO EL PROYECTO

El 19 de septiembre de 1944 celebraron todos los devotos de la Sma. Virgen el tercer centenario de su portentosa Imagen.

Aun cuando ya se habían celebrado de manera oficial las fiestas centenarias, no quiso el Emo. Ordinario Residencial que pasara desapercibida tan importante fecha, con ese motivo giró una circular a todos sus diocesanos a quienes entre otras cosas decía: "*No he querido que se pase esta fecha gloriosa, sin escribir esta circular que sirva, no sólo de recuerdo del tercer centenario de la renovación milagrosa de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, sino también para proponeros dos cosas que indudablemente redundarán en la mayor gloria y honor de su Santísima Madre. La primera es la que se refiere al patronato de Nuestra Señora del Rosario de Talpa en la diócesis . . . la segunda es la que se refiere a la elevación del santuario de la Santísima Virgen a la dignidad de Basílica Menor*".

Con gran beneplácito del clero y de los fieles fue recibida la circular anterior y publicada en la debida forma. Desde entonces empezaron a elevarse fervientes oraciones al cielo implorando de Dios, por mediación de la que es Reina y Señora, la consecución de tan singulares privilegios.

3o. PRECES A ROMA PIDIENDO LA GRACIA

Uno de los altos jerarcas eclesiásticos que asistieron a las festividades tricentenarias de la milagrosa renovación de la Sgda. Imagen, fue el Ilmo. Monseñor D. Gregorio Araiza, canónigo de la Catedral Metropolitana y Protonotario Apostólico. Este distinguido clérigo cobró, desde un principio, un amor entrañable y una fe y devoción a la Santísima Señora nada comunes: desde un principio manifestó su deseo y buena voluntad para cooperar en todo lo que redundara en loor y alabanza de su amada Virgencita.

Cuando se había madurado debidamente el proyecto y cuando todo estaba dispuesto para dirigir la petición a Roma, solicitando los mencionados privilegios, se presentó la feliz coincidencia de que tan ameritado e influyente sacerdote practicó una visita a la Ciudad Eterna, iba con el fin de arreglar asuntos oficiales ante la Sede Apostólica.

Aprovechando tan favorable circunstancia, el Dmo. Mitrado de Tepic dirigió al Santo Padre las preces en que solicitaba la tan deseada gracia, encomendando este asunto al Ilmo. Monseñor Araiza.



Ilmo. Monseñor D. Gregorio Araiza, Canónigo de la Catedral Metropolitana y Protonotario Apostólico

El 14 de octubre de 1946 abandonó, el ilustre portador de las preces, la metrópoli mexicana llegando felizmente a su destino el 28 del mismo mes.

Con el fin de dar mayor eficacia a la solicitud de la gracia, el Sr. Obpo. de Tepic pidió al Emo. Sr. Arzobispo Primado de Mexico, Dr. D. Luis María Martínez, una recomendación especial ante la Santa Sede, la petición fue atendida de inmediato por el Dmo. Mitrado citadino, en esa forma las preces podían tener mayor eficacia.

4o. SE NIEGA LA GRACIA SOLICITADA

Una de las primeras diligencias que practicó en Roma el misionero, fue la introducción de la solicitud ante el decasterio correspon-

diente con el fin de que fuesen practicados en seguida los tramites del derecho.

Es ley, en la Sede Apostólica, que tan sólo se conceda el rango o dignidad de Basilica a los templos que sean dignos y sobresalientes o notables por la belleza que en ellos debe resplandecer, asi como tambien por sus notables dimensiones.

La Sagrada Congregación solicitó de Mons. Araiza las medidas del santuario de Talpa, mas como el mexicano no las había llevado consigo, tuvo que pedirlas por un cablegrama al Dmo. Ordinario Nayarita.

Sin dilación y por la misma vía le fueron luego remitidas dichas dimensiones, que luego presentó a la Sagrada Congregación deseoso de obtener feliz evento.

Con todo cuidado examinó, la comisión encargada de esta clase de trámites, el asunto de Talpa, y habiendo encontrado que el edificio no reunía las condiciones requeridas para verificar la concesión, negó rotundamente la gracia.

Triste y desconsolado se quedó el Ilmo. Protonotario al enterarse de que su petición había sido rechazada, y de que no había podido conseguir lo que con tanto ardor deseaba en favor de su amada virgencita. A pesar de todo no se declaró vencido ni perdió toda esperanza, determinó entonces, como último recurso, poner aquel asunto en manos y bajo la protección de S. S. Pio X, cuya causa de beatificación se tramitaba entonces.

Buscando la forma de hacer más efectiva su plegaria, quiso celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en el altar de la tumba de tan insigne Pontífice. Mientras tanto, en Talpa y en todo el Obispado se continuaban las súplicas al cielo por mediación de la Sma. Virgen.

5o. EL PAPA CONCEDE PERSONALMENTE LA GRACIA

A la mañana siguiente, estando celebrando Monseñor Araiza la misa en el altar antes mencionado, acertó a pasar por allí S. Eminencia el Cardenal Nicola Canali promotor de la causa de beatificación de S. S. Pio X, y habiendose enterado de que el celebrante era un

mexicano expresó su deseo de hablar con él, sin duda alguna, imaginó que algo quería obtener del gran Pontífice.

Tan luego como terminó la Santa Misa se dirigió, el Protonotario, al despacho del Eminentísimo Cardenal y trató de tener o celebrar una entrevista con el alto dignatario de la Curia Romana.

El purpurado recibió al portador de las preces con toda clase de bondades, Monseñor, por su parte, con toda claridad le expuso la pena que embargaba su corazón. Le habló en forma clara, entusiasta y detallada de la milagrosa Virgencita de Talpa, de su glorioso pasado y, sobre todo de la fe y devoción que tantos cristianos le profesan; le hizo saber cómo deseaban ardientemente sus devotos honrarla con la elevación de su templo a la dignidad de Basílica, y que todo esto ya le había sido negado por el Decasterio de la Curia de Roma.

El Purpurado escuchó con interes y atención toda aquella relación y se mostró deseoso de ayudarle, ya que él era también un ferviente devoto de la Madre de Dios y gran amigo de los mexicanos. Alentó y aconsejó al Protonotario que pusiera aquel asunto en manos de S. S. Pío X, y le prometió llevar personalmente ante el Sumo Pontífice Pío XII gloriosamente reinante y poner cuanto estuviera de su parte para que su petición fuera favorablemente despachada.

El Cardenal cumplió fielmente su promesa, al día siguiente, en una audiencia privada, presentó a S. Santidad la petición de Talpa y le narró todo lo relativo a la milagrosa Imagen, haciendo hincapie en el amor y fervor que manifestaban tantos peregrinos, las penitencias que se imponían y la confianza ilimitada que tienen en tan buena Madre.

Profunda impresión produjeron en el ánimo del vicario de Cristo aquellas narraciones, manifestó por ello gran interes en el asunto mientras tanto no dejaban de llegar al cielo fervientes súplicas, ofrecidas hoy por mediación del pontífice santo, Pío X.

Después de haber examinado de nuevo el Santo Padre aquellas preces, y despues de una madura y seria reflexión, concedió personalmente la gracia, ordenando a la Sagrada Congregación que redactara el Breve, que luego quiso calzar con su autógrafo.

No fue ciertamente la magnificencia del edificio, ni tampoco su mérito artístico lo que impresionó a S. S. Pío XII y lo movió a conce-

der el deseado privilegio, fueron esas manifestaciones conmovedoras e imponentes de amor marial que bajo sus bóvedas se contemplan.

"*Voy a conceder la gracia* —habló el Pontífice— *lo hago como un premio, como una recompensa, como una gracia especial a tantos abnegados devotos de la Madre de Dios, como un estímulo que venga a desarrollar más y más ese amor y esa devoción a la Reina de los Angeles*".

Tan luego como tuvo la noticia, el ilustre portador de las preces, de que todo había llegado a feliz término y de que los anhelos de tantos devotos de María Sma. se habían cumplido, se apresuró a comunicarlo a Tepic por un cablegrama.

El Emo. Prelado tepicense hizo llegar de inmediato hasta Talpa la feliz nueva, que fue recibida en estas tierras con repiques a vuelo de todas las campanas del santuario, y con un solemne Tedéum en acción de gracias. (1).

6o. PREPARATIVOS PARA LA GRAN SOLEMNIDAD

Tan luego como se conoció en todo el obispado y demás lugares la feliz noticia, se iniciaron todos los preparativos tendientes a ofrendar a la Madre buena un acto litúrgico digno de Ella, y de la gracia tan particular que se le había concedido.

Por ser el 12 de mayo una fecha ya tradicional y adaptarse mejor a los peregrinos, fue escogida para llevar a cabo la imponente ceremonia. El Emo. Prelado de Tepic giró a todos sus feligreses un edicto en el que oficialmente anunciaba la gran festividad, entre otras co-

(1) El 9 de octubre de 1958 el gran Pontífice Pío XII pasó a mejor vida; su deceso fue profundamente sentido en todo el pueblo de Talpa, durante nueve días el templo de la Sma. Virgen vistió de luto, allí fueron celebradas solemnes honras fúnebres por el eterno descanso del alma de aquel que, en su vida, fue insigne benefactor de la causa de esta imagen taumaturga de la Madre de Dios. La vacante fue cubierta en seguida, por el que actualmente lleva el nombre de S. S. Juan XXIII.

El día cinco de agosto de 1961 en la Ciudad Eterna, dejó este valle de lágrimas el Eminentísimo Cardenal Nicola Canali penitenciario mayor de la Sta. Iglesia Romana. La noticia de su deceso causó profunda pena en todos los círculos sociales de Talpa La Basílica de la Excelsa Patrona recuerda a este príncipe de la Iglesia como uno de sus más insignes benefactores

Sin duda alguna la Madre de Jesucristo pagaría con creces en el cielo cuanto en la tierra hicieron estos insignes varones por su causa y por su gloria.

sas decía textualmente: *"para conmemorar en toda la diócesis el gran acontecimiento que ha motivado el presente edicto disponemos:*

1o.—Que el día 12 del pmo. mes de mayo, en todas las iglesias que tengan sacerdote, se cante o rece una misa aplicándola, por lo menos en segunda intención, por el Santo Padre y demás personas que ayudaron a obtener para el santuario de Talpa el título de Basílica Menor.

2o.—Que se exhorte a los fieles a comulgar ese día para honrar a Nuestra Señora de Talpa y darle gracias.

3o.—Que en toda la diócesis se inicie una campaña por el rezo cotidiano del santísima rosario que sirva como preparación a la proclamación y juramento de Ntra. Sra. del Rosario de Talpa como patrona de la diócesis y para alcanzar de la Sma. Virgen la consolidación de la fe y la preservación de la peste protestante"

El rector del santuario, a su vez, redactó y mandó imprimir buen número de carteles o programas en los que se daba a conocer el orden de la gran solemnidad; entre otras cosas se anunciaba: Una tanda de misiones predicadas y dirigidas por los RR. PP. Misioneros del Inmaculado Corazón de María, esto sería una digna y oportuna preparación de los corazones para recibir tan singulares gracias.

El solemne novenario que daría principio el día cuatro de mayo con los actos litúrgicos de costumbre; al despertar la aurora solemne alba con alegres repiques, música y cohetería, alabanzas y misa. A las 8 a. m. misa solemne de tres ministros con sermón y salve. A las cinco p. m. segunda parte del rosario, ofrecimiento, rezo de la novena y salve. A las 8 p. m. tercera parte del rosario, sermón y bendición con el Divinísimo".

Para dar mayor realce a las festividades y más esplendor a la liturgia, fue invitado el seminario diocesano, quien se hizo cargo del coro así como también de auxiliar en los actos litúrgicos.

7o. TRIDUO SOLEMNE

Con toda oportunidad la importante villa de Talpa vistió sus mejores galas apareció, durante estos días, aseada y dignamente ornamentada al estilo provinciano; las puertas y ventanas de sus edificios, lo mismo que todo lo largo de sus añosas y típicas calles, lucían festones y gallardetes en colores azul y blanco; el aspecto de la Villa

provinciana era muy semejante al de una doncella el día de sus desposorios.

Verdaderamente se cumplió en estos días así en el pueblo como, principalmente en el altar de la Celestial Señora, aquella expresión de la divina Escritura: *"Omves isti congregati sunt venerunt tibi"* y aquella otra: *"Filii tui de longe venient et filiae toae de latere surgent"*. Todos estos hijos tuyos han venido de muy lejos, vinieron contigo, por ti y para ti.

Las peregrinaciones resultaron, durante estos días, realmente imponentes, millares de peregrinos de todas latitudes, hicieron acto de presencia dando vida y solemnidad al evento; multitud de comerciantes, músicos, fotógrafos callejeros, cantantes, etc. etc., daban al lugar el aspecto de una verdadera feria.

La nave acogedora, lo mismo que el magestuoso altar, aparecieron ricamente adornados luciendo sus más valiosas preseas y lujosos paramentos, las flores blancas de simbólica azucena y delicado gladiolo sobreabundaron en estos días, los ricos y vistosos cortinajes de un azul celeste, y la nutrida y variada iluminación, daban al recinto sagrado el aspecto de un verdadero palacio de la Reina del cielo.

Tuvieron gran resonancia las recepciones con que se honró a los altos jerarcas; arcos triunfales, alegorias alusivas, artísticos festones, músicas, sonoros repiques, aplausos, flores, etc., etc., todo cuanto la fe, el respeto, la gratitud y el amor dictaron a los feligreses, estuvo a la orden para honra a los distinguidos huespedes.

El día 6 verificó su arribo a esta pintoresca Villa el Emo. Prelado Diocesano, al día siguiente el Ilmo. Monseñor Araiza, el 10 de mayo el Emo. Sr. Arzobispo metropolitano de Guadalajara, venía acompañado del Dmo. Mitrado de Huejutla Dr. D. Manuel Yerena.

El día 9 dieron principio las solemnísimas pontificales, este día a las 10 a. m. fue solemnemente recibido en la puerta principal del santuario, el Ilmo. Protonotario Apostólico de México que portaba en sus manos una valiosa y venerable reliquia de la Santa Cruz en que murió el Salvador del mundo, había obtenido este grato recuerdo en su viaje a Roma, en los días que obtuvo la gracia del título de Basílica para el insigne santuario. Además de tan piadosa reliquia, traía otras dos de santos mártires entre las que se hallaba una del glorioso S. Anastasio.

El prebendado fue introducido procesionalmente al recinto sagrado, depositó en el altar de la Santísima Señora aquellos objetos sagrados y, enseguida, dio principio la misa pontifical, en la que la cátedra sagrada estuvo a cargo del Pbro. D. José María Campos de la arquidiócesis de México.

El día 10 celebró de pontifical el Emo. Sr. Obpo. Diocesano, la predicación estuvo a cargo del R. P. Mario Guevara del I. C. de Ma. La víspera del gran día tocó pontificar al Emo. Sr. Obispo don Manuel Yerena y la cátedra sagrada fue cubierta por el Emo. Metropolitano de Guadalajara.

Con asistencia de un crecido número de feligreses, el día 11 por la noche fueron entonadas solemnísimas vísperas pontificales, todo de acuerdo con la grandiosidad de la fiesta que habría de celebrarse al día siguiente.

El santuario permanerió abierto hasta la media noche, a esa hora fue muy crecido el número de fieles que llegaron a visitar a la buena Madre. Durante toda la tarde y una gran parte de la noche los confesionarios estuvieron saturados de cristianos que deseaban purificar sus almas y, en esa forma, prepararse para la gran festividad.

8o. EL GRAN DIA

Aquel memorable 12 de mayo, el pueblo despertó poseído de un extraordinario entusiasmo. Propios y extraños, presentes y ausentes, todos los devotos de la bendita y privilegiada Madre, desde temprana hora dejaron desbordar todo el caudal de sus piadosos afectos largamente reprimidos.

A la hora del alba millares de fieles, venidos de todas latitudes, saludaron a su Reina y Señora proclamándola como soberana Emperatriz y celestial protectora de aquella gran familia que desde el principio del día se había cobijado bajo el techo bendito de la casa materna.

Todos los que asistieron a entonar las festivas mañanitas a la hora del alba, recuerdan haber vivido, durante aquellas horas tempraneras, instantes inolvidables en medio de una atmósfera caldeada de amor divino que ardía en millares de corazones.

No fue la mera curiosidad ni cualquiera otro sentimiento bastardo quien reunió a tantos miles de cristianos, el móvil principal era

la fe, el amor a la madre, el sentimiento profundamente religioso inundaba sus almas, diriase que aquellas gentes buenas hacían suyas las palabras de Jesús a la ciudad deicida *"Si conocieses hoy el don que se te da, y que puede traerte la felicidad"*. Tal parecía que ellos sí conocían el don que en ese día les otorgaba el cielo y la felicidad que con él les dispensaba.

El templo, el altar, la plaza y el pueblo en general, presentaban aquella mañana un espectáculo admirable; los anales de la historia de Talpa raras veces registran solemnidades más extraordinarias. Verdaderamente la Reina recibió aquella mañana el homenaje de un pueblo que la ama, el tributo amoroso simbolizado en los más delicados perfumes, armoniosos acordes y entre coros que entonaban para Ella himnos de gloria.

El rostro de la celestial Señora parecía brillar con una magestad que es participación de la divina; la regia corona de oro y de piedras preciosas que ceñía su frente, parecía recoger los rayos luminosos del sol y envolver aquel rostro amoroso con reflejos vivísimos, describiendo un blanco nimbo de magestad y de gloria Diríase que en aquel día los astros eclipsaron su luz y su nítido fulgor ante la belleza indescriptible de María.

Se veía, la Augusta Señora, tan llena de magestad, que tan sólo quizá fue superada por aquella hermosura que la llenó de gloria en la fecha memorable de su renovación milagrosa.

Todo aquel día fue propicio a muy santas y saludables reflexiones; allí el amor de María se veía convertido en tangible realidad, allí aparecían vivas la fe, la esperanza y el cariño de sus hijos. ¡¡¡Verdaderamente es grandiosa e imponente la Iglesia Católica en sus ritos y ceremonias, es imponente su grandeza como no puede hallarse en otra religión. !!!

9o. LA IMPONENTE CEREMONIA

Las vibrantes notas del airoso campanario anunciaron el principio del solemne acto litúrgico tan ansiosamente esperado. El recinto sagrado estaba totalmente ocupado desde mucho tiempo antes, era tan compacta la aglomeración de fieles que apenas podían moverse, todos ansiaban estar presentes y contemplar satisfechos aquel acto litúrgico, que no volverá a repetirse en el transcurso de la historia de Talpa.

Siguiendo las rúbricas del pontifical romano, el santuario, a hora conveniente con profundo simbolismo cerró sus puertas.

Después de breves instantes, se presentó la solemne procesión en la que resplandecían la gravedad y dignidad de los pontífices y la religiosidad de los demás clérigos, seminaristas, cantores y acólitos que acompañaban.

Se acercó el Prelado celebrante hasta la puerta sagrada, que aún permanecía cerrada, y con el báculo dio los simbólicos toques, a la vez que pronunciaba las fórmulas prescritas.

Al llamado del pontífice el sagrado recinto abrió sus puertas y franqueó la entrada al imponente cortejo, que con paso grave y silencioso, penetró en seguida, deteniéndose un poco bajo el umbral para recibir el agua lustral, que luego el celebrante regó hacia todas direcciones en señal de bendición. La mística puerta fue abierta en nombre de la Santísima Virgen, titular y patrona de la iglesia.

Lentamente, invitados por los acentos de la música sacra y del coro polifónico, cuyas notas vibraron con magestad inusitada, recorrieron la nave elevando el fervor de las almas cuyo ánimo estaba ya caldeado por el esplendor y belleza del santuario, por la grandiosidad de la sagrada liturgia y por el gozo que hacía bullirse inquietos los corazones. La piedad, la belleza y el arte se habían hermanado para obsequiar con sus más ricos tesoros a la Reina de los Angeles.

Con toda la pompa y magnificencia que despliega en estas ocasiones la sagrada liturgia, fue llegando el cortejo hasta el trono de la Reina, en donde la Celestial Patrona los esperaba en su hermosa morada, convertida hoy en regio palacio.

Los dignísimos Prelados asistentes ocuparon sitios especiales preparados de antemano con toda dignidad y elegancia; el metropolitano de la provincia de Guadalajara, pasó al trono en donde fue recibiendo los ornamentos pontificales; el coro, entre tanto, ejecutaba con singular maestría el canto de la tercia.

Eran las 10h y 35 minutos de aquella inmortal mañana, todos los circunstantes se mantenían de pie, el pontífice oficiante empuñaba el báculo del Pastor. Con voz clara y distinta resonaron en la nave sagrada las palabras del Breve Pontificio "In perpetuam memoriam" por el cual el Vicario de Jesucristo, con su autoridad suprema, elevaba el santuario a la dignidad de Basílica.

Aquellos momentos fueron sublimes, durante la lectura del breve el pueblo permaneció como en suspenso, pero una vez que el templo de María recibió la investidura, su gozo y su felicidad no tuvieron límites. La nueva Basílica parecía erguirse magestuosa con sus arcadas románicas, como una perenne aspiración de infinito.

El órgano electrónico, preludiando bellísimas armonías, recogía del silencio del corazón de aquella compacta multitud de creyentes los aplausos, los vivas, las plegarias y lágrimas con que aquellos cristianos manifestaron su amor y felicidad.

La imagen taumaturga respandecía con mucha más hermosura, parecía irradiar, con la ternura de Madre, la complacencia y aceptación de todo aquel apoteósico homenaje.

Del fondo de todos los corazones salieron voces de alabanza, la orquesta llenó el templo con sus melodiosas notas y un repique a vuelo, secundado por una nutrida cohetería, anunció al resto del pueblo que había llegado ya aquel sublime instante.

Inmediatamente dio principio la solemnísima Pontifical, en la que fue cubierta la cátedra sagrada por el Emo. Sr. Obispo D. Monuel Yerena, quien habló con toda unción y elocuencia, predicando las grandezas de María y de la festividad que entonces se celebraba.

Al terminar el santo Sacrificio se impartió a los presentes la bendición papal, se publicaron las indulgencias concedidas y con un grandioso tedéum en acción de gracias, se llegó a la cúspide de aquel acto sublime.

10o. CULMINA LA MEMORABLE FIESTA

Como en ocasiones similares la buena sociedad talpense, haciendo gala de espléndido anfitrión, agasajó a sus ilustres huéspedes con un pingüe y suculento ágape, en donde a la vez que el paladar fue deleitado con exquisitos manjares, buena música, las bellas letras y la elegancio en el ornato, completaron el gozo de todos los asistentes.

A las cinco p.m. se organizó, por todo el venerable clero, una imponente peregrinación. Aquella compacta muchedumbre recorrió las anchurosas calles, testigos seculares de pujantes manifestaciones de amor marial; danza, flores. cohetes, faroles, estandartes, cirios, carros alegó-

ricos, carteles, trajes típicos, etc., todo podía contemplarse en aquella nutrida muchedumbre, que se acercó al palacio de su Reina acompañada de sonoros repiques a vuelo.

Fueron introducidos al recinto sagrado por un Emo. Prelado hasta llegar a los divinas plantas de María, allí le ofrendaron el homenaje entrañable de su amor, elevaron al cielo una plegaria, entonaron alabanzas a su generosidad y la proclamaron su Reina, consuelo y esperanza.

Elocuentes y alentadoras palabras del Dmo. Mitrado y el canto de la Salve, pusieron término a esta nuevo manifestación de amor filial.

Por la noche, tanto el interior como el exterior del templo lucieron artística iluminación, que le daba un tinte nuevo de magestad y de gloria.

Después del ejercicio de la noche, que fue ofrecido al cielo como un himno de acción de gracias por aquel nuevo beneficio, la movida serenata y el tradicional agasajo de fuegos pirotécnicos fueron la nota final de aquel día memorable.

A las 4 a.m. del día 13 con la "misa de buen viaje", en la que se impartió la bendición con la Sagrada Imagen, st despidió a millares de peregrinos que de lejanas tierras vinieron a gozar ante su Madre querida.

En seguida se cantaron tres misas ante la celestial Señora; una fue aplicada por todos los hijos devotos y ausentes, la segunda se aplicó por el feliz viaje de tantos peregrinos caminantes y la tercera por todos los fieles difuntos que en tiempos pretéritos glorificaron a la Madre de Dios.

En esta forma se vieron satisfechos los anhelos de millares de generosos corazones, que con tanto ardor desearon ver honrada en esta forma a tan augusta Señora.

Aquella humilde imagencita de caña de maíz que un día saliera de las manos torpes de un indio michoacano, transformada por la mano divina, coronada como soberana Emperatriz, ahora se presenta ocupando su trono en un regio palacio.

La fe de tantos corazones generosos y de tantas generaciones profundamente marianas, lograron transformar aquella humilde ermita de paredes de adobe y de techo pajizo, en una magestuosa e imponente Basílica.

Aquel humilde lugareño, ocupado antaño por una tribu inculta y semisalvaje, después de haberse levantado del polvo de su pequeñez, se ve ahora convertida en una noble y esclarecida urbe con derecho a sentarse entre las grandes de la tierra. Todo fue obra de una fe pujante y de un amor sin límites.



Preciosa fotografía de las majestuosas arcadas de la Basílica de Nuestra Sra. del Rosario, teniendo al fondo el altar mayor en que se encuentra el trono de la bendita y milagrosa Imagen de la Santísima Virgen

CAPITULO VEINTISIETE

Vigésimo Quinto Aniversario de la Coronación Pontificia de la Sma. Virgen

EL 12 de mayo de 1948 tocaba celebrar al pueblo de Talpa y a todos los devotos de la Celestial Señora, las bodas de plata, esto es: el jubileo argentino de la coronación pontificia de la portentosa Imagen, en esa fecha completaba 25 años.

Durante todas las romerías de febrero y marzo se estuvieron anunciando las fiestas que se llevarían a cabo el próximo 12 de mayo.

En ese año, el día dos de febrero fue celebrado con particular entusiasmo; el Pbro. D. Juan Bernal, celebrado orador tapatío, tuvo a su cargo la cátedra del Espíritu Santo y el día de la fiesta el Dmo. Protonotario Apostólico Mons. D. Gregorio Araiza, celebró de pontifical en el altar de la bendita Señora.

Con el fin de elevar hacia Dios los corazones y encenderlos en el amor divino, se predicaron en la Basílica fervorosas misiones cuyo término coincidió con el principio del novenario de mayo.

Uno de los deseos de los jerarcas diocesanos fue celebrar aquellas fiestas con todo el esplendor y la solemnidad que fuese posible, darles toda la importancia que merecían, para ello se nombraron comisiones especiales pro-festejos, se mandaron imprimir con gran profusión finos y atractivos carteles invitando a los fieles, y dando a conocer el programa y el orden a que debería sujetarse la festividad; se imprimieron también invitaciones especiales que luego fueron mandadas a importantes personas, tanto del clero como del mundo civil. Entre los invitados de honor se encontraba el Emo. Sr. Arzobispo de Guadalajara Dr. D. José Garibi y Rivera.

Como el número de los hijos del pueblo de Talpa es ya muy grande en diferentes lugares, se les hizo también una especial invitación a su-

marse al gozo que llenaba entonces a los felices moradores del pueblo de María Santísima.

Las misiones que se practicaron durante los primeros días de mayo, resultaron notablemente fructuosas, fueron muchos los centenares de fieles que en aquella ocasión purificaron sus corazones y, en esa forma, se dispusieron a celebrar dignamente tan significativa fecha.

Secundando los deseos de dar al novenario una gran solemnidad fue invitado para ocupar la cátedra sagrada el notable y erudito orador jalisciense Pbro. D. Rafael Vázquez Corona; todo esto vino a crear un ambiente de piedad, de amor y devoción hacia la Madre de Dios, a quien se deseaba glorificar de manera muy especial.

Tanto las calles como el atrio y el interior del templo fueron decorosa y artísticamente engalanadas, con ello se pretendía, además de dar realce a la festividad, causar una impresión agradable y ofrecer digna hospitalidad a los numerosos y distinguidos visitantes.

Multitud de romeros reservaron su visita a Talpa para esta ocasión, lo que dio origen a que la fiesta resultara muy concurrida.

Durante todo el novenario se estuvieron recibiendo numerosas y fervientes peregrinaciones, así locales como foráneas, entre ellas debemos hacer mención especial de la que procedía de Colima, es de notar cómo venían portando, aquellos devotos costeños, las doradas espigas de sus cocoteros con que alegremente adornan el altar de la Madre buena, cada uno aporta de lo que sus tierras producen, o fructifica el sudor de su frente.

De todas latitudes fueron llegando, se hicieron presentes a la Madre bendita y le fueron ofreciendo el homenaje entrañable de su amor; ante su altar, de hinojos, elevaron sus plegarias suplicantes, entonaron himnos y alabanzas y le hicieron patente su confianza. María, con sus virginales manos y su maternal mirada, parecía complacerse al ver tanta fe y devoción y extendía su manto sobre tantos hijos desamparados.

La recepción que se ofreció a los Prelados visitantes resultó espectacular. A lo largo de toda la calle de la entrada aparecían de un lado a otro hilos artísticos de festones, a su vez las puertas y ventanas ostentaban simbólicos adornos en atrayente y variada policromía.

A la entrada del pueblo fue colocado un lucido arco triunfal en el que, con resplandecientes letras de oro y plata, se daba la bienvenida a los Ilmos. visitantes y se les obsequiaba con una artística alegó-



La Santa Baílica en una de sus grandiosas festividades del mes de marzo.

rica alusiva a la Sagrada Familia; cerca del templo aparecía otro cuadro alegoría alusiva al buen Pastor; en ambos recibieron, los ilustres viandantes, el saludo que en buena literatura les ofrendaron los cultos talpenses.

El solemnísimo triduo de misas pontificales se inició el día 9 a las 10 de la mañana, el día 8 había celebrado de Pontifical el ferviente devoto de la Madre de Dios, Mons. Araiza.

A la una de la tarde del día 11 fue bajada de su trono la sagrada Imagen y engalanada con su más rica vestimenta y sus más preciosas

preseas; este día fue de gozo para multitud de peregrinos que ansiaban ver de cerca a la virgencita que tanto aman pues una vez que se terminó "el baño" y el cambio de sus ropas y joyas, fue colocada en el presbiterio, muy cerca del comulgatorio. Durante ese tiempo fue ardua la tarea de los sacerdotes que complacían el deseo y el fervor de los fieles, que tanto gustan de que sus objetos piadosos sean tocados a la milagrosa Señora.

Durante aquellas horas no cesaron de alternar el rezo del santo rosario, el canto de las alabanzas y las humildes y fervientes plegarias.

Los anhelos de tantos buenos peregrinos se vieron satisfechos, el amor maternal de María simbolizado, concretado, sensibilizado si se quiere, en aquella humilde Imagen, era una tangible realidad para tantos millares de cristianos, que ni gastos, ni sacrificios, habían escatmado para ver de cerca a su buena Madre que tanto consuelo traía para sus almas.

Si nos parece lleno de colorido y de belleza todo aquel cuadro en que resplandecen la fe y el amor, mucho más debe llamar nuestra atención el complejo de sentimientos, la vida y la fuerza espiritual que lo motiva y alienta; aquí es donde tiene realización el mensaje de María; allí en ese idilio espiritual y divino, es donde se escriben las páginas de lo verdadera historia de María Santísima del Rosario de Talpa.

Todo lo exterior y visible, lo que pueden apreciar nuestros sentidos, es lo que derrama el vaso lleno de amor que es el alma; el corazón humano lleno de dolor y de miseria que se encuentra, se une y se enlaza fuertemente con el corazón celestial de su Madre.

El que quiera comprender la verdadero historia de María Santísima del Rosario, nunca debe perder de vista este aspecto tan esencial· para quien olvida o no entiende estas realidades esa historia resulta humana y fría, un tanto atractiva si se quiere, pero nunca podrá apreciar toda la vitalidad que en ella se contiene.

A las 5 p. m. después de haber impartido la bendición a sus hijos presentes y ausentes, cuando se hubo entonado la Salve, y al compás de las invocaciones de las letanías lauretanas, la celestial Señora fue llevada a su trono, admirada por una multitud que la aclamaba, y entre lágrimas la proclamaba su Reina.

Aquel mismo día, por la noche tuvo lugar el canto solemne de vísperas, diríase que habia una verdadera competencia entre la gran-

deza y magestad del coro, la magnificencia y esplendor de la liturgia que se verificaba en el altar, y la gracia y magnificencia con que estaba engalanado el sagrado recinto.

En la predicación de aquella noche el orador sagrado hizo la ofrenda, a la Sma. Virgen, de la festividad que se le había de ofrendar al día siguiente; sería Ella un testimonio de gratitud y reconocimiento por el singular portento de la milagrosa renovación, así como también por los innumerables favores, que en el transcurso de más de tres centurias, había dispensado a sus devotos; en igual forma se imploraba de su maternal corazón la gracia del patronato sobre todo el obispado de Tepic.

La blanca y risueña aurora del 12 fue saludada con repiques de campanas, acordes de música, alegres y fervorosos cantos y el ruido atronador de multitud de cohetes que surcaban el espacio dejando en pos de sí brillantes caudas de fuego.

A las cuatro de la mañana la bendita mansión de la celestial Patrona franqueó la entrada a una multitud que ansiosa esperaba saludarla. Un cronista que se halló presente en tan solemne ocasión, así nos habla de aquel día de gloria:

"Aquel día (12 de mayo) será para cuantos lo gozaron, inolvidable.

Desde el amanecer apareció más bello, todo envuelto en brisas primaverales y henchido de perfumes, diríase que la naturaleza reflejaba toda la belleza y grandiosidad de los acontecimientos y compartía aquella felicidad contagiosa y desbordante que inundaba las almas.

Todos los corazones vibraron al escuchar las campanas vocingleras, que alegres invitaban a celebrar aquella alba radiosa y a entonar alegres mañanitas a la Madre buena.

En sólo unos instantes el anchuroso atrio se vio pletórico de gentes que entonaban cantares fervorosos unidos en un sólo corazón, en el único amor, en el de María Santísima del Rosario. La felicidad y emoción que inundaba a aquellas almas era para sentirse y no para describirse con palabras que a veces más bien opacan y enfrían el sentimiento.

La imagen milagrosa apareció aquella mañana más bella y magestuosa, las gentes la miraban fijamente, diríase que en ella encontraban algo nuevo, algo más celestial y divino; en repetidas ocasiones un nudo en la garganta ahogó aquel fervoroso canto y las lágrimas brota-

ron espontáneas en sus ojos. ¡¡¡Cuân grande y entrañable es el amor que despierta en el alma de quienes con fe se acercan a la celestial Señora!!!

Pasaron insensibles aquellas felices horas, que para muchas almas buenas tuvieron sabor a cielo, diríase que ansiosas se discutían el honor de ser recibidas las primeras por tan Augusta Reina.

Pronto se hizo de día, las tinieblas negras y silenciosas se dieron a la fuga y la claridad matinal lo llenó todo, el sol surgió de la montaña lanzando resplandores de oro y fuego, rasgando sin piedad las tenues y sutiles decoraciones con que el cielo había embellecido el horizonte.



La Santa Basílica vista hacia la puerta mayor.

Pronto se hizo también de día en el alma de cuantos se encontraron en el pueblo de María, sonaron los acordes con que la naturaleza llenaba de felicidad los corazones, y la luz que todo lo ilumina, apareció más brillante. Jamás olvidaremos aquella mañana cuyos albores se fueron encendiendo con el transcurso de las horas, para luego estallar la aurora luminosa. Toda descripción resulta oscura y fría ante el fulgor de tanta fe y amor.

A las 10 de la mañana, con toda solemnidad y pompa que exigían las circunstancias, dio principio la solemnísima pontifical que se dignó celebrar el Emo. Sr. Obispo de la diócesis. Aquella brillante ceremonia resultó un homenaje apoteósico para la Excelsa Señora.

Después del evangelio ascendió al púlpito el orador sagrado y, con elocuencia y unción nada comunes, con una retórica a la altura de las circunstancias, habló magistralmente sobre las bondades y generosidad de la humilde doncella de Nazaret; ya para terminar emitió los siguientes conceptos;

"Contempla, Virgen pía, desde ese trono de misericordia, a tantos hijos tuyos que hemos venido a tí, que eres la flama divina que da luz y calor; que eres el rosal y la rosa, perfume y aroma del celestial edén; vuelve compasiva tu mirada hasta el pueblo que te pertenece y mira como han venido hasta tí tantos corazones torturados por el temor, la traición y el olvido, el desconsuelo, la inseguridad y la pena, la torturante pobreza, la enfermedad, el dolor y el cansancio, la vejez, la indiferencia y la incomprensión.

Venimos a tí, que como faro nos señalas el seguro puerto y como brújula indefectible nos orientas hacia el verdadero norte . . .

Se han acercado a ti los ricos y los pobres, los que abundan y los carentes de bienes materiales, los que gozan de dicha y felicidad y también los apesarados, los que llevan el alma hecha pedazos por el dolor y el infortunio. En torno tuyo se ha reunido el ignorante y el sabio, el sano y el enfermo, el fervoroso y el tibio, el justo y el pecador: el que está limpio y el manchado, el niño y el anciano, el valiente y el tímido, el perseguido y el perseguidor. Todo lo esperan de tí porque son tus hijos y Tú eres su Madre, han venido a depositar en tu maternal corazón toda su confianza, y su alma se ha llenado de consuelo y de esperanza . . ."

Aquella brillante pieza oratoria conmovió el auditorio hasta las lágrimas.

Al finalizar el santo sacrificio se publicaron las indulgencias y se impartió la bendición papal. Se dio gracias al cielo por tan grandes favores con un solemne y magestuoso Tedéum.

Por la noche como un agasajo especial fue ofrecido a los distinguidos visitantes un festival literario-musical en el que connotados artistas lugareños hicieron gala de sus habilidades, gracias y donaires. Los números que llenaron el selecto programa, resultaron festivos y llenos de animación, el abundante público aplaudió con delirio y, en varias ocasiones pidió la repetición de las mejores actuaciones.

No se echaron de menos, por la noche, los vistosos fuegos pirotécnicos y el imprescindible castillo, que suele ser como un colofón en este tipo de solemnidades.

Así tocó a su fin aquel dia lleno de luz y alegría, cuyo recuerdo no pasará, pues será grabado con caracteres de oro en las gloriosas páginas de la historia; en él hemos bendecido a la Providencia por el singular privilegio que nos ha dispensado".

Tanto dentro del novenario como, sobre todo, en el día de lo fiesta, el nombre y el recuerdo de María Santísima se impuso sobre todos y ocupó un lugar de privilegio en las mentes y en los corazones, fue el tema obligado de las conversaciones, el objeto de los ardientes deseos y de incontables recuerdos, su nombre bendito resonó en todas partes y se hizo presente en todos los lugares.

NOTA.—El monumento a Cristo Rey.

En el transcurso del año que reseñamos se dio por terminado el monumento que, en una de las pequeñas colinas que circundan el pueblo de Talpa, se erigió a Cristo Rey como Señor y dueño de todo cuanto existe.

Esta obra de arte se halla integrada por una base poligonal y la escultura que representa al Divino Redentor de su regia figura; en el zócalo, o parte inferior de la base, fue construida una pequeña ermita a manera de capilla, destinada también al culto que se rinde al divino Salvador.

La escultura, con una altura de cuatro metros, descansa sobre una sólida besamenta que tiene una altura de ocho metros, esto permite que el conjunto pueda contemplarse desde una lejanía bastante apreciable.

La ejecución de dicha obra se inició el año 1945, de la construcción de la base se hizo cargo el maestro albañil D. Juan Rosales, y la hechura de la imagen

corrió a cargo del perito en esta clase de obras D. J. Guadalupe Vázquez, de la ciudad de Guadalajara.

El potente pedestal tiene como remate una media esfera sobre la que reposa la blanca figura del Rey de Reyes, que mirando hacia el occidente, con su mano levantada, parece bendecir al pueblo de Talpa y al mundo entero.

A los pies de la imagen fue colocado un busto de S. S. Pío XII, entonces gloriosamente reinante, y en el centro del pedestal fue fijada una granítica placa con la siguiente inscripción:

A CRISTO REY INMORTAL DE LOS SIGLOS Y CONSERVADOR UNIVERSAL DE TODO LO CREADO, EL PUEBLO DE TALPA Y SUS PEREGRINOS DE 1944 A 1947, OFRECEN ESTE SENCILLO MONUMENTO, COMO UN VOTO DE GRATITUD POR HABER CONSERVADO MILAGROSAMENTE LA VENERABLE IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE TALPA DURANTE TRES CENTURIAS, COMO MEDIO PARA DISPENSARNOS SUS GRACIAS Y FAVORES.

Con el fin de que pueda ser visto durante la noche se adaptaron frente a él dos grandes reflectores eléctricos; y con el fin de que sea más atractiva la visita se ha procurado embellecer la colina con plantas y árboles de ornato.

Posteriormente, se distribuyeron las 14 estaciones del viacrucis a lo largo del camino que conduce hasta la cúspide de la colina que ostenta la regia figura; en esta forma, el peregrino recuerda el monte calvario en donde tuvo su plenitud el reinado del divino Nazareno.

Por más que se deseó y laboró a fin de que estuviera la obra terminada para el mes de mayo de 1948, y pudiera ser bendecida por los Emos. Prelados que asistieron a las bodas de plata de la coronación, no fue posible por razón de que se tuvieron que hacer algunas modificaciones a la escultura, por tal motivo, sólo fue posible verificar la ceremonia de la bendición hasta el día 7 de octubre de dicho año, fiesta titular de la Patrona de Talpa.

Un crecido número de romeros visita todos los años la airosa figura del Rey de Reyes, allí se rinde culto al Soberano Emperador, de una manera especial el último domingo de octubre, a sus plantas se ha ofrecido repetidas ocasiones el santo sacrificio de la misa.



Momento solemne en que el Emmo Sr. Obispo Hurtado proclama a la Santísima Virgen Patrona de la Diócesis de Tepic.



Los nayaritas se acercan con fervor a su Celestial Patrona.

CAPITULO VEINTIOCHO

Proclamación del Patronato de la Virgen de Talpa sobre el Obispado de Tepic

1o. SURGE LA IDEA DEL PATRONATO

CORRESPONDE a los altos jerarcas de la Iglesia que asistieron a las festividades tricentenarias de la milagrosa renovación de la Taumaturga Imagen del Rosario de Talpa, verificadas el 12 de mayo de 1944, la gloria de haber sido los iniciadores del proyecto del patronato, un privilegio más en favor de la glorificación de la Sma. Señora, y un aumento nuevo en el bien espiritual de la diócesis de Tepic.

Fruto sazonado del amor acrisolado de aquellos dignos ministros del altar hacia la Soberano Emperatriz, y fruto natural de un ardiente deseo de glorificarla, fue tan loable propósito.

En aquella fecha memorable se concretaron las ideas y aun se tomaron los primeros acuerdos, y se estudió con todo cuidado la forma de convertir en realidad tan saludables anhelos.

Había que agradecer al cielo el favor tan singular que había concedido a tantas almas mediante la donación de la Sagrada Imagen, era también necesario y conveniente estrechar los lazos que uos unen a tan celestial Señora, y para ello se juzgó lo más oportuno el patronato, que vendría a crear un vínculo nuevo entre María y sus hijos y servirla también para reforzar los ya existentes.

En esta ocasión y ante tan ilustre asamblea, ofreció el Protonotario Apostólico de México, Monseñor D. Gregorio Araiza sus valiosos servicios en favor de la causa, lo mismo que también su voliosa influencia ante la Ciudad Romana a fin de obtener con más facilidad y eficacia los privilegios deseados.

2o. PRIMEROS PASOS PARA OBTENER EL PATRONATO

No era posible pasar desapercibido el glorioso 19 de septiembre de 1944, fecha memorable en que todos los devotos de la Celestial Señora celebraban el tercer centenario de aquella hora feliz en que se verificó el milagro aquella hermoso mañana del 19 de septiembre de 1644.

Para celebrar dignamente tan glorioso y trascendental evento el Dmo. Ordinario nayarita, dirigió un edicto a todos sus diocesanos en el que les hablaba de la singular conmemoración, y les proponía entre otras cosas la proclamación del patronato sobre la privilegiada diócesis de Tepic de la Sma. Señora de Talpa, entre otras cosas les decía:

En tan memorable fecha "he querido proponeros dos cosas que indudablemente redundarán en la mayor gloria de Dios y honor de su Santísima Madre: la primera es la que se refiere al patronato de Nuestra Señora del Rosario de Talpa en la diócesis . . . aunque la diócesis de Tepic, por formar parte de la República Mexicana se haya colocado bajo el singular patrocinio de la Santísima Virgen María de Guadalupe, Patrona primaria y principal de la Nación Mexicana; sin embargo ella, la diócesis de Tepic, no tiene un santo propio y especial que sea ante Dios Su singular protector, es decir: la diócesis carece de patrono.

Por eso al considerar por una parte el singular y maternal amor y la especial protección que ha dispensado a la diócesis y a todos y cada uno de sus hijos la Santísima Virgen María en su advocación de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, quien no ha vacilado en confirmar ese amor y esa protección con estupendos milagros, como el de la renovación de su sagrada Imagen y otros muchos y al ver, por otra parte, el entrañable amor y la ferviente devoción que en toda la diócesis aun en los lugares más apartados profesan los fieles a la Santísima Señora, quien se complace en derramar a manos llenas sus favores y ser para todos "la protectora universal en todas las necesidades", me ha parecido proponer a los fieles, como una cosa que redundará en grande gloria de Jesucristo Ntro. Señor y honor de su Santísima Madre que sea nombrada Patrona Principal de la diócesis Ntra. Señora del Rosario de Talpa.

Será este un saludable y magnífico recuerdo del tercer centenario de la admirable renovación de la sagrada Imagen. Para el efecto:

1o.—Los Sres. Curas. Rectores de Iglesias y demás sacerdotes, dentro de su esfera de acción, explicarán a los fieles con toda claridad la presente circular.

2o.—En seguida convóquense los fieles en las Iglesias u otros lugares a propósito y en días determinados, para que den su voto, esto es, manifiesten su parecer acerca del patronato de Nuestra Señora de Talpa sobre la diócesis.

3o.—Para que la elección sea más efectiva y exprese con verdad cual es la voluntad de los fieles sobre este particular, conviene que los mismos fieles sean convocados por partes y no todos a la vez y que las poblaciones se dividan por cuarteles o sectores, señalando el lugar, el día y la hora oportunos para que se reúnan.

Esta votación se recogerá también en los principales ranchos o poblados de cada parroquia, sea por los sacerdotes, sea por otras personas capaces nombradas por el párroco o vicario rural.

4o.—Todos los organismos de acción celebren una sesión extraordinaria para el objeto indicado.

5o.—Levántese una acto de cada una de las reuniones de los fieles. haciéndo constar la petición de los mismos para que sea constituida Patrona de la diócesis a Ntra. Sra. del Rosario de Talpa, así como también el resultado de la elección, con expresión del número exacto, o por lo menos aproximado de votantes.

6o.—Estas actas escritas con toda limpieza y cuidado, autorizadas con la firma del párroco, Rector de la Iglesia o sacerdote comisionado que haya intervenido en el acto y selladas debidamente, se remitirán a la secretaría del obispado para que se envíen a la Santa Sede.

7o.—Los señores sacerdotes, por su parte, según el cargo que desempeñen, mandarán también su parecer al respecto, pedirán el patronato si es que es de su agrado y ratificarán la elección hecha por los fieles.

Convendría que el clero de cada parroquia hiciera colectivamente tal rectificación.

Procúrese activar y dar feliz término a este negocio en el menor tiempo que sea posible".

Hasta aquí el edicto.

Tan laudable iniciativa vino a llenar de júbilo el alma de millares de fieles, que tanto gozan al honrar y estrechar cada vez más los

lazos que los unen a su Celestial Protectora, por lo que, desde luego, empezaron a elevar sus plegarias al Eterno para alcanzar tan deseada gracia.

3o. PLEBISCITO DIOCESANO

En cumplimiento a los deseos y ordenanzas del Ordinario diocesano y de las disposiciones de la Iglesia en esta materia; que dispone que la eleccíós de los patronos de los diferentes lugares se haga libremente por el pueblo, quedando a la Autoridad Eclesiástica el derecho de aprobar y confirmar; todos los párrocos y demás sacerdotes del obispado se dedicaron, en seguida, a investigar y conocer la voluntad de todos sus feligreses respecto al patronato de Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

Con gran beneplácito del clero y fieles de toda esta jurisdicción fue recibido y publicado el anterior documento y, deseando cumplir lo que en él se ordenaba, se designó, para verificar la votación, el domingo 15 de octubre del mismo año.

De acuerdo con el acta que se levantó en aquella ocasión (y que puede verse integra al final de este capítulo) en el cómputo de los sufragios se obtuvo un total de 2, 677 votos en la cabecera que, unidos a los que fue posible reunir en las rancherías, fueron remitidos en seguida a la Curia diocesana con la correspondiente soicitud del clero parroquial en la que se pedía el patronato.

En forma semejante, a lo largo de todo el territorio en que se asienta el obispado nayarita, se verificó el escrutinio, unánimemente se manifestó el deseo de todo el clero y fieles de que su amada virgencita fuese proclamada Patrona primaria y principal, lo mismo que celestial protectora de todo el invicto Nayarit.

Concluidas las elecciones en todos los curatos y conocido el resultado final, se procedió en seguida a elevar los preces al Santo Padre implorando el nuevo privilegio. Desde entonces, a instancias del Dmo. Prelado diocesano, no cesó el pueblo de implorar del Corazón Divino de Jesús aquel favor tan ardientemente deseado.

4o. BREVE PONTIFICIO CONCEDIDO AL PATRONATO

Las preces diocesanas pidiendo el patronato, se tramitaron a la Ciudad Eterna en el transcurso del año de 1948 sin que para el 12 de mayo, fecha en que se deberían celebrar las bodas de plata de la coronación de la Sma. Virgen, se obtuviera respuesta alguna favorable.

En el mes de octubre de ese mismo año, partía rumbo a la Roma de los Papas el Ilmo. Mons. Gregorio Araiza, llevaba como fin el arreglo de asuntos oficiales ante la Sede Apostólica; el Emo. Prelado de Tepic le suplicó moviese ante la Sagrada Congregación el asunto que tenía pendiente, o sea, la concesión del patronato de Nuestra Señora del Rosario sobre la diócesis de Tepic.

Valiosa y efectiva resultó la intervención del fervoroso devoto de la Sma. Virgen, pues, el día 10 de diciembre del mismo año se firmaba en Roma el breve en que se concedía el tan deseado favor.

El día último de febrero del año siguiente, 1949, trajo para Tepic la grata sorpresa, esto es, aquel documento tan ansiosamente esperado. El rescripto fue recibido en esa fecha por la Curia diocesana, al día siguiente el Dmo. Prelado dirigió a Talpa la siguiente comunicación "Recibióse ayer rescripto concediendo diócesis patronato Virgen Santísima Talpa, repique a vuelo, convoque fieles, rece rosario, pasado mañana cante misa acción de gracias. Tedéum. Marzo 1o. de 1949".

A las cinco p.m. se recibió en Talpa la noticia telegráfica, inmediatamente se convocó a los fieles y, en medio de una rebosante alegría, se dio gracias al cielo por este nuevo beneficio.

En esta forma, el horizonte que se abriera la gloriosa mañana del 19 de septiembre de 1644 iba ensanchando cada día más y más; es ahora el Vicario de Jesucristo quien, con su autoridad suprema, crea un nuevo vínculo entre la Celestial Señora y sus amados hijos.

5o. SE ANUNCIA AL PUEBLO LA PROXIMA FESTIVIDAD

Recibido el breve pontificio se procedió de inmediato a organizar todo lo concerniente a la gran solemnidad en que habría de proclamarse, de una manera solemne y oficial, el patronato.

Para un acto tan importante y trascendental se fijó el 12 de mayo de ese mismo año como día más oportuno, dicha efeméride estaba ya consagrada a la Madre de Dios por solemnidades anteriores de no menos momento.

El viernes de dolores, ocho de abril, giró el Emo. Prelado diocesano un edicto por el que notificaba a todos los devotos de la gran Señora la próxima festividad, así como también lo importante y trascendental del acontecimiento que sería, como él lo llama: "el más sobresaliente de la historia de la Sagrada Imagen"

Entre otras cosas exponía el Mitrado: " . . . el (patronato) que con toda razón conmovió muy hondamente el corazón de todos los fieles de la diócesis y lo llenó de santa alegría pues . . . con la declaración del patronato, la devoción y el culto de Ntra. Señora del Rosario de de Talpa, han recibido la confirmación oficial de la más alta autoridad que existe sobre la tierra, como es la autoridad del vicario de Jesucristo, porque esta devoción de la Sma. Virgen ha sido incorporada a la Sagrada Liturgia, ya que la fiesta de la Sma. Virgen María bajo tal advocación, aunque sin el carácter de día festivo de precepto, tiene que celebrarse en toda la diócesis con el rito más elevado, a saber: el de primera clase, con octava común, y con obligación de parte del Prelado y de los párrocos de celebrar la Misa por el pueblo, todos los derechos y privilegios litúrgicos que competen o los Santos Patronos de los lugares, se han otorgado por el Sumo Pontífice a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa, como Patrona de la diócesis.

El patronato, además, ha creado y robustecido vínculos y relaciones entre la Santísimo Virgen del Rosario y la diócesis de Tepic, ahora por un título especial, la Inmaculada Madre de Dios y nuestra Madre, nuestra Reina y nuestra Señora, nuestra principal protectora ante Dios. Nada que a nosotros se refiera puede serle indiferente, nuestros sacerdotes y religiosos, nuestras parroquias y vicarías, nuestro seminario y las escuelas, la Acción Católica y la instrucción de todo género, nuestras ciudades, pueblos y aldeas, en una palabro: todo es de Ella y todo lo ha tomado bajo su especial patrocinio, para remediar nuestras necesidades espirituales y materiales, y para librarnos de todos los peligros y adversidades sobre todo espirituales.

Ella es, en verdad, Nuestra Patrona y Protectora Universal en todas las necesidades, como lo han proclamado siempre sus devotos".

"Por lo tanto, continúa el Prelado, disponemos que sea proclamado el patronato de Nuestra Señora del Rosario de Talpa en toda la diócesis como sigue:

1o.—En Nuestra Santa Iglesia Catedral donde celebramos D. M. solemne Misa Pontifical, y en las parroquias y vicarías rurales y otras iglesias, el día 1o. de mayo precediendo a esta solemnidad un triduo de preparación, en el cual no faltará la predicación.

2o.—En la Basílica de Nuestro Señora del Rosario de Talpa, el día 12 de mayo, 26o. aniversario de la coronación litúrgica de la Sa-

grada Imagen, precediendo. por lo menos un triduo de misas pontificales Este día se proclamará el patronato en Nuestro Seminario y en todas las casas de religiosas.

3o.—En todas las Iglesias se cantará Tedéum en acción de gracias después de la misa solemne de la proclamación del patronato.

4o.—En todas las iglesias se organizarán comuniones generales, se exhortará a los fieles a recibir los sacramentos de la confesión y comunión y se orará por el Sumo Pontífice, por el Eminentísimo Cardenal Canali, por el Sr. Arzobispo de México, por el Ilmo. Monseñor Araiza y por los demás bienhechores.

Concedemos licencia de exponer el Santísimo el día en que se haga la proclamación del Patronato.

5o.—En todas las misas que se celebren el día de la proclamación del patronato, se rezará claramente la fórmula de la proclamación.

6o.—Recomendamos, con el mayor encarecimiento, que en todos los hogares se rece, por la familia reunida, la fórmula de la proclamación del patronato.

7o.—Deseamos que, a ser posible los Sres. Curas envíen comisiones que representen a sus parroquias, tanto en Nuestra Santa Iglesia Catedral, como en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, en el día que se haga la solemne proclamación del patronato.

Exhortamos vivamente a todos los fieles de la diócesis a ir o visitar a Ntra. Sra. del Rosario de Talpa en su basílica el próximo 12 de mayo". Hasta aquí el edicto.

La diócesis entera se conmovió ante tan grata nueva, el clero procuró dar a conocer en todas partes, sobre todo en Talpa, lo que significaba el patronato, el vínculo que crea entre los fieles de la diócesis y la Madre de Dios, en todas latitudes a la vez que se ilustraba al pueblo en esta materia se le exhortaba también para que la próxima festividad resultara lo más solemne que fuera.

6o. BANDERAS DE TODO EL OBISPADO

Deseando que todo resultara lo mejor que fuese posible se creo en Talpa una Comisión Organizadora y coordinadora de festejos pro el patronato. En una de las sesiones, acordó. dicha comisión, que podrían estar mejor representados y, además, que lo estarían de una manera oficial, todas las parroquias de la diócesis, el 12 de mayo, si se hacían

representar por medio de una bandera que ostentara el escudo propio o sea el de la notaría parroquial.

Para este fin se giró a todos las párrocos el siguiente oficio:

"La comisión organizadora de los festejos del patronato de esta población, acordó lo siguiente: Que en el atrio de la Basílica de este lugar se pongan unas astas en las que se coloquen las banderas de las parroquias de la diócesis, después de haberlas bendecido el Emo. Sr. Obispo diocesano, el día 12 de mayo próximo, día en que se hará la proclamación del patronato en este su templo. Estas banderas ondearán durante ese día como un símbolo de la ferviente oración de los fieles de las respectivas parroquias.

Que se proponga a los Sres. Curas respetuosamente esta iniciativa y, si la encuentran factible, tengan a bien ordenar la confección a alguno de sus feligreses, como un regalo de las parroquias a la Sma. Patrona.

Esta bandera deberá tener el color del vestido del Santo Titular o Patrono. Que lleve, además, el sello parroquial, ya sea pintado en aceite (al óleo) ya bordado, pero siempre que sea visible desde un lugar elevado.

Que si por algún motivo no pudiera hacerse la mencionada bandera, suplicamos al Sr. Cura nos haga favor de ordenar a su notario nos mande una copia del escudo o sello parroquial, para aquí amplificarlo y colocarlo en una bandera".

Tan loable proyecto se llevó a feliz término, se logró reunir las banderas de todos los curatos, las cuales fueron bendecidas con toda solemnidad en la pontifical del 12 de mayo, y ondearon magestuosas en el bendito alcázar de la Celestial Patrona.

7o. DESAGRADABLE INCIDENTE

Tan luego como se dio o conocer la concesión pontificia del patronato, se iniciaron los preparativos para esta nueva solemnidad; publicaron de todas partes los proyectos llenos de entusiasmo y buenos deseos, todos tendían a dar mayor realce y grandiosidad al evento. Contóse entre ellos uno que proponía que, puesto que se trataba de un acontecimiento que tenía un carácter diocesano, resultaría muy bien que se trajese a la portentosa Imagen al Templo máximo de la diócesis, la Santa Iglesia Catedral de Tepic, y que allí se verificara el juramento

del patronato, volviendo luego a traer a la Santísima Señora a su Santa Basílica en donde se le tributarían nuevos honores.

No faltó quien propusiera que, después de las magnas fiestas celebradas en Tepic, fuera llevada, la Patrona, con toda solemnidad, cual corresponde a su rango, a la capital jalisciense en donde podría reunirse, en la Catedral Metropolitana con las otras dos Virgencitas llamadas por el pueblo "Hermanas", o sea, con Nuestra Señora de San Juan de los Lagos y con Nuestra Señora de Zapopan, reuniéndose así en la Perla de Occidente, el tan querido trio, y tan venerado en toda esta comarca.

En todas partes tuvo aceptación y buena acogida este proyecto, por doquier surgían solicitudes a la Sagrada Mitra en favor del mensionado proyecto, el mismo Prelado nayarita estaba de acuerdo en que se llevara a feliz término. Sólo se opuso a él una parte, un sector del pueblo de Talpa, lo criticó acremente y echó mano de cuantos medios estuvieron a su alcance para impedir que llegara a realizarse, sin que faltaran las amenazas, los anónimos y los injustos ataques al clero que deseaba realizarlo.

Conociendo el Prelado Nayarita tan marcada y tenaz oposición prefirió, con toda prudencia, desistir del proyecto, aunque no por eso dejó de sentirlo su paternal corazón, como de hecho lo expresó en el edicto diocesano que giró al respecto, allí dice textualmente:

"Queremos consignar con profunda pena que a causa de versiones falsas, incomprensión y tal vez egoísmo de algunas personas, no hemos juzgado prudente acceder a las reiteradas peticiones de nuestros amados sacerdotes y de las parroquias en el sentido de que se rindiere un apoteósico homenaje de amor y gratitud a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa, proclamando su patronato en Nuestra Santa Iglesia Catedral y en su Basílica con la presencia de su Taumaturga Imagen. Esto, sin embargo, no debe enfriar nuestro entusiasmo, ni poner nubes de tristeza en nuestra santa alegría".

Para que no se interprete mal ni se juzgue injustamente a todo el pueblo de Talpa, voy a copiar el siguiente párrafo que da mucha luz en tan desagradable evento.

"En honor de la verdad y de la justicia que exige la historia serena e imparcial, debo consignar con toda claridad, que no fue la totalidad del pueblo quien puso una mancha tan indigna y negra en una

página tan gloriosa de la Historia de Talpa, no fueron todos, fue un sector en el que, como justamente se queja el Emo. Prelado, dominaron la incomprensión y el egoísmo; fue un grupo de personas que prefirió su capricho a la voluntad justa de tantos devotos de la Madre querida y de su Pastor diocesano, del clero y del pueblo de la diócesis que lo pedían; un sector que prefirió defender su interés malsano a herir el alma del Prelado, de los sacerdotes y de tantas almas que ama entrañablemente a la Bendita Madre, privó a la Taumaturga Imagen de un viaje triunfal por los pueblos que son suyos y le pertenecen y dejó este amargo recuerdo en la historia de un hecho tan glorioso, como es la proclamación del reinado de la Santísima Virgen sobre sus hijos".

(Para el pie de la página del libro enedito "Talpa, del mismo autor).

Cuando se perdió toda esperanza de poder verificar la proclamación del patronato en la Iglesia Matriz nayarita, se buscó la forma de hacerlo, de la manera más digna en la Sta. Basílica de Talpa.

8o. GRAN AFLUENCIA DE PEREGRINOS

Llamó mucho la atención de todos ver cómo, desde los primeros días de mayo, estuvieron llegando a la Basílica de la Madre bendita, numerosas peregrinaciones ya intra ya extra diocesanas. El canto del Profeta: "Filii tui de longe venient", tus hijos han venido de lejanos tierras, era en esos días de gloria una tangible realidad.

Al partir del primer día del novenario, todos los días la casa materna se vio visitada por innumerables fieles venidos de todas latitudes, unas veces organizados en peregrinaciones encabezadas por sus propios párrocos o sacerdotes, y en otras ocasiones, caminando solos, pero siempre con el corazón lleno de fe y de amor hacia la que es Consuelo de los afligidos y auxilio seguro de los cristianos.

La espaciosa y vetusta calle Real (hoy de Independencia) contempló una vez más el espectáculo entusiasta y conmovedor que maravilladas gozaron las generaciones de antaño, y que dejó en el alma de quienes lo admiraron, huellas imborrables para toda la vida.

Era digno de admirarse el entusiasmo con que los representantes de las diversas parroquias del obispado y aun de apartados lugares, en desfile no interrumpido, se acercaban pujantes de fe, con sus danzas autóctonas, su música hogareña, lujosos y artísticos estandartes, simbólicas banderas, variadas ofrendas, exvotos, originales retablos, etc., etc.,

y se postraban ante su celestial Señora. Allí se veían mezclados los humildes con la más linajuda aristocracia, confundidos todos, formando tan sólo la gran familia de María.

No fueron relegados al olvido los hijos ausentes del pueblo, oportunamente se les invitó para gue volvieran a vivir, en su amado terruño, el recuerdo sedante de los años fugaces de la niñez en que elevaron inocentes plegarias a la Madre Querida.

El fervor y entusiasmo fueron cada día en aumento, las manifestaciones y brotes de alegría eran cada vez más notables, así pudo apreciarse en la cálida recepción que ofrendaron a los Dmos. Mitrados visitantes.

Una imponente y arrebatadora unanimidad se manifestó visiblemente en estos días, diríase que el espíritu de Dios movía a tantos millares de cristianos para que tributaran a su Santísima Madre el debido homenaje proclamándola como su celstial Patrona.

9o. PREPARACION PROXIMA

Para dar a conocer el orden de las festividades se mandaron imprimir artísticos y elegantes carteles en que aparecía el programa al que deberían sujetarse, tanto los actos litúrgicos como las demás solemnidades. Se imprimieron, además, invitaciones personales que fueron repartidas entre distinguidas personalidades tanto del fuero civil como a destacadas dignidades eclesiásticas.

Para que elevara y enfervorizara los corazones con savia y elocuente predicación durante todo el novenario, se invitó al Sr. Canónigo D. Pedro Rodríguez del V. Cabildo de la Colegiata de San Juan de los Lagos.

Con los actos litúrgicos de costumbre dio principio el novenario el día cuatro de mayo, notándose desde entonces gran fervor y animación, gran alegría y plenitud en propios y extraños.

Fue, en realidad, notable el número de peregrinos que se veía llegar desde un principio, diríase que una asistencia especial de la Santísima Virgen excitaba y movía a toda aquella muchedumbre que venía jubilosa a tributarle nuevos y cada día más resonantes loores.

La índole de este trabajo nos prohibe describir detalladamente la decoración esplendorosa que ostentaban, tanto la vigorosa nave del templo como su espacioso atrio, dígase lo mismo de las anchurosas ca-

lles de la airosa Villa con su marcado sabor colonial; el vistoso ropaje que ostentaba estos días le hacía destacar su fama y grandiosidad, emporio de fe y de amor marial, en toda ella se respiraba sublime sencillez y singular piedad.

En el interior del templo, dentro de aquel magestuoso trono, aparecía la Reina revestida de ricos bordados, joyas valiosas y pedrerías centelleantes, semejando estrellas de oro en su celeste manto.

Durante los tres días que precedieron a la gran solemnidad, fueron celebradas grandiosas e imponentes misas pontificales que estuvieron a cargo del Ilmo. Mons. Araiza y de los Dmos. Prelados Dr. D. Salvador Martínez Silva y Dr. D. Manuel Yerena respectivamente.

Desde la víspera de aquel glorioso día creció el movimiento en el pueblo y el entusiasmo en los corazones. La noche del 11 de mayo las alegres campanas del bendito santuario convocaron a los fieles al canto de vísperas, que fueron entonadas con la máxima solemnidad litúrgica.

La predicación elocuente y fervorosa vino a caldear los corazones que esperaban gozosos el momento feliz ansiosamente esperado. La plaza y las calles adyacentes al templo pletóricas de vendimias, la típica seenata y la multitud deslumbrante de luces de todos géneros daban a la población un aspecto atractivo y singular.

10o. PRINCIPIA EL DIA DE LA FIESTA

Llegó por fin el gran día, la efeméride gloriosa y llena de esplendor que se ha escrito con caracteres de oro en el calendario de las almas grandes, que llevan en su pecho, corazón y labios, el amor y la devoción a la Madre de Dios y, sobre todo, para Talpa: un pueblo medularmente mariano.

El alba apareció más bella que nunca. La santa Basílica ofrecía una vista hermosísima, se veía engalanada con sus más exquisitos y lujosos adornos que la hacían destacar y aparecer más gallarda. Abundantes bujías en vistosos candiles y artísticos candeleros, derramaban un torrente de luz sobre el sagrado recinto.

Aquella mañana plácida y tranquila, bajo un cielo despejado e intensamente azul el sagrado recinto abrió sus puertas, recibiendo en su acogedora nave una multitud que esperaba ansiosa en el atrio.

Las románticas vóbedas con el jubiloso canto de las mañanitas, música, repiques y sonora cohetería fueron el complemento del matinal saludo.

Desde esa hora se fueron sucediendo sin largos intervalos, las misas que numerosos sacerdotes visitantes deseaban ofrendar en el altar de la Celestial Patrona. El canto de alabanzas y las constantes plegarias no se vieron un solo instante interrumpidas.

A las ocho de la mañana, la Madre de Jesús, recibió la ofrenda de muchas almas inocentes que por vez primera se acercaron a Jesús Sacramentado. artísticos y bien dispuestos reclinatorios completaron el adorno de aquella hora solemne.

11o. LA IMPONENTE CEREMONIA

A las diez de la mañana la capacidad del templo estaba totalmente ocupada. Al llamado solemne de las alegres campanas apareció impotente, en la puerta principal de la Basílica, el Pontífice que, lleno de magestad, se disponía a verificar la imperecedera ceremonia, formaban su cortejo, un crecido número de acólitos, seminaristas, cantores y sacerdotes.

Aquella procesión solemne recorrió imponente y magestuosa, acompañada de sonoros acordes y melodiosos cantos, aquella anchurosa nave, pasó al altar del Santísimo, oró con fervor unos instantes y pasó luego al presbiterio en donde permanecían devotos los pontífices asistentes, en magestuosos reclinatorios cubiertos con terciopelo rojo . . .

Se inició el canto de tercia, el Prelado celebrante fue recibiendo con serenidad y calma los ornamentos sagrados, mientras el coro ejecutaba magistralmente la salmodia. Así transcurrieron, en medio del suspenso y la devoción de los fieles, aquellos instantes de espera.

Siguió su curso natural aquella memorable ceremonia. las rúbricas del pontifical se fueron ejecutando con maravillosa fidelidad, fueron transcurriendo los momentos hasta que al fin, en medio de un silencio pletórico de emoción, se fueron escuchando, resonantes y plenas de sentido, las inmortales palabras por las que el Romano Pontífice, con su autoridad suprema, actuando como cabeza visible de la Iglesia y Vicario de Jesucristo sobre la tierra, declaraba, constituía y deputaba como Celestial Patrona y principal protectora a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

Todos los fieles allí reunidos, al acercarse momento tan solemne apenas podían contener sus afectos, por ello, al oír en suspenso las palabras del Breve Pontificio "Ad perpetuam memoriam", no pudieron más y entre lágrimas y voces de júbilo prorrumpieron en prolongadas aclamaciones vitoriando a la Madre de Dios, al Papa y a la Iglesia. Repetidos y prolongados aplausos resonaron en toda la Basílica y un repique a vuelo coreado por nutrida y sonora cohetería, que estremeció los aires, vino a completar el gozo de tantos millares de almas que vibraban de felicidad y de amor a su Reina y Señora. Fue, sin género de duda, un instante imponente, sublime y conmovedor.

Entre velos de incienso y el delicado aroma de los perfumes que ofrendaron generosos algunos devotos a la Excelsa Patrona, el Pontífice ofrendó al Padre Celestial la Hostia blanca en una solemnísima Pontifical, que produjo indeleble impresión en todos los asistentes. La cátedra del Espíritu Santo estuvo cubierta por destacado orador que, con elocuencia y fervor poco comunes, puso de relieve los nuevos vínculos que aquella mañana de mayo se habían creado entre la Reina del cielo y la diócesis, que por tantos títulos le pertenece y se llama suya. Hizo también resaltar cómo, aquel acto sublime de vasallaje, cerraba una historia de tiempos pretéritos, que será conservado en los anales como testimonio viviente de un pueblo que supo amar con entrañable amor a la que se ha manifestado siempre como su tierna Madre.

Emotivas lágrimas surcaron las mejillas de quienes tuvieron la dicha de vivir momentos tan sublimes.

Al finalizar el Santo Sacrificio se impartió la bendición papal, se publicaron las indulgencias concedidas y se pidió una oración por el Romano Pontífice.

Con voz entrecortada por la emoción, lenta y magestuosamente dió lectura frente a los micrófonos, el Emo. Prelado diocesano, a la fórmula por la que se publicaba y proclamaba el Patronato de la Santísima Virgen. Terminada la lectura del trascendental documento, nuevos vivas y prolongados aplausos resonaron en la airosa nave. Acto seguido se procedió a la bendición de las banderas de todas las parroquias de las que eran portadoras comisiones especiales.

Como un himno de acción de gracias, se entonó en seguida un magestuoso Tedéum con el cual llegó a su fin la imponente y momorable ceremonia.

Se hicieron presentes a la solemne proclamación del patronato, además de los sacerdotes residentes en esta parroquia, los siguientes clérigos: Emo. Sr. Obpo. diocesano Dr. D. Anastasio Hurtado; el Emo. Sr. D. Manuel Yerena; el Dmo. Sr. Obispo coadjutor de Zamora Dr. D. Salvador Martínez Silva; el Ilmo. Monseñor D. Gregorio Araiza; el Sr. Canónigo D. Pedro Rodríguez; los Sres. Párrocos D. Elías Zamora, D. J. del Refugio Hernández. D. Alfredo Rousse, D. Jerónimo Madrigal, y los Pbros. D. J. Guadalupe Uribe. D. Juan García Lepe D. Manuel Ribera, D. Rosendo Velázquez, D. Ladislao Ramos G. y D. Ignacio Ibarra y Gaitán.

12o.—CULMINACION DE LA FIESTA.

A las dos treinta de la tarde el pueblo de Talpa agasajó a los ilustres visitantes con un pingüe y suculento ágape, en el que se sirvieron sazonados y selectos platillos de la más alta cocina nacional y



Altar de Nuestra Señora del Rosario, 19 de septiembre de 1957.

regional, y se brindó con cognac y champagne por la felicidad de todos los presentes.

Distinguidas damas de la mejor sociedad, típica y lujosamente ataviadas tuvieron a su cargo el servicio, en todo se mostraron gentiles y atentas con sus distinguidos comensales. No se echaron de menos la buena música. ni las clásicas piezas literarias que hicieron más atractiva y amena la reunión.

Por la tarde, en el salón de sesiones anexo a la Basílica, celebraron junta plenaria todos los delegados de Acción Católica de ambos sexos venidos de todas las parroquias del obispado; allí se acordó la compra o adquisición de dos lámparas votivas que deberán arder siempre y a toda hora ante el altar de la Celestial Patrona, sería esto una señal de vasallaje y un símbolo de la fe y el amor que todos los diocesanos ofrendarían a su Celestial Señora.

Tan simbólico y significativo proyecto llegó a convertirse en realidad, con la cooperación de la A. C. diocesana se compraron dos lámparas de pie muy historiadas, en estilo churrigueresco de mala calidad, e imperfecto acabado, fueron obra del orfebre D. Pedro Solis Olmedo; dichos portaluces pueden verse hoy día en el presbiterio de la Basílica.

Los peregrinos de todo el Obispado respondieron admirablemente a la invitación que oportunamente se les hizo, a fin de que cooperasen para la compra o adquisición de una campana que, con su lengua de bronce y su resonante voz, estuviese todos los días entonando alabanzas y cantando las glorias de la Madre de Dios. Tan acertada iniciativa también llegó a la realidd, fue por esto que aquella tarde primaveral, con gran concurso de fieles y con toda la solemnidad que prescribe el Ritual Romano, el Emo. Prelado nayarita, acompañado y auxiliado por un crecido número de clérigos. pronunció la fórmula y virtió el agua lustral sobre aquel sonoro instrumento. que fue bautizado con el nombre de "La Nayarita".

Tanto el ejercicio vespertino como el nocturno resultaron imponentes por la solemnidad que resplandeció en ellos, el coro, la música, la deslumbrante y variada iluminación y, sobre todo, la elocuencia y sabiduría que se derrochó en la cátedra sagrada fueron el complemento obligado de aquel día de recuerdos.

Poco antes del ejercicio de la noche, la blanca mole del vetusto santuario de la Madre querida, parecía elevarse por encima de milla-

res de luces que iluminaron las calles y el atrio. Verdaderas oleadas de luz —gigantescas e incontenibles— se dirigían al templo, aquellas multitudes, en bien organizada peregrinación, se volcaban en sentidas manifestaciones de fe y amor hacia la Reina del cielo, de todas latitudes surgían las muchedumbres ávidas de rendir homenaje a su Excelsa Patrona.

Aquellas nutridas masas humanas hacían resonar el aire con las notas vibrantes de sus himnos y cantares. Las plegarias se multiplicaban. y en cada rostro se advertía un gesto y una actitud de elevación.

Muchos millares de personas vitorearon desbordantes de entusiasmo a la Sma. Virgen, al Papa y a la Iglesia; era digno de verse cómo crecía y se contagiaba el fervor y la emoción de aquellos corazones al contemplar de cerca a su amada Virgencita. Las súplicas a viva voz se hicieron cada vez más fervientes, el canto más sonoro y vibrante, las rodillas de todos se doblaban de manera inconciente y, de hinojos, con las manos hacia el cielo, y el corazón lleno de gozo, veneraron aquellas gentes a la Madre de Dios. Todos, sin distinción de clases, edades o sexos, movidos por una misma fuerza espiritual: el amor marial, llegaron a mostrarse ante el prodigio que un día contemplara extasiada María Tenanchi.

13o. ULTIMAS HORAS DE AQUEL DIA INOLVIDABLE

En uno de los ángulos de la pintoresca plaza fue colocado el tradicional castillo, había sido confeccionado por un cohetero que a la postre resultó, no sólo un experto en la materia, sino también un delicado artista, que supo dibujar en el cielo y en el viento delicadas figuras con resplandecientes luces de variados colores.

La plaza pletórica de ambulantes esparcía, desde su artístico kiosko sus mejores notas ejecutadas por la banda pueblerina; su música predilecta con sus marchas y piezas populares, daba vida y animación al ambiente..

Era digno de verse aquel conjunto polimorfo de variada policromía, cuyo complemento obligado fue un crecido número de vendedores ambulantes, que buen negocio hacían entre los que entraban y salían del templo y entre los incautos que tampoco faltan en todas estas reuniones.

A las diez treinta de la noche se prendió fuego al castillo, las luces de colores, formando figuras caprichosas, iluminaron fantásticamen-

te la noche: el pueblo contemplaba estático e impresionado. Lluvias de oro y plata, estrellas polimorfas, circunferencias giratorias, etc., todo se sucedía con una riqueza y variedad fantásticas.

Después de veintiocho minutos de sostenida emoción, todo culminó en la blanca y luminosa corona que se elevó a gran altura, como absorvida por el vacío infinito del cielo hasta confundirse con las áureas estrellas.

La diana en el kiosko y el repique a vuelo en las torres de la iglesia, pusieron punto final; el cielo se iluminó enseguida con los postreros chotones de luces policromadas, que marcaron el fin de aquel día glorioso y alegre. Aquella muchedumbre, silenciosa en ratos y en ocasiones haciendo comentarios, regresó a sus hogares; poco rato después se apagaron las luces de los focos; las densas tinieblas de la noche y un prolongado silencio se enseñorearon del ambiente.



Una manifestación de ciclistas que rinde homenaje a su querida Madre.

La Santísima Virgen del Rosario recibió, en esta ocasión, el dominio absoluto sobre todo el extenso obispado de Tepic, 36,191 kilómetros cuadrados de extensión territorial, ocupados por veinte parroquias; varios centenares de miles de cristianos; más de un centenar de sacerdotes de ambos cleros, un apreciable número de seminaristas y religiosas, formaron, en aquel día doce de mayo, la hueste y la nueva heredad de la Celestial Señora.

El Emo. Prelado diocesano dispuso en aquella ocasión, que por lo menos en todos los templos parroquiales hubiera una imagen de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa ocupando un lugar de honor y que todos los sacerdotes procurasen dar a conocer el significado y alcance del patronato de María Santisima sobre todo el obispado.

El nuevo acto litúrgico fue desde luego una glorificación solemne de la Madre de Dios y, a la vez, un paso más en la divulgación y conocimiento, y un adelanto nuevo en la extensión del culto litúrgico de la Santísima Virgen en su advocación del Rosario de Talpa.

NOTAS.—Documentos referentes al patronato de la Sma. Virgen del Rosario sobre el Obispado de Tepic.

NOTA 1a.—Breve pontificio por el que S. S. Pío XII concedió el patronato.

PIO XII. PARA PERPETUA MEMORIA.

Ceñida con luciente corona de oro, en la Basílica de la bienaventurada Virgen María del Santísimo Rosario, en la población de Talpa, situada hacia los confines de la diócesis de Tepic, República Mexicana, con grande veneración de los fieles es honrada la Imagen de la Beatísima Virgen María, a cuyo sagrado templo suelen acudir como peregrinos, aun de lejanas tierras, en apretadas multitudes o en particular, gente de toda condición; además los fieles cristianos de toda la diócesis, que también viven en parroquias distantes, invocan con muy grande amor y confianza a la Bma. Virgen María del Rosario de Talpa en las calamidades públicas y privadas, y desde hace muchos años, casi todos los fieles de Tepic la llaman Patrona.

Después de examinadas todas estas cosas, el Obispo de Tepic, exponiendo también humildemente los votos del clero y del pueblo fiel, suplico empeñosamente al Smo. Sr. Nuestro el Papa Pío XII, que se dignara declarar benignamente a la misma Bma. Virgen María Patrona Principal de la diócesis.

A la verdad atendiendo S. S. muy afectuosamente a estas preces recomendadas por el Emo. Sr. Arzobispo de México y presentadas por el infrascrito Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, benévolamente se ha dignado declarar, constituir y deputar a la Bma. Virgen del Rosario de Talpa. Celes-

tial y Principal Patrona ante Dios, de toda la diócesis de Tepic, con todos los derechos y privilegios litúrgicos que corresponden a los patronos de los lugares.

No obstante cualquier cosa en contrario.

Diciembre 10 de 1948.

C. Cardenal Micara. Prefecto.

NOTA 2a.—Fórmula que fue leída en la proclamación del patronato.

Reina del Santísimo Rosario, cuya Imagen Taumaturga, cual perla preciosísima, se ostenta en la Basílica de Talpa y es para nosotros fuente benignísima y perenne de gracias, míranos humildemente postrados en tu presencia.

Tú eres ahora nuestra celestial y principal patrona ante Dios, por benévola concesión del Vicario de tu Divino Hijo en la tierra; te damos las más rendidas gracias, Reina y Madre Nuestra, por el singular beneficio que nos has dispensado.

Hoy que celebramos jubilosos tan memorable y trascendental acontecimiento, venimos a consagrarnos a tu Inmaculado Corazón; Tuyos somos y Tuyos queremos ser, en la vida y en la eternidad.

Venimos a entregarte total e incondicionalmente nuestras personas, con todo lo que tenemos y somos, nuestras familias, nuestras instituciones, nuestra diócesis entera; dispón, Señora, de todo y de todos como te plazca, pues Tú eres nuestra única dueña y nosotros somos tus vasallos y esclavos.

Venimos a proclamarte, ante la faz del mundo, nuestra Madre, nuestra Reina, nuestra celestial y principal Patrona, ofrecemos nuestros corazones, acéptalos y reina en ellos para siempre.

Venimos a jurarte obediencia, fidelidad y amor, ayúdanos a cumplir nuestro juramento y, si alguna vez, por nuestra fragilidad y miseria, nos olvidamos de nuestras promesas, Tú, oh Reina del Santísimo Rosario, vuelve a nosotros esos tus ojos de misericordia, muestra que eres nuestra Madre, alcánzanos el perdón de nuestros pecados y tu corazón Inmaculado sea nuestra salvación.

En este feliz día, te rogamos especialmente por el Romano Pontífice, consuélalo, protégelo, benefícialo y dale la vida eterna; por nuestro prelado, párrocos y demás sacerdotes, por los religiosos y seminaristas; que sean santos y fieles a tu gracia y vocación, por todos nuestros bienhechores y devotos tuyos, llévalos al cielo, obten la paz y completa libertad para la Santa Iglesia de Dios, detén la desbordante ola del paganismo moderno, inflama en los fieles el amor a la pureza, la práctica de la vida cristiana y el celo apostólico, de manera que los siervos de Dios crezcan en mérito y en número; convierte a los infieles y pecadores, ayuda a los misioneros, danos la paz, salva a nuestros niños y jóvenes y libra a la diócesis de todas las calamidades públicas y privadas por el rezo del santísimo rosario, haz que gocemos de tu presencia en el cielo. Amén.

NOTA 3a.—Acta en que aparece la votación del pueblo de Talpa pidiendo el patronato.

En el pueblo de Talpa, Jalisco, a los 15 días del mes de octubre de 1944, reunidos en el santuario de Ntra. Sra. de Talpa, los fieles que asistieron a la Santa Misa de las cinco de la mañana, e inmediatamente después de oirla, subió al púlpito el Sr. Cura de esta parroquia, explicando por qué se les había invitado a permannecer en el templo, se levó la circular No. 88 en (la) que Ntro. Emo. Prelado nos propone para Patrona de la diócesis a la Sma. Virgen del Rosario de Talpa, y en caso de ser aceptada su proposición, dar nuestro voto para pedir a quien corresponde, se conceda esta gracia, de ser confirmada como Patrona de la diócesis.

El Sr. Cura expuso que los que estuvieran de acuerdo lo manifestaran, ya sea allí mismo, en particular, y los que aceptaran dar su voto levantaran el brazo derecho que se contaría como voto personal; e inmediatamente, como una sola voluntad, todos levantaron su brazo, proclamando a Nuestra Señora del Rosario de Talpa como la Patrona y Reina, no sólo de esta población, sino de toda la diócesis.

Se hizo una pequeña oración a Ntra. Señora pidiéndole aceptara ser nuestra patrona y que Ella misma nos concediera ser despachada favorablemente y pronto esta petición.

Se vitoreó luego a la Santísima Virgen y a Ntro. Prelado.

Este acto fue repetido después en todas las misas, manifestando todos unánimemente su deseo de ver convertida en Patrona principal de la diócesis a Ntra. Sra. del Rosario de Talpa.

El número aproximado de personas que dieron su voto fue (en total), de 2671"

Solicitud del clero de Talpa pidiendo el patronato.

Emo. y Rmo. Sr. Obispo:

Los sacerdotes adscritos a esta parroquia y al venerable santuario de Ntra. Sra. del Rosario de Talpa, acogemos con entusiasmo y devoción la invitación e iniciativa de que sea declarada Patrona Principal de la diócesis de Tepic, la Sma. Virgen María en su advocación de Ntra. Sra. del Rosario de Talpa, y pedimos humildemente a S. Ecia. Rma. se digne elevar cuanto antes nuestra petición a la Santa Sede uniendo así la nuestra con la del pueblo católico de toda la diócesis que unánimemente ha pedido sea concedida esta gracia.

Talpa de Allende, Jal. Octubre 15 de 1944.

NOTA 4a.—Se establecen las primeras religiosas en la parroquia.

Desde hacía tiempo se venía laborando por fundar en Talpa una casa de religiosas con el fin de que atendieran, en forma debida, la educación y cultura de la niñez y juventud y, a la vez, trabajaran por despertar en la juventud talpense el deseo de consagrarse a Dios y a su Santísima Madre dentro de la vida religiosa.

En el mes de agosto de 1949 llegaron a estos lares las primeras religiosas, pertenecían al V. Instituto que entonces llevaba por título "Congregación de Víctimas del Corazón Eucarístico de Jesús", fundado por el insigne mártir Sr. Cura D. José María Robles.

Aquellas cuantas almas consagradas a Dios fundaron en este lugar una casa que luego consagraron al Inmaculado Corazón de María; en seguida se hicieron cargo de los colegios para niños de ambos sexos.

Estos planteles educativos, antaño escuelas particulares, fueron luego incorporados a la Federación, lo cual vino a dar validez oficial a sus estudios y cursos.

La valiosa labor de aquellas almas caritativas resultó fructífera, no sólo en el terreno cultural sino también en el vocacional. En poco tiempo varias jóvenes ingresaron al convento en diferentes institutos, de ellas varias han perseverado y son hoy día religiosas profesas.



Primer carro que llegó a Talpa en el año de 1922.

CAPITULO FINAL

Año Santo—Año Mariano

Sexta década del siglo XX

1) AÑO SANTO

PARECIA lo más natural y espontáneo, dar gracias a Dios por todos los favores y dones concedidos en la primera mitad del siglo XX, para este fin S.S. Pío XII hizo un llamado paternal a toda la cristianidad, para que todos elevaran fervientes plegarias al cielo, que fuesen como un himno de gratitud que toda la humanidad entonara a su Creador, a la vez que un desagravio universal por todas las faltas y transgreciones hechas a la divina ley.

El corazón paternal del gran Pontífice deseó, que este acontecimiento fuese, a la vez una fuente de gracias y de perdón para los pecadores, con ese motivo declaró todo el año de 1950 como año santo, o jubilar, para la Ciudad Eterna; gracia que hizo extensiva a toda la cristiandad en el año siguiente.

Siguiendo el llamado paternal del Romano Pontífice, la fe se hizo más activa y operante en aquellos días; fueron innumerables los fieles cristianos que, durante todo aquel año, 1950, se acercaron a la Madre de Dios para ofrendar al cielo su gratitud por ministerio de sus virginales manos y su maternal corazón; todo esto vino a incrementar notablemente las romerías y dió origen a que las festividades tomaran un carácter peculiar de penitencia y desagravio.

Para la fiesta tradicional de mayo, el Emo. Prelado diocesano visitó la Santa Basílica de Talpa y celebró en ella una solemne pontifical, toda la predicación y orientaciones que dirigió entonces el celoso pastor estuvieron orientadas hacia el fervor y la devoción que en esos días debía hacerse más patente, sobre todo en los pueblos predilectos de la Madre de Dios.

En el mes de septiembre visitó de nuevo esta villa el Ilmo. Monseñor D. Gregorio Araiza; su viaje, por la vía aérea, resultó lleno de peripecias y aventuras a causa de una prolongada lluvia ciclónica que azotó toda la costa del Pacífico ocasionando la suspención total de las vías de comunicación. pero el ferviente devoto de la Madre del cielo era portador de una rica y artística vestimenta de finísimas telas, dorada en oro francés; era un obsequio que pretendía hacer a la Reina del Cielo y eran sus deseos que lo estrenara en las fiestas septembrinas.

La santísima Señora vio con buenos ojos y aceptó cariñosa tanta generosidad, pues concedió a su devoto llegar a tiempo de vestir a la bondadosa Madre su nuevo traje.

El 19 del mismo mes, siendo las 10 horas, celebró de pontifical en el altar de la Sma. Señora, al terminar el Santo Sacrificio se entonó imponente Tedéum en acción de gracias.

En esa misma fecha, cuando eran las 18 horas, en medio de de una nutrida concurrencia y con toda la solemnidad que prescribe el pontifical Romano, impartió, Monseñor, la bendición solemne a la campana que obsequiaron a la Madre de Dios millares de peregrinos de la diócesis de Colima, por la misma razón, aquel nuevo instrumento de sonoros metales, el nombre de "La Colimense"

Un acto litúrgico lleno de solemnidad y profundo misticismo dio principio en la Santa Basílica el año santo, que tuvo principio a la primera hora del año 1951; todo el fruto que se esperaba recoger en aquel tiempo de misericordia se pidió al cielo por las manos bienhechoras de María. Desde esa hora quedó abierto el gran jubileo, que fue una ocasión nueva para que la Madre generosa hiciera patente su amor a tantos hijos que la invocan.

Desde esa fecha las romerías fueron creciendo cada día, más que el número de peregrinos era notable el fervor y espíritu de penitencia y reconciliación con que se acercaban a lucrar la remisión total de sus faltas.

Para disponer de una manera mejor, las conciencias y obtener un máximo fruto de aquellos días de gracia, se organizó en el templo de la Madre de Dios una misión que estuvo a cargo de los RR.PP. Pasionistas; el fruto espiritual que en ellas se recogió fue copioso; al terminar esos días de gracia y predicación fue organizada,

por los mismos predicadores, una importante peregrinación de penitencia y desagravio llevando sobre los hombros el santo leño de la Cruz, aquel acto resultó, además de muy concurrido, lleno de fervor y de penitencia.

Fue en este tiempo santo de reconciliación, misericordia y perdón, cuando apareció en forma palpable la realidad de la misión sagrada, digase mejor, del mensaje de María para los hombres. Tuvo entonces plena realización en las almas aquel divino y celestial mensaje de fe, que hace sentir la paz y seguridad que disfrutan todos aquellos que creen y se arrojan, como María: en los brazos de la misericordia divina del Señor, por más que no lo toquen sus manos, ni lo contemplen sus ojos.

María, modelo viviente de fe y esperanza, creyó siempre en la palabra y en la promesa divinas, en el mensaje del Angel que le anunció el misterio de su maternidad virginal, en la divinidad oculta de Aquel que veía llorar de frío en el pesebre de Nazaret, que oía predicar y que contempló deshecho en la cruz. Por eso le fue dicho: "Feliz, bienaventurada Tú, porque creiste"; es lo mismo que María repitió en este tiempo de perdón a los que se acercaron a purificar sus almas: "felices vosotros que habéis creído y obrado conforme vuestra fe. Tened fe en que yo velo por vosotros, os amo y hago míos todos vuestros intereses". Esto exige un acto firme de fe.

María hizo sentir en aquellos dias de perdón, a sus devotos, una firme esperanza en el auxilio divino en esta vida y en la felicidad eterna en la otra. Reavivó en los corazónes el deseo innato del cielo, acrecentó la confianza en Dios todopoderoso y fiel, que jamás puede dejar de cumplir sus promesas.

¿Quién no ha contemplado esos lagos azules en cuya tranquilidad serena se refleja la grandeza y majestad del cielo? A esos lagos hermosos afluye multitud de ríos y arroyos que bajan de las montañas, impetuosos y torrenciales, llevando consigo toda clase de inmundicias, pero a medida que van penetrando más adentro, van perdiendo la ferocidad de sus corrientes, se van purificando sus aguas y van haciendo suya toda aquella paz y serenidad que goza el anchuroso lago.

En aquellos días de gracia la Celestial Señora se convirtió también, como un lago sublime, en remanso de paz y serenidad para

tantas vidas agitadas. A Ella acudieron tantas almas sacudidas por el pecado, las pasiones internas y los acontecimientos exteriores de la vida; se arrojaron confiados en sus brazos maternales, trataron de participar de su vida divina; Ella, por su parte, los hizo partícipes de esa paz y serenidad que llenan su alma, los purificó y los introdujo en ese piélago de amor que es el Corazón divino de su adorable Jesús.

¿Quién podrá medir y contar los consuelos e intimidades que María dispensó a tantas almas en el recinto sagrado y, sobre todo, en el santuario secreto del corazón?.

Quizá tan sólo los Angeles fueron testigos silenciosos de la transformación milagrosa que se obró en tantas almas, que se acercaron a la Celestial Patrona llenas de fe y de confianza, y con la certeza de ser favorablemente despachadas. María ha sabido hacer siempre suyas aquellas palabras de Jesús: "Venid a mí todos los que sufrís que yo os aliviaré". El santuario y, sobre todo, el corazón de la Excelsa Patrona se convirtieron, durante todo aquel año de gracia y perdón, en fuente inagotable de misericordia y consuelo para el cuerpo y el alma.

El 9 de marzo del año que reseñamos, arribó a esta villa el Pbro. Antonio Galaviz, procedente de la parroquia de Guachinango; traía nombramiento de vicario cooperador de esta parroquia, vino a sumarse al que escribe estas líneas, que desde el año anterior y en sustitución del Pbro. D. Ignacio Ibarra y Gaitán, venía desempeñando el mismo cargo.

La decoración que se aplicó al santuario en la década que va de 1912 a 1922, resultó un tanto oscura debido a los colores que se emplearon en ella. Era muy natural que en aquellos años en que no se conocía la luz eléctrica, y la iluminación interior tenía que hacerse a base de velas de cera y de otros combustibles, que despedían gran cantidad de humo y ensuciaban demasiado las pinturas, se eligieran o prefirieran colores oscuros con el fin de que se ensuciaran menos y el humo fuera menos notable; tenía todo esto el inconveniente de que con esas pinturas resultaba el templo un tanto incomodo por la falta de una iluminación natural adecuada.

Secundando el uso y la costumbre dominantes en esta época de emplear la cantera como materia decorativa, se determinó limpiar todas las partes salientes del interior del templo que son de dicha mate-

ria: las cornisas, las pilastras, los arcos y el frente o testero del presbiterio, a ellos deben sumarse las nervaduras de las bóvedas y la cúpula; para el año que historiamos, 1951, se iniciaron las labores dando principio en las cornisas.

El año siguiente, 1952, vino a sumarse al número de clérigos residentes, el recién ungido sacerdote, Pbro. Antonio Corona Ramírez, traía nombramiento como vicario cooperador de la parroquia.

En 1954 se cumplió el primer centenario después que el inmortal Pontífice Pío IX declaró dogma de fe, o lo que es lo mismo, definió como verdad revelada la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen

Para celebrar dignamente tan importante y trascendental evento, S.S. Pío XII declaró aquel año como mariano, esto es, destinado a honrar a la Madre de Dios, y para que resultara simultáneamente fructifero para toda la cristianidad, concedió jubileo máximo.

Todos los santuarios consagrados especialmente al culto de la Reina de los Angeles, fueron declarados como privilegiados, esto es, propios para lucrar en ellos la indulgencia plenaria. Entre ellos se contó, naturalmente, la basílica de Ntra. Señora del Rosario de Talpa.

Tan extraordinario evento llenó de alegría y felicidad a millares de fieles devotos de la Excelsa Patrona, pero de manera especial a los diocesanos nayaritas y habitantes de Talpa, que tanto gozan en ver honrada a su celestial patrona. Esta parroquia nunca se olvidó de que nació a la fe y al catolicismo y a la cultura, en brazos y bajo el amparo de tan bondadosa Madre.

Las romerías, en ese año, resultaron extraordinariamente concurridas. Eran muchas las razones que atraían a millares de fieles a implorar el perdón por las manos generosas de la que todo lo puede ante el supremo Hacedor.

Lo Santa Basílica permaneció de fiesta todo el año, se procuró incrementar el culto dándole mayor solemnidad, la predicación estuvo orientada hacia un conocimiento más amplio y profundo de la doctrina mariana; la Acción Católica, la organización catequística, los centros de estudio de todas clases, tuvieron la mariología como tema principal; "conocerla mejor para amarla más" fue el lema de aquella jornada memorable.

El Prelado Diocesano dispuso que fuese destinado el mes de mayo a celebrar, con la mayor solemnidad posible aquel año santo; por tal motivo, fueron invitadas algunas distinguidas personalidades tanto del fuero eclesiástico como civil.

El novenario, que dio principio el día 4, revistió una gran solemnidad, numerosas peregrinaciones fueron llegando de diferentes latitudes, en todas era notable el fervor con que se acercaban a la Celestial Señora.

Entre los Prelados que dieron realce con su presencia a la solemnidad de aquellas días de gloria, se contaron el Sr. Arzobispo de Guadalajara Dr. D. José Garibi y Rivera; el Dmo. Prelado Diocesano Dr. D. Anastasio Hurtado y el Dmo. Mitrado D. Manuel Yerena.

El día doce celebró grandiosa pontifical el Emo. Metropolitano de Guadalajara, y fue él mismo quien ocupó la cátedra del Espíritu Santo, desde allí celebró con gran elocuencia y fervor las grandezas de la Madre de Dios

El templo, el pueblo y sus habitantes estuvieron de fiesta, toda la belleza y magnificencia en el ornato, la solemnidad y grandeza en el culto divino, la elocuencia y piedad en la predicación, etc., etc., parecieron poco en comparación de lo que aquellos corazones generosos hubieran deseado ofrendar a su Reina y Señora. *"Sobre la magnificencia que se derrochó en los coros, las luces, la música, decoraciones, elocuencia oratoria y demás, sobresalió deslumbrante el desbordamiento del amor marial"*.

No parece exagerado afirmar que, en conjunto, desde los tiempos aciagos del conflicto religioso, en ningún año se había notado una afluencia tan grande de peregrinos como en la temporada que reseñamos.

Visitaron a la celestial Señora toda clase de personas: el viandante curioso atraído tan sólo por la fama que gozan las ferias regionales; el artista que admira el paisaje lleno de colorido y gusta de las delicias de la vida provinciana; el peregrino humilde, sencillo, lleno de amor que venía a bendecir a su Reina y Señora, autora de infinitas grandezas, y a reconocerla por su Celestial Patrona; venía a darle gracias por los dones recibidos y a implorar nuevos favores, o cooperar con sus óbolos y limosnas al engrandecimiento del culto, embellecimiento y conservación de la Santa Basílica, que es para ellos la casa

solariega, el lugar de refugio, satisfacción y gozo de tantos devotos creyentes.

Vinieron también los pecadores, se encontraron frente a frente con la Madre buena, y sintieron de inmediato que la bendita Señora les robaba el corazón; sintieron el influjo celestial de María que se hace sensible a través de su imagen piadosa, tocada por el poder y la gracia divinas.

En el santuario íntimo de sus almas sintieron la fuerza de la fe, porque el influjo santificante de María es inagotable en los corazones. Se acercaron a Ella pecadores de todas clases, en todos se advertía un movimiento de confianza y perdón, diríase que la Virgen sacrosanta hacía suyas las palabras de Jesús en el calvario; *"Perdónales, Padre, no saben lo que hacen, son débiles, son tus ovejas descarriadas"*.

En incontables ocasiones se verificó el milagro, aquellos pecadores, tocados por la gracia, buscaron el perdón y su arrepentimiento fue sensible y sincero, se cumplieron en ellos, las divinas palabras: *"Quien encontrare a María, habrá encontrado la vida"*; y en ese manantial celeste, encontró su salveción.

A pesar de todo muchos cristianos regresaron en pecado, con el alma manchada y la conciencia endurecida, no porque les haya faltado la gracia, sino porque no quisieron, o no supieron corresponder a ella. No es culpable el sol si sus cálidos rayos no penetran en el corazón de las rocas; tampoco es responsable el manantial de que sus cristalinas aguas no reblandezcan las duras piedras.

Muchos vinieron física y muchos espiritualmente, con el cuerpo o con el alma todos vinieron a postrarse a las plantas de María, a testimoniar su amor, su fe, gratitud y confianza, a entonar alabanzas y a implorar nuevas gracias y dones; todos movidos y atraídos por el dulce llamado del amor y de la gracia.

En este año se inició la costumbre laudable de que todos los miembros de la Sociedad Cooperativa de carros de pasaje y carga, que une esta Villa con la metrópoli jalisciense, festejara a su Celestial Patrona con una lucida fiesta el domingo último de mayo; en aquel año, como en todos los posteriores, resultó muy alegre y digna de verse, sobre todo por la abundancia de flores y el esplendor de los actos de culto.

En la segunda quincena del mismo mes, fue recibida con toda solemnidad una fervorosa y nutrida peregrinación procedente de la capital de la República, venía encabezada y dirigida por un clérigo de aquélla metrópoli; desde entonces, año tras año, en número cada vez mayor ha venido aquel núcleo de fervientes devotos de María a postrarse a las plantas de la Sacrosanta Imagen.

2o.—SE ESTABLECE LA COFRADIA DEL ROSARIO PERPETUO

Una de las recomendaciones que hizo el R. P. General de los PP. Predicadores, al conceder la gracia de que fuera erigida en el santuario de Talpa la hermandad del Rosario, fue que procurara el P. Director, a ser posible, que se estableciera lo más pronto posible en el mismo santuario la Asociación del Rosario Perpetuo, el cual, como un complemento de la misma Cofradía, es una forma más perfecta de obtener su fin de manera más completa y eficaz.

Una obra de tanta importancia, fue establecida en la Basílica de la Santísima Señora de este pueblo, el 9 de enero de 1955.

Para esta fecha se hallaba en Talpa el R. P. J. María Tazcón de la Orden Dominicana, residente en aquel año en la casa fundada en Aguascalientes, Ags.; había venido a predicar una misión y, aprovechando tanto el cariño y la devoción que profesa todo el pueblo a su Celestial Señora y Reina, como el fervor que había despertado la misión por él predicada, haciendo uso de las facultades concedidas a los miembros de su orden, organizó y estableció la nueva hermandad, quedando desde entonces vigente el Rosario que en todos los instantes del día y de la noche, sube al cielo desde este rinconcito del mundo que María ha escogido para Ella y para mostrarnos su amor maternal.

Durante los días que precedieron a la erección, el Rdo. Padre, con gran concurso del pueblo, practicó la devoción del Rosario llamada "de alba"; muy de madrugada se organizaba en la santa Basílica una numerosa y ferviente peregrinación acompañada de la música, desde la puerta del atrio hacía el recorrido por las calles principales de la población rezando el rosario, deteniéndose tan sólo unos instantes a cantar los misterios, para luego volver al recinto sagrado a celebrar el santo sacrificio de la Misa. Por lo nuevo y original de aquella práctica, gustó mucho y enfervorizó a los talpenses.

La naciente cofradía del Rosario Perpetuo tuvo plena acogida en estas tierras pues, cuando se escriben estas líneas, la hermandad

cuenta con un millar de socios que, sin interrupción alguna, durante todas las horas del día y de la noche, están siempre alabando y glorificando a su Reina y Señora.

La división número 20, que tocó en orden a esta parroquia, cuenta con una mesa directiva que controla y dirige sus actividades. Además, cada día cuenta con una celadora que vigila para que sus socias recen el rosario a sus horas.

3o.—LA MADRE DE LOS MEXICANOS, REINA DEL TRABAJO

Las dificultades y problemas que pesan sobre el trabajador mexicano, se han venido recrudenciendo y agravando en estas últimos años; la Santa Iglesia, que siempre vela y se preocupa también por el bienestar temporal de sus hijos, volvió sus miradas y su corazón a la Inmaculada Reina de los cielos en demanda de ayuda, y para acercar más el corazón del trabajador mexicano a la que todo lo puede, decidió consagrarlo a Ella, y, a la vez, ceñir su frente inmaculada con imperial corona, proclamándola como Reina y Abogada del trabajador mexicano.

El día 12 de diciembre de 1955 fue escogido para llevar a cabo, en todos los templos de la República Mexicana, tan significativa ceremonia.

Esta fecha fue para la Santa Basílica y para todo el pueblo de Talpa, una efeméride gloriosa y de agradables eventos; pues uno de sus hijos, el Pbro. Miguel Almaraz, recién ungido sacerdote, cantó su primera misa a los pies de la Celestial Patrona.

En ese mismo día, siendo las 17 horas y 50 minutos, el Rector de la Basílica colocó en las sienes benditas de la Madre y Reina de los mexicanos magestuosa diadema de princesa, en una sencilla ceremonia que resultó muy concurrida.

Desde que se iniciaron las labores tendientes a renovar la decoración interior del templo; en forma lenta y con algunas interrupciones, se ha venido trabajando, se han retirado en gran parte las antiguas pinturas y se ha pulido y hermoseado la cantera. Para el año de 1956 se veían terminadas las cornisas, las pilastras y se iniciaban los arcos; en agosto del mismo año se comenzó a remover el piso del presbiterio, así como también el trono de la Santísima Virgen. Para dar alojamiento a la Taumaturga Imagen, fue colocado un altar provisio-

nal fuera del presbiterio; allí en el antiguo nicho que antaño ocupara la Imagen de Nuestra Señora de los Dolores, fue colocada la Patrona de Talpa.

El arcaico trono, construido en 1834, fue demolido así como también todo el altar mayor; sólo se conservaron las graciosas columnas monolíticas de cantera gris que mandara labrar el P. Ibarra 135 años antes. Como la cúpula del trono era en gran parte de madera, para darle mayor solidez y seguridad, se mandó labrar una nueva que fuera toda de cantera; resultó ésta con la forma de una media naranja con cuatro grandes guirnaldas doradas.

Los antiguos capiteles de las columnas del trono, antaño de estilo jónico, fueron sustituidos por otros más ricos y ornamentados en estilo corintio.

En la reconstrucción del altar mayor se conservaron las líneas generales del anterior, lo mismo se diga de las dimensiones. Las principales modificaciones fueron: se dio al altar mayor altura, en vez de la grada única que antes tenía, quedó ahora sobre tres, como lo ordena la liturgia; las gradas superiores del mismo altar se hicieron más amplias y angulares; se añadió al centro un pedestal de piedra sobre el que se hizo descansar el artístico ostensorio para la exposición solemne del Santísimo Sacramento, una de las mejores obras de nuestra metalistería que posee la Basílica; se añadió también un altar en estilo romano y se separaron el trono de la Sma. Señora y el altar propiamente dicho.

El trono conservó también sus líneas generales, se modificó tan sólo la cúpula, antaño de marcadas líneas y arquitectura gótica. Como ya antes se dijo fue eliminado el Arcángel S. Gabriel que le servía de remate, ocupando su lugar una esfera sobre la que descansa una metálica cruz, se renovaron los capiteles y se estriaron las columnas, para darle una sensación de mayor altura; fuera de esto, quedó todo como antes.

El presbiterio se amplió un poco, tomando para ello lo que servía anteriormente como deambulatorio cuando se impartía allí la Sagrada Comunión, se retiró el barandal y se elevó un poco el piso. Para darle mayor gracia y elegancia, fueron circundados los muros con un lambrín marmóreo, y sobre el piso anterior que era de ladrillo mosaico, se colocó uno nuevo todo de mármol jaspeado en colores rosa y gris.

Para el cuatro de mayo de 1956, se habían terminado tan sólo el trono y el altar, faltaba todavía el decorado; el piso de mármol iba apenas a la mitad del presbiterio.

La antigua sacristía, destinada el año 1881, por instrucciones del Emmo. Sr. Arzobispo D. Pedro Loza y Pardavé, a capilla del Santísimo Sacramento, teniendo como titular a Nuestra Señora de los Dolores, había sufrido también algunos transformaciones en estos últimos tiempos. La antigua y artística escultura de la Madre Dolorosa fue eliminada de su altar, y en su lugar se colocó una nueva que parece ser o de Cristo Rey o del Sagrado Corazón de Jesús. El antiguo altar de granito y piedra natural fue sustituido por otro de blanco mármol y en lugar del zócalo o guardapolvo anterior, que era de pintura y se hallaba ya muy deteriorado por la acción del tiempo y del salitre, se colocó un lambrín de piedra artificial de la misma familia del granito; se esperaba que para el 11 de mayo, si no estaba del todo terminada, estaría por lo menos en condiciones de ser consagrado.

Deseando dar mayor esplendor a las fiestas de mayo y para mover los corazones a la piedad y amor hacia la Madre de Dios, fue invitado o ocupar la cátedra sagrada, durante todo el novenario, el Pbro. D. Fernando Cabral Torres, Misionero del Espíritu Santo, y para ocupar el coro fue traído el orfeón del seminario diocesano.

El nueve de mayo, a las cinco de la tarde, se cantaron maitines en la capilla de la Sagrada Familia, que se halla ubicada en el costado derecho a la entrada del templo, esta hora mayor del oficio divino fue entonada en honor de los Santos mártires cuyas reliquias habrían de ser colocadas en el pequeño sepulcro del ara del altar mayor, que sería consagrado al día siguiente por la mañana.

El día 10, al despertar el alba, fue saludada la Madre Común con alegres mañanitas que vinieron a ofrendarle sus cariñosos hijos.

A las ocho de la mañana de aquel mismo día, estando ocupada la hospitalaria nave de la Santa Basílica por distinguidas personas, que fueron especialmente invitadas en calidad de padrinos, en medio del silencio y magestad que imponen los actos solemnes de la liturgia católica, dio principio la importante ceremonia que tenía como fin consagrar el altar mayor del alcázar bendito de la Reina de Talpa, fungía como ministro consagrante el Emo. Sr. Obispo D. Manuel Yerena.

Una tras otra se fueron sucediendo con la debida gravedad y devoción las ceremonias que para estos actos tiene establecidas la liturgia de la iglesia: la sal, el incienso, la ceniza, el vino, el agua y demás objetos simbólicos; los salmos, las antífonas, las oraciones, los cánticos, las letanías, invocaciones y demás, el Santo Oleo con el santo Crisma, etc., etc., todo fue teniendo su debida y oportuna aplicación; fungía como maestro de ceremonias el ilustre Cancelario diocesano Pbro. D. Ladislao Ramos de la Gradilla.

En el sepulcro de la gran ara de blanco mármol, fueron colocadas las reliquias de los Santos Mártires S. Salvato y S. Adeodato; el altar fue dedicado a la Santísima Virgen del Rosario como titular.

Más de tres horas fueron necesarias para llegar al final de aquel acto litúrgico; eran las 11 horas y trece minutos, cuando llegó a su fin la consagración, dio principio la solemne misa pontifical que celebró el Ilmo. Monseñor Araiza en el altar recientemente consagrado.

Por la tarde, ese mismo día, se cantaron de nuevo los maitines en forma solemne por todo el clero foráneo y del lugar en honor de los santos mártires, en la misma forma que el día anterior.

A los ocho de la mañana del día 11 todo estaba preparado y en orden para la nueva ceremonia, a esa misma hora dio principio la consagración del nuevo altar de la capilla del Sagrario, tocó ejecutar como ministro consagrante al Ilmo. Protonotario tantas veces mencionado.

Como el día anterior, la ceremonia se desarrolló en un ambiente de piedad y devoción, fueron bastante numerosos los fieles que contemplaron conmovidos por la piedad y admiración, un acto litúrgico de esa naturaleza.

Para las nueve y treinta minutos de la mañana, el solemne acto litúrgico tocaba a su fin, el mismo que coincidía con el principio de la misa pontifical que se dignó celebrar el Emo. Sr. Yerena. Todo esto vino a engrandecer y a imprimir un carácter nuevo a la casa que custodia el precioso tesoro, que por más de tres centurias ha sido el instrumento de las misericordias del Eterno Señor.

El doce de mayo fue motivo de alegría y felicidad para todos los que aman a la Celestial Señora; fue un motivo, una oportunidad que supieron aprovechar para rendir el culto de alabanza y honor a lo bondadosa Madre, el alba mañanera, la imponente pontifical, nutridas y

fervorosas peregrinaciones, etc., etc., fue el tributo que en aquel día de gloria ofrecieron los buenos hijos a su Reina y Señora.

Tan luego como terminaron las fiestas de mayo se reanudaron las labores en el interior del templo, se trabajó intensamente durante el resto del año, esto hizo posible dar fin a la colocación del piso marmóreo en el presbiterio, lo mismo se diga de la decoración del trono de la Celestial Patrona.

Los peregrinos que visitaron el añoso santuario en la temporada de romerías del año siguiente, vieron con satisfacción y gozo ya transformado el alcázar que tanto aman; todavía tuvieron la oportunidad de ver de cerca a la amada virgencita, pues todavía se encontraba en el altar provisional fuera del presbiterio.

Desde hacía tiempo el Emo. Prelado diocesano venía siendo víctima de penosas molestias y sufrimientos, le habían obligado a disminuir sus labores ministeriales; el año 1959 con una salud paupérrima pudo visitar el templo y la Patrona de su amada diócesis, su visita se verificó para las fiestas de mayo, venía acompañado del Emmo. Sr. Obispo de Huejutla; ambos fueron recibidos en el puerto aéreo local, procedentes de la metrópoli jalisciense, e introducidos a la población en medio de las más patentes muestras de cariño, adhesión y gratitud.

Su arribo o esta urbe tuvo lugar el día nueve por la mañana, y en esa misma fecha, siendo las 21 horas con 50 minutos, fue removida la portentosa Imagen de su improvisado trono que venía ocupando desde hacía dos años y diez meses; fue luego colocada en el presbiterio, a continuación, el Dmo. Prelado diocesano, dirigió al pueblo breves y entusiastas palabras alusivas al acto, dando en seguida principio el rezo del santo rosario; mientras tanto, una considerable porción de fieles hacía tocar a la gran Señora abundantes y variados objetos piadosos.

Cuando eran las 22 horas, el Emmo. Sr. Hurtado impartió la bendición al nuevo trono, el acto resultó impresionante y lleno de fervor; quince minutos más tarde, el mismo mitrado bendijo al pueblo con la Celestial Señora y, en medio de los aplausos y vivas, cantos y oraciones de una multitud que llenaba el templo, la bendita Madre volvió a ocupar el lugar de honor que con tanto cariño y devoción le obsequiaron sus devotos.

Un triduo de pontificales, vistosos castillos, alegres serenatas y todo una serie de festejos religiosos y profanos, completaron la feli-

cidad de propios y extraños. La cátedra sagrada fue cubierta, durante el triduo, por el Sr. Canónigo D. Pedro Rodríguez, adscrito a la Colegiata de San Juan de los Lagos, y el coro estuvo a cargo del orfeón del seminario diocesano.

Con alguna lentitud y frecuentes interrupciones, se ha continuado la decoración interior del edificio; cuando se dan a la estampa estas páginas, se ha limpiado y pulido ya una gran parte de lo que es de cantera; además se ha venido aplicando a los muros moderna pintura en color verde-azul claro. No es posible predecir cuando serán concluidas estas obras.

En estos últimos años tanto las arduas labores como las frecuentes enfermedades han venido minando la salud del Emmo. Prelado diocesano. Esto hizo patente la necesidad de que fuese auxiliado en el oneroso cargo del gobierno de la diócesis; esto originó que fuera designado por S.S. Pío XII, en consistorio celebrado en la Ciudad Eterna el 12 de mayo de 1958, el virtuoso sacerdote de origen sinaloense, Pbro. Dr. D. Manuel Piña y Torres, como Obispo coadjutor, fungía a la sazón como Vicario General del Prelado Nayarita.

El nuevo mitrado, designado como Obispo titular de Milevi (Africa) y auxiliar del obispado de Tepic, recibió la consagración episcopal en la Iglesia Matriz Diocesana el día 15 de agosto del mismo año, 1958, de manos del Emmo. Sr. Obispo Dr. D. Anastasio Hurtado, fueron consagrantes los Emos. y Rmos. Sres. D. José Garibi Rivera, Arzobispo (después Cardenal) de Guadalajara y D. Xavier Nuño, Arzobispo de Garella y Coadjutor de Guadalajara.

El 26 de junio de 1961 recibió el Emo. Sr. Piña el nombramiento pontificio de Administrador Apostólico de la diócesis de Tepic, en todo lo que se refiere y concierne a los asuntos temporales.

En el mes de febrero de 1959, dio principio el nuevo Obispo, a su primera visita pastoral por todo el obispado nayarita, tocó recibirlo a Talpa el martes 21 de abril, cuando el reloj contaba las veinte horos y diez minutos.

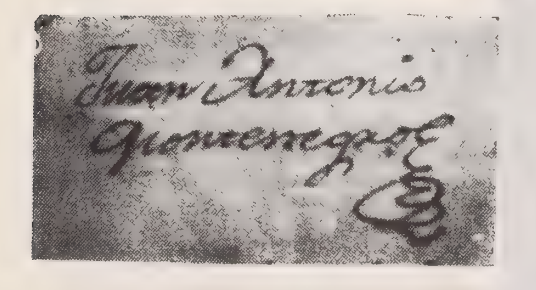
En medio de la alegría de millares de fieles fue introducido, el Dmo. Prelado, bajo palio hasta el altar de la Sma. Virgen del Rosario desde donde dirigió elocuente saludo a la Patrona y a sus feligreses, con lo que se declaró iniciada la pastoral visita.

Confirió en repetidas ocasiones el sacramento de la confirmación, visitó algunas de las vicarías, y después de cuatro días de permanencia en el lugar, salió rumbo a Atenguillo el sábado 25 del mismo mes y año, cuando eran las nueve horas y 55 minutos.

Motivo de alegría y felicidad fue para todo el obispado nayarita y muy especialmente para estas partes de la Sma. Virgen, el mes de diciembre de 1960. El 21 de dicho mes cumplía 25 años de preconizado Obispo el celoso pastor de la grey nayarita. No podía, este ministro de la verdad, en un acontecimiento tan singular olvidarse de la Celestial Patrona de su amada grey. El 22 de diciembre, siendo las 20 horas, fue recibido en esta villa, venía de su tierra natal, la vecina ciudad de Mascota.

Profundos sentimientos de gratitud hacia la Madre de Dios hizo patentes en la solemne misa pontifical, que celebró en acción de gracias el día 23. El pueblo, por su parte, lo agasajó con un modesto ágape y un artístico pastel; en medio de una atmósfera de tranquila solemnidad permaneció en este añoso pueblo hasta el 24 en que, por la vía aérea, regresó a la ciudad episcopal.

Las fiestas septembrinas de ese mismo año, 1960, revistieron un tinte de alegría para los talpenses, un hijo del pueblo, el Pbro. Francisco García A., poco antes ungido sacerdote, cantó su primera misa a los pies de la Reina de los Angeles. El mismo acontecimiento se repitió el 16 de julio de 1961, se trataba en esto ocasión del noesacerdote D. Tomás Alvarez.



Autógrafo del Sr. Pbro. D. Juan Antonio Montenegro, quien fue el Primer Capellán propio que se concedió al Santuario de Ntra. Sra. de Talpa, el año de 1802.

Vista aérea de la plaza de Talpa en un 2 de febrero, una de las fechas en que el lugar se ve muy animado por los miles de romeros que visitan a la Santísima Virgen en su Basílica.



Inauguración del servicio del agua en la Plaza de Talpa. Esa y otras muchas mejoras que se han hecho durante los últimos tiempos, la hacen una risueña y atractiva población digna de ser visitada por propios y extraños

APENDICE I

Como es, Vista de Cerca, Nuestra Señora del Rosario de Talpa

SI CONSULTAMOS a un centenar de cristianos acerca de cómo es la Santísima Virgen del Rosario de Talpa, será curioso observar la variedad y los diferentes matices de las respuestas obtenidas.

A nadie escapa la forma tan diferente y la diversidad de puntos de vista desde los cuales los hombres observan un mismo objeto. Una misma persona, hecho o cosa, será contemplado de diferente manera por un artista, un historiador, un legisperito, etc., etc.: cada uno mira a su manera y recoge del objeto las notas que son para él más atractivas e interesantes; todo lo cual da como resultado una variedad de juicios y opiniones, a veces opuestos, acerca dél mismo objeto.

Trataremos ahora de presentar a los lectores unas cuantas ideas, una vaga y ligera descripción de cómo es la Sacrosanta Imagen del Rosario que hemos venido reseñando, observada desde el punto de vista piadoso; o sea: cómo la contempla el hombre religioso con los ojos del cuerpo y del alma, del amor y de la fe, pues en esta forma la han contemplado tantos miles de cristianos en el transcurso de más de tres centurias, y así la seguirán mirando las generaciones venideras (1).

---

(1) En la percepción de lo bello podemos distinguir dos tipos de belleza, mejor diríamos: dos aspectos de la misma realidad.

Existe una forma de belleza que podríamos llamar objetiva, artística, técnica, producto de ciertos elementos; es la que aparece en las obras denominadas clásicas; hay además otra forma que es producto del amor y la bondad del corazón, es la que percibe el alma en el objeto de su predilección y amor, la que goza una madre cuando contempla a su amado hijo, el amante cuando mira al ser amado.

Al hablar de la singular belleza que adorna a la celestial patrona de Talpa, no nos referimos a esa pulcritud refinada, artificial, que da el fino acabado en la obra de arte escultórico; no tratamos de aplicar con justiciera rigidez el código

De culta e inspirada pluma son las siguientes notas:

"Es toda hermosa, la Sma. Virgen, cual si hubiese sido hecha de pétalos de rosa. Se yergue en su magestuoso trono cual blanca corola de azucena, su presencia tiene la fragancia y el perfume del bálsamo, de la canela y la mirra, del exquisito nardo.

Su virginal presencia es más suave y delicada que la esencia del cipro, del manzanar y el cinamomo, del áloe y la ambrosía del terebinto que forman un ambiente suave y delicioso.

Su magestad y donosura es superior a la del cedro, es graciosa y esbelta como el ciprés y como las palmas de Cades.

Sus labios son más frescos y purpurinos que las rosas de Jericó y que la flor del granado, sus mejillas más delicadas que la aurora y su boca más dulce que la miel de los jardines, sus virginales labios se antojan claveles de huertos florecidos.

Un par de ojos apacibles reflejan su virginal candor, parecen contemplar en un éxtasis de amor a sus hijos de la tierra.

Bella y casta resplandece su frente, en sus sienes destaca la blanca aureola de la pureza y el inocente brillo de la santidad.

Su abundante y serena cabellera forma bucles graciosísimos semejando espigas del trigal; como una cascada magestuosa desciende sobre sus hombros, dándole semblanza angelical.

Los arrullos de la tórtola, el gorgeo de las aves canoras y las dolientes quejas del cisne, apenas pueden remedar tanta belleza, su

---

del arte clásico. Hablamos aquí de otro tipo de belleza: de esa hermosura espiritual, de esa pureza y armonía del alma que tiene su reflejo en el cuerpo con todos sus sentidos, sus movimientos y actitudes, de esa bondad pulcra que comunica la bondad a todo el ser; de la hermosura, ingenua si se quiere, que imprimió el artista a su obra como algo muy suyo y como un producto, un reflejo de su alma, su ciencia y, sobre todo, de su religiosa bondad y sensibilidad artística.

Hablamos de esa belleza que sólo sabe descubrir y gozar el alma enamorada, que siempre encuentra bello el objeto que forma la delicia de su amante corazón.

La madre y todo aquel que ama, siempre encuentra bello al ser amado, es que su amor lo eleva, purifica y ennoblece.

Reconocemos que la bendita imagen que ocupa nuestra atención carece de esa belleza que podríamos llamar técnica, escultórica, clásica, creada por el arte, las reglas y los cánones; pero nadie podrá negar que abunda en ella ese otro tipo de belleza espiritual, espontáneo, natural que sólo sabe crear el amor y descubrir y gozar el alma que ama con delicadeza y ternura.

presencia produce en quien la mira inefable delicia. ¡Es tal su belleza incomparable!

Al contemplar el místico, el artista, el genio tan singular hermosura, su alma vuela hasta el empíreo, hasta el trono de la celestial belleza en donde resplandece la Santísima Señora".

La dichosa indígena, María Tenanchi, principal testigo del gran milagro de la renovación, tuvo el privilegio de contemplar a la Celestial Señora en toda su belleza y magnificencia, totalmente envuelta en celestial resplandor, entre nubes de inefable blancura, muy semejante a Jesús transfigurado en el Tabor. Sus ojos, su alma juvenil y sus fuerzas naturales, fueron incapaces de resistir tanta grandeza y deslumbrante hermosura, por eso la indita cayó derribada por el suelo; sus miradas inocentes y puras la contemplaron toda llena de luz, de ese resplandor divino que no es tan sólo una manifestación sensible de su poder y celestial grandeza, sino también el símbolo de la luz espiritual que habia traido para iluminar a un pueblo que gemía en la miseria, la abyección, el error; a una raza que yacía envuelta en las obscuras tinieblas de la idolatría y la barbarie.

Se dejó ver entre claridades iridescentes para enseñarnos que es Ella luz apacible y fecunda, bienhechora, vivificante e inextinguible, luz que ilumina el sendero de nuestra vida y que nos enseña el puerto de salvación.

Apareció entre nubes que semejaban un marco glorioso y la hacían destacar más hermosa, nubes que formaban como un dosel de gloria, un respaldo a su regia magestad, un mullido lecho a su místico reposo. Nubes misteriosas y fugaces que fueron un símbolo de su grandeza y dignidad augusta, de su excelencia, singulares privilegios, relevantes méritos y heroicas virtudes.

Se dejó ver entre nubes que significaban abundancia y frescura, generosidad y opulencia, lluvia constante de gracias celestiales que fertilizan las almas y las hacen producir frutos para la vida eterna.

Hoy día, cuando han transcurrido ya más de tres centurias, después de aquel día memorable, si se contempla con mirada piadosa y avisora, si se analizan sus detalles y se envuelve con una sola intuición todo el conjunto, la mirada queda gratamente impresionada y como místicamente enajenada. Aún conserva el divino poder de hacernos vislumbrar desde la tierra destellos de la eterna hermosura, y de

hacernos sentir la encantadora belleza de la gracia y virtud embriagandonos con el divino néctar de su grandeza.

Trataremos ahora de hacer tan sólo una ligera descripción, un esquema, un boceto de la santa escultura procurando presentar al piadoso lector una idea general de lo que es la Virgencita que tanto ama y venera, en primer lugar describiéndola tal como ella es, prescindiendo de su ropaje y ricas joyas que la engalanan, con el fin de que los cultos lectores puedan apreciarla en su forma escultórica; después la describiremos tal como se presenta a la veneración y piadosas miradas de los fieles.

La escultura propiamente dicha de la Santísima Virgen, prescindiendo del vaso que la sustenta, desde el vértice de la cabeza hasta donde se le señalan los pies, mide treinta y ocho centímetros de altura.

Su longitud máxima, incluyendo el vaso, es de cuarenta y seis centímetros, esto nos da su altura total.

Su mayor anchura que, debido a que tiene los brazos encogidos, es hacia los codos nos da un total de doce centímetros.

Lo que técnicamente se llama altura de cabeza, esto es: del vértice de ésta a la punta de la barba, es de seis centímetros.

El pequeño Jesús aparece de pie, con sus diminutas piernas en postura de firme, mide en total ocho cm. de altura.

La bendita Madre aparece también de pie, con su cuerpo erguido, su cobeza suavemente levantada lo que hace que el cuello aparezca en toda su extensión siendo este bien proporcionado, esbelto y bien conformado.

Las extremidades superiores de la Bendita Señora se ven fuertemente adheridos al tronco del cuerpo, el brazo izquierdo lo está en tal forma que apenas es visible, se halla doblado de manera muy violenta; el brazo y el antebrazo forman un ángulo demasiado obtuso, casi cerrado. Queda visible fuera de las ropas tan sólo el metacarpo y los dedos de la mano, que siguen una dirección casi horizontal; es tan violenta la posición del brazo que se antoja que la mano nace de la caja del cuerpo.

Sobre la media palma de la mano que aparece visible descansa el divino Niño, este se halla, tanto en sus diminutos pies como con sus graciosas piernas, fuertemente adherido a su Santísima Madre formando con Ella una sola cosa. Este rasgo es tan peculiar y original en el

arte escultórico mariano, que hace a esta Imagen sencillamente única en su género.

También el brazo derecho está bastante adherido al cuerpo de la angelical doncella, el antebrazo permanece libre y vuelto hacia arriba, la mano se ve cerrada en actitud como de coger algo, elevada hasta la altura del hombro, con la palma vuelta ligeramente hacia adentro.

Un torso erguido y magestuoso, todo cubierto por la antigua vestimenta de talla, hace aparecer más esbelta y femenina la delicada silueta de la dulce Madona.

El peso de su cuerpo parece descansar en forma delicada y elegante sobre la pierna y el pie izquierdo, toda la extremidad inferior desde el costado derecho, se encuentra ligeramente flexionada, esto permite que sea visible casi en su totalidad a pesar de las vestiduras de talla.

En la forma de pararse tiene una gran semejanza con la Santísima Virgen de Guadalupe, con la única variante que la Santísima Señora de Talpa se apoya sobre la pierna izquierda y la Reina del Tepeyac sobre la derecha. Lleva además, una larga vestimenta que la cubre hasta los pies.

De porte recogido, lleno de animación y celestial donosura; en su apariencia general destaca la figura de la mujer adulta, de la Madre en toda su plenitud.

Sustenta todo el gracioso conjunto una añosa peana cuyo centro es de madera compacta e incorruptible, muy semejante al corazón del tepehuaje, cubierta de gruesas láminas de plata dorada; en su forma un tanto caprichosa remeda una base de forma rectangular cuyo zócalo inferior mide 29 centímetros de longitud, 19 de ancho y 22 de altura, toda se ve graciosamente adornada con dibujos en alto-relieve delicadamente cincelados que remedan arabescos. La construcción de esta pieza data de los años 1830-1833.

La escultura de la Santísima Virgen, mejor diríamos todo el conjunto, fue confeccionado de una sola pieza, toda de talla, de la que forma parte su interior vestimenta; de talla es también su graciosa cabellera que cae abundante y ondulada sobre los hombros, formando hermosos bucles.

Sobre la cabellera, y también de talla, cae en su manto o toca, desciende éste suavemente y con elegancia hasta confundirse con los pliegues. de la anchurosa túnica, a la altura de la región lumbar.

De los hombros pende la magna túnica que baja hasta cubrir los pies, debajo del brazo derecho se recoge para reposar con gracia sobre el antebrazo izquierdo formando en este movimiento abundantes y graciosos pliegues.

Tanto el manto como la túnica son de color azul rey, un tanto ennegrecidos ahora por el constante manejo y la pátina de los años; el fondo o interior de ambos, puede apreciarse en vivo color verde mar, también ya muy obscurecido. Uno y otro carecen de estofados, los adorna tan sólo una especie de fimbria que produce, con el fondo, un agradable contraste.

El vestido se halla visible tan sólo en la parte que va del cuello a la cintura, o sea: en la región pectoral y en una porción de la pierna izquierda en donde convergen los extremos de la túnica.

De color rojo encendido y con una franja verde en el cuello, es el vestido; en la parte inferior de la falda muy cerca ya de los pies describe graciosos y ondulantes pliegues.

El contorno de su rostro, extraordinario y nada común, no aparece redondo ni aguileño, sino más bien oval, ligeramente alargado y de movimiento humilde y amoroso.

Su frente se presenta serena y bien proporcionada, ancha, igual y muy hermosa: espaciosa, despejada y un tanto levantada; con gracia y magestad ostenta oscuras guedejas que la circuyen semejando corona de pureza; en toda su figura y extensión se ve un vivo reflejo de una inteligencia extraordinaria.

Las cejas están hechas de pintura, pero con tal delicadeza y gracia que remedan muy bien el natural. Con exquisita elegancia se ondulan en arco de estética perfección, haciendo destacar una actitud de dulzura, melancolía y éxtasis celestial; gráciles y delicadamente arqueadas aparecen en un color rubio o café obscuro con alguna semejanza con el negro, en su conjunto se aprecian en todo bien figuradas y magestuosamente erguidas.

Entre ambas se admira un entrecijo apacible, llano y bien conformado.

Deleita sobremanera contemplar sus párpados que se presentan tenuemente sombreados por exquisita pestaña, que parece custodiar la angelical mirada de la graciosa doncella.

Sus ojos no son hechos de cristal, sino pintados; son grandes, de color negro vivamente animados, son ojos de inocencia, misericordia y santidad, dulces, castos, encantadores; ojos mansos, infantiles y amorosos, abismo de pureza y amor inmaculado semejan esos ojos de paloma, todo aquel que los mira con filial veneración goza infinitamente contemplando sus pupilas que reflejan vivamente lo divino de su alma.

Mira, la angelical doncella, con fijeza maternal, con amorosa ternura, con predilección incomparable, con una mirada que ilumina, tranquiliza y eleva penetrando tiernamente hasta el fondo del alma; es mirada inocente y candorosa, dulce, apacible, arrobadora, que subyuga porque despide claridades de beatitud, sus pupilas miran siempre complacidas y como deseosas de hacernos el bien.

Tan magestuosa y serena mirada parece contemplar con fina atención el horizonte infinito.

Comunica gracia y delicadeza a su perfil su nariz recta de gentiles formas, delicadamente proporcionada, se ajusta bastante a los cánones de la buena escultura; ligeramente recogida en su parte media y ventanillas, y redondeada en la punta.

Completan la belleza de su rostro sus mejillas que aparecen llanas, tersas y suaves, de admirable perfección reflejan toda la belleza y lozanía de la pubertad.

A la altura de la media nariz en la mejilla diestra, formando línea recta con la niña del ojo, tanto la escultura de la celestial Señora como la de su divino Hijo, ostentan un lunar de regulares dimensiones en color café oscuro. La ausencia de esmalte da origen a tan singular característica.

En sus virginales labios se refleja una expresión de súplica, de misericordia e imploración, un tenue rictus de lejana tristeza; ligeramente cerrados parecen custodiar la hermosa boca de la que parecen brotar consoladoras palabras muy semejantes al bálsamo de regalada ternura. En su delicada forma, que refleja extraordinario vigor y vitalidad, se advierte tan sólo un ligero predominio del labio superior sobre el inferior; termina la faz de la Reina de Talpa en un mentón liso, suave y bien modelado.

La tez que da acabado al rostro, es de un color rosa moreno; su coloración es vivamente sonrosada y brillante, en tal forma que ni el mal trato que recibió al principio en sus andanzas misioneras, ni la pátina de los años la han podido hacer desmerecer.

En armonía con la belleza de su rostro se mira el cuello que aparece lleno de magestad, erguido, lozano, amplio, robusto, de gallardía imponderable; honesto, con delicadas líneas de modestia y castidad.

Sus manos tiernas, generosas y delicadas, con su contorno suave dan armonía y belleza a la bendita Madona.

Opulento y flexible es el talle de la Reina de Talpa, de esbelta y turgente figura; síntesis admirable de pulcritud, magestad y elegancia, encanto e inocencia.

El afán desmedido de cubrir la imagen con ricas y valiosas vestiduras, originó que el esmalte, tanto del manto como de toda lo original vestimenta, sufriera notablemente, y en algunas partes que desapareciera del todo.

Con el mismo afán que tuvieron en un principio quienes la tuvieron a su cuidado, fue bárbaramente desbastada en la región de la cintura en donde fueron totalmente destruídos los pliegues del manto y de la túnica, todo con la única finalidad de simularle cintura de la que carecía debido a la prístina vestidura de talla.

Ni en el todo, ni en las partes de la santa escultura se advierte vestigio de retoque, pues en las partes que fueron talladas y aun desbastadas, permanece la materia prima al natural, sin esmalte ni barniz, y en ninguna parte hay vestigio de pintura sobrepuesta, ni la historia conserva recuerdo o noticia de que alguna vez haya caído la imagen en manos de escultor alguno.

Las facciones del rostro de la Santísima Señora, en su conjunto, dejan escapar cierto aire de melancolía, pena o tristeza (reflejo quizá de la psicología de su primitivo autor), sin embargo, todo el semblante despide amabilidad y dulzura.

El aspecto que presenta toda la Santisima Señora es magestuoso, devoto, hermoso, y sobre manera atrayente a la devoción y cariño de los fieles. Su graciosa figura destaca como una delicada filigrana embellecida con delicadeza y donosura. Si se contempla de cerca sobresale su apariencia de Virgen sin mancilla, de soberana Emperatriz, Abogada que intercede, de amorosa Madre que acaricia y perdona; en su admirable conjunto se adivina un destello de infinito con su amplitud misteriosa.

Una alma grande, inmaculada y llena de gracia se refleja en su sereno y apacible rostro, que ha sido modelado para ser un reflejo de esa paz divina que reina en su existencia toda llena de amor, piedad y

alegría; de su vida que fue siempre una constante ascención hacia las alturas eternales.

El Niño está de pie, completamente desnudo, su rostro es regordido y su cuerpecito en todas partes, lleno y bastante bien definido; en la mano derecha sostiene diminuta esfera, teniendo el brazo flexionado hasta la altura del pecho y el brazo opuesto se halla levantado hasta la altura de la boca, separado del cuerpo y en actitud de bendecir.

Desde el punto de vista de la crítica técnica, hemos de confesar que en ambas esculturas no campea ni lo habilidad y pericia artísticas ni mucho menos conocimientos profundos de Anatomía y Filosofía humanas.

Parece lo más probable que la obra en su origen es de mano indígena; hay en ella un conjunto de detalles que no puede atribuirse a los escultores expertos del Viejo Mundo, de plena época renacentista. La altura desproporcionada, los ojos pintados, el esmalte, la laca del rostro, la forma, o postura, de los brazos, las dimensiones del Niño con relación a la Imagen de la Santísima Virgen, la forma como está de pie sobre la palma de la mano de la bendita Señora, las facciones del rostro del mismo Niño que recuerdan tanto al infante indígena, la obra toda en su conjunto, no puede atribuirse siquiera a los hermanos Cerda que fueron los primeros escultores que pasaron a estos reinos y se establecieron en el suelo mexicano.

En cambio, la analogía tan grande que tiene con las Imagencitas de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos y de Zapopan, lo similar del esmalte, o laca, con Nuestra Señora de La Salud de Pátzcuaro, etc., nos hacen pensar en el origen michoacano de la santa escultura.

Parece indudable que el autor conoció las primeras imágenes que vinieron al nuevo mundo donadas por Carlos V a mediados del siglo XVI, con las cuales los puntos de contacto son muy marcados; por ejemplo, el Niño con la esfera en la mano izquierda y con la derecha en actitud de bendecir, la postura de las extremidades superiores, etc., con la única diferencia de que éstas están primitiva y torpemente ejecutadas, mientras que en aquellas aparece un arte adelantado y floreciente.

Es mi opinión, que fue ésta una de tantas pequeñas imágenes que constaban casi siempre de medio cuerpo y que mandaban hacer los misioneros del siglo XVI, fácilmente portátiles para conducirlas con

facilidad a regiones lejanas y de difícil acceso y de que se auxiliaban en sus correrías misioneras; fue así como vino hasta estas comarcas montañosas la graciosa Imagencita que hoy historiamos.

Según la relación que nos conserva la "Auténtica relación del milagro de la renovación", la materia de que en un principio fue construída, fue de caña de maíz, siendo la milagrosa renovación lo que la transformó en sólida y pesada, de una especie de madera compacta como puede verse hoy día. Un exámen minucioso de la materia de que consta actualmente, me ha dado la impresión de que consta de una especie de madera similar a la llamada cocobol o de alguna otra muy semejante, siendo como está, en un estado de semipetrificación.

La Sagrada Imagen como fue descrita anteriormente, no aparece a la veneración de los fieles; a pesar de ser toda de talla, con sus ropas elegantemente esculpidas y a pesar también de la expresa prohibición del tercer Concilio provincial mexicano, celebrado en México en 1585, que dice expresamente: *"Las imágenes que en lo sucesivo se construyan, si fuere posible, o sean pintadas, o si han de hacerse de escultura, sean de tal manera que de ninguna suerte se necesite adornarlas con vestidos, y las que ya existen actualmente tengan designados sus vestidos propios . . . y cuando fuere necesario vestir o adornar de cualquier manera las imágenes no se lleven para esto fuera de las iglesias"* (Tit. XVIII, párrafo IX); a pesar, repito, de ambas cosas, la pequeña virgencita que nos ocupa fue vestida desde un principio, esto es, después de su renovación o sea desde 1644.

En los primeros años sus ropas fueron a la usanza de las grandes Señoras de la época y de la región, siendo hacia 1700 suplida esta forma de vestir por el nuevo estilo importado de Italia y España esto es, con un rico vestido suelto del que forma parte el amplio manto muy prolongado por detrás y extendido a los lados, resultando con ello la simbólica forma triangular.

Sobre la cabellera esculpida tiene otra de seda de color castaño oscuro, profusamente rizada y orleada con graciosos bucles que, recogida sobre los hombros, cae magestuosa y abundante sobre la espalda.

En sus sienes ostenta airosa corona imperial de rico y valioso metal, adornada con variada y rica pedrería y que remata en la mística esfera y cruz latina.

Anchurosa aureola, de oro puro ricamente adornada con valiosas joyas, circunda su cabeza, usa además elegantes zarcillos de fina pedrería. artístico collar rodea su cuello y con su mano empuña el simbólico cetro del poder.

Interiormente se le viste con una camisita de forma especial y ciertas enagüitas de rica seda, o lino muy fino; en seguida se le adapta un tuniquillo que le sirve de vestido y que se le sujeta a los hombros, sobre éste va el manto, que extendido es de forma semicircular y que ya puesto aparece muy prolongado hacia atrás en forma de cauda y muy anchuroso a los lados.

De sus plantas se yergue la tradicional media luna de oro, con una estrella en cada uno de sus extremos y con su cara o faz artísticamente diseñada, con lo cual aparece la Imagen más hermosa y venerable.

Suspendido del cuello y delicadamente sostenido en el vestido conserva su rosario de finas y exquisitos perlas engarzadas en oro puro, insignia de su título.

Del cuello pende también. sustentado por menuda cadena de filigrana. el áureo corazón, símbolo y cristalización de dos amores. filial y maternal; obsequio de algunos generosos devotos son otras pequeñas y finas joyas que penden graciosamente de su mano derecha.

Los bordes de la capa en su parte superior están rematados por exquisitas guirnaldos de cera y finas telas y en los ángulos, además de las rizadas motas, dos áureos tintinábulos completan el adorno.

La vestimenta del Niño es toda de filigrana. Sobre su diminuta cobeza. al igual que su Madre, lleva una hermosa cabellera de seda orleada con graciosos bucles en forma cilíndrica; sobre ella se asienta graciosa corona imperial que también remata en la esfera y la cruz.

Sobre suave y delicado fondo viste amplio y elegante ropón de fina seda bordado en oro; el áureo cetro y el rosario de perlas blancas y relucientes, muy apropiado a su tamaño y estatura. completan la indumenta del pequeño Jesús.

Todas las ricas y valiosas preseas tanto de la Santísima Señora como de su amado hijo han sido donación de sus amantes hijos y piadosos esclavos.

Difícilmente puede hacerse una descripción completa y total de tan venerable Imagen, pues sólo contemplándola en forma piadosa y

detenida puede considerarse tan sublime belleza. Bien podemos decir que, a pesar de lo torpe e imperfecto de la mano de obra. quien lo esculpió supo imprimirle una espiritualidad nada común.

Al hablar de la portentosa escultura, conviene no pasar por alto un aspecto interesante de su vido: el que se refiere a su conservación cuatro veces centenaria.

Si nos remontamos a las viejas edades en que la Santa Imagen hizo su aparición por vez primera en el escenario de nuestro planeta, hemos de asignarle una edad superior a los cuatro siglos: pero si nos concretamos a su nueva forma de existir, o sea a su vida posterior a su renovación milagrosa, el marcador del tiempo le asigna una edad que sobrepasa a las tres centurias.

Durante este prolongado lapso, generaciones sin cuento han contemplado maravilladas la prolongación en el tiempo del milagro que llenó de gozo a María Tenanchi.

Más de trescientos años se ha conservado en perfecto estado la soberana Imagen sin que el correr del tiempo con su acción deletérea. ni los elementos naturoles con su actividad variante hayan podido envejecer o destruir la frágil escultura, más aún ni siquiera palidecer o decolorar las matices de su bella pintura.

La imagen sacrosanta ha salido victoriosa de la constante humedad que satura el ambiente en estas partes montañosas, del viento corrosivo demoledor que enmohece y carcome aun los metales y las piedras.

En el transcurso de cuatro centurias, han envejecido y caducado varios templos que se le han dedicado: nadie podrá contar las variadas imágenes que han decorado sus santuarios, de ellas no queda ni siquiera un recuerdo; el mismo templo, bajo cuyas bóvedas custodia el precioso relicario, ha sido restaurado muchas veces, sus decoraciones y pinturas se han deteriorado y acabado (sólo en los últimos cincuenta años han sido renovadas en dos ocasiones). únicamente la bendita Señora permanece, aun a pesar del trato poco esmerado que recibió durante muchos años después de su admirable renovación.

El tiempo que vence la rigidez de las rocas y metales. derriba inmisericorde las elevadas torres y sólidos edificios. deshace monumentos y aniquila imperios, ha respetado a la Emperatriz Soberana.

Los incontables mármoles y bronces. telas metálicas. brocados de la más alta calidad. etc.. que han decorado y embellecido sus altares.

pagaron el tributo ineludible al tiempo destructor, que con su variedad e inconstancia todo lo muda, arruina y trastorna, lo reduce a polvo y ceniza y lo hace desaparecer de la memoria.

La conservación admirable de la dulce Madona nos recuerda que tan sólo aquello que es divino, o que en alguna forma participa de la divinidad, tiene poder para triunfar de la acción destructora de los tiempos.

Permítame el paciente lector dar fin a este bosquejo con las palabras de un piadoso religioso:

"En tan antigua y venerable imagen, dice, no se hallarán sin duda los primores de un arte aventajado en sus facciones y proporción de miembros aun se hecha de menos una perfección mediana. Si bien es cierto que artísticamente considerada no es obra de mérito, ni por sus formas ni por su consistencia, pues es de madera deleznable, sin embargo, arrebata con dulces emociones el corazón del creyente cuando en Ella adora la Madre de Dios que está en los cielos".

Antes de poner punto final a esta materia, voy a decir una palabra sobre el singular y característico "lunar" o, como también se le suele llamar, "quemada" del rostro de la Virgen Santísima y de su amado Hijo.

Basta una simple mirada para advertir en seguida la presencia de una mancha oscura en la mejilla derecha del rostro no sólo de la Querido Madre sino también del pequeño Niño.

Mucho se ha dicho y comentado acerca del origen de dicho lunar. La creencia más popular y generalizada lo atribuye a una quemada. Unos afirman que el Ilmo. Sr. Obispo Ruiz Colmenero, primer Mitrado que visitó este pueblo en toda su historia en 1649 y que conoció la Sagrada Escultura poco después de la milagrosa renovación; otros dicen que fue un párroco, quizá el Pbro. Br. D. Pedro Rubio Félix, que fue el primer clérigo testigo del milagro; unos terceros culpan a un simple sacerdote y no falta quienes digan que fue un revoltoso, Rojas, quien conociendo el origen milagroso de la celestial Señora *"para probar si de veras estaba viva le pegó un cigarrillo encendido en la mejilla produciéndole la quemada que luego originó la mancha o lunar".*

Esto creyeron y cantaron millares de peregrinos y personas piadosas en aquella sencilla estrofa de las arcaicas alabanzas de la Virgen de Talpa que dice:

"El Cura quedó
bastante afligido,
muy arrepentido
cuando te quemó"

Sin embargo, no parece creíble tanta ingenuidad y aun ignorancia en un clérigo, ya sea sacerdote y más tratándose de un Obispo para que fueran a creer que estaba viva. Consta además históricamente que ni Rojas, ni ningún otro revolucionario llegaron a profanar ni el templo ni la Sagrada Imagen y además que el lunar lo tiene desde tiempo inmemorial, por todo lo cual la hipótesis de la quemada parece históricamente insostenible. Además, contemplando muy de cerca la mancha y detallándola con una potente lupa, o lente de aumento, se advierte luego que no hay vestigio de quemada . . . Lo que sí se advierte es lo que, con más razón pudiese llamarse un lunar, o sea una mancha fusiforme de color oscuro en lo que no se nota ni quemada, ni golpe, ni escarapelada sino más bien una cosa propia y natural de ella.

A propósito de este estudio, pregunté en cierta ocasión el parecer particular sobre este asunto del Emmo. Obispo actual de Tepic, Dr. D. Anastasio Hurtado Robles y me contestó que él personalmente creía que el mencionado lunar fuera simplemente una mancha que tenía la Sagrada Imagen desde antes de su milagrosa renovación, la misma que quiso conservar como un vestigio, como un recuerdo de lo que era antes. En realidad, en la parte manchada se advierte la materia prima de que antes estaba formada.

Personalmente, creo que la opinión particular de S. Ecia. es muy razonable, sólo encuentro algo de artificial y de intencionado el hecho de que ambos rostros, el de la Madre y el del Hijo, tengan el mismo lunar, en el mismo lado y en el mismo sitio; me parece por ello algo más bien intencional que una simple coincidencia. ,

Quede a los peritos y a investigaciones más profundas la última palabra.

APENDICE II

Las Romerías

PARECE cosa clara y en muchas ocasiones comprobadas, sobre todo cuando se trata de las mariofanías más célebres y conocidas, que la Madre de Dios, gusta de aparecerse, e impartir sus dones entre los hombres, en los regiones montañosas y apartadas del ruido mundanal; le agrada manifestarse o entrevistarse con los suyos en las magestuosas sierras, allí donde buscan las águilas alojo y donde surgen y medran las tormentas.

El alma sublime de María sedienta de infinito, ama y prefiere las alturas de extensos y matizados horizontes, de sutil y variada perspectiva; allí donde el hombre parece acercarse más al cielo y estar cerca de su Eterno Creador; allí donde puede vivir más apartado de las creaturas, que en tantas ocasiones lo vuelven más terreno y mundano.

Su alma de gigante ama el retiro de la opulencia deslumbradora, las estribaciones agrestes y el noble corazón de las montañas.

Desde el año 1644 las miradas y el corazón de la Reina de los cielos, se posaron en este rinconcito perdido entre abruptas cordilleras y lo convirtieron en precioso relicario, en urna venerable que custodia su Imagen sacrosanta; en sede de un célebre santuario a donde acuden confiados los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los que sienten pesadumbre o sufren desolación.

Desde esa fecha gloriosa, Talpa quedó convertida en centro de atracción a donde convergen las miradas de muchos millares de cristianos, en objeto de amor y esperanza para tantos corazones errantes en el sendero de la vida.

Durante más de tres centurias se han venido transformando, en su glorioso santuario, para incontables peregrinos en delicadas flores

las agudas y punzantes espinas del dolor y la adversidad; los pesares más profundos han adquirido aroma de beatitud y han reverdecido y saturado de exquisita fragoncia los cardos lacerantes que destrozan el humano corazón.

Innumerables peregrinos saben que su Amada se encuentra en las alturas y que por Ella les viene el auxilio espiritual, por eso vienen confiados y llenos de esperanza a repetir una y otra vez el dulce nombre, la palabra tierna y llena de consuelo, MADRE, y al repetirla una y otra vez, sus ojos se humedecen y su corazón se conmueve y llena de ternura.

Con su propio lenguaje y con palabras que brotan espontáneas del fondo de su alma, le plantean sus penas, sus pesares y preocupaciones; descúbrenle las terribles tempestades que rugen en su espíritu, y con sólo hablarle con absoluta confianza, confidencialmente, de corazón a corazón, la pena desaparece, la preocupación se disipa, la tormenta se deshace como desaparecen los nubes bajo la acción de los rayos luminosos del sol que todo lo ilumina, calienta, vivifica y llena de alegría.

Incontables víctimas del egoísmo, del abandono, la persecución o el odio, la enfermedad o la pobreza, al sentirse verdaderamente amadas, parece que todo queda compensado, diríase que el amor generoso de María hace la carga pesada de la vida, más leve, suave y llevadera.

Al repetir en forma lenta y reflexiva la dulce palabra, MADRE, parece que la Virgen cobra vida; diríase que está viva y que los mira y se inclina bondadosa hacia sus hijos, y en el fondo de su alma parecen escuchar su voz consoladora, confortante y delicada que les dice con ternura:

—Hijo mío, ¿qué te pasa? ¿qué desea tu corazón? ¿te acontece algo malo? ¿atormenta tu vida el dolor o el sufrimiento?

—Mira que si nadie te amara en todo el mundo yo siempre te amo, aunque todos te abandonen y se olviden de ti, yo siempre estoy contigo, te acompaño; aunque nadie te escuche y haga caso de ti, tú siempre gozarás de mis cuidados y atenciones.

Se acercan a María llenos de confianza el niño, el joven, el delicado anciano, el ignorante, el sabio, el sano y el enfermo, todos hallan consuelo; pocos o ninguno sabrá explicar el benéfico amor, el influjo

y atractivo que María ejerce sobre sus corazones, sólo saben sentirlo; para ellos una palabra lo resume todo, lo sintetiza todo, es la palabra: MADRE, saben muy bien que como Madre de Dios todo lo puede y como Madre del que sufre todo lo quiere y eso basta.

Resulta sobremanera difícil hablar en forma adecuada de las típicas romerías de Talpa; es un tema no sólo muy extenso, sino también multifasético. Tiene su aspecto religioso, como manifestación de fe, confianza y amor; un aspecto psicológico, con una gran riqueza y variedad de sentimientos, sin que falte su aspecto comercial o financiero; abundan entonces no sólo los peregrinos propiamente dichos, sino también comerciantes de todo género; aparecen de todos lados vendedores de objetos religiosos, de arte, y utencilios para las más variadas labores, de alimentos, frutas, prendas de vestir y uso personal de toda clase; no se echa de menos la música pueblerina, los lugares y centros de recreo, sin que falten sitios en donde se explota o se fomenta el vicio y las bajas pasiones.

En días de romería Talpa es un pueblo no solo de marcados contrastes, sino también de las más variadas y atractivas sorpresas.

Imán no sólo de creyentes sino también de comerciantes, vendedores ambulantes, merolicos, acróbatas, rateros, etc., etc.

El progreso y adelanto en las vías de comunicación y en el comercio, ha venido restando cada día mucho de aquel sabor peculiar que tenían en otros años las típicas romerías.

En edades antañosas el viaje a Talpa era para el piadoso romero un verdadero acontecimiento, largos y detallados eran los preparativos para un viaje que duraba algunos días y aun semanas; en la inmensa mayoría de los casos se hacía a pie o a lo sumo en mansas y sufridos bestias de montar, pues el transporte en litera resultaba difícil y costoso, por lo mismo era verdaderamente excepcional. Los caminos eran solos y peligrosos, abundaban en ellos las fieras y demás mortíferos animales, y en muchas ocasiones no escaseaban las cuadrillas de ladrones y forajidos que asaltaban, mano armada, al indefenso viandante, lo despojaban de sus intereses y en ocasiones lo golpeaban privándolo aun de la vida.

Los caminos eran difíciles e incómodos, por senderos y veredas llenas de vericuetos, que se retorcían caprichosamente por faldas empinadas, flancos opulentos, fértiles laderas y pendientes quebradas, había que recorrer largas distancias, tramontando por elevadas montañas

engalanadas, casi siempre, por su imponente toca verdinegra de pinos antoñones y de encinas centenarias que servían de palio al fatigado romero; salvando profundos barrancos, caudalosos y torrenciales ríos, escarpadas alturas y monótonas llanuras bañadas durante el día, por el rayo cálido y penetrante del sol, y bajo el fresco y húmedo sereno de la noche, sin más techo ni abrigo que el cielo limpio y despejado.

A pesar de lo difícil y penoso de aquellos caminos, el viaje no carecía de atractivo y solaz para el peregrino; en primer lugar lo alentaba el amor la confianza y, sobre todo, el deseo de ver y postrarse a los pies de su amada Madre; desde que abandonaba su hogar ponía la mirada y el corazón en el pueblo, en el templo y en el altar donde reposa la que sería su consuelo en sus aflixiones y la fortaleza en todas sus debilidades. El amor que llenaba su corazón le daba fortaleza, ánimo y alegría para soportar sin queja el cansancio y demás molestias e incomodidades del viaje.

En segundo lugar, aquel largo recorrido tenía también sus atractivos naturales, el aspecto del "camino real" era sobremanera pintoresco y atrayente.

Por todas partes se veían "ramadas" (chozas o viviendas improvisadas de madera y follaje), en donde comerciantes de toda clase, sobre todo de comestibles, ofrecían sus productos al viandante; acudían también al camino, especialmente a los lugares de posada o "de jornada", músicos, cantantes, merolicos, etc., que daban al camino el sabor y el aspecto de una feria continuada.

Espectáculo digno de verse y admirarse presentaban los polvorientos y serpenteados caminos y senderos en las frescas madrugadas cuando millares de romeros con luces de todas clases, rezando el rosario y cantando alabanzas semejaban procesiones jamás interrumpidas.

El camino se hacía también ameno y agradable con el recuerdo de multitud de historietas y leyendas a cual más espeluznantes y macabras, que ponían carne de gallina al más valeroso y esforzado caballero. Infinidad de lugares evocaban en las mentes sencillas y cansadas de aquellas generaciones otras tantas historias y ocurridos: "El paso del Obispo" (lugarejo en donde un prelado hizo brotar agua en un sitio estéril, árido y seco); "El Espinazo del Diablo" (escarpada cuesta donde con frecuencia gavillas de forajidos y ladrones cometían toda clase de tropelías); "El Cerro de las Comadres" (legendario sitio en donde riñeron dos comadres que viajaban a Talpa y como castigo que-

daron convertidas en ingentes rocas); el imponente "Cerro de la campana", el "Puerto del Diablo" "El Camino de la Virgen" (trayecto que recorrió la patrona de Talpa en cierta ocasión que fue llevada a Mascota, pues no habiendo querido permanecer en dicha Villa se vino por la noche, a pie, acompañada tan sólo por unos ángeles, sus huellos quedaron pintadas en la tierra del camino, el párroco tuvo que salir a recoger con todo cuidado aquella tierra santificada por las virginales plantas de María); estas y otras muchas historias escuchaban con fervor e interés aquellos piadosos viandantes, lo que venía a distraer y hacer menos pesado y difícil el prolongado camino. Además, no faltaban entonces los bufones y gentes de brioso decir, que con su lenguaje salpimentado de interesantes anécdotas, completaban la alegría y amenizaban las jornadas de aquellas cristianas gentes.

Talpa se convertía entonces en una verdadera feria regional, el templo resultaba insuficiente para contener a los muchos millares de peregrinos que pugnaban forcejeando para entrar o salir; multitud de romeros ha preferido siempre ir al templo "a pagar sus mandas" antes que acudir a la hospedería, eso hacía más atractivo y pintoresco el espectáculo a la entrada y aun dentro de la nave del recinto sagrado; una gran mayoría ha preferido también entrar de rodillas desde la puerta del atrio portando velas o cirios encendidos, rezando o cantando, con una fe y un entusiasmo verdaderamente impresionantes.

Al llegar al presbiterio se inclinaban reverentes y besaban el suelo, permanecían algún tiempo en elevada oración, mejor diría, contemplando satisfactoriamente a la que es Madre de Dios y de los hombres.

En los últimos días del novenario resultaba sumamente difícil transitar por las principales calles y sobre todo por los alrededores del templo. La calle Real, la plaza y arterias adyacentes, esto es, las que circundan ambos templos, se veían convertidas en un mar de vendimias de todo género: objetos religiosos. comestibles, ropa, mercancías, etc. incontables vendedores acudían de todas latitudes con "huacales pletóricos de loza y variadas figuras de alfarería; barilleros con toda clase de baratijas, merolicos que anunciaban medicinas prodigiosas y cosméticos milagrosos; vendedores ambulantes que vociferaban ofreciendo a los incautos organillos de boca, anteojos ahumados y toda una gama de objetos y chucherías a precios de barata.

A un costado de la plaza, tomaba asiento la atractiva dulcería, en ella celebraban su tradicional banquete ingentes multitudes de labo-

riosas abejas que gozan con el apetitoso almíbar importado de lejanas tierras, a ella se añadía buena suma de moscas y mosquitos e insectos de la más variada fisonomía.

Aspecto singular y campirano presentaba no sólo el exterior del templo. sino también la plaza principal y una gran parte de la calle real: en constante guardia, nutrida porción de añosos naranjos enlazaban sus ramas y nudosos troncos semejando una escolta que enhiesta montaba guardia al derredor de la casa solariega, aquellos viejos guardianes de irregulares formas y tallos mutilados, guardaban en su seno añosos recuerdos de pasadas generaciones.

En las calles principales abundaban las típicas hospederías y mesones pueblerinos a la rústica, en todo semejantes a los históricos lugares en que el Pobrecillo de Asís trataba de hermanar el hombre con la bestia. Casas con grandes corredores, con patios dilatados y llorosos de luna, dotados muchas veces de pilas de cantera o rebosantes atarjeas en cuyos bordes mitigaban su sed abrasadora las mansas bestias; en ella se aspiraban idénticos olores a pastura y correaje sudado, y se apreciaba en toda su plenitud la sonora música de rebuznos, silbidos e interjecciones.

Constantemente se veía en la calle interrumpido el paso del viandante por innumeros mendigos que imploraban, por caridad, un mendrugo de pan, o "una ayuda para su camino": entre aquella porción de pordioseros los había de rostros demacrados y agulos perfiles, harapientos y de caminar difícil, acongojados y enfermizos; cadavéricos, macilentos, vivos retratos de la enfermedad y de la miseria, almas que caminaban presas bajo el manto sutil de la tristeza, sin que se echaran de menos los regordetes y pulposos.

La inmensa mayoría de peregrinos no encontraba hospedaje en las casas o mesones, gustaba de permanecer al interperie "en el mesón de la estrella, metidos bajo el cielo, iluminados por la luz blanquecina del terrestre satélite"..

Un cielo maravilloso que ha protegido siempre al pueblo de María, como un cortinaje de zafiro en las noches oscuras y llenas de ruido y movimiento, claveteado de estrellas, semejando un arnero infinito por donde se filtra la luz dorada que viene de otros mundos, completaba aquel escenario de maravilla: el mismo cielo apacible y azul que ha servido de palio a multitud de espíritus empapados de infortunio y sedientos de infinito.

Toda aquella natural belleza ha venido a menos, los caminos se han mejorado haciéndose más cortos y transitables, el sistema y medios de locomoción y transporte se han mudado, las nobles y mansas remudas han sido sustituidas por flamantes vehículos motorizados, que saturan el ambiente con su olor a gasolina y su ruido peculiar; los antiguos mesones fueron suplidos por las terminales de los carros, y muchas de aquellas historietas y leyendas han sido relegadas al olvido; las anchurosas calles de Talpa, antaño pletóricas de bestias de montar y de carga, cruzadas por carretas quejumbrosas tiradas por mansos y taciturnos bueyes de dura testa y recia encornadura, hoy aparecen pletóricas de carros de variados tamañas, modelos y figuras, que con su ruido peculiar de élices invisibles, roban al pueblo aquella silenciosa paz que gozaron generaciones olvidadas.

Hablar de las romerías de Talpa como una manifestación sencilla y espontánea de fe y devoción, sería un asunto largo, no en armonía con las dimensiones de este trabajo; sólo cabe decir en este apéndice que únicamente aquel que se une a ellas con espíritu verdaderamente cristiano, experimenta en su alma toda esa elevación y saludable fervor que satura su ambiente; resulta difícil hablar de ellas, describirlas y entenderlas cuando no se han vivido: sin embargo, si se miran de cerca y se abren las puertas del alma para que llegue hasta ella y se impregne de esa corriente espiritual que las llena, resulta un espectáculo profundamente conmovedor para quien las contempla

La entrada del templo y del pueblo y, sobre todo, el interior del recinto sagrado, son escenario del fervor, la devoción y el amor de tantos devotos de María, allí se manifiesta de manera ostensible no sólo el espíritu religioso, sino también el alma sufrida y generosa de nuestra indómita raza. En las variadas formas con que el pueblo hace patente su amor y gratitud a su celestial Señora, se pone de manifiesto la generosidad de su noble corazón.

Diremos aquí tan sólo una palabra acerca de "las mandas", dejando para otra ocasión hablar de las peregrinaciones y de otros aspectos y manifestaciones religiosas propios de las romerías.

Parece bastante claro que tanto en la forma de prometer, como de cumplir las mandas o votos hechos a Dios, a su Santísima Madre o a los santos, el hombre ha puesto en juego todo su ingenio y toda la generosidad de su corazón.

Larga resultaría la lista si quisiéramos tan sólo ennumerar las diferentes formas con que el ferviente devoto de María pretende honrarla, darle gracias u obtener de Ella, o por Ella, algún beneficio cuando desea hacerlo por medio de una promesa o manda.

Tratando de resumir y clasificar, aunque sea de una manera superficial, podemos distinguir o hacer una separación tripartita de las mandas o votos que se hacen a la Reina de Talpa:

A).—Hay mandas que tienen como objeto un sacrificio personal o penitencia, ya sea del alma, ya del cuerpo.

B).—Las hay que se cumplen o "pagan" mediante la donación o entrega de cosas u objetos materiales.

C).—Unas terceras tienen su cumplimiento por medio de acciones o cosas de orden espiritual o religioso.

Las primeras comprenden todo lo que causa dolor, mortificación, sufrimiento ya en el alma ya en el cuerpo, así p. ej: perdonar una injuria, reconciliarse con un enemigo, abstenerse de algún vicio (fumar, embriagarse), o acto malo o inmoral; practicar el ayuno o la abstinencia; practicar una penosa y mortificante caminata, ya sea a pie, descalzo, o de rodillas, portando cruces, torturantes escapularios (de pencas de nopal), cilicios, coronas de espinas, piedras, implorando la caridad pública, vistiendo ropas exóticas (de jerga, con indumenta de franciscanos, nazarenos) etc., etc.

Las segundas tienen también un campo de acción extenso y variado, se cumplen mediante obsequios o donaciones materiales de toda clase: dinero, objetos de uso personal como vestidos, joyas, preseas, ya para la sagrada Imagen, ya para su altar o su templo; piezas decorativas como flores o floreros, candeleros, esculturas, etc; los buenos peregrinos gustan mucho de obsequiar a la buena Madre toda la cera que se emplea en su culto, así como también variados y notables exvotos y artísticos retablos como veremos después.

Las mandas que atañen más bien al orden espiritual o religioso, tienen como objeto misas aplicadas u oídas, rosarios, comuniones, visitas al templo, oraciones, novenas, etc. etc.

Resulta verdaderamente imponente y conmovedor el espectáculo que presentan los peregrinos que se acercan a su Reina y Patrona en las actitudes más dolorosas y mortificantes, los hay que sufren desma-

yos o vértigos, que derraman sangre y aún que se enferman al cumplir sus mandas o promesas.

En la era moderna, en que la comodidad y una vida más fácil y regalada han disminuido bastante el espíritu de penitencia, que tan vigente estuvo en otras épocas de la historia, aquellas manifestaciones espectaculares de dolor y mortificación personal, han venido a menos, sin que podamos decir con verdad que han desaparecido; todavía pueden verse cruentos y penosos sacrificios, aunque no de la magnitud de otras épocas; otro tanto puede afirmarse de las peregrinaciones llamadas de penitencia, en las que todos sus componentes caminaban descalzos, con coronas de espinas, cruces, con el cuerpo o la cabeza cubierta de ceniza, con cirios y flagelos, capaces de amedrentar a los caracteres más esforzados de la vida moderna; era, sin temor de exagerar, tan imponente la grandeza y magestad de aquellos actos públicos de rogativa, acción de gracias o desagravio, que dejaban huellas imborrables en la sensibilidad de quienes los contemplaban.

Muchos devotos peregrinos acostumbraban venir a visitar a su Reina y Patrona en grupos organizados, comunmente llamados "peregrinaciones", y traer siempre como insignia alguna imagen, a veces en escultura, de la Santísima Virgen del Rosario, lo ordinario es que traigan los llamados estandartes. De estos los hay muy variados en sus clases y formas, algunos de ellos son verdaderas obras de arte en las que compiten la elegancia, riqueza y belleza de sus materiales y formas; los hay pintados, bordados, etc., todos coinciden en que ostentan la Imagen de la Santísima Señora y una leyenda que a veces se refiere al ñombre de la persona o familia que los obsequia, o al pueblo de donde procede la peregrinación sin que falten las alusivas al favor recibido.

Otra de las cosas dignas de verse, entre las ofrendas, son los llamados "retablos" que son pequeños cuadros, casi siempre de dimensiones reducidas, en donde suele representarse la escena o momento en que se recibió el favor, gracia o milagro de la Santísima Virgen.

Durante mucho tiempo fueron, estos pequeños cuadros, objeto de burla y desprecio de parte de los llamados "científicos del arte"; fue hasta los últimos años cuando, habiéndose librado de viejos prejuicios académicos, se les ha reconocido su valor artístico, sobre todo como expresión del alma y del arte populares.

En Talpa, como en todos los santuarios célebres del país, abundan los retablos siendo algunos de ellos verdaderas joyas de arte en

donde resplandecen la sencillez, sinceridad, sensibilidad y espontaneidad, así como también el expresionismo del alma popular, lo que les da gran atractivo e interés.

Son también dignos de especial mención los llamados exvotos, comunmente conocidos con el nombre de "milagros", obra maestra de nuestra metalistería; son estos pequeños objetos de metal que representan el cuerpo humano o sus partes, animales, carros, casas, plantas, etc., de acuerdo con lo que fue objeto del favor dispensado por la Santísima Virgen.

Antaño abundaban los exvotos de oro, plata y otros metales preciosos; eran tan abundantes que se podían tapizar con ellos grandes y artísticos cortinajes de terciopelo azul rey y adornar con ellos el altar y el templo de la Milagrosa Imagen. Actualmente se reciben pocos debido a que ya en el mercado no se encuentran de plata; se fabrican de plomo, níquel, o de cualquier otro metal pobre, que luego se ennegrece y convierte en chatarra sin valor. A los fieles que han prometido algún "milagro" y no lo encuentran en el mercado, por lo menos de buena calidad, se les conmuta la promesa por una limosna u otra obra piadosa.

Además de todo esto, abundan en el santuario los obsequios a la Santísima Señora de parte de sus agradecidos hijos; prendas de vestir y de lujo, flores naturales y artificiales, floreros; adornos para el altar, ocupando un lugar privilegiado la cera que se ofrece para que arda durante todo el año en el altar de la Madre Buena, etc.

Las manifestaciones de amor, fe y devoción a la Santísima Virgen en su Santa Basílica, de parte de los cristianos romeros, son verdaderamente impresionantes, sobre todo la oración llena de fe y de confianza que en ocasiones se manifiesta exteriormente hasta en las lágrimas; la inmensa mayoría de los que visitan a la Celestial Señora acostumbran entrar de rodillas ya sea de la puerta del atrio, ya sea de la entrada del templo. Algo que conmueve profundamente al espectador es la forma como cantan los devotos de la Querida Madre. En días de romerías es frecuente oír las típicas alabanzas salidas del alma, cantadas durante todo el día y gran parte de la noche, no siendo raro escuchar dos, tres y aún más grupos de personas que cantan a la vez; los que llegan la saludan con la amable salutación: "Buenos días Paloma Blanca", o "Que linda está la mañana", o "Despierta, Madre, despierta"; para continuar por algún tiempo cantando: "De Talpa,

Señora . . . o las alabanzas propias de los hijos de Colima, Nayarit, etc., o alguna otra para luego despedirse con el sentido: Adiós, Reina del Cielo . . ."

Otra de las formas en que hace su aparición en Talpa, no solamente la fe y la devoción sino también el arte, es la danza.

Este género de baile forma también, parte del tesoro artístico que recibimos de los naturales de nuestro suelo patrio.

La danza, que antaño formaba parte de las gestas bélicas, del ritual mágico o del ceremonial religioso-idolátrico de nuestros antepasados, ha venido a constituir una de tantas formas del culto que se ofrece a la Madre de Dios y a los Santos, sin que sea su fin exclusivo, pues en la actualidad se hacen danzas con fines puramente estéticos o recreativos.

En las romerías que año tras año visitan el Santuario de la Madre Común en los meses de febrero y marzo, nunca faltan los tradicionales danzantes que, moviendo y sacudiendo sus cuerpos con rapidez y agilidad y luciendo hermosa y original indumentaria, forman parte de las fiestas de la Santísima Virgen.

Desde antes que la Santísima Señora obrara el milagro de la renovación ya formaban parte, las danzas, de las solemnidades llamadas patronales.

Los documentos más antiguos que nos hablan de ellas ya nos describen estos bailes en que los naturales pasaban horas y horas y hasta días enteros sacudiendo sus cuerpos al compás de tambores, flautás sencillas y dobles, pitos, sonajas de muy variadas clases, caracoles naturales y de arcilla, ocas que imitaban el canto de ciertas aves, etc., al son de un género musical casi siempre monótono, triste y en ocasiones lúgubre y a veces alegre y movido y luciendo gran variedad de vestidos y adornos, sin que faltaran los tatuajes y pinturas que se aplicaban como complemento de su original indumentaria.

Penachos ricamente adornados con variedad y polícroma plumería, tornasol, túnicas, capas de vivos colores ricamente adornadas, canilleras, brazaletes, tobilleras, medias, rodilleras, coronas de hoja de lata, listones por todas partes, espejuelos, chaquira, etc., etc., todo profusamente historiado con dibujos y líneas caprichosas formaba, y sigue formando, la decoración de tan variada escena.

En ninguna danza ha podido faltar el bufón llamado comunmente "Viejo de la danza", que anda continuamente haciendo chistes mímicos u orales. viste en forma grotesca, lleva siempre consigo una máscara expresiva y un látigo que usa para impedir que el público se acerque hasta los danzantes.

La artística muralla de piedra que circunda el atrio del templo, con su existir callado y frío, ha sido testigo mudo de millares de escenas de esta naturaleza, pues allí se han verificado danzas del más variado género, tales como la llamada: "Del Aguila Real", la de "La Conquista", etc., en las que se combinan la Música, la Literatura, el Canto y el Baile.

También la pólvora paga tributo de alabanza a la Virgencita de Talpa; los sonoros cohetes de trueno, las tonantes cámaras, las variadas ristras. los cohetes de variada lucería, los artísticos toros, los revestimientos con que en las grandes solemnidades se adorna el sagrado recinto y los vistosos castillos con su variedad de luces y de formas, entonan un himno de gloria a la Madre de Dios.

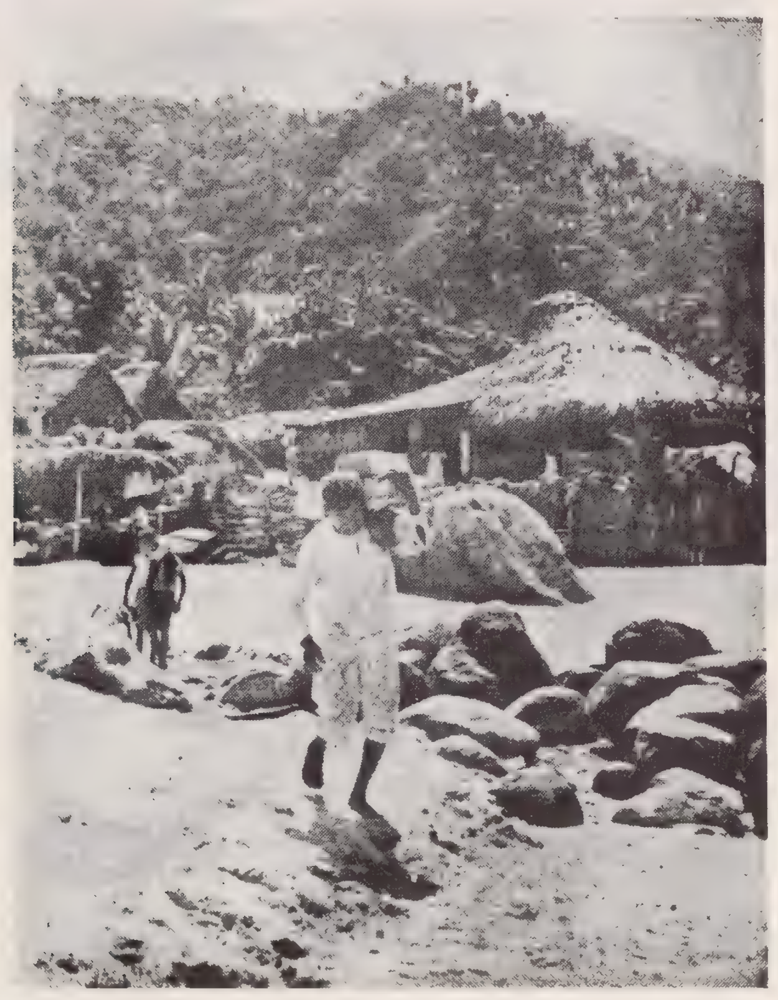
En los tiempos modernos con motivo de que ya las comunicaciones han mejorado un poco, haciéndose más rápidas y cómodas, se ha perdido mucho de aquel atractivo que tenían antaño las peregrinaciones; actualmente casi todos los romeros viajan en avión o carro, por lo que todos los atractivos del camino van pasando a la historia. En nuestros días una Sociedad Cooperativa de carros de pasaje establece servicio por tierra durante el temporal de secas, sin embargo. todavía vienen muchos peregrinos desde muy lejos, como la capital nayarita, a pie o a caballo.

Entre los atractivos que encuentra el peregrino en el pueblo de Talpa, fuera ya del Santuario de la Santísima Señora, se cuenta el arte del chicle que labran las pueblerinas: esta industria verdaderamente típica y, por decirlo así, original y exclusiva de este pueblo, tiene no sólo el aspecto comercial que mucho favorece la economía del lugar, sino también el artístico, es una verdadera creación del arte popular.

La materia prima se extrae de un árbol llamado "Chico-zapote" o "Chicloso", o también árbol del chicle, que abunda sobre todo en la región costera, desde una altura de mil metros sobre el nivel del mar. Dicho arbusto es pinchado con uñas especiales y por las incisio-

nes segrega una especie de leche de color blanco que luego es tratada con agua caliente y coloreada mediante anilinas especiales.

Tanto el conocimiento como el proceso de extracción y tratamiento de dicha goma forman parte de la herencia que nos legaron nuestros antepasados indígenas; ellos la empleaban para masticar sin



Véase la forma en que los nativos de la región de Yelapa conducen al hombro la materia prima extraída del álbol del "chico-zapote".

condimento alguno y para elaborar ciertas pelotas con que efectuaban algunos juegos rituales. En un principio denominaban este producto "Tziquete", después "Chitle", más tarde "Chilte" y por último Chicle.

Para elaborar la gran variedad de figuras se hacen con esta materia, se sujeta ésta previamente a un proceso que se le suele lla-



Para la antigua industria del chicle, las obreritas y obreros de la región, empiezan por formar adoberas con la materia prima, tales [illegible] el [illegible]



Entre las admirables "maquetas" de chicle reproducción de edificios, aquí aparece este artístico "rancho".



Como una manifestación de su cariño hacia la Santísima Virgen la Srta. Luz López elaboró su Basílica con esa misma materia, siendo considerada como verdadera obra de arte.

mar "estirada", esto es, se reduce, mediante su introducción en agua caliente, a hebras como de alambre o cintas a manera de listones de variados colores. con lo cual se da forma o un sinfín de objetos tales como flores, frutas, cacharros de cocina, sombreros, imágenes, juguetes, etc., dando con esto origen a una gran variedad de piezas de arte. auténtica y espontánea manifestación del alma y del arte popular.

Muchas de estas figuras resultan verdaderamente originales tanto por sus formas como por su colorido; entre las que son simple imitación, son dignas de verse las llamadas "maquetas", reproducción en pequeño de grandes edificios, algunos bastante complicados como la Catedral de Guadalajara, la Basílica y el Templo parroquial de Tal-

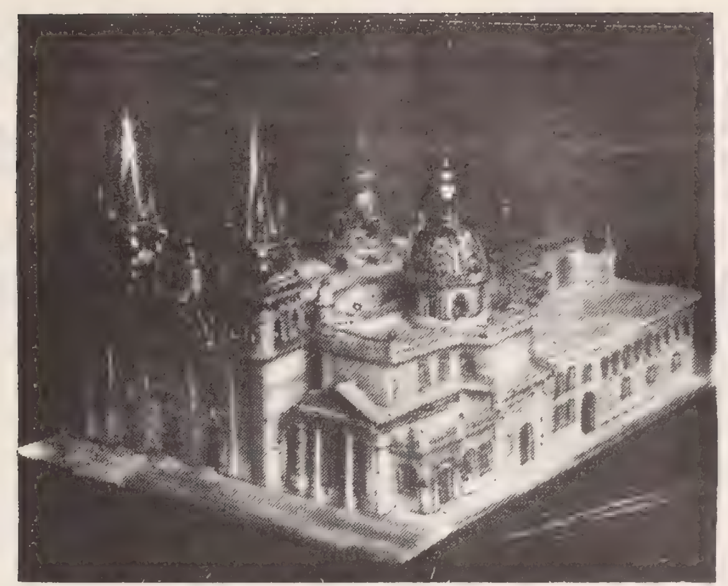


Entre los muchos trabajos en chicle que fueron presentados por clientas talpenses, figuraron también delicados y primorosos canastillos de flores como éste de artísticas rosas.

pa, o también de algunos lugares pintorescos tales como ranchos, pequeñas granjas en donde aparecen desde una alberca, un jardín con sus diminutas flores, hasta un mueble de bejuco.

El año 1958 se organizó un concurso entre las talpenses artistas del chicle; con el fin de estimular este tipo de arte, la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco lanzó la convocatoria en el mes de febrero, prometiendo tres premios a las mejores obras, el primero de mil pesos, el segundo de $ 750.00 y el tercero de $ 500.00, ambos con artístico diploma honorífico. Además, el Museo Nacional de Artes e Industrias Populares prometió otorgar diez menciones honoríficas a los siguientes lugares.

El 15 de marzo fue fijada la fecha para el concurso; en más de un centenar se contaron las piezas que fueron exhibidas y que formaron parte del certamen; entre ellas había algunas que implicaban un cuidado y una laboriosidad dignas de elogio; el Jurado Calificador estuvo integrado por miembros del personal encargado del Museo Na-



Destaca también entre las obras presentadas en el concurso efectuado, la majestuosa Catedral Basílica de Guadalajara. (Obra de Luz López).

cional de Artes e Industrias Populares. La sesión, a puerta cerrada, duró varias horas, después de las cuales se dio a conocer el resultado. Las piezas premiadas fueron adquiridas por el mismo Museo para sus colecciones permanentes.

Otra cosa que halagaba también el gusto del peregrino es la industria de la guayaba que también florece en Talpa; es otra de las cosas típicas que elabora el pueblo. De sus productos se consumen todos los años un considerable número de toneladas.

La fruta se produce en abundancia en los aledaños del pueblo, con la peculiaridad de que la mayor producción tiene lugar en los meses de enero a marzo, o sea en los meses de mayor afluencia de peregrinos.

La guayaba se industrializa en distintas formas, siendo la más típica y abundante el llamado "rollo", al que siguen algunos ates de exquisito sabor y calidad.

Además de todo esto, atrae al peregrino la gran cantidad de objetos que se exhiben en el comercio callejero tales como ropa, telas, plantas medicinales, productos de la más variada matalistería, objetos piadosos referentes casi siempre a la Santísima Virgen, etc., así como también la variedad de juegos de distintas clases que dan al pueblo el aspecto de una verdadera feria provinciana.

En esta forma el amor a la Santísima Virgen del Rosario y toda esta variedad de atractivos hacen de este pequeño rincón de México y del mundo, uno de los más famosos y visitados.



Construcción de la torre del Templo Parroquial, después de los temblores.

APENDICE III

Culto Interno y Externo con que se Honra a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa

CRONOLOGIA

I)—Del culto que se tributa a la Taumaturga Imagen del Rosario de Talpa fuera de su templo y de su pueblo.

LOS ACTOS de culto y devoción que se ofrecen a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa no son privativos de su templo y de su pueblo, pues puede afirmarse con razón y justicia que la Patrona de Talpa es ampliamente conocida y venerada no sólo en una extensa zona del país, sino que ha traspasado las fronteras de la Patria Mexicana.

Con la extensión del patronato a toda la diócesis nayarita todas las parroquias que la forman adquirieron, por decirlo así, cierta obligación de honrarla y venerarla como a su celestial Patrona; de hecho, tanto en la Santa Iglesia Catedral de Tepic como en otros muchos templos del Obispado, se venera su Imagen y en algunas partes, como en la misma Ciudad Episcopal se han edificado templos en su honor.

Fuera del Obispado de Tepic es también ampliamente conocida. En la metrópoli mexicana existen, además de un buen número de fieles devotos de esta amable Virgencita, varias imágenes entre las que se cuenta la que se venera en el templo de San Agustín; esta virgencita fue solemnemente bendecida el 12 de mayo de 1957 en la Santa Basílica de Talpa y tocada en seguida a la original; de su recepción en el templo ya mencionado conservamos la siguiente crónica:

"En medio de una gran solemnidad, se llevó a cabo el día 4 del presente (agosto de 1957), la recepción y la consagración de la Ima-

gen de Nuestra Señora del Rosario que se venera desde esa fecha en el templo de San Agustín, situado en la calle de República del Salvador No. 76, recientemente restaurado por los padres Agustinos y que ahora se halla flamante y hermosísimo.

A las 11 horas se llevó a cabo la recepción de la bella imagen, copia exacta de la que se venera en su Basílica en Talpa, Jalisco, y que fue consagrada en aquella población antes de venir a México, en donde habrá de ser la única que exista en esta capital.

Después de la procesión solemnísima se colocó en el centro del altar mayor, que refulgía entre luces y cirios ardientes y ostentaba un bello adorno de gladiolos blancos y rosa. A las 11 y 30 se celebró una Misa solemne de tres ministros y a tiempo del Evangelio se pronunció un hermosísimo sermón y elocuente fervorín por uno de los mismos sacerdotes agustinos.

La imagen está siendo venerada desde esa fecha, ya que es milagrosísima y oye con gran amor a sus devotos que ocurren a Ella en los momentos más aflictivos de su vida. Por la tarde hubo solemne rosario cerrándose así el día de la recepción de la sagrada imagen".

Hasta aquí la crónica.

En la ciudad de Guadalajara, Jal., son muchos los cristianos que acuden a recibir el auxilio de la Madre querida del Rosario; en el templo de San Francisco, a cargo de los RR. PP. franciscanos, se le ha erigido un altar en donde cada año se celebra su fiesta con toda solemnidad el 19 de septiembre, conmemorando su milagrosa renovación; a esta festividad concurre nutrida colonia talpense residente en la capital jalisciense.

Otra de estas imágenes se halla expuesta a la veneración pública en la misma urbe en el templo de Nuestra Señora de La Merced, pero el centro principal de culto a la Reina de Talpa se encuentra en una de las colonias suburbanas, la que lleva por nombre "Talpita", en donde tiene una iglesia con el título de Vicaría Fija perteneciente a la parroquia de San Juan Bosco. Actualmente se labora en la construcción de un amplio y hermoso templo que será dedicado a la misma Santísima Señora del Rosario de Talpa.

También en algunas otras ciudades y pueblos del país se le han consagrado templos y altares; en la magna urbe de Los Angeles. Ca

lifornia, del vecino país del norte, se le ha dedicado una importante parroquia.

Empezó, la parroquia, por ser una capilla que uno de los más fervientes devotos de la Santísima Virgen, el Pbro. D. Martiniano Cordero, edificó cuando se hallaba en el destierro a raíz del conflicto religioso de 1926-29.

Siendo huésped de dicha ciudad, el P. Cordero empezó a ejercer el ministerio sacerdotal en un barrio donde abundaban los mexicanos, entre quienes sembró la simiente del amor y la devoción a la Reina de Talpa.

Pronto logró reunir la cantidad suficiente para construir la primera capilla dedicada a su querida Virgencita y cuando la hubo terminado invitó, para que la bendijera, al Emmo. Sr. Obispo D. Manuel Azpeitia Palomar. Dmo. tercer Obispo de Tepic, que también se encontraba en el exilio; fue el mismo mitrado quien exhortó durante la ceremonia, el amor y devoción a la Santísma Virgen del Rosario.

La pequeña planta se fue desarrollando hasta llegar a formar un árbol vigoroso y lleno de fruto; aquella pequeña capilla pronto se convirtió en un centro de amor y devoción que después de algún tiempo dio origen a una importante parroquia, hoy a cargo del R. P. D. José Cervera y de algunos otros PP Paúles.

Con esto tendrá el piadoso lector una idea, vaga siquiera, del amor que en tantas partes se profesa a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

x x x x

II)—Del culto que se tributa a la Taumaturga Imagen del Rosario en su templo y en su pueblo; de las fiestas principales que se celebran en su honor; cronologia de los hechos principales.

La Santa Basílica de Talpa está destinada a honrar de manera especial a la Santísima Virgen; en ella el culto reviste alguna solemnidad durante todo el año, diariamente hay Misa cantada en el altar de la Excelsa Patrona y, tanto por la tarde como por lo noche, se reza el Santo Rosario, todos los días se canta la Salve Regina así como también cada mes, el 19 como a las 11 de la mañana, en conmemoración del milagro de la renovación.

Además de las fiestas que se celebran en honor de la Madre de Dios durante el ciclo litúrgico y que forman parte de la Liturgia general de la Iglesia, cinco veces al año el culto en la Basílica de Talpa toma carácter de fiesta:

El día 2 de febrero, en que se conmemora la Purificación de la Santísima Virgen, esta fiesta, llamada de la Candelaria, es la más antigua de las romerías de Talpa; su origen data del segundo tercio del siglo XVII, poco a poco vino en aumento hasta llegar a ser una verdadera feria regional.

El 19 de marzo, es ahora la fiesta más concurrida del año; del último tercio del siglo pasado en adelante, ha venido absorviendo gran parte de la del día 2 de febrero. Acuden a esta fiesta peregrinos desde la capital de lo República hasta del vecino país del norte. Tanto para el mes de febrero como para el de marzo, son dignas de admiración las peregrinaciones organizadas, danzas y demás que acuden o los pies de la Madre Querida.

Desde el año 1923 se ha venido haciendo célebre el 12 de mayo. En esta fecha fue coronada litúrgicamente la Sagrada Imagen, se verificó el patronato de la Santísima Virgen sobre todo el Obispado nayarita y fue elevado su santuario a la dignidad de Basílica Menor, lo que ha dado origen a una nueva solemnidad que cada año reviste mayor lucidez, pues a ella acuden todos los años algunos Emmos. Prelados que visitan a la Madre Común y celebran de Pontifical en su altar.

De todas las fiestas del año la que reviste un aspecto y conserva un sabor marcado no sólo pueblerino, sino también indígena, es la que se celebra el 19 de septiembre; a ella acuden pocos romeros por coincidir con el temporal de lluvias y por lo escaso y difícil de las comunicaciones en ese tiempo.

Esta solemnidad es la más típica y tradicional, pues data del año de la renovación, 1644, y se ha venido celebrando casi en la misma forma durante más de tres centurias; en ella abundan la pólvora, las típicas luminarias que rodean el Sagrado Recinto, las variadas y polícromas composturas, etc., etc.

El 7 de octubre es la fiesta titular, o sea la del Rosario. Por muchos años se conmemoró en ella el primer juramento de patronato de la Santísima Señora sobre el pueblo y su comarca; esta costumbre se ha echado en olvido en estos últimos años.

Resulta típica esta festividad porque en ella se ve todo el templo adornado con hermosas milpas con sus pingües elotes y abunda en el altar de la Santísima Señora la santamaría con su olor penetrante y su color amarillo.

Tanto en el mes de septiembre como en el de octubre agracian el templo las niñas descalzas vestidas de indias que ofrecen todos los días aromáticas flores a la Madre de Dios.

III) —Acontecimientos más notables, por orden cronológico, referentes a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

1644, Septiembre 19-22.—Milagrosa renovación de la Santa Escultura. Primera fiesta en su honor. Primera investigación del milagro, se redacta la primera parte de "La Auténtica".

1649.—Primera visita pastoral a Talpa y a toda esta región. Nuevas investigaciones acerca del milagro. Se decreta la construcción del primer santuario.

1650-1651.—Construcción del primer Santuario y traslación a él de la Sagrada Imagen.

1679.—Febrero 28. Nueva visita pastoral del Ilmo. Sr. D. Juan Santiago de León Garabito. Decreto de la construcción del segundo Santuario de la Santísima Virgen.

1670-1671.—Construcción del segundo Santuario, todavía pajizo. Se inicia la romería de febrero.

1744.—Se hacen importantes reformas al santuario. Grandes fiestas con motivo del primer centenario de la renovación.

1755.—Sale la Santísima Señora a apadrinar las fiestas de la "dedicación" del templo parroquial de Mascota.

1755.—Nueva visita pastoral. Se decreta la construcción del Santuario nuevo, actual Basílica. Se bendice y coloca la primera piedra.

1756.—Se establece en Talpa el Pbro. D. Ramón de Herrera y Cordero, primer clérigo que fue destinado con residencia en Talpa; se da gran impulso a la construcción del templo.

1782.—Grandes fiestas con motivo de la dedicación, "colocación", del nuevo santuario; es trasladada a él la Santa Imagen de la Sma. Virgen.

1802.—Es creada la primera capellanía del santuario; se concede exención de la jurisdicción parroquial al Santuario y al Primer Capellán.

1835-1860.—Se hacen importantes mejoras al santuario, siendo entre ellas las principales: la construcción de nuevos altares, el balaustrado del exterior del edificio, las torres, las campanas, el atrio, etc.

1861.—Diciembre 10. Es agregado el santuario a la Basílica de San Juan de Letrán de Roma con el fin de que puedan lucrarse en él todas las indulgencias que se puedan ganar en aquella insigne Basílica.

1882.—Es creado el beneficio curado de Talpa.

1891.—Se erige el obispado de Tepic y el Santuario de la Santísima Virgen queda bajo su jurisdicción.

1901.—Es proclamada Nuestra Señora del Rosario como Patrona de Talpa y de toda su comarca.

1915.—Se impone el corazón de oro a la Taumaturga Imagen.

1923.—Es coronada con autoridad pontificia la Santa Imagen y consagrado solemnemente su templo.

1947.—Se eleva el santuario a la categoría de Basílica Menor.

1949.—12 de mayo. Se declara como Patrona de la diócesis de Tepic a Nuestra Señora del Rosario de Talpa.

1954.—Se celebra con toda solemnidad el año mariano.

APENDICE IV

Indulgencias que en el Transcurso de la Historia se han Venido Concediendo y Lucrando en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa

1o.—Indulgencia de cuarenta días a quienes visiten la Santísima Virgen de Talpa en su templo y recen ante Ella un pater noster, avemaría y gloria. (1).

(Emo. Sr. Obispo D. Juan de León Garabito. Sta. visita pastoral. febrero de 1679).

2o.—Indulgencia de 40 días a quienes visiten la Santísima Virgen del Rosario y recen ante Ella una salve.

(Santa visita pastoral de 1744).

3o.—Indulgencia de 40 días a quienes fuere impuesta la Santísima Virgen del Rosario sobre la cabeza.

(Santa visita pastoral de 1802).

---

(1) Indulgencia es lo mismo que el perdón, o remisión, de la pena temporal debida por el pecado que ha sido ya perdonado en cuanto a la culpa (todo pecado causa siempre la culpa y la pena). Dicha remisión se concede por la autoridad eclesiástica a manera de absolución a los vivos y de sufragio a los difuntos. La Iglesia usa, para esta compensación, del "tesoro de la Iglesia".

El fin esencial y primario de las indulgencias es el perdón de la pena temporal debida por el pecado. (Dicha pena debe pagarse, ya sea en esta vida, ya en el purgatorio, en la otra)

Secundariamente las indulgencias nos ayudan a separarnos del pecado, favorecen en nosotros el espíritu de penitencia, estimulan el fervor y las buenas obras, nos allanan el camino de la gloria y nos incitan a atesorar méritos para el cielo.

Por estas razones la Iglesia, que siempre vela por el bien espiritual de sus hijos, ha venido aprovechando este centro privilegiado de amor marial para hacer de él una fuente perenne y abundante de gracia en favor de las almas.

4o.—Indulgencia de 40 días a quienes visiten el templo de la Santísima Virgen del Rosario y hagan ante Ella una pequeña oración (salutación).

(Sgda. Mitra de Guad. 1820).

5o.—Indulgencia de 80 días a quienes rezaren una Salve ante la Santísima Virgen del Rosario.

(Santa Visita pastoral de 1854).

6o.—Indulgencia de 80 días a todos los confesores, por cada persona que absuelvan en el templo de la Santísima Virgen del Rosario, durante los días del novenario y fiestas de Nuestra Señora del Rosario.

Indulgencia de 80 días a cuantos recen un credo y una salve ante cualquiera de las Imágenes que se veneran en el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

7o.—Indulgencia de 80 días a quienes adornen el exterior de sus casas y calles, iluminándolas durante los días del novenario de las fiestas de la Patrona de Talpa y de Señor San José. (19 de Marzo y en la festividad del Patrocinio).

9o.—Indulgencia de 80 días en favor de los fieles que cooperen con sus limosnas para el culto interior del templo de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa, durante sus fiestas y romerías.

10o.—Indulgencia de 80 días a quienes, con las condiciones de costumbre, se acerquen a recibir los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión durante el novenario y fiestas de la Santísima Virgen del Rosario. de Señor San José y del Sagrado Corazón de Jesús.

(Santa Visita Pastoral de 1881).

Indulgencias concedidas en favor de los cofrades. o esclavos. de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa.

(Constituciones de la hermandad).

11o.—Indulgencia de 40 días por cada vez que los cofrades ejecuten cualquier cosa de las contenidas en las Constituciones de la Hermandad.

12o.—Indulgencia de 40 días por cada acto de caridad o de piedad que verifiquen los cofrades en favor de los pobres o enfermos del Hospital de la hermandad.

(Año de 1733).

13o.—Indulgencia de 40 días en favor de los cofrades el día de su ingreso en la Cofradía.

14o.—Indulgencia de 40 días a los cofrades el día que les sea impuesto el distintivo de la Cofradía.

15o.—Indulgencia de 40 días en favor de los cofrades cada vez que llevando el distintivo, asistan a los actos de piedad propios de la hermandad.

16o.—Indulgencia de 80 días en favor de los cofrades por cada vez que visiten a la Santísima Virgen en su templo y hagan una breve oración ante Ella.

Hasta aquí las indulgencias concedidas en favor de los esclavos de la Patrona de Talpa.

17o.—Indulgencia de 100 días en favor de quienes visiten el templo de la Santísima Virgen en el día de su Consagración o en el aniversario de ella, todos los años. (Día 11 de mayo).

18o.—Indulgencia de 50 días por cada vez que se rece la fórmula de consagración a la Santísima Virgen del Rosario de Talpa sobre el Obispado de Tepic.

19o.—Indulgencia de 40 días en favor de los que visiten el templo donde se renovó milagrosamente la Imagen de la Santísima Vir gen del Rosario de Talpa, rezando un padre nuestro, avemaría y gloria.

20o.—Indulgencia plenaria para todos los fieles que, confesados y comulgados, visitando el templo de la Santísima Virgen del Rosario, oracen devotamente según la intención del Romano Pontífice, los días de la Inmaculada Concepción, Natividad y Purificación de la Santísima Virgen; en la fiesta del Santísimo Rosario, el día 12 de diciembre, el 19 de marzo y en cualquier otro día del año con tal que se practique la visita en peregrinación organizada y se cumpla con las demás condiciones establecidas.

21o.—Indulgencia parcial de 500 días cuantas veces los fieles, por lo menos con el corazón contrito, visitaren devotamente la Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Talpa rezando ante su presencia tres avemarías.

22o.—Indulgencia plenaria para todos los fieles que, habiéndose confesado y comulgado, visiten la Basílica de la Sma. Virgen del Ro-

sario y oren según la mente del Sumo Pontífice en los días de Navidad, Circuncisión, Epifanía, Transfiguración de Nuestro Señor, Pascua, Resurrección y Ascención de Nuestro Señor Jesucristo; los días de Pentecostés y dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán; así como también los días de la Inmaculada Concepción, Natividad y Asunción de la Santísima Virgen lo mismo que el día de la Purificación de la misma Santísima Señora.

Lo mismo en los días 19 de marzo y en la fiesta del patrocinio de Señor San José y los días de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, así como también el de San Juan Evangelista.

Idem, los días de la Natividad y muerte de San Juan Bautista.

23o.—Indulgencia parcial de tres años, que podrán lucrar los fieles cuantas veces visitaren el templo en los días antes citados por lo menos con el corazón contrito.

24o.—La indulgencia llamada de las Estaciones (estacionales) que podrá lucrarse: el primer domingo de cuaresma, el Domingo de Ramos, el Jueves Santo, Sábado In Albis, el Miércoles de Rogativas y Vigilia de Pentecostés. En estos días podrán lucrarse: a) indulgencia plenaria, con las condiciones de costumbre, asistiendo devotamente a las funciones llamadas "de las Estaciones" (procesiones o rogativas públicas); cuando no se verifiquen en la Basílica dichos actos podrá lucrarse, la indulgencia, rezando cinco veces el padrenuestro, avemaría y gloria delante del Santísimo Sacramento y tres veces las mismas oraciones delante de las Reliquias Sagradas expuestas a la veneración pública.

b) Indulgencia parcial de 10 años, si por lo menos con el corazón contrito visitaren la Basílica de Nuestra Señora de Talpa y rezaren las oraciones anteriores.

Indulgencias concedidas a los Cofrades del Rosario. (Esta Cofradía fue establecida en la Basílica de la Santísima Virgen del Rosario de Talpa el 17 de marzo de 1909).

25o.—Indulgencia plenaria, con las condiciones de costumbre, el día que se inscriban en la Cofradía.

26o.—Indulgencia plenaria siempre que, Comulgando en la Basílica de la Sma. Virgen del Rosario de Talpa, rezaren una parte del Rosario pidiendo según la intención del Romano Pontífice.

27o.—Indulgencia plenaria una vez al día rezando un Rosario entero.

28o.—Indulgencia plenaria una vez al día rezando semanariamente un Rosario entero.

29o.—Indulgencia plenaria si los cofrades, después de confesarse y comulgar, rezaren una parte del Rosario el día 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Sma. Virgen.

30o.—Indulgencia plenaria rezando una vez al día el Rosario por el Romano Pontífice y el triunfo de la Santa Iglesia.

31o.—Indulgencia plenaria por asistir los domingos primeros a la procesión de la Cofradía.

32o.—Indulgencia plenaria por asistir a la procesión en las fiestas de la Purificación, Anunciación, Visitación, Asunción Natividad, Presentación e Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, o en la octava de cualquiera de estas festividades.

33o.—Indulgencia plenaria los domingos primeros de cada mes, visitando la Basílica de la Santísima Virgen y orando según la intención del Romano Pontífice.

34o.—Indulgencia plenaria visitando la santa Basílica y orando a intención del Sumo Pontífice en las fiestas de Navidad, Epifanía, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Inmculada Concepción, Natividad, Dulce Nombre de María, Presentación, Purificación, Anunciación, Visitación. Asunción de la Madre de Dios, Viernes de Dolores, el día de Todos los Santos, una vez en la infraoctava de los fieles difuntos, dos viernes de cuaresma a elección, el tercer domingo de abril, en los días de las estaciones y el Jueves Santo visitando los monumentos.

35o.—Indulgencia plenaria en tres sábados, a elección de los cofrades que hacen los quince sábados.

36o.—Una indulgencia plenaria si, orando según las intenciones del Papa, asistieren diez días consecutivos al ejercicio vespertino en el mes de octubre.

37o.—Indulgencia plenaria a los sacerdotes que celebran en el altar de la cofradía la Misa votiva pro tempore. (El altar de la Cofradía, en la Basílica de Talpa, es el que está dedicado a la Purísima en el costado derecho del templo, o sea al lado del Evangelio).

38o.—Indulgencia plenaria a los cofrades que durante media hora hagan meditación (oración mental) durante un mes, todos los días.

39o.—Indulgencia plenaria una vez al año si en memoria de los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto se ejercitan los cofrades durante igual número de días en obras de mortificación y de piedad.

40o.—Indulgencia plenaria a los cofrades agonizantes si hubieren rezado el Rosario semanalmente.

41o.—Indulgncia plenaria si expirasen teniendo en la mano la vela bendita encendida, del Rosario, con tal que al menos una vez hayan rezado el Rosario completo.

42o.—Indulgencia plenaria a los cofrades que recibiesen devotamente los últimos sacramentos.

43o.—Indulgencia plenaria a los cofrades agonizantes que pronuncien devotamente el Santo Nombre de Jesús y de María con la boca o con el corazón.

44o.—Indulgencia plenaria a los cofrades que habiendo recibido los últimos sacramentos hicieren la profesión de fe. rezaren la Salve y se encomendaren a la Santísima Virgen.

45o.—Indulgencia plenaria, con las condiciones de costumbre, en uno de los días siguientes: 1o. y 23 de enero; 13 de febrero; 7 de marzo; 5, 29 y 30 de abril; 5 y 10 de mayo; 9 de julio; 4 y 30 de agosto; 10 de octubre; 13 y 15 de noviembre.

46o.—Indulgencia plenaria "Toties Quoties", tantas veces cuantas ocasiones rezaren una parte del Rosario delante del Santísimo Sacramento.

47o.—Indulgencia plenaria "Toties Quoties", cuantas veces visitaren los cofrades (y no cofrades) la Santa Basílica de la Santísima Virgen desde las doce del sábado anterior hasta las doce de la noche del día de la fiesta del Santo Rosario (7 de octubre).

48o.—Indulgencia de 10 años, una vez al día rezando una tercera parte del Rosario en la Basílica; y cuando los cofrades anduvieren ausentes, podrán lucrar dicha gracia si lo hacen en otra iglesia u oratorio público.

49o.—Indulgencia de 100 días por exhortar a los enfermos (aunque no sean cofrades) a recibir los Santos Sacramentos.

50o.—Indulgencia de 100 días a los que. con el estandarte de la Cofradía acompañen al cementerio el cadáver de los cofrades difuntos.

51o.—Indulgencia de cien días por cada vez que persuadan a otro a rezar una parte del Santo Rosario.

ENTREGA

COSA común y ordinaria en los lugares distinguidos por el amor y la bondad de la Madre de Dios, es oir hablar de Ella; mucho se dice y comenta, con grande fruición y solaz del espíritu, sobre su egregia persona, sus milagros, su poder y su inmensa caridad.

No menos consolador y satisfactorio es el espectáculo que presentan ingentes multitudes que llenan los más famosos y célebres santuarios en honor de la humilde Doncella de Nazaret; incontables millares de fieles que rodean sus altares gloriándose todos de llamarse sus hijos, sus devotos, sus privilegiados y favorecidos; para todos constituye una fuente inagotable de alegría y felicidad rendirle culto y pleitesía, honrarla y llamarla con el título glorioso de MADRE.

A pesar de todo, son muy pocos aquellos que en realidad conocen a María, que sospechan siquiera lo que es Ella considerada en sí misma y en sus relaciones con Dios y con los hombres.

Es una tangible realidad que en estos últimos tiempos ha progresado notablemente la investigación y el conocimiento de la doctrina mariológica, pero también es una realidad que ese tesoro doctrinal sigue siendo privilegio exclusivo de unos cuantos estudiosos, mientras la gran masa del pueblo continúa careciendo de esta fuente de vida y fortaleza para su corazón atormentado.

Es verdad que también hemos tenido el privilegio de contemplar espectáculos imponentes y manifestaciones desbordantes de fe y devoción a la Reina del cielo; en igual forma es cierto que en nuestro medio popular se ama mucho a María, pero parece también innegable que en muchas ocasiones ese amor es puramente sentimental, contagio del ambiente, tendencia a la imitación y no faltan los casos de un amor interesado y egoísta, se le ama tan sólo porque se ha obtenido, o se puede obtener de ello algún provecho.

Tampoco podemos negar que cerebros privilegiados y teólogos eminentes, han consumido sus días estudiando y profundizando las grandezas y prerrogativas de la Madre de Jesús, y en este campo sus conquistas han sido extraordinarias.

La historia nos recuerda también memorables congresos nacionales e internacionales, que se han esforzado en poner de relieve su deslumbrante figura y la magnitud y trascendencia de su obra; tan célebres asambleas han elaborado extensos programas, magníficos planes y proyectos para hacer llegar a todos los cristianos hasta el corazón maternal de María; a pesar de todo, hemos de reconocer que el pueblo en general no conoce suficientemente a la que nos ha sido legada por Cristo para que sea nuestra Madre.

Lo anterior, que es válido hablando de la doctrina mariológica en general, tiene una aplicación más completa y tangible cuando se habla de la portentosa Imagen del Rosario de Talpa, pues de Ella no poseemos sino muy escasas noticias.

Entre las diferentes causas que explican y aun originan tan lamentable ignorancia, debe contarse la falta, casi absoluta, de libros apropiados y demás fuentes de publicación al alcance de todo género de lectores.

Hablando en este aspecto de la milagrosa Imagen de Talpa, bien podemos afirmar que todo está por hacerse. A pesar de la importancia que tiene el tema en sí mismo y de la gran aceptación e interés que despierta en los lectores, debido al influjo vital que María ejerce por este medio en sus devotos, nadie se ha dedicado a tratarlo de lleno, ni siquiera en una forma extensa y profunda, mucho menos de una manera exhaustiva.

Aun en la hora presente se echa de menos la exuberancia de personas preparadas, que en forma apropiada, pongan a la disposición del pueblo este rico tesoro con que la providencia del Señor nos ha enriquecido.

Es cierto, de tarde en tarde, en cada tanto, algunos estudiosos han tocado superficialmente algunos puntos de la extensa doctrina, sin que ninguno se hubiera decidido a hacer lo que ya parecía necesario, esto es, a escribir una historia de la Taumaturga Imagen. Así vemos que este campo se halla convertido en un desierto; el pueblo aún está ayuno en esta importante materia; hasta hoy no se le ha presentado algo de

actualidad, adecuado al momento que vivimos, sobre todo en nuestra era que se muestra fecunda en estudios verdaderamente históricos.

El autor de estas mal pergeñadas líneas jamás había pensado escribir sobre este delicado tema, si bien me he atrevido a hacerlo ha sido para que la importante historia de la celestial Patrona no sea más un desierto.

En este sencillo trabajo entiendo referir, en forma llana y narrativa, el origen y la prolongada existencia de la Sacrosanta Imagen siguiendo los documentos más fidedignos, la tradición constante y las demás fuentes informativas depurándolas en la mejor forma que ha sido posible. (1)

---

(1) La historia de la Taumaturga Imagen, en su integral totalidad, por la misma naturaleza de su objeto, se muestra inaccesible a la mente humana. Dicha historia representa una síntesis admirable y armoniosa de la bondad y misericordia del cielo que se manifiesta y tiene su completa aplicación en un mundo saturado de dolor y miseria.

Escribir esa historia en su forma total, supone no sólo una inteligencia extraordinaria con una preparación sin grietas ni lagunas, una erudición prácticamente ilimitada y una penetración nada común, sino también una formación cultural vastísima en la que hayan de hermanarse la Historia y la Mariología, la Teología, la Crítica y otras muchas disciplinas auxiliares.

El entendimiento más penetrante y la más rica imaginación, resultan incapaces de concebir una idea, siquiera aproximada, de ese conjunto admirable y armonioso, divino y humano que presenta para nosotros esta fase de la historia de la Madre de Jesús.

Resulta indispensable poseer una fe ciega y una voluntad indomable para lanzarse, sin medir la magnitud de los problemas, dificultades y de la misma empresa a la conquista de un ideal tan elevado y sublime.

Aun teniendo en cuenta el aspecto puramente material y sensible de la Historia de la Sacrosanta Imagen, resulta imposible al historiador conocer y constatar todos y cada uno de los hechos y acontecimientos verificados alrededor de la Celestial Señora en el transcurso del tiempo, debiendo por lo mismo, conformarse y concretarse a estudiar los más sobresalientes y principales, y aun estos de una manera superficial, imperfecta y defectuosa.

A la imposibilidad de conocer todos los hechos, debemos añadir la dificultad que presenta juzgarlos e interpretarlos justa y debidamente, pues las causas y razones determinantes de gran número de ellos, se oculta bajo el velo de lo sobrenatural y divino, de lo espiritual y eterno; v. gr.: si un determinado acontecimiento fue o no milagroso, y qué razones tuvo la Madre de Dios para obrar el milagro o conceder la gracia.

Por todo lo antes dicho, cualquier ensayo que se haga para escribir una historia verdadera y completa, jamás pasará de ser un conato laudable de valor muy relativo.

Lo primero que el autor dio a la luz pública, fue un modesto folleto redactado en forma catequética, bajo el epígrafe de CATECISMO MARIANO. El referido folleto presentó a los lectores someras noticias histórico-doctrinales acerca de la Celestial Señora. Este sencillo trabajo tiene deseos de aparecer de nuevo y ser para sus favorecedores como una pequeña enciclopedia de noticias marianas.

Años más tarde, se dio a la estampa un discreto manual de historia, que en estilo narrativo exponía el pasado de la generosa Madre; es el mismo trabajo que hoy aparece a la luz pública por segunda vez.

Parecía también muy conveniente escribir algo acerca del culto y la devoción que tantas almas generosas tributan a la Madre de Cristo, un tercer trabajo, con el título de LA CORTE DE HONOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE TALPA, trató en forma superficial y sintética tan importante tema.

Finalmente, para acrecentar en los corazones el amor y la confianza hacia la Madre buena, el mismo autor publicó un DEVOCIONARIO, o manual de oraciones y prácticas piadosas en honor de la misma Celestial Señora; todo con el exclusivo deseo de que la Reina de los Angeles sea mejor conocida y más amada de sus caros hijos.

Sólo Ella, después de Dios, ha sido testigo de los incontables sacrificios y sufrimientos que he debido experimentar al escribirle estas páginas. En mis incontables horas de silencioso trabajo siempre he pensado en Ella, por Ella he laborado y sufrido y tan sólo de Ella espero la recompensa; en sus virginales manos he depositado siempre mi humilde aportación.

Es mi voluntad y deseo que cuando el Señor tenga a bien borrar mi nombre de la lista de los vivientes, estos sencillos trabajos y los derechos de autor sean propiedad exclusiva de la Santa Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, para que en esa forma los futuros capellanes de la misma Santa Basílica, puedan reeditarlos cuantas veces lo crean prudente y útil para fomentar el amor y la devoción a la Celestial Señora.

No ignoramos que esta sencilla colaboración encontrará la desaprobación y aun el desdén de muchos, sabemos que no pocos opinarán que se han sobrevalorizado los hechos o las fuentes, o cosas semejantes; no pretendemos responder a estos ataques, sabemos de ante-

mano que de lo mucho que se ha dicho no todo tiene un carácter estricta y rigurosamente científico, sólo podemos afirmar que todos nuestros esfuerzos han tendido a ajustarse, hasta donde ha sido posible, a la verdad y objetividad de los hechos y a la doctrina y enseñanzas de la Iglesia, a cuyo juicio sujetamos con humildad nuestro criterio.

Tenemos también la convicción de que en una materia tan compleja e importante se ha dicho muy poco, esto se debe, en parte, a las limitaciones propias del autor y, en parte, a las razones de espacio y brevedad que piden la naturaleza y dimensiones de esta obra.

Con profundo amor, respeto y veneración deposito en las manos benditas de mi Madre Santísima del Rosario lo poco que he podido hacer en su honor; que todo redunde en su mayor honra y gloria y la de su Divino Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.





Esta obra " Historia de Nuestra Señora del Rosario de Talpa. " en su Tercera Edición, se Imprimió en los Talleres Interprint Offset, S. A. Establecida en Cumbres de Maltrata No. 158, México 12 D. F., Habiendose terminado su Impresión en el mes de Noviembre de 1968.



VIENE DE LA SOLAPA ANTERIOR

de interés, sobre todo si se atiende a la materia de que se ocupa. Ningún cristiano, que lo sea de verdad, desconoce, y menos desatiende, las ventajas que para la vida presente y futura tiene el encontrar plenamente a María. Para encontrarla es preciso buscarla con la mente y el corazón.

Ayudar al cristiano a encontrar a tan generosa Madre, es la meta que se ha propuesto el presente libro.

Hacer llegar el mensaje de paz, alegría, consuelo y esperanza, que un día nos trajo del cielo nuestra generosa Madre y nos dejó, concreto y sencible, en su sacrosanta imagen del Rosario de Talpa; hacer participantes de sus dones a quienes no la conocen o ignoran su glorioso pasado y la magnitud de su misericordia, es la misión que este sencillo trabajo debe cumplir mientras no sea superado o relegado al olvido.

En él hemos puesto todo el cuidado y esmero que merece una obra de tal naturaleza; queda en las manos providentes del Señor el éxito y el fruto que habrá de producir; en ella, como en todas las obras humanas; se habrá de cumplir la palabra de Dios: "inutil es el esfuerzo de quien siembra y riega la semilla, si Dios no hace crecer y fructificar la planta".